

Los protagonistas del
Club de los Canallas
en el siglo XXI



el círculo cerrado

JONATHAN C Lectulandia

¿Qué fue del cuarteto de amigos de Birmingham, de Trotter, Harding, Anderton y Chase, los jóvenes estudiantes del King's William School y editores del periódico del instituto? Aquellos chicos de El Club de los Canallas y sus amigos tienen ahora veinticinco años más. Y también el mundo. Las bombas que sacuden Inglaterra ya no son las del IRA, Margaret Thatcher llegó, venció y pasó, y el Nuevo Laborismo de Tony Blair está en el poder desde 1997.

Benjamin Trotter, la gran promesa del grupo en los ya lejanos años setenta, el jovencito místico y talentoso que se iba a dedicar a la música y la literatura, el enamorado de la inalcanzable Cicely, continúa viviendo en Birmingham, y ahora es un próspero e insatisfecho contable, está casado con Emily, a quien le une poco más que la ferviente religiosidad de ambos, y sigue escribiendo su obra magna, su inacabada e inacabable novela.

Doug Anderton, el hijo del sindicalista, es periodista en Londres, su mujer es una exmodelo perteneciente a la nobleza y superpija, y hace muy poco le han transferido de editor de la sección de política a la de literatura, algo que, como él sabe muy bien, puede significar el «beso de la muerte» o la «patada hacia arriba» en su carrera de periodista.

Philip Chase, que tenía un grupo de rock y no acababa de convencerse de que el rock sinfónico era cosa del pasado y que había llegado la hora del punk, también es periodista, pero de menor rango y ambición, y sigue viviendo en Birmingham.

De Sean Harding, el anarquista del instituto, se sabe muy poco. Pero Philip descubrirá que ha sido uno de los ideólogos de un grupo muy cercano al National Front, vive recluido en la Inglaterra profunda y reivindica una vuelta a los orígenes del anglicismo, aunque también se jacta de su relación con Al Qaeda y Osama Bin Laden.

Y Paul, el hermano pequeño de Ben Trotter, aquel niño de derechas que a los doce años leía a Milton Friedman en la bañera y anunciaba «la muerte del sueño socialista», ahora es diputado laborista, ferviente admirador de Blair y se ha convertido en un político extremadamente acomodaticio...

El Círculo Cerrado es una sátira de gran altura y, en ocasiones, tan divertida, que nos hace reír a carcajadas. Pero Coe ha escrito también una novela conmovedora, con un elenco de personajes impresionante, ha urdido un inmenso tapiz narrativo. Sin duda, la mejor novela, hasta la fecha, de este talentoso escritor.

Lectulandia

Jonathan Coe

El Círculo Cerrado

ePub r1.0

Titivillus 23.11.15

Título original: *The Closed Circle*
Jonathan Coe, 2004
Traducción: Javier Lacruz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL AUTOR

Entre los libros que me han servido de documentación para esta novela se encuentran *Labour Party PLC* de David Osier (Mainstream, 2002), *White Riot: The Violent Story of Combat 18* de Nick Lowles (Milo, 2001) y «*We Aint Going Away!*»: *The Battie for Longbridge* de Carl Chinn y Stephen Dyson (Brewin Books, 2000).

La parte de esta novela titulada «En lo alto del acantilado»^[1] está inspirada en la canción del mismo nombre de The High Llamas, de su álbum *Beet, Maize and Corn* (Duophonic DS45-CD35).

El Círculo Cerrado es una continuación de una novela anterior mía titulada *El Club de los Canallas*. Se ha incluido una sinopsis al final de este libro para aquellos que no la hayan leído o que, de haberlo hecho, se hayan olvidado, inexplicablemente de ella.

J.C.

Para Philippe Auclair

EN LO ALTO DEL ACANTILADO

*En lo alto del acantilado
Etretat
Martes 7 de diciembre de 1999.
Por mañana.*

Queridísima hermana:

La vista desde aquí es impresionante, pero hace demasiado frío para escribirte largo y tendido. Mis dedos apenas pueden sostener la pluma. Pero me prometí a mí misma que empezaría esta carta antes de volver a Inglaterra, y esta es la última oportunidad que tengo, la verdad.

¿Mis últimos pensamientos, entonces, al dejar el continente europeo al regresar a casa?

Estoy escrutando el horizonte en busca de señales. Mar en calma, cielo azul y despejado. Eso querrá decir algo, ¿no?

Por lo visto, la gente sube hasta aquí para suicidarse. De hecho, hay un chico bastante más abajo en el sendero, demasiado cerca del borde, como si se lo estuviera pensando precisamente. Lleva ahí de pie todo el tiempo que llevo yo en este banco, con nada más que lo puesto: una camiseta y unos vaqueros. Debe de estar congelando.

Bueno, por lo menos no me he visto en esa situación, aunque estas últimas semanas he pasado algunos malos momentos. Momentos en los que parecía que había perdido completamente el norte y que todo se me escapaba de las manos. Debes de saber a lo que me refiero. Estoy segura, más bien. De todos modos, ya pasó. Altos y bajos.

A mis pies puedo ver Etretat, la amplia curva de su playa, los tejados rematados en punta del château donde me quedé anoche. Al final no me he puesto a explorar la ciudad. Curioso cómo, cuando tienes libertad para hacer lo que te dé la gana, acabas haciendo tan pocas cosas... Es como si, al tener infinitas posibilidades, terminaras no teniendo ninguna. Podría haber salido a por un lenguado a la dieppoise y acabar borracha de Calvados gratis, por culpa de algún camarero ligón; en cambio me quedé en la habitación y vi una peli antigua de Gene Hackman, doblada al francés.

Me merezco un suspenso. Y, si no, mira el resultado. Podría llevarlo mejor, desde luego. ¿A que no es manera de empezar una nueva vida?

De todas formas, ¿estoy empezando de verdad una nueva vida? A lo mejor solo estoy retomando la antigua tras una larga interrupción que, al fin y al cabo, no ha tenido ningún sentido.

A bordo del ferry Orgullo de Portsmouth.

En el restaurante

Martes 7 de diciembre de 1999

Casi de noche.

Me pregunto cómo se las arreglan para sacarle partido a esta línea en esta época del año. Aparte de mí y del tío de la barra (¿Cómo debería llamarle? ¿El camarero, el contador de navío o algo así?), esto está desierto. Fuera está oscuro y la lluvia salpica los cristales. Puede que solo sea espuma. Me entran escalofríos al verla, y eso que aquí dentro hace calor, incluso demasiado.

Te escribo esta carta en el pequeño cuaderno A5 que me compré en Venecia. Tiene lasas pastas duras, azules y satinadas, con un dibujo jaspeado, y unas hojas gruesas de bordes irregulares. Cuando haya terminado (si es que termino alguna vez), supongo que siempre podré cortar las hojas y meterlas en un sobre. Pero no tendría mucho sentido, ¿no? De todos modos, no acabo de arrancar con el comienzo. Hasta el momento estoy pasando bastante de todo. Cualquiera pensaría que debería saber escribirte después de las miles de palabras que he escrito estos últimos años. Pero, de alguna manera, cada carta nueva que te escribo me parece la primera.

Tengo la sensación de que esta va a ser la más larga de todas.

Cuando me senté en aquel banco en lo alto del acantilado de tiza que queda encima de Etretat, ni siquiera había decidido si iba a escribirte a ti o a Stefano. Pero al final decidí que a ti. ¿A que estás orgullosa de mí? ¿Has visto qué claro tengo que no voy a tirar por ese camino? Me prometí a mí misma que no lo llamaría ni le escribiría, y las promesas que te haces a ti misma son las que te obligan más. Me cuesta, porque en cuatro meses no hemos pasado un día sin llamarnos, mandarnos un mail o, por lo menos, algún mensajito. Esa clase de hábitos son difíciles de perder. Pero sé que ya me costará menos. Ahora estoy con «el mono». Al ver el móvil sobre la mesa, junto a la taza de café, me siento como un ex fumador al que le pusiesen una cajetilla de tabaco delante de las narices. Sería tan fácil mandarle un SMS... En definitiva, él fue el que me enseñó a hacerlo. Pero sería una locura. Seguro que él me odiaría por ello. Y me da miedo (mucho miedo, la verdad) que empiece a odiarme. Es lo que más miedo me da. Soy tonta, ¿no? ¿Qué más dará, si no voy a volver a verle?

Haré una lista. Hacer una lista siempre es una buena actividad alternativa.

Lecciones que he aprendido de mi desastre con Stefano:

1. Los hombres casados no suelen dejar a sus esposas y a sus hijas por mujeres solteras de treinta y muchos.

2. Puedes seguir enrollada con alguien, aunque no tengas relaciones sexuales con esa persona.

3.

No se me ocurre la tercera. De todos modos, no está mal. Esas dos lecciones son importantes. Me serán muy útiles la próxima vez que me pase algo así. O, mejor dicho, me ayudarán a asegurarme (espero) de que no haya una próxima vez.

Bueno, eso queda bien sobre el papel, especialmente sobre este caro y grueso papel veneciano color crema. Pero recordaré una frase que Philip me citaba siempre. La de un viejo pilar de las clases dirigentes inglesas, que tenía malas pulgas y, cuando ya chocheaba, decía: «Sí, he aprendido de mis errores, y estoy seguro de que podría repetirlos perfectamente». Je, je. Yo acabaré igual.

*El cuarto café del día
Café de la Filmoteca Nacional
South Bank, Londres
Miércoles 8 de diciembre de 1999
Por la tarde.*

Sí, aquí estoy de vuelta, querida hermana, tras una interrupción de veinte horas, más o menos, y la primera pregunta que se me ocurre, tras pasarme la mañana vagando por las calles sin ningún propósito fijo, es: ¿Quién es toda esa gente y a qué se dedica?

Tampoco es que recuerde muy bien Londres. Creo que llevaba seis años sin pasarme por aquí. Pero sí que me acuerdo (o eso creía yo) de dónde estaban mis tiendas favoritas. Había una tienda de ropa en una de las callejas entre el Covent Garden y Long Acre, donde se podían comprar pañoletas bonitas, y, como tres portales más allá, una gente que se dedicaba a la cerámica pintada a mano. Quería comprarle un cenicero a papá, para hacer las paces. (De ilusión también se vive, claro. Haría falta algo más...). Pero a lo que iba: ya no existía ninguna de esas tiendas. Los dos locales se han convertido en cafeterías, y las dos estaban abarrotadas. Además, viniendo de Italia, estoy acostumbrada a ver cómo la gente se pasa el día entero hablando por el móvil, evidentemente, pero estos últimos años no he parado de decirles a todos los italianos como si estuviera muy convencida: «Pero, bueno, en Inglaterra nunca van a acabar de cuajar, por lo menos no tanto». ¿Por qué hago siempre lo mismo? Dar el coñazo con algo sobre lo que no sé nada, como si fuera la máxima autoridad en el tema. Dios mío, aquí ahora todos llevan uno pegado a la oreja mientras se pasean por Charing Cross Road, farfullando solos como cretinos. Algunos hasta llevan los auriculares esos con los que ni te enteras de que están hablando por teléfono, y piensas realmente que deben de estar locos de atar. (Porque también hay mucho loco suelto). Pero, como ya te dije, la pregunta es: ¿Quién es toda esa gente y a qué se dedica? Sé que no debería generalizar porque un par de tiendas hayan cerrado (siempre puedo haber elegido la calle equivocada), pero me da la impresión de que hay un gran número de gente que ya no trabaja en esta ciudad, y me refiero a hacer cosas o a venderlas. Todo eso debe de parecerles bastante anticuado. En cambio, la gente queda y habla. Y cuando no han quedado o no están hablando en persona, suelen estar hablando por teléfono, y de lo que suelen hablar es de cómo van a quedar. Pero lo que me gustaría saber es de qué hablan cuando quedan de verdad. Por lo visto esa es otra cosa con la que me equivoqué en Italia. No paré de decirle a todo el mundo que los ingleses éramos muy reservados. Pero, en vista del éxito, no lo somos; nos hemos convertido en un país de charlatanes. Nos hemos hecho la mar de sociables. Y, sin embargo, sigo sin tener la

menor idea de cuál será el tema de conversación. Por lo que se ve, se está manteniendo una gran conversación por todo el país, y tengo la sensación de que soy la única persona que no sabe lo suficiente para sumarse a ella. ¿De qué va? ¿De la tele de anoche? ¿Del veto a la carne de ternera inglesa? ¿De cómo combatir esta obsesión con el Milenio?

Y otra cosa, antes de que se me olvide: esa maldita noria que han plantado en la orilla del Támesis, a la altura de County Hall, ¿para qué sirve exactamente?

De todos modos, creo que ya está bien de crítica social por el momento. Las otras cosas que quiero contarte son, en primer lugar, que he decidido apechugar, hacer de tripas corazón y demás, y volver a Birmingham esta misma noche (porque los precios de los hoteles aquí son desorbitados, y simplemente no puedo permitirme el lujo de quedarme un día más); por otro Lulo, puede que solo lleve de vuelta en Inglaterra menos de veinticuatro horas, pero ya tengo que encararme con el pasado, que se me ha presentado en la forma de una invitación que he cogido en Queen Elizabeth Hall. El lunes dan allí una conferencia que se titula «Adiós a todo eso». Seis «personajes de la vida pública» (lo pone ahí) nos van a contar «qué es lo que más lamentan dejar atrás o de qué se alegran más de librarse, al final del segundo milenio de la era cristiana». Y mira quién es el cuarto de la lista: no, no se trata de Benjamin (aunque todos pensáramos que él sería el escritor famoso), sino de Doug Anderton, del que se dice que es «periodista y comentarista político», fíjate tú.

¿Otro presagio tal vez? ¿Una señal de que no estoy haciendo una audaz incursión en el futuro, en definitiva, sino dando involuntariamente los primeros pasos de un viaje hacia el pasado? Quiero decir: ¡Cielo santo, hace unos quince años que no veo a Doug! La última vez fue en mi boda. En la que creo recordar que me empujé medio borracho contra una pared y me dijo que me casaba con el hombre equivocado. (Él era el adecuado, evidentemente, pero no en el sentido en que él lo decía). ¿Se me hará muy raro sentarme entre el público y oírle pontificar sobre la angustia ante el cambio de milenio y el cambio social? Supongo que será como una versión de lo que todos teníamos que soportar hace más de veinte años, sentados alrededor de aquella mesa de redacción de la revista del colegio.

Solo que ahora nos están saliendo canas y empezamos a tener problemas con la espalda.

Me pregunto si ya tendrás el pelo gris, Miriam, o será algo de lo que ya no tengas que preocuparte.

Dentro de un cuarto de hora sale un tren para Birmingham. Voy a correr a ver si lo cojo.

*Segundo café del día
Coffee Republic
New Street, Birmingham
Viernes 10 de diciembre de 1999
Por la mañana.*

Ay, Miriam, ¡la casa! La maldita casa. No ha cambiado. No ha cambiado nada desde que tú te fuiste (y ya hace casi un cuarto de siglo de eso), salvo que ahora es más fría, y está más vacía y más triste (y más limpia) que nunca. Papá le paga a una mujer para que la tenga impecable, y aparte de hablar con ella, que viene a hacer la limpieza dos veces a la semana, no creo que lo haga con nadie más ahora que mamá no está. También se ha comprado una casita en Francia, y parece que pasa mucho tiempo allí. El miércoles por la noche se dedicó a enseñarme las fotos de la fosa séptica y de la nueva caldera que había instalado; muy emocionante..., como ya te puedes imaginar. Me dijo un par de veces que debería aparecer por allí en algún momento y quedarme una semana o dos, pero estoy segura de que no lo decía de corazón, y además no quiero. Y tampoco quiero quedarme en esta casa más noches de las necesarias.

Anoche cené fuera con Philip y Patrick.

Hacía más de dos años que no veía a Philip, y supongo que es bastante corriente, en estos casos, que las ex mujeres se queden mirando a sus ex maridos y se pregunten qué coño las llevó a juntarse con ellos. Me refiero a la atracción física, más que a otra cosa. Recuerdo que, cuando era estudiante y pasé en Mantua la mayor parte del año, en 1981 (aunque me parezca increíble ahora que lo escribo, ¡santo Dios!), siempre andaba rodeada de jovencitos italianos, la mayoría muy guapos, y todos suplicándome más o menos que me acostara con ellos. Un pelotón de Mastroiannis adolescentes en plena forma sexual, que se morían por un polvo, hablando en plata. El hecho de ser inglesa me hacía exótica a sus ojos, algo impensable en Birmingham, y habría podido elegir al que me hubiera dado la gana. En realidad podría haberme enrollado con todos, uno detrás de otro. ¿Pero qué hice en cambio? O mejor dicho, ¿a quién elegí? Pues elegí a Philip. Al torpe de Philip Chase, con aquella cara blanca como la leche, y su descuidada barba pelirroja y sus gafas de concha, que vino a pasar conmigo una semana y consiguió meterse en mi cama al segundo día y acabó cambiando el rumbo entero de mi vida, supongo que no definitivamente, pero sí de una forma radical..., esencial... No sé. No encuentro la palabra. Total a veces da igual una palabra que otra. Me pregunto si pasó lo que pasó solo porque éramos muy jóvenes. No, no sería justa con él. De todos los chicos que había conocido hasta entonces, él era el más sincero, el más comprensivo, el menos chulito (¡Doug y Benjamin eran tan creídos, cada uno a su manera!). Phil es tremendamente honrado

además; puedes confiar plenamente en él. Hizo que el divorcio fuera muy poco traumático, me acuerdo perfectamente; ya sé que es un cumplido un tanto ambiguo, pero si alguna vez te quieres divorciar de alguien..., divórciate de Philip.

En cuanto a Patrick, bueno... Me gustaría ver a Pat lo más posible mientras esté aquí, claro. Ha crecido tanto... Por supuesto, no hemos parado de escribirnos y de mandarnos e-mails, y el año pasado vino a pasar unos días a Lucca, pero de todos modos... siempre me sorprende. No puedo explicar muy bien esa sensación: ver a ese hombre (tendrá solo quince años, pero eso es lo que parece), ese hombre alto (bastante flaco, bastante pálido, y bastante tristón), y saber que una vez estuvo... dentro de mí, por decirlo de una manera un poco basta. Parece que se lleva muy bien con su padre, debo reconocer. Me daba envidia la soltura con la que hablaban, la complicidad que tenían. Cosas de tíos, quizá. Pero no, había algo más. Es evidente que Philip y Carol se preocupan de él. De eso no puedo quejarme. A lo mejor tengo algo de celos. Pero, al fin y al cabo, fui yo la que decidí volver a probar suerte en Italia y dejar a Pat con su padre. Fue decisión mía.

Y ahora voy con las últimas noticias, y en cierta forma las más trascendentales; o inquietantes, tal vez. He vuelto a ver a Benjamin. Hace una hora más o menos. Y en unas circunstancias muy raras, la verdad.

Anoche me habían hecho un informe completo sobre él. Que seguía trabajando para la misma empresa (ahora como antiguo socio, que supongo que es lo más lógico después de llevar tanto tiempo ahí) y que seguía casado con Emily. Que no tenían hijos; pero que todo el mundo había dejado de preguntarse por qué. Phil me dijo que lo habían intentado todo, incluida la adopción. Que la ciencia médica no encontraba respuesta, etc., etc. Por lo visto ninguno de los dos tiene la culpa (lo que seguramente significa que, en el fondo, aunque no sean capaces de decírselo, cada uno le echa la culpa al otro). Y, en el caso de Benjamin, lo que le pasa con los niños también le pasa con los libros: lleva años esforzándose en producir una obra maestra que nos deje a todos con la boca abierta, pero hasta el momento nadie ha leído ni una sola palabra. Aunque parece que todo el mundo sigue convencido de que la sacará en cualquier momento.

Así que eso era todo lo que sabía hasta el momento. Y ahora imagíneme, si quieres, ojeando la sección de Historia de la Waterstone de High Street. Solo llevo aquí día y medio y ya no se me ocurre otra cosa mejor que hacer. Estoy justo al lado de la parte de la librería reservada para los omnipresentes bebedores de café. Por el rabillo del ojo puedo ver a una chica que está girada hacia mí (muy mona ella, de una belleza un tanto etérea) y enfrente, de espaldas, hay un tipo de pelo gris que supongo que será su padre. La chica debe de tener unos diecinueve o veinte años, y va vestida con un estilo un poco gótico; tiene un pelo bonito: un pelo negro, espeso, largo y liso, que le llega por la mitad de la espalda. Aparte de eso, no me fijo mucho en ellos dos al principio, pero cuando me acerco para mirar los libros de una de las mesas, veo que ella se inclina para sacar algo del bolso, y noto cómo la camiseta

negra se le sube para dejarle al descubierto el estómago, y también cómo él se fija a su vez en eso, rápida, subrepticamente, y de golpe le reconozco: es Benjamin. Lleva traje (cosa que me choca, pero evidentemente para él es un día laborable y debe de haberse escapado un rato de la oficina) y en ese preciso momento tiene pinta de estar totalmente ¿Cuál es la palabra? Sé que hay una palabra para eso, una palabra exacta para la pinta que tienen los hombres cuando se encuentran en esa situación...

Ah, ya me acuerdo, «encandilado». Esa es la palabra para la pinta que tiene Benjamin.

Y entonces se fija en mí, y parece que el tiempo se detiene, como pasa siempre cuando reconoces a alguien a quien no esperabas ver y al que no has visto en mucho tiempo, y algo cambia en el interior de los dos y se produce una especie de reajuste de las expectativas de ese día... Y entonces me acerco hasta su mesa, y Benjamin se levanta y me tiende la mano, lo creas o no, me tiende la mano para que se la estreche. Cosa que no hago, claro, y en cambio le doy un beso en la mejilla. Y él parece confuso e incómodo, y directamente me presenta a su amiga, que ya se ha levantado también y que resulta que se llama Malvina.

Así que ¿Cuál es la situación? ¿Qué está pasando? Tras cinco minutos de conversación entrecortada (de la que no recuerdo ni una palabra) sigo sin tener ni idea. Pero en lo que empieza a ser una pauta de estos dos últimos días, tengo en la mano algo que antes no tenía. Una invitación. Una invitación para otro acontecimiento que tendrá lugar el lunes 13 de diciembre. Resulta que el grupo de Benjamin toca esa noche.

—Creía que os habíais separado hace mil años —digo.

—Nos hemos vuelto a juntar —me explica—. Es el aniversario del pub. Veinte años de música en vivo. Tocábamos siempre allí, y nos han pedido que volvamos y toquemos solo esa noche.

Vuelvo a mirar la invitación y me sonrío, porque ahora me acuerdo de cómo se llamaba el grupo de Benjamin: «Tontos en el mar». Por una película del Gordo y el Flaco, me contó una vez^[2]. En parte estaría bien volverlos a ver, aunque nunca me interesó demasiado la música que hacían. Pero soy totalmente sincera cuando digo:

—Iré si sigo aquí. Pero puede que ya me haya ido de Birmingham.

—Ven, por favor —dice Benjamin—. En serio, ven.

Luego nos decimos las estupideces habituales sobre qué bien habernos encontrado y ese tipo de cosas, enseguida me marcho sin siquiera mirar un momento atrás. Bueno, vale, sí que miro un momento. Lo justo para ver a Benjamin inclinándose hacia Malvina (a quien me ha presentado como a una «amiga», sin más explicaciones) para enseñarle la invitación y decirle algo sobre ella. Sus frentes casi se tocan por encima de la mesa. Y lo único que se me ocurre mientras salgo pitando de allí es: pero, Benjamin, ¿cómo te atreves a hacerle esto a una mujer con la que llevas dieciséis años casado?

*En mi antiguo dormitorio
St Laurence Road
Northfield.
Sábado 11 de diciembre de 1999
De noche*

Este viaje va de mal en peor. Ya hace más de tres horas que ha pasado, y sigo temblando como una loca. Papá está abajo, leyendo sentado una de sus viejas y horribles novelas de Alastair Maclean. No ha demostrado ni una pizca de comprensión. Por lo visto piensa que yo he tenido la culpa de todo. No creo que aguante más en esta casa. Tendré que irme mañana y encontrar otro sitio donde quedarme una temporada.

Te voy a contar lo que ha pasado. Me moría de ganas de volver a ver a Pat hoy, y se suponía que por la mañana jugaría al fútbol con el equipo del colegio, jugaban fuera, contra un equipo de Malvern. Así que le dije que lo recogería en casa de Philip y Carol y lo acercaría en coche hasta allí. Bastante en contra de sus principios, papá me dejó llevarme su coche.

Cogimos hacia el sur por Bristol Road, y luego torcimos a la derecha cuando llegamos a Longbridge, atravesando Rubery en dirección a la M5. Se me hacía bastante raro ir en el coche a solas con él, más raro de lo normal. Este hijo mío me ha salido muy callado. A lo mejor solo se calla cuando está conmigo, pero no creo que esa sea la única explicación. Está claro que es introvertido, y no tengo nada en contra. Pero además (y eso ha sido lo que me ha sacado realmente de quicio), cuando de verdad se ha puesto a hablar, el tema que ha sacado era el último que me habría esperado. Se ha puesto a hablar de ti, Miriam. Ha empezado a hacerme preguntas sobre cuándo te había visto por última vez, y sobre cómo habían encajado papá y mamá que desaparecieras. Al principio me he quedado estupefacta. Simplemente no sabía qué decirle. No era como si todo hubiera venido a cuento en plena conversación; lo sacó a relucir de golpe. ¿Qué se suponía que tenía que contestarle? Me he limitado a decirle que ya hacía mucho tiempo de todo eso, y que probablemente nunca averiguaríamos la verdad. Que tendríamos que arreglárnoslas para vivir con ello y adaptarnos como pudiéramos. Que era como una pelea: algo a lo que tanto yo como papá, aunque de diferente forma, nos enfrentábamos todos los días de nuestra vida. ¿Qué otra cosa podía decirle?

Después de eso, se ha quedado callado, y yo también durante un buen rato. La verdad es que me había quedado bastante flipada con la conversación. Había pensado que hablaríamos de cómo le iba en el colegio, o de qué tal le iría en el partido. No de la tía que desapareció sin dejar rastro diez años antes de que él naciera.

El caso es que he tratado de no darle más vueltas y de concentrarme en la carretera.

Y es que hay otra cosa que me ha llamado la atención de este país, Miriam, en los pocos días que llevo en él. Se puede medir la temperatura de una nación por su forma de conducir, y algo ha cambiado en Inglaterra estos últimos años. Recuerda que he vivido en Italia, la patria de los conductores agresivos. Estoy acostumbrada a eso. A que se me planten en medio o me adelanten en curvas sin visibilidad, a que me llamen de todo y me griten que mi hermano es un hijo de puta cuando voy despacio. Puedo con ello. En realidad, la cosa no va en serio. Pero algo parecido ha empezado a pasar aquí; solo que no es igual, hay una diferencia importante: aquí da la impresión de que te lo dicen en serio.

Hace unos meses leí un artículo en el Corriere della Sera que se titulaba «Inglaterra Apática». Decía que ahora que Tony Blair había sido elegido por una mayoría tan amplia, y como parecía un buen tipo que sabía lo que se traía entre manos, la gente había dado una especie de suspiro colectivo de alivio y dejado de pensar en política. El articulista incluso conseguía relacionarlo con la muerte de la princesa Diana. No recuerdo cómo, pero sí que en su momento me pareció todo un poco forzado. De todas maneras, puede que tuviera parte de razón. Aunque no creo que llegara a profundizar de verdad. Porque, si rascas la superficie de esa apatía, resulta que lo que te encuentras debajo es algo completamente distinto: una tremenda y furiosa frustración.

No llevábamos mucho tiempo en la autopista (solo unos veinte minutos), pero aun así he empezado a notar algo en esos veinte minutos. La gente conducía de una forma distinta en la autopista. No es solo que condujeran más rápido de lo que recordaba (yo también conduzco bastante rápido), sino que en su forma de conducir había una especie de rabia. Conducían pegados al coche de delante, hacían señales con las largas cuando la gente permanecía en los carriles exteriores unos segundos más de lo necesario. Por lo visto, hay una clase totalmente nueva de conductor que se instala en el carril del medio y de ahí no hay quien lo mueva, y eso enfurece mucho a todos los demás: la gente conduce a una distancia de unos cinco metros detrás de ellos un rato, agobiándolos para que se aparten, y luego, como no se apartan, se pasan de golpe al carril exterior y se reincorporan al del medio también de sopetón, sin ninguna prudencia, cortándoles el paso. Y también había conductores que iban tranquilamente a ciento diez y entonces, cuando notaban que alguien los estaba adelantando, aceleraban hasta ciento treinta o ciento treinta y cinco, como si fuera una ofensa personal insinuar que un Punto de poca potencia pudiese adelantar a un Megane de mucha y no estuviesen dispuestos a soportarlo; como si les estuvieran tocando de verdad el punto débil. Exagero quizá, pero no tanto. Al fin y al cabo era un sábado por la mañana, y seguro que la mayoría de esta gente se dirigía a la compra o salía solo a disfrutar un poco, pero parecía que la furia colectiva de la autopista iba en aumento. Daba una sensación de tensión a punto de estallar, como si

lo único que hiciera falta para que nos saliéramos todos dando vueltas de campana fuese que alguien cometiese un auténtico error.

En fin, que hemos llegado al colegio, y ha empezado la pelea. Patrick jugaba de mediocampista, y parecía que el partido lo tenía muy entretenido. Era muy consciente de que yo lo estaba viendo, así que intentaba parecer duro y adulto, pero también tenía todo el tiempo una expresión ceñuda de concentración que, a la vez que le quitaba como cinco años de encima, hacía que a mí se me encogiera el corazón. Jugaba bien. Quiero decir, no sé nada de fútbol, pero me parecía que jugaba bien. Ha ganado su equipo 3-1. Casi me muero de frío, allí parada en la línea de banda una hora y media (seguía habiendo escarcha en el campo), pero ha merecido la pena. Me queda mucho camino que recorrer con Patrick, y esto ha sido un comienzo, no cabe duda. Pensaba que luego iríamos a comer a cualquier parte, pero ha resultado que tenía otros planes. Quería volver en el autobús con sus compañeros, y después iba a pasarse por la casa de un amigo suyo, Simón, el portero. No podía decirle que no, a pesar de que me ha pillado por sorpresa. Al poco rato los chicos ya se habían duchado, el entrenador se había ido y de repente me he quedado sola en el medio de Malvern, con todo el día por delante.

Así que he vuelto a mi estado habitual: la soledad de la mujer soltera. Demasiado tiempo y poca compañía. ¿Qué podía hacer? Me he tomado un sandwich y algo de beber en un pub de Worcester Road, y por la tarde he ido a dar un paseo por el monte. Me ha relajado y me ha despejado la cabeza. A lo mejor soy una persona que solo se siente interiormente contenta cuando está subiendo un monte. La verdad es que parece que estas últimas semanas me he pasado mucho tiempo subiendo a sitios con buenas vistas. Puede que haya llegado a un punto de mi vida en el que necesito esa perspectiva olímpica. Puede que perdiera tanto el norte cuando me enrollé con Stefano, que solo consigo recuperarlo cuando tengo la sensación de ver el cuadro completo. El cuadro de hoy era muy grande, ciertamente. Me pregunto si recordaría esa vista, Miriam, si volvieras a verla en algún momento. Solíamos ir allí cuando éramos pequeñas, tú y yo, mamá y papá. Excursiones con un frío terrible, sandwiches de jamón y termos, los cuatro metidos detrás de alguna roca enorme del terreno escarpado para protegernos, los campos extendiéndose allá abajo bajo el cielo gris de las Midlands. Había una pequeña gruta en una parte escondida de la montaña, me acuerdo. La llamábamos la Cueva del Gigante, y en alguna parte tengo una foto nuestra, las dos de pie en la entrada, con nuestros anoraks verdes a juego y las capuchas levantadas y ceñidas a la cabeza. Me parece que papá ha tirado la mayoría de tus fotos, pero yo conseguí quedarme con algunas. Las salvé del naufragio. Ahora pienso que las dos le tuvimos siempre mucho miedo, y que ese miedo fue lo que nos unió tanto. Pero eso no significa que guarde malos recuerdos. Al contrario. Son tan bonitos que me cuesta pensar en ellos.

No creo que simplemente quisieras alejarte de todo aquello. No tendría sentido. Tú no habrías hecho eso, ¿verdad, Miriam? Dejar que me las apañara sola. No

acabo de creérmelo; aunque la otra opción es aún peor.

Las tres y media, y estaba oscureciendo. Era hora de coger fuerzas, ir a casa y pasar otra noche con papá. La última, he decidido. He estado pensando que, si las cosas hubieran ido mejor, podríamos haber pasado las navidades juntos, pero no va a ser así. Él y yo somos una causa perdida. Tendré que encontrar otro sitio donde quedarme. Tal vez Pat y yo podríamos irnos juntos a algún sitio. Ya veremos.

Bueno, el caso es que me dirigía de vuelta a casa. Le había dicho a papá que compraría algo de cena, así que me he acercado un momento a Worcester y he comprado unos bistecs. A él le gusta la carne. De hecho, considera un deber patriótico comerla lo más cruda y lo más a menudo posible, ahora que los franceses la han prohibido. Así es papá. Cuando estoy dejando las afueras de Worcester ya he tenido una escaramuza con alguien que ha tratado de adelantarme en una rotonda y estoy volviendo a ponerme nerviosa, con esa sensación de que todos los que van detrás del volante de un coche últimamente tienen los nervios de punta. Y mientras me voy alejando de la ciudad, me topo con un coche que va muy despacio. Las farolas ya se han encendido y veo que el conductor es un hombre, un hombre solo, no muy mayor al parecer; y la razón por la que va tan despacio es porque va hablando por el móvil. De otro modo, iría seguramente a toda mecha porque tiene un coche de lujo, un Mazda deportivo. Pero la conversación telefónica, sea el tema que sea, le resulta muy entretenida. Conduce con una sola mano y no deja de enderezar el coche hacia el lado izquierdo de la carretera. El máximo de velocidad permitida son sesenta kilómetros por hora, pero él va a cuarenta. Pero no es el hecho de que me haga ir despacio lo que me irrita tanto, sino que lo que va haciendo sea tan peligroso, tan increíblemente irresponsable. ¿No es ilegal en este país? (En Italia lo es, aunque a todo el mundo le importe un bledo). Por un momento acelera y luego vuelve a aminorar bruscamente y sin ninguna razón, y casi le golpeo el parachoques. Ni se entera de que voy detrás, por lo que veo. Freno en seco y la bolsa de plástico que he puesto en el asiento del copiloto sale disparada y el contenido se desparrama por el suelo. Genial. Y ahora él vuelve a acelerar. Pienso en parar y volver a meter la comida en la bolsa pero decido que no. En cambio, observo fascinada al conductor que llevo delante, aun en contra de mí misma. Ha llegado a un punto muy interesante de la conversación y gesticula mucho con una mano. ¡No lleva ninguna en el volante! Decido que quiero zanjar esta situación lo antes posible; si va a haber un accidente, no quiero tener nada que ver. La carretera tiene un solo carril en ese tramo, cuando atraviesa las afueras, y se me presenta una oportunidad de adelantar en un momento en que no viene ningún coche de frente. No es lo más prudente, pero ya estoy harta de este gilipollas; conque pongo el intermitente, me sitúo de un volantazo a la derecha y trato de adelantarlo. Ha vuelto a aminorar la marcha, así que será coser y cantar.

Pero, mientras le adelanto, se da cuenta de lo que estoy haciendo y no le gusta nada. Sin soltar el móvil, pisa más fuerte a ver quién puede más. Sigo siendo la que

va a más velocidad, pero el Rover de papá no tiene mucha fuerza, y me está llevando mucho más tiempo adelantarle del que me gustaría; y ahora resulta que viene una furgoneta en sentido contrario. Maldiciendo la pura terquedad de ese cretino machista, reduzco a tercera, aprieto el acelerador con todas mis fuerzas, y apuro la marcha a unos setenta u ochenta kilómetros por hora, con el tiempo justo para meterme delante de él cuando la furgoneta se me echa encima, haciéndome señales con las largas a modo de rapapolvo.

Y se acabó la historia. O se habría acabado, si no hubiera hecho un par de estupideces mientras le estaba adelantando. Le he echado un vistazo al tipo del móvil, y nos hemos mirado fijamente un momento. Y le he tocado la bocina.

La verdad es que ha sido un pitidito femenino y delicado. Ni siquiera estoy muy segura de lo que significaba. Solo ha sido mi tímida manera de decirle: «¡Mamón!», supongo. Pero ha producido un efecto absolutamente asombroso e instantáneo. Debe de haber colgado y tirado el móvil sobre el asiento del copiloto, porque en unos segundos resulta que su coche está pegado a mí (como a unos quince centímetros, le calculo), con las largas puestas, deslumbrándome por el espejo retrovisor, y oigo perfectamente cómo ruge su motor. Un auténtico rugido de rabia. Y de repente estoy asustada. Aterrorizada, más bien. Así que trato de apartarme acelerando (alcanzando rápidamente una velocidad bastante ridícula, como cien kilómetros por hora o así), pero él no cede ni un milímetro. Sigue pegado a mí, con su parachoques contra el mío. Me pregunto si podría atreverme a pisar un momento el freno, solo para darle un susto y hacer que retroceda un poco, pero al final no me atrevo, porque creo que no serviría de nada. Solo conseguiría que me chocase por atrás.

Supongo que solo ha sido cuestión de segundos, pero me ha parecido mucho más tiempo. De todas formas, mala suerte: llegamos a un semáforo donde la carretera se divide en dos carriles, y las luces están en rojo. Así que me paro de golpe en el carril interior, y el tipo del Mazda pega un frenazo a mi lado, tira del freno de mano y lo siguiente que sé es que está saliendo de su coche. Me espero una especie de bestia parda con el cuello más gordo que la cabeza, pero en realidad se trata de un enano esmirriado que debe de medir uno sesenta y poco. No recuerdo más detalles de él porque lo que sucede después es como una nube. Para empezar se pone a golpear mi ventanilla. Entreveo su cara un momento infinito y horrible, y luego miro fijamente hacia delante con la esperanza de que cambie el semáforo y el corazón laténdome como si fuera a reventar. Ahora se pone a gritar (Las cosas que se suelen gritar: Puta de mierda, maldita zorra; la verdad es que no me entero, es como un ruido de fondo), y entonces ya no puedo soportar esperar a que cambie el semáforo, así que me lo salto, pensando que no viene nadie, solo que un coche se abalanza sobre mí por la izquierda y tiene que pegar un volantazo para esquivarme y frenar haciendo chirriar los neumáticos, y luego también aprieta a tope la bocina, pero enseguida dejo de oírla, porque salgo disparada de allí como una loca, sin la menor idea de la velocidad a la que voy; y hasta que recorro un par de kilómetros y dejo la ciudad

completamente atrás no me pregunto por qué mi ventanilla lateral está mojada si no está lloviendo, y entonces me doy cuenta de que es porque el tipo ha conseguido llenarla de escupitajos antes de que yo me alejara. Un regalito de despedida. Había unas cuantas áreas de descanso antes de llegar a la autopista, pero no me paré en ninguna porque tenía miedo de que él me siguiera y, si me veía, también se detuviese para rematar su trabajito. Así que seguí conduciendo: una locura, porque no paré de llorar y de temblar todo el camino de vuelta hasta Birmingham, ni de mirar a todos lados para ver si me seguía algún Mazda deportivo por el carril exterior, con las largas puestas y los cañones preparados para la batalla.

Puede que algunas mujeres hubiesen dado la vuelta y le hubiesen pagado con la misma moneda. Pero la verdad es que estoy segura de que, si hubiera bajado la ventanilla, me habría atacado. Estaba fuera de sí, totalmente fuera de control. Nunca había visto...

Me he detenido ahí porque estaba a punto de decir que nunca había visto a un hombre en ese estado. Pero no es cierto. Como ya he dicho, solo entreví su cara un momento, pero el tiempo suficiente para mirarle a los ojos, y sí, ya había visto ese odio en los ojos de un hombre, aunque solo fuera una vez. Lo vi hace unos meses, en Italia. Pero esa es otra historia, y debería dejarla para otro día porque ya tengo la mano anquilosada de tanto escribir.

Qué tranquila es esta casa. Solo lo he notado después. Me he dado cuenta de que el rasqueo de mi pluma era lo único que se oía.

Buenas noches, Miriam, guapa. Mañana más.

*En mi antiguo dormitorio
St Laurence Road
Northfield
Domingo 12 de diciembre de 1999
Mediodía*

Bueno, hermanita mayor, ¿adivinas dónde anda papá, y por qué tengo la casa para mí sola una hora o dos? Seguro que sí. ¡Ha ido a la iglesia! A hacerse mejor persona. Que en su caso sería una maravillosa idea, si tuviera la más mínima posibilidad de funcionar. Pero lleva haciéndolo una semana sí y otra no unos sesenta años (como él mismo me recordaba esta mañana en el desayuno) y, que yo sepa, de momento los resultados no han sido dignos de destacar. Para serte sincera, si eso es lo mejor que puede hacer la iglesia después de sesenta años, me parece que deberíamos pedir que nos devolvieran el dinero.

Pero no: no se merece que piense en él. Además, solo me queda una comida en su compañía (la temida comida del domingo), y luego me largaré de aquí. He decidido mimarme un poco, y he reservado una habitación en el Hyatt Regency un par de noches. Es el hotel nuevo más pijo que hay en Birmingham: más de veinte plantas, y pegado al nuevo Symphony Hall y a Brindley Place. El viernes estuve dando una vuelta por esa parte de la ciudad y apenas la reconocía, de lo mucho que ha cambiado desde los años setenta. Antes toda esa zona que rodea los canales estaba desierta, era un auténtico yermo. Y ahora está plagada de bares y de cafés, y todos estaban abarrotados: más citas y charlas misteriosas de esas que he visto brotando como setas por todas partes.

Pero puede que ya sepas todo esto. Puede que tú misma hayas pasado por allí en estos dos últimos años, o que estuvieras allí el viernes por la mañana, tomándote un café con unos amigos en el All Bar One. Quién sabe...

A pesar de que solo la vi una fracción de segundo, sigo pensando en la cara del hombre que me insultó y me escupió ayer porque le toqué la bocina. Ya te he dicho, ¿no?, que me recordó algo que me pasó en Italia este verano. Ha sido la única vez que he visto a un hombre perder los nervios de esa forma. Fue muy desagradable verlo (en realidad no solo lo vi, me pilló en medio), pero en cierta forma las consecuencias fueron aún peores, porque eso me llevó directamente a enrollarme con Stefano. Y mira cómo he acabado.

Me parece que ya ha pasado un siglo.

Lucca está rodeada de colinas, pero las más bonitas son las que quedan al noroeste, creo. En lo alto de una de esas laderas, en pleno campo pero con una maravillosa vista de la ciudad (que es una de las más bonitas de Italia), estaban restaurando una antigua granja de arriba abajo, por fuera y por dentro. La estaba

restaurando un hombre de negocios inglés que respondía al nombre de Murray; o al menos él era el que pagaba los gastos. La persona que lo supervisaba todo era su mujer, Liz; y el arquitecto y encargado del proyecto se llamaba Stefano. Liz no hablaba nada de italiano y Stefano no hablaba inglés, y ahí es donde entro yo. Me contrataron para que se lo tradujera todo (en persona y por escrito), así que durante seis meses Liz Murray se convirtió en mi jefa.

Pero es una sensación bastante preocupante firmar un contrato con alguien y luego darte cuenta, pasados un par de días, de que te las vas a tener que ver con la peor de las jefas. Decir que Liz tenía mal carácter y malas maneras no se aproxima ni de lejos a cómo era. Se trataba de una especie de vaca presumida del norte de Londres, cuya actitud fundamental hacia la gente que trabajaba para ella (y, que yo sepa, hacia la humanidad entera) consistía en un absoluto desprecio. Si ella misma había trabajado alguna vez nunca conseguí averiguarlo; desde luego no poseía ningún talento especial para nada en concreto, aparte de meterle miedo a la gente y darle órdenes. Por suerte, mi trabajo no tenía mayores complicaciones y se me daba bien, o al menos bastante bien; así que, aunque nunca merecí un elogio suyo ni me hizo sentir que fuera nada más que una mera subordinada, por lo menos nunca me pegó un grito. Pero Stefano tenía que soportar el peor trato del mundo (que yo, evidentemente, tenía que traducir), igual que los obreros. Y, al final, no aguantaron más.

Fue un miércoles, recuerdo, un miércoles de finales de agosto. Había una reunión prevista en la obra a las cinco de la tarde. Stefano, Liz y yo llegamos a la casa en coche por separado. El capataz, Gianni, ya estaba allí. Llevaba todo el día trabajando con cuatro hombres más, y todos tenían calor y estaban bastante fastidiados. El trabajo ya se había alargado a esas alturas unas cuantas semanas, y seguramente querían coger vacaciones, como el resto de los italianos. El calor era indescriptible. Nadie debería tener que trabajar con semejante calor. Pero en las últimas dos semanas, me parecía a mí, habían hecho un trabajo extraordinario. Habían cavado una piscina enorme y casi la habían revestido entera de azulejos.

Solo el alicatado les había llevado tres días. Habían utilizado unos azulejos pequeños de porcelana en varios tonos de azul ligeramente diferentes, cada uno de cinco centímetros de lado. Hacían un efecto precioso. Pero, por lo visto, teníamos un problema.

—¿Qué es eso? —le soltó Liz a Gianni, señalando los azulejos.

Se lo traduje, y él respondió:

—Eso son los azulejos que usted encargó.

—Son demasiado grandes —dijo ella.

—No, los pidió de cinco centímetros de lado —dijo él.

Stefano se adelantó para hojear el espeso manojito de papeles donde venía todo especificado.

—Mire —dijo—, hicimos el pedido hará unas cinco semanas.

—Pero cambié de opinión —le dijo Liz a Gianni—. Ya hablamos de eso.

—Sí, hablamos, pero no acabó de decidirse. Así que, como no tomó una decisión nueva, seguimos adelante.

—Sí que tomé una decisión —dijo Liz—. Le pedí unos azulejos más pequeños que esos, de tres centímetros.

Poco a poco, mientras discutían, a Gianni debió de venírsele a la cabeza lo que ella le estaba pidiendo que hiciera. Quería que sus hombres arrancaran todos los azulejos, encargar otros nuevos más pequeños y empezar de cero. Y, lo que era peor, quería que lo hiciese todo corriendo él con los gastos, porque estaba empeñada en que le había dado instrucciones, aunque no fuera por escrito, de que usara unos azulejos más pequeños.

—¡No! —decía él—. ¡No! ¡Eso es imposible! Me arruinaría.

Se lo traduje a Liz, que respondió:

—Me da igual. Es culpa suya. No me hizo caso.

—Pero usted no lo aclaró —dijo Gianni.

—No me discuta, imbécil de mierda. Sé lo que dije.

Lo traduje todo menos «de mierda». Pero Gianni estaba furioso.

—No soy ningún imbécil. Usted es la estúpida. No para de cambiar de idea.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a echarme la culpa de su pereza y su jodida incompetencia?

—No puedo hacerlo. Se hundiría mi negocio y tengo una familia que mantener. Sea razonable.

—¿Y a mí qué coño me importa?

—¡Qué tía más estúpida! ¡Dijo cinco centímetros! Está aquí escrito.

—Será cretino... Luego lo cambiamos. Lo hablamos y le dije tres centímetros, y me dijo que se acordaría.

—Nunca me lo puso por escrito.

—Eso es porque soy tan tonta como para pensar que se acordaría, maldito gordo idiota. Creí que le sería fácil recordar lo de los tres centímetros porque debe de ser lo que le mide la polla.

Esperó a que yo hablara.

—No voy a traducir eso —dije yo.

—Le pago —me señaló— por traducir todas y cada una de mis palabras. Tradúzcaselo tal cual.

Bajé la voz, y traduje el último comentario de Liz. Y entonces fue cuando vi lo que te decía: una asombrosa transformación se apoderó de Gianni (aquel hombre grandón, bueno y amable); con los ojos brillándole repentinamente de odio y sin pensárselo dos veces, agarró una herramienta de la caja que tenía al lado (era un cincel, un cincel enorme) y arremetió contra su patrona, gritándole sonidos inarticulados de pura rabia, hasta el punto de que sus operarios tuvieron que sujetarle, pero aún le dio tiempo a pegarle un tajo en la boca. Así que Liz, furiosa y

con los labios sangrando, tuvo que meterse corriendo en la cocina (a la que hacía poco que le habían puesto la grifería), y poco después la oímos marcharse en el coche sin mediar palabra con ninguno de nosotros.

Luego los hombres recogieron sus herramientas metódicamente y en silencio. Stefano y Gianni mantuvieron una larga conversación en un tranquilo rincón del jardín, a la sombra de un ciprés. Yo le había preguntado a Stefano si podía irme, pero él me dijo que le gustaría que me quedase un rato más, si no había inconveniente. Estuve esperando como veinte minutos, y entonces, cuando ya había acabado de hablar con el capataz, Stefano se acercó hasta donde yo estaba sentada, en lo que se suponía que habría de ser la loggia, y me dijo:

—No sé tú, pero necesito una copa después de esto. ¿Te apuntas?

Fuimos a un restaurante de la carretera principal que no quedaba lejos de la granja, en la ladera desde la que se veía Lucca, y nos sentamos en la terraza y estuvimos bebiendo vino y grappa un par de horas, y luego comimos algo de pasta y estuvimos charlando hasta que el sol empezó a ponerse, y me fijé en lo guapo que era y en los ojos de buena persona que tenía y en aquella risa tan sonora e infantil que hacía que se le sacudieran los hombros, y él me dijo lo a gusto que se quedaría si Liz lo despedía, porque era la peor cliente para la que había trabajado nunca y tanto estrés estaba a punto de acabar con él y eso era lo último que necesitaba porque, aparte de todo, tenía problemas con su matrimonio. Y entonces se produjo un silencio, como si ninguno de los dos acabara de comprender cómo se le había escapado aquel comentario. Y luego me dijo que llevaba casado con su mujer siete años, y que tenían una hija de cuatro llamada Anna Maria, pero que no sabía cuánto tiempo iban a seguir juntos porque su mujer le había sido infiel y, aunque aquella aventura se había terminado, le había hecho mucho daño, más que cualquier otra cosa que le hubiera pasado en la vida, y tampoco sabía si podría perdonarla o volver a sentir lo mismo por ella en algún momento. Y yo asentía y hacía gestos de comprensión y le decía palabras consoladoras, pero incluso entonces, justo al principio, estaba demasiado ciega, demasiado dispuesta a engañarme para admitir que se me llenaba el corazón de alegría al oírle decir aquellas cosas, que eran exactamente las que deseaba escuchar. Y la noche acabó con él besándome en el aparcamiento del restaurante (besándome en la mejilla, pero no solo como un amigo, sino acariciándome el pelo un poco mientras lo hacía), y yo le pregunté si quería el número de mi móvil y él me recordó que, evidentemente, ya lo tenía, venía en mi tarjeta, y luego me dijo que me llamaría muy pronto.

Me llamó a la mañana siguiente, y volvimos a salir a cenar esa misma noche.

*Dándome la buena vida
Hyatt Regency Hotel
Birmingham
13 de diciembre de 1999
A altas horas de la noche.*

He caído de pie en este hotel. No estoy muy segura de cómo ha pasado, porque nunca he sido muy buena poniendo cara de damisela en apuros y haciendo aletear las pestañas. Pero cuando me planté aquí ayer por la tarde, con una pinta bastante lamentable, supongo, y un poco de ropa y unas cuantas cosas metidas a la fuerza en una bolsa de viaje (he dejado el resto en casa de papá por ahora), el hombre que estaba detrás del mostrador era uno de los jóvenes gerentes y me hizo un gran favor. Me dijo que todas las suites estaban libres en este momento y que podía quedarme en una si me apetecía. Y ni que decir tiene, querida hermana, que me pareció maravilloso. Tras cuatro días deprimentes en la mansión estilo amish que papá regenta últimamente, por fin he podido relajarme y disfrutar un poco. Me he pasado la mitad del tiempo en el baño y la otra mitad saqueando el minibar. Tendré que pagarlo todo, claro, pero esta va a ser la última juerga que me voy a correr antes de ponerme a la tarea de arreglar mi vida. Mientras tanto, las luces de Birmingham parpadean a lo lejos bajo mis pies y de repente el mundo parece lleno de posibilidades.

Bueno, y ahora te voy a contar lo de esta noche, y luego te dejo en paz.

Hace unas horas decido que también puedo portarme bien e ir a escuchar a la banda de Benjamin. Me digo: el pub donde tocan, El Vaso y la Botella, solo queda a unos cinco minutos andando por el canal desde aquí. Phil y Patrick estarán allí, y también Emily, y hace tiempo que no coincido con ella. Y tampoco corro el peligro de toparme con Doug Anderton, porque estará en Londres diciéndole «Adiós a todo eso» en el Queen Elizabeth Hall (un local con un poco más de prestigio que El Vaso y la Botella, no puedo evitar pensar, pero qué se le va a hacer...). Así que no tengo excusa realmente para no dejarme caer por allí.

De todos modos, mientras voy de camino, resulta que me descubro preguntándome por qué me cuesta tanto formar parte del público esta noche. No tiene nada que ver con mis gustos musicales, o mi sospecha de que me dispongo a pasar una noche de nostalgia ligeramente morbosa. Trato de ser totalmente sincera conmigo misma y sé que debe de ser (en parte, por lo menos) porque estuve un poquito enamorada de Benjamin cuando íbamos al colegio, e incluso ahora, tantos años después, volver a tropezar el viernes con él en la librería se me ha hecho raro. No solo por la mujer que tenía al lado, y lo claro que me dejaron que estaba interrumpiendo algo más que un encuentro entre amigos. No, había algo más; cuesta

creerlo, porque la verdad es que no he vuelto a pensar en Benjamin (lo digo en serio) en los últimos diez años o más, pero seguía ahí: un persistente vestigio de lo que, en tiempos, sentía por él. ¿Y hasta qué punto me molesta o me deprime el tema? La verdad es que no me hace ninguna falta saberlo en este momento. Siento que es absolutamente necesario, para mi bienestar, para mi salud mental, para sobrevivir, quitarme a Stefano de encima lo antes posible; pero ¿y si no lo consigo nunca? ¿Y si esos sentimientos no desaparecen nunca? ¿Soy la única a la que le pasa eso (la única que no tiene solución), o todo el mundo tiene en el fondo el mismo problema?

Empujo la puerta del pub y cambio el oscuro ambiente escarchado del lado del canal por una explosión de luz, aire templado y voces que gritan a cual más alto.

Patrick me ve enseguida, se acerca y me da un besazo. Phil está hablando con Emily. Nos echamos la una en brazos de la otra. Hola, Emily, qué alegría verte, cuánto tiempo, etcétera, etcétera. No ha cambiado. Ni una cana (o, por lo menos, tiene una buena peluquera) y sigue teniendo buen tipo, ni siquiera parece un poco gordita como antes. (Con cierta crueldad, me digo a mí misma que a las mujeres les es más fácil conservarse así cuando no han tenido hijos). Pido un Bloody Mary y Phil va a buscármelo. (Ya han calculado que Patrick es menor de edad —no es que sea muy difícil, la verdad— y se niegan a servirle). Hay bastante gente. «¿Han venido todos por el concierto?», pregunto. Philip asiente con la cabeza. Está de buen humor, y orgulloso de que haya venido tanta gente a ver a Benjamin. Como ya he dicho, Philip siempre fue la mejor persona de todos nosotros. No cuesta mucho hacer un sondeo demográfico del público: casi todos parecen hombres en el auge de su madurez. Veo barrigas incipientes por todas partes. Pero la mayoría de los miembros de la banda ya tienen familia propia, así que también se ven mujeres y unos cuantos adolescentes con pinta de despistados. Todos juntos debemos de ser unos sesenta o setenta, gravitando en pequeños grupos en torno al escenario, que está en un rincón apartado del pub, y donde la banda se está preparando. Benjamin está sentado al teclado, con el ceño fruncido de pura concentración, apretando botones. Ya tiene gotas de sudor en la frente; el techo es bajo, y debe de hacer calor ahí arriba, bajo los focos. Miro alrededor buscando a su amiga Malvina, y la distingo sola en una mesa de otra esquina. Nos miramos un momento pero nada más; no sé cuál es la norma a seguir en estos casos. No se ha juntado con los demás, y yo juraría que no ha conocido a ninguno hasta esta noche. ¿Se supone que debo presentarlos? Me parece muy arriesgado; no quiero complicar más una situación ya de por sí ambigua. Me pregunto si Emily sabrá que existe esta mujer, si Benjamin la habrá mencionado alguna vez. Seguro que no. Emily lo está contemplando, ahí subido al escenario, con una mirada embelesada de adoración por su héroe. Pero lo único que está haciendo él es enchufar el teclado en un amplificador y ajustar la altura del taburete. No es que esté construyendo con cerillas una maqueta de la abadía de Westminster ni haciendo una escultura de hielo ni nada parecido. Pero ella sigue adorándolo tras dieciséis años de matrimonio. Nunca pensé que Benjamin y Emily

fueran a durar tanto, la verdad. Supongo que, en cierta forma, es lógico: a Benjamin siempre le costará romper con alguien, porque odia las dificultades, odia los enfrentamientos. Lo que sea a cambio de una vida tranquila es su lema secreto, y supongo que la vida con Emily tiene que ser, en efecto, muy tranquila. Pero en realidad no pegan mucho. Benjamin siempre me chocó por su egocentrismo. No quiero decir que sea un egoísta o una persona desagradable (al menos conscientemente), sino que tiene una clara conciencia de sí mismo (una buena relación consigo mismo, diría yo) y en realidad no necesita más compañía que la suya propia. Lo que está claro es que no se da mucho a los demás. Mientras que Emily sí se entrega mucho. Le encanta darse a sus amigos con toda la generosidad del mundo, y me imagino que en una relación, o en el matrimonio, se debe de entregar totalmente sin reservas de ningún tipo: nada de secretos o de zonas prohibidas. Pero seguro que ha habido un momento en el que eso ha empezado a frustrarla: darse tanto a él, ¿y recibir tan poco a cambio? Tiene que haber sufrido muchas desilusiones en esa época. No solo por los niños, o más bien la carencia de ellos. Me refiero a las pequeñas decepciones. Las muchas maneras, los cientos de maneras, en las que él debe de haberla decepcionado a lo largo de los años.

Sé que tengo razón. Sé que lo que pienso de Benjamin y Emily es cierto. Lo veo en los ojos de ella más avanzada la noche.

La actuación (¿Se dice así?, es una palabra que no acabo de tomarme en serio) va bien. Recuerdo oír tocar a esta banda unas cuantas veces en los ochenta y pensar lo anticuada que estaba. Como tocaban aquellas canciones instrumentales tan largas y tan funkies... Pero eso fue unos años antes de que alguien acuñara el término «acid jazz», y ese tipo de cosas han vuelto a ponerse de moda. Entonces parecía que lo que hacían era como perverso y anacrónico. Pero esta noche suena de maravilla. Muy buena la sección rítmica; creo que el batería trabajaba con Benjamin en el banco o algo, y así fue cómo empezó todo. En cualquier caso, sabe lo que se trae entre manos, y el bajo igual; y sobre esa base tan sólida, Benjamin, el guitarra y el saxo entrelazan melodías un tanto melancólicas (el toque personal de Benjamin, supongo) e improvisan limpiamente y con suma inteligencia: nada de recrearse en los solos, nada de insistir hasta el infinito en el mismo par de acordes mientras el público se da por vencido y se retira hacia la barra. Tras las dos o tres primeras canciones, de hecho, la gente ha dejado de llevar el ritmo con los pies tímidamente y de menear el cuerpo sin moverse del sitio. ¡Están bailando! ¡Bailando de verdad! Hasta Philip, que será un ejemplo de encanto y de bondad en ciertos aspectos, pero que desde luego no es ningún Travolta en lo que a movimientos se refiere. Emily también se lanza. Y tiene unos pies sorprendentemente ágiles. Se mete realmente en el baile y se lo pasa muy bien. Parece que ha venido con un numeroso grupo de amigos («gente de la parroquia», me dice Phil), y en medio de una pieza, después de que haya alcanzado su primer punto culminante y se haya suavizado de nuevo y se produzca un amago de aplausos y silbidos, se vuelve hacia una de esas personas (un

tipo alto y guapo, de caderas estrechas) y él se inclina hacia ella y le pone la mano en el hombro, y ella le grita: «¿No te dije que eran buenos? Te dije que estarían estupendos».

Parece tan feliz...

En cuanto a mí, no acabo de conseguir meterme en el ajo. No sé por qué. Quizá porque estos últimos días han sido muy raros, y porque los últimos meses han supuesto un viaje sentimental demasiado largo y agotador y esta noche siento todo ese peso abrumador sobre mí. Sea lo que sea, por nada del mundo voy a pisar esa pista de baile. Me quedo un poco al margen, apoyada en la pared, mirando; y al cabo de un rato, me acerco a la barra y me compro un paquete de Marlboro light. Lo que demuestra lo mal que están las cosas. Llevo semanas sin fumar un pitillo; solamente volví también a fumar cuando el tema Stefano empezó a deprimirme; antes de eso, llevaba sin fumar cuatro o cinco años. No estoy como para encenderme uno todavía, pero es agradable sentir el tacto del paquete en el bolsillo, saber que está ahí. Tarde o temprano me va a apetecer uno. Siento una necesidad creciente.

Como media hora más tarde, el ambiente cambia, y entonces sé que es hora de irse.

Sucede así. Una canción alegre, de tempo rápido, acaba con un redoble de platillos y un acorde ensordecedor, y entonces tres miembros de la banda dejan sus instrumentos y se retiran al fondo del escenario. Solo quedan dos (Benjamin y el guitarra), y el guitarra anuncia la canción siguiente y dice que va a ser un dúo. Dice que la ha escrito Benjamin y que se titula Marina N.º 4. Luego los dos se ponen a tocar y cambian totalmente de registro. Es una melodía triste y delicada (casi peligrosamente frágil), y a Benjamin le cambia totalmente la cara cuando empieza a tocarla. Se queda mirando su teclado, casi encorvado sobre él, tenso y ensimismado, con los ojos semicerrados. Aunque la pieza es bastante complicada, no tiene que concentrarse mucho en el movimiento de sus dedos, porque está clarísimo que se sabe muy bien esos acordes, esas frases musicales (las tiene grabadas en la memoria igual que los contornos de una historia de amor que nunca se olvida), así que se puede tomar la libertad de pensar en otras cosas, de mirar hacia otra parte: hacia atrás, hacia el pasado, a la experiencia que inspiró esta música desgarrada, cualquiera que fuese. Y, por supuesto, algunos de los que estamos en este local sabemos qué la inspiró. Quién la inspiró, mejor dicho. Y al darme cuenta de eso, le echo un vistazo a Emily para ver cómo está respondiendo a la música; cómo está afrontando el cambio de tono y el cambio de su marido. Y también ha cambiado su actitud. Ya no mira al escenario, embelesada. Ha bajado la vista hacia el suelo. Tiene una sonrisa pintada en la cara, es cierto, ¡pero menuda sonrisa! Más bien es el vestigio de una sonrisa, los restos fosilizados de la exaltación de las últimas canciones; está como congelada, sin vida e inmóvil, una especie de rictus que solo sirve para resaltar La terrible tristeza que delata el resto de su cara. Y puedo ver, con esa única mirada en su dirección, que a Benjamin tal vez le partiera el corazón una

vez hace muchos años la mujer a la que se invoca en esta música, pero a Emily se lo ha destrozado cientos de veces, miles de veces a lo largo de los años que lleva casada con él, saber que Ben nunca ha superado esa breve, ridícula y devastadora historia de amor adolescente. No creo que nunca haya intentado superarla tampoco: Eso es lo realmente dañino, lo realmente imperdonable. No tiene el menor interés en olvidarla, en hacer que Emily se sienta algo más que un segundo plato: la única a la que nunca quiso en realidad. El premio de consolación del inconsolable.

Miro alrededor fijándome en la expresión inescrutable del resto del público y me pregunto a mí misma: ¿Es que no saben de lo que están siendo testigos, qué es lo que están escuchando? ¿No pueden oírlo? ¿No pueden ver la palidez enfermiza que se ha apoderado de la cara de Emily desde que ha empezado a sonar esta música?

No, no creo que se hayan enterado de nada. Solo hay otra persona en este local que parece perdida en esta música, absorta en ella; que parece saberlo todo sobre las profundidades de donde Benjamin la arrancó en su día. Y, curiosamente, se trata de Malvina. Tiene los ojos fijos en Benjamin y su actitud también ha cambiado: está tensa, alerta. Lleva todo el rato sentada un poco lejos, sin participar, observándolo todo fríamente, pero sé que hay algo en esta pieza que la conmueve. Se ha metido en situación por primera vez en toda la noche, apasionadamente además.

Lo que me lleva a preguntarme una vez más lo mismo a lo que le he estado dando vueltas estos últimos días: ¿Qué se traen estos dos exactamente entre manos?

Vuelvo a mirarlas a las dos, a esas dos mujeres a las que Benjamin (inconscientemente, seguro) ha empezado a torturar con su música; y sé que tengo que irme de este pub inmediatamente. Busco a Patrick y le tiro un poco del brazo y, cuando se vuelve hacia mí, le pongo una mano en la oreja y le digo que me voy, y quedamos en vernos mañana en su colegio a la hora de comer. Luego me marchó.

Poco después, estoy parada junto al canal. La escarcha ya se está extendiendo por el camino de sirga, y el agua negra se riza a veces, misteriosamente, con los reflejos de luces claras fragmentados en astillas bailarinas. El humo de mi cigarrillo se enrosca en el aire y su sabor áspero al fondo de mi garganta es amargo, caliente y purificador.

Ahora tengo la sensación de saber todo lo que hay que saber de lo que pasó entre Benjamin y Emily en los años que he estado fuera. Al final qué fácil es leer la historia de una vida en un solo momento de descuido. Solo hay que mirar en la dirección correcta, en el sitio y el momento justos. Pero ya lo sabía, si he de ser sincera conmigo misma. Me di cuenta hace tan solo unas semanas, en Lucca. Pero no en un pub. Ni en una reunión de viejos jazzeros. Esa vez fue en el gastronomía^[3] del barrio. Era ya de noche y yo estaba sola, y entonces fue cuando vi a Stefano y a su hija Annamaria intentando decidirse entre dos clases distintas de aceitunas.

Qué anécdota más tonta, ahora que lo pienso. No es que tuviera nada de particular. Evidentemente, mi primer impulso fue acercarme hasta él. ¿Por qué no? Habría sido lo más natural. Se suponía que íbamos a comer juntos dos días después.

No me había presentado antes a Annamaria, pero no fue eso lo que me contuvo. Al principio, lo único que me detuvo fue darme cuenta de que estaba intentando contactar con alguien por el móvil. Así que decidí dejarle acabar antes de acercarme a saludarlo.

En ese momento llevábamos ya tres meses de relación (¿Será esa la palabra adecuada? no creo que haya ninguna para definir una situación tan rara). La mujer de Stefano, a pesar de sus promesas, seguía siéndole infiel. Y él seguía diciendo que la iba a dejar. Siempre que hablábamos de ello, evitaba darle ningún consejo. No podía ser imparcial. Me interesaba que la dejara. No, lo diré de una manera menos discreta: me moría porque la dejara de una vez. Lo deseaba con cada fibra de mi corazón. Pero nunca dije nada. Aunque fuera falso, nuestra situación me había adjudicado el papel de amiga, y lo único que podía hacer, en calidad de tal, era permanecer callada. Así que continuamos con nuestras comidas y nuestras copas, con nuestros deseos inexpresados y aquellos besos castos y desapasionados que marcaban el principio y el fin de nuestros encuentros. Y en cuanto a los sentimientos que me hacían sufrir tanto y me provocaban un dolor tan imposible de apaciguar, yo procuraba hacer como si no existieran. Procuraba hacerme la heroína. Lo que era una auténtica estupidez, la verdad, aunque supongo que en el fondo seguía adelante por la esperanza de que algún día, en un futuro no muy lejano, mi paciencia tendría milagrosamente su recompensa.

La persona a la que él estaba intentando llamar no contestaba. Le oí decirle a Annamaria: «No, no está». Y Annamaria le contestó: «¿No te acuerdas de cuáles son las que le gustan, papá?». Estaban mirando dos cuencos de aceitunas verdes y gordas que había sobre un mostrador del autoservicio, y él dudaba entre los dos. Pero no era una duda corriente en absoluto. No, le parecía muy importante comprarle a su mujer exactamente las aceitunas que le gustaban más. Y de golpe me di cuenta de que era en pequeñas decisiones cotidianas como aquella en las que radicaba toda la felicidad de su vida en común. Lo que significa que en esa duda (y en ese momento) lo entreví con una escalofriante claridad: el amor inextinguible que sentía por aquella mujer, que seguía sintiendo por ella a pesar de todas sus traiciones; el amor con el que yo me había hecho ilusiones en las semanas anteriores a ese encuentro y que me transferiría a mí algún día. Pero esa esperanza se marchitó y murió en un abrir y cerrar de ojos, en el más breve lapso de tiempo. En determinado momento estaba allí, y en el instante siguiente había desaparecido. Y su desaparición hizo que me derrumbara. Me alejé de Stefano y de su hija como una persona diferente (irreconocible incluso con respecto a la que acababa de enfilarse despreocupadamente el pasillo del gastronomía y había estado a punto de saludarlos). Mi identidad se había desmoronado y desvanecido en ese momento. Eso fue lo que me aportó aquel repentino y terrible atisbo de verdad: el convencimiento de que Stefano nunca dejaría a su mujer. Nunca, por muchos años que llegaran a vivir los dos.

Unas aceitunas... ¿Quién lo habría pensado? Me pregunto cuáles elegiría al final.

Bueno...

El cigarrillo se apaga y lo tiro a la negrura marmórea del canal. Se me está metiendo el frío en los huesos y sé que es hora de buscar cobijo, de regresar al calor y la comodidad.

Ya está bien de pensar.

Aquí sentada, delante de mi escritorio forrado de cuero del piso veintiuno del Regency Hyatt (¡El último y el mejor de mis puntos estratégicos!), contemplando las luces dispersas de esta ciudad ahora vibrante, tan ocupada en reconstruirse, en reinventarse a sí misma, me alegro de haber ido a escuchar a Benjamin esta noche. ¿Sabes por qué? Porque he comprendido en un instante impagable que continúa perdido, que sigue siendo esclavo del pasado, y he visto el dolor que está provocando por eso; y me he dado cuenta de que yo no puedo vivir así mi propia vida. Y ya no estoy hablando de Stefano, estoy hablando (lo siento, queridísima hermana) de ti. Has sido mi compañera silenciosa todos estos años, y en cierta forma, durante todo ese tiempo, me he aferrado a la fantasía de que mis palabras tal vez te llegarían de algún modo, pero ahora siento que ya es hora de abandonar esa fantasía. Mañana dejaré este hotel y me iré a otra ciudad y esta noche acabaré por fin esta carta (esta carta tan larga que nunca enviaré porque no hay nadie real a quien mandársela), y cuando la acabe, cerraré el cuaderno veneciano en el que la he escrito y lo guardaré en algún sitio. Puede que alguien lo lea algún día. Me encantaría que hubieras sido tú. Pero ese es precisamente el deseo, esta noche lo veo muy claro, que me ha estado impidiendo avanzar. El deseo de que me oyeras. El deseo de que me leyeras. El deseo de que siguieras viva.

Tengo que empezar de nuevo. Desde el principio. Lo que significa que debo empezar haciendo lo más difícil de todo (la cosa a la que me he estado resistiendo todo este tiempo) y abandonar cualquier esperanza.

¿Puedo hacerlo?

Creo que sí. Sí que puedo.

Sí. Venga. Ya está.

Y tú, querida Miriam, por favor perdona a tu hermana que te quiere,

Claire.

GENTE PÁLIDA

Gente pálida abarrotaba las calles de Londres la última noche del siglo xx. En grupos muy compactos, se iban abriendo paso, presionando y empujando, hacia la orilla del Támesis, para contemplar admirados la nueva noria, el London Eye, y para esperar el increíble despliegue de fuegos artificiales (el así denominado «Río de Fuego») que las autoridades les habían prometido. Parecía peligroso, tanta gente apretujada en el Whitehall y el Embankment al mismo tiempo. Había catastrofistas que habían profetizado durante semanas que las víctimas eran inevitables, que la reunión de semejantes masas de gente tenía que derivar forzosamente en una tragedia humana. Esas mismas personas llevaban aún más tiempo prediciendo que, cuando dieran las doce de la noche, los sistemas informáticos mundiales se colapsarían.

—Me alegro de estar aquí —dijo Sheila Trotter, y no ahí. No estaría ahí ni loca.

Benjamin levantó la vista de su trabajo y miró un momento a su madre, sin que ella se diera cuenta. Incluso a sus sesenta y muchos años seguía sorprendiéndole. ¿De veras prefería *esto*, esta ausencia de vida, esta calma mortal, al ambiente de fiesta del centro de Londres esa noche? ¿Los cuatro allí sentados en el viejo cuarto de estar de Rubery, la casa donde sus padres llevaban viviendo los últimos cuarenta y cinco años, sin nada que decirse los unos a los otros? Los seis, en realidad, si se contaba a su cuñada Susan, que estaba arriba acostando a la pequeña Antonia; aunque tampoco era que ella estuviera para muchas fiestas, de todos modos. Esa noche, Susan era un amasijo de resentimientos, furiosa porque su marido, el hermano menor de Benjamin, Paul, no estuviese con ellos. Y el hecho de que cupiera la posibilidad de entreverlo en la televisión dentro de un rato solo parecía alimentar su rabia.

Emily, la mujer de Benjamin, le estaba ofreciendo a su madre otra copa mediada de cava.

—Venga, Sheila, cariño —le estaba diciendo—, no todos los días se tiene la ocasión de presenciar la llegada de un nuevo milenio, ¿no?

Benjamin se indignó para sus adentros por la estupidez de aquel comentario, y alargó la mano hacia la pila de estuches de CDs amontonados ante él en la mesa del comedor. Sacó otro CD y lo metió en la grabadora externa que se había comprado hacía unos días. Estaba haciendo copias de seguridad de todo lo que tenía en el ordenador, y era un asunto que llevaba mucho tiempo. La mayoría de los archivos de música, por ejemplo (el cúmulo de todo lo que había compuesto, mezclado y grabado los últimos quince años), ocupaba más de diez megas cada uno, y tenía casi ciento cincuenta.

—¿Pero de verdad *tienes* que trabajar, Ben? —le dijo su padre—. No me puedo creer que no puedas parar unas horas esta noche precisamente.

—No te molestes, Colin —dijo Emily, resignada—. Lo hace solo para demostrar una cosa: que no quiere pasárselo bien esta noche, y hará lo que sea con tal de

dejárnoslo claro.

—No tiene nada que ver con eso —dijo Benjamin, con una irritación controlada, los ojos fijos en la pantalla de su portátil. ¿Cuántas veces tengo que decíroslo? Tengo que hacer copias de seguridad de todo antes de las doce.

Susan bajó del piso de arriba y se dejó caer en el sofá, con pinta de estar absolutamente estresada y agotada.

—¿Se ha dormido? —preguntó Sheila.

—Por fin, gracias a Dios; no es nada fácil. Llevaba ahí arriba con ella... —consultó su reloj— tres cuartos de hora. Se queda echada a tu lado y se pone a parlotear y a cantar. No será hiperactiva, ¿no?

—Ten —dijo Emily, pasándole una copa—. Tómate algo.

Susan cogió la copa y enseguida se levantó otra vez, al recordar que había prometido llamar a su hermano Mark antes de las doce.

—¿Dónde me has dicho que estaba ahora? —preguntó Sheila.

—En Liberia.

(Mark trabajaba para la agencia Reuter, y nunca se sabía en qué parte del mundo iba a estar el mes siguiente.)

—¿Liberia? ¡Mira tú!

—Por lo visto no hay diferencia horaria. También se rigen por el meridiano. Hablaré poquito. No te preocupes, Colin, ya te pagaré la llamada.

Colin le hizo un gesto de asentimiento con la mano, y Susan desapareció para usar el teléfono del pasillo. Mientras tanto, se iban aproximando las doce de la noche. A las doce menos cuarto, Benjamin sacó su móvil y llamó al despacho. Se suponía que Adrián, el director informático de la empresa, debía hacer copias de seguridad de todos y cada uno de los archivos de su sistema: más de cuatro mil informes empresariales, calculaba; y a las ocho de esa misma noche aún seguía trabajando en ello. Pero no hubo contestación cuando Benjamin lo llamó, así que supuso que había acabado a tiempo. Siempre se podía confiar en Adrián. De todas formas, siendo uno de los socios más antiguos, también era responsabilidad suya comprobar que la documentación de sus clientes se encontraba a salvo.

—Susan, ya está... ¡Mira! ¿Ves a Paul por alguna parte?

Las cámaras de la televisión se habían desplazado hasta la Cúpula del Milenio, donde una serie de invitados (políticos, famosos y miembros de la familia real) se habían congregado para aguardar las campanadas del Big Ben. Nadie sabía muy bien cómo, pero Paul Trotter había conseguido hacerse con una invitación a última hora. No quedaban entradas para su mujer, ni para su hija de tres años; pero eso no le había echado para atrás. Era una ocasión demasiado señalada como para dejarla escapar. Y él era el diputado laborista más joven al que habían invitado, como muy bien se había encargado de destacar en la última hoja informativa de su distrito electoral (para mayor desconcierto, sin duda, de sus lectores). Sus padres habían pegado las sillas a la pantalla del televisor, y se esforzaban por distinguirlo.

—Acércate, Benjamin, ven a ver esto. Van a dar las campanadas en cualquier momento.

De mala gana, Benjamin se levantó, se acercó despacio hasta el resto de su familia, y se sentó junto a su mujer. Ella le puso una mano en la rodilla y le pasó una copa. Él le dio un sorbo y puso una mueca de disgusto. Adentrarse en un nuevo milenio con cava de supermercado, por el amor de Dios... ¿No se podían haber esmerado todos un poco más precisamente esa noche? Miró hacia el televisor y vio el rostro sonriente del primer ministro por el que había votado con tanto optimismo hacía dos años y medio, junto con otros millones de ciudadanos británicos. Hacía que cantaba el «Auld Lang Syne» al lado de la Reina, y la verdad era que ninguno de los dos se lucía mucho. ¿Alguien se sabía la letra de aquella maldita canción?

—Feliz Nuevo Milenio, cariño —dijo Emily, besándole en la boca.

Benjamin le devolvió el beso, abrazó a sus padres, y estaba a punto de besar a Susan cuando a ella le llamó algo la atención en la tele y dijo:

—¡Mirad, ahí está!

Era Paul, no cabía duda, que se había abierto un hueco entre las filas de invitados y cogía al primer ministro por el hombro mientras este se movía entre sus aliados políticos, repartiendo palmadas en la espalda y apretones de manos. Paul consiguió atrapar su mirada unos instantes, y en ese momento los ojos del primer ministro reflejaron un desconcierto evidente, por no hablar de la total ausencia de alguna señal de reconocimiento.

—¡Bien hecho, Paul! —le gritó Sheila a la tele—. Has conseguido meterte ahí y llamar la atención.

—¡Seré gilipollas! —gritó Colin, y abrió corriendo el armarito de la tele—. Me he olvidado de poner el vídeo a grabar. ¡Hay que ser gilipollas!

Veinte minutos después, cuando cesaron los cánticos y el Río de Fuego se había consumido de la forma más decepcionante posible, sonó el teléfono. Era Lois, la hermana de Benjamin, que llamaba desde Yorkshire.

—Han estado echando fuegos artificiales en el jardín de atrás —informó Colin al resto de la familia—. Con todos los vecinos de la zona. Por lo visto, se les ha unido toda la calle. —Se desplomó otra vez en su sillón y le dio otro sorbo a su vino—. El año dos mil... —dijo, perplejo, suspirando e inflando los carrillos—. Nunca pensé que viviría para verlo.

Sheila Trotter fue a la cocina a poner la tetera al fuego.

—No sé —murmuró para sí, sin dirigirse a nadie en particular—. Para mí no hay ninguna diferencia, la verdad.

Benjamin volvió a coger el ordenador, y descubrió que, de momento, sus archivos estaban intactos y el calendario había saltado al 01-01-2000 sin la menor queja. Pero prosiguió con su tarea de hacer copias de seguridad. Mientras, recordó que hacía casi treinta años solía hacer los deberes en aquella misma mesa, en aquella misma casa, con sus padres sentados en los mismos muebles delante del televisor. Entonces sus

acompañantes eran su hermano y su hermana, y no su mujer y su cuñada; pero eso no suponía un cambio muy radical, la verdad. No era como si su vida se hubiera transformado en el transcurso de esas tres décadas.

Cogió la taza de té que le tendía la mano de su madre y pensó: «No, tienes razón. No hay ninguna diferencia».

Paul Trotter, en aquel punto de su carrera, era el secretario parlamentario privado de un ministro del Home Office. Estaba resultando ser un puesto ambiguo y frustrante. Tradicionalmente, se lo consideraba un peldaño en la escalera que llevaba al auténtico ministerio; pero, mientras tanto, Paul se veía relegado a un papel discreto y limitado, que consistía fundamentalmente en mediar entre el ministro y los diputados sin un cargo específico. No le estaba permitido hablar con los periodistas de asuntos relacionados con su departamento; de hecho, no se le animaba en absoluto a hacerlo. Pero Paul no se había metido en política para trabajar en la sombra. Tenía sus propias opiniones (opiniones muy claras que en su mayoría coincidían con la corriente de pensamiento de su partido) y era dado a expresarlas, siempre que se le presentaba la oportunidad. Mientras que la mayoría de los parlamentarios laboristas más jóvenes e inexpertos se escabullían cuando veían un periodista o un micrófono, Paul ya se había ganado la fama de ser alguien dispuesto a hablar, y casi siempre para decir algo que valía la pena citar. Los redactores de los periódicos importantes habían empezado a llamarlo para pedirle artículos de opinión de cuando en cuando, y los corresponsales de los grupos de presión lo buscaban activamente para que comentara asuntos dignos de convertirse en noticia; incluso (o más bien especialmente) los que escapaban a su competencia.

De todos modos, Paul no era ningún ingenuo. Sabía que a los periodistas nada les gustaba más que pillarle desprevenido. Sabía que la gente que le había votado tenía ciertas esperanzas puestas en la administración laborista, y que muchas de sus convicciones personales, si hubiera tenido que exponerlas sinceramente en público, les habrían chocado y provocado en ellos una profunda sensación de desasosiego y de traición. Debía andarse con cuidado; y eso ya estaba empezando a ponerle nervioso. A los tres años de ocupar su cargo, la rutina de su vida parlamentaria (la mitad de la semana en el centro de Londres, y luego un larguísimo fin de semana en la casa de su circunscripción electoral en las Midlands, con su mujer y su hija) comenzaba a pesarle. Empezaba a impacientarse y a desear ardientemente un cambio: un cambio rápido y radical. Le parecía que estaba languideciendo poco a poco, cayendo en una autocomplacencia y un torpor prematuros, y andaba buscando algo que le sacudiera completamente y renovara su vida.

En cualquier caso, lo encontró una noche, un jueves de febrero de 2000, y vino de donde menos se lo esperaba: su hermano.

Benjamin montó la tabla de planchar mientras Emily veía sentada la televisión. Estaba viendo cómo un equipo altamente especializado de jardineros famosos convertía un triste patio trasero urbano en un oasis de verdor con varios niveles, una

zona para la barbacoa y un estanque; y todo en el espacio de una semana. Fuera, su propio jardín se extendía salvaje y descuidado.

—Ya te la plancho yo, si quieres —se ofreció.

—No seas tonta —dijo Benjamin—. Sé plancharme una camisa.

Su respuesta no pretendía sonar a eso: a desprecio e ingratitud. Pero así fue como sonó. La verdad era que hubiera preferido que Emily le planchara la camisa. Ni le gustaba planchar camisas, ni se le daba muy bien. Si realmente fuese a salir a cenar con su hermano Paul, tal como le había dicho, habría dejado que Emily le planchara la camisa encantado. Pero el hecho que fuera con Malvina, y el de no haber compartido esa información con su mujer, le hacían sentirse culpable. A pesar de su tendencia al análisis, Benjamin no analizó en esa ocasión *por qué* le hacía sentirse culpable. Simplemente sabía que se sentía así, y también que dejar que Emily le planchara la camisa antes de salir le haría sentirse más culpable aún. Se puso a planchar la camisa. Cada vez que planchaba una manga y le daba la vuelta, se encontraba con que ahora el otro lado lucía dos o tres arrugas muy evidentes que antes no estaban. Siempre le pasaba lo mismo; no sabía por qué.

El programa de jardinería terminó; le siguió un show de cocina en el que una joven inverosímilmente *glamourosa*, que vivía en una casa inverosímilmente elegante, preparaba deliciosas exquisiteces mientras se sacudía la melena, le ponía morritos a la cámara y se chupaba los restos de mantequilla y de salsa de los dedos de una manera que a Benjamin le recordaba tan explícitamente el sexo oral que hasta tuvo una erección mientras planchaba los puños de su camisa por quinta vez. Tras cinco minutos de preparación (inverosímilmente sin esfuerzo) de aquel mejunje de albaricoques escalfados, salpicados de pistachos y rellenos de *crème fraîche*, Benjamin oyó el *ping* del microondas; durante los anuncios Emily había metido unos macarrones al queso de Marks and Spencer, que ahora vació en un cuenco y se comió sin muchas ganas mientras contemplaba aquel despliegue televisado de gastronomía erótica con los ojos vidriosos de pura envidia.

Pero por qué no se lo había contado, empezó a preguntarse Benjamin. Retrotrajo su mente tres meses atrás, al día de noviembre de 1999 en el que Malvina se había sentado a la mesa de al lado en la cafetería de la Waterstone de High Street. Eran casi las siete de la tarde y el final de un largo día de trabajo. Por supuesto, en ese momento ya debería haber estado en casa con Emily. Pero esa noche (como muchas otras noches) le había dicho que necesitaba trabajar hasta tarde. Pero no para escabullirse y pasar unas horas con su amante (Benjamin nunca tendría una amante), sino para poder disfrutar de media hora de soledad con un libro y sus pensamientos, antes de regresar a casa y a la soledad más agobiante de la vida doméstica que compartía con ella.

No llevaba mucho tiempo sentado cuando se dio cuenta de que la joven pálida y esbelta de la mesa de al lado intentaba captar su atención. No dejaba de sostenerle la mirada, de sonreír, y de mirar tan fijamente el libro que él estaba leyendo (una

biografía de Debussy) que enseguida llegó un momento en que habría sido una grosería por su parte no decirle nada. Cuando se pusieron a charlar, se enteró rápidamente de que estudiaba Ciencias de la Información en la Universidad de Londres, y de que estaba pasando unos días en Birmingham en casa de unos amigos. Debían de ser buenos amigos, porque venía a verlos con relativa frecuencia; tras ese primer encuentro, Malvina y Benjamin se habían visto (en el mismo sitio, según habían acordado) al menos una vez cada quince días, o incluso más; y no pasó mucho tiempo (por lo menos para Benjamin) antes de que cada uno de aquellos encuentros empezara a parecer, más que una reunión entre amigos, una cita amorosa. Antes de ver a Malvina, se mareaba de pura ansiedad. Y cuando estaban juntos, nunca conseguía terminarse el pedazo de tarta o el sandwich que había pedido. Se le contraía el estómago como un puño cerrado. No tenía ni idea de si ella sentía lo mismo. Seguramente sí, ¿o para qué iba a haberse acercado a él de aquella forma en un principio? Aunque habían empezado a salirle canas y papada, y el estómago comenzaba a sobresalirle siguiendo alguna extraña pauta particular que no guardaba ninguna relación con la cantidad de comida que tomara, ¿significaba eso que nunca volvería a resultarles atractivo a las mujeres? Aparentemente no. De todas formas, había algo que le preocupaba aún más: el halo de fracaso, de desilusión que sentía que lo envolvía últimamente, y al que sabía que sus amigos se habían acostumbrado, pero que, estaba convencido, siempre le saltaría inmediatamente a la vista a cualquiera que llegase a entablar conversación con él. Aun así, y para mayor asombro, parecía que Malvina no lo percibía en absoluto. Volvía a él una y otra vez. Todavía no había rechazado una sola invitación a tomar un café o una copa. Incluso había aparecido en el concierto en el que se había reencontrado su banda en El Vaso y la Botella, justo antes de Navidad.

¿Qué había en él, se veía obligado a preguntarse, que le interesaba tanto? Seguía sin ser capaz de responder a esa pregunta, incluso tras las muchas horas que ella se había pasado escuchándole, con una atención que no decaía en ningún momento, mientras él le hablaba de su trayectoria de veinte años como contable, y de una carrera musical a tiempo parcial bastante más corta en los años ochenta, y del mayor secreto de todos en cierta forma: la novela en la que llevaba trabajando todo ese tiempo, y que ahora ya alcanzaba unos cuantos miles de páginas y no parecía más cerca de su final que cuando la había empezado. Por lo visto, Malvina tenía un apetito insaciable por escuchar aquellos detalles personales; y, a cambio, dejaba caer de vez en cuando alguna revelación sobre ella misma, como por ejemplo que ella también aspiraba a ser escritora, y que tenía una colección cada vez mayor de poemas inéditos y cuentos que lo probaban. Benjamin le había preguntado, inevitablemente, si le permitiría ver algunos; pero hasta el momento Malvina (igual de inevitablemente, tal vez) no le había hecho esa concesión. Seguramente, solo por timidez; pero, en cualquier caso, la curiosidad no era la única motivación de Benjamin. Quería ayudarla de verdad, de todas las maneras posibles. En el fondo de su cabeza, habitaba

siempre el miedo (inexpresado, no reconocido incluso) de que aquellos maravillosos encuentros, que habían transformado su vida en los últimos meses, pudieran terminarse en cualquier momento. Cuanto más la ayudara, cuantos más favores le hiciese, más imprescindible sería para ella; todas esas cosas, le parecía, alejaban la posibilidad de que ella se cansara de verlo algún día. Y fue por esa misma razón, en definitiva, por la que se ofreció a presentarle a Paul.

El proyecto de segundo de carrera de Malvina era una tesina de unas veinte mil palabras sobre la relación entre el nuevo laborismo y los medios de comunicación. Era un gran tema que, empezaba él a sospechar, le quedaba grande. Sabía que ya la llevaba atrasada; percibía un matiz de pánico en su voz cada vez que salía a colación; y mientras que le resultaba impensable sugerirle, por ejemplo (como habría hecho encantado), escribírsela él, sí que podía proporcionarle alguna ayuda práctica, dejando que accediera directamente a una de las estrellas emergentes del nuevo laborismo: la clase de investigación de primera mano que ninguno de sus compañeros sería capaz de igualar.

—¿Pero tengo que hacerlo? —se había quejado Paul, en cuanto Benjamin le pidió el favor por teléfono.

—No, claro que no —dijo Benjamin—. Pero solo te robaría un par de horas. Había pensado que podríamos cenar los tres juntos la próxima vez que coincidiáis en Birmingham. Solo se trata de pasar una velada agradable.

A lo que Paul había respondido, tras una breve pausa:

—¿Es guapa?

Benjamin se lo pensó un momento, antes de contestar:

—Sí.

Lo cual era la pura verdad. Más bien se quedaba corto, incluso. Nunca creyó que fuera algo más que una pregunta puramente casual que se le había ocurrido de improviso; sobre todo viniendo de Paul, un hombre casado, con una niña pequeña y guapa.

Pero, en realidad, Benjamin también estaba casado; y, sin embargo, aún no le había comentado nada a Emily sobre Malvina. Y esa noche, cuando sonó el timbre, de repente le pareció más importante que nunca que su mujer no supiera nada de aquella nueva amistad, que ni siquiera se enterase de la existencia de Malvina.

Con este pensamiento en mente, Benjamin se apresuró a abrir la puerta.

—No irás a llevar esa camisa vieja, ¿no? —le preguntó su hermano de golpe. Él llevaba un traje de Oswald Boetang hecho a medida.

—Estoy planchándome una. Pasa. —Mientras cruzaba el umbral, Benjamin añadió, en un susurro teatral—: Oye, Paul, recuerda que es como si no hubiéramos quedado con nadie esta noche.

—Ah. —La decepción de Paul era palpable—. Creía que en eso consistía la cosa. Creía que esa mujer quería conocerme.

—Es que quiere.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos a conocer?

—Esta noche.

—¿Pero no acabas de decir que no hemos quedado con nadie?

—No pero sí. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Ni idea.

—Que Emily no lo sabe.

—¿Que no sabe qué?

—Que ella viene a cenar con nosotros.

—¿Emily viene a cenar con nosotros? Estupendo. ¿Pero por qué no lo sabe?

—No... Malvina es la que viene a cenar con nosotros. Emily no. Pero no lo *sabe*.

—¿No sabe que no viene a cenar con nosotros? ¿Quieres decir que cree que sí?

—Atiende. Emily no sabe que...

Paul apartó a su hermano medio enfadado.

—Benjamin, no tengo ganas de perder el tiempo. Acabo de pasar tres cuartos de hora insoportables con nuestros padres y cada vez tengo más claro que en esta familia hay una vena de locura que, por lo visto, tú has heredado. ¿Vamos a salir a cenar o no?

Pasaron al cuarto de estar y Benjamin terminó de plancharse su camisa. Paul intentó un intercambio de impresiones con Emily un momento y después se quedó sentado a su lado, sin decir palabra, en el sofá, viendo cómo la diosa de la cocina pelaba un plátano con unos dedos lánguidos y luego le chupeteaba abstraída la punta con sus labios carnosos.

—Dios mío, me encantaría follármela —masculló al cabo de un rato. No quedó claro si se dio cuenta de que lo había dicho en alto o no.

En el coche de Paul, de camino a Le Petit Blanc de Brindley Place, Benjamin le preguntó:

—¿Por qué te ha resultado tan insoportable ver a papá y mamá?

—¿Has ido a verlos últimamente?

—Los veo todas las semanas —dijo Benjamin, captando el tono santurrón de su propia voz y poniendo cara de disgusto.

—¿Y no te parece que se han vuelto muy raros? ¿O es que siempre fueron así? Cuando le he dicho a papá que esta noche íbamos a ir al centro, ¿sabes lo que me ha contestado?: «Ten cuidado con las pandillas».

Benjamin frunció el ceño.

—¿Pandillas? ¿Qué clase de pandillas?

—Ni idea. No me lo ha dicho. Simplemente estaba convencido de que si nos metíamos en el centro un jueves por la noche, nos asaltaría algún tipo de pandilla. Se le está yendo la olla.

—Lo que pasa es que son mayores —dijo Benjamin—. Son mayores y no salen mucho de casa. Deberías intentar entenderlos.

Paul gruñó y luego se quedó callado. Normalmente era un conductor impaciente,

aficionado a saltarse los semáforos y hacerle ráfagas de luces a cualquiera que no fuese lo bastante rápido, pero esa noche no parecía muy concentrado. Conducía con una mano en el volante, y mantenía la otra cerca de la boca para mordisqueársela de cuando en cuando. Benjamin recordó ese gesto de su infancia juntos: era señal de nerviosismo y preocupación.

—¿Todo bien, Paul?

—¿Qué? Ah, sí, todo bien.

—¿Susan está bien?

—Eso parece.

—Es que estaba pensando si... había algo que te tenía preocupado.

Paul miró de lado a su hermano. Era difícil saber si agradecía que Benjamin se preocupara por él o más bien le molestaba que su propia inquietud resultara tan evidente.

—No, solo que un periodista me ha acorralado esta tarde en el vestíbulo del Parlamento. Me hizo una pregunta sobre Railtrack y..., bueno, que no me lo pensé muy bien antes de contestarle. Creo que he metido la pata.

Esa tarde, se le había comunicado a la prensa que la responsabilidad de la seguridad en las vías férreas le iba a ser transferida a Railtrack (una empresa privada), en lugar de a un ente autónomo de la administración pública, tal como muchos críticos habían exigido. Paul aprobaba en un principio la idea (todo su instinto político lo inclinaba hacia el sector privado) y se alegraba de haberlo dicho oficialmente, en la creencia de que eso le haría ganarse las simpatías de la cúpula del partido. Sin embargo, parecía que se había pasado un poco de la raya.

—Resulta —dijo— que la gente que está realmente en contra es la que perdió algún pariente en el choque de trenes de Paddington. Dicen que con eso no basta.

—Era de esperar, ¿no?

—Bueno, es lógico que estén *dolidos*. Eso se entiende perfectamente. Pero, aun así, no sirve de nada echarle la culpa al gobierno de cualquier cosa que vaya mal. ¿No te parece que estamos empezando a vivir en una cultura de la culpa? Es como si fuera la peor parte de América.

—¿Qué es lo que has dicho en realidad? —le preguntó Benjamin.

—Ha sido un tipo del *Mirror* —le explicó Paul—. Me ha preguntado: «¿Qué les diría a las familias que han perdido algún familiar en el accidente de Paddington y que afirman que esta decisión es un insulto a sus seres queridos?». Así que, lo primero de todo, le he contestado que respetaba sus sentimientos y esas cosas, pero, claro, ese es el tipo de comentario que luego nunca incluyen. Sé exactamente qué es lo que van a poner. Lo último que he dicho, seguro: «Los que tratan de sacar provecho de las vidas humanas deberían hacer examen de conciencia».

—¿Te referías a los parientes?

—No, para nada. Me refería a la gente que va a aprovecharse de los sentimientos de los parientes para utilizarlos con fines políticos. *Eso* es lo que quería decir.

Benjamin hizo un gesto de desaprobación.

—Demasiado sutil. La gente va a pensar que eres un cabrón sin corazón, al que le da todo igual.

—Ya lo sé. Mierda —dijo Paul para sí, mirando por la ventanilla lo que en tiempos había sido el cinema ABC de Bristol Road, pero que ya hacía muchos años que era un enorme McDonald's de comida rápida para coches—. Cuéntame algo de esta mujer con la que hemos quedado. ¿Me va a animar un poco?

—Se llama Malvina. Y es muy lista. Divide su tiempo entre Londres y esta ciudad, por lo que puedo deducir. Y simplemente quiere hablar contigo de tu relación con los periodistas, me parece. Como recogida de material para su tesina.

—Vaya —dijo Paul, desalentado—. No podía haber escogido un día mejor...

Al recordar aquella noche, algún tiempo después, Benjamin se dio cuenta de que había sido una estupidez por su parte no haber previsto el cambio que se dio en Malvina. Estaba tan acostumbrado (desgraciadamente) a su hermano pequeño que no acababa de hacerse a la idea de que ahora su hermano era una estrella para mucha gente, y conocerlo todo un acontecimiento: algo para lo que uno se ponía sus mejores galas. Cuando llegaron a Le Petit Blanc, y encontraron a Malvina esperándoles en su mesa para tres junto a la ventana, Benjamin se quedó sin aliento un instante, sobrecogido por su belleza, y completamente mudo. Ya la había visto maquillada antes, claro, pero nunca tanto ni tan bien; ni tampoco con el pelo despeinado de una manera tan estudiada; ni tampoco, a no ser que estuviera muy confundido, con una falda *tan* corta, tan impúdica como aquella. Benjamin la besó en la mejilla perfumada (cuán intensamente había soñado con aquel momento, y qué rápido se había desvanecido); luego se volvió para presentársela a su hermano y vio que Paul le estaba dando la mano con tanta reverencia, con tanta delicadeza, que al principio pensó que iba a besársela en vez de estrechársela.

Observó cómo se encontraban sus miradas, y lo bruscamente que ambos apartaron la vista. Se fijó en que Paul se estiraba la corbata, y Malvina se alisaba la falda al volver a sentarse. El corazón le dio un vuelco. Enseguida se preguntó si no acababa de cometer uno de los peores errores de su vida.

Mientras Benjamin jugueteaba con su primer plato (una ensalada tailandesa de pollo con papaya verde y rúcula), Paul empezó a contarle a Malvina, de una forma divertida y autocrítica, lo del comentario tonto que le había hecho a un periodista esa tarde, y pronto se puso a hablar de un modo más general de la desagradable dependencia mutua que, según él, existía entre el gobierno y la prensa y los demás medios de comunicación. Benjamin ya se lo había oído comentar muchas veces, pero esa noche le impresionó aquel tono tan erudito, tan de experto en el tema, de Paul. Se dio cuenta de que, últimamente, su hermano tenía cierto encanto añadido: un encanto derivado del poder, incluso del limitado poder que era capaz de ejercer en su posición

actual. Malvina escuchaba, y asentía, y a veces anotaba cosas en su cuaderno. Al principio hablaba muy poco, y parecía un poco cortada por el hecho de que Paul estuviese perdiendo el tiempo para explicarle aquellas cosas. Pero, cuando le trajeron el segundo plato (filete de mero frito con *courgettes*, hinojo y *sauce verge*), Benjamin vio que la balanza empezaba a cambiar ligeramente. Malvina se había vuelto más charlatana, y Paul ya no solo se dedicaba a aportar información; se había puesto a hacerle preguntas, a pedirle opinión, y era evidente que ella estaba sorprendida pero a la vez se sentía halagada. En cuanto a Benjamin, se había sumido en un silencio taciturno que duró hasta el postre. Picoteando sin mucho entusiasmo en su fruto de la pasión *brulée* vio cómo se cepillaban un solo plato entre los dos: *Chocolate mi-cuit* cubierto de *crème anglaise*, que compartieron con una sola cuchara de mango largo. Y entonces supo, con una abultada certeza en la boca del estómago, algo que le habría parecido inconcebible hacía un par de horas: que acababa de perder a Malvina. ¡Perder! ¿Pero es que la había poseído en algún sentido alguna vez? En el sentido, suponía, de que, mientras habían continuado aquellos ambiguos encuentros semanales, por lo menos había sido capaz de sostener una fantasía con respecto a ella, la fantasía de que aquella amistad podía, mediante algún milagro (Benjamin era un firme creyente en los milagros), transformarse en otra cosa, en algo explosivo. Hasta ese momento no se había molestado en imaginar los detalles ni en pensar en el daño que podría hacerle a su mujer (que podría hacerse a sí mismo) por seguir adentrándose en ese camino lleno de peligros. Había comenzado como una fantasía, y seguramente se habría quedado en eso; pero Benjamin vivía para sus fantasías, lo había hecho toda su vida; eran tan sólidas para él como los contornos de su jornada laboral o su excursión semanal al supermercado; y resultaba cruel, amargamente cruel, que le arrebataran incluso aquellas pálidas fantasías. Empezó a sentirse atrapado en una maraña de desesperación, al mismo tiempo que lo embargaba en lo más profundo un odio ya familiar hacia su hermano.

—Así que lo que estás tratando de demostrar, tal como yo lo veo —estaba diciendo Paul—, es que el discurso político se ha convertido en una especie de campo de batalla, donde los políticos por un lado y los periodistas por otro discuten y pelean todos los días por el significado de las palabras.

—Sí; porque ahora los políticos tienen tanto cuidado con lo que dicen, y las declaraciones políticas son tan vagas, que a los periodistas no les queda más remedio que *darles* significado a las cosas que les sueltan. Lo que importa ya no son las cosas que *decís*, sino cómo se *interpretan*.

Paul frunció el ceño, y lamió los restos de chocolate líquido del dorso de su cuchara.

—Creo que estás siendo muy cínica —dijo—. Las palabras tienen un significado (un significado fijo) que no se puede cambiar. A veces me gustaría que se pudiera. Por ejemplo, mira lo que le he dicho el tipo del *Mirror* esta tarde: «Los que tratan de sacar provecho de las vidas humanas deberían hacer examen de conciencia». ¿A que

no hay otra manera de interpretarlo? Va a sonar fatal, lo pongan como lo pongan.

—Vale —dijo Malvina—, pero supongamos que dices que te han citado fuera de contexto.

—¿Y cómo iba a hacerlo?

—Diciendo que no te referías para nada a las familias de las víctimas. Que lo que hacías (como alguien que defiende la privatización de los trenes en general) era un disparo de advertencia a las nuevas compañías ferroviarias, aconsejándoles que no les sacaran *provecho* a las vidas humanas anteponiendo sus beneficios a la seguridad. Vamos, que *son ellos* los que deberían hacer examen de conciencia. —Le sonrió: una sonrisa burlona y desafiante—. ¿Qué? ¿Qué tal te suena?

Paul se quedó mirándola asombrado. No acababa de entender del todo lo que le estaba diciendo, pero ella ya había conseguido que se sintiese mejor con respecto a su patinazo de esa tarde, así que también comenzó a sentir que aquel pesado fardo de angustia empezaba a resbalar de sus hombros.

—Por eso es tan inteligente haber usado esa palabra —prosiguió Malvina—, «provecho». Porque ahí está el peligro, ¿no? En que la gente empiece a verlo todo en términos económicos. Un uso del lenguaje muy inteligente, muy irónico, desde luego... —Aquella sonrisa otra vez—. Porque *estabas* siendo irónico, ¿verdad? Paul asintió despacio, sin apartar la mirada de la suya.

—La ironía es una cosa muy moderna —le aseguró ella—. Muy de *ahora*. ¿Ves como ya no se tiene que dejar perfectamente claro lo que uno quiere decir? En realidad, ni siquiera se tiene que querer decir lo que uno dice. Ahí está la gracia.

Paul se quedó quieto y callado un momento, fascinado por sus palabras, su seguridad, su serenidad. Por su juventud. Luego dijo:

—Malvina, ¿te gustaría trabajar para mí?

Ella se echó a reír de pura incredulidad.

—¿Trabajar para ti? ¿Y cómo? Si solo soy una estudiante.

—Solo sería un día a la semana. O un par de días, como mucho. Podrías ser mi... —rebuscó en su mente la expresión adecuada—... consejera mediática.

—Venga, Paul, no seas tonto —dijo ella, apartando la vista al tiempo que se ponía colorada—. No tengo ninguna experiencia.

—No me hace falta alguien con experiencia, sino alguien que me aporte una mirada nueva.

—¿Para qué quieres una consejera mediática?

—Porque no puedo vivir sin los medios, pero no los entiendo. Y tú sí. Podrías ayudarme mucho. Podrías ser una especie de... amortiguador, de conducto entre...

No terminó la frase, y Benjamin farfulló:

—Son dos cosas completamente diferentes.

Paul y Malvina se quedaron mirándolo (era la primera vez que decía algo en veinte minutos), y él se explicó:

—Amortiguador y conducto... Quieren decir lo contrario. No se puede ser un

amortiguador y un conducto.

—¿Pero no la has oído? —dijo Paul—. Las palabras pueden significar lo que queramos en la era de la ironía.

Paul se ofreció a acercarse a Malvina en coche hasta la estación de New Street, con tiempo para el último tren a Londres. Cogió él mismo la cuenta de la cena y la pagó discreta y rápidamente cuando Malvina fue al baño.

—¿A qué estás jugando exactamente, Paul? —le susurró Benjamin mientras la esperaban en el exterior del restaurante—. No puedes *contratarla*.

—¿Por qué no? Tengo una subvención para ese tipo de cosas.

—¿Sabes qué edad tiene?

—¿Y eso qué más da? ¿Tú sí?

Benjamin tuvo que admitir que no; era una de las muchas cosas que no sabía de ella. En cualquier caso, al ver sentarse a Malvina en el asiento delantero del coche de Paul, pensó que tampoco parecía que hubiera mucha diferencia de edad entre ellos, la verdad. Paul aparentaba bastantes menos años que los treinta y cinco que tenía, y esa noche Malvina parecía... pues eternamente joven. Hacían buena pareja, tuvo que admitir a regañadientes.

La ventanilla del pasajero del reluciente BMW negro de Paul se deslizó silenciosamente hacia abajo, y Malvina levantó la vista hacia Benjamin.

—Nos vemos —dijo cariñosamente; pero esta vez no se besaron.

—¡No te desanimes, Marcel! —dijo Paul, que en tiempos se divertía fastidiando a su hermano, presentándose a la gente como «la respuesta de Rubery a Proust».

Benjamin lo fulminó con la mirada y dijo en un tono siniestro:

—Lo haré. —Su frase de despedida (la mejor que se le ocurrió) fue—: dales recuerdos a tu mujer y a tu hija, ¿vale?

Paul asintió (inescrutable, como siempre) y luego el coche desapareció, con un chirrido de neumáticos contra el asfalto, y Malvina con él.

Empezó a llover mientras Benjamin se encaminaba a paso lento hacia la parada de autobús de Navigation Street.

En medio de Lambeth Bridge, Paul frenó en seco, apoyó un pie en el bordillo, y descansó un rato para recuperar el aliento. Le latían los músculos de los muslos con un dolor sordo por el esfuerzo poco habitual de pedalear dos kilómetros y medio. Enseguida hizo girar la bici en el aire noventa grados y pedaleó hacia el lado este del puente. Justo cuando desmontaba, la conductora de un enorme monovolumen verde botella, un vehículo más adecuado para transportar paquetes de víveres por las peligrosas carreteras de abastecimiento entre Mazar-e Sharif y Kabul que (tal como parecía esa noche) para llevar a una familia bien situada de tres personas al Tesco local y luego devolverla a casa, hizo sonar la bocina, furiosa, al tiempo que daba un bandazo lateral, móvil en mano, y evitaba matar a Paul por unos siete u ocho centímetros. Paul ni se inmutó, porque no había tardado mucho en descubrir que esas experiencias cercanas a la muerte eran un acontecimiento cotidiano en el centro de Londres, donde los conductores y los ciclistas vivían en un estado permanente de guerra no declarada. Además, sería un buen episodio para su nueva columna: «Confesiones de un ciclista parlamentario», que Malvina pensaba dejarle caer al director de una de las revistas gratuitas que se distribuían cada mañana en el metro. Se estaba dedicando en serio a su nueva tarea, y esa no era más que una de las muchas ideas que le había sugerido hacía un par de días. Otra era que debía aparecer en televisión, en un programa satírico de alto nivel; por lo visto conocía a uno de los productores, y tenía previsto abordar el asunto con él lo antes posible. En realidad estaba resultando mucho más eficiente, y mucho más útil, de lo que nunca hubiera imaginado.

Subió la bicicleta a la acera y la apoyó contra la barandilla del puente. Con los codos en el parapeto y la barbilla encajada en las manos, se quedó mirando un rato aquel panorama que nunca dejaba de fascinarle: a su izquierda, el palacio de Westminster, como de mantequilla a la luz de los focos, con su reflejo trémulo arrojando una luz dorada sobre la superficie negra y metálica del Támesis dormido; y a su derecha, la nueva estrella emergente, el London Eye, más audaz, elegante y descomunal que cualquiera de los edificios que lo rodeaban, estampando charcos de azul fosforito en el río, transformando totalmente el paisaje urbano con una insolencia despreocupada. Uno representaba la tradición y la continuidad, las cosas de las que Paul más recelaba. Y el otro... ¿Qué representaba? Carecía de finalidad de un modo sublime. Era una máquina, una máquina impecable de hacer dinero para enseñarle a la gente nuevas vistas de algo que ya sabían que estaba allí. La noria y el palacio enfrentados entre sí, coexistiendo de momento, compartiendo su ascendiente sobre aquella parte de Londres en una especie de tregua surrealista, insegura y hermosa... Y Paul se encontraba en el puente entre los dos, sintiendo un estremecimiento de euforia, experimentando la abrumadora aceptación de una vida que lo había

conducido finalmente a aquel sitio, a aquel momento. A su lugar de pertenencia.

Doug Anderton lo estaba esperando en una mesa de una esquina de un restaurante de Westminster especializado en comida angloindia. El edificio del restaurante había albergado hasta hacía poco una librería de préstamo, y las paredes de la galería del entresuelo seguían forradas de libros, de modo que los comensales, envueltos de antemano en la aureola de lujo derivada de aquellos precios exorbitantes, podían experimentar un ilícito estremecimiento extra de placer al pensar que estaban comiendo en un espacio que en su día había abierto las puertas al público en general, de acuerdo a un ideal democrático ahora cómicamente obsoleto. Doug estaba examinando la segunda página de uno de los tabloides de la competencia con el ceño fruncido, ya fuera por pura concentración o por desprecio a su rival (era difícil decirlo), mientras le daba sorbos a un Bellini de pina. Su uniforme estudiadamente proletario de chaqueta tejana, camiseta y vaqueros no conseguía disimular en absoluto que se sentía mucho más a gusto en aquel decorado.

—Doug —dijo Paul, tendiéndole la mano y sonriendo cordialmente.

Doug dobló el periódico y le estrechó la mano secamente.

—Hola, Trotter —respondió.

—¿Trotter? —dijo Paul, mientras se sentaba enfrente de él. Parecía decidido a mantener aquel ambiente de cordialidad—. No suena muy cariñoso, ¿no?, después de veintiún años...

—Te has retrasado diez minutos —señaló Doug—. ¿Te ha costado aparcar?

—He venido en bicicleta —dijo Paul, sirviéndose un gran vaso de agua mineral de una botella por la que luego les cobrarían más que el salario mínimo por una hora de trabajo, recientemente introducido por el nuevo laborismo—. Últimamente voy en bicicleta a todas partes. Malvina ha pensado que me vendría bien.

Dough se rio.

—Así que ya ha conseguido obsesionarte con tu salud, ¿eh? ¿Pero tu mujer no se llamaba Susan?

—Sí. Pero no tiene nada que ver con mi salud. Malvina es mi consejera mediática. Fue con la que hablaste por teléfono.

—Ah, sí. Claro. Cómo me iba a olvidar de tu... *consejera mediática*. —Masticó las palabras todo lo que pudo—. Bueno, ¿qué?, ¿pedimos algo y nos dejamos de preámbulos, de todos esos rollos de qué has estado haciendo los últimos veinte años y demás? Así por lo menos podremos meter algo en el estómago.

—De todas formas, tampoco tenemos que ponernos al día, ¿no? —dijo Paul, cogiendo una carta—. Yo he seguido tu carrera muy de cerca. Y supongo que tú la mía.

—Bueno, me referí a ti indirectamente en una charla que di en South Bank hace un par de meses —dijo Doug—. Pero tampoco diría que te he tenido en mente

durante estos últimos años. De hecho, no creo que haya vuelto a pensar en ti desde que saliste a la palestra en la noche de las elecciones del 97, sumiendo a un ministro conservador muy distinguido en el olvido político, y con pinta de haberte llevado el susto de tu vida.

—Supongo que no seguirás creyendo esa vieja historia de que no me esperaba salir elegido, ¿no? Ya sé que fue lo que escribiste en su momento, pero, vamos..., yo creo que deberías concederme un poco más de categoría.

—¿Qué tal está tu hermano? —preguntó Doug, a modo de respuesta.

—Ah, ¿Benjamin? Está bien. —Difícil decir si Paul lo creía realmente, o sencillamente trataba de convencerse a sí mismo—. Ya sabes, su verdadero problema es que es totalmente feliz, pero nunca se permitiría reconocerlo. No publicar le sienta estupendamente. Igual que no tocar. En realidad le encanta ser contable. Nada le gustaría más que poder considerarse a sí mismo el Émile Zola del sistema de partida doble. Y el hecho de que el resto del mundo se niegue a reconocer su valía todavía hace que la cosa tenga más gracia.

—Mmm... —Doug no parecía muy convencido—. Bueno, no lo conozco tan bien como tú, claro, pero yo juraría que no es feliz en su matrimonio, que lleva muy mal lo de no tener hijos, y que está completamente insatisfecho como profesional y como creador. ¿Y qué tal Lois?

Paul soltó algunos detalles de un tirón (que Lois seguía viviendo en York, que seguía siendo bibliotecaria de la universidad, y que también seguía casada con Christopher), dejando cada vez más claro mientras lo hacía que la vida de sus hermanos casi le aburría hasta la náusea. Cuando se dio cuenta de que el propio Doug hacía lo posible por reprimir un bostezo, dijo:

—Ya. No es que mis hermanitos hayan revolucionado el mundo precisamente... A uno le entra sueño solo de pensar en ellos.

—No es eso —dijo Doug, frotándose los ojos—. Hemos tenido otro niño, Ranulph. Y solo tiene cinco meses. Me he pasado la mitad de la noche con él.

—Enhorabuena —dijo Paul en plan cumplidor.

—Bueno, ya sabes, Frankie quería tener otro... Es mi...

—Tu mujer, ya sé. La ilustre Francesca Gifford. Hija de Lord y Lady Gifford de Shoscombe, Cheltenham y Brasenose College, Oxford. La he visto en Debrett's esta tarde. —Le echó una mirada a Doug con una astucia indefinible en los ojos—. Ya estuvo casada antes, ¿no?

—Ajá.

—¿Separación amistosa?

—¿Qué es esto, una entrevista? —Doug había estado haciendo como si consultara la carta de vinos. Ahora la dejó sobre la mesa, llegando a la conclusión, al parecer, de que si se había tomado la molestia de pasar dos o tres horas en compañía de Paul, también podía aprovecharse un poco—. En realidad solo lo dejó porque él no quería tener más hijos. Ya estaba harto de criar niños; en cambio a ella, por alguna extraña

razón, le encanta. Le encanta todo ese rollo. Le encanta estar embarazada. Y por lo visto tampoco le preocupa demasiado el trabajo que supone. Le encanta todo lo que viene después. Las visitas de la comadrona. Bañar al crío, cambiarle los pañales. Toda la parafernalia: esa especie de mochilas para llevarlos, las sillitas de ruedas, las cunas, los moisés, los biberones, los esterilizadores. Le *encanta* todo eso. Últimamente se pasa la mitad del día exprimiéndose, enganchada a ese sacaleches automático con el que parece una vaca de primera. —Guiñó los ojos; aparentemente por lo que le costaba sacarse la imagen de la cabeza—. Lo que me hace ver su pecho de una manera totalmente distinta, por cierto.

—¿Cuántos tiene entonces?

—Solo dos, como todo el mundo.

—Me refiero a los niños.

—Ah, cuatro en total. Dos niños y dos niñas. Y todos viven con nosotros. Aparte de la niñera, claro. —Reflexionar sobre su familia actual de esa forma siempre deprimía a Doug, o por lo menos le hacía sentirse oscuramente culpable.

Quizás fuera el pensar en su madre, que ahora estaba viuda y seguía viviendo sola en Rednal, y en lo pequeña y perdida que le parecía cuando conseguía convencer a Francesca de que la dejara pasar unos días con ellos. Se quitó el pensamiento de la cabeza, impacientado.

—Y Antonia debe tener... tres años ya, ¿no?

—Sí, exactamente. Qué buena memoria tienes.

—Cómo me voy a olvidar de una niña que lleva el nombre del presidente del partido, y que al final jugó un papel tan importante en la campaña electoral cuando solo tenía unos meses. Aquel mes debió de llamar a más puertas que el cartero.

Paul suspiró cansinamente.

—No le pusimos ese nombre por Tony. Esa es otra leyenda estúpida que os habéis inventado los periodistas. —Y añadió—: oye, Douglas, si te vas a pasar la noche metiéndote conmigo en plan cínico, no creo que tenga mucho sentido seguir con esto.

—Es que no sé muy bien qué sentido puede tener, la verdad —dijo Doug—. ¿Por qué me *has* invitado exactamente?

Así que Paul intentó explicárselo. Malvina le había hecho darse cuenta, dijo, de que para elevar su perfil mediático debía empezar por cultivar sus amistades con los periodistas dispuestos a ello. ¿No era lo más natural del mundo entonces este deseo de renovar su amistad con alguien que se había hecho un nombre como uno de los comentaristas políticos mejor considerados del país, y que había sido una figura tan importante para él en los años de colegio que pasaron juntos en aquellos remotos días, tan conmovedoramente inocentes, de finales de los setenta?

—Pero si en el colegio nos odiábamos —dijo Doug, poniendo astutamente el dedo en la única llaga de la propuesta.

—No creo —dijo Paul, frunciendo el ceño, escandalizado—. ¿En serio?

—Pues claro. Para empezar a ti te odiaba todo el mundo, de eso te acordarás.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Porque a todos nos parecías un repugnante mierdecilla de derechas.

—Vale. Pero no era nada *personal*. Así que supongo que podemos seguir siendo amigos veinte años después, ¿no?

Doug se rascó la cabeza, realmente desconcertado por los derroteros que estaba tomando la conversación.

—Desde luego, Paul, sigues siendo igual de raro. ¿Qué quieres decir con «amigos»? ¿Cómo íbamos a ser amigos? ¿En qué consistiría esa amistad?

—Bueno... —Paul ya se había pensado la respuesta a esa pregunta—, Malvina cree, por ejemplo, que ya que tú y yo tenemos hijos de la misma edad podríamos hacer que se conociesen y ver si les gusta jugar juntos.

—A ver si lo entiendo —dijo Doug—. ¿Tu *consejera mediática* insinúa que tus hijos y los míos deberían jugar juntos? Nunca había oído nada más ridículo.

—No es nada ridículo —insistió Paul—. Tú y yo tenemos muchas más cosas en común ahora que antes.

—¿Como cuáles?

—Pues políticamente, por ejemplo. Ahora estamos los dos del mismo lado, ¿no? Los dos estamos de acuerdo en que, en conjunto, la mayor esperanza para la prosperidad de Inglaterra y su gente reside en el Partido Laborista.

—¿Qué coño te hace pensar que yo opino semejante cosa? ¿Ni siquiera te molestas en leer lo que escribo para el periódico?

—Bueno, ya sé que tienes unas cuantas cosas que criticar...

—¿Unas cuantas? —Doug escupió de golpe, esparciendo los restos de un *poppadom* relleno de pepinillos sobre el mantel.

—... pero en términos generales es cierto, ¿no? Suscribes, como yo, las creencias y los ideales fundamentales de la revolución del nuevo laborismo, ¿no?

—Pues supongo que sí —dijo Doug— si consiguiese averiguar qué cojones son.

—No seas tonto —masculló Paul, de mal humor.

—No lo soy. —Como se le estaba calentando la boca, Doug despidió al camarero que rondaba su mesa y prosiguió—: ¿Cuáles *son* esas «creencias fundamentales», Paul? Dímelas. Tengo curiosidad. De verdad.

—¿Te refieres a las mías en concreto o las del partido?

—A las dos. De todos modos, supongo que serán las mismas.

—Pues... —Por primera vez esa noche, parecía que a Paul le faltaban las palabras. Titubeó un momento y luego dijo—: ¿Por qué le has dicho al chico que se fuera? Iba a pedirle algo.

—No cambies de tema.

Paul se revolvió, incómodo, en su asiento.

—Bueno, Doug, me estás pidiendo que resuma toda una complicada serie de creencias en alguna fórmula fácil, y eso no se pue...

—La «tercera vía», por ejemplo —le soltó Doug.

—¿Qué?

—La «tercera vía». Siempre estáis dando la lata con eso. ¿Pero qué es?

—¿Que qué es?

—Sí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que qué es. Es una pregunta muy sencilla.

—La verdad, Douglas —dijo Paul, toqueteándose los labios con una servilleta, a pesar de que no había comido nada todavía—, creo que estás siendo muy ingenuo al respecto.

—¿Qué es? Es lo único que quiero saber.

—Vale, está bien. —Se revolvió un poco más, y luego se enderezó y se puso a tamborilear sus dedos contra la mesa—. Pues es una *alternativa*. Una alternativa a la estéril y obsoleta dicotomía entre la izquierda y la derecha. —Se quedó mirando a Doug, a la espera de alguna reacción, pero nada—. No es mala idea, ¿no?

—Sí, suena muy bien. Suena a algo que todos llevamos años buscando. Y por lo visto vosotros habéis conseguido encontrarlo en un fin de semana. ¿Qué es lo próximo que os vais a sacar de la manga? ¿La piedra filosofal? ¿El Arca de la Alianza? ¿Qué más tiene Tony escondido detrás del sofá en Chequers?

Por un momento pareció que Paul iba a perder por fin los nervios. Pero lo único que dijo fue:

—Y nuestros hijos, ¿van a jugar juntos o no?

Doug se echó a reír.

—Bueno, si quieres. —Buscó al camarero con la mirada y le pidió que volviera—. ¿Y sabes por qué? Porque sospecho que un día de estos va a haber alguna historia sobre ti, y va a ser tan aparatosa, tan jodidamente *escandalosa*... que quiero estar cerca cuando salga a relucir. —Sonrió desafiante—. Pues eso. Esa es la única razón.

—Por mí, perfecto —dijo Paul—. Y además al final me das la razón. —Como Doug se quedó mirándolo, sorprendido, se explicó—. Tenemos algo en común: la ambición. Tú tampoco te quieres pasar toda la vida haciendo lo mismo, ¿verdad?

—No —respondió Doug—. Supongo que no. De todas formas, me ha dicho un pajarito que me van a ascender pronto.

Y entonces, tras alcanzar esa especie de acuerdo, pasaron al otro asunto más urgente de pedir la comida.

Paul regresó a su piso de Kensington poco antes de las once. Entre semana vivía en el tercer piso de una hilera de casas reformadas, a unas cuantas calles del campo de críquet del Oval. Lo cual significaba que Susan y Antonia se quedaban solas, cuatro noches de cada siete, en su casa de campo: un establo reformado en las afueras medio rurales de su distrito electoral. Esa manera de organizarse le hacía sentirse culpable de vez en cuando (la casa estaba bastante aislada, y sabía que Susan aún no

había conseguido hacer muchos amigos en la zona), pero en cambio a él le venía estupendamente. En esencia, vivía como un soltero, pero con la red de seguridad añadida de una vida familiar acogedora, en la que podía refugiarse siempre que empezaba a sentirse muy solo o estresado. El mejor de los mundos posibles.

Susan no tenía llave de su piso en Londres. Hacía unos días, sin embargo, había mandado hacer un duplicado para Malvina. Al parecer se había quedado perpleja cuando se la ofreció, y le había preguntado: «¿Para qué la quiero?». «A lo mejor te hace falta», le había contestado Paul, sin darle mucha importancia, para luego besarla en la mejilla por tercera vez desde que se conocían. Como las veces anteriores, ella no retiró la cara ni tampoco se lo devolvió exactamente. Él no acababa de imaginarse cómo interpretaba ella aquellos gestos (ni el beso ni el regalo de la llave) y tampoco estaba muy seguro, ya puestos, de si los comprendía muy bien él mismo. Aún no había querido reconocer lo atraído que se sentía por Malvina, o la importancia que aquella atracción había tenido en la decisión de contratarla. En cualquier caso, la atracción era auténtica, y determinaba gran parte de su comportamiento, por incapaz que fuera de confesárselo a sí mismo. En realidad, a Paul le habría encantado en ese momento que lo eximieran de la responsabilidad de sus actos, dejarse arrastrar por una ola de pasión que hubiera desencadenado otra persona. Resumiendo, estaba esperando a que Malvina hiciera algo que nunca haría: arrojarse en sus brazos.

Por lo tanto, mientras abría la puerta de su piso esa noche, Paul sintió un atisbo de ilusión, porque (desde que le había dado la llave a Malvina) había esperado en cierta forma toparse con lo que le gustaba llamar «un momento James Bond». Y con eso quería decir algo aproximado a esa escena de innumerables películas de James Bond en la que el héroe regresa a su hotel a altas horas en una exótica localización extranjera, y enciende la luz para descubrir que su cama ya está ocupada por *una femme fatale* desnuda, que se revuelve lánguidamente entre las sábanas y lo invita a unirse a ella, ronroneando medio dormida alguna frase seductora. Dotado, en los vuelos más alcohólicos de su fantasía, de parte del zalamero magnetismo sexual de la legendaria creación de Ian Fleming, Paul seguía teniendo la esperanza de que solo era cuestión de tiempo que le sucediese algo parecido. Esa noche, sin embargo, volvió a llevarse una decepción. En su dormitorio seguía brillando por su ausencia la presencia de Malvina, y cuando le mandó un SMS para preguntarle dónde estaba y qué estaba haciendo, no recibió ninguna respuesta. Así que no le quedaba más que llamar a Susan, escuchar impacientemente su largo relato de las minucias del día, y pedirle que le diera un beso a Antonia de su parte. Luego, tras llegar a la conclusión de que su cena con Doug había ido mucho mejor de lo esperado, cayó en un sueño profundo y autocomplaciente.

Dos semanas y pico después, la tarde del miércoles 15 de marzo de 2000, la primera edición del *Evening Mail* salió a las calles de Birmingham con este austero titular: APUÑALADOS POR LA ESPALDA.

La historia que lo acompañaba era bastante desagradable. Por lo visto, la fábrica de coches de la Rover iba a ser vendida por su propietario alemán, BMW, con la consiguiente pérdida de puestos de trabajo en la planta de Longbridge, justo a las afueras de Birmingham. Y eso, a pesar de que se había asegurado su futuro recientemente (o eso pensaba todo el mundo) con una ayuda del gobierno de 152 millones de libras el año anterior, y a pesar de las reiteradas promesas por parte de la dirección de BMW de que tenían plena intención de mantener a flote aquella compañía en crisis. Al diputado laborista por Northfield, Richard Burden, se le citó enseguida diciendo: «Sería un grave abuso de confianza que BMW se desvíe de los planes estipulados para Longbridge. BMW se ha comprometido con el pueblo inglés, y el pueblo inglés se ha comprometido con ellos. Depende de ambas partes mantener esos compromisos».

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Philip Chase apagó pronto su ordenador en el Birmingham Post y se acercó en coche hasta Longbridge, con el deseo de calibrar por su cuenta el estado de ánimo de los obreros y los habitantes del pueblo. Sus colegas de la sección de economía habían volado a Múnich esa mañana para estar presentes en una rueda de prensa con el equipo de dirección de BMW. Las noticias que iban mandando eran cada vez peores. Parecía que hasta se desharían de Land Rover, la marca más prestigiosa del imperio Rover, mientras que se le había hecho una oferta de compra de la propia planta de Longbridge a una pequeña empresa de capital de riesgo, llamada Alchemy Partners, que ya había anunciado su intención de despedir a la mayor parte de los trabajadores, conservando solamente los necesarios para mantener la empresa en activo como una pequeña productora de coches deportivos especializados. El resto del área industrial iba a ser completamente reconvertido, probablemente en zona residencial; ¿pero quién iba a querer seguir viviendo en aquella comunidad, si no iba a haber industria que la sostuviera?

No había mucha actividad a las puertas de la zona sur de la fábrica esa tarde. Soplaban un fuerte viento de marzo, el cielo estaba gris e hinchado de nubes, y los pocos trabajadores que salían y a los que Philip consiguió detener tenían, más o menos, lo mismo que decir: estaban «destrozados» o «hechos polvo»; aquella decisión era una «bofetada en la cara» de aquellos «cabrones alemanes». Al poco rato, Philip ya había acabado su trabajo; aquellas frases servirían a su propósito, aunque podría habérselas inventado tranquilamente en su despacho. De todos modos, no quería marcharse. Era como si la historia se estuviera desarrollando allí: una historia sombría y melancólica, desde luego, pero aun así algo que merecía ser

presenciado y registrado. Ciñéndose fuertemente la gabardina para protegerse de aquel frío invasor, echó a andar cuesta arriba por Bristol Road. Poco antes de llegar a la terminal del 62, torció a la derecha y se dirigió hacia el pub La Liebre y los Sabuesos Viejos, abriendo de golpe las puertas y sin reconocer, al principio, el interior, porque habían renovado el local desde la última vez que había estado allí, para atraer a una clientela de clase media, y en vez de viejas mesas de roble y una penumbra casi impenetrable, se encontró con una serie de apartados más pequeños y acogedores, con libros en las paredes y fuegos de leña artificiales en todas las esquinas.

Apretujado en uno de esos rincones, había un grupo de al menos veinte hombres, todos discutiendo las últimas noticias de Múnich en distintos tonos de furia contenida pero palpable. Philip se acercó hasta ellos y se presentó. Muchos lo conocían de nombre, tal como esperaba, y se alegraron mucho de poder hablar con un periodista local. Al cabo de un rato ya estaban discutiendo la responsabilidad inicial de los medios de comunicación y el Partido Laborista en la evolución de la crisis, y se vio que las declaraciones de Richard Burden contaban con la aprobación general. Llegados a ese punto, alguien dijo:

—¿Y qué pasa con Trotter?

—¿Con quién? —dijeron al menos cuatro o cinco voces en torno a la mesa.

—Con Paul Trotter. ¿Qué tiene que decir sobre el tema?

—Su distrito electoral está a kilómetros de aquí.

—Ya, pero es de aquí, ¿no? Se crio por aquí. Recuerdo cuando su padre trabajaba en la fábrica. ¿Qué tiene que decir sobre esto?

—Pues eso lo podemos averiguar fácilmente —dijo Philip a la vez que sacaba su móvil—. Le daré un toque.

Recuperó el número de Paul de la memoria de la tarjeta SIM y le dio al botón de llamada. Al cuarto o quinto pitido respondió una voz de mujer. Philip se presentó como un periodista del *Post* que en su día había coincidido en el colegio con el parlamentario, y tras cierta confusión se lo pasaron.

—Es que me estaba preguntando —le dijo a Paul— cuál sería tu reacción a las noticias que os llegaron ayer de Birmingham.

Se produjo un breve silencio en el pub, mientras los hombres que rodeaban la mesa se inclinaban hacia delante, tratando en vano de escuchar las palabras de Paul. En un principio la expresión de Philip era neutra, luego de perplejidad.

—A ver si lo entiendo bien, Paul —dijo antes de colgar—. Me estás diciendo que te alegras de la noticia, ¿no? —Se oyeron solo unas cuantas palabras al otro lado de la línea, en un tono más alto y concluyente, tras las que la voz de Philip adoptó un matiz decididamente burlón al añadir—: vale, Paul, gracias por tu opinión. Que tengas suerte esta noche. Chao.

Cerró la tapa del móvil y lo dejó en la mesa delante de él, frunciendo mucho el ceño.

—¿Y? —preguntó alguien.

Philip se quedó mirando el círculo de caras atentas, y les comunicó a sus oyentes en un tono de asombro:

—Ha dicho que era una buena noticia para la industria, una buena noticia para Birmingham y una buena noticia para todo el país.

Cuando Philip llamó, Paul estaba sentado en un camerino de un estudio de televisión en el South Bank del centro de Londres, las mejillas rosas del colorete recién aplicado. Y daba la casualidad de que Longbridge era lo último que tenía en mente. En realidad estaba repasando cómo soltar un chiste sobre el chocolate.

La cosa había empezado el día anterior, con una llamada de Malvina.

—Sales esta semana —le dijo—. Lo graban mañana por la tarde.

—¿El qué? —preguntó Paul, y ella le recordó su promesa de conseguirle una aparición en un programa humorístico de televisión: un programa semanal por equipos, en el que jóvenes humoristas se sentaban a soltar comentarios mordaces sobre las noticias, a veces junto a un político de relieve. Se consideraba todo un logro que un parlamentario (raramente era una parlamentaria) fuera invitado a ese programa, a pesar de que frecuentemente fuese víctima de un aluvión de burlas por parte de los otros invitados, y en ocasiones apenas pudiese esperar salir de allí con su reputación intacta.

Paul no se lo podía creer.

—¿Quieren que vaya? ¿Los has convencido? ¿Cómo demonios lo has hecho?

—Ya te lo dije... Conozco a una persona que trabaja allí. Fue novio de mi madre una temporada. —Por lo visto, la madre de Malvina había vivido con muchos compañeros distintos los últimos años, así que la explicación parecía bastante plausible—. ¿Te acuerdas? Hace un par de semanas le dije que estarías disponible, aunque fuera en el último momento, si alguien les fallaba. Ya sabes, alguien a quien realmente quisieran tener.

—Es fantástico —dijo Paul, quien, cuando le daban alguna buena noticia, raras veces notaba si escondía un insulto. Pero casi enseguida empezó a ponerse nervioso—. Espera un momento... ¿Se supone que tengo que ser gracioso?

—Es un programa de humor —señaló Malvina—. No estaría mal que soltaras un par de gracias.

—Pero yo no soy gracioso —reconoció Paul—. Quiero decir, nunca le veo la gracia a lo que a otras personas les resulta gracioso.

—Bueno, solo tienes que desarrollar un poco tu sentido del humor —dijo Malvina en plan práctico—. Tienes unas veinticuatro horas. Yo me pondría ya si fuera tú.

—¿Y cómo se hace eso?

—Esta noche te vas a casa con todos los periódicos —dijo ella—, te sientas, los

lees, y piensas si se te ocurre algo divertido que decir. Prueba con algo que tenga que ver contigo, con algo personal. No te cortes, date un poco de autobombo. Intenta ser irreverente también. De eso se trata.

—Pero todo el mundo en Millbank ve ese programa. Yo creo que hasta lo ve Tony. A lo mejor no les gusta que sea irreverente.

Malvina le dijo que no se preocupara. Ya se había dado cuenta a esas alturas de que el humor no era el punto fuerte de Paul. Y, sin embargo, su tendencia a tomárselo todo en serio era una de las cosas que le provocaban más ternura hacia él. Hacía que fuera muy fácil tomarle el pelo.

De vuelta en su casa, Paul se pasó la noche hojeando los periódicos y zapeando por los canales satélite de un noticiario a otro. No había muchas cosas que le llamaran la atención. El secretario de Irlanda del Norte, Peter Mandelson, había anunciado que un contingente de 500 hombres iba a ser devuelto a Inglaterra, y que a British Aerospace le había sido concedida una ayuda de 530 millones de libras para desarrollar un «superjumbo» europeo que sería presentado en 2007. BMW se deshacía de la fábrica Rover de Longbridge, que era una pena, desde luego, y una noticia de Birmingham en cierto modo, pero que se prestaba poco a hacer una gracia. El único artículo que a Paul le pareció muy prometedor fue la noticia de que los ministros de la UE al fin habían accedido a que se vendiera chocolate inglés en otros países europeos; anteriormente se había dictaminado que contenía demasiada leche y grasa vegetal, pero muy poco cacao.

Estuvo reflexionando sobre esa última noticia y, a la hora de acostarse, empezó a tener una vaga sensación de que ahí había una historia que le podría venir muy bien. Para empezar, la principal beneficiaría de aquella disposición sería la fábrica de Cadbury en Bournville, así que al mencionarla parecería que Paul estaba defendiendo a Birmingham, su ciudad natal, donde en general se le veía con reparos y solía tener mala prensa. Además, era una historia positiva y optimista sobre un producto británico muy valorado, de modo que seguro que se ganaba el aprecio de la cúpula del partido sacándola a relucir. (Mucho más que insistiendo en aquel desgraciado asunto de Longbridge). Conque lo único que necesitaba hacer era inventar una broma sobre el tema y asegurarse de que, de una forma u otra, sería capaz de colarla en el programa.

—¿Y qué se te ha ocurrido? —le preguntó Malvina al día siguiente, cuando su taxi se detuvo y comenzó su trayecto de atascos entre el tráfico del centro de Londres en dirección al South Bank.

—De momento, prácticamente nada —reconoció Paul—. Lo único que se me ha ocurrido ha sido..., ¿no hay una especie de... vieja expresión cockney o algo, que suena como «exacacaomente»?

Malvina asintió con gesto solemne.

—¿Y qué significa? —preguntó él.

—Significa «exactamente», claro.

—Pues a lo mejor podría decir eso. —En respuesta a la expresión de desconcierto de ella, añadió—: sería como un juego de palabras, ¿entiendes? Con la palabra «cacao».

—Ya. —Malvina volvió a asentir, sopesando sus palabras con una seriedad inusual—. ¿Y cuándo lo vas a sacar a relucir? ¿Cómo lo vas a... dejar caer en el programa?

—Podríamos hablar de la historia de la Unión Europea —explicó Paul—, y uno de los invitados me podría decir: «¿Y a ti qué, Paul? ¿Te gusta el chocolate inglés?». Y entonces... —le falló la voz, perdiendo toda su seguridad ante aquella mirada atónita de Malvina— sería cuando lo diría...

—Que yo sepa —respondió ella, después de una pausa muy significativa—, tienen guionistas para esas cosas en el plato. Te pueden suministrar material si ves que te cuesta.

Paul apartó la vista, mirando por la ventanilla del taxi, ofendido.

—Quedará gracioso en su contexto —dijo—. Ya verás.

Y aún seguía dándole vueltas a la ocurrencia mientras permanecía sentado en su sillón de maquillaje esa tarde. Las últimas dos horas, que habían transcurrido entre ensayos y un incómodo intercambio de frases con sus compañeros de equipo, lo habían puesto aún más nervioso. No entendía a ninguna de aquellas personas, no hablaba su idioma; ni siquiera conseguía distinguir la mitad del tiempo si hablaban en serio o en broma. Después de que le pasaran una lista con las preguntas que se suponía daban pie a los chistes televisivos, se asustó al ver que el tema de las ventas europeas del chocolate inglés no se mencionaba en ningún lado. Había hecho referencia a él con uno de los productores, le había soltado la gracia de «exacacamente» y solo obtuvo un silencio incrédulo por toda respuesta.

—Me ha ignorado completamente —se quejó a Malvina. Ella estaba sentada en una silla a su lado, mientras él esperaba frente a un espejo fuertemente iluminado el regreso de la maquilladora, a la que habían llamado por teléfono—. Se me ha quedado mirando sin decir ni mu.

—Ya me habría gustado que me ignorase a mí —le contestó Malvina—. Me ha tenido apretujada contra una pared casi todo el ensayo. Por lo visto no le ha bastado follarse a mi madre.

—Ya sabes lo que pasa con toda esta gente, ¿no? —Paul se inclinó hacia ella y redujo su voz a un susurro—. *Se drogan*. —Dirigió la vista hacia un gran cuenco de polvo blanco que había en un estante delante de él—. Me han ofrecido de eso, ¿sabes? La maquilladora concretamente. Hay que tener jeta. «¿Suele usar esto, señor Trotter?», me ha dicho. Es increíble. ¿Te imaginas que le digo que sí, y que ella se lo hubiera largado a los periódicos? ¿No te parece que eso casi es inducción al delito?

Malvina se levantó e inspeccionó el contenido del cuenco. Metió el dedo, lo lamió e hizo una mueca.

—¿Te quieres tranquilizar, Paul? Por el amor de Dios, son polvos. Se ponen en la

cara. Son para disimular el sudor.

—Ah.

Sonó el móvil de Paul y, mientras Malvina lo cogía, él siguió pensando en su ocurrencia. A él le parecía tan graciosa como algunos de los absurdos vuelos de la fantasía del capitán de su equipo (un popular humorista de la tele) o los tantos que se anotaba cínicamente su contrario (el director listillo de una revista de humor). Además, era importante que el público supiese aquello. El chocolate tenía interés para todo el mundo. Cadbury's era una gran compañía británica. ¿Por qué no se le iba a dar ningún relieve a aquella historia?

Malvina le dio una palmadita en el hombro en ese momento y le tendió el teléfono.

—Habla un momento con este tipo —le dijo—. Philip Chase. Del *Post*.

Paul no reconoció el nombre del periodista, y su primera respuesta (pensando en una conversación que había tenido con Malvina hacía casi una semana, sobre empezar a labrarse un perfil mediático en América) fue coger el teléfono y gritar todo emocionado:

—¡Hola, Washington!

—Aquí Philip Chase —dijo la voz con un deje nasal al otro lado de la línea—. Llamo desde Birmingham. Siento que esperaras a Woodward y a Bernstein. ¿Eres Paul Trotter?

—El mismo —dijo Paul secamente.

Philip le recordó que habían ido juntos al colegio, información que en ese momento a Paul no le interesaba lo más mínimo. Le contó a Philip lo del programa de televisión que estaba a punto de grabar, información que, por alguna extraña razón, a Philip pareció no impresionarle en absoluto. Philip, viendo que Paul no estaba de humor para prolongar la conversación, le preguntó qué opinaba de las noticias sobre Birmingham del día anterior. Paul, con la cabeza aún puesta en las exportaciones de chocolate más que en los despidos de la industria automovilística, le respondió que era una buena noticia para la industria, una buena noticia para Birmingham y una buena noticia para todo el país. Hubo una pausa de perplejidad al otro extremo de la línea; evidentemente, Philip no había esperado que se expresara de una forma tan sentenciosa.

—A ver si lo entiendo bien, Paul —dijo Philip—. Me estás diciendo que te alegras de la noticia, ¿no?

Paul le echó una mirada divertida a Malvina, e inspiró hondo antes de decir lo más alto que pudo (y con un horrible acento cockney):

—¡Exacacamente! —Y luego, retomando su tono habitual, pero incapaz aún de disimular su excitación, añadió—: ¡Me puedes citar tal cual!

Tras lo que apenas importaba que consiguiera decirlo en el programa esa noche o no.

Un coche con chófer los devolvió a Kensington. Era más cómodo que un taxi negro. Los asientos eran más espaciosos, más mullidos, y estaban tapizados con cierta clase de cuero elástico de imitación que crujía provocativamente cada vez que las finas medias negras de Malvina lo rozaban. Las farolas iluminaban su cara en intervalos de color ámbar. Las paradas y las arrancadas provocadas por los semáforos (uno cada pocos metros, al parecer) mecían su cuerpo hacia atrás y hacia delante junto a él. Los pensamientos de Paul eran confusos por efecto del vodka que se había cepillado en la sala de invitados después de la grabación. Estaba eufórico, enardecido por el hecho de que su primer contacto con el mundo del espectáculo hubiese ido tan bien. (Lo que significaba que no había sido un desastre). Quería mostrarle su gratitud a Malvina, la mujer que le estaba aportando todo aquello. La mujer que había permanecido fielmente a su lado, suavizando las cosas, interviniendo con mano experta siempre que él intentaba comunicarse con todos aquellos desconcertantes tipos de los medios. La mujer que había llamado a Philip Chase en cuanto reclamaron a Paul en el plató (sudando al darse cuenta de que acababa de volver a meter escandalosamente la pata; ¿se verían aquellos riachuelos de pánico en cámara?) y había conseguido resolver toda la situación en un momento, explicando lo que Paul había querido decir realmente, dejando claro que no se trataba más que de un cómico malentendido. ¿Cómo habría podido arreglárselas sin ella? ¿Qué pasaría si ahora le daba de lado? Quería abrazarla, pero la delgada rigidez de su cuerpo (siempre tenso, nunca relajado) se lo impedía. También quería besarla. Tal vez eso viniera después. Por el momento se limitó a decir:

—¿Crees que la cosa ha ido bien?

—¿A ti qué te parece? —le contestó, volviendo la cabeza un instante, apartando el pelo que le caía sobre un ojo.

—Yo creo que ha ido muy bien. La verdad es que estaba bastante inspirado. Eso te ha dicho tu amigo, ¿no?

—Pues no exactamente. Lo que me ha dicho ha sido: «Vale, ya lo montaremos de alguna manera».

Paul pareció abatido un momento. Luego se lo pensó un poco mejor, y soltó una carcajada de borracho:

—Dios mío, he estado *como el culo*, ¿no?

—No —dijo Malvina amablemente—. Lo único que han dicho es que ya lo montarán de alguna manera.

Se apartó aquel rebelde mechón de pelo otra vez, y dejó que sus ojos se encontraran con los de Paul un instante (tras haberlo evitado cuidadosamente durante los últimos minutos), y Paul se agarró a aquel atisbo de intimidad, dejando reposar la mano sobre su fino muslo de nylon, acariciando su rodilla, mientras ella se quedaba mirando aquella mano, impassible, con una indiferencia casi inhumana.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —farfulló él.

Malvina sonrió y meneó la cabeza.

—Qué va.

Paul consideró sus propias palabras.

—Tienes razón. Supongo que ganar esas elecciones es lo mejor que me ha pasado.

—¿Y qué me dices de tu mujer? ¿Y tu hija? —Él no respondió, así que ella continuó—. Paul, vas a tener que ser realista.

—¿Realista? —Sonó como si la palabra fuera nueva para él—. ¿Con respecto a qué?

—Con respecto a todo. En este momento vives en un mundo de fantasía. Estás tan alejado de lo que sucede en el mundo real que da miedo.

—¿Te refieres a Longbridge? —preguntó él, frunciendo el ceño de pura curiosidad.

—Sí, en parte me refiero a Longbridge. Quiero decir, puede que yo no sea la persona más... *concienciada* políticamente del mundo, pero, por el amor de Dios, hasta yo me doy cuenta de que el hecho de que miles de personas pierdan su trabajo es más importante que cuánto cacao hay que poner en una tableta de chocolate para poder venderlo en Antwerp... —Le cogió la mano y se la retiró de su rodilla, donde seguía lánguidamente posada—. Pero no es solo eso. También tienes que ser realista conmigo.

—¿Y eso qué significa? —dijo Paul, inclinándose un poco más hacia ella y empezando a pensar, al tiempo que el corazón le daba un vuelco, que el momento con el que llevaba tanto tiempo fantaseando estaba a punto de llegar.

—Significa que tarde o temprano tendrás que decidir qué es lo que quieres de mí, Paul.

—Pues entonces es fácil —dijo él, y le acarició suavemente el pelo dos, tres veces, antes de acercar los labios a la diminuta y perfecta curva de su oreja para susurrarle—: quiero hacer el amor contigo esta noche.

Puede que solo fuera un susurro, pero aun así suficientemente alto para que el chófer encendiese el equipo estéreo del coche. Tenía la radio puesta en una emisora nocturna, donde estaba sonando el tema de la película *Arthur, el soltero de oro*.

Malvina se apartó. No dijo nada durante un rato, limitándose a fijar en Paul una mirada que parecía transmitir a la vez rechazo, tristeza e incluso (a no ser que se estuviera engañando a sí mismo) un poquito de deseo reprimido de mala gana. Pero entonces lo único que dijo fue:

—No creo que te lo hayas pensado muy bien.

Solamente era la segunda vez que Benjamin visitaba la casa de Doug. La casa de Doug y Frankie, se suponía que debería llamarla. O quizás solo la casa de Frankie, ya que pertenecía a su familia desde hacía dos o tres generaciones, y Doug simplemente había accedido a ella gracias a su matrimonio. Tras su primera visita, a Benjamin no le había apetecido volver; era demasiado desagradable. No quería que le pasaran nunca más por las narices todo lo que Doug había obtenido él solito. Pero Emily había disfrutado mucho aquel fin de semana, y Doug y Frankie los habían invitado de nuevo; además, y en contra de su voluntad, a Benjamin le había acabado gustando aquel sitio, al darse cuenta de que había llegado a un punto en que lo más que podía pedir era que le permitieran hurgar (aunque solo fuese un par de días), como un gato hambriento, en las sobras que consiguiese encontrar de la vida que algún día había imaginado para sí mismo. Esa vida (concebida siempre por Benjamin como un ideal abstracto, pero ahora hecha realidad por Doug, con su fulgurante carrera y su afortunado matrimonio) incluía (entre otros muchos) los siguientes elementos: una casa de cinco pisos cuyo valor rondaba los dos o tres millones de libras, aislada en un remanso difícil de encontrar entre Kings Road y Chelsea Embankment, uno de los lugares más bonitos y tranquilos del centro de Londres; cuatro hijos inverosímilmente guapos, simpáticos y angelicales (aunque hay que decir que dos de ellos no eran de Doug); un nutrido servicio que parecía formado casi exclusivamente por jovencitas deseables (*au-pairs*, niñeras, asistentes, veinteañeras refugiadas del este de Europa de lo más variado, que a juzgar por su apariencia lo mismo podrían haberse empleado fácilmente como chicas de compañía de alto standing o estrellas del porno); y la guinda del pastel, claro: la propia Frankie. La ilustre Francesca Gifford, una antigua modelo de pasarela (con un viejo portafolio en blanco y negro para probarlo), que ahora tenía un puesto importante en una organización benéfica del círculo de Chelsea, una ocupación (o profesión) bastante inconcreta y misteriosa, pero que desde luego parecía mantenerla ocupada entre embarazo y embarazo.

Frankie era rubia, esbelta; debía de estar a punto de cumplir cuarenta años, pero aparentaba diez menos, y tenía esa voz cantarina y esa sonrisa un poco aterradora de las cristianas convencidas, que es lo que era exactamente. Por lo menos, que fuese cristiana le hacía tener algo en común con Benjamin y Emily, que le caía bien pero a la que parecía considerar (en su conjunto) poco más que otro objeto digno de caridad, merecedor de su compasión. Benjamin se daba cuenta y era algo que le irritaba profundamente, aunque descubriese con cierto fastidio que eso no le impedía soñar con arrancarle las bragas. El mero hecho de estar en su presencia le provocaba un estremecimiento secreto; y puede que esa fuera la razón definitiva que le llevó a aceptar la invitación de ese fin de semana.

Cuando entró en la cocina a primera hora de la mañana del domingo (tres días

después de grabarse el éxito televisivo de Paul), Benjamin vio que, aparte de él, Frankie era la única adulta que se había levantado. Su hijo de cinco meses, Ranulph, brincaba sobre su regazo, los restos de alguna papilla inidentificable con aspecto de moco esparcidos por casi toda la cara, las manos, el pecho y el albornoz blanco de su madre. En cuanto a Frankie, intentaba tomarse un café, pero cada vez que conseguía acercar la taza a los labios, los saltos del crío la desequilibraban, con lo que el café solía terminar en su regazo, sus pies o el suelo. Había una radio digital de acero cromado en uno de los estantes, sintonizada en una emisora FM de música clásica con el volumen bastante bajo; y, como de costumbre, Benjamin reconoció lo que estaba sonando: era *Introducción y Allegro* de Ravel, una obra que a él siempre parecía evocarle imágenes de un paraíso inalcanzable, así que resultaba especialmente adecuada en aquel decorado.

—Te has levantado pronto —dijo Frankie; pero al pensarlo mejor añadió—: Jo, debo tener una pinta horrenda.

Benjamin nunca se atrevía a decir nada galante si creía que iba a sonar lascivo o sexista. Era un defecto que arrastraba desde hacía más de veinte años. Así que en vez de contradecirla con un: «Pero si estás estupenda» (como seguramente debiera haber hecho), se limitó a preguntarle:

—¿Has dormido bien?

—Regular —dijo Frankie—. Pero tampoco ayuda mucho que haya un caballero que no te deje en paz los pezones durante toda la noche.

Por un momento, Benjamin pensó que se refería a Doug, tan agudizada estaba su tendencia habitual a la envidia sexual; pero entonces Frankie le sonrió dulcemente a su bebé, justo a tiempo para hacerle cambiar de idea. Benjamin se fue a poner la tetera al fuego para disimular su desconcierto.

—Emily necesita una taza de té para poder enfrentarse al mundo —explicó—. Pensamos en levantarnos para ir a misa de diez.

—Ah, vale, iré con vosotros —dijo Frankie—. Me encanta que Duggie tenga un par de amigos a los que ir a misa no les parece una especie de perversión.

Fueron a la misa matinal de la iglesia de St Luke en Sydney Street, y allí, durante una hora escasa, Benjamin fue capaz de sumergirse en el ritual y olvidarse del peso de la insatisfacción que sentía crecer a todas horas, amenazando con aplastarle. Al abandonar la iglesia, Emily y él se miraron a los ojos (incluso eso era raro últimamente) y se sonrieron con cariño, unidos por una intimidad pasajera. Después deambularon por el exterior a la luz del sol, sin mucho más que decirse, mientras Frankie se entretenía charlando con otros feligreses. Supuestamente veía a la mayoría una vez a la semana más o menos, pero parecía que seguía necesitando abrazarlos con trémula pasión cada vez que se los encontraba, como a viejos amigos de los que llevaba separada largas décadas solitarias. Por lo visto conocía a todo el mundo, y era considerada en todas partes una especie de santa; la gente se apiñaba a su alrededor, rondaba en los márgenes de sus conversaciones, como para tener el privilegio de

tocarla. Sus dos hijos mayores se habían quedado en casa, pero llevaba a Ranulph delante en una especie de mochila (la cara de él medio asfixiada contra su pecho), mientras Coriander Gifford-Anderton, su hija de dos años, aguardaba en un silencio paciente agarrada a la mano de Emily, recorriendo con mirada recelosa la calle soleada de vez en cuando, ceñuda y escéptica ante aquel mundo que le había tocado en herencia.

—Bueno —dijo Frankie al reunirse de nuevo con ellos, una vez completada su extenuante ronda social—, ¿adónde vamos?

—Quería echarles un vistazo a algunas tiendas —dijo Emily.

—¡Pero, mami! —protestó Coriander al oír aquello—. Me prometiste el carrusel.

—Se dice *carrusel*, cariño. *Ca, ca...* Le cuesta pronunciar las ces, no sé por qué.

—¿Dónde está el carrusel? —preguntó Benjamin.

—Ah, se refiere al pequeño tióvivo que hay en el parque del final de la calle.

—No me importa ir hasta allí —dijo Benjamin, aprovechando lo que le pareció una oportunidad de pasar más tiempo a solas con Frankie y su hija—. Puedes prescindir de mí un rato, ¿no, Em?

—¡Jolines, qué amable! —dijo Frankie. E inmediatamente cogió a Emily del brazo para alejarla de allí rápidamente—. ¡Qué suerte has tenido, hija! —añadió, dirigiéndose a Coriander—. Todo Benjamin para ti solita. —Y luego, dirigiéndose a Emily—: Venga, vamos, te enseñaré esa nueva tienda de telas que te dije.

Coriander buscó la mano de Benjamin y se la agarró sin mucha decisión mientras veían cómo las dos mujeres se alejaban hacia Kings Road. Era difícil decir cuál de los dos se sentía más desconcertado o abandonado.

De camino a las tiendas, Frankie llamó un momento a Doug, que aún estaba en la cama. La conversación fue breve, maliciosa, enigmática, y tuvo algo que ver con decir tacos. Luego se lo explicó a Emily:

—Duggie lleva toda la semana de un humor de perros porque estoy en huelga de sexo.

—¿En huelga de sexo? —dijo Emily, bajándose un momento de la acera para esquivar a una enloquecida rubia platino de mediana edad sobre patines que parecía que iba parloteando sola, aunque resultó que estaba reservando un billete de avión o algo así con su móvil de manos libres. Lo del «día de descanso» no había cuajado mucho en Chelsea, por lo visto.

—A ver si para de decir tacos —le explicó Frankie—. Me di cuenta hace poco de los muchos que suelta, ¿sabes? Delante de los niños también, ese es el problema. Con Hugo y Siena no tanto (quiero decir que ya oyen cosas peores en el colegio, vaya por Dios), pero últimamente Corrie se me acerca para preguntarme cosas como: «Mamá, ¿té es un gilipollas?», y «¿Té es un mamón?», y cosas mucho peores, la verdad; así que le he dicho que tiene que parar. Cada vez que suelta un taco delante de los niños se pierde otro día. Dos días por el que empieza por jota, y tres por el que empieza por ce. Acceso denegado.

—¿No te estás castigando a ti misma también?

Frankie se echó a reír.

—Pues no. No es muy divertido practicar sexo solo cinco meses después de haber dado a luz, ¿a que no? Seguramente te acordarás.

Se dio cuenta de que había metido la pata en cuanto lo dijo. Pero es que parecía que la gente siempre se olvidaba de que Emily y Benjamin no tenían hijos. Quizá por lo bien que se les daban los de los demás.

—¡Mira, Benjamin, mírame!

Coriander estaba de pie, radiante, en la parte de arriba del tobogán más alto (el que se suponía que era solamente para niños mayores de cinco años), y esperó a que Benjamin se hubiera acercado más, hasta que estuvo segura de que era el centro de roda aquella atención que rayaba la adoración. Luego se tiró por la pendiente, sin apartar tampoco los ojos de él, para comprobar que no se distraía ni un solo momento. No se fijó en que había un niño pequeño sentado al final del tobogán, que no supo muy bien cómo apartarse, así que se produjo una breve pero espectacular colisión cuando ella chocó contra él con las piernas estiradas y lo tiró contra el asfalto revestido de caucho. Benjamin se acercó corriendo, lo levantó y le quitó el polvo. Lloró un poco pero no parecía demasiado enfadado, y el padre, que estaba sentado en un banco cercano leyendo la sección de negocios del *Sunday Telegraph*, ni siquiera se enteró.

Había muchos padres en el parque de recreo esa mañana, y también muchos niños que intentaban que les prestaran atención pero no lo conseguían. A Coriander, a pesar de la ausencia de sus padres, no se le daba muy mal. Al parecer la mayoría de las niñas libraban el domingo, y el acuerdo consistía en que los padres pasaran un rato «de buena calidad» con sus hijos en el parque mientras las madres se quedaban en casa, haciendo lo que no podían hacer el resto de la semana cuando las niñas cuidaban de los niños. En la práctica, eso venía a significar que a los niños se les abandonaba a su propia suerte, a pesar de su desconcierto, mientras sus padres, bien provistos no solo de periódicos sino de enormes vasos de cartón de Starbucks y Coffee Republic, trataban de hacer en los bancos del parque exactamente lo mismo que habrían hecho en casa de tener oportunidad. Ahora Coriander quería subirse en el balancín. Mientras la hacía subir y bajar, Benjamin se quedó mirando un par de minúsculos columpios que había enfrente y vio cómo se desarrollaba un drama muy curioso. En los columpios había dos niñas, pero ninguna de las dos se estaba columpiando. Una de ellas, una niña muy seria de ojos claros y tirabuzones castaños, estaba sentada, aburrída y sin moverse, mientras su padre, apoyado en la estructura metálica del columpio, leía detenidamente el *Herald Tribune*. La otra niña (en conjunto, bastante parecida a la primera) intentaba darle a su columpio la velocidad deseada, empujándolo con su propio cuerpo, pero no acababa de cogerle el

truco.

—¡Papá, papá! —se puso a gritar.

Pero el padre no la oía y, además, tenía un capuchino en una mano, y en la otra un móvil con el que, por lo visto, estaba hablando de negocios con un colega de Sydney. Así que empujar el columpio en esas condiciones no venía mucho al caso. Los dos columpios de las niñas se habían quedado completamente inmóviles cuando este segundo padre, dando por concluida su llamada, le pegó un último sorbo a su vaso de café, lo tiró a una papelera, cogió a una de las niñas en brazos y se dirigió hacia la entrada del parque. Lo curioso de la situación fue que *no* cogió a la niña que le había llamado «papá», que se quedó en uno de los columpios parados, contemplando con un disgusto cada vez mayor la figura del hombre que se alejaba y que, supuestamente, era su padre. Mientras tanto, el lector del *Herald Tribune* seguía leyendo tan tranquilo, sin enterarse de que estaban secuestrando a su hija por las buenas. Parecía que ninguno de los adultos se iba a dar cuenta del error y que las dos niñas se habían quedado demasiado pasmadas como para decir nada, así que Benjamin se acercó corriendo e interceptó al del capuchino en la entrada del parque.

—Perdone —le dijo—. Ya sé que no es asunto mío, pero... yo diría que esta niña no es hija suya.

El hombre le echó una mirada a la niña que llevaba en brazos.

—Hostia —dijo—, tiene razón. Esta no es Esmeralda. —Regresó corriendo a los columpios y abordó al otro padre justo cuando estaba doblando su *Tribune*—. ¿Es la suya? —le preguntó.

—¡Papi! —Esmeralda extendió los brazos, con las mejillas relucientes de lágrimas. Se produjo un intercambio apresurado, unas risas avergonzadas, y entonces, precisamente cuando Benjamin regresaba al balancín, la verja del parque chirrió al abrirse de nuevo y una figura familiar e inesperada entró corriendo, tirando de una niña de tres años visiblemente reacia.

—¡Susan!

—¿Benjamin? ¿Qué coño haces aquí?

—Estoy con la hija de Doug. Hemos venido a pasar el fin de semana.

—¿Es esta? —preguntó Susan, mirando a la niña que estaba sentada, muda de pura perplejidad, en el extremo en tierra del balancín—. Es Lavanda o Parsley^[4] o como se llame, ¿no? Pues vale. —Cogió a Antonia y la plantó en la otra punta—. A ver, vosotras dos..., jugad un poco. ¿No es lo que os han dicho que hagáis?, pues venga... Vaya por Dios, sueno como la señorita Haversham^[5]. ¿A que sí?

Se sentó en un banco y dio unas palmaditas en el sitio de al lado.

—¿Pero qué haces en Londres? —preguntó Benjamin.

—Una excursión en coche... Nos ha llevado dos horas y media. Y todo por culpa de tu puñetero hermano. Cielo santo, no sé por qué le hago caso. Ayer por la tarde, sin venir a cuento, le da por anunciar que teníamos que venir hoy para obligar a Antonia a jugar con las hijas de Doug Anderton. Por lo visto es importante que se

hagan amigas del alma. Y eso aunque vivan a doscientos kilómetros de distancia... Todo tiene que girar en torno a él y su puñetera carrera.

—¿Pero dónde está Paul?

—Ah, no ha venido hasta aquí. Se ha ido directamente a Kennington para analizar el programa ese tan estúpido donde salió. Con su *consejera mediática*, no te lo pierdas. ¿Lo viste el viernes?

—Sí.

—Menudo cretino. No dijo nada gracioso en todo el programa. Pero, bueno, ¿cómo iba a decirlo? Le extirparon el sentido del humor cuando nació... Pues no, tu hermanito me ha plantado en el puente de Chelsea, ha salido corriendo del coche, me ha dado el número de teléfono y, hala, apáñatelas tú sola. Así que he llamado a esa casa y me ha contestado una imbécil que apenas hablaba una palabra de inglés.

—Sería Irina. Es de Timisoara.

—... Y me ha dicho que seguramente estaría todo el mundo aquí. Así que aquí estoy. Y aquí están ellas.

Les echó una mirada a las dos niñas, que seguían sentadas en la misma posición en el balancín inmóvil, mirándose fijamente la una a la otra con una antipatía horrorosa. Benjamin se acercó para decirles:

—Pero, vamos a ver, niñas, ¿cuál es el problema? —Y empujó el balancín arriba y abajo varias veces, tras lo que continuaron ellas solas, aunque con bastante desgana.

Susan se levantó para unirse a ellos, y le sujetó un mechón rebelde a Antonia con una horquilla en forma de mariposa.

—¿Vamos a volver a ver pronto a papá? —preguntó la niña.

—Eso quisiera yo saber —dijo Susan—. Se supone que tendría que comer con nosotras, pero yo no te lo aseguraría. Sobre todo si tiene que elegir entre nosotras y su consejera mediática.

Pronunció aquellas palabras alegremente; pero Benjamin sabía (por la manera en que luego le cogió del brazo y se lo apretó) que la alegría era forzada. Miró a ver si se le ocurría algo que pudiera consolarla, pero no fue así.

Cuando llegaron al Pizza Express de King's Road, vieron que Emily, junto con Frankie y Doug, sus otros tres hijos, Ranulph, Siena y Hugo, además de Irina, la niñera rumana, los estaban esperando en una de las enormes mesas redondas con la superficie de mármol. Los niños, con el pretexto de dibujar, escribir y colorear, estaban en realidad intentando meterse mutuamente por los ojos y las orejas toda una variedad de ceras y lápices de colores, mientras que los adultos esbozaban esas sonrisas tensas, con los ojos perdidos en el horizonte, de la gente que lo que más desearía en el mundo sería que los sacaran de aquel lugar y los devolvieran a una época en la que no tenían hijos. El nivel de ruido era ensordecedor y, la verdad, nadie se habría extrañado si en un principio hubieses pensado que habías entrado en una guardería con escasez de personal, para niños mimados y consentidos, en vez de en un restaurante. Miraras hacia donde miraras, niños y niñas rubitos con nombres como Jasper, Orlando y Arabella sembraban el caos tirándose trozos de pizza a medio masticar y bolas de masa a sus trajes de diseñadores franceses o italianos, disputándose la posesión de sus Gameboys último modelo y chillando por toda la sala en un inglés perfecto de la BBC, capaces incluso de empezar a dominar el estúpido acento de la clase dominante con el que, a la vuelta de veinte años, sin la menor duda, llenarían los pubs de Fullham y Chelsea. Una pareja solitaria sin hijos estaba sentada en una pequeña mesa de una esquina; a veces se agachaban para esquivar los fragmentos voladores de comida, y otras levantaban la vista y se quedaban mirando alrededor, mudos de espanto, muriéndose de ganas de marcharse y engullendo sus pizzas como si aspirasen a un récord mundial.

Susan y Benjamin se aseguraron de que las dos nuevas amigas se pusieran juntas (porque Antonia y Coriander, contra todo pronóstico, ya se habían hecho inseparables a la hora y pico de haberse conocido), y luego se hicieron un sitio entre los demás y cogieron sus menús. Benjamin se levantó de un salto casi inmediatamente, con un grito que era una mezcla de repulsión y dolor, porque se había sentado encima de un trozo de *bruschetta* a medio masticar, que estaba curiosamente espetado en el brazo suelto de una Barbie. Irina se lo quitó y lo hizo desaparecer rápidamente, evitando la crisis con aquella eficiencia silenciosa e inescrutable que parecía ser marca de la casa.

Doug estaba de muy buen humor. Se había pasado la mañana leyendo los periódicos del domingo y, al parecer, se alegraba de haber desbancado esa semana a la competencia, al menos en lo que se refería a los comentaristas rivales. Había escrito un apasionado y polémico artículo sobre la amenaza de cierre de la fábrica de Leyland, basado fundamentalmente en los recuerdos que tenía de los últimos días de su padre como representante sindical. Nada de lo que había leído aquella mañana se había escrito con tanto sentimiento ni reflejaba una experiencia personal de una forma tan intensa. Así que estaba dispuesto a relajarse y a jugar el rol de carismática

figura paterna en aquella caótica familia ampliada.

Sabiendo que sus hijos podían oírle perfectamente, y consciente como un niño travieso de su transgresión, se puso a contarle a Benjamin toda la historia de la reciente negativa de Frankie a tener relaciones sexuales con él.

—Te ha contado ese sistema que se ha inventado, ¿no? Un día sin sexo por un taco normalito. Dos días por la palabra que empieza por jota y tres por la que empieza por ce.

—Muy ingenioso —reconoció Benjamin, echándole una mirada a Frankie y viendo que no se perdía una sola palabra de la conversación, sonriendo abiertamente de pura adoración por su marido, encantada del poder que tenía sobre él.

—Bueno, ¿qué? —dijo Doug, volviéndose hacia ella—, te habrás fijado en que llevo una semana sin decir tacos, ¿no? ¿Sabes qué significa eso?

—¿Qué? —preguntó ella. (Al menos para los oídos de Benjamin, había una especie de ternura coqueta en su voz incluso en los enunciados aparentemente inofensivos como aquel).

—Significa que esta noche es la gran noche —dijo Doug, con aire triunfante—. Ya le he pagado mi deuda a la sociedad. Liquidada la deuda, cerrada la cuenta. Y estoy muy dispuesto —le dio un significativo sorbo a su Pinot Grigio— a exigir mi recompensa.

—¡Duggie! —le reprendió ella—. ¿Tienes que compartir los detalles de nuestra vida sexual con toda la gente de esta mesa? —Pero, la verdad, parecía que no le importaba. Fueron Benjamin y Emily los que se revolviaron en sus asientos con gesto de incomodidad, evitando mirarse a los ojos.

Al poco rato, llegó Paul.

—Maldita sea —dijo, besando a Susan sin mayor interés en la coronilla—, esto es como el tercer círculo del infierno. —Le revolvió el pelo a Antonia y ella levantó la vista un momento de su dibujo, registrando vagamente el hecho de que su padre había aparecido. Él ignoró a Benjamin por completo y se limitó a decir—: Hola, Douglas, ¿me vas a presentar a esa mujer tuya tan guapa?

Cuando Paul acercó una silla a la de Frankie y se embarcó en lo que él inocentemente consideraba la tarea de seducirla, Doug se quedó mirándolo torvamente desde el otro lado de la mesa.

—Odio que me vean en público con este gilipollas —le susurró a Benjamin, mientras se esforzaba en partir su pizza Cuatro Estaciones—. Vámonos de aquí en cuanto podamos.

Y, en efecto, el secretario parlamentario y su hipotético aliado en la prensa especializada no se dijeron prácticamente nada el uno al otro durante toda la comida, salvo cuando Doug se sintió obligado a llamar la atención de Paul y sacó el tema de su aparición televisiva.

—Por cierto, ¿te puedo preguntar (si te puedes despegar un momentito de mi mujer, claro) qué te pasaba la otra noche en la tele? Quiero decir, ¿tenías

instrucciones precisas de Millbank de no decir absolutamente nada? Porque creo que nunca en la vida había visto quedarse totalmente callado a un invitado de ese programa.

Una efímera furia asesina embargó el rostro de Paul; pero enseguida se reprimió y dijo (siguiendo la línea que había marcado con Malvina unas horas antes):

—¿Sabes una cosa? Cortaron mis intervenciones. Todas y cada una, no sé por qué. Dije algunas cosas increíblemente graciosas, además. Como una cosa muy divertida sobre el chocolate... —Se interrumpió y meneó la cabeza con pesar. Pero, bueno..., ¿qué más da? Ya lo sé para la próxima vez. Que estas cosas las montan para quedar bien ellos, ¿no?

Doug consideró esa explicación un momento, antes de resoplar con una incredulidad apenas disimulada y ponerse de pie.

—De todos modos —anunció—, Ben y yo no hemos tenido muchas ocasiones de coincidir hasta ahora, así que vamos a dar un paseo. Os vemos a todos en casa.

Atajaron por las calles traseras hasta que alcanzaron el Chelsea Embankment, donde un flujo ininterrumpido de coches y camiones rugían de acá para allá, las nubes de dióxido de carbono pendían pesadamente sobre el pequeño pueblo de las casas flotantes de los millonarios atracadas en el meandro del río Támesis, y la grandiosidad posmoderna del edificio Montevetro les devolvía su reflejo desde el otro lado del río y relucía a la pálida luz de marzo. Benjamin pensó en su hogar; no en el centro de la ciudad donde trabajaba todos los días (y donde edificios parecidos a aquel empezaban a brotar también, aunque en menor escala), sino en la casa que compartía con Emily en una travesía de King's Heath, en el pequeño mundo que se habían construido allí, y que no abarcaba mucho más que unas cuantas tiendas, un par de pubs, y alguna incursión ocasional en Cannon Hill Park... De repente, la diferencia le parecía enorme. No le cabía en la cabeza.

—¿Te gusta esto? —preguntó—. Quiero decir, ¿te sientes... a gusto?

—Claro —respondió Doug—. ¿Qué es lo que no me iba a gustar? —Previendo la respuesta de su amigo, añadió—: Si uno está a gusto consigo mismo (en su cabeza), se siente en casa en todas partes. Al menos yo lo veo así. Uno tiene que ser fiel a sí mismo.

—Sí, eso lo has sido —dijo Benjamin, frunciendo los labios, dubitativo—, supongo.

—El que haya emparentado con una familia pija. —Doug fue alzando la voz de pura exasperación— no significa que me haya olvidado de dónde he salido. O de qué parte estoy. No he abandonado la lucha de clases, ¿sabes? Simplemente, estoy tras las líneas enemigas.

—Ya —dijo Benjamin—. No estaba insinuando nada. Eso lo ve cualquiera; solo hay que leer lo que escribes en el periódico. Debe de ser estupendo —prosiguió más tranquilo (la envidia entreverándose de nuevo con sus reflexiones)— tener esa clase de tribuna. Debes de sentir..., debes de sentir que estás haciendo exactamente lo que

quieres hacer.

—Puede. —Estaban apoyados en el murete que queda cerca de Battersea Bridge, mirando hacia el agua. Pero en ese momento Doug se enderezó y echó a andar río abajo, aspirando profundamente los gases nocivos que emitía el tráfico constante—. Aunque me parece que ya he tocado techo. Llevo escribiendo esos artículos unos ocho años. Hace unos meses que he empezado a decirle a la gente que tengo ganas de cambiar. Ya sabes, tratando de que se corra la voz en la oficina. Bueno, pues por lo visto han tomado nota y se han dado por enterados. Están planeando un gran reajuste. De hecho, llevan semanas planeándolo.

—Suenas bien —dijo Benjamin—. ¿Qué crees que va a pasar?

—Bueno, conozco un poco a la secretaria del director; se llama Janet. Una chica maja; entró allí antes de Navidad. Nos caímos bien desde el principio, y ahora siempre me cuenta todos los cotilleos. Y ha oído..., mejor dicho, le ha oído hablar por teléfono, y parece que salió mi nombre a relucir en relación a un puesto.

Benjamin esperó un momento. Luego tuvo que preguntar:

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—No estaba segura —admitió Doug—. No lo oyó muy bien. Pero me ha dicho que parecía definitivo; y de esto solo hace un par de días. Y ella estaba segura (bueno, al noventa por ciento) de que dijo o responsable de política (que sería estupendo) o subdirector. Que ya sería... lo máximo.

—¿Subdirector? —repitió Benjamin, claramente impresionado—. Guau. ¿Y tú crees que va a ser eso?

—Intento no hacerme ilusiones —dijo Doug—. Jefe de sección sería estupendo. Yo ya me conformaba. Firmaría ahora mismo.

—¿Y eso significaría más dinero?

—Cualquiera de los dos puestos. Mucho más dinero, en teoría. Cosa que va a hacer muy feliz a Frankie, para empezar. Seguramente hoy me llamará alguien para decirme cuál de los dos es.

—¿Hoy? ¿Un domingo?

—Sí. —Doug empezó a frotarse las manos solo de pensarlo—. Hoy es el gran día, Benjamin. A lo mejor podemos tomarnos un poco de champán antes de que os vayáis esta noche. Seguido en mi caso (tras una semana entera de no decir palabrotas, ni blasfemias ni ninguna clase de cochinadas) de lo que solo consigo imaginarme como una follada *épica*. La madre de todas las folladas.

Cruzaron la calle con no poco esfuerzo, colándose entre las cuatro filas de coches, retrocediendo hasta el enclave como de libro de ilustraciones donde se escondía el domicilio Gifford-Anderton.

—Creía que no estabas en sintonía con el resto de la gente del periódico —dijo Benjamin—. Políticamente hablando, quiero decir.

—Ya, pero ese es mi as en la manga —señaló Doug—. Es verdad que son todos unos putos idiotas partidarios de Blair. Pero lo cierto es que tienen que ajustarse al

gusto de los lectores, y la mayoría de los lectores siguen siendo laboristas a la antigua. Así que les hace falta alguien como yo allí metido, aunque no les haga gracia. Represento a esa gente. La gente que piensa que deberíamos hacer algún esfuerzo para que la fábrica de Longbridge siga abierta aunque no dé dinero. La gente que anda ahora por los cuarenta, los cincuenta o los sesenta y lleva años leyendo el periódico y a la que le importa un carajo qué clase de lápiz de ojos usa Kylie Minogue, que es el tipo de historia con la que parece estar obsesionado nuestro querido director.

—No te llevas demasiado bien con él, ¿no? —preguntó Benjamin.

—Nos llevamos bien —dijo Doug—, pero es un hombre sin escrúpulos. Un oportunista de tomo y lomo. Hace unos meses, por ejemplo, le hicieron unas fotos a no sé qué modelo con pinta de desnutrida para un reportaje de moda del suplemento, pero parecía tan enferma y tan esquelética que no las pudieron usar. Pues la semana pasada las recuperó y al final las sacó en el periódico, para ilustrar una historia sobre la anorexia nerviosa. Ni se le pasó por la cabeza que tuviera nada de malo.

Se rio amargamente entre dientes mientras llegaban a la cancela del jardín y la abrían con un chirrido. Doug había olvidado las llaves de casa, así que apretó el timbre del telefonillo y se quedaron un momento esperando, admirando la yedra trepadora en torno al dintel de la puerta y las ventanas con parteluz. Frankie siempre estaba demasiado ocupada para dedicarse al jardín, explicó Doug, así que tenían un hombre que venía tres veces a la semana para encargarse de él.

Una Irina sin resuello abrió enseguida la puerta principal.

—Ah, Doug, entra. Rápido. Acaba de llamarte alguien.

—¿Quién es? —preguntó él, ansioso, siguiéndola hacia el interior.

—Ahí... Ahí dentro.

Le señaló el cuarto de estar que abarcaba todo un lado de la planta baja y terminaba en un invernadero el doble de grande que el jardín trasero de Benjamin. Doug y Benjamin entraron corriendo y vieron que se encontraba todo el mundo allí: Paul, Susan, Emily, Frankie y todos los niños. Se quedaron mirando a Doug emocionados, sonriendo de antemano, mientras Frankie hablaba con alguien a través de un inalámbrico.

—Sí, está aquí. Acaba de entrar literalmente por la puerta. Ahora se lo paso. Toma.

—¿Es por lo de su trabajo? —susurró Benjamin, y Frankie asintió.

Al principio a los demás les costó saber lo que estaba pasando, escuchando solo una parte del diálogo. Doug decía muy pocas cosas, aparte de algún sonido que otro en señal de asentimiento. Sin embargo, todo el mundo empezó a darse cuenta de que iban variando de tono a medida que la conversación avanzaba. Los silencios de Doug se fueron haciendo cada vez más largos; la voz al otro extremo de la línea parecía estar aproximándose a una especie de revelación. Y cuando por fin se produjo, Doug enmudeció por completo. Igual que el resto de los presentes.

Fue como si hubieran pasado minutos enteros antes de que Doug dijera muy bajito:

—¿Qué? —E inmediatamente después gritara de nuevo—: ¿QUÉ? —solo que esta vez a pleno pulmón, con un rugido de rabia ensordecedora que hizo que los niños se miraran mutuamente de pura aprensión.

Entonces la voz al otro extremo de la línea se alzó también, y se oyó que decía:

—Doug, por favor, piénsatelo. No cuelgues. Hagas lo que hagas...

Doug apretó una tecla para cortar la llamada, volvió a acercar el teléfono a la repisa y lo dejó allí con un gesto de calma sobrenatural.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Frankie, incapaz de soportar aquel suspense por más tiempo.

Doug contemplaba su propia cara en el espejo dorado.

—Esa mujer... —dijo por fin, con una voz ronca y extrañamente lejana—, esa mujer, Janet, va a tener que hacer que le miren los oídos. —Se volvió hacia el círculo de caras desconcertadas—. ¿Jefe de la sección de política? No. ¿Subdirector? Tampoco. —Entonces, cogiendo aire, bramó—: Director del suplemento LITERARIO. ¿Me habéis oído? Del PUTO SUPLEMENTO LITERARIO. Quieren que encargue las críticas de libros. Quieren que me pase el día metiendo novelas en esas putas bolsas con burbujas y mandándoselas a... a... —balbuceó, quedándose sin palabras, antes de empezar a tambalearse por la habitación gritando como un poseso —: Esos *cabronazos*. ¡Esos putos, malditos, gilipollas, CABRONAZOS DE MIERDA!

En el silencio absoluto que le siguió, Benjamin hasta se imaginó que podía escuchar las palabras resonando por la habitación para luego desvanecerse. A nadie se le ocurría nada que decir, hasta que Coriander se volvió hacia su madre y susurró muy seria:

—¿Té es un cabronazo? ¿Té es un cabronazo de mierda?

Era la frase más larga que había dicho nunca. Pero a Frankie no le pareció el momento más adecuado para comentarlo; ni tampoco que su marido se había vuelto a quedar sin sexo durante al menos las tres semanas siguientes.

Claire, que podía ser bastante charlatana en la compañía adecuada, estaba sentada a la mesa de la cocina, enfrente de su hijo, y trataba de pensar en algo que decir.

Se le hacía cada vez más evidente que le faltaba práctica como madre. Hacía diez años, cuando Patrick solo tenía cinco, jamás se habría imaginado que eso fuese posible. No era solamente que su amor por él en esa época le resultara tan natural como respirar; por supuesto, todavía le quería igual que siempre. La diferencia estaba en que ya no sabía cómo comportarse con él. Sabía que aquel proceso había empezado incluso antes de que ella se marchara a Italia. Ya entonces, cuando él solo tenía nueve o diez años, le había dado la sensación de que perdía pie al no saber muy bien qué tono emplear; no había comprendido sus obsesiones florecientes, los deportes que le apasionaban, la ropa que se sentía obligado a llevar. Veía que no sucedía lo mismo entre él y Philip, por lo menos en la misma medida, y esa fue una de las razones por las que le pareció sensato (o al menos admisible) que se fuera a vivir con su padre y su madrastra mientras ella emprendía su aventura italiana. Cuando eso se acabó (cuando ella regresó a Birmingham cinco años después, añorando absurdamente un lugar que nunca le había gustado mucho), una distancia aún mayor se abrió entre ellos. Era inevitable, suponía; él la había ido a ver en esa época, y ella había vuelto a Inglaterra al menos un par de veces al año, pero de todas formas él había cambiado, se había apartado de ella enormemente, hasta el punto de resultar prácticamente irreconocible. La carencia de palabras que había empezado a sentir en su presencia se hacía cada vez más acusada.

Era la primera vez que regresaba a casa de su padre desde diciembre. Aquella vez se había ido de allí solo cuatro días más tarde, luego había pasado dos noches en un hotel de Birmingham, y las navidades con unos amigos en Sheffield, unos amigos de su época universitaria. No podría haber soportado un minuto más. Ese fin de semana, en cambio, afortunadamente Donald Newman se encontraba en el extranjero, disfrutando de la casa francesa de la que últimamente siempre andaba presumiendo y que ella no tenía ninguna intención de visitar. Parecía que, desde que se había jubilado, pasaba cada vez más tiempo allí; pero la verdad era que no sabía muy bien qué vida llevaba ahora ni le importaba lo más mínimo. Por lo visto, un astuto agente de bolsa amigo suyo le había hecho ganar unos cuantos miles de libras en los años noventa, y eso le había posibilitado comprarse aquellas ruinas pintorescas a las afueras de Bergerac. Bravo por él. Era muy dueño de hacer lo que le diera la gana.

Fue Patrick quien lo mencionó primero, por cierto.

—El abuelo tiene este sitio bastante bonito, ¿verdad? —comentó, mirando alrededor en aquella cocina tan ordenada—. Para un soltero, quiero decir, un vejstorio como él.

—Supongo que no tiene otra cosa que hacer. De todos modos, creo que viene una

asistenta. Me sorprendería mucho que distinguiera una punta de una aspiradora de la otra.

Su hijo se sonrió. Quería decirle algo agradable (lo bien que le quedaba el pelo ahora que lo llevaba un poco más largo, lo mucho que se alegraba de que, aparentemente, no se hubiera puesto más piercings), pero no le salían las palabras. En cambio pensaba en la noche que les esperaba, en los dos cubiertos que tendría que poner en la mesa, en la cena que luego tomarían en el abrumador silencio del extrarradio, y de repente le dio miedo no poder con todo aquello.

—Oye, Pat, ¿por qué no salimos? Nos vamos al campo y buscamos un pub o algo.

—¿Pero por qué? Creía que habías comprado algo de comer.

—Sí, pero bueno... —Hizo una seña con los ojos—. Este sitio...

—Lo podemos animar un poco —dijo Patrick—. Poner velas en la mesa y eso. He traído algo de música.

Mientras Claire revolvía en los cajones para encontrar un mantel, su hijo sacó un enorme equipo portátil de su bolsa de viaje y lo enchufó en la pared. Hojeó un portacedés y metió uno en el aparato. Claire se preparó mentalmente, esperando alguna monstruosidad, pero escuchó en cambio un acorde de piano en clave menor, palpitante, insistente, parecido a un tango, acompañado enseguida por unas notas astutamente entretejidas para violín, cello y bandoneón.

—Qué bonito —dijo—. ¿Qué es?

—Astor Piazzolla —dijo Patrick—. Pensé que te gustaría. —Y luego, con una risita—: evidentemente, no es lo que yo escucho a solas. Normalmente solo escucho a negrazos que hablan de violar a sus zorras y ponerse ciegos de crack. Este lo guardo por si acaso, para los viejos.

—Cuidadito con lo que dices —le advirtió Claire—. No me toques el punto débil. No quiero ni pensar lo que dirán de mí en esa casa.

Era el 31 de marzo de 2000, y Claire había ido a Birmingham ese fin de semana para participar en la protesta del día siguiente contra el cierre de Longbridge: una enorme manifestación por toda la ciudad, que iba a empezar en el centro, con más grupos de gente incorporándose a lo largo del recorrido, para converger finalmente en un mitin en Cannon Hill Park. En ese momento, la casa de Claire (aunque no la considerase su hogar ni ninguna otra cosa que no fuera un lugar de residencia provisional) estaba en Ealing, al oeste de Londres, y la compartía con tres universitarias de veintipocos años. Había encontrado un trabajo temporal de administrativa sin muchas pretensiones, para llevar las facturas de una empresa que importaba muebles italianos. El panorama era realmente desalentador. Le daba la sensación de que su vida era una cinta que alguien había rebobinado hasta unos quince años atrás.

—Te toman el pelo de mala manera, ¿no? —preguntó Patrick.

—No es tan descarado. Son demasiado educados. Pero por la forma que tienen de

mirarme juraría que se preguntan si deberían instalar un sillón-ascensor para las escaleras un día de estos, o regalarme uno de esos masajeadores de pies por mi cumpleaños.

Puso una cacerola sobre el hornillo para la pasta, y empezó a picar cebollas y tomates. Patrick le sirvió vino y le preguntó si podía tomar un poco.

—Pues claro. No me tienes que pedir permiso.

Patrick fue al cuarto de estar y desapareció un rato. Claire le echó un vistazo en determinado momento y vio que estaba mirando las fotos familiares que había sobre la chimenea. Salvo que «fotos familiares» no era el término más adecuado. No había fotos de las hijas del señor Newman por ninguna parte: ni recuerdos de la desaparecida Miriam ni de la errante Claire. Solamente fotografías de Donald y Pamela, un recorrido por su vida en común y por su envejecimiento: la foto de boda, las vacaciones en Escocia y en las islas Scilly; los dos en el exterior de la casa de campo de Bergerac, con Pamela más encorvada y encogida. Había sucumbido al cáncer tan solo ocho meses después de que la compraran. En el centro de la repisa había un retrato de ella, tamaño din A4, enmarcado en plata. Debía de estar hecho en los años cincuenta, antes de que vinieran los niños. Pelo oscuro, collar de perlas, un vestido de cóctel negro o azul marino. Sonreía con esa sonrisa insondable que la gente pone ante una cámara. Patrick cogió la foto, la inclinó un poco para evitar el reflejo de la luz y la estudió detenidamente, como si fuera a revelarle algún secreto familiar.

—Entonces —dijo al regresar a la cocina, con una copa de vino en la mano—, ¿te hablas con el abuelo en este momento?

—No ha habido una declaración oficial de las hostilidades —respondió Claire—. Solo que nunca le llamo y él nunca me llama a mí. O casi nunca. Quiero decir que estuvo muy educado cuando le pregunté si podía quedarme aquí el fin de semana. Aunque pensara que mi razón para venir a Birmingham era absurda.

—Bueno, nunca fue lo que se dice un revolucionario, ¿no? ¿Te imaginas al abuelo en una mani? Tendría que ser a favor de colgar a la gente que hace manitas en público antes de casarse.

—O de incluir la caza del zorro en el plan de estudios. —Se sonrió, no tanto por las bromas como por la cordialidad que parecía que iba a darse entre ellos—. Pero ¿Y tú? ¿Vas a venir mañana?

—Sí, claro. Es importante, ¿no? Está en juego el curro de mucha gente.

—¿Va a ir tu padre?

—Sí.

—¿Y su mujer?

—Creo que sí. Carol está bastante cabreada con lo de Longbridge, como todo el mundo. ¿Por qué? ¿No te apetece?

—Sí, sí. No tengo nada en contra de Carol.

—También irán algunos amigos de papá. ¿Te acuerdas de Doug Anderton? Va a

venir desde Londres. Y supongo que Benjamin también se dejará caer.

—Dios mío —dijo Claire—, pues eso sí que se me va a hacer raro. Toda la plana del King William. Hace siglos que no veo a Doug. Y creo que la última vez que nos juntamos todos fue en nuestra boda.

—Benjamin fue el padrino, ¿no?

—Exactamente. Soltó un discurso absolutamente desastroso. Lleno de citas de Kierkegaard (que le habrían interesado más a la concurrencia si no se hubiera empeñado en recitarlas en el danés original), y luego un chiste muy rebuscado sobre un equívoco entre Rimbaud, el poeta, y Rambo, el personaje de Sylvester Stallone. Nadie se enteraba de nada. —Suspiró con cariño—. Pobre Benjamin. Me pregunto si habrá cambiado.

—Creía que lo habías visto antes de Navidad.

Claire siguió picando y se limitó a decir:

—No tuvimos mucha oportunidad de hablar —en un tono que implicaba (al menos para su hijo) que no había más que decir sobre el tema.

La noche fue bien. Patrick consiguió rescatar otros tres compactos más que contaron con la aprobación de su madre, y no hizo falta recurrir a su plan de emergencia, que habría consistido en reducir los daños y ver la tele cuando se quedaran sin cosas que decirse. De hecho, paradójicamente, Claire terminó sintiendo que la cosa casi había ido demasiado bien. Lo que significaba que esa noche, por primera vez, empezó a notar algo extraño en el comportamiento de Patrick: que era demasiado atento, demasiado considerado; que se preocupaba demasiado de sus necesidades y sus reacciones, que siempre se anticipaba a los deseos ajenos. Había una extraña rigidez, una extraña incomodidad en su forma de comportarse, pensaba ella, casi como si creyera que estaba interpretando un papel, que era el actor de un guion escrito por otra persona. Quizá fuese la típica timidez de la adolescencia, pero parecía que había algo más. Era como si Patrick estuviera permanentemente en *estado de alerta*; daba la sensación de que estaba esperando que el mundo le enseñara cómo comportarse, le revelase su propia personalidad antes de que él pudiese empezar a habitarla. ¿Era eso lo que ellos (Philip y ella misma) le habían hecho al separarse cuando solo tenía tres años, y luego pasárselo como una pelota entre los dos por temporadas? Le *faltaba* algo, ahora empezaba a verlo claro, algún componente esencial. Algo que todavía no conseguía identificar, aunque sabía que no solo se trataba de un problema de estabilidad familiar.

Patrick le sirvió una última copa de vino y se la llevó al sofá del cuarto de estar.

—Toma —le dijo—. Me voy a la cama. No te quedes ahí sentada toda la noche comiéndote el tarro.

—No.

Se inclinó para darle un beso. Tenía las mejillas un poquito velludas, con los primeros rastros de una barba juvenil.

—Ha estado bien esta noche, ¿no? —dijo ella.

Él la envolvió en un abrazo.

—Sí, ha estado bien.

Mientras él se enderezaba de nuevo, ella dejó que el vino le proporcionase el valor necesario y le preguntó:

—Estás bien, ¿verdad, cariño? Phil y Carol te cuidan bien, ¿no?

—Pues claro. ¿Por qué? ¿Tengo mala cara?

Las preocupaciones que no la habían dejado tranquila desde hacía un rato eran demasiado vagas, demasiado complicadas. Lo único que pudo decir fue:

—Estás un poco pálido, nada más.

Patrick sonrió a la defensiva.

—Eso todos —dijo—. Yo y todos mis amigos. Es toda esa mierda que vuestra generación nos sigue metiendo por la boca. —En un tono más relajado, añadió—: somos la gente pálida.

Sin explicar lo que quería decir, Patrick le tiró a su madre un último beso de buenas noches; y entonces ella notó, antes de que subiera a acostarse, cómo sus ojos se detenían otra vez en las fotos de la repisa de la chimenea.

Después de ducharse a la mañana siguiente, salió del cuarto de baño y se encontró con que él había abierto la puerta del antiguo dormitorio de Miriam, y estaba allí de pie.

Le siguió.

—No hay mucho que ver, ¿no?

Estaba igual que la última vez: sin muebles, las tablas del suelo al aire, las paredes encaladas. No parecía un cuarto, más bien una declaración: una declaración de ausencia. Se imaginó a su padre entrando allí todos los días para luego quedarse completamente inmóvil en el centro, inspirando aquella nada. Pensando en Miriam, como debía de haber pensado cada día de su vida, impasible, inescrutable. ¿Por qué otra razón iba a haber conservado aquella habitación así? Además estaba impecable, tan concienzudamente limpia y aspirada como las demás habitaciones de la casa. Le encontraba cierta lógica, aunque también le repugnara. Era la habitación de una persona desaparecida.

—¿Dónde están todas sus cosas?

Claire se encogió de hombros.

—No sé. Yo tengo algunas, ya te imaginas; las fotos que has visto, y alguna tontería más, pulseras, un cepillo del pelo, esas cosas. Y algún juguete —(creyó que le iba a fallar la voz, pero se contuvo)— de cuando era pequeña. Creo que papá tiró todo lo demás: los álbumes de fotos y todos sus diarios. No sé qué habrá sido de ellos. Han desaparecido. —Recorrió de lado a lado aquella habitación diminuta y desolada con tres pasos cortos, y se quedó mirando por la ventana al jardín trasero, austero y obsesivamente limpio como el resto de la casa—. ¿Habláis mucho de ella?

—preguntó—. Quiero decir, ¿la mencionan alguna vez Philip y Carol?

—No.

—Pero *tú* sí piensas en ella, ¿no?, o eso parece, por lo menos.

—A lo mejor sigue viva —dijo Patrick, y de repente su voz sonó como una súplica.

Claire giró sobre sus talones y salió del cuarto.

—No entremos en eso, ¿vale?

Ahora estaban juntos en el rellano. Patrick señaló la trampilla del techo.

—¿Cómo se puede subir ahí?

—No se puede.

—Si solo hace falta una escalera...

—No hay nada más que trastos.

Se quedó mirándolo fijamente, esperando que aquello no sucediera. No quería que se lo tomase como una misión porque, para empezar, *ella* no podía pasar por todo aquello otra vez y porque, además, era peligroso para él. Era demasiado joven, demasiado vulnerable para asumir aquella carga.

—Me voy de compras —dijo—. Podemos cenar pescado, ¿te apetece? Y voy a comprar alguna botella más de vino. Date un baño o algo. Tenemos que salir dentro de una hora si queremos llegar a Cannon Hill a tiempo.

Él asintió, pero no se movió.

—Hay una escalera en el garaje —dijo por fin—. O por lo menos la había.

Ella le puso una mano en el hombro; se le notaban los huesos.

—¿Por qué quieres hacer esto, Pat? ¿Qué sentido tiene?

Él le retiró la mano, pero con delicadeza.

—No lo sé. Tiene que ver contigo y con papá, y por qué rompisteis, y... —Se apañó, enfilando las escaleras—. No sé. Simplemente quiero hacerlo.

—No vas a encontrar nada —le dijo de lejos—. Lo tiró todo.

Pero Claire estaba equivocada.

Cuando volvió del supermercado media hora después, se encontró a Patrick (todavía sin bañar, y con la misma camiseta y los mismos calzoncillos con los que había dormido) sentado en las tablas desnudas de la antigua habitación de Miriam. Se las había apañado para bajar un enorme y anticuado baúl de cuero del desván, y estaba sentado junto a él. El baúl estaba cerrado con un candado, pero él lo había arrancado con unos alicates y había sacado como la mitad de las cosas que tenía dentro, que estaban esparcidas por el suelo, a su alrededor. Claire se quedó mirándolas con la boca abierta y casi sin respiración de pura incredulidad.

Eran cosas que no había visto desde hacía veinte años. La ropa de su hermana. Sus libros y sus adornos. Un pequeño cofre que se había traído de John O'Groats, lleno de bisutería. Revistas viejas, ejemplares de *Jackie*, fotos recortadas de las estrellas del pop de los setenta con agujeritos donde Miriam las había clavado con chinchetas a la pared. David Bowie y Brian Ferry. Una camiseta morada de hombre

que había sido una de sus posesiones más preciadas, aunque nadie sabía por qué. Y sus diarios. Dos o tres volúmenes, escritos con bolígrafo azul y con aquella letra infantil llena de bucles.

Fue lo primero que cogió Claire.

—No los habrás estado leyendo, ¿no? —dijo. Se acababa de acordar de que verían a Doug Anderton en la manifestación. Y no quería que Patrick supiera que el padre de Doug había tenido que ver con la desaparición de Miriam.

—No —respondió él. Había encontrado decenas de fotos de Miriam (de Miriam y Claire), diapositivas en su mayoría, y las estaba sosteniendo en alto contra la luz gris enmarcada por las ventanas sin cortinas.

—Menos mal —dijo Claire, y abrió el diario por 1974, pasando las páginas a toda prisa, demasiado impresionada para leer algo correctamente, y soltando de repente todos los diarios, dejándolos caer sobre el suelo con un golpe seco, cuando se topó con unas hojas con unas huellas marrones (las huellas de sus propios dedos manchados de Bovril, cuando tenía catorce años) y se le llenaron los ojos de lágrimas amargas, unas lágrimas como agujas, la clase de lágrimas que pensaba que ya era incapaz de llorar.

—Mensaje Original—

De: Malvina

Para: btrotter.

Enviado: Jueves, 30 de marzo de 2000 15:38

Asunto: Manifestación por Longbridge.

Hola Ben.

Sí, creo que he convencido a tu hermano para que vaya (aunque evidentemente tiene un miedo horrible a hacer algo que pueda ser considerado como una crítica al partido, o a Tony en concreto), así que seguro que yo también iré.

Me alegro mucho de que podamos vernos. ¿En la cafetería de la Waterstone, para no variar? Seguramente llegaré sobre las diez.

Nos vemos allí, a no ser que tengas algún inconveniente.

Besos,
Malvina XXX

Inevitablemente, Benjamin llegó primero. Pidió un capuchino y un *pain au chocolat* y un café moca grande para Malvina, porque recordaba que era el que le gustaba.

Llegó diez minutos antes, y ella cinco minutos después. Ocupó el tiempo en leer un par de folletos sobre la declaración de la renta: uno sobre los cambios en la manera de registrar las modificaciones de las consolidaciones, y el otro sobre cómo recuperar el impuesto anticipado de sociedades como una forma de compensación del impuesto establecido sobre las obligaciones. Convenía estar al tanto de aquellas cosas. Cuando llegó Malvina, su café moca se había enfriado y tuvo que pedir otro. Tenía las mejillas frías al tacto cuando la besó. Prolongó el beso todo lo que pudo, aspirando su perfume, lo que le trajo inmediatamente a la memoria el recuerdo de todos sus encuentros previos, y las extrañas y vanas esperanzas que se había hecho a raíz de ellos.

Una vez estuvieron sentados frente a frente, se dio cuenta de que no se le ocurría nada que decirle. Su desconcierto parecía contagioso, y durante un rato se quedaron allí sentados en un silencio incómodo.

—Entonces —dijo Malvina por fin, tras darle dos o tres sorbos a su café para

entrar en calor—, ¿qué crees que pasará hoy? ¿Crees que va a servir de algo?

—Pues... no lo sé... —Benjamin parecía confuso con la pregunta—. Pensé que era una señal de que podríamos..., ya sabes, seguir siendo amigos.

Malvina le sostuvo la mirada un momento y luego sonrió.

—No me refería a eso. Me refería a la manifestación.

—Ah, ya. —Benjamin se quedó mirando la espumosa superficie de su café. ¿Pero era posible que siempre encontrase una manera de humillarse a sí mismo?—. No sé. Supongo que será un día memorable. Supongo que a la gente le servirá de apoyo, y le dará ánimos seguramente. Aunque tampoco va a cambiar la forma de pensar de nadie, ¿no? Quiero decir en las altas esferas.

—No. Claro que no. —Y en un tono más alegre añadió—: ¿Y qué pasa con tu trabajo? ¿Cómo te va? ¿Has escrito mucho estas últimas semanas?

Malvina era una de las pocas personas a las que Benjamin les había contado algún detalle de su *opera magna*. A pesar de eso, no había sido capaz de tratar el tema en profundidad. Le había dicho el título (*Inquietud*), pero tan pronto había intentado explicarle lo que pretendía lograr con ella (por qué la consideraba única, e innovadora, y necesaria) las palabras no eran las apropiadas; se escuchaba a sí mismo hablando, pero las frases que salían de su boca no guardaban ninguna relación con la forma ideal y original que la obra continuaba tomando en su cabeza. Quería decirle que era la cosa más importante de su vida; que le estaba volviendo loco; que era un matrimonio sin precedentes entre las viejas formas y la nueva tecnología; que cambiaría la relación entre la música y la palabra escrita para siempre; que llevaba meses sin escribir una palabra o componer una nota; que a veces tenía la sensación de que era la única cosa que le mantenía vivo; que se daba cuenta de que iba perdiendo fe en ella, igual que en todo lo demás... Pero parecía que no tenía sentido; no tenía sentido expresarle todo aquello a la hermosa mujer insondable que estaba sentada enfrente de él, relamiendo los restos de café de su bonito labio superior color granate.

—Más o menos —acabó diciendo sin mucha convicción—, sigo enrollado con el tema.

Malvina sonrió y meneó la cabeza.

—¿Pero qué pasa, Benjamin? ¿Eres el rey de la modestia? Llevas *veinte años* con eso. ¿Alguna vez vas a permitirte una palmadita en la espalda? Tienes una tenacidad increíble. Dios mío, si yo escribo cinco versos de un poema y luego me quedo bloqueada, y normalmente lo abandono y lo tiro. —Se recostó en el asiento y se quedó mirándolo radiante, casi con orgullo—. ¿Cómo lo haces? ¿Qué es lo que te hace seguir?

Y, tras una breve pausa, Benjamin respondió tranquilamente:

—Ya te lo dije, precisamente cuando nos conocimos.

Malvina le echó un vistazo a las profundidades de su café.

—Ah, sí..., la misteriosa mujer fatal. El amor de tu vida. ¿Cómo se llamaba?

—Cicely.

—Y lo que pretendes con este libro es... ¿Me lo puedes recordar? —Benjamin no dijo nada, así que ella prosiguió—: Ya sé, ella lo leerá algún día, se dará cuenta de que eres un genio, de que fue una locura dejarte, y entonces volverá corriendo. Algo así, ¿no?

—Sí, algo así —dijo Benjamin, de repente con una expresión sombría, retraída.

—Benjamin —dijo Malvina, ahora con cierta urgencia—, puede que no sepa muy bien de lo que estoy hablando, ¿pero alguna vez te has parado a pensar que el hecho de que te abandonara fue lo mejor que te podía pasar? ¿Que te libraste por los pelos?

Benjamin se encogió de hombros, y sorbió los posos de su capuchino.

—Quiero decir, si te hace seguir escribiendo, pues estupendo (seguramente le debes tu salud mental, la verdad); pero, aparte de eso, me encantaría que te olvidaras de todo ese rollo. Llega un momento en el que uno tiene que trazar una raya. Y en tu caso yo diría que ese momento fue hace veinte años.

Resultaba imposible decir sí Benjamin estaba escuchando siquiera aquel consejo, porque se limitó a cambiar de tema preguntando:

—¿Y tú qué tal? ¿Ya has escrito algo?

—Pues sí, yo también... sigo enrollada con el tema, como tú has dicho.

—No sé de dónde sacas el tiempo —dijo Benjamin—, con todas las cosas que te están pasando. —Aunque sí sabía de dónde lo sacaba: de su juventud.

—Bueno, ya sabes —respondió ella—. Noches en blanco. Café negro... Estoy tratando de escribir más relatos, pero parece que nunca consigo pasar de unas cuantas páginas. Solo son fragmentos. No sé qué voy a hacer con ellos.

—¿Se los has enseñado a alguien?

—No. Me da mucha vergüenza.

—Pues deberías.

Lo que Benjamin seguía queriendo, claro, era leerlos él mismo; lo que fuera con tal de recuperar una especie de intimidad con ella. Pero sabía de sobra que Malvina nunca aceptaría. Se agarró en cambio a la idea de que a lo mejor podía ayudarla de alguna manera más práctica, aunque si hubiese reflexionado lúcidamente un momento habría sabido que eso era imposible.

—Conozco a alguien a quien se los podrías enseñar —dijo—. Un amigo mío, Doug Anderton.

—Ya conozco a Doug. He hablado con él por teléfono por lo menos. Le ha salido un trabajo nuevo, ¿no?

—Por eso te lo digo. Ahora lleva la sección de libros. ¿Por qué no le mandas tus cosas?

Malvina frunció el ceño.

—¿Para qué? Solo encarga artículos y críticas de libros, ¿no? No van a publicar cuentos ni nada de eso.

—A veces sí —insistió Benjamin—. Además, me dijo que ahora no paran de llamarlo los editores para invitarlo a comer. Así que si le gustan tus cosas, se lo

podría comentar, ¿no? Y siempre van a querer hacerle un favor para asegurarse de que se hable de sus libros. Es como una mafia. Deberías aprovecharte.

Acabó sonando bastante razonable, pensó, considerando que en realidad no sabía de lo que estaba hablando. Y Malvina (que siempre tendía a creer que el mundo funcionaba de esa forma) también parecía bastante convencida.

—Puede... —masculló.

—De todos modos —dijo Benjamin—, Doug vendrá enseguida.

—¿En serio? ¿Va a venir a la manifestación?

—Pues claro. Su padre era representante sindical en Longbridge, ¿no te acuerdas? He quedado con él en la estación de New Street dentro de veinte minutos. ¿Puedes venir conmigo?

—Aún no lo sé. No sé dónde voy a quedar con Paul.

La respuesta a eso llegó enseguida. Malvina y Benjamin se terminaron sus cafés, se adentraron en la mañana húmeda y escalofriante y se unieron a la multitud cada vez más densa mientras enfilaba New Street en dirección a Bristol Road. La riada humana ya era considerable y se desplazaba rápidamente, a pesar de que no formaba más que un afluente de la corriente principal. Había pancartas por todas partes («No dejéis morir a la Rover», «Salvad nuestros puestos de trabajo», «A Blair le da igual») y parecía que toda la vida de la ciudad se había congregado allí: los pensionistas caminaban junto a los adolescentes, gente de Bangladesh junto a blancos y paquistaníes. Era un buen ambiente, pensó Benjamin, aunque por lo visto todo el mundo tenía mucho frío. Se mantuvo pegado a Malvina, en parte por miedo a perderla entre la multitud, y en parte porque le apetecía; así que ella no fue capaz de ocultar su reacción cuando le llegó un SMS de Paul. Parecía molesta, incluso un poco herida, pero en absoluto sorprendida.

—Ay, Paul... —le dijo al teléfono, cerrándolo de un golpe seco y volviéndolo a meter en el bolsillo de su chaqueta de cuero.

—¿Qué pasa? No te habrá dejado tirada, ¿no?

—Dice que tiene mucho papeleo que hacer. —Apartó la vista, mordiéndose el labio—. *Mierda*. Le habría venido tan bien que lo vieran aquí... ¿Por qué no he conseguido convencerlo?

—Mi hermano es un cobarde —dijo Benjamin, como para sí.

Ella lo miró con dureza.

—¿Tú crees?

Benjamin se encogió de hombros.

—A veces. —Luego añadió—: Ya sé que no debería decírtelo. —Y después, más relajadamente—: Sé que le tienes cariño.

—Sí —admitió Malvina—, se lo tengo. Lo que no quiere decir que a veces no se porte como un auténtico gilipollas.

—Así que se va a quedar en Londres, ¿no?

—No —dijo Malvina—, está en casa. Luego me reuniré allí con él.

—Ah. —Benjamin se quedó estupefacto—. ¿Y qué opina Susan de eso?

—No lo sabe. Se ha ido a pasar el fin de semana a casa de sus padres. Con Antonia.

—¿Y te vas a quedar a dormir?

—Sí.

—Calentita... —dijo Benjamin, cargando la palabra de significado.

—¿Te parece mala idea?

—¿A ti no? —Soltó una risita—. Se supone que tú eres la que sabe cómo funcionan los medios. ¿Te imaginas lo que pasaría si se enteran los periódicos?

Malvina se volvió y lo miró muy seria. De pronto su voz, sus ojos, tenían una intensidad que a Benjamin le resultó cómica.

—No estoy enrollada con él, ¿te enteras? No me acuesto con él. Y nunca me acostaré.

No se le ocurrió nada que decir. Excepto, tras una breve pausa:

—Te creo.

—Bien —dijo Malvina—, porque es la pura verdad.

Al final eran cinco, desfilando juntos hacia Cannon Hill Park: Benjamin, Doug, Malvina, Philip Chase y su segunda mujer, Carol. Estaban pendientes de sí veían a Claire o a Patrick, pero de momento no habían aparecido. Había decenas de miles de personas, que marchaban solemnemente por Pershore Road; una muchedumbre desafiante, decidida, más que militante y ruidosa. Benjamin había supuesto que sería una manifestación fundamentalmente local, pero había pancartas de sindicatos de todo el país: Liverpool, Manchester, Dirham, York. La marea de apoyo a la salvación de Longbridge era claramente masiva y general, a pesar que parecía que se había hecho algún intento (por parte de los sospechosos habituales) de apropiarse de la manifestación: a intervalos regulares en el aire resonaba ese ubicuo grito de protesta callejera, tan inglés como el primer cuco de la primavera: «¡Obrero socialista! ¡Obrero socialista!», lo que llevó a Doug a exclamar alegremente:

—Esto es *fantástico*, ¿a que sí? Es como haber vuelto a los años setenta.

Phil y Carol iban cogidos de la mano, y Phil sujetaba con la otra una pancarta que decía «Dejad que la Rover siga funcionando» muy por encima de su cabeza. Malvina se fue acercando hasta Doug, y al cabo de un rato entabló una conversación confidencial con él en voz baja; Benjamin dio por sentado que le estaba sacando el tema de sus escritos. En cierta forma, y una vez más, incluso en compañía de dos de sus amigos más antiguos, se sentía excluido, relegado a un universo privado, abandonado a sus propios recursos imaginativos. No sabía cómo sucedía, pero siempre era así. Si Emily hubiese estado allí, imaginaba, habría podido hablar con ella, o por lo menos cogerla de la mano. Pero estaba en casa, liada con su trabajo; el coadjutor, Andrew, iba a pasarse por allí aquella mañana, para repartir ejemplares de

la hoja parroquial juntos. Ella había pensado en acudir a la manifestación, pero Benjamin la había convencido de lo contrario. No quería que conociera a Malvina.

—¿Qué te estaba diciendo? —le preguntó a Doug en cuanto Malvina no pudo escucharles y él consiguió captar de nuevo la atención de su amigo a unos trescientos metros de Cannon Hill Parle.

—Nada especial —dijo Doug—. Me hablaba del gilipollas de tu hermano, sobre todo. Le he dicho que Paul ya no necesitaba hacerse el encantador conmigo. Que aparecer en las páginas de libros no le va a ayudar a trepar. Solo las leen unas diez personas, y ocho son las mismas que las escriben.

—¿No te ha hablado de sus relatos?

—Algo de eso me ha dicho, sí. La verdad es que no le he hecho mucho caso.

No era la primera vez que a Benjamin le molestaba ver que Doug no hacía el menor esfuerzo por aparentar que le interesaba su nuevo trabajo. Siempre hablaba despectivamente de él. Empezaba a parecer que solo era cuestión de tiempo (y no demasiado, tampoco) el que lo dejase del todo.

—Es una locura —dijo— que te hayan quitado de en medio así. Quiero decir, podrías haber escrito algo estupendo sobre esta manifestación. ¿Han mandado a otro a cubrirla?

—Me van a dejar hacerlo a mí. Como si fuera el canto del cisne. Phil me ha dicho que luego podía ir a su casa y usar su ordenador. No sé si vale la pena molestarse, la verdad. —Suspiró, una vaharada de aliento en el aire helado—. No sé qué voy a hacer con todo esto, Ben. Sacarle el mayor partido que pueda, supongo. Por cierto..., ¿quieres hacer una crítica de algo?

—¿Yo? —dijo Benjamin, incrédulo.

—¿Y por qué no? Si yo no voy a sacar ningún partido de este puto trabajo, por lo menos podré usarlo para hacerles algún favor a mis amigos, ¿no?

—Pero nunca he hecho críticas. Y menos para un periódico importante.

—Qué más da. No podrías escribir nada peor que algunas gilipolleces que me mandan los colaboradores fijos. De todas maneras, tengo algo que te viene al pelo.

—¿En serio?

—¿Te acuerdas de aquella reinona decrepita que vino a leernos sus poemas al colegio? Francis Piper, se llamaba.

Benjamin asintió. Ese día lo tenía grabado a fuego en la memoria, además. Era el mismo día que se había olvidado de llevar el bañador al colegio, y había corrido el riesgo (siguiendo las normas arcaicas y brutales del departamento de Educación Física del King William) de tener que nadar desnudo delante de todos sus compañeros. Pero Dios había venido en su ayuda; y era en aquel episodio (aunque prácticamente nadie más lo sabía) en el que se basaba todo su sistema de creencias religiosas. Uno no se olvida fácilmente de esa clase de días.

—Sí, me acuerdo. Un vejete muy majo. Me compré todos sus libros después. Aunque llevo años sin releerlos, la verdad. No me irás a decir que sigue vivo, ¿no?

Debía de andar por los noventa cuando vino a recitar al colegio.

—Por lo visto, se murió hará unos cinco años. Y ahora va a salir una biografía. Un auténtico tocho de unas ochocientas páginas. ¿Qué te parece? ¿Crees que podrías escribir algo sobre eso?

—Sí, claro... Me encantaría.

—Deberían mandarnos un ejemplar dentro de dos o tres semanas. Te lo reenviaré directamente.

Philip había ido caminando a pocos pasos de ellos durante esta conversación, y ahora, alcanzándoles, dijo:

—Me acuerdo de ese tipo. Tenía esa especie de... aire angelical, pero sus poemas eran absolutamente asquerosos cuando te dabas cuenta de lo que estaba hablando.

—Cosa que no hicimos ninguno de nosotros en ese momento.

—Menos Harding —dijo Philip—. ¿Te acuerdas? Levantó la mano en una de las clases de Fletcher y le preguntó si Piper era gay.

—Solo que no lo dijo tan finamente, ¿no? —Doug sonrió, y se preguntó en voz alta—: ay, Harding, Harding..., ¿qué habrá sido de ti? ¿Dónde te has metido ahora que tanto te necesitamos?

—Podría estar en cualquier sitio —dijo Benjamin—. Ni siquiera sabemos si se marchó de Birmingham. Hasta podría estar hoy aquí.

Phil negó con la cabeza.

—¿Sean? No. Este no era su estilo. Nunca se habría manifestado en solidaridad con los trabajadores ni con nadie. Lo suyo era más la anarquía.

—Nos llevaríamos una decepción si nos lo volviésemos a encontrar, de todas maneras —dijo Doug—. Ya lo he dicho alguna vez, seguramente se dedica al control de costos o algo así. Seguramente se ha vuelto más coñazo que cualquiera de nosotros.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Malvina, acercándose hasta ellos tras pasar un rato en los bordes de la manifestación.

—De un conocido nuestro —respondió Doug. Tres maduritos de mierda acordándose de sus días de colegio..., de cosas que pasaron antes de que tú nacieras. Y luego le preguntó, como pensándose dos veces—: ¿Cuándo naciste, por cierto?

—En mil novecientos ochenta.

—Dios mío... —Se quedaron todos con la boca abierta ante esa información, como si lo que Malvina decía fuera biológicamente imposible—. Así que eres hija de la Thatcher, ¿no?

—Bueno, tampoco te has perdido nada con los setenta —dijo Philip—. Creo que estás a punto de entrar en una cápsula del tiempo.

ADVERTENCIA A BLAIR MIENTRAS CIEN MIL PERSONAS SE MANIFIESTAN POR LA ROVER

Doug Anderton

La consigna no dejaba de sonar, y al cabo de un rato se convirtió en el clásico mantra hipnótico: ¡Tony Blair, qué vergüenza! ¡Ahora eres de derechas!

Si el primer ministro la tiene en cuenta o no ya es otro cantar. Pero ayer la gente de Birmingham le dejó muy claro al gobierno lo que siente, porque la ciudad asistió no solo a la mayor manifestación desde los años setenta, sino a una de las expresiones de protesta más significativas desde los enfrentamientos de la señora Thatcher con los mineros huelguistas.

La decisión de la BMW de dejar de fabricar los coches de la Rover ha movilizado a la ciudad. En un despliegue airado pero pacífico de consenso, los trabajadores de la Rover, los líderes sindicales y decenas de miles de ciudadanos de a pie desfilaron ayer codo con codo por las calles de Birmingham, convergiendo al final en Cannon Hill Park para escuchar una serie de discursos desafiantes, precedidos por una breve actuación de la banda de la ciudad, UB40. En términos de edad, clase y raza, la manifestación fue una buena demostración de la amplitud y diversidad de Birmingham. Joe Davenport, de ochenta y cuatro años, llevaba una pancarta en la que se ofrecía una nueva interpretación de las iniciales BMW: «Betrayed Midland Workers»^[6]. Mientras tanto, niños de tres o cuatro años correteaban entre los pies de los adultos, sujetando globos y nubes de azúcar de los puestos cercanos. No hubo incidentes ni arrestos.

Durante los discursos se produjeron algunos abucheos por parte de grupos de extrema izquierda. Richard Burden, del Partido Laborista de Northfield, tuvo que soportar las iras de la multitud ante lo que mucha gente considera, cuando menos, inercia y falta de previsión por parte del gobierno. (Su colega parlamentario, Paul Trotter, por cierto, brilló por su ausencia). Otros oradores obtuvieron una calurosa reacción. Albert Bore, cabeza visible del ayuntamiento de Birmingham, obtuvo la mayor de las aclamaciones al describir el cierre de la planta de Longbridge como «el saqueo de la Rover». Tony Woodley, de la Unión General de Trabajadores del Transporte, tampoco se anduvo con paños calientes al insistir en que BMW se había portado «sin honradez ni honestidad alguna», y en que el gobierno tenía que asumir «su responsabilidad sobre la Rover, sobre Inglaterra y sobre la industria del país».

Probablemente, el mayor éxito de la tarde, sin embargo, lo obtuvo el famoso colaborador de radio e «historiador de la comunidad», como le gusta definirse, el doctor Carl Chinn, que demostró ser un convincente orador y se recreó, sin ningún tipo de reparos, en una serie de referencias a las protestas tradicionales de los sindicatos y la clase obrera: el tipo de retórica que, si hubiera provenido de un

miembro de su círculo más íntimo, habría hecho que el actual primer ministro se atragantase con su Chardonnay.

Pero con el recuerdo de las palabras de los fundadores en los oídos, pareció que la mayoría de la gente regresaba a su casa reforzada y lista para la batalla. Qué forma tomará esa batalla, y quién se alistará, depende ahora (como todo lo demás, por lo visto) de las discusiones a puerta cerrada que sin duda tendrán lugar en Millbank los próximos días.

El discurso de Carl Chinn terminó con las palabras: «Que les sirva de advertencia, si no escuchan nuestra voz nos manifestaremos por las calles de Londres y llevaremos nuestra lucha hasta las puertas de Westminster». Y cuando cesaron los vítores, Tony Woodley regresó a la tribuna para decir: «Hoy le hemos mandado un mensaje muy claro a la BMW. No vamos a quedarnos parados». Estaba repitiendo la frase, en medio de aún más aclamaciones y aplausos, cuando Philip sintió una palmadita en el hombro y se volvió para ver a su hijo y a su ex mujer, que estaban detrás de él, con una cariñosa sonrisa a modo de saludo.

—Hola, Claire —dijo, y la abrazó fuertemente. Le dio unas palmadas a Patrick en la espalda mientras Claire y Carol también se las arreglaban para hacer lo correcto en esos casos, y se saludaban con un breve abrazo de circunstancias.

Entonces Claire se dio cuenta de que Doug la estaba mirando. Era la primera vez que coincidían en más de quince años. Él le cogió las dos manos y ella vio en sus ojos la misma hambre, la misma curiosidad que recordaba haber visto hacía más tiempo aún, cuando todavía eran colegiales, y habían vuelto a casa juntos todas las tardes en el 62. No fue como si todas las décadas que habían pasado se disolvieran sin más. La situación resultó más incómoda, porque le confirmó la sensación que había tenido en el concierto de Benjamin en diciembre: había ciertos sentimientos que no se desvanecían nunca, daban igual los años transcurridos, las amistades y los matrimonios y las relaciones que se hubieran entrecruzado por el medio. Era cierto, pensó vagamente: siempre sentirá lo mismo por mí; y yo siempre sentiré lo mismo por Benjamin; y Benjamin siempre sentirá lo mismo por Cicely. Han pasado veinte años y, en el fondo, nada ha cambiado. Nunca cambia nada.

Pero no dijo nada de eso. Se limitó a sonreír cuando Doug dijo:

—Estás estupenda, Claire.

Y luego le respondió:

—Tú también tienes muy buena pinta. Me he enterado de que ahora formas parte de la aristocracia. Evidentemente, frecuentar a la clase alta te sienta bien.

Antes de que se le ocurriera una respuesta, Doug tomó conciencia de que la persona que estaba detrás de Claire quería hablar con él. Era un hombre alto, con cierto aire de timidez, un anorak azul marino, el pelo un poco escaso y canoso, que rondaba los setenta años y tenía cogida del brazo a su mujer, que parecía más fuerte,

en mejor forma y más segura de sí misma. Doug sabía que debía reconocerlos, pero no conseguía ponerles un nombre a aquellas caras. Claire percibió sus dudas y se volvió para presentárselos.

—Ah, lo siento, ya os conocéis, ¿no? Son el señor y la señora Trotter. Los padres de Benjamin. Nos hemos encontrado por casualidad a la salida del campo de críquet.

—Hola, Doug. —Colin Trotter le estrechó la mano, y la mantuvo así, como si se hubiera olvidado de soltársela—. Ya veo que te va muy bien. Sheila y yo nos alegramos mucho. Me pregunto qué habría pensado tu padre de todo esto.

—Se habría alegrado de verlo aquí, eso se lo puedo asegurar —dijo Doug sinceramente.

—Bueno, teníamos nuestras diferencias. Todos las teníamos en esa época. Pero es una fábrica muy importante, esa es la verdad. Y nadie quiere que se vaya a la mierda de esta manera.

—¿Sigue trabajando allí, Colin?

—No, me retiré hace cuatro años. Justo a tiempo, he de decir. Sentimos lo de tu padre, Doug. Lo sentimos mucho. Nunca llegó a disfrutar de su jubilación, ¿verdad?

—Bueno, fue una cosa rápida. Apenas debió de enterarse de lo que le pasaba. No es una mala manera de dejar este mundo.

—¿Cómo lo lleva Irene?

—Como puede. Hoy le habría gustado venir, pero la acaban de operar de la cadera. Tuve que venir la semana pasada para llevarla al hospital y esas cosas. Al final lo hicimos por la privada.

—Bueno —dijo Colin—, de qué sirve el dinero si no es para gastarlo, ¿no?

—Así va el mundo —añadió Sheila Trotter. Y luego dijo, quizás para cambiar de tema—: creíamos que Benjamin estaría contigo.

—Debería. —Doug miró alrededor, percatándose de repente de que llevaba como un cuarto de hora sin ver a su amigo—. Ha ido a despedir a no sé quién, pero ha dicho que volvería enseguida. —Se volvió hacia Philip y Carol, y aunque su voz reflejaba sorpresa, también tenía un toque familiar de exasperación—. ¿Alguien ha visto a Benjamin por aquí?

Malvina se había aburrido enseguida de los discursos, Benjamin lo tenía muy claro. No estaba allí por eso. Había venido para ver a Paul; en parte para asegurarse de su presencia y de que se hiciese notar, pero también por el mero deseo de estar con él. Benjamin detestaba tener que admitir semejante cosa, pero no quedaba más remedio. Y lo peor era que eso no parecía alterar en absoluto sus sentimientos hacia ella. Cuando se volvió hacia él en medio del discurso de Tony Woodley y dijo: «Creo que me voy a ir», la siguió sin pensárselo dos veces, y la acompañó todo el camino hasta el aparcamiento de Cannon Hill, abriéndole paso entre los empujones de la muchedumbre.

—No te pierdas el resto —le dijo ella en la entrada principal—. Deberías volver con tus amigos.

Él asintió, indeciso. Le daba vergüenza estar tan enganchado, pero no podía hacer nada. No había forma de cambiarlo. Y además Malvina debía de haberse dado cuenta, porque justo antes de irse dijo algo raro, algo maravilloso, algo que jamás se habría esperado.

—¿Sabes, Benjamin? Pase lo que pase, salga como salga esta historia..., siempre me alegraré de haberte conocido. Nunca lo voy a lamentar.

Entonces le besó con fuerza rápidamente en la mejilla y salió disparada, como un pez que gira bruscamente en busca de aguas más seguras. Benjamin se quedó mirando cómo se alejaba.

Luego se fue encaminando despacio hacia la tribuna al otro extremo del parque, donde Doug, Phil y Carol se habían situado en primera fila. La retórica de los oradores empezaba a sonar como un griterío sin sentido, un aluvión de bravatas en un idioma que había olvidado hace tiempo, a pesar de que la multitud parecía recordarlo muy bien, a juzgar por aquellas oleadas de vítores y abucheos que ahora le resultaban totalmente previsibles, mecánicos, una respuesta al tono y el ritmo de las voces de la tribuna, no a lo que se decía. A primeras horas de la mañana se había sentido comprometido, politizado, pero ahora se iba deslizándose conscientemente hacia una especie de inercia melancólica: exactamente lo contrario de lo que pretendía aquella manifestación. No, eso no servía de nada. Tendría que volver a juntarse con todos, ir luego al pub con ellos y hablar de lo apasionante que había sido la jornada y de cómo podían conservar aquel espíritu. Tal vez ya hubieran aparecido sus padres, que también querrían unirse a ellos. Esas eran sus obligaciones. Eso era lo sensato y lo adecuado.

Cruzó el aparcamiento y alcanzó los márgenes de la multitud. Un puesto de perritos calientes llenaba el aire de un olor a carne y a cebollas, y un hombre canoso y rubicundo con la chistera y el chaleco engalanados de banderas británicas vendía globos a los niños. Benjamin se quedó mirando a dos niñas (de unos tres y cinco años más o menos) que sujetaban muy serias los cordeles de sus globos mientras su madre abría un *tupper* con cierto esfuerzo y sacaba un montoncito de sandwiches de jamón envueltos en plástico transparente.

La de cinco años cogió su sandwich y le pegó un mordisco; pero la coordinación de movimientos de su hermana pequeña no era tan buena. Alargó la mano para coger el sandwich pero, al hacerlo, dejó escapar el cordel atado a su globo amarillo, que de repente se quedó flotando en el aire. Ella miró hacia arriba y, por un momento, se le quedó la cara sin expresión, pero luego abrió mucho los ojos de puro horror.

—Mami —gritó, y trató de agarrar el cordel, que ya estaba demasiado alto—. ¡MAMI! —volvió a gritar y, a oídos de Benjamin, su voz sonó mucho más fuerte, mucho más conmovedora que el vocerío gutural proveniente de la tribuna.

Vio lo que sucedía y echó a correr, se oyó a sí mismo gritar:

—¡Yo te lo cojo! ¡Yo te lo cojo! —como desde muy lejos, y pasó corriendo por delante de la madre de la niña que se quedó mirándolo completamente pasmada, convencida de que estaba loco. La niña también se quedó mirándolo, pero él no se dio cuenta; tenía la vista clavada en el globo que había salido volando resueltamente hacia los castaños de indias de los márgenes del parque. El globo cogió velocidad, igual que él mientras se abría paso a empujones entre los apretados grupos de manifestantes y se agarraba al hombro de una mujer que le gritó:

—¿Pero qué coño...?

Cuando salió de la multitud a un terreno más o menos despejado, echó una carrera, pero ya era demasiado tarde. El globo amarillo se elevó más y más, se quedó enganchado un momento en una rama pero consiguió liberarse y luego salió volando hacia el cielo gris de abril dando vueltas y más vueltas, hasta que fue disminuyendo de tamaño y difuminándose poco a poco para desvanecerse en la lejanía, sin dejar detrás nada más que un punto amarillo grabado a fuego en sus retinas y una dolorosa e insoportable sensación de pérdida...

Benjamin regresó dando traspiés hasta la madre y su hijita y les dijo tratando de recuperar el aliento:

—No he podido cogerlo. Lo he intentado, pero iba demasiado rápido para mí.

—No pasa nada —dijo la madre secamente—. Solo era un globo. Le compraré otro.

Él miró a la niña. Tenía los ojos llenos de lágrimas pero seguía mirándolo fijamente con mucha cautela, desconcertada.

—Lo siento —dijo Benjamin—. Lo siento de veras.

Y se volvió y se apartó de la multitud por última vez.

—Mensaje Original—

De: Malvina

Para: Doug Anderton

Enviado: Miércoles, 19 de abril de 2000 1:54

Asunto: Relato.

Querido Doug:

Me he pensado mucho mandarte esto y al final he decidido jugarme la vida.

Te pido que no leas mucho entre líneas. Es una obra de «ficción», aunque evidentemente todos tenemos que escribir sobre la gente que conocemos y las cosas que hemos vivido. Tengo cantidad de fragmentos entre los que escoger (llevo haciendo esto por temporadas unos tres años) y no acababa de decidir qué mandarte, así que al final he elegido lo último que he escrito. Lo terminé hace un par de semanas.

No espero publicarlo ni nada parecido. Sé que no tienes el espacio ni la predisposición (¿O la libertad editorial?). Solo que valoraría tu opinión, porque siempre me has parecido «simpatico^[7]» y eres la única persona que conozco que tiene algo que ver con el mundillo editorial en cierta forma. Si crees que no vale nada (como seguramente sucederá), POR FAVOR bórralo sin más y no se lo enseñes a nadie.

Me parece que ya hace un siglo de la manifestación de Longbridge. Paul te manda recuerdos, y su enhorabuena por tu nuevo trabajo, que espera que te guste.

Un abrazo, Malvina X

SIGUE UN TEXTO

DEMOSTRACIONES

1.

Se pierde.

Coge la salida equivocada de la estación y camina casi dos kilómetros en una niebla que se convierte en crepúsculo.

Tiene el pelo húmedo, hecho unas greñas. Las medias mojadas pegadas a las piernas.

Se ha marchado pronto para esto. Podría haberse quedado más tiempo, una entre tantos, escuchando los discursos, con las personas a las que empieza a considerar amigas tuyas, con el hombre que la mira con deseo, el hombre al que no le cuenta sus secretos, el hombre al que se siente increíblemente cercana.

No quiere ser una de tantos. Y eso es un hecho. No hay muchos (hechos) más, piensa a veces.

Las nubes se abren. Sale una luna como de nata. Da la vuelta, retrocede sobre sus pasos.

Hay como un hambre en ella mientras camina. Se vuelve más intensa, más dolorosa, a medida que se acerca a la casa. Siente esa hambre en su presencia. Es una sensación nueva para ella.

Es lo que la echa atrás, imagina, en contra de sus mejores instintos. A veces es una opresión en torno a su corazón, otras un vacío en el estómago, y otras una dulce carencia entre sus piernas que se muere por ser saciada. Por qué es él, entre todos los demás, el que le hace sentir esa hambre es un misterio absoluto.

¿Porque son almas gemelas? Seguro que no.

2.

No es una casa, es un establo. Ya nadie quiere vivir en casas. Quieren vivir en establos, almacenes, molinos, iglesias, aulas, capillas, secadores de lúpulo. Pero sobre todo en establos. Las casas ya no son tan buenas para esta gente, para las personas en las que nos ha convertido la riqueza. Mientras piensa eso, se ve forzada a añadir: no me estoy distanciando, ni excluyéndome. Vamos todos en este barco. A mí también me gustaría vivir aquí.

Le gustaría vivir ahí pero, desgraciadamente, parece que otra persona ha llegado antes. Ricitos de Oro (con el pelo negro azabache) se muerde el labio y se queda mirando las fotos de su mujer, de su hijo. Las Barbis en el suelo y los ositos sobre la

cama y la pequeña cama elástica fuera en el jardín. Y esta noche más tarde se asombrará (después de unos vinos y una cena que preparará ella misma, *bouillabaisse*, el plato favorito de su madre, cargado de azafrán y ajo, el plato que siempre consigue aplacarla) de que él quiera que duerma en la cama de su hija. Quiere que duerma bajo un edredón decorado con hadas del bosque, en una habitación con posters de los Tweenys en las paredes. En una cama tan pequeña que se le salen los pies por un extremo. Tal vez sea un fetichista de los pies, y pretenda venir a acariciárselos por la noche. O quizás (ajá) se haya enfurruñado porque ella no quiere dormir en la misma cama que él, y el castigo sea ese. Pero no lo admitiría nunca. La cama de los invitados debe quedar intacta. O despertaría sospechas. Ella cree que es un poco tarde para tantas delicadezas. Pero eso aún está por llegar. Mientras tanto le va dando sorbos a ese vino áspero y alimonado y observa cómo él se pone a gatas y construye una pirámide de leña en la chimenea; luego coge una cerilla y casi aúlla de alegría cuando prenden las llamas y se yerguen sobre sus patas traseras, bailoteando muy derechas en el hogar. Unos minutos más tarde, cuando el fuego casi se haya apagado, se haya desmoronado, reducido a un destello que no calienta, él volverá a enfurruñarse y le echará la culpa a la leña húmeda.

3.

Cambiando de escena, ella se divide en dos. Es uno de sus trucos. Uno de tantos.

Están sentados juntos en el sofá, a unos prudentes quince centímetros de distancia, y acunan sus copas en silencio. Han trabajado (el trabajo es la excusa de que ella esté ahí) y ahora hay que llenar el tiempo traicionero de antes de acostarse. Ella mira el fuego y la alfombrilla de delante del fuego, y sabe que a él le gustaría verla allí echada, mirándole. A ella también le gustaría estar echada allí. Le gustaría estar echada allí mirándole, sintiendo hormiguitar sus venas con la conciencia del poder que tiene sobre él, acariciándole la pierna con la punta del pie enfundado en una media, haciéndole abrir las piernas, provocativa, y alzando el pie, alzando el pie hasta sus muslos, hasta ese centro dulce y maleable.

Y cuando le hiciera abrir las piernas y fuera alzando el pie, se miraría a sí misma, a esa otra persona que está sentada junto a él en el sofá, a unos prudentes quince centímetros de distancia, y le diría: ¿Qué haces ahí? ¿Qué haces ahí, POR EL AMOR DE DIOS? Y la mujer del sofá miraría a la mujer de la alfombra, a esa mujer lasciva y excitada, que va dejando resbalar la falda sobre los muslos, revelando la luminosa palidez de su piel, y le explicaría:

Toda mi vida, mi papel ha sido cuidar a la gente. Hasta donde me alcanza la memoria.

Tengo veinte años y nunca me han enseñado a querer a la gente, solo a cuidarla. Ese fue el papel que me asignaron mis padres. Mi padre, más bien. En mi corta vida

de adulta me han follado dos hombres y, poco después de follarme, me dejaron porque no querían que los cuidara. Se cabrearon conmigo por querer cuidarlos, pero era inevitable porque no sé hacer otra cosa. Y en este hombre percibo una necesidad. Una necesidad que creo que yo puedo satisfacer como nadie podría hacerlo. Y eso es lo que me atrae de él, y lo que me hace desearlo y creer que esta es la única clase de deseo que conozco o conoceré nunca.

Y la mujer de la alfombra se levanta y se baja la falda recatadamente hasta las rodillas y dice:

Creo que estás loca.

Y añade:

Creo que buscas un padre.

4.

Ya es de madrugada, tal vez la una y media, o quizá las dos. No puede dormir y la habitación de la hija de él es bastante agobiante, así que ha abierto la ventana y está fumándose un pitillo, contemplando la noche, dibujando luciérnagas en la oscuridad.

Es un lugar oscuro. La asusta. Los zorros aúllan en la noche, pero no es campo ni ciudad. Ha vivido en la ciudad y ha vivido en el campo; ha vivido en muchos lugares diferentes e incluso en diferentes continentes, pero este es el sitio que la asusta más. Las luces desperdigadas en la lejanía. El largo y absoluto silencio indiferente de esta noche de las Midlands.

La Inglaterra Media.

La puerta se abre silenciosamente y él se queda allí, enmarcado por la puerta, iluminado desde atrás por la luz velada del pasillo. Ella tira el pitillo, se vuelve y se acerca hasta él. Lleva solo una camiseta y unos panties de algodón blanco, y aunque esa ropa no le parece nada sensual, podría jurar que a él le excita verla así. Nota cómo sus ojos se posan en sus pechos diminutos y en los pezones endurecidos por el frío nocturno. Él se adelanta y le pone la mano en la mejilla, recorre el borde de su mandíbula, la curva de su cuello esbelto. Ella quiere responderle, quiere ronronear y devolverle sus caricias con la mejilla como una gata voluptuosa. Pero algo se lo impide. Le dice que no y él le pregunta por quincuagésima vez por qué no, y lo único que puede responderle es:

Porque no puedo ser la persona que destruya todo esto.

Y añade:

Tienes que ser tú.

Doug leyó el relato de Malvina con los ojos legañosos sobre las dos y media de la mañana, como cuarenta minutos después de que se lo hubiera enviado. Ranulph acababa de despertarse por tercera vez y él había bajado al bebé llorón y somnoliento a la cocina, y cogido un biberón de leche recién sacada de Frankie, para luego sentarse en su escritorio y mirar el correo electrónico mientras su hijo mamaba ruidosamente de la tetilla hasta que se le cerraron los ojos del todo y su respiración se convirtió en el lento flujo y reflujo acompasado de los ronquidos de los bebés. Con el niño bien acomodado pero pesándole en su brazo izquierdo, Doug se dedicó a terminar una serie de laboriosas tareas en el ordenador, que podían hacerse con una sola mano. Creó una carpeta titulada «Trotter» y guardó el relato de Malvina en ella. Luego creó un documento en blanco titulado «Apuntes sobre Malvina», lo guardó en la misma carpeta, y mecanografió unas cuantas frases:

M ha dormido esta noche en casa de PTt 1 de abril de 2000. En cierta forma se siente herida. ¿Está él aprovechándose de una persona joven, ingenua y confusa?

Relación = ¿La ruina de su carrera a este paso?

Después de eso, sintió que a él también le entraba sueño. Apagó el ordenador, volvió a poner a Ranulph en su cuna, y luego regresó a su propio dormitorio tratando de no hacer ruido, encajó su cuerpo amorosamente en las curvas y los recovecos de Frankie y no volvió a pensar en el relato los días siguientes.

Se seguía contando con su presencia en las mesas de redacción, pero empezaba a preguntarse si tenía algún sentido aparecer por allí. Normalmente era la última persona a la que se le concedía la palabra. A veces se les acababa el tiempo y ni siquiera se discutían las páginas literarias.

La mañana del martes siguiente, por ejemplo, las noticias sobre la marcha de la industria fueron las primeras de la agenda. El director llegó tarde, como siempre, se dejó caer en su sillón giratorio y se topó con el círculo habitual de caras que esperaban que les hiciera caso, con distintos grados de nerviosismo, dependiendo de la edad, la experiencia y el carácter.

—Bueno, James —empezó—. ¿Qué tienes para mí?

James Tayler, el nuevo responsable de la sección de economía, era once años más joven que Doug. Se había licenciado en Económicas en el King's College de Cambridge, y llevaba trabajando en el periódico menos de dos años.

—Jornada crucial para la Rover —anunció, con su voz franca y segura de sí—. Alchemy Partners tiene hasta el viernes para concretar su oferta. Podemos esperar que la anuncien ese día. He pensado que deberíamos hacer un perfil de su director, del hombre que va a llevar la Rover, ese tipo de cosa.

—Ya han llegado a un acuerdo, ¿no?

—Eso parece.

El director nunca sonreía. Muy de cuando en cuando, sin embargo, un brillo malicioso iluminaba sus ojos, como sucedió en ese momento.

—¿Intentas decirme —dijo (sin mirar a Doug ni a ningún punto cercano, pero dejando claro de alguna forma que era él a quien se dirigía)— que esa maravillosa manifestación que marcó época en Birmingham no ha servido absolutamente para nada?

—Parece que no —dijo James.

—¿Pero qué pasa? ¿Es que no leen el *Evening Mail* en Múnich? Hasta pusimos algo en portada, ¿no? Que alguien me lo recuerde, por favor... ¿Quién fue el que escribió ese artículo?

Se produjo un silencio embarazoso en la mesa, pero también se oyeron unas cuantas risitas de circunstancias.

—Hay otra oferta de compra —señaló Doug tranquilamente.

El director se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Todavía no han llegado a un acuerdo. Pero hay otra oferta sobre la mesa.

Fingiendo sorpresa, el director preguntó:

—¿No te habías enterado, James? Algo sabrías, si la noticia ha llegado incluso a oídos de nuestro corresponsal en el mundo de las *belles lettres*.

—Sí —reconoció James—. Hay un grupo de hombres de negocios de la zona, que se llaman a sí mismos el Phoenix Consortium. Creen que pueden mantener la empresa con la producción en masa. Es un grupo de peces gordos, por cierto. Encabezado por John Towers, que era presidente de la Rover.

—Entonces, ¿deberíamos tomarnoslos en serio?

James negó con la cabeza.

—No van a poder. No han tenido suficiente tiempo para preparar la oferta, y tampoco han tenido el debido acceso a los libros de contabilidad de la BMW. Y al final puede que ni siquiera tengan el dinero necesario.

—Cuentan con el apoyo de Stephen Byers —dijo Doug.

El director hizo girar de nuevo su silla.

—¿Qué?

—El ministro de Industria y Comercio los apoya. O eso se dice.

—Es cierto —dijo James—. Pero Blair ha dejado claro que no van a obtener ninguna ayuda. —Consultó sus notas—. Lunes, tres de abril, y cito literalmente: «Si en el pasado los gobiernos de los dos partidos políticos mayoritarios han tenido tendencia a “rescatar” a una compañía en dificultades, nosotros creemos que ahora nuestro papel consiste en ayudar a preparar a la gente y a la industria para la nueva economía, en fomentar la innovación y la iniciativa, en mejorar la educación y la formación y en ampliar el acceso a las nuevas tecnologías».

—En otras palabras, las tonterías habituales de los neolaboristas —dijo el director—. Lo que traducido al inglés significa: que os den. No hay pasta. Bueno, así que Alchemy se queda con ella, y esta semana sacamos un perfil de su director.

—Yo no estaría tan seguro —empezó Doug.

—Douglas, vamos a romper con la tradición y ver ahora tus páginas, ¿te parece? No quiero retenerte más tiempo del necesario. Supongo que no paran de llegarte novelas contemporáneas largamente esperadas con cada correo. ¿Cuál es el plato fuerte de esta semana?

Doug respiró hondo, tratando de tranquilizarse. Empezaban a entrarle ganas de usar las manos. Sabía que había tocado techo, que no podía seguir tolerando aquello, que solo le quedaban unos días allí. Pero era el final de una relación laboral de ocho años y lo iba a hacer bien, con dignidad. Daría por concluida aquella reunión, saldría del edificio y consideraría sus opciones.

—Michael Foot —dijo sin perder en absoluto la compostura—. Michael Foot sobre Jonathan Swift.

El director se quedó mirándolo, estupefacto.

—El escritor del dieciocho —explicó Doug—. El de *Los viajes de Gulliver*.

—Eso sí que es volver la vista atrás...

—Es un clásico de todos los tiempos.

—Me refiero a la época de Michael Foot. ¿*Michael Foot*? Nació en el siglo dieciocho, hostia. Apenas podía tenerse en pie cuando era el líder del Partido Laborista, ¡y eso fue hace ya veinte años, joder! ¿Qué cojones vamos a sacar en las páginas de música esta semana? ¿El auge del *skiffler*?^[8] ¿*Michael Foot*? Estás de coña. ¿Qué más tienes?

—También hay una biografía de Francis Piper. Estoy esperando a que me llegue la crítica.

—No he oído hablar de él en mi vida. O de ella. Dime que es una mujer, por lo menos. Que tiene veintitantos años, que está buenísima y que podemos poner una foto a media página.

—Es un poeta. Un tío. Muerto. Blanco. En general se le considera bastante bueno.

—¿Que en general se le considera bastante bueno? Mira qué buen titular... ¿Por qué no tiramos cincuenta mil ejemplares más esta semana? ¿Quién hace la crítica?

—Benjamin Trotter.

—No sé quién es.

—El hermano de Paul Trotter.

El director abrió la boca para hablar, luego se lo pensó mejor. Cogió un bolígrafo y se quedó chupándolo un momento.

—¿Sabes una cosa, Doug? —dijo por fin—. Por un momento he pensado que me estabas diciendo algo útil. Que me ibas a decir que Paul Trotter había escrito algo para ti. Eso sí habría sido interesante. Todos hemos oído hablar de Paul Trotter. Lo hemos visto en la tele, le hemos escuchado en la radio. Es joven, es sexy, se habla de

él. Vamos, que es *noticia*. ¿Me permites que te deje una cosa clara? El *hermano* de Paul Trotter —esbozó su sonrisa más cortés y peligrosa— no es noticia. En las demás páginas culturales de esta semana no vamos a reseñar un show de la hermana de Damien Hirst. Ni ninguna película dirigida por la tía de Quentin Tarantino. Ni las noticias van a ir encabezadas por la opinión del sobrino de Gordon Brown sobre la economía británica. ¿Lo entiendes más o menos? —Alzó la voz y casi le gritó—: en este periódico queremos gente famosa. Gente muy conocida, no a los miembros de su familia, ¿comprendes?

Doug se levantó, recogió las pocas hojas que había llevado con él, y dijo:

—Los conozco a los dos. Benjamin es una de las personas más listas y con más talento que he conocido en mi vida, y lo único que pasa es que nunca le han dado una oportunidad. Paul Trotter es una nulidad. Una nulidad famosa, es cierto, pero si la gente que le votó supiera cómo piensa de verdad, ni siquiera sería famoso mucho más tiempo. Y Jonathan Swift es uno de los más grandes escritores en lengua inglesa, y Michael Foot sabe más sobre él que nadie, así que en mi opinión ese artículo sí está de actualidad. Y lo creas o no, resulta que también ese es el tipo de noticias que les interesan a *tus* lectores; y no que a una cantante pop adolescente le den por el culo o que Paul Trotter se esté follando a su asistente.

Y de repente, todas las miradas que habían evitado a Doug se fijaron en él, desde todos los lugares posibles.

—No he dicho nada —se retractó Doug, tras quedarse petrificado un momento.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —preguntó el director.

—No he dicho nada.

—¿No acabas de decir que Paul Trotter se está follando a su asistente?

—No.

El director giró en su sillón y miró directamente a la redactora jefe de política.

—Laura, ¿Paul Trotter tiene una asistente?

—Tiene una consejera mediática.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿Es joven? ¿Es guapa?

—Sí.

—Averigua si se la folla.

—Vale.

—Estupendo, Douglas —dijo el director, volviéndose a girar—, me has alegrado el día.

Pero Doug ya no estaba allí para recibir el cumplido.

Para su sorpresa, resultó que Malvina vivía muy cerca de él. La llamó por teléfono aquella tarde y, mientras intentaban pensar en algún sitio adecuado para

tomarse una copa, ella le explicó que vivía en Pimlico, a dos kilómetros escasos de su casa de Chelsea. ¿Cómo podía permitirse una estudiante vivir en una zona como aquella? Por lo visto, cada cosa que averiguaba de Malvina hacía que aún le picara más la curiosidad. Quedaron en encontrarse esa noche, de todas formas, en el sótano del café Oriel, en Sloane Square. Lo único que le dijo fue que quería hablarle de su relato; no quería darle razones más concretas. De hecho, el propio Doug tampoco sabía muy bien cuáles eran.

Llegó temprano, y pidió un whisky doble para complementar los seis o siete que ya se había tomado esa tarde. Pero tampoco era que estuviera borracho ni nada parecido. Nadie le había visto borracho en su vida. No se emborrachaba, y tampoco tenía resaca. Jamás; ni siquiera cuando iba al colegio. Aunque el alcohol le soltaba la lengua, y le hacía ser más descarado de lo que habría sido en una situación normal.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo, casi antes de que a Malvina le diera tiempo a quitarse el abrigo—. ¿Por qué me has mandado ese relato? ¿Estás loca o qué?

Ante esas palabras, su cara larga y estrecha, y un poco melancólica en el mejor de los casos, se convirtió de repente en la viva imagen del abatimiento.

—¿Tan malo te parece? —le preguntó—. ¿Eso piensas?

—Mira, Malvina, no entiendo un pijo de literatura. Solo hago este trabajo porque se supone que es la manera que tiene el director de castigarme. No estoy hablando del estilo, ni de cómo está escrito. Me refiero a lo que cuentas. Es tan... revelador.

—Es un relato. Me lo he inventado. —Pero se dio cuenta inmediatamente de que él no la creía—. Además, ¿no se supone que la literatura tiene que ser reveladora, que te tienes que expresar? Si no, ¿dónde está la gracia?

—La gracia está en que yo soy periodista. Y si estás teniendo un rollo con Paul, debería ser la última persona a la que se lo contaras.

—Pero es que no lo tengo —protestó ella.

—Vale, vale..., ya hablaremos de eso. —Se fijó en que arrugaba la cara por el gusto amargo de su bebida. Había decidido pedir un whisky, como él—. ¿Te ha llamado alguien del periódico esta tarde?

—Sí.

—¿Quién? ¿Laura?

—¿Cómo lo sabes? Es una mujer encantadora. Ya la había tratado antes.

—¿Qué quería?

—Lo mismo que tú, más o menos; quedar para tomar una copa en plan misterioso. He quedado mañana con ella.

—Ajá. —Se llevó las manos a la cara un momento, incapaz de pensar cómo iba a salir de aquella situación. Parecía que la única manera era decírselo directamente—. Malvina..., corren rumores sobre Paul y tú. Por eso quiere verte.

—Ah. —Se paró a la mitad de un sorbo y bajó el vaso—. Mierda.

—Mierda. Exactamente.

—¿Y cómo ha sido eso?

Incluso con todo aquel whisky encima, Doug vio que era incapaz de reconocer el papel que había jugado.

—¿Te sorprende? —fue lo único que dijo—. Los periodistas tenemos un radar para este tipo de cosas. Has conseguido sacar a Paul de la sombra, todo hay que decirlo. Desgraciadamente, eso también tiene sus inconvenientes. La gente enseguida se pone a... husmear.

—Pero no estamos enrollados.

—Pero has dormido en su casa. Has dormido allí mientras su mujer y su hija no estaban, y ellas ni siquiera lo sabían.

—Tú lo has dicho: Dormido. *Dormido*. No hemos hecho nada malo.

—Vamos, Malvina...

La dejó con una expresión de reproche en la cara, y fue a pedir un par de copas más.

Malvina no aguantaba el alcohol tan bien como Doug. Tras unas cuantas copas más, empezó a trabársele la lengua y a perderse la mirada más allá de él, en un punto lejano, sin ver nada. Tenía la barbilla apoyada en una mano y un cigarrillo en la otra. El ruido de los habituales de Sloan que los rodeaban era tan fuerte que casi había que gritar para entenderse. No les quedaba otro remedio, cuando querían hablar, que adelantarse en el asiento e inclinarse el uno hacia el otro, como si tuvieran la misma intimidad que una pareja de enamorados. Y eso era lo que estaban haciendo.

—¿Pero cómo empezó todo? —le preguntó Doug—. ¿Cómo te hiciste consejera mediática suya, a tu edad?

—Es como una broma —dijo Malvina. (Aunque no muy graciosa, a juzgar por su tono de voz.)— Una auténtica equivocación. ¿Cómo es esa canción? «Se suponía que esto no tenía que pasar». ¿De quién era? De Björk, ¿no? Da igual, la letra era esa. Pues se suponía que nada de esto tenía que haber pasado. Y no soy su «consejera mediática». No debería pagarme un céntimo. Lo llevé a un concurso televisivo, porque da la casualidad de que conozco a un productor asqueroso. Lo demás no ha sido más que sentido común.

—Bueno, eso es una materia prima estupenda, tratándose de Paul. Él desde luego no tiene ni pizca. ¿Pero cómo empezó la cosa? ¿Cómo lo conociste?

—A través de Benjamin. —Le dio una calada al pitillo, y se frotó un ojo cansado con el pulgar—. Yo estaba... Yo iba a Birmingham... bastante a menudo... y me quedaba en casa de unos amigos. Empecé a ir a la cafetería de la Waterstone y siempre lo veía allí y al final... un día nos pusimos a hablar. Empezamos hablando de libros, y luego él me habló de esa cosa que está escribiendo, y yo le dije que también escribía... Un día me comentó quién era su hermano, y... yo había visto una foto de Paul en el periódico o algo... o lo había visto en la tele, y... seguramente me gustaba ya un poco... Y Benjamin... Benjamin no paraba de hacer cosas por mí... De hecho lo *sigue* intentando... Cree que si me ayuda, pues... Bueno, no sé lo que piensa. Me

parece que Benjamin está pasando una pequeña... crisis... y nadie tiene la culpa.

—Benjamin está enamorado de otra mujer. Desgraciadamente lo ha estado toda su vida de casado. De una chica a la que conoció en el colegio.

Malvina enfocó la vista de nuevo y se quedó mirando directamente a Doug, como si fuera la primera cosa realmente interesante que había dicho en toda la noche.

—¿Te lo ha contado? A mí también.

—Bueno, no es ningún secreto, por desgracia. Benjamin se casó un poco por despecho con Emily. En realidad sigue igual. Y seguirá igual a los setenta, el muy cabrón. Si llega a ellos sin colgarse antes de algún sitio. —Se sonrió sin mucha convicción, dándose cuenta inmediatamente de que no debería haber dicho aquello—. Sigue contándome.

—Así que se ofreció para presentarme a su hermano... como una especie de favor. Yo creo que ni siquiera se lo pedí. Aunque me apeteció la idea, nada más oírla. Que era que me ayudara con mi tesina..., que sigo intentando escribir. Al final no me ayudó nada. Más bien me ha hecho perder el tiempo... El caso es que Paul y yo nos conocimos, y... *bingo*...

Esbozó una sonrisa forzada, incómoda, tipo «qué le vas a hacer...». Doug apenas pudo responderle.

—Supongo —dijo Malvina embalándose— que estoy enamorada de él.

—Mierda.

—Sí, mierda otra vez. Por lo visto esta noche nos es una palabra muy útil, ¿no? —Parecía que aquella confesión había dejado a Doug sin palabras momentáneamente—. Supongo que piensas que no tengo muy buen gusto.

—Bueno... —dijo él—. Todo el mundo tiene que querer a alguien. El corazón tiene sus razones, etcétera, etcétera. Y supongo que no es feo.

—Ya, pero... a ninguno de vosotros os cae bien en el fondo. Reconócelo.

—No me gusta su política, nada más. Y creo que se permite el lujo de no ser sincero gracias a esta... extraña situación por la que estamos pasando en este país en este momento.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si la gente supiera alguna vez lo que piensa de verdad, bueno, caerían en la cuenta. Porque la mayoría creen que han votado a un partido de izquierdas. Cuando lo que en realidad han votado son cinco años más de thatcherismo. O diez. O incluso quince. —Se rio por lo bajo de aquella ironía, que en cambio pareció escapársele a Malvina—. De todos modos, esa es la razón por la que nunca sabe qué decir cuando le ponen un micrófono delante de las narices. Y por la que te necesita. Porque te necesita. Lo has transformado. Le has dado la vuelta.

—Ya. Es cierto, me *necesita*. Necesita mis... *servicios*. Y se muere por acostarse conmigo, para más inri. Pero eso no es lo que yo quiero.

—Tú quieres demasiadas cosas, en realidad, ¿no?

Malvina intentó beber de su vaso, sin fijarse en que estaba vacío.

—Esa mujer no le conviene. No está hecha para él. ¿No opinas lo mismo?

Se quedaron mirándose en silencio un momento.

—No tengo opinión al respecto —dijo Doug—. Y creo que tú tampoco deberías tenerla.

Trató de interpretar la expresión de sus ojos, que parecían ausentes. Se le cerraban los párpados. De repente vio que se le llenaban de lágrimas, y Malvina estalló en sollozos.

—Estoy tan jodida —no paraba de decir—. Tan jodida...

—Malvina...

—Tienes razón. No debería haberte enseñado ese relato. Ha sido una estupidez.

—No te preocupes por eso. El relato es...

—Pídeme otra copa.

—No me parece buena idea.

—Una más, por favor. Luego me iré a casa.

Él suspiró, y dijo en contra de sí mismo:

—Una más. Pero una sola.

—Gracias. Enseguida me recupero. —Sacó un kleenex del bolso, y se dio unos toques en los ojos y en el rimel que se le había corrido.

Doug regresó con un par de copas más.

—¿Dónde viven tus padres? —le preguntó.

—¿Mis padres? ¿Y qué tienen que ver mis padres?

—A lo mejor deberías irte con ellos una temporada. Descansar un poco de Paul. Reflexionar un poco.

—Ya estoy descansando de Paul. Apenas nos hemos visto estas últimas dos semanas.

—Aun así. No te vendría mal un poco de «hogar, dulce hogar».

En un tono cortante, Malvina le respondió:

—Primero: el sitio donde viven mis padres (o mejor dicho, mi madre con su quinto o sexto o quincuagésimo o lo que coño sea su compañero) no es mi hogar. Segundo: no tiene nada de dulce.

—¿Dónde viven?

—En Cerdeña. Él lleva un hotel allí. De cinco estrellas, el tipo de sitio adonde van las estrellas de cine. Nosotras estuvimos en él, de hecho. Fue donde lo conoció.

—¿No puedes pagarte el billete de avión hasta allí?

—Seguro que me lo pagaba él si hiciera falta. Al fin y al cabo, estoy viviendo en un piso suyo, en *uno* de sus pisos, mejor dicho. Pero no voy a ir. Ni de coña.

—¿Y qué pasa con tu padre, tu verdadero padre?

Malvina meneó la cabeza.

—Nunca lo he conocido. Lo único que sé de él es lo que me ha contado mi madre. Trabajaba en el teatro, era escenógrafo. Todo un genio, según ella. Rompieron incluso antes de que yo naciera, y luego ella se enteró de que murió de sida en los

años ochenta. —Ya se había terminado el último whisky. Le echó una mirada de desconcierto al vaso vacío, como si no se acordara de habérselo bebido—. ¿Por qué me estoy bebiendo esto mucho más rápido que tú? ¿Eres uno de esos tíos que finge beber pero, en realidad, lo que está esperando es que la mujer se coja un buen pedo para aprovecharse de ella?

—No soy yo el que se está aprovechando de ti.

Ella se quedó mirándolo fijamente, y al principio Doug pensó que iba a echarse a llorar otra vez. En cambio, se desplomó sobre la mesa y apoyó la cabeza en su hombro. Él no sabía muy bien si estaba coqueteando o simplemente estaba agotada.

—Malvina —dijo—, ¿qué estás haciendo?

—Esa —masculló ella, articulando cada palabra con el cuidado propio de un borracho— es la pregunta del millón.

—Bueno, te voy a llevar a casa.

—Estupendo. Eres todo un caballero. Ya no quedan muchos.

Doug se levantó con cierta dificultad mientras Malvina continuaba descargando todo su peso en él. Cogió los abrigos y luego, pasándole el brazo por aquellos hombros estrechos y casi esqueléticos, hizo lo que pudo para ayudarla a subir las escaleras. Ella tropezó arriba del todo y se cayó de bruces. Él la levantó y le quitó el polvo del suelo, farfullando toda una serie de disculpas a los demás comensales y rezando por que no anduviese por allí ningún amigo de su mujer.

A Dios gracias, fuera consiguió encontrar un taxi enseguida.

—Pimlico —le dijo al taxista, y en cuanto estuvieron sentados dentro hizo que Malvina le susurrase al oído la dirección completa.

Era una carrera de cinco minutos solamente. Cuando estaban saliendo del taxi, Doug miró alrededor para ver si había algún periodista apostado por allí; pero no, todavía no habían llegado hasta ese punto. Le pagó al taxista y le dio una propina desorbitada; y después envolvió a la semiinconsciente Malvina en su abrigo y buscó a tientas las llaves en los bolsillos.

Tal como se había esperado, vivía en un elegante bloque de apartamentos con portería. Doug hizo lo que pudo por evitar las miradas de curiosidad del portero mientras la ayudaba a pasar por delante en dirección a las escaleras. El portero le dijo en voz alta:

—Buenas noches, señorita —cuando empezaban a subir el primer tramo, pero Malvina no respondió.

La habitación principal del apartamento estaba decorada de una forma bastante fría pero cara, con solo unos pocos libros de Malvina y unos cuantos montones tambaleantes de periódicos y revistas, para que no pareciera del todo que se encontraban en algún hotel intercontinental un tanto soso. Malvina no decía nada, así que Doug tuvo que averiguar por sí mismo dónde estaba el dormitorio. Era mucho más pequeño y más acogedor, y estaba más desordenado. En un rincón había un escritorio abrumado por el peso de papeles, *floppy disks* y un ordenador portátil que

seguía encendido; peces animados de todos los colores cruzaban la pantalla en formaciones fortuitas, con un ruido de burbujas de fondo.

—Deberías beber un poco de agua —le dijo Doug, pero con un gesto inesperado y sorprendentemente brusco Malvina le soltó los brazos del cuello y se dejó caer en la cama. Con los ojos muy apretados, se puso en posición fetal y ahí se acabó la cosa. Que nadie contara con ella esa noche.

Los días siguientes, Doug y Frankie tuvieron invitados en casa.

Malvina lo llamó por teléfono a la mañana siguiente para disculparse por su comportamiento y agradecerle que la hubiera cuidado con tanta amabilidad. Él volvió a sugerirle que debía irse fuera a pasar unos días con alguien. ¿Qué tal con sus amigos de Birmingham, por ejemplo? Ella le dijo que ya no vivían allí, que se habían ido del país. No había nadie, absolutamente nadie, de quien pudiese abusar un poco en ese sentido. Así que Doug la invitó a pasar unos días con ellos. Llegó con una pequeña bolsa de viaje y se quedó un par de noches, aunque se pasó la mayor parte del tiempo en la cocina sorbiendo café muy caliente y viendo cómo Ranulph y Coriander cumplían su papel de diablillos. Habló un montón con Irina y con los otros miembros, que no eran tan fijos, del personal de Gifford-Anderton; y un poco menos con Doug y con Frankie. El jueves 27 de abril por la tarde, al enterarse de que la madre de Doug, Irene, iba a acercarse hasta allí el fin de semana y que lo ideal sería que durmiese en su dormitorio, les dio las gracias efusivamente, les obsequió con un paquete envuelto en celofán y adornado con un lazo, que contenía doce chocolatinas de cardamomo absurdamente caras, de una tienda del barrio, y se marchó. Parecía de buen humor. No había mencionado a Paul en toda su estancia.

Doug fue a recoger a su madre a la estación de Euston el viernes por la tarde. Ya hacía cuatro semanas de su operación de cadera y estaba decidida a demostrar que había recuperado su movilidad. En condiciones normales habrían cogido el metro para volver a Chelsea, pero esa vez Doug insistió en coger un taxi y ella no dejó de vigilar el taxímetro, parpadeando asustada cada vez que marcaba otra libra.

—¡Diecisiete libras! —repitió una y otra vez, mientras Doug cargaba con su maleta por el sendero del jardín—. ¡Con eso me daba a mí para dar de comer a toda la familia una semana cuando ibais al colegio!

Lo exageradamente cara que era la vida en aquella parte de Londres siguió siendo, como siempre, un tema recurrente durante el fin de semana. Todos los pubs adonde los mayores del barrio solían ir a beber en un ambiente familiar habían sido renovados en los últimos años, a base de tirar tabiques y convertir sus interiores en amplios espacios sin divisiones donde los jóvenes corredores de bolsa y los agentes inmobiliarios podían beber cerveza alemana y belga importadas a cuatro libras la jarra. Era inútil llevarla a algún sitio así. Aún quedaba un puñado de cafés sin pretensiones esparcidos por la zona, donde se servían frituras y tazas de café instantáneo; pero Irene aún conseguía sorprenderles de vez en cuando con su gran apetito de nuevas experiencias, y cuando vio que habían abierto un Starbucks en King's Road, preguntó si podían ir hasta allí.

Era un sábado por la tarde, un día después de un extraño e inesperado giro en la historia de Longbridge; el día anterior, en contra de todas las previsiones (incluida la

de James Tayler), Alchemy Partners, sin ningún tipo de aviso ni explicación, había abandonado las negociaciones para comprarle el grupo Rover en apuros a la BMW. Los trabajadores y los activistas, que se habían opuesto desde el principio a la oferta de la Alchemy, se pusieron como locos de contento cuando se dio la noticia; se había celebrado por todo lo alto delante de la puerta Q el viernes por la tarde. Sin embargo, ya se había instaurado un nuevo clima de incertidumbre; no estaba nada claro que se estuviera tomando en serio la propuesta de la empresa rival, la Phoenix, y esa era la única oferta que quedaba ahora sobre la mesa. La alternativa era sencilla y aterradora: el cierre inmediato.

Había unos cuantos ejemplares de los periódicos del día a disposición de los clientes en el café, y mientras Doug hacía cola en la barra, su madre cogió *The Sun* y les echó un vistazo con el ceño fruncido a las páginas de economía.

—Qué periodicucho más asqueroso —dijo, tirándoselo a su hijo, mientras él le pasaba un tazón que casi era demasiado grande para que ella lo cogiera con las manos. Se quedó mirando la bebida, estupefacta—. ¿Qué es esto?

—Un «con leche» grande —le explicó Doug.

—¿No tienen café o qué?

Él sonrió y se puso a leer el artículo de *The Sun*.

Cinco mil puestos de trabajo se perdieron ayer noche cuando se desvaneció toda esperanza de salvar la fábrica de coches de la Rover. En una jornada de desastre industrial para Inglaterra, el grupo Alchemy ANULÓ su compromiso de hacerse cargo de la empresa de la BMW.

Los trabajadores dieron gritos de JÚBILO cuando se dio a conocer la noticia, porque pensaron que resurgiría la oferta rival de la Phoenix, salvando más puestos de trabajo que la oferta rival de la Alchemy. *Pero anoche los gritos de júbilo se convirtieron en lágrimas cuando la cruda realidad se abatía sobre miles de hogares de las Midlands. NO se salvará a la Rover y muchas familias tendrán que enfrentarse a la vida con el subsidio del paro.*

—¿Con qué derecho... —estaba diciendo Irene, indignada—, con qué derecho se atreven a publicar semejante cosa? Nadie sabe lo que va a pasar. ¿Qué van a sentir las familias de esas personas cuando lean eso esta mañana? No tienen *ningún derecho* a decir eso. —Le quitó a Doug el periódico de las manos y pasó rápidamente las primeras páginas mostrando su desaprobación, especialmente ante la chica de la página tres—. Esto era un periódico socialista —dijo—. Hasta que Murdoch le echó la zarpa. Mira qué pena. Pornografía light y... nada más que estupideces.

—Es el espíritu de la época, mamá. El espíritu de la época.

—Sí, pero tú no escribes cosas como esas, ¿verdad? No se *obliga* a nadie a escribirlas.

Doug se lo pensó un momento, luego se inclinó hacia ella y dijo:

—¿Te puedo preguntar una cosa, mamá?

—Pues claro.

—El caso es que..., bueno, he averiguado algo. Algo sobre un miembro del Parlamento.

—¿Y?

—Tiene que ver con su matrimonio, y con el sexo y..., bueno, ya sabes, los rollos habituales.

—Sí, ya sé.

—No sé si es lo suficientemente importante como para acabar con su carrera (tal vez no), pero seguro que le haría mucha pupa. ¿Qué debería hacer, según tú?

Irene le respondió sin dudarle un momento.

—A los políticos habría que juzgarlos por su política. Todo lo demás son cotilleos y tonterías. —Señaló el periódico que estaba sobre la mesa, entre los dos—. No querrás acabar como ellos, ¿verdad?

—Claro que no.

—Pues eso. La gente puede ser débil en su vida privada. Sobre todo los hombres. Pero da igual. —En plan realista, añadió—: tu padre no era ningún santo.

Doug se quedó asombrado. Nunca le había oído decir algo así.

—¿Qué quieres decir?

Irene sopesó sus palabras cuidadosamente, agarrando con sus frágiles manos el enorme tazón de café.

—Tenía que perdonarle muchas cosas. Pero era buena persona. Tenía unas convicciones muy fuertes, y era consecuente con la mayoría. Nadie es consecuente con todas. —Miró a su alrededor y dijo en tono alegre—: al fin y al cabo, como socialistas, no deberíamos estar tomando algo en un sitio así, ¿no es cierto? ¿El nuevo enemigo no va a ser la globalización?

—Eso parece —dijo Doug—. El lunes es Primero de Mayo. Va a haber manifestaciones por todo Londres. Seguro que este sitio es uno de sus objetivos.

—Ahí lo tienes: la gente pasa a la acción otra vez. Tenía que suceder tarde o temprano. ¿Tú también te vas a manifestar?

—Puede ser. —Sonrió y se inclinó hacia ella, apretándole la mano. Le alegraba el corazón encontrarla tan bien—. ¿Pero qué tal está tu café?

—Estupendo. ¿Cuánto te han cobrado?

Y cuando Doug le contestó, dijo:

—Espero que les tiren un buen ladrillo en el cristal.

A la hora de la verdad, no fue el Starbucks lo que atacaron los manifestantes el lunes, sino el McDonald's: uno pequeño en Whitehall (que cerraba ese día) cerca de un *bureau de change* que también destrozaron y saquearon. Hasta ese momento, la manifestación había sido relativamente pacífica, aunque la primera impresión que

tuvo Doug cuando se bajó del autobús en Parliament Square fue realmente extraña.

Eran poco más de las doce de la mañana y la plaza había sido tomada por unos mil manifestantes. Redoblaban los tambores, la gente estaba subida a los árboles, y la estatua de Winston Churchill había aumentado de estatura gracias a una gorra de policía boca arriba con un geranio plantado. En cuanto a la propia plaza, la gente había empezado a cavar, echando la tierra a la calzada y embarcándose en una sesión de jardinería improvisada que suponía plantar de todo, desde melisa y romero a girasoles y ruibarbo. Doug se quedó mirando un rato, retrotrayéndose a la manifestación de Longbridge de hacía alrededor de un mes y pensando que lo que estaba sucediendo aquí tenía un carácter muy diferente. Echó a andar cuando vio que habían levantado un palo con cintas y comenzado a bailar.

Había quedado en encontrarse con Paul en la sala del Parlamento abierta al público a las doce y media, pero al final no tuvo que acercarse hasta allí. Lo distinguió de pie en el Green (el punto de encuentro ritual de los representantes de los medios que quisieran interceptar a cualquier diputado que pasase por allí para pedirle su opinión), arengando a un par de cámaras de Sky News y BBC News 24 sobre las protestas del Primero de Mayo. Doug se mantuvo a cierta distancia hasta que se acabó la entrevista (solo les llevó un par de minutos) y luego captó la atención de Paul con la mano.

—Les has estado soltando unas cuantas perlas de sabiduría, ¿no? —le soltó, mientras echaban a andar hacia Downing Street, esquivando los grupos cada vez más nutridos de anarquistas, ecologistas y policías antidisturbios que se preparaban para la escaramuza—. Venga, cuenta: ¿Cuál ha sido el titular esta vez?

—Les he dicho que nadie iba a tomar a esta gente en serio. Que si quieren contribuir al proceso político deben renunciar a la violencia y trabajar dentro de las estructuras establecidas.

—Tan brillante como siempre —dijo Doug—, menos por el pequeño detalle de que para empezar *tú* formas parte de la gente que los ha dejado fuera de las estructuras establecidas.

—¿Qué me estás contando?

—Te estoy diciendo que en la actualidad todo el sistema está montado para dar cabida únicamente a una pequeña minoría de opinión política. La izquierda se ha desplazado mucho hacia la derecha, la derecha se ha desplazado un poco hacia la izquierda, el círculo se ha cerrado y a todos los demás que les den por culo.

—Solo por tu vocabulario, Douglas, ya se nota que estás anclado en el pasado —dijo Paul mientras atajaban por Horseguards Avenue y entraban en Whitehall Place—. Ese es tu problema fundamental, que estás anclado en el pasado. Como creo recordar que ya te dije hace más de veinte años, una noche de Guy Fawkes, si no me equivoco. ¿Pero adónde vamos?

Doug lo llevó a una bodega subterránea y con arcadas llamada Gordon's en Villiers Street. Era un espacio estrecho, parecido a un túnel donde los dos tuvieron

que agacharse un poco para sentarse a una mesa. Doug le explicó que aquello había sido en su día un almacén de la orilla del río, y que estaban sentados en una de las arcadas por donde entraban las gabarras del Támesis.

—Un sitio muy íntimo, desde luego —dijo Paul, en señal de aprobación. No lo conocía de antes, pero ya lo había anotado mentalmente como un sitio discreto donde llevar a Malvina.

—Bueno, no quería que nos oyera nadie —dijo Doug—. Quería hablar contigo de algo muy personal. O más bien de *alguien*.

Paul lo miró sin inmutarse.

—Me imagino que sabes a quién me refiero.

—Probablemente —dijo Paul—. ¿Qué pasa con ella?

—Bueno... —Doug meneó el zumo de naranja de su vaso. Había decidido que aquella conversación había que mantenerla completamente sobrio—. Creo que deberías... pensarte... muy bien... adónde quieres ir a parar con esto, tanto en términos... profesionales como afectivos.

—Ya. —Paul meditó sus palabras y confesó—: pero no te entiendo muy bien. ¿Qué me quieres decir?

Doug no sabía muy bien qué le quería decir, si tenía que ser sincero. Tras haber considerado cuidadosamente y durante un buen rato qué pretendía conseguir quedando con Paul aquella tarde, había llegado a una sola conclusión: tanto por Malvina como por Susan quería provocar que Paul hiciera algo, que algo comenzara a cambiar. Y la única manera de lograrlo, en su opinión, era asustarlo.

—Paul —dijo—, tengo una buena noticia y otra mala para ti. Me encontré con Malvina la semana pasada y, después de tomarse unas copas, empezó a hablarme de sus sentimientos hacia ti y me dijo... Bueno, me dijo que te quería.

—Mierda. —Paul se bebió de un trago la mitad de su copa de vino—. Vale, enterado. —Se había puesto pálido—. Qué mal... Sí; *fatal* pero gracias por decírmelo. Te lo... agradezco mucho.

—Pero si esa era la buena noticia... —dijo Doug.

Paul comenzó a parpadear de rabia y de terror.

—Estás de coña, ¿no? ¿Cómo va a ser esa la buena noticia?

—Es una mujer muy atractiva. Hasta guapa, diría yo. Y muy inteligente. Y simpática, por lo que yo he visto. Cualquier hombre se sentiría orgulloso de que una mujer así se enamorase de él.

—Pero, por el amor de Dios, yo estoy *casado*. Tengo una hija.

—Bueno, Paul, me parece que eso deberías haberlo pensado antes de empezar a hacer cosas como invitarla a pasar la noche en tu casa.

A pesar de que Doug estaba hablando en voz baja, casi en un susurro, Paul miró instintivamente alrededor para comprobar que nadie les podía oír.

—¿Cómo cojones sabes eso?

—Esa precisamente —dijo Doug— es la mala noticia. La semana pasada estaba

en una mesa de redacción y salió tu nombre a relucir, y por lo visto hay gente en el periódico (y seguramente en otros) que ha empezado a interesarse por Malvina y por ti.

—Mierda —dijo Paul, poniéndose aún más pálido—. Mierda, mierda, *mierda*. ¿Qué es lo que saben exactamente?

Doug cambió de tema bruscamente.

—¿Cómo es tu relación con Tony últimamente? ¿Cercana? ¿Formal pero amistosa? ¿Indiferente?

—Venga, suéltalo, Anderton. Dime adónde quieres ir a parar.

—Solo estaba pensando que los partidos políticos, y los primeros ministros, reaccionan ante esta clase de situaciones de maneras muy diferentes. A algunas personas las consideran indispensables, por ejemplo, e incluso cuando caen en desgracia los líderes del partido las defienden contra viento y marea. Otras en cambio..., bueno, son más prescindibles, por decirlo claramente. Solo trataba de averiguar a cuál de esas dos categorías perteneces tú.

—Pero yo no he caído *en desgracia* todavía.

—Bueno, hoy en día eso depende de cómo lo saquen los medios, ¿no? Parece que todo depende de eso.

Paul hizo caso omiso de aquella enigmática provocación, y dijo pensando en voz alta:

—A Tony le caigo bien. De eso estoy bastante seguro. Siempre me sonrío en el pasillo del salón de té. Y me mandó una nota muy bonita después de la pregunta que hice hace unas semanas.

—¿Aquella sobre el chocolate inglés y la Unión Europea?

—Sí.

—Bueno, pues qué bien, Paul, pero yo no diría que ya formas parte del grupo de los «indispensables». No solo todo el mundo sabe últimamente que tú y tu ministro no os lleváis bien —Paul quiso negarlo, pero Doug siguió hablando—, sino que, además de eso, me temo que ni una aparición muy poco memorable en un concurso de la tele, ni una columna efímera sobre ciclismo en un periódico gratuito, ni una descarada lamida de culo disfrazada de pregunta sobre el cacao, van a funcionar. Si esta historia sale a la luz, ya te puedes ir despidiendo.

—Pero soy una estrella emergente. Eso dijo el *Independent* la semana pasada.

—Eso no son más que palabras... —dijo Doug despectivamente—. Y las palabras no significan una puta mierda en una situación así. Al menos a la gente se la sigue juzgando por sus actos; que es lo único que me hace tener cierta esperanza, por cierto. De todos modos... —casi empezaba a darle pena Paul, que ahora tenía el aspecto de un condenado—, lo que iba a sugerirte (y que seguro que le gustará a un hombre tan fuertemente apegado a los valores tradicionales como tú) era un bonito chantaje a la antigua. ¿Qué te parece?

Paul se quedó mirándolo con recelo, aunque su cara también reflejó cierto alivio.

—¿Cuál es el precio?

—Bueno, pues que como no estoy dispuesto a seguir perdiendo más tiempo con las páginas de libros, dentro de unos días empezaré a ofrecer mis servicios como jefe de política en otros periódicos. Y si puedo ofrecerles esta historia como parte del paquete, imagino que no van a poder resistirse.

—Serías capaz, ¿verdad? —dijo Paul, con la voz temblándole de desprecio—. ¿Caerías tan bajo? Claro que no sé de qué me extraño... La palabra *decencia* no significa mucho para ti.

—Ah, por cierto... Me alegro de que hayas sacado el tema de la decencia. Porque, en efecto, esa palabrita sin pretensiones, tan denigrada, sí significa mucho para mí. Por eso es por lo que estoy dispuesto a que todo esto no salga de aquí. Con la condición de que tú, Paul, te comportes decentemente.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que dejes de hacer que Malvina se sienta desgraciada. Y lo mismo con Susan, ya puestos. La verdad es que no sé si Susan también se siente desgraciada, pero no creo que ande muy desencaminado.

Eso no era lo que Paul esperaba escuchar en absoluto.

—¿Y cómo se supone que tengo que hacerlo?

—Tú mismo.

—¿Crees que debería cortar con ella?

—Es una posibilidad. Seguramente la mejor. ¿Qué te gustaría que pasara, Paul? ¿Qué es lo que... sientes realmente?

Paul apuró su vino, apoyó la barbilla en las manos y se quedó mirando al infinito, pensativo. Ahora que Doug le hacía aquella pregunta, resultaba ridículo no haber tratado de responderla antes. Se había alegrado de que la relación con Malvina se hubiera desarrollado tal cual, sin dejar las cosas claras ni albergar ningún propósito fijo; poco más, la verdad, que un estimulante apéndice a su matrimonio, algo que no afectaba a su trabajo ni trastornaba su carrera de una manera drástica. Incluso la ausencia de sexo, se daba cuenta ahora, había formado parte de su atractivo: había impedido que las cosas se volvieran demasiado intensas, demasiado reales. ¿Cómo iba a saber él que, mientras tanto, Malvina había empezado a tomárselas tan en serio?

—No lo sé muy bien —dijo al fin en un tono apagado—. Voy a tener que pensármelo un poco.

—Está enamorada de ti, Paul, eso es lo único que digo. Haz algo. Resuelve el problema. Lo que se deduce de lo que me ha contado es que, en este momento, su vida es una mierda. Y te ve como una salida a esa situación, como la posibilidad de algo mejor. No te conviertas en otro trauma que tenga que superar.

Paul se levantó. De repente le había entrado claustrofobia.

—Vale. Mensaje recibido, Doug. Tendré que hacer algo. —Cogió su abrigo—. ¿Podemos salir ya de aquí? Me vendría bien un poco de aire fresco.

—Te doy dos semanas. Después lo divulgaré.

Paul se quedó pensándolo y sopesó sus opciones.

—Me parece justo —dijo, y enfiló la escalera.

Fueron andando juntos hacia el Strand. Doug se preguntaba qué estaría pensando Paul. Le había planteado una cuestión, en potencia, crucial; o estaba inmerso en una profunda reflexión, o aún no se había hecho cargo de las consecuencias, o realmente había un vacío sentimental donde debía haber estado el corazón. ¿Podría ser tan insensible?

En el rato que habían pasado sentados en Gordon's, la manifestación había avanzado bastante. Todas las calles que daban a Trafalgar Square estaban bloqueadas por filas de policías antidisturbios. Parecía que había varios miles de manifestantes cercados en la plaza, sin salida aparente. En otros sitios, grupos de ellos corrían por las calles, esquivando los escuadrones de policía e insultando a cualquiera que les estorbase el paso. Estaban surgiendo peleas y reyertas de poca monta por todas partes. Había discusiones cargadas de rencor entre los manifestantes de tendencia ecologista y los más combativos.

—A ver de qué sirve andar plantando tanta verdurita biológica, putos hippies de mierda —le oyó gritar Doug a alguien.

—¿En qué clase de país vivimos? —farfulló Paul amargamente, mientras observaban aquel tumulto desde la entrada de una tienda, teóricamente a salvo—. ¿Quién es esta gente? ¿Qué es lo que quiere?

—Seguramente no lo saben. Y, por lo visto, tú tampoco. Ni ninguno de nosotros, ya puestos.

—*The Guardian* me ha hecho un hueco en su tercera página este viernes. Mil doscientas palabras sobre lo que me dé la gana. Voy a escribir sobre esto. A decir que es una auténtica desgracia. Debería gustarles, ¿no te parece?

—¿A quiénes? ¿A tus electores? Qué más les da... Están a miles de kilómetros.

—No, quiero decir a Tony y a los suyos.

Doug se volvió hacia él, un poco impacientado.

—Paul, el que yo te haya dejado escapar por esta vez no quiere decir que los demás vayan a hacerlo. Ya te lo he dicho, dentro de una o dos semanas va a salir algo sobre tu historia con Malvina. Nada importante (probablemente algún comentario anónimo, como de pasada, en alguna columna de cotilleo o parecido), pero entonces pasará a ser de dominio público, y será como una bola de nieve y no te quedará más remedio que afrontarlo. Y tampoco te bastará con lamerle el culo a Tony. Te lo he dicho: solo los indispensables sobreviven a este tipo de cosas.

—No paras de decirlo —se quejó Paul—. Pero no me puedo volver indispensable en un par de semanas, ¿o sí?

—No, claro que no —dijo Doug, y decidió no insistir más en aquella cuestión—.

Escribe algo sobre Longbridge, de todas formas. Tu silencio sobre el tema ha llamado mucho la atención. Es más que un problema local, ¿sabes? Está en juego la vida de cincuenta mil personas.

Paul asintió.

—Puede que lo haga —dijo, sin demasiada convicción. Y en ese momento tiraron una botella de vino con mucha fuerza en su dirección, que fue a estrellarse contra la puerta de la tienda por encima de sus cabezas, así que salieron corriendo.

De vuelta en su piso de Kennington, Paul se sentó en un sillón y se quedó allí, prácticamente sin moverse, varias horas.

Cuando se fue yendo la luz diurna, se quedó a oscuras. Se quedó allí sentado a oscuras pensando en Susan y en cómo reaccionaría cuando empezase a filtrarse la historia.

Pensó también en Malvina y en lo mucho que había llegado a depender de ella; en el cariño que le había cogido esas últimas semanas. Más que cariño, la verdad. Mucho más.

Y esos pensamientos solo los interrumpió el timbre del teléfono de cuando en cuando. Eran mensajes de las personas habituales: su ministro, periodistas, gente de su lobby, Susan, su amigo Ronald Culpepper, disciplinarios de su partido político. En medio de ellos recibió una llamada de Benjamin, cosa poco corriente. Pero Paul siguió sin levantar el auricular.

A las diez encendió las luces y pidió una pizza por teléfono. Se comió la mitad más o menos, tiró el resto, y se bebió casi una botella entera de Chablis para bajarla. De repente se sintió increíblemente cansado. Se quitó toda la ropa menos los calzoncillos y se sentó en la cama, pasándose las manos por el pelo.

Se metió en ella y estaba a punto de apagar la luz cuando se preguntó de golpe: «¿Por qué habrá llamado mi hermano?».

Fue hasta el contestador, se saltó sin curiosidad alguna los nueve primeros mensajes y entonces escuchó la voz de Benjamin.

—Hola, Paul, soy tu hermano mayor. Solo te llamaba para..., bueno, para saber qué tal estabas, y también para preguntarte si habías visto el *Telegraph* de hoy. Échale un vistazo a la foto de la página siete. Si no reconoces la cara, lee el pie de foto. A lo mejor te trae algunos recuerdos, nunca se sabe. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Cuídate, y dale... dale recuerdos a Malvina.

Paul no tenía ganas de molestarle en ir a la cocina y echarle un vistazo a su ejemplar del *Telegraph*, que ni siquiera había abierto. ¿Qué misterioso fragmento de su historia en común habría emocionado a aquel hermano suyo tan dado a la nostalgia? ¿Algún compañero de colegio ya olvidado, quizás? ¿Algún pariente al que habían entrevistado por última vez en alguna triste fiesta navideña?

De mala gana, molesto por haber mordido el anzuelo, Paul abrió el periódico por

la página siete, vio la foto y, tal como había predicho su hermano, no consiguió reconocer aquella cara. Al principio, ni siquiera supo muy bien cuál era la cara que debía reconocer. Había cuatro hombres con traje, de pie a la entrada de las oficinas de la BMW en Múnich. Ninguno le resultaba ni remotamente familiar.

Luego leyó el pie de foto; y cuando vio uno de los nombres, se quedó mirando otra vez la foto, asombrado. ¿Pero podía ser él? ¿Aquel hombre medio calvo de cuarenta años que sostenía una pipa, con aquella barba bien recortada y una ostensible barriga?

El pie de foto lo identificaba como Rolf Baumann, y definía su trabajo como «Director de Estrategias Empresariales» de la BMW.

Paul se llevó el periódico al cuarto de estar, se dejó caer sobre el sillón en el que había pasado tantas horas ese día, y se dejó inundar por una marea de recuerdos. Aquellas vacaciones en Dinamarca, la única salida al extranjero en la que habían acompañado a sus padres... La casa de la playa en Gammel Skagen... Aquellos dos niños daneses tan brutos, Jorgen y Stefan... Las dos hermanas desgarradas, Ulrike y Ursula, y el torpe de Rolf, que casi se había ahogado intentando nadar hasta el sitio donde se encontraban los dos mares...

Y entonces, sintiendo que él también estaba a punto de ahogarse en aquel remolino de recuerdos, Paul volvió parpadeando a la superficie de su presente cuando captó el pleno significado del descubrimiento de esa noche. Ahora Rolf era un hombre poderoso. Formaba parte de la junta directiva de la BMW, la misma empresa en la que había trabajado su padre, Gunther. Y la BMW iba a vender la Rover. El destino de la fábrica de Longbridge estaba en sus manos.

Y allí estaba, al alcance de la suya. Había encontrado una forma de hacerse el indispensable, y ni siquiera en un par de semanas; tan solo sería cuestión de días. La salvación (su propia salvación) le esperaba al otro extremo de una línea telefónica.

Era el momento de que le devolvieran un favor de hacía veintitrés años.

Al final, Paul tuvo la impresión de ir conduciendo por un paisaje lunar. A ambos lados se extendía una superficie arenosa. Los intervalos entre los pulcros pueblos sin pretensiones se fueron haciendo cada vez mayores. Pasó por delante de una señal donde ponía que Skagen solo quedaba a siete kilómetros.

Eran casi las seis de la tarde, pero aún quedaban muchas horas de luz, y el cielo era de un extraordinario y diáfano gris azulado. Era esa luz, aquella luz suave pero abrumadora lo que recordaba mejor, mejor que las dunas y las casas de techo bajo pintadas de beige y de amarillo limón. Sabía que, en parte, era producto del reflejo del sol sobre las aguas de los dos mares que se encontraban en la punta de la península. Le llenaba de una mezcla indescriptible de nervios y serenidad. Le hacía caer en la cuenta de que no se podía hablar de la luz de Londres. Por lo menos de una luz como aquella. Tenías que ir hasta allí para descubrir de qué estaba realmente hecha la luz. Se aferró a ese convencimiento y se sintió el guardián de un glorioso secreto.

A Paul le parecía que, en el transcurso de unas horas, no solo había hecho un viaje a un país diferente, sino a una conciencia distinta, a un nuevo estado del corazón. Su coche era el único que circulaba por la carretera. No se oían más ruidos que el ronroneo prácticamente inaudible de su motor mientras avanzaba con la quinta marcha puesta. El suave roce de los neumáticos sobre el asfalto. Soplaba un viento silencioso que accionaba las turbinas repartidas en grupos de tres o cuatro por todo el paisaje, con sus enormes hélices girando majestuosas al unísono. El mundo entero parecía en silencio, absolutamente plácido y autosuficiente, como si no se hubieran producido novedades en miles de años y tampoco se esperase ninguna.

Pasó por delante del letrero que indicaba el camino de la iglesia, y recordó haber ido en bicicleta un día hasta allí con Rolf. Fue el primer punto de referencia que reconoció. Debían de haber recorrido aquella carretera decenas de veces aquel verano y, sin embargo, esa tarde todo le parecía increíblemente nuevo; le resultaba imposible imaginar a su yo de doce años en aquellos parajes, pedaleando detrás del niño alemán, con la cara colorada y tratando de coger aliento; ¿o era Paul el que había llevado la delantera, en realidad? Ahora que lo pensaba, recordaba que en esa época estaba bastante en forma; tenía que haberlo estado para sacar a Rolf del agua la última tarde. ¿Y no se había llevado un tensor de músculos consigo a Dinamarca, cuidadosamente envuelto en el equipaje junto a los tests para nivel avanzado de Benjamin? Era sorprendente lo poco que había pensado en el pasado esos últimos años, en cualquier episodio de él, por no hablar de alguno tan fatídico como ahora le parecía ese. Su vida estaba llena de lagunas.

Tras unos cuantos kilómetros más, apareció el brusco desvío a la izquierda que llevaba a Gammel Skagen. Paul tomó la curva y, mientras enfilaba la larga y recta

carretera de acceso, disminuyó la marcha hasta casi la velocidad de tres ciclistas mayores que le seguían por el carril de bicicletas. En un par de minutos llegaría a la casa que habían compartido con los Baumann. En total debían de haber sido nueve personas. ¿O había venido Lois con ellos? No, claro que no; ese verano lo pasó en el hospital. Esa fue una de sus peores épocas. Le había llevado años (tres, creía, ¿o habían sido cuatro?) recuperarse completamente del shock de ver morir a Malcolm. Sheila no quería dejarla sola; tuvieron muchas discusiones sobre el tema. Y dos semanas eran mucho tiempo, suponía, para irse sin ella, pero no tenía sentido que Lois fuese con ellos (ni siquiera habría sido capaz de subirse al avión), y además sus abuelos se quedarían allí todo el tiempo, a pocos kilómetros del hospital. Pero Sheila había estado angustiada, inquieta. No había disfrutado realmente de las vacaciones, preocupada por Lois. Ahora lo recordaba. De golpe, todo se le venía a la cabeza.

La carretera lo condujo por fin hasta la diminuta aldea de Gammel Skagen, y él recorrió sus últimas e inesperadas revueltas mientras zigzagueaba entre tiendas turísticas y un hotel antes de llevarlo hasta el aparcamiento que quedaba encima de la playa. Solo había otros dos coches, y el chiringuito donde daban café y tentempiés ya estaba cerrando. Paul tenía una hora por delante. Había volado hasta Aarhus esa mañana en un vuelo barato, y se había concedido cuatro horas para conducir hasta la mismísima punta de Dinamarca; al final le había llevado menos de dos y media. Se había olvidado de que era un país pequeño.

Antes de salir y bajar caminando hasta el mar, le echó un último vistazo al fax de la secretaria de Rolf Baumann del día anterior.

3 de mayo de 2000

Estimado Sr. Trotter:

El Sr. Baumann me pide que le diga que su mensaje telefónico ha sido una grata sorpresa.

Se alegra de que le proponga hacerle una visita en Múnich un día de esta semana, pero tiene otra propuesta que hacerle. Pregunta si le vendría bien que se vieran en Dinamarca mañana (4 de mayo) por la noche. Propone que se encuentren en la playa de Gammel Skagen a las siete y media de la tarde, hora local.

Por favor, hágame saber si le vendría bien. Si su respuesta es afirmativa, les reservaré plaza por una noche, tanto a usted como al Sr. Baumann, en un hotel del pueblo.

El Sr. Baumann espera que esté de acuerdo con su propuesta y me dice que le encantará volverá verle.

Saludos cordiales.

Paul cerró el coche y recorrió el camino arenoso que llevaba a la playa. Debería haber tenido la cabeza llena de pensamientos sobre lo que iba a decirle a Rolf esa

noche, sobre cómo iba a verbalizar exactamente su petición, pero todas las preocupaciones que había dejado atrás en Londres (a pesar de que eran el pretexto de haber ido hasta allí) empezaban a parecerle irrelevantes. Los ojos se le fueron, en cambio, tras los lejanos pesqueros de arrastre que veía recortados en el horizonte, mientras escuchaba únicamente cómo rompían las olas en la playa. Caminando por ella hacia el norte, Paul también pudo distinguir la silueta de la casa donde se habían alojado en su día. Se emocionó al verla y se paró en seco, con el aliento entrecortado por el peso de los recuerdos. Deseando más que nada en el mundo saborear aquel momento, soltó un taco en voz baja cuando el doble pitido de su móvil anunció la llegada de un mensaje de texto. Pero era un animal de costumbres, y no pudo evitar sacar el teléfono del bolsillo. El mensaje era de Malvina.

Perdona si me pasé anoche —es que me pones así. Te echo mucho de menos, no pienses mal de mí y contesta cuando puedas. Mxxx

Se sentó torpemente sobre una roca, a unos metros de donde rompían las olas, y sin pensar mucho lo que estaba haciendo tecleó rápidamente una respuesta.

Nunca pensaré mal de ti P xxx

Continuó su paseo hasta la casa.

Paul nunca había leído el relato de Benjamin sobre sus vacaciones danesas; el relato que ganó el Marshall Prize de escritura creativa del King William. Nunca había sentido curiosidad por lo que escribía su hermano de adolescente, y ahora aún menos. Benjamin había escrito sobre «las rompientes plateadas que batían a lo largo de aquella playa aparentemente infinita», y descrito el «furioso rugido» de las olas. Paul, que era muy puntilloso para los detalles, no habría estado de acuerdo. Mientras avanzaba sobre la arena que cedía bajo sus pies, no sentía ninguna rabia, ni en el mar ni en él. Todo se había reducido a aquella calma, a la sensación de que todo estaba bien, a la alegría de encontrarse en aquel lugar ese día. Salía luz de las ventanas de la casa, así que no se acercó demasiado. ¿La habían pintado de rosa? ¿O ya era rosa antes? No se acordaba. La casa más pequeña de al lado (la casa ocupada por Jorgen y Stefan con su abuela Marie) parecía deshabitada. Caminó con dificultad hasta ella e intentó echar un vistazo por las ventanas, pegando las manos a los ojos; pero el cristal no le dejaba ver nada, se limitaba a reflejar el agua ondulante, moteada de sol. Rodeó la parte de atrás, y se quedó mirando la pequeña parcela de hierba arenosa donde había jugado tantos partidos de fútbol con los otros niños. ¿Con todos ellos? No, Benjamin casi nunca se unía al grupo. Se quedaba sentado en la ventana, leyendo sus novelas, absorto en sus pensamientos, echándoles un vistazo de vez en cuando con

aquella expresión fastidiosa, visionaria, insondable, en los ojos. Les había engañado a todos con aquel comportamiento misterioso como de genio. ¡Pero solo había que verlo ahora! Quince años, o algo así, trabajando para la misma empresa, y ni siquiera un haiku en todo ese tiempo. Era triste, la verdad, esa manera de insistir en aquella ficción, de embaucar a tantas personas, todas convencidas de que un día cumpliría su promesa: Emily, Lois, sus padres... Triste también aquella manera de seguir babeando por Malvina, negándose a aceptar con cierto estilo su derrota.

Paul retrocedió hasta el borde del mar reluciente y volvió a pensar en Malvina. ¿Había hecho bien al decirle lo que le había dicho la noche anterior? La pregunta rozó su conciencia, sin impactar del todo, provocando apenas alguna onda. Esas cosas no se podían racionalizar. Le había hablado desde el corazón, eso era lo único que importaba. Dios..., hacía tanto tiempo que no lo hacía, al fin y al cabo. Ya era hora de dejar hablar a su corazón para variar, de que consiguiese captar la atención del orador, por así decirlo. Y tampoco era que le hubiera *prometido* nada. No se había comprometido de esa manera. Simplemente le había dicho, sinceramente, lo que sentía por ella, y al hacerlo, la había hecho feliz; trascendentalmente feliz, al parecer. Eso mismo ya era todo un logro, ¿no? ¿Cuándo fue la última vez que había hecho feliz a alguien? ¿Cuándo fue la última vez que había visto una expresión en la cara de alguien como la que había visto en Malvina la noche anterior, sabiendo que él era el causante de ella? Una mirada de agradecimiento, de amor, tan penetrante y tan poderosa que se le había grabado a fuego en la memoria, y aún perduraba allí con tanta claridad que casi le costaba creer que ella no estuviese ahora a su lado en la playa, alargando la mano para coger la suya. No era ninguna tontería. Sucediera lo que sucediera, el recuerdo de aquella mirada lo acompañaría siempre. ¿Seguro que eso significaba que había hecho lo correcto?

Paul siguió andando en dirección norte por la playa, apartándose de las casas que había vuelto a visitar. Ya llevaba a solas con sus pensamientos como siete u ocho horas (en el taxi a Stansted, el avión a Aarhus, el coche hasta Jutland) y empezaba a agotarse. Trató de dejar la mente en blanco.

Exactamente a las siete y media, regresó al aparcamiento y vio que su coche era el único que había. Esperó un rato, medio sentado sobre el capó, mirando hacia la carretera de acceso. Las gaviotas descendían en picado a la playa, para posarse sobre las rocas, chillando. Paul solo veía unos metros de la carretera antes de que torciera fuera de su campo de visión, así que cualquier coche que llegara aparecería de improviso. Pasó un cuarto de hora.

Por fin oyó un ruido. Pero no era el ruido de motor que esperaba. De hecho, provenía del cielo, no de la carretera. Era un zumbido distante que se fue haciendo más fuerte rápidamente. Levantando la vista, Paul vio una luz parpadeante contra la claridad azul, y un objeto negro y amorfo en movimiento que, a medida que se fue acercando, tomó la forma de un helicóptero. En unos segundos el ruido se volvió ensordecedor, y la hierba alta que había detrás se aplastó con la corriente de aire del

helicóptero mientras planeaba sobre las dunas, buscando un sitio donde aterrizar. Incluso antes de que tocara el suelo, se abrió una puerta de golpe y un hombre de mediana edad con un traje oscuro salió de un salto y se dobló hacia delante para soportar la fuerza generada por la rotación de las hélices, con una valija diplomática por todo equipaje. Vio a Paul acercarse desde el aparcamiento, y cuando se encontraron frente a frente y se estrecharon la mano, lo primero que gritó, por encima del ruido del motor, fue:

—Lo siento, Paul. Me he retrasado diecisiete minutos. Había una zona horrible de turbulencias sobre Lübeck.

Entonces el helicóptero se elevó en el aire y se alejó. Y Rolf Baumann se rio encantado de encontrarse en presencia del hombre al que llevaba veintitrés años sin ver, le dio una palmada en el hombro y dijo:

—Supongo que habrás venido en coche.

La secretaria de Rolf les había reservado dos habitaciones individuales en el Bar Ondums Hotel de Anchersverj. Abajo, era un sitio tranquilo, elegante y pasado de moda; arriba, donde tenía baños y duchas comunes, resultaba ser bastante más espartano. Ambos lo recordaban como un lugar al que habían ido sus familias para una cena al aire libre en el verano de 1976, y donde se habían sentado a una mesa enorme en el frondoso jardín, ligeramente intimidados por la formalidad del servicio y el elaborado detalle de un menú que hizo que Colin Trotter tuviera que ojear frenéticamente su diccionario de Inglés-Danés tapándose con el mantel blanco.

—Qué ingenuos debíamos de ser todos en esa época —dijo Rolf, con una risa ahogada, cuando más tarde abandonaron el hotel esa noche y se dirigieron hacia el puerto para cenar.

—Bueno, mi familia desde luego sí —dijo Paul—. Dios mío, fueron las únicas vacaciones que cogimos en diez años que no consistieron en quedarnos sentados en una caravana en Gales del Norte mientras fuera llovía a mares. Fue toda una aventura para nosotros.

—Y, sin embargo, tú en concreto te las tomaste con mucha calma. Recuerdo que me parecías totalmente... imperturbable. Creo que nunca he visto semejante autocontrol en un niño.

—Benjamin y yo tenemos mucho autocontrol —reflexionó Paul—, cada uno a su manera. En su caso, ha acabado significando la ruina. En el mío, la fuerza. Por lo menos, eso pensaba antes. Ahora empiezo a tener mis dudas. ¿Vale la pena dejarse controlar por otra persona? Empiezo a pensar que a lo mejor tiene su gracia.

Rolf se quedó mirándolo con interés, pero no le pidió que se explicara.

—¿Y tu hermana? —dijo en cambio—. No estuvo con nosotros ese verano. Estaba muy enferma, recuerdo. Ninguno de vosotros hablaba mucho de eso; era un poco raro. Se había quedado muy mal por culpa de un episodio violento. Me suena algo relacionado con el terrorismo. ¿Tengo razón o no?

Paul le contó la historia de Lois y de cómo había presenciado la muerte de su novio, Malcolm. Mientras lo hacía, fueron caminando por Østre Strandvej, donde las tranquilas y verdes calles traseras daban paso a una zona más fea y comercial de la ciudad, y la calle estaba flanqueada de enormes almacenes grises y el aire olía abrumadoramente a pescado. Rolf escuchó la historia muy serio y se quedó callado un rato; no tenía palabras de consuelo que ofrecer.

—¿Pero ahora está bien? —dijo por fin—. ¿Lleva una vida normal?

—Más o menos —respondió Paul—. Ahora trabaja en la biblioteca de la universidad. Y está casada con un buen abogado y tiene una hija, Sophie. Creo que tiene... recaídas de vez en cuando, pero no sé mucho de ellos. Nunca tuvimos mucha relación Lois y yo. No la he visto en todo el año.

Llegaron al puerto. Ya eran más de las nueve pero el cielo seguía siendo de un resplandeciente azul mate. Rolf y Paul caminaban en silencio. La temporada turística aún no había comenzado y todo estaba muy tranquilo; las cabañas de madera donde servían cerveza y pescado con patatas fritas a los primeros veraneantes ya estaban cerradas; los aparcamientos, vacíos; y el único ruido que había era el delicado e irregular tintineo de las jarcias de decenas de yates y barcos de pesca atracados en el muelle.

El recepcionista del hotel les había recomendado que intentaran conseguir un sitio en el restaurante Pakhuset para cenar, que en efecto parecía ser el lugar más animado y acogedor de Skagen esa noche. Una camarera rubia de veintipocos años les guio por una escalera decorada con timones, gobernalles, cronómetros y ornamentos náuticos de todo tipo, hasta un grupo de mesas dispuestas en la galería de madera que daba a la atestada barra de abajo, donde unas veintitantas personas, entre hombres y mujeres jóvenes, celebraban al parecer un cumpleaños. Paul y Rolf se sentaron frente a frente en una mesa diminuta, con las rodillas casi tocándose, y escrutaron ceñudos con inútil concentración los menús daneses.

—Vamos a pedirle consejo a esa camarera tan guapa cuando vuelva —sugirió Rolf—. Será una buena excusa para hablar con ella.

Paul asintió, aunque en esa ocasión no se había fijado en si la camarera era guapa o no. Seguía teniendo en mente a Malvina, de quien ahora recibió otro SMS, justo cuando se estaba preparando para empezar a hablarle a Rolf de las razones por las que había querido volver a verlo.

Espero no interrumpir discusiones vitales. Solo quería decirte que sigo pensando en ti. Siempre siempre siempre. Llámame esta noche si puedes xxx

Paul metió el móvil en el bolsillo después de leerlo, con la esperanza de que su sonrisa no le hubiese traicionado demasiado.

—*Friske asparges* significa espárragos frescos, supongo —dijo Rolf, mirando el menú por encima de las gafas—. Con *røfdtunge*, que solo puede ser alguna clase de pescado rojo, ¿será un pargo? —Le volvió a echar otro vistazo al menú y luego lo dejó sobre la mesa—. Me pregunto qué porcentaje de mensajes telefónicos tendrán un contenido sexual o romántico. ¿El noventa y nueve por ciento, por ejemplo? ¿Tú crees que ya se habrá hecho algún estudio sobre el tema?

Paul se rio, incómodo.

—Espero que no pienses...

—Me imagino que el propio señor Blair te está mensajando sobre un problema de Estado. O eso o que tu mujer sigue albergando los suficientes sentimientos románticos como para mandarte *billets doux* virtuales en tus viajes de negocios al extranjero. ¿Cuánto llevas casado?

—Cinco años. ¿Y tú?

—Doce.

Rolf no añadió nada más a esa información tan escueta, y se puso a extender mantequilla con generosidad en un pedazo de pan de centeno.

Paul se quedó un momento en suspenso al borde del abismo (pero nada más que un momento; en realidad era un salto fácil de dar) y entonces le espetó:

—Estoy enamorado de otra persona.

Rolf le pegó un mordisco a su pan, dejando un perfecto semicírculo de huellas dentales en la mantequilla.

—Ah, ya. Bueno, eso pasa. Eso pasa, desde luego.

—No pareces muy sorprendido —dijo Paul, bastante ofendido al comprobar que aquella confesión tan importante era recibida con tanta despreocupación.

—¿Quién es ella? —preguntó Rolf.

—Se llama Malvina. Es mi consejera mediática.

—¿Eso es lo mismo que una secretaria?

—Supongo que sí, más o menos.

—Mmm —gruñó Rolf—. La verdad es que no eres muy original, Paul. ¿Qué edad tiene?

—Veinte.

Alzó las cejas emitiendo un sonido de desaprobación, y masticó un poco más de pan.

—Ciclo santo.

—Ya sé que no suena muy bien —dijo Paul—. Pero es amor de verdad. La verdad es que es... amor de verdad.

—Eso ya lo veo —le aseguró Rolf.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Se te nota en los ojos. Son de desesperación. Son los de un hombre que está experimentando una euforia pasajera pero que, en el fondo, no tiene la menor idea de lo que va a hacer. —Paul lo miraba sin dar crédito; así que Rolf añadió—: sé de lo que estoy hablando, Paul. Ya he visto antes esa mirada.

—¿En serio? ¿Y dónde?

—En el espejo. Un par de veces.

La camarera volvió para ver lo que querían, y Rolf se embarcó en la difícil empresa de pedir la comida y en la aún más difícil de coquetear con ella. Enseguida se enteró de que estudiaba biológicas en la Universidad de Aalborg, de que el verano anterior había pasado tres meses en los Estados Unidos, de que tenía dos hermanos pero no tenía novio, de que se mantenía en forma haciendo yoga tres veces a la semana y de que, para su gusto, Radiohead estaban sobrevalorados. También les convenció de que probaran una especialidad de la casa llamada *Hvidvin med brombærlikø* que, según les explicó, era un vino blanco con un toque de licor de grosella. Les llevó dos vasos altos y, tras beberse el suyo en un plisplás, Rolf le pidió

que les trajera dos más.

Cuando ya estaban los dos completamente borrachos y muy bien comidos, Rolf le dijo a Paul:

—Se podría decir perfectamente que un macho no es más que una hembra defectuosa. ¿A ti qué te parece?

—No estoy muy puesto en esa teoría —respondió Paul frunciendo el ceño.

—Bueno, la puedes considerar desde un punto de vista biológico —dijo Rolf—. La mera presencia del cromosoma Y ya es señal de imperfección. Pero ni siquiera hay que concretar tanto. Es pura lógica. Fíjate en la camarera, por ejemplo.

—Lise.

—Lise. ¿Se llama Lise? ¿Nos lo ha dicho?

—Sí, varias veces.

—Bueno, pues fíjate en ella..., subiendo y bajando corre que te corre por esa escalera, siendo tan encantadora con todo el mundo sin el menor esfuerzo. ¿Cuántos años tendrá? ¿Veintiuno, veintidós? Mira cómo la seguimos con los ojos. ¿Pero qué sabemos de ella? Solo que es joven, y que tiene un cuerpo que nos hace babear. Aparte de eso, nada de nada. Podría ser una asesina en serie perfectamente. Y, sin embargo, cualquiera de los dos, con un par de copas más, pondríamos nuestra vida familiar en peligro si nos pidiera que nos fuésemos con ella a su casa. ¿O no? Es un trastorno patológico del sexo masculino. No somos fieles, no tenemos instinto de protección de nuestro nido, ni todas esas cosas tan sanas y naturales con las que nacen las mujeres. Somos defectuosos. Un hombre no es más que una mujer defectuosa. Así de simple.

—Con todos mis respetos —dijo Paul—, creo que no dices más que tonterías. Para empezar, ¿por qué iba a pedirnos que nos fuéramos con ella a su casa? Somos mayores para ella.

—Mira quién fue a hablar. El que, por lo visto, se ha ganado el corazón de una bella mujer de veinte años... Así que puede pasar.

—Eso es distinto. Lo que está pasando entre Malvina y yo es fruto de mucho tiempo. Anoche tuvimos una especie de crisis.

Rolf se rio en silencio.

—La crisis aún no ha empezado, Paul. Ni siquiera ha empezado todavía.

—Ya sé, seguramente acabará saliendo en los periódicos. Ya casi ha salido, de hecho. Pero me las puedo apañar...

—No me refería a eso —dijo Rolf—. Eso, nada. Nada de nada. —A esas alturas ya se habían pasado al coñac; meneó el líquido ocre en su copa abombada, mientras su cara sucumbía a la depresión—. De todos modos —dijo, remontando la situación con un esfuerzo deliberado—, y hablando de crisis, ¿no es hora de que hablemos de nuestro asuntos? ¿O me voy a pasar aquí toda la noche esperando que me digas qué

quieres de mí?

—¿Y qué te hace pensar que quiero algo de ti?

—No te has puesto en contacto conmigo esta semana para recordar viejos tiempos, Paul. Concédeme, por lo menos, que sé algo de la naturaleza humana. Casi la última cosa que hice cuando nos conocimos hace tantos años (no recuerdo las palabras exactas, a lo mejor tú sí) fue agradecerte haberme salvado la vida y asegurarte que siempre estaría en deuda contigo. No es algo que se olvide muy fácilmente, ¿no? Y ahora de repente, como por arte de magia, me llamas después de más de veinte años. *Y esta semana*, Paul. Pues explícame por qué un miembro del Parlamento británico, de un colegio electoral de las West Midlands, iba a contactar con un miembro del consejo de administración de la BMW *esta semana* precisamente... Complicado, ¿eh?

Paul apartó la mirada, incapaz de sostener la suya. Pero Rolf insistió.

—Me da igual, de verdad. No habría venido hasta aquí si no hubiera querido ayudarte. Pero no creo que pueda hacer mucho.

—Si yo... —empezó Paul, con cierta dificultad; luego no supo seguir y lo intentó otra vez—. Si tú y yo pudiéramos... discutir sobre algunas posibilidades... El caso es que..., bueno, que me he metido en una especie de lío con el partido, y no me he ocupado mucho del tema de Longbridge estas últimas semanas, porque andaba un poco preocupado con mis cosas. Si pudiera demostrarles de alguna manera que... controlo la situación.

—¿Y el «lío» ese en el que te has metido tiene algo que ver con tu consejera mediática?

—Probablemente.

—Vale. Siempre es mejor ser directos, Paul. Se pierde mucho menos el tiempo. Tú dime qué es lo que quieres. No te cortes. Vete al grano.

—Está bien. —Paul dejó su copa de coñac y entrecruzó los dedos, casi en un gesto de oración. Les llegaban oleadas de risotadas de la fiesta de abajo. Esperó a que el ruido disminuyese—. No deberíais vender la Rover. BMW no debería vender la Rover. Deberíais comprometeros con la fábrica de Longbridge y anotaros un tanto.

Rolf parecía realmente estupefacto por primera vez esa noche.

—Pero lo que me estás proponiendo (o sugiriendo, más bien), Paul, ¿no va en contra de la política de tu propio partido? Corrígeme si me equivoco, pero desde que la Alchemy retiró su propuesta, estamos en conversaciones con otro comprador: el Phoenix Consortium. Y las conversaciones van bien. Y vuestro señor Byers apoya la oferta del Phoenix. De hecho, he hablado de ella con él esta tarde.

—Es cierto. Pero, según mis informaciones, la oferta de Phoenix no es realista.

—¿Y de dónde salen esas informaciones? De los periódicos, supongo.

—Principalmente —se vio obligado a admitir Paul.

—Bueno, pero ya sabemos que uno no debería creer todo lo que sale en los periódicos.

—¿Quieres decir que la estáis considerando?

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Mandar a miles de trabajadores al paro y echarnos encima a la opinión pública?

—Hay una solución mucho más sencilla. Mantener abierta la fábrica de Longbridge.

Rolf soltó una risita sarcástica.

—¿Y perder millones de libras a la semana?

—Las pérdidas no son tan tremendas como nos habéis hecho creer. La mayoría de esas cifras son el resultado de vuestros propios métodos de cálculo.

Ya porque fuera cierto, o porque le impresionaron la pasión y la sinceridad repentinas con las que Paul parecía argumentar su teoría, Rolf se quedó un rato callado. Por lo visto, estaba meditando el asunto seriamente.

—A ver, vamos a dejar las cosas claras —dijo por fin—. Quieres que convenza al consejo de administración de que cambie de opinión sobre el tema (de que dé un giro de ciento ochenta grados, en realidad), para que tú puedas volver a casa, darle la noticia al señor Blair y convertirte en un héroe. El hombre que salvó a la Longbridge.

—Si quieres verlo así...

—Sé sincero conmigo, Paul. Por mucho que vaya en contra de lo que te han enseñado. ¿Es eso lo que quieres que haga?

Paul no veía razón para disimular.

—Sí, supongo que sí.

Rolf lo miró entonces como si al fin hubiera caído en la cuenta de que era alguien con quién había que contar. Aparte de eso, su expresión no dejó entrever nada, y lo mismo sucedió con sus palabras.

—Muy bien —se limitó a decir, corriendo su silla hacia atrás—. Lo consultaré con la almohada.

Y le hizo una seña a Lise para que trajera la cuenta.

Paul se despertó a la mañana siguiente con una buena resaca y no bajó a desayunar. Rolf, sin embargo, debía de haberse levantado temprano, porque acababan de dar las nueve cuando llamó muy decidido a la puerta de Paul y dijo:

—¿Estás despierto? ¡Apúrate! Tengo que irme dentro de hora y media, y antes tenemos que hacer una excursión.

Paul metió la cabeza debajo del grifo del agua fría, se tomó dos paracetamoles y bajó arrastrando los pies. Rolf lo esperaba en la calle con una expresión de complacencia, de pie junto a una bicicleta reluciente y ligera, un tándem para ser exactos.

—¿Qué te parece? —preguntó—. A que es bonita...

Paul rodeó la bicicleta, inspeccionándola desde todos los ángulos con el aire (no del todo afectado) de un experto.

—No está mal —respondió—. Nada mal. ¿De dónde la has sacado?

—Hay un sitio donde las alquilan en el pueblo. He pensado que sería la forma más fácil de llegar hasta allí.

—¿Adónde vamos? —preguntó Paul.

—Adonde se encuentran los dos mares, claro. Súbete, conduces tú. Yo tengo que llevar mi equipaje conmigo.

Así que se pusieron en marcha, torciendo a la derecha por la Oddevej y luego pasando por delante del *Kunstmuseum* de Grenen hasta Fyrvej, para continuar hasta el extremo de la península. Había pocas personas a aquella hora que pudieran fijarse en ellos, pero debían de hacer una pareja bastante incongruente en cualquier caso. Paul, por lo menos, iba vestido para la ocasión, con el uniforme habitual de un parlamentario del nuevo laborismo en sus horas libres: una camisa con el cuello abierto y unos vaqueros de color azul claro recién planchados. Rolf no solo seguía llevando su traje oscuro, sino también su valija diplomática en equilibrio sobre el manillar que tenía delante mientras pedaleaba. Pero a ninguno de los dos le importaba la pinta que tuvieran, de todos modos. Iban disfrutando de la sensación (que les invadió en cuanto dejaron la ciudad atrás y enfilaron la larga carretera sin curvas de Grenen) de ser de nuevo un par de niños de doce y catorce años.

—Esto te hace retroceder en el tiempo, ¿verdad? —gritó Rolf; y cuando Paul se volvió para mirarlo vio que la cara de Rolf, aparte de estar un poco colorada tras aquel ligero esfuerzo, era también presa de una especie de alegría infantil que había borrado las arrugas del entrecejo y demás signos de una madurez incipiente.

Después de eso, no se dijeron nada, y Paul saboreó una vez más aquel silencio absoluto: un silencio que parecía celebrar la suspensión del tiempo; así que no solo parecía posible, mientras estuviera allí, vivir el momento (lo que nunca podía hacer en Londres, tan *temporal era* su vida allí, tan abarrotada de planes, previsiones, estrategias de supervivencia...), sino también concebir ese momento como algo elástico, eterno. Esa revelación, al ser efímera, le proporcionó una deliciosa sensación de voluptuosidad; y mientras pedaleaba por aquel paisaje monótono, mientras iba dejando atrás kilómetros y kilómetros, tuvo una visión. Le invadió un recuerdo: Marie, la abuela de los chicos daneses, tirando del cordón de la persiana al final de su extenso relato, subiéndola hasta arriba de la alta ventana de su cuarto de estar, haciendo que la habitación se llenase de repente con la luz del atardecer, azul grisácea como sus ojos... La visión fue fugitiva, evanescente, pero mientras se mantuvo suspendida ante él le pareció tan vívida, tan real, que se quedó sin aliento y se olvidó de todo: de dónde estaba, de con quién estaba, de lo que seguía esperando conseguir con aquel extraño y maravilloso encuentro.

—¡Eh, inglés! —le gritó Rolf de pronto—. ¡No aflojes ahí delante! Recuerda que esto es cosa de dos.

Paul se dio cuenta de que había parado de paladear.

—¡Lo siento! —gritó, y se puso otra vez a ello con renovada energía.

La carretera abrazó la costa durante un rato y luego torció hacia el interior, con un arco lento y elegante, por delante de un faro pintado de vivos colores, hasta que los depositó suavemente en el aparcamiento del punto más septentrional de la península. Dejaron el tándem, sin ponerle el candado, en uno de los múltiples aparcamientos para bicicletas (por lo visto nadie se preocupaba mucho de la delincuencia en aquella parte del mundo) y completaron a pie el viaje hasta la playa, quitándose los zapatos y los calcetines mientras avanzaban por las suaves subidas y bajadas de las dunas.

—¡Ja! ¿Te acuerdas? —dijo Rolf, al tiempo que señalaba algo a sus espaldas. Y allí, en la lejanía, se veía un cuadro curioso: un único vagón ferroviario tirado por un tractor, llevando el primer puñado de turistas mañaneros a la parte más distante de la playa, la verdadera punta de Dinamarca, donde el Kattegat y el Sakegerrak se encontraban el uno con el otro.

—Sí, me acuerdo —dijo Paul; y se detuvo, tras dar unos cuantos pasos más, para leer los llamativos letreros en inglés, danés y alemán que advertían a los visitantes de que la acogedora y modesta naturaleza del paisaje escondía peligros ocultos.

—*Livsfare* —leyó en voz alta—. ¿Ya estaban entonces?

—Sí —dijo Rolf—. Creo que sí.

—¿Tu madre no se metió con el coche en la playa y tuvo que venir una patrulla de bomberos o alguien para sacarla de aquí?

—Es cierto. Pobre Mutti; se murió hace dos años, y siempre fue la peor conductora del mundo. Eso fue el día..., eso fue lo que hizo que Jorgen, o como se llamara, me tomase tanto el pelo. Y yo le contesté en un plan muy insultante, me parece. Todavía me pongo colorado cuando me acuerdo.

—Pero de eso ya hace mucho tiempo —dijo Paul, mientras emprendían otra vez la marcha—. Éramos todos muy jóvenes.

Rolf meneó la cabeza.

—No debería haberle dicho aquellas cosas.

Fueron caminando cerca del borde del agua, donde la arena era oscura y dura. Ya eran casi las diez y cada vez había más turistas, repartidos en grupos de tres o cuatro, que no paraban de hacer fotos de la playa desde cualquier ángulo imaginable. El hombre de negocios y su amigo el político, los dos descalzos, llamaban aún más la atención.

Al final llegaron al extremo de la península y, protegiéndose los ojos de la luz matinal que el agua les devolvía ahora con una intensidad cegadora, contemplaron con un asombro renovado los dos grupos de olas que corrían a encontrarse, formando extraños dibujos triangulares al hacerlo, mezclándose y fusionándose en lo que un Benjamin adolescente había descrito en su día como «un espumoso y promiscuo acoplamiento». Se sonrieron mutuamente, queriendo compartir aquel instante, pero ninguno de los dos dijo nada en un buen rato. El pitido del móvil de Paul le indicó que había recibido otro SMS, pero no lo leyó en ese momento. Lo dejaría para después.

Cuando Rolf habló por fin, lo hizo muy despacio, como sacando las palabras de alguna profunda corriente de pensamientos.

—Curiosamente... —empezó—, curiosamente, no tengo ningún recuerdo de lo que sentí al perderme ahí en el agua, ni al ser arrastrado hacia el fondo del mar por la fuerza de los elementos. Debí de pensar que iba a morir. Ni siquiera me acuerdo de cuando me salvaste. Quiero decir, sé lo que pasó, pero no consigo visualizarlo; no puedo... revivir esa sensación. —Se quedó mirando el horizonte y guiñó aún más los ojos contra el sol cegador—. Es como si te saltaran los plomos. Sí, supongo que es eso.

—Yo tampoco me acuerdo muy bien —dijo Paul. Y añadió, percibiendo la banalidad de sus propias palabras—: los dos hemos recorrido un largo camino desde entonces.

—Me pregunto si harías bien en salvarme —dijo Rolf, inesperadamente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Paul, realmente estupefacto.

—Al carácter sagrado de la vida humana —reflexionó Rolf en voz alta—. Nunca he entendido muy bien ese concepto. Ni tampoco lo suscribo, la verdad. Supongo que mi filosofía moral siempre ha tendido al utilitarismo. Cuando te metiste corriendo en el agua para salvarme, fue un gesto instintivo, un impulso animal. Me pregunto si yo habría hecho lo mismo.

—Cuando ves a alguien ahogarse —dijo Paul— no te paras a preguntarte si vale la pena salvar una vida. No te quedas allí parado diez minutos sopesando tu contribución a la humanidad. Para empezar, no te da tiempo. Simplemente te tiras y lo haces.

—Ya, claro —respondió Paul—, eso lo entiendo. Pero quiero decir que, desde un punto de vista racional, creo que seguramente te equivocaste.

—¿Cómo que me *equivoque*?

—Si me hubiera ahogado ese día..., bueno, mis padres habrían sufrido, por supuesto. Pero después... —meneó la cabeza— mi mujer habría conocido a otra persona que no la habría hecho tan infeliz como yo. Eso seguro. Mis líos amorosos, que no hicieron más que daño a todos los interesados, no hubieran existido. La gente que me ha empleado podría haber contratado fácilmente a otro igual de capaz. —Se volvió hacia Paul y en su voz había ahora un poco de rabia, de agresividad incluso—. Como verás, no me autoengaño. Me he dado cuenta de que soy un hombre egoísta. Me preocupa muy poco la felicidad de los demás.

—Hice bien —dijo Paul tranquilamente— y, digas lo que digas, no vas a convencerme de lo contrario.

Rolf metió las manos en los bolsillos y se apartó despacio hasta el borde del agua. Se pasó un rato de espaldas a Paul sin moverse. Al final, Paul se acercó y se puso a su lado, provocando que Rolf dijera por fin:

—Te das cuenta, ¿no?, de que en realidad no puedo hacer lo que me pides. Hay cosas que no merece la pena salvar. Aunque no creo que eso valga para los seres

humanos, sí que sirve para las empresas en crisis. —Le puso una mano a Paul en el hombro, pero fue un gesto torpe, y la dejó caer—. Sé que estoy en deuda contigo. Y te ayudaré de la forma que pueda. Te daré dinero. Te prestaré mi casa de veraneo en la costa para que lleves allí a tu amante este verano. Te daré el teléfono de la mejor prostituta del mundo, que vive en Londres, por cierto. Pero no puedo hacer esto por ti. No soy lo bastante fuerte. Me estás pidiendo lo imposible.

—Lo único que te pido es que se lo propongas a los demás miembros del consejo, que reconsideren su decisión...

—Ya sé lo que van a decir. No estamos hablando de sacar a alguien del agua, Paul, sino de algo mucho más fuerte, de algo mucho más elemental. El mercado. Que también puede ser cruel, y destructivo. Crees en el mercado, ¿no? Tú y tu partido. Pues deberías ser honesto con la gente. Deberías hacerles entender que a veces se traga a los hombres y los devuelve sin vida a la orilla, y ni tú ni nadie puede hacer nada.

Y entonces, detrás de ellos, en la distancia, se oyó el ruido de un motor que se aproximaba. Ambos se volvieron y vieron, igual que Paul la tarde anterior, un punto negro en el cielo, que cada vez se hacía más grande. Rolf le echó un vistazo a su reloj y asintió satisfecho.

—Las diez y media. Ni un minuto de retraso. Vamos, Paul, y despídeme desde tierra si quieres.

Corrieron hacia el helicóptero, que estaba aterrizando en la playa oeste y despertando vivo interés entre los turistas. Se quedaron con la boca abierta al ver a aquella figura corpulenta y desgarbada, con su traje oscuro hecho a medida, corriendo por la arena con su valija diplomática en una mano y los zapatos y los calcetines en la otra, seguido de cerca por Paul. Algunos incluso se pusieron a hacer fotos.

Tuvieron que gritar para despedirse.

—Ha sido maravilloso volver a verte, Paul —bramó Rolf, con el pelo ondeándole al viento de cola—. Y ver este sitio. Muchas gracias por venir. No dejemos que pasen otros veinte años, ¿vale?

—Vale —respondió Paul.

—Lo siento —dijo Rolf—. Siento no poder hacer lo que me has pedido. Pero no te preocupes. Todo se solucionará solo.

—Eso espero.

—Estoy seguro. Me preocupa más lo tuyo.

—Está controlado. No te preocupes.

Rolf arrojó sus cosas dentro de la cabina, y estrechó a Paul entre los brazos. Se dieron un fuerte abrazo. Y Rolf estaba a punto de subir al helicóptero cuando se volvió, pegó la boca a la oreja de Paul y le dijo:

—Deja que te diga una cosa, Paul; rara es la mujer a la que le gusta hacer el papel de amante. Tú no eres un hombre cruel, así que recuérdalo: para ellas es una situación muy incómoda. Una de las mías se suicidó. —Luego le dio dos besos a Paul en las

mejillas, en un gesto muy poco germánico—. Sigo sin estar muy convencido de que hicieras bien salvándome.

Tras lo cual, en una confusión de ruido y movimiento y ráfagas de arena que salían disparadas irritando los ojos de Paul, el helicóptero se alzó en el cielo y desapareció.

Benjamin estaba sentado en su despacho, en la séptima planta de una torre con vistas a St Philip's Place. Llevaba trabajando en la misma mesa más de diez años, y siempre había disfrutado de la vista que tenía desde allí, el gris panorama de la ciudad a la que seguía amando, a pesar de sus ansias de librarse de ella. Pero hoy no contemplaba la vista. En cambio, y por segunda vez, cogió el libro de la mesa, releyó incrédulo las últimas frases y lo dejó caer de las manos.

Era la hora de comer, y tenía un café moca grande del Coffee Republic, y una *ciabatta* absurdamente cara con feta y aceitunas negras de la nueva bocatería de Piccadilly Arcade. La biografía de Francis Piper seguía abierta sobre la mesa, y había llegado hasta la página 567. Doug quería la crítica a finales de la semana como muy tarde, así que Benjamin debía terminar de leer el libro ese día como fuera. Iba tomando notas concienzudamente mientras lo leía.

El biógrafo de Piper había tenido acceso a los diarios privados del poeta e iba tejiendo su relato en torno a aquellas citas de las fuentes originales. Los diarios eran extensos (algunos dirían que interminables), y parecía que el editor no se había dedicado a hacer una excesiva labor de poda. Así que hacían falta 550 páginas para llegar al año 1974, y todavía quedaban otras doscientas, por lo menos. Pero Benjamin ya se había enterado de qué iba la cosa; a esas alturas de la película, ya habían transcurrido unos treinta años desde la época más gloriosa y productiva de Piper como poeta; no estaba escribiendo nada de mayor importancia (aparte de aquellos diarios interminables), y (al llevar casi toda una década sexualmente inactivo) era presa de fantasías y obsesiones sexuales de una índole fastidiosamente morbosa. La letanía de sus desencuentros un tanto patéticos (albañiles perseguidos sin esperanza alguna varios kilómetros por callejas de las afueras, incipientes meteduras de mano en servicios públicos abandonados en ataques de pánico) se estaba volviendo francamente aburrida.

Los ingresos de Francis Piper en esa época parecían provenir enteramente de sus ocasionales apariciones en público en colegios y universidades de todo el país, o en alguna visita aislada a alguna delegación inhóspita del British Council en Bucarest o en Dresde. El 7 de marzo de 1974 había ido a recitar y a charlar sobre su obra al colegio King William de Birmingham. El propio Benjamin se contaba entre el público. Se había fijado en que se mencionaba el colegio en el índice, pero no había querido leer ningún fragmento del libro saltándose el orden, dando por descontado en cualquier caso que no sería objeto más que de una breve mención. Así que la descripción de aquella visita, cuando llegó a ella, le cogió completamente desprevenido.

Fue después de leer aquel párrafo por segunda vez cuando dejó caer el libro al suelo y salió tambaleándose del despacho, sin decirles una sola palabra a sus

compañeros o a Judy, que estaba sentada tras la mesa de la recepción. Ella lo miró sorprendida, pero no se dio cuenta (¿Cómo iba a dársela?) de que le habían volado los cimientos de su vida en unos segundos.

Benjamin se adentró en el veloz tráfico de Colmore Road (provocando una sinfonía de bocinas furiosas) y luego deambuló como en trance por la periferia de St Philip, captando solo vagamente los titulares que figuraban en las pancartas del *Evening Mail*, fuera de los quioscos. «¡Trato hecho! La victoria del Phoenix salva Longbridge». ¿Qué más le daba que la vida de decenas de miles de desconocidos hubiera recuperado la esperanza y el sentido, cuando la suya los había perdido brutalmente de golpe?

Sonó su móvil. Era Philip Chase.

—Hola, Ben, ¿te has enterado de la noticia? La Rover se ha salvado. La BMW ha aceptado la oferta del Phoenix. Es fantástico, ¿no? Voy a ir en coche hasta Longbridge para ver lo que está pasando delante de la puerta Q. ¿Quieres venir? Te puedo llevar. —No hubo respuesta a nada de eso, y Philip se vio obligado a decir—: ¿Eh, Benjamin? ¿Estás ahí?

Tras un par de segundos, con lo que le supuso un gran esfuerzo de voluntad, Benjamin dijo:

—No puedo, Phil. Gracias, pero tengo que trabajar.

—Ah, vale. —Y Phil colgó, confuso y decepcionado al parecer, pero no por la disculpa, sino por el tono de la voz que la había dado.

Pero Benjamin no volvió a trabajar. Eso sí, regresó a su despacho un momento para recuperar su ejemplar de la biografía, y luego fue a medias corriendo, a medias caminando hasta la estación de New Street, y llegó justo a tiempo para coger el tren de las 13.48 para Londres Euston, que venía con retraso.

Irina fue a abrir la puerta y pareció molestarse cuando Benjamin le preguntó:

—¿Están en casa?

—Sí —dijo ella—, están en casa, pero no creo que estén...

—¿Quién es? —Era la voz de Doug, que bajaba por la escalera, sin pantalones, sin aliento, y peleándose con los botones de la camisa.

—¿Eres tú, Benjamin? —Esta vez era Frankie la que gritaba desde arriba. Estaba asomada a la barandilla, envuelta en una sábana sin nada debajo. Tenía el pelo revuelto de una forma que le quedaba muy bien, y sí Benjamin no hubiera sido presa del pánico en aquel momento, seguro que hubiera sentido cómo le invadía la habitual oleada caliente de deseo. Se oía a Ranulph en la cocina, sus gritos cada vez más altos y más indignados.

—Ya voy yo —dijo Irina, girando sobre sus talones.

—¿Benjamin? —dijo Doug, ya desde el pie de las escaleras—. ¿Qué haces aquí?

—No hace falta que me lo digas —dijo Benjamin—. He venido en mal momento.

—No tanto. Solo que, ya sabes, no he soltado muchos tacos últimamente. — Cogió a Benjamin del brazo y lo llevó en dirección al cuarto de estar—. Venga, siéntate. Pareces destrozado. ¿Qué ha pasado?

—¡Bajo enseguida! —les gritó Frankie, y desapareció para vestirse.

—¿Qué haces en Londres? —le preguntó Doug, mientras Benjamin se desplomaba en uno de los sofás—. ¿Por qué no estás trabajando?

—Ha pasado algo —respondió Benjamin—. Algo horrible.

—¿Habéis roto tú y Emily? —dijo Doug instintivamente, antes de que le diera tiempo a pensárselo.

Benjamin se quedó mirándolo.

—No.

—Lo siento, no sé por qué he dicho eso. ¿Te apetece una taza de té o algo? Le diré a Irina que ponga agua a hervir.

La verdad es que no me importaría algo más fuerte.

—Vale. —Era una petición insólita (solo eran las cuatro y cuarto de la tarde), pero Doug le sirvió un generoso whisky escocés de todos modos—. Ahí tienes. Tómatelo y cuéntame qué ha pasado.

Benjamin apuró casi todo el whisky de un solo trago, se estremeció cuando la amarga quemazón le rascó la garganta, y dijo:

—Es por la crítica.

Doug dejó escapar un suspiro, tanto de incredulidad como de alivio.

—¿Y te has hecho todo el camino hasta aquí —exclamó— para hablar de esa crítica? Por el amor de Dios, Benjamin, ¿para qué te crees que está el teléfono?

—No podía contarte esto por teléfono.

—Mira, no tienes que preocuparte. Si la haces, bien. Si no, tampoco pasa nada. Porque solo voy a encargarme un par de semanas más de ese trabajo. No vas a dejarme colgado ni nada parecido.

—No es eso. Hay una cosa en ese libro. Una cosa sobre mí.

—¿Sobre ti?

—Bueno, no directamente. Quiero decir, no pone mi nombre. Pero hay una historia sobre una cosa..., y es sobre mí, estoy seguro.

Doug se asustó al oír hablar así a Benjamin. Años de escribir para un periódico de difusión nacional y recibir decenas de cartas de lectores semana tras semana le habían enseñado (entre otras cosas) que la enfermedad mental, en sus distintos grados de gravedad, estaba más extendida de lo que la mayoría de la gente pensaba, y podía adoptar las formas más sorprendentes. Le resultaba muy familiar el concepto de «delirio de referencia», que podía hacer que la gente estuviera convencida de que artículos absolutamente corrientes sobre asuntos de interés general estaban llenos de significados ocultos dirigidos expresamente a ellos. Y ese delirio podía volverse siniestro. No hacía mucho, un hombre de Chalfont St Giles que había intentado asesinar a su mujer había esgrimido como atenuante que le habían ordenado hacerlo a

través de unos mensajes codificados insertados en la programación de la tele.

Suspiró de nuevo y se pasó una mano por el pelo. Para empezar, ¿había cometido una estupidez al hacerle aquel encargo a Benjamin?

Afortunadamente (porque Doug no sabía qué decir) sucedieron dos cosas en ese momento. Frankie entró en la habitación, y sonó el teléfono.

Ella se inclinó sobre Benjamin, y le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—¡Qué alegría verte! —dijo, y dio la impresión (como siempre) de que lo decía de verdad. Se había puesto un jersey de cachemir con el cuello en V, sin blusa ni sujetador debajo, y Benjamin olió en su cuello la cálida fragancia de una excitación reciente. Se sentó a su lado y luego los dos se quedaron escuchando la mitad de la conversación de Doug al teléfono.

—Ya sé, David, es una noticia estupenda. Por lo visto, en Longbridge no acaban de creérselo. No ha habido un solo periódico de Londres que se tomara esa oferta en serio. No daban un duro por la fábrica; cinco mil empleos perdidos eran una historia demasiado buena. Eso era lo único que les interesaba. Pues claro que sí. ¿Cuánta extensión quieres? ¿Quince mil palabras? Me voy a poner ya. A las seis lo tienes ahí. Vale, no te preocupes.

A la vez que colgaba, se volvió hacia Benjamin y dijo a modo de disculpa:

—Como veréis, he abandonado la nave. Vuelvo a escribir sobre cosas interesantes. Técnicamente sigo contratado por el otro grupo, pero que se jodan. —Viendo la mirada de reprobación de Frankie se corrigió a sí mismo—. Quiero decir... que se fastidien. De todas formas, ya sabes lo de Longbridge, ¿no? Curiosamente, tu hermano ya ha conseguido salir en la radio diciendo que eso era lo que llevaba esperando todo el tiempo. Cosa que nos ha sorprendido mucho a todos, la verdad. —Miró su reloj—. Lo siento, Ben, tengo que ponerme a trabajar. Quieren esto a las seis. ¿Podemos dejarlo para la cena?

—Claro —contestó Benjamin, desalentado.

—No te preocupes —dijo Frankie—. Yo te lo cuido. —Y luego, después de que Doug hubiera salido corriendo escaleras arriba hacia su estudio, volvió a llenar el vaso de Benjamin y se sentó en el sillón de enfrente, inclinada hacia delante con gesto de atención y con las manos cruzadas—. Y ahora —dijo, con la voz casi temblándole de pura amabilidad (de cuya sinceridad Benjamin nunca se habría atrevido a dudar)—, dime qué es lo que va mal.

Benjamin no sabía por dónde empezar. Al final parecía que solo había una forma de expresarlo.

—Ya no creo en Dios.

A Frankie le llevó cierto tiempo digerir aquello.

—Guau... —fue lo único que consiguió decir en un principio; y se recostó en su sillón como impelida por una fuerza física—. Pero cómo..., quiero decir..., ¿desde cuándo?

—Desde la una y diez de esta tarde, más o menos.

—Guau —repitió ella—. Perdona, siento no ser más elocuente; pero, bueno, Benjamin, es que esto es... De todas formas, no lo dirás en serio, ¿verdad?

—Sí, lo digo en serio. Totalmente en serio. —Se levantó, dio un par de vueltas por la habitación, y entonces cogió la biografía de la mesita de café donde la había dejado y le enseñó a Frankie la foto de Francis Piper que venía en la portada—. ¿Sabes algo de este tipo? —le preguntó.

—No —admitió ella.

—Bueno. Es poeta; o, mejor dicho, lo era antes de morir. Bastante conocido. Fue famoso en los años treinta y después fue perdiendo esa fama progresivamente, y cuando vino a hablarnos al colegio en mil novecientos setenta y cuatro, ninguno de nosotros había oído hablar de él. Y ahora alguien ha escrito este libro sobre él y Doug me ha pedido que le haga una crítica. Y hoy he llegado a la parte donde habla de la visita a nuestro colegio. El siete de marzo de mil novecientos setenta y cuatro.

Benjamin volvió a sentarse, y trató de serenarse. La historia que tenía que contarle a Frankie era larga y compleja, y probablemente no tenía nada que ver con su propia experiencia. ¿Sería posible hacerle entender la clase de angustias que atenazaban a un niño de trece años en el umbral de la pubertad, aterrorizado ante la posibilidad de perder el respeto frágil y caprichoso de sus amigos? Unas angustias, además, que ahora parecían pertenecer a una era casi prehistórica; aunque a veces (y sobre todo ese día) a Benjamin le daba la sensación de que seguía atrapado en ese punto, mientras que el resto del mundo había seguido hacia delante.

—Bueno, en esa época —empezó, cogiendo aire— yo era muy tímido e inseguro (físicamente hablando) y me daba bastante... vergüenza mi propio cuerpo, supongo. —Sonrió tristemente—. Nada nuevo, vamos. —Esperó una sonrisa de asentimiento, pero la expresión de la cara de Frankie seguía siendo solemne y expectante—. Y en el King William teníamos la norma (no sé si Doug te lo habrá comentado alguna vez) de que, aunque te olvidaras de llevar el bañador al colegio, debías nadar igual. Pero desnudo.

—Cielo santo —dijo Frankie—. Qué frío...

—Pues sí, también había que tener en cuenta ese factor de la temperatura, claro, pero era más importante la *vergüenza* que podías pasar. Los niños de esa edad, como ya sabrás, son muy crueles, y muy... *competitivos* en ciertos aspectos. Y muy acomplexados, como ya te he dicho, con respecto a sus propios cuerpos. Así que era el peor castigo que se les podía haber ocurrido. Y yo vivía con un miedo horrible (un miedo literalmente horrible, paralizador y cotidiano) a que eso me pasara alguna vez.

—Y un día te pasó.

—Un día me pasó, sí. Mi padre me acercó en coche al colegio y yo me olvidé la bolsa de deporte en el asiento de atrás. Y no sé cómo sucedió pero, en cuestión de minutos, todo el colegio se enteró de que Trotter se había olvidado el bañador. Fue como si fuera la broma del siglo. En nuestro curso estaba un chico que se llamaba Harding, Sean Harding, y seguramente fue él quien empezó con la broma. Es curioso,

era amigo mío (uno de mis mejores amigos, de hecho), pero quería humillarme. ¿Cómo se come eso? No lo sé. En los niños se da una extraña mezcla de sentimientos. Crueldad y camaradería, parece que no hay ninguna contradicción entre las dos cosas.

—Lo sé todo sobre Harding —dijo Frankie—. Cuando Duggie dio una charla el año pasado en el Queen Elizabeth Hall, habló de él precisamente. De él y de tu hermano.

—Sí. —Benjamin se rio—. Tal para cual... Aunque en esa época no pensábamos eso. El caso es que me vine abajo. Este tipo, el poeta, Francis Piper iba a venir al colegio esa mañana para darles un recital a los mayores, y tuve un momento de respiro cuando pensé que eso significaba que se iba a suspender la clase de natación. Pero no la suspendieron. Así que aquella mañana en el recreo, justo antes de que empezara la clase, me fui a los vestuarios yo solo y tuve una especie de... crisis nerviosa, supongo que se podría llamar así. Y entonces fue cuando pasó aquello.

—Ya sé lo que vas a decir —dijo Frankie con una voz llena de sentimiento—. Te pusiste a rezar, ¿verdad? Te volviste hacia Cristo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Benjamin.

—Es lo que yo habría hecho.

—Bueno, la verdad es que antes nunca había pensado mucho en Dios —dijo Benjamin—. Pero de repente (y casi sin pensarlo) me puse de rodillas y empecé a rezar. O a pactar con Él, para ser exactos.

—¿A pactar con Él?

—Sí. Hice un trato. Le dije que sí me proporcionaba un bañador creería en Él. Por los siglos de los siglos.

Frankie parecía impresionada por la audacia de esa táctica. E, inevitablemente, preguntó:

—¿Y funcionó?

—Sí. —Benjamin se quedó con la mirada perdida, hipnotizado por la claridad con la que los acontecimientos de aquel día no dejaban de presentarse ante su mente—. En el vestuario reinaba un silencio absoluto. Entonces oí un ruido en una taquilla, que se abría y se cerraba. Me puse de pie y me acerqué hasta el ruido. La puerta de la taquilla estaba abierta. Y dentro había...

—... un bañador —dijo Frankie, su voz convertida en un susurro. ¡Fue un milagro, Benjamin! Fuiste testigo de un milagro.

Ella se acercó un poco más, se arrodilló ante él y le puso las manos en las rodillas. En ese momento, más que nada en el mundo, a Benjamin le habría gustado besarla. Pero no parecía que fuera lo que requería la situación.

—Y después de eso —preguntó ella—, ¿cumpliste tu parte del trato?

—Sí que lo hice. Empecé a ir a misa, y seguí yendo a misa, a pesar de las burlas de mis amigos y de los chavales de mi edad. Y he seguido haciéndolo durante veintiséis años. Y cuando por fin encontré a alguien que compartía mis creencias,

pues..., bueno, no es que me enamorara exactamente, sino más bien que... empecé a mariposear a su alrededor. Quiero decir, ya había conocido a Emily en el colegio y habíamos hablado un poco de religión, pero en realidad, hasta que fui a pasar un fin de semana con ella en la universidad (en tercer curso, me parece, porque yo estaba en Oxford y ella en Exeter), no nos pusimos a hablar en serio del tema. También fue el primer fin de semana que dormimos juntos, creo recordar. Ella era virgen. Yo no, porque un par de años antes, en el dormitorio de mi hermano...

Se interrumpió y se fijó en que Frankie intentaba llamar su atención.

—Son demasiadas cosas, Benjamin. Demasiadas cosas.

—Ah, vale. Bueno, pues entonces... lo que estoy tratando de decirte es que la fe (o lo que siempre he tenido por fe) es el centro de mi vida y también el centro de mi matrimonio. Y hoy, hace... —le echó un vistazo a su reloj— tres horas y veinte minutos, la he perdido. Mi fe se ha esfumado.

—¿Pero por qué? —dijo Frankie—. Dios cumplió su parte del trato, ¿no?

—Eso he pensado siempre. Pero escucha. —Cogió la biografía y se acercó hasta la ventana del entrante de la fachada, donde había más luz—. «Es en ese momento cuando la carrera sexual de Piper parece haber alcanzado su punto más bajo. El giro decisivo se produjo, según sus diarios, durante un viaje de dos días a Birmingham para ofrecer un recital en el colegio King William. A partir de ese día se dio cuenta de que no podía continuar con los hábitos a los que, tristemente, se había acostumbrado si quería conservar algún vestigio de dignidad».

Miró a Frankie, para ver si le estaba escuchando. Cosa que sí estaba haciendo, pero sin entender casi nada a esas alturas.

—Enseguida lo entenderás —le aseguró él—. Tú escucha: «Piper recogió sus impresiones sobre Birmingham con su estilo característicamente cáustico: “Una indescriptible excrecencia de ciudad”, escribió, “como si Dios hubiese ingerido imprudentemente la noche anterior un divino *vindaloo* tremendamente especiado, y hubiese evacuado enseguida sus intestinos sobre las West Midlands a la mañana siguiente. La gente es pálida, cadavérica, estúpida; los edificios, tan feos como para provocar auténticas náuseas en el desventurado espectador”. Tras unas cuantas observaciones más como esta, Piper anotó que, tras pasar la noche en el Hotel Britannia (donde “la comida hubiera echado a perder la fama de un comedor para pobres en la más infame pocilga del Londres Victoriano”), se puso en camino poco después de desayunar, la mañana de su recital, hacia la piscina municipal para practicar sus ejercicios físicos cotidianos.

»“Esta costumbre, como ya sabemos, tenía menos que ver con la práctica de un ejercicio saludable que con la oportunidad que le brindaba de comerse con los ojos los cuerpos de los demás nadadores con relativa impunidad. Y en esa ocasión en concreto no se llevó una decepción. ‘Solo llevaba un rato en el agua,’ escribe, ‘cuando la fealdad absoluta de la propia piscina (aparentemente diseñada por una nulidad privada de cualquier sentido estético en un ataque de odio vengativo contra

sus conciudadanos) fue súbitamente trascendida, animada, por una visión, una aparición de la virilidad en su forma más espectacular y sobrenatural. Un joven negro que rondaría los veinte años, los músculos de sus muslos tan duros como árboles jóvenes, las nalgas más tensas que la piel de un...”. Bueno, hay mucho más en esta misma tónica, pero no te voy a aburrir con los detalles. —Pasó a la página siguiente, fijándose en que Frankie seguía ahora cada uno de sus gestos con los ojos muy abiertos de pura fascinación—. Persigue a ese chico por toda la piscina unos cuantos largos (aunque no puede sostener su ritmo, evidentemente) y después le sigue la pista cuando, ya de retirada, regresa a los vestuarios. Aquí mete un montón de cosas sobre el desprecio que siente por su propio cuerpo (“la piel moteada que cuelga de mis huesos friables como el escroto de un libertino senil y achacoso en el último estadio de su decrepitud”, etcétera, pero seguro que puedes prescindir del resto) y luego llegamos al meollo de la cuestión. El chico se desnuda y se mete en la ducha, “mostrando ante mis ojos extasiados un órgano del placer tan pesado y aparatoso que me vino a las mientes un prodigioso salami milanés que vi una vez colgando de las vigas de una trattoria en lo alto de las montañas que se ciernen sobre Bagni di Lucca...”. Jesús, cómo lo alarga, ¿no?; y entonces Piper sucumbe a un momento de debilidad: “De repente, me resultó intolerable (insoportable) que aquella criatura divina pasara por mi vida tan fugazmente, sin dejar la más mínima huella aparte del recuerdo de su intangible belleza grabado en mi conciencia afligida. Tenía que quedarme, al menos, un recuerdo. Fue un impulso, un instante de audacia loca, nada más; pero lo único que me hizo falta para coger su bañador azul marino del banco donde lo había dejado, escurrirlo sobre el suelo, permitir que las ventanas de mi nariz de sabueso (¡Sí, lo admito!) inhalaran durante un segundo el embriagador olor de aquellas misteriosas regiones oscuras con las que el tejido (¡Feliz tú, fibra!) acababa de estar en contacto, y luego meterlo rápidamente en mi maletín, donde no solo había puesto mis cosas de baño, sino los mismísimos volúmenes de poesía con los que en vano esperaba impresionar a los, sin duda, aletargados y aburridos alumnos del King William un poco más tarde aquella mañana”.

Benjamin cerró el libro despacio y pensativamente, y después volvió a desplomarse en el sofá. Se quedó mirando por la ventana un rato, pero sin ver nada, mientras Frankie (que no sabía qué decir de momento) esperaba a ver si remataba la historia.

—Así que fue allí de donde salió —dijo por fin—. Cuando llegó al colegio, ya se le había pasado el ataque de lujuria y lo único que sentía era vergüenza, odio hacia sí mismo y miedo de pensar que podrían haberlo descubierto. Así que antes de ir a ver al director, se coló un momento en los vestuarios y lo metió en la primera taquilla que encontró. Y allí lo encontré yo casi inmediatamente. —Benjamin meneó la cabeza, abrumado por la amargura ante su propia ingenuidad—. «¡El aliento de Dios!». ¡*El aliento de Dios* lo llamé! Un viejo desastrado y desilusionado que se aferra al botín

de su último fracaso y se deshace de él en cuanto puede, *el aliento de Dios...* Menudo fiasco... Tiene gracia, desde luego.

No tenía nada más que decir. En el largo y triste silencio que siguió, se oyeron los lejanos aullidos de Ranulph provenientes de la cocina, protestando a gritos por el último intento de Irina de vestirle o darle de comer.

Al final Frankie volvió a sentarse junto a Benjamin y le cogió las manos entre las suyas.

—Benjamin, Dios actúa de muchas maneras, ¿sabes? Infinitas y misteriosas. Y solo porque resulte que hay una explicación para lo ocurrido, eso no quiere decir que sea menos... significativo.

—Creí que era un milagro —dijo Benjamin, como si no la hubiera oído—. Pero los milagros no existen. Solo una serie fortuita de circunstancias que se entrecruzan sin ningún sentido.

—Pero para ti *sí* que tuvo sentido...

—Solo hay caos —prosiguió, poniéndose de pie—. Caos y coincidencias. Nada más.

Y nada de lo que pudieran decir Frankie o Doug iba a hacerle cambiar de opinión, ni durante el resto del día ni en mitad de la noche, cuando, en tres ocasiones distintas, se lo encontraron paseando de habitación en habitación por toda la casa con el paso silencioso de un sonámbulo.

Alguien que visitara el diminuto pueblo de Little Rollright, en Cotswold, en la cálida tarde del lunes, 22 de mayo de 2000, seguramente lo habría hecho movido, igual que otros visitantes, por su interés en la arquitectura sacra. La turista (supongamos que fuese una mujer) habría subido en coche por la tortuosa carretera de un solo carril hasta la iglesia del siglo xv, con un ejemplar del Pevsner a mano, preparada para un banquete de remates ojivales, contrafuertes, arcos en punta y cornisas almenadas. De camino a la iglesia, se habría fijado en que, sentados en un banco de la pared sur y contemplando el puñado de casas del pueblo dorado, se encontraban un hombre de treinta y tantos años y una mujer de veintipocos, y en que estaban entretenidos en una conversación, seria pero entrecortada, que mantenían en voz baja, casi murmurando. Suponiendo que su interés por la arquitectura sacra fuera más que superficial (suponiendo, de hecho, que nunca se cansase de hornacinas, cuadrifolios y doseles recargados), se habría pasado hasta una hora en la propia iglesia, cuaderno en mano, con el bloc de dibujo listo, y cuando hubiera salido, guiñando los ojos, a la luz del atardecer, que para entonces solo habría aumentado en intensidad, también se habría fijado en que el hombre y la mujer seguían allí hablando. Quizás un poco más separados, y con aspecto de estar los dos mucho más acalorados y mucho más melancólicos que la vez anterior. Pero allí todavía. Y, si antes de cruzar la verja de la iglesia, hubiera vuelto la vista un momento para contemplarlos por última vez, se habría fijado en que el hombre se encontraba inclinado hacia delante, con la cabeza entre las manos, mascullando unas palabras de abatimiento que ese día sofocante ninguna brisa hubiese podido llevar hasta sus oídos repentinamente curiosos. Y entonces habría regresado hasta su coche, sin saber nunca nada más del drama que se estaba desarrollando en el patio de la iglesia aquella tarde, sin saber nunca que, mientras cerraba la verja tras ella con un chirrido y un chasquido, Paul Trotter le estaba diciendo a Malvina:

—No me puedo creer que vayamos a hacer esto. No me puedo creer que ya lo estemos haciendo.

Paul no había sabido qué esperar de aquel encuentro. Lo único que sabía era que se moría de ganas de volver a ver a Malvina. Llevaban casi tres semanas sin verse, desde la noche anterior a su viaje a Skagen. Mientras había estado fuera (la mañana de su conversación con Rolf en la playa de Grenen) había aparecido una historia sobre él y Malvina en la columna diaria de uno de los periódicos de gran formato. Venía planteada en unos términos lo suficientemente prudentes como para evitar una demanda por difamación, pero sus implicaciones estaban claras para cualquiera que la leyese; y desgraciadamente eso había incluido a Susan.

La verdad era que no lo había echado a patadas de casa cuando se enteró de que Malvina había pasado una noche en el hogar familiar sin que ella lo supiera; aunque por un momento amenazó con hacerlo. Pero le había hecho prometer a Paul que no la volvería a ver, y a partir de ese día Malvina dejó de trabajar como «consejera mediática» y él dejó de pagarle un salario. En un e-mail del 8 de mayo le había escrito:

No verte nunca es inconcebible. Por lo que a mí me toca está descartado. Pero sería mejor que no te dejaras ver mucho en una temporada. Y seguramente será mejor que no nos veamos en un par de semanas.

Malvina había contestado:

No estoy muy segura de que me apetezca esconderme. Aunque me parece lógico, supongo. Seguramente me da miedo la idea de que de repente desaparezca todo lo que hay entre nosotros; esos sentimientos que tanto nos costó sacar a la luz van a verse estrangulados de raíz por las complicaciones, por toda esa pesadilla de mantener al margen al resto del mundo.

Desde entonces, Paul había sido muy cauto, por decirlo suavemente. Le dijo a Malvina que no le mandara correos ni mensajes al móvil, que no lo visitara. Nunca se paró a preguntarse cómo llenaría ella el tiempo esos días, con nada en que ocuparse aparte de su tesina y de pensar en un posible futuro juntos; no era su problema. Por su parte, se enfrascó en sus labores parlamentarias, ofreciéndose voluntario para tal cantidad de trabajos de investigación y de deberes sociales en nombre de su ministro que la relación entre los dos (que llevaba meses a punto de romperse) se volvió, en poco tiempo, casi cordial. Pasaba bastante tiempo en casa jugando con Antonia, hasta que descubrió que no aguantaba más de diez minutos sin morirse de aburrimiento. Por primera vez en muchos años, se puso en contacto con su hermano por voluntad propia, y habló con él por teléfono después de que Susan le contara que Benjamin había empezado a comportarse de una forma rara; se rumoreaba que ya no iba a misa, y había tenido muchas discusiones con Emily. (Paul no sacó demasiadas cosas en limpio, de todas formas, y su preocupación por el bienestar de Benjamin no llegó hasta el punto de ir a verle en persona). Escribió unos cuantos artículos para la prensa sobre la crisis de Longbridge, sobre lo bien que se había resuelto y lo hábil que había sido la maniobra del gobierno. Hasta se autoinvitó a la fábrica para hacerse fotografiar con los triunfantes directores del Phoenix Consortium; aunque solo consiguió entrevistarse con el relaciones públicas, y ninguna de las agencias de prensa les sacó una foto.

Sin embargo, en medio de toda esa actividad, lo único que le importaba de verdad era volver a ver a Malvina.

Al final, llegó un momento en que pensó que no correrían demasiado peligro viéndose. Pero no quería que fuera en Londres; estaba convencido de que la prensa seguía todos y cada uno de sus pasos. Pero ese día pensaba acercarse en coche hasta su distrito electoral, y le sugirió a Malvina que cogiera un tren en Paddington y se encontrase con él a medio camino, en Moreton-in-Marsh. Podrían pasar unas horas juntos, comer en algún pub y dar un paseo por el campo. Una cosa tranquila y discreta, y de paso los dos cambiarían un poco de escenario, que falta les hacía. La previsión del tiempo era buena. Paul aguardó todo el fin de semana aquel momento con muchas ganas.

No le apetecía encontrarse con ella en el andén (demasiada gente alrededor), así que la esperó en el coche, aparcado delante del Hotel White Hart. Un cuarto de hora más tarde de lo previsto, ella llamó con los nudillos en su ventanilla y, cuando él la abrió, se inclinó para darle un beso. En ese instante, ya solo su olor le pareció maravilloso. ¿Por qué siempre se olvidaba de preguntarle qué perfume usaba? Si supiera cuál era, compraría un frasco y lo pondría al lado de la cama para poder disfrutar de su olor cuando quisiera. Se sintió envuelto en ella, enredado en su pelo, cuando le echó los brazos al cuello. Puso la boca como para besar la suya, pero en el último momento se interpuso alguna duda, cierta ambigüedad sobre la naturaleza de su relación (¿Amigos, colegas, amantes?), y terminaron besándose en la mejilla. Se echaron a reír, y mientras se abrazaba fuerte a él, Malvina le dijo:

—Hola, te he echado de menos. —Y luego se subió al coche.

Durante la comida no hablaron de nada serio. Había decenas de pubs muy conocidos en la zona, recomendados en las guías por la riqueza y la variedad de sus menús y su encanto trasnochado, pero Paul no quería ir a ninguno de ellos; en esa época del año estarían abarrotados de turistas, y podrían reconocerlo. Así que fueron a un sitio de una de las carreteras estatales, con una fea fachada de guijarros y platos típicos de los años setenta. Mientras luchaba con su hamburguesa, Malvina parecía una niña; charlaba por los codos, temerosa al parecer de sacar a relucir el tema de su futuro juntos, si es que tenían alguno. Habló en cambio de su tesina, del inminente encargo de un largo trabajo de fin de curso, y de cómo uno de sus tutores le había tirado inequívoca pero tímidamente los tejos durante una supervisión reciente.

—Pobrecita —dijo Paul—. Era lo que te faltaba, un viejo libidinoso babeando a tu lado.

—Pero si es más joven que tú... —dijo Malvina—. Y casi tan guapo. —Y se rio con los ojos al decirlo, emocionada por la intimidad que le permitía tomarle el pelo.

Después se dirigieron en coche hacia el este, por la carretera que llevaba a Banbury, pero al poco rato Paul se fijó en el letrero de un sendero público y aparcó en un área de descanso.

—¿Dónde estamos? —preguntó Malvina—. Me resulta familiar.

Paul no tenía ni idea. Había dos o tres coches más aparcados en el área de descanso, donde una verja daba a alguna atracción turística que había al otro lado de

una fila de setos desiguales. Malvina se acercó hasta la verja y leyó el letrero que tenía pegado, donde ponía que aquellas eran las famosas Rollright Stones, un círculo prehistórico de piedra que seguramente señalaba un antiguo lugar de enterramientos, pero que también se asociaba, según la leyenda popular, a historias de brujería.

—Creo que he estado aquí antes —dijo—. En realidad estoy segura. ¿Podemos entrar y echar un vistazo?

A Paul no le apetecía mucho. Había como unas diez personas dando vueltas por allí, sacando fotos de aquellas piedras tan raras, llenas de agujeritos y de líquenes.

—Lo siento —respondió—. Es demasiado arriesgado. Vamos a dar un paseo.

—Venga, por favor... Solo un momento.

—Podemos dejar el coche aquí y venir después, cuando esté un poco menos lleno de gente.

Enfilaron la carretera principal y luego torcieron a la izquierda por un sendero. El terreno comenzó a descender enseguida, y el pueblo de Little Rollright surgió ante ellos, agazapado furtivamente en el valle formado por pliegues de pastos montañosos. La torre achaparrada de su iglesia brillaba descaradamente a la luz del atardecer. Ahora todo estaba en silencio y completamente inmóvil. No había ruido de tráfico ni turistas. Tenían el mundo para ellos solos.

Había un banco junto a la puerta de la iglesia, situado frente al pueblo. Tras echarle un vistazo al interior sin mucho interés (lo que al menos les sirvió para refrescarse un poco después de la caminata) y examinar las lápidas (que estaban casi todas demasiado desgastadas como para que pudiera leerse nada), se refugiaron allí y se prepararon para la conversación que ya no podían postergar más.

—Bueno —dijo Malvina, que había sabido todo el tiempo que sería ella quien la iniciaría—, las cosas han cambiado un poco, ¿no?, en los últimos meses. Se ha desequilibrado la balanza. Cuando empezamos, tenía la impresión (bueno, puede que me equivoque) de que lo único que querías era acostarte conmigo. Y eso me daba una sensación de control sobre ti y supongo que me gustaba, que me divertía. Pero de repente empecé a sentir algo distinto... ¿Cuándo fue?... Un día de marzo. Esa noche, claro. La noche que me quedé en tu casa. Me acuerdo de... estar sentada contigo en el sofá, después de cenar, delante del fuego, antes de irnos a la cama. Ni siquiera podíamos soportar tocarnos y, curiosamente, por eso me pareció tan íntimo; o, por lo menos, fue lo que me hizo tener que admitir hasta dónde habíamos llegado. Que habíamos llegado al borde de un acantilado, sin darnos cuenta. Y entonces... Entonces supongo que debo darle las gracias a Doug por todo lo demás. Te dijo lo que me estaba pasando. Y entonces te acercaste a verme, la noche antes de salir para Dinamarca. Y..., bueno, me sorprendió, la verdad. Me sorprendió muchísimo, de hecho. Esa noche no te cortaste un pelo. Dijiste toda una serie de cosas...

—Y eran verdad —dijo Paul rápidamente—. Todas eran verdad.

—Ya lo sé —respondió Malvina—. No lo dudé ni un momento. De todos modos, no lo digo para comprometerte. —Le echó una mirada—. Está claro, ¿no?

Paul no dijo nada. El sol le irritaba los ojos y se daba cuenta de que empezaba a tener la camisa empapada de sudor. Como no tuviera cuidado, al final se iba a quemar la piel. ¿Y cómo iba a explicárselo a Susan cuando la volviera a ver?

—Me pasé un par de días en el séptimo cielo —continuó Malvina—. Hasta que el artículo ese del periódico me hizo poner los pies en la tierra, supongo. Y ahora ya no es todo de color de rosa. Estas últimas semanas han sido horribles. Me parece que he perdido totalmente el control de mi vida. Me siento completamente impotente. ¿Conoces esa sensación? Seguro que no.

Paul posó la vista en ella, y trató de tranquilizarla.

—Ya sé que las cosas se han puesto difíciles —dijo—, pero no será por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Malvina, repentinamente enfadada—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Por qué no va a ser por mucho tiempo?

—Porque dentro de poco la prensa perderá interés.

—¡Y a mí qué me importa la prensa! Estoy hablando de ti. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer conmigo? *Ese* es el problema, ¿no? No los putos periódicos.

—Sí —contestó él, suspirando hondamente, y empezando a captar por primera vez lo que ella le estaba diciendo—. Sí, tienes razón. El problema es ese.

Y entonces se sumió en un silencio triste. No era solo que le faltaran las palabras, sino también las ideas. De golpe se sentía totalmente perdido, a la deriva, sin la menor idea de qué debía pensar o sentir.

—No me puedo enrollar contigo —dijo Malvina, cuando pareció que él no iba a volver a hablar—. No sabría cómo llevarlo. No quiero hacerle daño a Susan, para empezar, ni a tu hija. Y no puedo andar pisando huevos todo el tiempo, sin saber nunca cuándo puedo llamarte o cuándo te volveré a ver. A ti parece que eso te da igual. Incluso que te sienta bien. Pero... no podemos pasarnos el resto de nuestra vida viéndonos en patios de iglesia, contigo mirando por encima del hombro cada cinco minutos para ver si tienes un fotógrafo detrás, o mirando a ver si Susan te ha llamado al móvil. —Su voz era estridente, de pura desesperación—. ¿O sí?

—No, ya te lo dije... Te lo dije en un mail, esto no es más que una fase hasta que las cosas se tranquilicen, hasta que... se solucionen solas.

—Pero no se van a solucionar *solas*, Paul. Tienes que solucionarlas *tú*. —Y con otro tono, más tranquilo y más triste, añadió—: ya sé que es pedir mucho. Y no soy yo la que te lo estoy pidiendo, en realidad. Te lo estás pidiendo tú a ti mismo, si te paras a pensarlo. Lo único que digo es que hemos llegado a un punto en el que vamos a tener que elegir.

—¿Elegir el qué?

—Si vamos a ser amigos o amantes.

Evidentemente, era exactamente lo que esperaba oír. Pero la crudeza de la frase lo noqueó de todas formas.

—Ah —fue lo único que consiguió decir al principio.

Pero luego empezó a parecerle que, al fin y al cabo, la elección no resultaba tan tremenda. ¿Qué significaba «amistad», en cualquier caso? Amistad era lo que habían tenido hasta entonces. Una amistad insólitamente intensa y apasionada, ciertamente, pero eso era lo mejor de todo, lo que la hacía tan nueva y emocionante. No se habían acostado juntos; bueno, podían felicitarse por eso, por su autocontrol. Malvina y él estaban haciendo algo radical, en realidad; estaban experimentando una *nueva clase* de amistad, que por otro lado (aunque solo empezaba a intuirlo vagamente) satisfacía sus necesidades sentimentales bastante bien, cuando se la situaba en el contexto de estabilidad de su matrimonio y su vida familiar. De momento, no le hacía ninguna falta provocar una marejada. Lo que tenía con Malvina le bastaba. E incluso, a medida que la amistad fuese evolucionando, quizá pudiesen encontrar una forma de dotarla de una dimensión sexual; después de un tiempo, se sentirían preparados para hacerlo... Todo era posible. Todo era posible mientras siguiesen viéndose y se tomaran las cosas con calma.

—Pues entonces —dijo— tendrá que ser amistad. Si es lo único que podemos tener..., tendrá que ser así.

Aquellas palabras no sonaron tan triunfales en voz alta como había pensado. Y tampoco tuvieron el efecto esperado en Malvina. Sintió que la envolvía un campo de fuerzas, un muro protector de energía. Se le tensó el cuerpo entero. No se movió, pero fue como si una distancia física se hubiese establecido inmediatamente entre ellos.

Le tembló la voz, tras lo que parecieron siglos.

—Entonces, ¿por qué me dijiste esas cosas la noche antes de irte a Skagen? ¿Qué sentido tenía?

—Tenía..., tenía que hacerlo —respondió Paul, impotente—. Era lo que sentía. Era la verdad. Ya no me lo podía callar.

—Ya.

Se levantó y caminó despacio hasta el otro lado del patio de la iglesia. Se quedó allí un rato, de espaldas a él, contemplando los campos resecaos, tostados por el sol. Llevaba un vestido de verano sin mangas azul celeste, y una vez más a Paul le chocó lo delgada que era, la asombrosa ligereza de sus huesos, su tremenda fragilidad. Por un momento le despertó los mismos sentimientos paternales y protectores que Antonia. Y en ese mismo instante recordó, sintiéndose culpable de golpe, que había tenido una fantasía absurda durante el trayecto en coche, que consistía en llevarla a algún patio retirado como aquel y hacer el amor apasionadamente entre las lápidas. Pero, a simple vista, no parecía muy probable que eso fuera a suceder. Se preguntó si debería acercarse y pasarle un brazo por la cintura o decirle algo. Pero en ese momento Malvina se estaba sonando la nariz, para luego girarse y regresar hasta donde estaba él. Se sentó a su lado en el banco y se sorbió los mocos unas cuantas veces más. El sol se ocultó tras un tejo que los envolvió en una sombra refrescante.

Por fin ella fue capaz de decir:

—Vale, muy bien. Amistad entonces. Pero tienes que entender una cosa.

—¿El qué?

Tragó saliva y declaró:

—No podemos vernos más.

Aquellas palabras, al ser la primera vez que las escuchaba, no tenían ningún sentido (literalmente) para Paul.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no podemos tener una amistad (una amistad normal que funcione) hasta que hayan desaparecido estos sentimientos. Hasta que nos hayamos deshecho el uno del otro.

A Paul se le había revuelto el estómago. Se daba cuenta de que le estaba entrando auténtico pánico.

—¿Pero cuánto tiempo sería eso?

—Y yo qué sé —respondió Malvina, frotándose los ojos y dejando al descubierto los bordes enrojecidos—. No puedo hablar por ti. Mucho, supongo. Una eternidad... —Apartó la vista, y se retorció un mechón de pelo con el dedo. A la luz del sol ya no parecía tan negro; era casi de color caoba—. De todas maneras, la que está más enganchada soy yo. Niégamelo, si quieres, pero es cierto. Así que tendré que ser yo la que decida cuándo nos volveremos a ver. Cuándo podré volver a ser tu amiga. No quiero que me busques mientras. No lo soportaría.

Aún desconcertado por la rapidez con la que estaba sucediendo todo, Paul preguntó:

—¿De cuánto tiempo me estás hablando? ¿Semanas? ¿Meses?

—No sé. Ya te lo he dicho, creo que voy a necesitar mucho tiempo.

—Pero... —Ahora le tocaba a él levantarse y ponerse a pasear entre las lápidas torcidas—. Pero eso es una locura. Hasta hace bien poco nos...

—No. No es una locura. La locura es cómo hemos intentado vivir estas últimas semanas. Piénsalo, Paul. Tengo razón. Es horrible, pero tengo razón.

Lo pensó. Y lo hablaron también, durante mucho tiempo; pero la conversación no iba a parar a ninguna parte, y no hacían más que darle vueltas y más vueltas, oscilando y repitiéndose, para acabar volviendo siempre al punto central de la propuesta de Malvina, que hasta para Paul se había convertido en una espantosa e indiscutible necesidad. Así que al final, sumido en una especie de parálisis, lo único que pudo hacer fue seguir allí sentado, con la cabeza entre las manos, y repetir la misma frase gastada.

—No me puedo creer que vayamos a hacer esto. No me puedo creer que ya lo estemos haciendo.

—Yo tampoco, la verdad —dijo ella—. Pero ya ves...

—Estaba pensando... que *tiene* que haber otra forma de seguir, algún otro...

—Escúchame, Paul. —Le miró directamente a los ojos—. Cuando se llega a una situación como esta, *no hay tercera vía*. ¿Lo entiendes o no? Deja de intentar convencerte a ti mismo de que sí. —Se levantó, y él vio que tenía otra vez los ojos

llenos de lágrimas—. Vale ya —dijo con voz trémula—. ¿Volvemos al coche?

Fueron subiendo la colina casi en silencio. Al principio se cogieron de la mano. Luego Paul le pasó un brazo por la cintura y ella se apoyó en él. Anduvieron así cinco o diez minutos; era lo más cerca que habían estado de una intimidad física. Después Malvina se soltó, y los últimos metros los anduvo sola, delante de él. Esperó a Paul en la verja, al lado del coche.

—Voy a echarles un vistazo a las piedras —dijo—. ¿O quieres irte ya?

—No, voy contigo —dijo Paul, y la siguió cruzando la verja.

No había nadie más por allí, de todos modos. A pesar de que no hacía viento esa tarde, no reinaba un silencio absoluto, porque las piedras estaban situadas cerca de la carretera principal, y cada poco tiempo pasaba un coche a toda velocidad. No obstante, en cuanto se adentraron en el círculo, ambos percibieron una gran quietud; proveniente quizás tan solo de la sensación de que se encontraban en un espacio muy antiguo, creado para un propósito sagrado, ahora insondable.

Permanecieron muy juntos, sin hablar, sin moverse.

—Yo he estado aquí antes —dijo Malvina por fin. Se apartó unos pasos de él—. Me trajo mi madre. No sé qué haríamos por aquí. Acababa de separarse de su marido, el primero que tuvo. Era griego, y no tenía nada que ver con esta zona, así que no me lo explico. De todas maneras, me acuerdo perfectamente. Mi madre lloraba. No paraba de llorar como una histérica abrazada a mí, diciéndome lo mala persona que era y cómo me estaba arruinando la vida. Yo debía de tener unos... seis años, creo. O a lo mejor, siete. No, seis. Sí. Y todavía me acuerdo de una pareja que nos miraba, una pareja de maduritos que no paraba de mirarnos, preguntándose qué coño pasaría. La mujer llevaba una pañoleta verde. Fue en invierno. —Miró alrededor, a las piedras corroídas y deformes, como si no las hubiera visto antes—. Qué raro se me hace estar aquí de nuevo.

Sin pararse a reflexionar, Paul dijo:

—Malvina, no sé qué va a pasar entre Susan y yo. Ni siquiera sé si vamos a poder superar esto. Si un día te fuese a buscar...

Ella se sonrió.

—Bueno, puedes hacerlo, claro. Pero no sé por dónde andaré.

—Vas a quedarte en Londres, ¿no?

—Me refería al terreno sentimental. En otra parte, espero. En algo nuevo. —Y luego añadió en un tono más tierno—: Paul..., tenías que elegir, y ya has elegido. Eso es lo importante. Enhorabuena. Y ahora vete. Volveré sola a la estación.

—No seas tonta, es peligroso.

—Hace una bonita tarde. Iré andando. Vamos a zanjar esto de una vez.

Vio que estaba decidida incluso a eso.

Entonces Malvina le cogió de las manos y lo atrajo hacia sí.

—Venga —dijo—. *Ae fond kiss*^[9], como diría Robbie Burns.

Pero ni siquiera se besaron en ese momento. Se limitaron a abrazarse, y Paul

aspiró la fragancia de su pelo, la calidez de su cráneo, y aquel perfume del que seguía sin saber el nombre; y la extraña quietud del círculo le hizo acordarse de Skagen, con sus silencios ininterrumpidos, y se dio cuenta de que la vida le brindaba otro de aquellos instantes que nunca se acabarían, que siempre lo acompañarían. Se agarró a él con todas sus fuerzas, sumiéndose en una sensación de atemporalidad. Pero sintió que Malvina lo empujaba, lo empujaba suavemente para apartarse de él. Y al final la soltó y se alejó.

Paul se volvió solamente una vez más mientras se dirigía hacia la verja. Pensó, en un ataque de desesperación, que quizás aquella fuese la última vez que viese a Malvina. De espaldas a él, contemplando los campos, sola, con su vestido de verano azul celeste, en el centro del círculo; el círculo de piedras que la vigilaban, que la cercaban, como los demonios de los que había huido toda su vida y cuya naturaleza, ahora lo sabía, él no había empezado siquiera a comprender.

Giró sobre sus talones y regresó hasta el coche.

Seguía en estado de shock cuando llegó a su piso de Kennington. Se bebió los dos últimos tercios de la botella de whisky, y luego hasta la última gota de alcohol que consiguió encontrar en la cocina. A las diez se quedó roque en el sofá, completamente vestido. Se despertó a las tres de la mañana, con una sed tremenda y un dolor en la vejiga. La cabeza le palpitaba como el pulgar de un personaje de cómic que se lo hubiera pillado en una ratonera. Tenía ganas de vomitar. Entonces se dio cuenta de lo que le había despertado y casi saltó de alegría. Era el doble pitido de un SMS en su móvil. Ella se había vuelto a poner en contacto con él. Claro que sí. No podía soportarlo, igual que él. Era todo una terrible equivocación y por la mañana se volverían a ver. Abrió el mensaje y vio que su servidor le anunciaba que había ganado un premio de mil libras. Debía llamar a un número especial para reclamar el premio y las llamadas costaban cincuenta peniques el minuto.

Paul se mantuvo firme en su decisión. No estaba muy seguro de si Malvina hacía aquello para castigarle, o de si le parecía realmente que era la única dirección que podían tomar, si quería mantener a salvo su cabeza y su autoestima. En cualquier caso, respetaba sus deseos, y no intentó contactar con ella. Los días sin Malvina eran largos y desesperantes. Consultaba los mensajes de su contestador de una forma obsesiva, y su correo electrónico cada pocos minutos. Pero nada.

Con el tiempo, pareció que los días se hacían más cortos, y la desesperación, menor.

Actuó rápidamente para detener el cotilleo sobre su vida privada, y el primero de junio de 2000 hizo una declaración a la prensa, tal y como mandaba la tradición, delante de la puerta de su casa, con Antonia agarrada a sus rodillas en el umbral, y Susan de pie a su lado, con una sonrisa tensa y furiosa.

—Tras un comportamiento estúpido y equivocado —dijo— he tomado la firme decisión de dedicarme en cuerpo y alma a mi matrimonio y a mi familia.

Malvina leyó esas palabras en el periódico al día siguiente, sentada en la biblioteca de la universidad. Salió corriendo hacia los lavabos con ganas de vomitar, pero se desmayó por el camino, y el bibliotecario tuvo que llevarla a su despacho y reanimarla con un vaso de agua.

Poco más de un año después, a primera hora del 8 de junio de 2001, estaba viendo los resultados de las elecciones generales por la tele cuando las cámaras se acercaron en directo hasta el distrito electoral de Paul. Había sido reelegido por una mayoría un poco más escasa. Su cara radiante y satisfecha llenó la pantalla un momento, y Susan, que estaba de pie a su lado, se inclinó para besarle en la mejilla en primer plano. El sonido se desvaneció mientras él se adelantaba para soltar su discursito de victoria, y su voz quedó solapada por la del erudito de turno, que comentó la magnitud del reto al que Paul se había enfrentado con los Demócratas Liberales. La cámara se alejó para un plano general, y Malvina se dio cuenta de que Susan no solo tenía cogida a Antonia de la mano en segundo plano, sino que también sostenía en el otro brazo un bebé (seguramente otra niña, a juzgar por su jubón rosa), que no parecía tener más de dos o tres meses. Así que era así como había resuelto el problema. ¿Y por qué no? ¿Quién podía decir cómo funcionaban las relaciones de las demás personas? De repente le vino una frase a la cabeza, sacada de no sabía dónde: *Llevas muerto mucho tiempo...* Puede que fuera de una canción, una canción que había escuchado el año anterior en algún momento, cuando todavía trabajaba para Paul. Era así como se sentía; y no tenía esperanzas de ir a sentirse de otra manera. Mierda. Les deseaba lo mejor, de todos modos; luego decidió que no quería ver más, se sirvió otra Diet Coke de la nevera y se puso a hacer zapping.

12 de junio de 2001

Querido Philip:

No sé si te acordarás de mí, pero fuimos juntos al King William en los años setenta. ¡Parece que ha pasado un siglo!

Te escribo así, por sorpresa, porque a veces le echo un vistazo al Birmingham Post y me gustan tus artículos.

Ahora vivo en Telford (con mi mujer, Kate, y dos niñas, Allison y Diane), y trabajo en el departamento de Investigación y Desarrollo de una empresa local especializada en plásticos. (No llegué a ninguna parte con la física, después de echar a perder aquel examen. Al final acabé haciendo química en Manchester. Ahora lo mío son los polímeros, si eso te dice algo. Supongo que no). Ya llevamos nueve años aquí y nos va muy bien.

Telford ha salido bastante en las noticias últimamente. Seguro que te suena el caso de Errol McGowan, que ha salido en la mayoría de los periódicos nacionales. Errol era portero del pub y del hotel Charlton Arms. Tuvo una pelea con un blanco al que le habían prohibido la entrada en el pub y empezaron a amenazarlo por ser negro (por correo y por teléfono). Todo mensajes anónimos. La cosa empezó a ponerse muy fea y Errol acabó convencido de que estaba en una lista negra o algo así del Combat 18. Al final le entró una especie de depresión y, hace un par de años, lo encontraron muerto en la casa de otra persona, colgado del pomo de una puerta. Tenía treinta y cuatro años.

La policía decidió enseguida que se trataba de un suicidio y, básicamente, no les interesó escuchar otro tipo de explicación. Ni siquiera cuando su sobrino, Jason, fue encontrado colgando de una barandilla a las afueras de un pub seis meses después... La gente se enfadó mucho con el tema y, finalmente, se abrió una investigación. Fue el mes pasado, y seguramente habrás leído algo. El juez decidió que se trataba de un suicidio otra vez. La policía admitió que Errol les había llamado por lo de las amenazas, pero que no habían hecho nada al respecto.

Te escribo porque también me han mandado unas cuantas por correo estas últimas semanas. Dos cartas y un CD; un CD horrible del que solo escuché diez segundos. (Y eso en el coche, porque sabía cómo iba a ser, y no quería que mi familia lo oyera).

No es que me dé miedo todo esto. Pero pienso que ahí hay una historia que nadie se ha puesto a contar. Está claro que vivimos en una sociedad multicultural sin demasiados problemas. Una sociedad tolerante. (Aunque ¿Qué he hecho yo para que la gente tenga que «tolerarme»?). Pero esta gente sigue ahí. Sé que son una minoría. Que la mayoría son bromistas y gilipollas. Pero mira lo que está pasando estas últimas semanas en Bradford en Oldham... Revueltas racistas. Auténticas revueltas

racistas. Negros y asiáticos convertidos una vez más en chivos expiatorios de algo que va mal en la vida de los blancos. Así que creo que, tras esa «tolerancia», se oculta algo horrible y podrido que va a estallar en cualquier momento. No voy a continuar. Supongo que a los periodistas no os gusta que os digan sobre qué tenéis que escribir. Solo que me parece que algo querrá decir el hecho de que gente como yo no pueda seguir viviendo en paz. Incluso ahora, ¡en el siglo XXI! En el Mundo Nuevo de la Inglaterra de Blair.

Pues eso. Ponte en contacto conmigo, si puedes, aunque solo sea por los viejos tiempos.

Saludos cordiales de

*Steve (Richards)
(Astell House, 1971-79)*

Dos días después, sobre las siete de la tarde, Philip se acercó en coche hasta Telford. El tráfico en dirección norte de la M6 era espantoso, para no variar (parecía que siempre había por lo menos un carril señalizado con conos para labores de reparación inexistentes), y ya eran más de las ocho cuando aparcó al fondo del acceso de entrada a la casa de Steve. Las casas aún eran más nuevas que la mayoría de las de Telford; se trataba de una Ciudad Nueva, al fin y al cabo, uno de los grandes experimentos de los sesenta, pero la urbanización en la que vivía Steve debían de haberla terminado solo dos o tres años antes. Las casas eran amplias, con pinta de acogedoras, neogeorgianas. Había Fiats y Rovers y algunos BMW aparcados en los accesos. No es que diera la impresión de que allí no vivía ni un alma, exactamente; pero parecía un sitio agradable, poco pretencioso, y muy, muy tranquilo. Philip supuso que no era un mal sitio para vivir. Simplemente le resultaba extraño (y siempre había sido así, desde que había conocido aquel sitio de pequeño, cuando iba a visitar a sus abuelos) que aquella ciudad deliberadamente nueva y sin personalidad hubiese surgido inesperadamente, sin más preámbulos, sin *historia*, allí plantada en medio de uno de los condados más antiguos y menos conocidos, más misteriosos y recónditos, de toda Inglaterra. Pero no era su sitio, ni nunca lo sería. Era un espacio cultural para el desplazamiento y la alienación.

Pero Steve, todo hay que decirlo, no parecía ni desplazado ni alienado cuando abrió la puerta con una amplia sonrisa e invitó a Philip a pasar. Le estaban saliendo canas en las sienes, y ahora llevaba gafas, pero la sonrisa no había cambiado, y había cierta jovialidad, cierta alegría infantil en su forma de tirar de Philip hasta el cuarto de estar para presentárselo a sus dos hijas, que apagaron el televisor sin quejarse y parecían realmente intrigadas por la aparición de aquel discreto fantasma del pasado de su padre.

—Las niñas ya han comido —explicó Steve—. Es inútil intentar hacerlas esperar. Venga, niñas, subid arriba. No hay más tele hasta que hayáis hecho los deberes.

Luego podéis bajar y tomaros algo con nosotros.

—¿Vino? —preguntó Allison, la mayor de las dos, que andaría por los catorce años.

—Puede —dijo Steve—. Depende de lo bien que os portéis.

—Guay.

Las dos subieron corriendo; y después Steve llevó a Philip a la cocina para que conociera a su mujer, y para comer un poco.

Kate había metido dos pizzas en el horno (de las picantes, con carne picada y guindilla) y aliñado una ensalada fresca de berros y rúcula. De un botellero que había debajo de la escalera, Steve eligió un Chilean Merlot denso y aterciopelado, aunque Philip tuvo que pasarse de mala gana al agua mineral después de tomarse un solo vaso.

—Bueno, a Kate le va a parecer un rollo —dijo Steve, echándole una mirada de disculpa—, pero ¿sigues en contacto con alguno de nuestros compañeros de colegio?

—Con un par de ellos —dijo Philip—. Con Claire Newman, por ejemplo. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, claro que la recuerdo. Una chica encantadora. Trabajaba en la revista contigo.

—Exactamente. Bueno, me casé con ella unos años después de dejar el colegio.

—¿En serio? ¡Estupendo! Enhorabuena.

—Ya, pero no te emociones demasiado. Luego nos divorciamos.

—Vaya.

—No pasa nada. Todo salió bien. Fue una de esas... decisiones equivocadas. Tenemos un hijo que se llama Patrick. Vive conmigo y mi segunda esposa, Carol, por una serie de razones bastante complicadas. Claire pasó en Italia varios años, pero hace poco se vino a vivir a Malvern, así que puede que ahora nos veamos un poco más. Hemos hablado de pasar unos días juntos en Londres, y llevar a Patrick.

—Todo me suena muy adulto y muy liberal —dijo Steve—. No sé si podría con una situación así.

—Steve se va haciendo cada vez más conservador con la edad —dijo Kate en tono de broma—. Llevo años tratando de convencerlo para que tengamos un matrimonio abierto, pero ni me escucha.

Steve se echó a reír por toda respuesta.

—¿Pero qué ha sido de Benjamin? ¿Sabes algo de él? Ya sé que parece una tontería, pero siempre que entro en una librería, en WH Smith o así, voy y miro en la «T» de la sección de bolsillo, porque sigo esperando que aparezca algo de él en cualquier momento. Quiero decir que todos pensábamos que, a estas alturas, ya debería haber ganado el Premio Nobel o algo parecido.

—Ah, pues sí que sigo en contacto con Ben. Lo veo cada quince días más o menos. Sigue en Birmingham. Trabaja para una compañía que se llama Morley Jackson Gray.

Steve pinchó una hoja de rúcula y dijo:

—Suenan a empresa de contabilidad.

—Es que eso es exactamente.

—¿Se hizo *contable*?

—Bueno, T. S. Eliot trabajaba en un banco, ¿no? Me atrevería a decir que es el tipo de precedente en el que puede pensar Benjamin.

—Ya me acuerdo —dijo Steve—. Benjamin trabajó en un banco, ¿no? Solo durante unos meses, antes de ir a la universidad.

—Sí. Y luego... Bueno, después de licenciarse, se puso a escribir su novela, y quería terminarla, así que al principio no quería el clásico trabajo. El banco dijo que lo contrataría por unos cuantos meses más, y debió de parecerle la manera ideal de sacar un poco más de tiempo para escribir. Pero..., no sé, parecía que nunca acababa de terminar la novela, y mientras tanto se hizo amigo de otro tipo del banco y formaron un grupo (ya sabes que Benjamin también componía), y eso empezó a llevarle cada vez más tiempo, y a fuerza de darle, debió de cogerle gusto al cálculo, porque de repente me entero de que va a presentarse a unos exámenes de contabilidad, y que su novela está estancada y que necesita un largo periodo de estabilidad para retomarla. —Philip le dio un sorbo al agua y añadió—: y luego, claro, va y se casa con Emily.

—¿Con quién?

—Con Emily Sandys. Una compañera de colegio. ¿No te acuerdas? De la Asociación Cristiana.

Steve negó con la cabeza.

—No me pega nada, la verdad. Siempre pensé que iba a casarse con..., ya sabes..., Cicely.

Bajó la voz al pronunciar ese nombre; lo que le hizo preguntarse a Philip si, todavía a estas alturas, Steve seguiría albergando algún tipo de culpabilidad sexual por la época en que él y Cicely habían actuado juntos en la representación escolar de *Otelo* y luego habían tenido una pequeña aventura (aunque aventura era una palabra demasiado fuerte para definirlo; más bien un «rollete» en la fiesta posterior) que le llevó a cortar su primera relación seria. A Philip nunca dejaba de sorprenderle que, habiendo pasado veinte años, aún hubiera gente que no pudiera pronunciar aquel nombre sin una especie de estremecimiento; Benjamin era una de esas personas, evidentemente, pero por alguna extraña razón también lo era Claire; y por lo visto también Steve. ¿Cómo podía haber dejado alguien semejante legado tras de sí, semejante estela de energía, generada de una forma tan inconsciente y en un lapso de tiempo tan breve?

—Nadie sabe muy bien qué pasó exactamente con Cicely —dijo con aire circunspecto—. Se volvió a América y más o menos... dejó a Benjamin muy tocado. Le llevó mucho tiempo recuperarse.

—¿Pero se *ha* recuperado? —preguntó Steve tras una pausa.

Philip mojó un pedazo de pan en el aliño de la ensalada y dijo:

—Benjamin me contó una vez (no sé si es cierto o no) que ella se volvió a América para estar con una tal Helen, y que luego..., bueno..., que se hicieron amantes.

Steve abrió los ojos como platos.

—¿Cicely bollera?

—Ya te he dicho que no sé si es cierto.

Kate se levantó y empezó a recoger los platos.

—A lo mejor deberíamos cambiar de tema —dijo Steve, cuando ella se acercó al fregadero y ya no podía oírlos—. Solo una cosa más. ¿Qué pasó con la hermana de Benjamin? La del novio que murió en el atentado del pub.

Ahora le tocaba a Philip ponerse melancólico de golpe.

—Ya... Lois... Bueno, Benjamin no habla mucho de ella. Tampoco se ven mucho, creo. Que yo sepa vive en alguna ciudad del norte... En York, me parece. Creo que estuvo enferma mucho tiempo después de eso. Y luego conoció a un chico y prácticamente... se arrojó en sus brazos. Se casó, tuvo una niña... Ahora no recuerdo cómo se llama.

—¿Y Benjamin ha tenido hijos?

—No. No podían. No sé por qué. Creo que ellos tampoco. —Philip se acordó de repente de la última vez que había hablado con Lois—. Tuvimos una cena —dijo, rememorándola en voz alta, mientras Steve fruncía el ceño, intentando seguir lo mejor posible aquella divagación—. Y Lois llevaba un vestido. No debía de tener más de dieciséis años. Y yo me estaba poniendo malo. La comida era asquerosa... Dios mío. ¿Te acuerdas de las cosas que *comíamos* en los setenta?

—Sí. —Steve se rio, y señaló los restos que quedaban sobre la mesa—. Ahora somos todos tan exquisitos...

—... Y esa fue la noche..., esa fue la noche que me olí por primera vez que mi madre estaba planteándose tener un lío con el señor Plumb... El Mari Plomo. ¿Te acuerdas de él?

—Pues claro. Aquel cabroncete salido.

Philip sonrió y meneó la cabeza.

—Mis padres casi se separaron por culpa de eso. ¿Te lo imaginas? Me comí mucho el coco una temporada. —Steve se ofreció a servirle más vino, y él adelantó el vaso, sin preocuparse de momento por el largo viaje en coche que le esperaba luego—. Gracias.

—Pero él y tu madre nunca... *hicieron nada*, ¿no?

—Depende a qué te refieras —dijo Philip, meneando su vaso de vino—. Se murió hace cinco años, y después tuve que deshacerme de sus cosas. Papá no quería hacerlo. Y me encontré un montón de cartas. Las cartas que le había escrito él. Eran muy apasionadas..., aunque hacía falta un buen diccionario para entenderlas. Y ella las había conservado todo ese tiempo. No sé qué pensar. No sé muy bien qué significa

eso...

—Pero también siguió con tu padre todo ese tiempo —le recordó Steve. Y como Philip no respondía, le preguntó—: ¿Cómo lo lleva, por cierto, lo de estar solo?

—Bien... —Philip sonrió otra vez; una sonrisa muy suya en esta ocasión—. Lee mucho, de eso te acordarás. Siempre anda con las narices metidas en algún libro. Está perdiendo la vista, pero sigue leyendo. Todos los días. Novelas, historia..., cualquier cosa que le pille a mano.

Kate regresó hasta la mesa, llevando un plato de tarta de queso con fresas, y durante un rato los dos viejos amigos se obligaron a dejar de hablar de sus días de colegio. Philip se enteró, en cambio, de que Kate y Steve se habían conocido durante su último curso en la Universidad de Manchester, de que Kate había dejado la carrera para criar a las niñas, pero estaba buscando la manera de volver a dar clases tan pronto como pudiera, y de que Steve había encontrado un hueco en el laboratorio de investigación de una empresa local, situada en una zona industrial a las afueras de Telford, donde trataba de hacer progresos en el campo de los plásticos degradables.

—*Estoy* en el departamento de Investigación y Desarrollo, sobre todo —explicó—. Yo y un ayudante que trabaja media jornada. Es frustrante no contar con más recursos, pero es una buena compañía, que se dedica realmente a lo que intento hacer.

—Desgraciadamente —dijo Kate, sacando la tarta del molde con una cuchara—, solo pueden pagarle una miseria. Esa es la pega.

—No sabía que los plásticos *fuesen* biodegradables —dijo Philip, sintiéndose bastante tonto al hacerlo.

—Pues claro que no lo son —dijo Steve—. Son sintéticos. Pero deberíamos ser capaces de *hacerlos* biodegradables, o fotodegradables, con el tiempo. Han desarrollado algunos plásticos que son solubles en agua caliente, por ejemplo. El celofán es biodegradable, ¿lo sabías? El problema, de momento, es que la degradación lleva mucho tiempo.

—¿Y qué pasa con el reciclaje? ¿No es esa la solución?

—Bueno, no es tan fácil, porque la gente tira todas las cosas de plástico juntas, pero luego hay que reciclarlas de distinta forma. Así que alguien tiene que seleccionarlas. Los polímeros termoplásticos y los polímeros termorresistentes, para empezar, no se pueden reciclar de la misma manera.

—Me da la sensación —dijo Kate— de que Philip no sabe de qué le estás hablando. Más o menos como yo, si te soy sincera.

—No, pero me doy cuenta de que lo que haces es importante —dijo Philip.

—Es demasiado importante, en realidad, para el sitio donde trabajo. Les queda un poco grande, en cierta forma.

—¿Crees que podrías cambiar de trabajo? ¿Pasarte a una compañía más grande que tuviera más medios para eso?

—Esta gente se ha portado muy bien conmigo, pero..., sí, ya lo he pensado. —Steve cogió la cafetera y empezó a servir el café—. Digamos que, de vez en cuando,

les echo un vistazo a las ofertas de trabajo.

Justo antes de que Philip se fuera, Steve le tendió un gran sobre acolchado. Dentro iban algunas hojas de papel escritas a mano y un CD. La letra de las hojas era caprichosa y desigual: una mezcla de mayúsculas y minúsculas, garabateada con un bolígrafo azul que hacía borrones. El CD parecía de baratillo; la carátula en blanco y negro tenía pinta de haber sido hecha con una fotocopidora, y llevaba la iconografía neonazi habitual de calaveras y esvásticas. Se titulaba *El Carnaval de Auschwitz* y la banda se llamaba «Impenitentes».

—Precioso... —dijo Philip, echándoles un vistazo a los títulos de las canciones.

Consciente de que Allison y Diane andaban por el vestíbulo y les miraban con cierta curiosidad, Steve dijo:

—Oye, Phil, ha sido una noche estupenda. Me ha encantado volver a verte. No vamos a estropearla hablando de estas cosas.

—De acuerdo —dijo Philip—. Lo miraré todo estos próximos días.

—Estaría bien que escribieras algo.

—Veré lo que puedo hacer.

Luego se sonrieron mutuamente y Philip le tendió la mano, pero Steve le dio un abrazo y unas palmadas en la espalda.

—Ya puestos, seguimos en contacto. ¿Vale?

—Vale.

Philip le dio un beso de despedida a Kate, y besó también a las dos hijas de Steve, y volvió la cabeza para ver cómo le decían adiós desde la puerta, mientras se acercaba hasta el coche. Era una familia estupenda, pensó mientras conducía hasta casa; y eso aún le puso más furioso al día siguiente cuando leyó las cartas que Steve había recibido, donde se hacía referencia a la «zorra blanca de tu mujer» y a tus «hijas deformes, mitad blancas, mitad negras». Solo escuchó unos minutos del cedé, quitándolo a la mitad de la segunda canción. Sin necesidad de reflexionar mucho más, supo que tenía que investigar aquello a fondo; se lo debía a Steve. Tendría que escribir un artículo. Una serie de artículos. Incluso algo más amplio.

ACTAS
de una reunión de
EL CÍRCULO CERRADO
mantenida en el restaurante Rules, de Covent Garden
el miércoles 20 de junio de 2001

Estrictamente Privado y Confidencial.

En el lugar y la fecha indicados, tuvo lugar la reunión inaugural de EL CÍRCULO CERRADO. Los miembros presentes eran:

Paul Trotter, diputado
D. Ronald Culpepper, MiF, EMBA^[10]
D. Michael Osborne, CBE^[11]
Lord Addison.
Prof. David Globber (London Business School)
Dña. Angela Marcus

Se sirvieron bebidas en una salita privada a las 19.30. Como todos los miembros ya se conocían previamente, no fueron necesarias las presentaciones. Se sirvió la cena a las 20.00 horas y la reunión en sí empezó a las 21.45.

Al haber sido previamente acordado que la naturaleza de las actividades del CÍRCULO, y la manera de llevarlas a cabo, requerían que no hubiera un presidente, el Sr. CULPEPPER hizo un discurso de apertura informal.

El discurso fue breve, y consistió principalmente en felicitar al Sr. TROTTER por su reciente reelección como Miembro del Parlamento. Se propuso un brindis por el reiterado éxito parlamentario del Sr. TROTTER. Los sentimientos del Sr. CULPEPPER fueron calurosamente refrendados por los demás miembros del CÍRCULO.

El resto de la reunión consistió fundamentalmente en el discurso del Sr. TROTTER.

En su discurso, el Sr. TROTTER se propuso mostrar los principales objetivos y competencias de EL CÍRCULO CERRADO. Y al hacerlo, rindió un cálido homenaje en primer lugar al Sr. CULPEPPER, con quien lo ligaba una larga amistad y asociación de más de veinte años. Informó a los demás miembros de que el nombre EL CÍRCULO CERRADO había sido escogido como gesto conmemorativo, en

recuerdo de una asociación a la que él y el Sr. CULPEPPER habían pertenecido cuando se encontraban en el colegio y en la que se habían conocido.

Luego rememoró las circunstancias que le habían llevado a fundar la Comisión para Asuntos e Iniciativas Sociales (CAIS) a principios de año, empezando por la importante decisión de dimitir como Secretario Parlamentario Privado de un Ministro del Estado en enero. El Sr. TROTTER desmintió las especulaciones de la prensa según las cuales su relación laboral con el susodicho Ministro se habían deteriorado irremisiblemente. Insistió en cambio en que, después de tres años, había empezado a encontrar el papel de Secretario Parlamentario Privado cada vez más restrictivo, y decidido encontrar una salida más fructífera para sus ideas, que habían tendido siempre hacia las franjas más radicales del pensamiento de su partido.

Una vez liberado de las restricciones impuestas por las responsabilidades debidas a su departamento, la institución de una comisión le había parecido una forma de proceder adecuada. Aunque se esmeró en recordar a sus colegas miembros que la CASI tenía el total apoyo de los líderes del partido (con lo que se refería a ambas alas o facciones, tal como prefieren llamarlas algunos), el Sr. TROTTER reiteró que su intención siempre había sido que la Comisión fuese completamente independiente y libre de pensamiento. Solo de esta forma, estaba convencido, podría aspirar a lograr su objetivo, que consistía, les recordó, en encontrar nuevas maneras de promover una participación del mundo empresarial en el suministro de servicios públicos aún mayor que la que el Partido Laborista había conseguido en su primer mandato.

El objetivo de EL CÍRCULO CERRADO, sostuvo el Sr. TROTTER, era apoyar el trabajo de la Comisión, no socavarlo ni evitarlo. Sin embargo, los seis miembros del CÍRCULO habían sido elegidos entre los dieciocho miembros de la Comisión por una razón específica. La Comisión era esencialmente un organismo público y, como tal, cualquier información sobre sus miembros era asimismo de dominio público y su forma de proceder ampliamente seguida por la prensa. Había sido necesario, por consiguiente, elegir a sus miembros abarcando todo el espectro de orientaciones políticas. Obviamente, eso la convertía en un animado foro de debate, y no cabía la posibilidad de que algún miembro del CÍRCULO tratase de reprimir aquel debate. Sin embargo, se podía argumentar (y, de hecho, así había sido) que había espacio, dentro de los límites de la propia Comisión, para otro foro: una especie de círculo dentro del círculo, en el que los miembros favorables a las corrientes más progresistas de la actividad política pudieran expresar su parecer libremente, de un modo informal y sin reparos, sabiendo que sus comentarios irían dirigidos únicamente a pensadores de sus mismas tendencias, y que sus palabras no serían objeto de malas interpretaciones ni de censura alguna.

El propósito del CÍRCULO, entonces, era crear un espacio dentro de la Comisión

donde las ideas más radicales y avanzadas pudieran ser expresadas por primera vez. Seguiría siendo clandestino solo para que sus miembros gozasen de una mayor libertad (y no al contrario) a la hora de dar rienda suelta a sus opiniones. El Sr. TROTTER recordó a sus colegas que las iniciativas financieras privadas se habían abierto camino últimamente en el sector público de una forma que hubiera sido impensable hacía diez años, bajo el gobierno conservador. La responsabilidad de áreas tan esenciales como la sanidad pública, la educación estatal, la administración local, los servicios carcelarios, e incluso el tráfico aéreo, se encontraban ahora en manos de empresas privadas que debían velar por los intereses de sus accionistas más que por los del pueblo en general. Al objeto de llevar aún más lejos ese programa (de “retrotraer las fronteras del Estado” hasta un punto que incluso la autora de aquella frase —Margaret Thatcher— no habría reconocido), los miembros del CÍRCULO CERRADO iban a tener que pensar lo impensable e imaginar lo inimaginable. Su tarea como inspirador consistía sencillamente en dotarles de un contexto donde eso fuera posible.

El Sr. TROTTER concluyó su alocución en ese punto y preguntó a los demás miembros si tenían alguna pregunta.

La Sra. MARCUS preguntó si el Primer Ministro sabía de la existencia del CÍRCULO. El Sr. TROTTER respondió que no. El Primer Ministro estaba sumamente interesado en los trabajos de la CAIS, pero no estaba al corriente de que parte de sus miembros se habían constituido en un organismo suplementario. Ni tampoco había ninguna intención de ponerle al tanto.

Lord ADDISON preguntó cuál se suponía que sería la frecuencia de las reuniones del CÍRCULO. El Sr. CULPEPPER sugirió amablemente que el CÍRCULO se reuniese el doble de veces que la propia Comisión; es decir, una vez poco después de cada reunión de la Comisión, para confrontar las diferentes reacciones, y otra poco antes de la siguiente, para discutir estrategias. Su propuesta fue aprobada por unanimidad.

El Sr. TROTTER recordó a los otros miembros del CÍRCULO que la siguiente reunión de la Comisión se centraría en el tema de la red ferroviaria, en virtud de la actual crisis de la Railtrack. La pérdida de la confianza del público, a raíz de una serie de funestos accidentes ferroviarios, había tenido como consecuencia la pérdida de 534 millones de libras de ingresos. Se había especulado sobre si el gobierno debía volver a nacionalizar la red ferroviaria en respuesta a la opinión pública, pero el Sr. TROTTER insistió en que no era el caso. Era más probable, dijo, que la compañía pasase a ser controlada por el Estado, a pesar de que aún no se había trazado un plan detallado de reemplazo. Lord ADDISON manifestó su opinión de que ese estado de cosas era realmente “extraordinario”. Preguntó si el Sr. USBORNE, una de cuyas empresas había sido contratada para el mantenimiento de largos tramos de vía en el

sureste, había recibido confirmación alguna sobre ese supuesto. El Sr. USBORNE respondió que estaba un poco “al margen del tema”, habiendo dimitido como administrador delegado de Pantehnicon unos dos meses antes, a resultas de su responsabilidad en los numerosos incumplimientos del reglamento de seguridad, los crecientes despidos y la bajada de las acciones.

El profesor GLOVER pidió al Sr. TROTTER que aclarara su propia postura al respecto, puesto que recordaba haber leído el año pasado en los periódicos algunos comentarios atribuidos a su persona que bien podrían interpretarse como una crítica a la gestión de las compañías ferroviarias privatizadas. El Sr. TROTTER puntualizó que sus comentarios habían sido sacados de contexto y que no respondían a sus verdaderas opiniones.

En ese momento el Sr. TROTTER hubo de ausentarse para recibir un fax. Explicó a los demás miembros que había firmado recientemente un contrato para escribir una columna semanal en un diario nacional, donde recoger su experiencia como padre, y que el escritor que le redactaba la columna había acordado enviársela por fax al restaurante esa noche para que le diese el visto bueno antes de su publicación. Se disculpó ante los otros miembros del CÍRCULO y les dijo que enseguida estaría de vuelta.

Mientras tanto, el Sr. CULPEPPER le expresó su conmiseración al Sr. USBORNE (si bien tardíamente) por su forzada dimisión de la Pantehnicon. El Sr. USBORNE le agradeció su interés, y admitió que se había llevado una decepción al ver que sus esfuerzos por el bien de la compañía habían sido minusvalorados, y su conducta, malinterpretada, por parte de la prensa financiera y popular. En cuanto a él, estaba orgulloso de cómo había conseguido que la compañía ganara en eficacia, así como del considerable ahorro en términos de capital humano. En cualquier caso, pudo asegurarle al Sr. CULPEPPER que, en conjunto, había recibido una generosa compensación por sus desvelos y, posteriormente, le habían ofrecido una serie de presidencias y puestos directivos; ofertas que se encontraba sopesando en ese momento. La Sra. MARCUS expresó su esperanza de que hubiese invertido sabiamente su indemnización, y el Sr. USBORNE le informó de que la había empleado para incrementar su cartera de inversiones privadas.

Luego siguió una discusión informal sobre el tema de los paquetes remunerativos, y la reunión concluyó, con ese buen humor reinante, a las 22.55.

Se acordó que la próxima reunión de EL CÍRCULO CERRADO tuviese lugar el miércoles 1 de agosto de 2001 en el mismo emplazamiento.

Cuando Benjamin llegó, Claire estaba agachada a un lado del camino del jardín, podando muy decidida un vástago de una planta espinosa verdigris que, como de costumbre, fue incapaz de identificar. El chirrido de la cancela le hizo levantar la vista. Sonrió y se incorporó con un movimiento ágil y juvenil. El sol del atardecer ya estaba bajo y le daba de lleno en la cara, resaltando las patas de gallo y las líneas de expresión. Pero su piel (más bronceada y mediterránea de lo que Benjamin la recordaba) seguía tirante sobre los pómulos, y el corte de su pelo canoso no era exagerado ni meramente práctico; seguía la curva de sus mejillas en una onda a la moda, y la hacía parecer más joven (ocho o diez años menos de los que él sabía que tenía).

—Hola, Ben —dijo alegremente, y le dio un beso en la mejilla. Él trató de abrazarla mientras, pero el abrazo se deshizo rápidamente, en un par de segundos. Los dos dieron medio paso atrás.

Claire se protegió los ojos con la mano y lo miró fríamente, como evaluándolo.

—Tienes buena pinta —dijo—. Has engordado un poco. Antes siempre estabas muy delgado.

—Pues sí —dijo Benjamin—. Tú también tienes buena pinta. Muy buena, en realidad.

El piropo provocó una sonrisa, mitad de alegría, mitad por educación.

—Vamos dentro —dijo, y se volvió para dirigirse hacia la casa.

Era una casita diminuta de ladrillos rojos, que formaba parte de una modesta hilera acurrucada contra la ladera de la colina que queda debajo de Worcester Road, con las casas mirando con experta indiferencia hacia la vasta extensión de zonas verdes que hay debajo. La puerta principal daba directamente a un cuarto de estar lleno de trastos de todo tipo, a través de los cuales, y con cierto ingenio, era posible abrirse camino hasta la cocina, y finalmente hasta un patio enlosado y un pequeño trozo de jardín descuidado.

—Tiene que haber sido una lata —dijo Benjamin— mudarte aquí tú solita.

—Vinieron transportistas que me ayudaron. Además, últimamente lo hago todo sola. Enseguida te acostumbras.

—De todos modos —contempló la media docena de cajas de embalar que abarrotaban el cuarto y amenazaban con volcar su contenido en el suelo—, te harán falta un par de días para recobrar el aliento después de un traslado así, ¿no?, antes de empezar a poner todo en orden.

—Ya hace cuatro meses que me mudé —dijo Claire—. ¿No te acuerdas? Siempre he sido bastante desordenada. —Despejó un poco el sofá para que él se sentara, retirando un plato con una tostada a medio comer y un ejemplar del suplemento de «Sociedad» del *Guardian* de hacía una semana—. Gracias a Dios —añadió—, vivo

con alguien que es bastante tolerante con ese tema...

—Creía que vivías sola —dijo Benjamin.

—Por eso. —Aquella sonrisa tensa otra vez—. ¿Quieres un té o un café? ¿O nos acercamos hasta el pub?

Mientras emprendían la empinada cuesta de Church Street hasta Great Malvern, Benjamin dijo, meditabundo:

—Estaba tratando de recordar cuándo fue la última vez que nos vimos.

—En Birmingham, hará año y medio —le recordó Claire—. Nos topamos por casualidad en la cafetería de la Waterstone.

—Es verdad. Siento no haber hablado más. Si te soy sincero, me sorprendió tanto verte que..., bueno, no sabía qué decir, la verdad.

—De todos modos, tuviste la suficiente entereza como para darme una invitación para tu concierto.

Al parecer, él no percibió la ironía del comentario.

—Bonita noche también. Una pena que no pudieras venir.

—Sí que *fui* Estuve allí un rato.

—¿De veras? Pues no te vi.

—Ya. Es que me quedé... escondida en la parte de atrás. —Le echó una mirada a Benjamin, que parecía dolido por ello—. Lo siento, Ben, tendría que haberme acercado a decirte algo. Pero me sentía un poco rara (solo llevaba en Inglaterra unos días) y, bueno..., no sé. Fue una noche muy rara. Parecía que estabas en otro planeta.

—Era una noche importante para mí.

Benjamin frunció el ceño, reorganizando sus recuerdos de aquella ocasión agridulce.

—No intentes juzgarme, Ben. Me resultaba muy, pero que muy raro, volverte a ver de aquella manera. Seguramente no debería haber ido.

—¿Y qué tenía de raro? Tampoco he cambiado tanto, ¿no?

—Pero, por Dios... —dijo Claire, suspirando profundamente—. Desde luego, si no puedes entender eso... —y ahora había auténtica diversión en su sonrisa, además de cariño—, es que no has cambiado nada. Nada de nada, la verdad.

Cuando iban llegando al final de la cuesta (con Benjamin quejándose todo el rato: «¿No podíamos haber traído el coche?»), un pub llamado El Unicornio surgió ante su vista, y tras él, la espectacular ladera casi vertical de la colina, repleta de helechos. A Benjamin, que no había estado en Malvern desde que era niño, le conmovió ver aquella escarpada silueta gris contra el cielo azul claro del atardecer, salpicado de nubes. Por un momento (tras la depresión que le había provocado comprobar las condiciones en las que vivía Claire), sintió una extraña envidia al pensar que ella había elegido aquel sitio para vivir.

—Me gusta esto —dijo—. Tiene algo de majestuoso. Un poco en plan West Midlands.

—No está mal —reconoció Claire, cogiendo a Benjamin del brazo para alejarlo

del pub en dirección a la curva de Worcester Road—. Aunque tampoco se puede decir que pensara acabar aquí. Tal vez en Milán, o en Praga, o en Barcelona. Eso fue más o menos lo que siempre tuve en la cabeza. Y quizá esta noche pudiéramos tomarnos una copa en el... Café Alcántara de Lisboa (un sitio maravilloso al que fui una vez con un presunto novio) todo decorado en art déco, el café, quiero decir..., solo a unos pasos del litoral atlántico. Y, en cambio, aquí estamos. —Se detuvo ante una puerta—. En el Hotel Foley Arms de Malvern. Lo cual dice bastante de nosotros, ¿no, Benjamin? Justo lo que nos merecemos.

Se sentaron en la terraza, que ofrecía una vertiginosa perspectiva del Severn Valley, difuminada por la calima, ilimitada, bañada por la luz del atardecer, y Benjamin pensó que le habría costado mucho cambiar aquella vista incluso por la mejor que Lisboa pudiera ofrecerle. Pero se reservó esta apreciación. En cambio, cuando Claire regresó de la barra con una botella de vino blanco templado y un par de copas, dijo (incapaz de reprimir una nota de irritación en su voz):

—De todas maneras. ¿Cómo puedes decir que tengo buena pinta, si me encuentro fatal? Llevo más de un año en plena crisis.

—Te has pasado la vida en plena crisis, Benjamin. Siempre ha sido así, y seguramente siempre lo será. Por ese lado, nada nuevo, me temo. Y tienes buena pinta. Lo siento, pero la tienes. —Le pasó una copa llena de vino y añadió, más amablemente—: bueno. ¿Y entonces qué pasa? ¿Cuál es el problema esta vez?

—Yo y Emily —respondió Benjamin, sorbiendo su vino y apartando la mirada de ella para contemplar abstraído el panorama.

Claire también dio un sorbo, y no dijo nada.

—Mi matrimonio se está yendo al garete —añadió, por si acaso ella no había captado la idea. Pero siguió sin haber respuesta—. Bueno. ¿Qué? ¿No vas a decir nada?

—¿Y qué voy a decir?

Benjamin se quedó mirándola, exasperado; luego meneó la cabeza.

—No sé. Tienes razón. A lo mejor no hay nada que decir.

—Ya sabes que pasé por eso mismo con Philip. Sé cómo es la cosa. Horrible, la verdad. Lo siento, Ben, de veras que lo siento. Pero no te voy a decir que no lo veía venir.

Benjamin se inclinó hacia delante, con una mirada cada vez más dolida.

—Es que me siento tan... tan..., ¿cuál es la palabra?

—Culpable.

—Sí. —La miró, sorprendido—. Me siento culpable. Me paso todo el rato sintiéndome culpable. ¿Cómo lo sabes?

—Porque, como ya te he dicho, no has cambiado nada. Y siempre he sabido que, cuando te pasara algo así, ibas a sentirte culpable precisamente. Es lo que mejor se te da. Tienes un talento especial para la culpa, supongo. Que ha estado ahí latente un tiempo, pero supongo que ahora te vas a resarcir.

—¿Pero de qué me siento culpable? ¿Por qué tengo que sentirme así? —Tú sabrás.

—No le he sido infiel a Emily.

—¿Ah, no?

—No me he acostado con nadie más, vamos.

—Eso no es exactamente lo mismo. —Suspiró—. ¿Qué pasó? ¿Cuándo empezó la cosa?

—El año pasado —dijo Benjamin, y entonces le contó la historia de los diarios de Francis Piper, y cómo le habían revelado la prosaica verdad sobre el «milagro» en el que había creído, con secreto fervor, durante veintiséis años.

Era demasiado para que Claire lo asimilara en un momento.

—¿Quieres decir que ya no crees en Dios?

—No —respondió Benjamin con mucho énfasis.

—Pues menudo alivio, la verdad... Venga. ¡Vamos a brindar por eso! —Y trató de entrecuchar las copas, pero Benjamin ni se inmutó.

—Parece que no lo entiendes —dijo—. No es solo que se me haya roto una ilusión, aunque eso ya sería bastante desagradable. Es lo que significa para Emily y para mí. Ya no tenemos eso en común. Ella es creyente. Yo no. Y era lo único que nos mantenía unidos.

—Pero seguís juntos, ¿no? Y después de un año. Pues eso querrá decir algo. Por ejemplo, que vuestro matrimonio se basa en otras cosas.

—Eso pensaría cualquiera. Pero no ha sido así. Ha sido un año horrible. Espantoso. Ya apenas hablamos. En casa lo podemos llevar más o menos porque los dos nos pasamos el día trabajando fuera, y además, ya sabes, está la tele, y yo puedo subirme a escribir y eso. Pero el mes que viene vamos a Normandía un par de semanas y me da *miedo* solo pensarlo. Intentar compartir tu vida con alguien cuando no sientes ninguna... cercanía, ninguna intimidad... No hay nada peor.

—¿Que no? —dijo Claire, en tono burlón—. ¿La hambruna, por ejemplo? ¿Que te haga estallar en pedazos un terrorista suicida? —Bajó la vista con una sonrisa serena—. Sí, ya sé. Te crees moralmente superior. Yo tampoco he cambiado mucho en eso.

Benjamin extendió el brazo para cogerle una mano; pero el intento, como de costumbre, fue torpe, y ella ni se dio cuenta.

—Entonces, ¿por qué sigues con ella?

—Buena pregunta.

—Ya sé. No es como si... Quiero decir, no es como si hubiera niños de los que preocuparse.

—Cierto. —Meneó la cabeza—. No sé cuál es la respuesta, Claire. ¿Por qué sigo con ella?

—Te lo diré yo si quieres —respondió ella—. Porque estás asustado. ¿Puede ser? ¿Porque llevas con ella dieciocho años y solo sabes vivir de esa forma? ¿Porque te

viene bien en muchos aspectos? ¿Porque tienes tu propio cuartito en la parte de atrás de la casa, con tu escritorio y tu ordenador y tus aparatos para grabar, y es todo demasiado bonito como para dejarlo? ¿Porque no te acuerdas de cómo se pone la lavadora? ¿Porque ver un asqueroso programa de jardinería con alguien es menos deprimente que verlo tú solo? ¿Porque le tienes cariño a Emily? ¿Porque en el fondo le eres fiel? ¿Porque tienes miedo de acabar triste y solo?

—No acabaría triste y solo —recalcó Benjamin, a la defensiva—. Seguramente encontraría otra persona, de todas formas.

—¿Ah, sí? ¿De golpe y porrazo?

—No sé... En unos meses o así.

Claire parecía impresionada, o fingió estarlo.

—Por lo visto estás muy seguro. ¿Estás pensando en alguien?

Benjamin titubeó un momento, luego se inclinó hacia delante.

—Hay una persona —le confesó—. Trabaja cerca de casa. Es peluquera.

—¿Peluquera?

—Sí. Es guapísima. Tiene una cara tan... angelical. Angelical y sofisticada a la vez, si se pueden dar las dos cosas al mismo tiempo.

—¿Y qué edad tiene?

—No lo sé... Veintimuchos, supongo, o por ahí.

—¿Y se llama?

—Tampoco lo sé. La verdad es que no he...

—... hablado con ella —dijo Claire, rematando la frase con un tono de agotamiento—. Por el amor de Dios, Benjamin, ¿pero cómo puedes ser así? Tienes cuarenta y tantos años, no me jodas...

—Solo cuarenta...

—¿Y te has enamorado de una maldita *peluquera* con la que ni siquiera has hablado? ¿De verdad piensas en ella como en la futura compañera de tu vida?

—No he dicho eso. —Claire se fijó en que por lo menos tenía la decencia de ponerse colorado—. Y no deberías juzgar de antemano a la gente, de todas maneras. Parece muy inteligente. Supongo que debe de ser licenciada, y que trabaja en eso por dinero o algo así.

—Ya. Así que ya te ves disertando sobre Proust y Schopenhauer entre champú y champú, ¿no?

Si esperaba que Benjamin le siguiese la broma, se tuvo que fastidiar. Porque cada vez parecía más deprimido.

—¿Y de qué me serviría? —fue lo único que masculló, amargamente, al poco rato—. Ya no tengo ninguna práctica. Ni siquiera sabría cómo entablar conversación con alguien así.

—No es muy difícil entablar conversación con una peluquera —señaló Claire—. Lo único que tienes que hacer es entrar y pedirle que te corte y te seque el pelo a mano.

Benjamin se tomó un tiempo inesperadamente largo para digerir aquella frase, como si Claire le hubiese revelado la contraseña secreta que abriría alguna puerta oculta que daba a un mundo de inimaginables posibilidades.

—Solo una cosa —se sintió obligada a añadir, un tanto incómoda—. Creo que te llegaría con que te lo recortase un poco, la verdad. —Luego titubeó, sintiendo que ya era hora de llevar las cosas a un terreno más serio—. Benjamin... —empezó, vacilante. (Iba a ser difícil.)—. Sabes cuál es el problema, ¿no? Quiero decir, el auténtico problema.

—No —respondió él—. Pero seguro que te vas a dar el gusto de decírmelo.

—No me da ningún gusto. —Le pegó un buen trago a su copa—. El problema es que... no lo has superado. ¿Verdad? Ya hace veintidós años, y aún no lo has superado.

Benjamin la miró atentamente.

—Supongo que te refieres a...

Claire asintió.

—Cicely.

Se produjo otro silencio, mientras aquel nombre (el nombre prohibido que nunca debía ser pronunciado) quedaba flotando en el aire, entre los dos. Al final, Benjamin pronunció una sola palabra, con mucho énfasis y mucho sentimiento.

—Tonterías.

—No es ninguna tontería —dijo Claire—. Y lo sabes perfectamente.

—Pues claro que es una tontería —contraatacó Benjamin—. Estamos hablando de algo que pasó cuando íbamos al colegio, por el amor de Dios...

—Exactamente. Y todavía no lo has superado. ¡No lo has superado, joder! Y lo que es peor, Emily lo sabe, y lo ha sabido durante toda vuestra vida de casados, y seguramente no ha dejado de atormentarla.

Y le contó lo que había notado en el concierto, el cambio que se había producido en él cuando se sentó al teclado y tocó las frases iniciales de la *Marina N.º 4*, la expresión tan diferente que habían puesto sus ojos, remota, ausente, la intensidad de una mirada que no iba dirigida a nada que tuviese delante, sino a su propio interior, al pasado; y cómo había cambiado también la mirada de Emily con aquella música, cómo se había quedado mirando a Benjamin un momento para luego bajar la vista al suelo, mientras se evaporaba todo lo que estaba disfrutando con su interpretación, todo su orgullo, dejándola vacía, con una mirada hueca de soledad y pesar.

—Y, por cierto —añadió Claire—. ¿Qué pasó entre tú y aquella mujer?

—¿De qué mujer me hablas?

—La mujer con la que estabas cuando te vi en la cafetería. La que me presentaste como tu «amiga».

—¿Malvina? ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, que me pareció que erais bastante íntimos. Y me fijé en que *ella* tenía un toque a lo Cicely.

—¿Pero qué me estás contando? —Benjamin no daba crédito—. ¡Si tiene el pelo negro!

Se quedaron en silencio unos segundos, tratando de recobrar la serenidad.

—No te estoy... criticando ni nada parecido —comentó Claire, a modo de disculpa.

Benjamin masculló:

—La cosa no fue a más —y su voz sonó inequívocamente triste. Para él, aquella amistad pasajera seguía siendo uno de los acontecimientos sentimentales más importantes de su vida reciente.

—Entonces. ¿Qué pasó? ¿Dejaste de verla?

—No solo eso. Empezó a enrollarse con Paul.

Claire parpadeó y meneó la cabeza.

—Qué fuerte...

—Ya —dijo Benjamin, volviendo a beber, y dejando que el vino alimentase su autocompasión adrede.

—No —dijo Claire—. Quiero decir qué fuerte para *ella*. Jo, no se lo desearía ni a mi peor enemiga. —Se interrumpió, y luego hizo su declaración definitiva—. Tienes que contárselo a Emily.

—¿Lo de Malvina? ¿Para qué? No pasó nada. Llevo siglos sin verla.

—No digo eso precisamente. Sino por qué empezó la cosa. Qué te llevó a eso. Quiero decir, está claro que tienes alguna necesidad, una necesidad sentimental que Emily no te satisface en este momento y eso es..., bueno, eso es algo de lo que deberíais hablar, ¿no? Porque seguramente ella se siente de la misma forma. ¿Estará despierta cuando llegues a casa esta noche?

—Seguramente. Suele quedarse despierta, leyendo.

—Entonces prométemelo, Ben. Prométeme que, cuando llegues a casa esta noche, antes de dormir, le vas a decir: «Emily, tenemos que hablar». No hace falta más. ¿Crees que lo puedes hacer?

Benjamin se encogió de hombros.

—Supongo.

—¿Me prometes que lo vas a hacer?

—Vale, te lo prometo.

Y después de eso, charlaron de otras cosas. Sobre la decisión de Claire de hacer de traductora técnica free-lance, del alivio que había sido largarse de aquella residencia de estudiantes de Londres, y de cómo había mucha más demanda de italiano técnico en la zona de Worcester y Malvern de la que uno se pudiera imaginar. Sobre cómo la mayoría de su trabajo se podía hacer actualmente por Internet, de todos modos, con lo que los contactos que había hecho en Londres y en Lucca le seguían sirviendo, y estaba ganando dinero más que suficiente para pagar su pequeña hipoteca; aunque eso significara que de cuando en cuando siguiera sintiéndose un poco en la cuerda floja y se despertara en plena noche con el ataque de pánico de

siempre, pero en realidad las cosas le iban bien. Y también hablaron sobre su hijo, Patrick. De lo callado e introvertido que era. De cómo Claire estaba empezando a creer que le había hecho mucho más daño su divorcio de Philip de lo que nunca se habría imaginado. De cómo hablaba obsesivamente, sin parar, de su tía Miriam, a la que no había conocido porque desapareció en 1974, cuando solo tenía veintiún años, y nunca se la volvió a ver, a pesar de todos los esfuerzos (aparentes) de la policía de las West Midlands. Era como si la separación de sus padres, suponía Claire, le hubiera dejado un vacío, un vacío interior, oscuro y sin fondo, que trataba de llenar a fuerza de agarrarse a aquella mítica figura perdida de la historia reciente, convirtiéndola en una especie de tótem de todas sus carencias en el ámbito familiar. Coleccionaba fotografías suyas, le sonsacaba a su madre anécdotas y recuerdos siempre que tenían ocasión de charlar.

—¿Cuántos años tiene ya? —preguntó Benjamin.

—Diecisiete. Acaba el bachillerato este año. Luego quiere ir a la universidad a estudiar biología. No tengo ni idea de si aprobará la selectividad.

Él captó el deje de angustia en su voz y dijo:

—No te preocupes. Seguro que sí.

—Ya —dijo Claire, a quien nada de lo que dijera Benjamin, sobre cualquier asunto, le podía proporcionar mucha seguridad. Estaban de pie junto a la cancela que daba a su jardincito delantero, y ya eran prácticamente las doce de la noche. Una luna casi llena de julio flotaba en el cielo. Benjamin se quedó mirándola y recordó, como siempre, que también había luna llena la noche del día que había hecho el amor con Cicely en el dormitorio de su hermano. Una luna amarilla, como el globo amarillo de su recuerdo de infancia. Se había sentado fuera, en el jardín, a contemplar la luna, tratando de paladear otra vez aquel momento de absoluta felicidad y, sin embargo, de alguna oscura manera (o aquello no era nada más que la sabiduría que da la visión retrospectiva) ya había sentido que se alejaba de él. No había vuelto a ver a Cicely desde entonces; no había vuelto a posar sus ojos en ella desde que lo dejó sentado solo en La Parra con Sam Chase, justo después de hablar con su madre por teléfono y de saber que tenía una carta de América esperándola, una carta de Helen. Al día siguiente, él mismo había llamado a su madre para enterarse (aunque le hubiera parecido increíble, imposible) de que Cicely iba en un vuelo con destino a Nueva York. ¿Qué podía poner en la carta? No lo sabía, prefería no pensarlo, no conseguía recordar más detalles de aquella conversación con su madre, así que su último recuerdo real de Cicely (o más bien relacionado con Cicely) era la media hora que se había pasado sentado en el jardín de la casa de sus padres, contemplando la luna amarilla. Y desde entonces había medido su vida en términos de lunas llenas, y nunca había sido capaz de contemplar una luna llena sin pensar en aquella noche; y en ese momento calculó rápidamente, sin tener que pararse a pensarlo, que aquella luna llena hacía la número 265 desde aquel día. Y no sabía muy bien si eso le parecía mucho tiempo, o ninguno, o las dos cosas.

—Benjamin —le estaba diciendo Claire—. ¿Estás bien?

—¿Mmm?

—Como no me haces caso...

—Lo siento. —Se dio cuenta de que estaban a punto de despedirse, y le dio otro de aquellos besos breves y chapuceros.

—Buen chico —dijo ella—. Pásatelo muy bien en Normandía. A lo mejor es lo que os hace falta a los dos. A lo mejor hace milagros.

Benjamin no estaba muy convencido.

—Puede —dijo—. Pero no creo.

—Id a Etretat —dijo Claire.

—¿Qué?

—Está en la costa, cerca de Le Havre. Hay unos acantilados maravillosos. Estuve allí en invierno hace dos años, justo antes de venir aquí. Hacía un frío terrible, pero la vista es impresionante. Me quedé allí horas, en lo alto del acantilado... —Se interrumpió, perdida en sus recuerdos—. Bueno, solo es una sugerencia.

—De acuerdo. Iremos.

—Y no te olvides... No te olvides de lo que te he dicho. De lo que le tienes que decir.

—Vale, ya me acuerdo —dijo Benjamin—. Que me lo corte y me lo seque a mano.

Claire supuso en un principio que estaba de broma. Luego suspiró cuando vio que no, y decidió que era inútil intentar corregirle.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué me molesto tanto por ti, Benjamin? Yo a veces sí.

No hubo respuesta a eso, claro. Pero hasta Benjamin se percató, y eso lo conmovió, de la sinceridad cargada de ironía con la que lo había dicho Claire, y al poco rato, mientras se alejaba en coche de Malvern, hacia las luces nocturnas de la M5, experimentó una pequeña epifanía. Buscó Radio 3 en el estéreo del coche, y reconoció la música que estaba sonando; se trataba del «Cantique des Vierges» de *Judith*, el oratorio de Arthur Honegger. De todos los dones inútiles que le había dado la vida, ninguno lo era más, pensaba a veces, que su habilidad para identificar cualquier ráfaga musical de un compositor menor del siglo xx; y aun así, en esa ocasión se alegró, porque se dio cuenta de que llevaba por lo menos diez años sin escuchar su vieja cassette de aquella obra, y aunque en gran parte no era muy digna de recordar, aquel pasaje había sido en su día uno de sus favoritos, algo que se ponía a escuchar cuando sentía que necesitaba el consuelo que la sencillez etérea de su delicada melodía casi infantil nunca dejaba de ofrecerle. Y en ese momento, echándole un vistazo al espejo lateral del copiloto y viendo la luna amarilla reflejada, y debajo las luces de Malvern (sabiendo que una de ellas era la de la ventana del cuarto de estar de Claire), y volviendo a escuchar aquella melodía, la melodía que un día había sido tan familiar y tan importante para él, sintió una oleada de placer, de

bienestar, al pensar que Claire y él seguían siendo amigos incluso después de veinte años. Y no solo eso, porque por primera vez reconoció que siempre había habido por parte de Claire el deseo de algo más que una amistad, una posibilidad que a él debía de haberle dado miedo; si no, ¿por qué la había negado tanto tiempo? ¿*Por qué* se había empeñado tanto en no admitirla? Pero esa noche, de repente, ya no le daba miedo. Pero tampoco quería dar la vuelta, regresar a Malvern y pasar la noche con ella. El sentimiento que lo embargaba no era tan simple. Era, sencillamente, que la combinación de la tersa melodía de Honegger y la luna amarilla, aquel emblema tan importante de sus deseos más primarios, parecía tomar esa noche el aspecto de una señal: un indicador de su futuro, en cuyo centro, distante pero siempre presente y fiable, se encontraba la reluciente luz de la casa de Claire. Cuando lo invadió esa radiante certeza, a Benjamin le entraron escalofríos y tuvo que parar en el arcén para enjugarse las cálidas lágrimas que brotaban de sus ojos.

Se quedó allí sentado hasta que acabó la música, respirando profundamente, antes de incorporarse otra vez a la carretera y reanudar su viaje en dirección norte, de vuelta a su ciudad, a su casa, al dormitorio donde Emily estaría despierta, bostezando sobre una novela que no estaría leyendo; todo su ser (todas sus miradas, todos sus gestos) un léxico de reproches inconcretos.

18 de julio de 2001

Etretat

Querido Andrew:

Te prometí una postal desde Normandía. Pues has tenido suerte, porque te va a llegar más de una. He reservado la vuelta en un ferry que no sale hasta dentro de dos días y, la verdad, estoy harta de andar en coche por el campo mirando monasterios y catedrales, así que me voy a quedar sentada en el hotel hasta entonces, tratando de reflexionar y de tranquilizarme un poco. Tengo un montón de cosas que ordenar en la cabeza, pero no te preocupes por mí; estoy bien. Pase lo que pase (y sé que los días y las semanas que vienen van a ser muy dolorosos, y con un montón de «dificultades» que superar, como diría mi amado consejero), ya he tomado una decisión y me voy a mantener en ella.

Y en caso de que te estés preguntando por qué todo ese párrafo está escrito en primera persona del singular, la respuesta es fácil: estoy aquí sola. Benjamin se ha ido. Se fue ayer. Creo que a París, pero no estoy segura, y si he de serte sincera, me importa un pito. Ha apagado el móvil y yo encantada... De hecho estoy cabreada conmigo misma por haber intentado llamarlo ayer. ¿Qué íbamos a decirnos de todas formas? De momento no tengo nada que decirle. Nada de nada.

Nuestro matrimonio se ha roto.

Mientras tanto, déjame que te cuente un poco mis vacaciones en el infierno.

A lo mejor «infierno» es un término un poco exagerado, por lo menos en lo que respecta a los diez primeros días. «Purgatorio» sería más exacto, creo. Además, desde hace un año (incluso desde antes) todo ha sido una especie de purgatorio para mí. Supongo que el sufrimiento se ha ido acumulando e intensificando hasta que se ha vuelto insoportable. Insoportable para mí, en todo caso. A veces me pregunto si Benjamin sufre alguna vez; si sufre de verdad, quiero decir. Bueno, no es verdad, sufrió hace tiempo, eso lo sé porque me lo ha contado; hace muchos años, cuando aún estábamos en el colegio, por lo que le pasó a Lois y por cómo la ayudó a recuperarse. No dudo de que sufriera por eso, que compartiera su dolor con ella íntimamente. Solía ir a verla todas las semanas, me acuerdo, sin fallar una, y eso debió de marcarla. Así que es capaz de sentir algo profundamente, casi tan capaz como de disimularlo; Benjamin tiene un gran autocontrol, una cualidad muy británica, diría alguna gente, y seguramente una de las cosas que me atrajo de él al principio. (Benjamin cree que toda nuestra relación se basa en la religión, pero no es así; eso es una estupidez, una historia que le viene como anillo al dedo para explicar por qué han ido mal las cosas). Pero, de todas maneras, algo ha cambiado en Benjamin desde aquel día a la orilla del canal, cuando me contó la historia de Lois y Malcolm. (¿Recuerdas que te lo comenté? Dios mío, creo que te he contado la

historia entera de mi vida —y la de la mitad de las personas que conozco— en estos dos últimos años; y has tenido tanta paciencia escuchando todas mis palabras... Y es que escuchas tan bien, querido Andrew. ¡No hay mucha gente así!). Es como si algo lo hubiera congelado en el tiempo, y se hubiera quedado pegado a un momento concreto del que no pudiera moverse para seguir adelante. Creo que hasta sé lo que lo provocó (o mejor dicho, quién lo provocó), pero eso ya te lo contaré.

Pero, si esto fuera uno de mis mails (¿Y cuántos mail te he escrito en el último año y medio o así?, a lo mejor más de cien), borraría gran parte de lo que he escrito hasta ahora e intentaría centrarme en lo que quería contarte. El meollo de la cuestión. Pero en cambio he regresado a la era del vapor, de cuando se usaba pluma y papel, y eso me obliga a pensar mientras redacto; que, la verdad, me parece más un lujo que una obligación. Supongo que escribir todo esto es una buena terapia para mí, eso es lo que quería decir. Siempre te puedo llamar por teléfono, además; y vamos a vernos dentro de unos días, ¿no? Así que, en realidad, ni siquiera hace falta que eche esto al correo. Pero seguro que al final lo haré.

Bueno, pues eso: mi última semana en el purgatorio, por Emily Trotter. O Emily Sandys, tal como parece que volveré a llamarme muy pronto. ¿Por dónde empiezo?

Los diez primeros días, como ya te he dicho, fueron bastante pasables, por lo menos. No te puedo contar mucho de ellos porque empiezan a fundirse en uno solo. Viaje en coche seguido de visita turística seguida de viaje en coche seguido de comida seguida de viaje en coche seguido de paseo seguido de viaje en coche seguido de reserva en hotel seguida de cena, y todo eso una y otra vez. ¡Al infinito! Creo que lo que más detestaba era tanto viaje en coche, porque las carreteras aquí son bastante tranquilas y bastante rectas y tiene algo de desolador (nunca has estado casado, así que no lo sabrás) saber que te estás convirtiendo en una de esas parejas maduras de casados en las que siempre juraste que no te convertirías, que se pasan horas pegados dentro del coche, con la vista fija en la carretera, sin nada que decirse. «Ah, mira: vacas», casi llegaba a gritar, solo por romper aquel silencio espantoso. En realidad no fue tan horrible, pero es para que te hagas una idea.

En cualquier caso, fuimos a Rouen, fuimos a Bayeux, fuimos a Honfleur, fuimos a Mont-St-Michel, y en el camino nos hartamos de bouillabaisse y brandade de morue y chateaubriand. Por no hablar del vin rouge, porque se fue haciendo cada vez más evidente, a medida que iba pasando la semana, que la perspectiva de emborracharnos como cubas todas las noches era lo único que nos impedía considerarlo todo un fracaso y volvernos a casa. O estrangularnos mutuamente, ya puestos. Y todo ese tiempo (eso era lo que me resultaba especialmente agotador) yo haciendo lo imposible por animar la cosa con ese estilo mío que me caracteriza. Creo que me he pasado los últimos dieciocho años intentando hacer eso, de una forma u otra, y cuando se trata de Benjamin cuesta un montón en el mejor de los casos. Pero, bueno, este no es el mejor de los casos. De hecho, los últimos doce meses han sido más bien el peor, y aquí ha sido igual. Esos largos y deprimentes

silencios suyos... Los ojos fijos en la media distancia, el pensamiento puesto en... ¿En qué? No tengo la menor idea, incluso ahora. ¡Tras dieciocho años de matrimonio! De cuando en cuando, siempre acababa preguntándole, desesperada: «¿Estás deprimido por algo?». A lo que él siempre me respondía: «Pues no». Y yo no le hacía caso y le decía: «¿Es por tu libro?», y entonces, la mayoría de las veces, eso lo sacaba de sus casillas y se ponía a gritar: «¡Pues claro que no es por mi libro!», y así seguía la cosa...

Te diré qué es lo que me ha cabreado tanto esta vez. Ha sido darme cuenta de que solo se porta así conmigo. Si lo ves con otros amigos (como Philip Chase, o Dougy Frankie), es como si se animara de repente, como si de repente se acordara, por alguna razón, de cómo ser gracioso y sociable, y de cómo mantener una conversación. Y en estas últimas semanas, eso ha empezado a fastidiarme de verdad. Por poner un ejemplo: ¿Por qué demonios estoy en Etretat? Porque Benjamin quería venir aquí. ¿Y por qué quería venir aquí? Porque Claire le habló mucho de este sitio cuando fue a tener un pequeño y agradable tête à tête con ella hace unas semanas, del que volvió como a la una de la mañana, cargado de alcohol, y todo contento consigo mismo. Pero Claire es tan amiga mía como suya. Más mía, en realidad. ¿Pero me invitó a ir con él? No. Y debieron de estar hablando unas cinco horas. ¿Cuándo sería la última vez que habló conmigo cinco horas, o una hora, o cinco minutos? Es ese tipo de cosas lo que me ha hecho darme cuenta de que, la mayor parte del tiempo, parece que ya no existo para Benjamin. Ni siquiera debo de salirle en el radar.

A lo mejor piensas que no tiene importancia. Pero cuando llevas meses, años, así, empieza a tenerla. Y mucha; se convierte en lo más importante de tu vida. (Y no tiene nada que ver con si cree en Dios o no, diga lo que diga). Y anteayer es que ya me superó.

Te cuento cómo empezó la cosa.

Ironías de la vida, seguramente había sido el mejor día de nuestras vacaciones hasta ese momento. O por lo menos, para mí; hasta que me di cuenta de que me estaba engañando a mí misma. Habíamos comido en Le Bec-Hellouin, que estuvo bastante bien (muy bien, en realidad; la tarta de manzana estaba de morirse), y luego nos acercamos en coche hasta St Wandrille, que es un pueblecito muy bonito en el valle del Sena, con un famoso y antiguo monasterio benedictino del siglo x. Aparcamos el coche en el pueblo y dimos un largo paseo por la orilla del río; como de tres horas, yo creo. Ya mitad del paseo nos topamos con un edificio viejo simplemente mágico. Era una especie de granero, pero parecía que el resto de la granja había desaparecido hacía siglos, y allí estaba él solito a unos veinte metros del río. Estaba casi completamente en ruinas y la verdad es que parecía un poco peligroso, pero, de todos modos, asomamos la cabeza por las ventanas y luego vimos que la puerta no estaba cerrada ni nada, así que nos metimos dentro y echamos un vistazo. Estaba lleno de malas hierbas y de ortigas con espinas, pero aún te podías

hacer una idea de cómo podría quedar si alguien se tomase la molestia de reconstruirlo. Miré a Benjamin y juraría que estaba pensando lo mismo que yo. Siempre habíamos hablado (o hasta hacía muy poco, por lo menos) de comprar un sitio en Francia o en Italia, huyendo de la gran ciudad, un sitio donde hubiese tranquilidad y silencio y pudiese acabar de una vez ese maldito libro suyo. Y aunque aquel edificio era una pura ruina, estaba claro que, una vez reconstruido, quedaría sencillamente perfecto. Hasta hablamos de dónde podría ir el comedor, y dónde podría poner todos sus ordenadores y su equipo de grabación y todos esos rollos. Por una vez, tuvimos una conversación como es debido. Y luego, cuando nos íbamos alejando, de vuelta por el río hacia St Wandrille, volvimos la vista hacia la casa (porque yo ya había empezado a pensar en él como en una casa), y el sol se estaba poniendo justo detrás del tejado, y el agua parecía fría y reluciente a la luz del crepúsculo, y en ese momento parecía el sitio más maravilloso y romántico del mundo, y cogí a Benjamin de la mano (un auténtico milagro, para variar) y fuimos agarrados como cinco o diez minutos, antes de que él me la soltara y tirase él solo por su propio camino. (Lo hace siempre).

Eran sobre las ocho cuando llegamos al pueblo, demasiado tarde para echarle un vistazo al monasterio, a no ser por fuera. Benjamin estaba todo emocionado porque había leído en una de las guías que te podías retirar allí una temporada, pero la oficina estaba cerrada y no había nadie a quien preguntarle. Pero aún estábamos a tiempo de escuchar las Complies de las nueve. No pensé que Benjamin quisiera venir conmigo, porque, como ya sabes, lleva más de un año sin pisar una iglesia, pero para mi sorpresa sí que le apetecía. A lo mejor (eso fue lo que pensé en su momento) ver aquella casa tan mágica y hablar de intentar averiguar quién era el dueño para comprarla y reconstruirla le había hecho sentirse más cerca de mí por fin.

El caso es que entramos en la capilla y nos sentamos en un banco. Es una capilla muy bonita, la verdad, hecha a partir de un viejo granero del diezmo, con un maravilloso techo artesonado y todo decorado con mucha sencillez. No había luz artificial de ningún tipo y, aunque fuera seguía habiendo bastante luz, la capilla estaba en sombras, con unas leves trazas de sol, muy doradas y rojizas, brillando en torno a las ventanas. (No tiene vidrieras). Éramos como treinta feligreses, y cuando ya llevábamos unos diez minutos sentados, entraron los monjes. Estaban totalmente absortos en la liturgia, totalmente concentrados, ni siquiera parecía que se enteraran de que estábamos allí. A lo mejor solo fue una impresión mía. Los hábitos eran grises y llevaban la capucha puesta, así que la mayor parte del tiempo no se les veía la cara. Debían de ser más de una veintena. Cuando conseguías verles la cara, parecían a la vez muy serios y muy contentos. Y tenían unas voces preciosas. Cuando se pusieron a cantar, daba la sensación que aquellas frases musicales tan largas y tan hermosas fluían de ellos, subiendo y bajando, casi como si estuvieran improvisando, hasta que escuchabas atentamente y te dabas cuenta de que todo tenía una lógica maravillosa. Creo que era la música más relajante y más espiritual (y el

sonido más puro) que he escuchado nunca. Benjamin dijo después que hacían que hasta Bach y Palestrina parecieran decadentes. Cogí una hoja con las letras y este fue uno de los cánticos que entonaron. (Lo cantaron en latín, naturalmente).

*Antes de que termine el día, te pedimos,
Creador de todas las cosas,
que en tu infinita bondad
nos vigiles, nos protejas.*

*Aleja de nosotros
los sueños y las pesadillas de la noche,
somete a nuestros enemigos
para que nada mancille la pureza de nuestro cuerpo.*

*Enaltécenos, oh Padre omnipotente,
a través de Nuestro Señor Jesucristo,
que reina por siempre, contigo,
y con el Espíritu Santo. Amén.*

Y todo el rato, mientras lo cantaban, sentí que Benjamin aún se apoyaba más en mí, y cuando terminó el oficio y dejamos la capilla en pleno crepúsculo, nos cogimos otra vez de la mano mientras regresábamos hasta el coche. Y yo estaba segura de que todo iba a ir bien.

Así que volvimos al hotel (este hotel, el que le había recomendado Claire) y bajamos a cenar, y mientras esperábamos que nos trajeran el primer plato me quedé mirando a Benjamin y vi que le había cambiado la cara desde la mañana. Ahora tenía un brillo en los ojos, una especie de chispa de esperanza, y entonces me di cuenta de lo apagados que habían estado durante meses, opacos y sin vida. Me pregunté si sería cosa del oficio, si habría contribuido en algo a renovar su fe, porque me parecía increíble que alguien escuchase aquel cántico y no captase alguna especie de insinuación, no percibiese una vislumbre de divinidad tras él. Pero no dije nada sobre el tema. Me limité a decir una sosería tipo «¿Te lo has pasado bien hoy?», y no hizo falta más. Por fin decidió abrirse.

«Lo siento», dijo. «Últimamente he estado tan deprimido...». Y me contó que, durante meses, no había sido capaz de verle ningún sentido al futuro, que no había podido encontrar ningún aliciente. Pero ese día, dijo, había visto algo, algo que sabía que nunca sería capaz de tener, pero que por lo menos sabía que era real, por lo menos sabía que existía, y eso de alguna manera le daba esperanzas, hacía que el mundo le pareciera más soportable, ahora que sabía que estaba ahí, aunque estuviese fuera de su alcance.

«¿Como una especie de símbolo?», le pregunté.

Pareció que dudaba un poco, pero me contestó: «Sí».

Así que me incliné hacia delante y le dije: «Ben, no tiene por qué ser solo un

símbolo. No tiene por qué ser una quimera. Todo es posible. ¿Sabes? De verdad».

Y yo lo decía en serio. Quiero decir, a un nivel práctico, ya pagamos nuestra hipoteca de Birmingham hace años, y ahora podríamos vender nuestra casa por una fortuna. Podríamos haber comprado ese granero en ruinas, reconstruirlo, y aún nos quedaría suficiente dinero para vivir varios años. Eso era lo que estaba pensando.

Pero Benjamin dijo: «No. No puede ser».

Y yo le dije: «¿Cómo que no? Piénsalo con calma. ¿Qué nos costaría?».

«Bueno», dijo. «Para empezar, tendría que aprender francés».

«Tu francés es muy bueno», insistí. «Y aún sería mejor si tuvieras que emplearlo todo el tiempo».

«Tendría que prepararme un montón.»

Es cierto que a Benjamin se le dan fatal los trabajos manuales. Puede distinguir a César Franck de Gabriel Fauré después de un par de frases, pero no podría fabricar un perchero aunque le fuera en ello la vida. Pero yo no iba a ser derrotista con ese tema. Como ya te he dicho, en ese momento todo me parecía posible.

«Podrías hacer un curso», le dije. «Hay clases nocturnas de ese tipo de cosas».

«¿Tú crees? ¿En Birmingham?».

«Pues claro.»

Se lo pensó un momento, y luego empezó a sonreír, y cada vez le brillaban más los ojos, y me miró y me dijo: «Ahora mismo, no se me ocurre nada que me pudiera hacer más feliz».

«Entonces», dije yo, y casi se me salía el corazón del pecho, como a una estúpida, «vamos a hacerlo».

Y se me quedó mirando y me dijo: «¿Cómo? ¿Los dos?».

«Pues claro que los dos», le contesté yo. «No creerás que quiero que vivas en esa casa sin mí, ¿no?».

Y entonces se me quedó mirando un poco más y dijo: «No estoy hablando de la casa».

Esperé un momento y le dije: «¿De qué me estás hablando entonces?».

Y él me contestó: «De hacerme monje».

Lo siento, tuve que parar de escribir un momento. Llevo escribiendo esto como una loca un par de horas, y necesitaba un respiro.

Y ahora que lo he puesto sobre papel, casi me parece gracioso. Pero te juro que no me lo ha parecido hasta ahora.

¿Qué le dije? La verdad es que no me acuerdo. Creo que me quedé un rato como en shock, sin poder hablar. Al final me salió una voz muy tranquila (siempre me pasa, ya lo he notado, cuando estoy cabreada; quiero decir, cabreada de veras) y dije algo así como: «Tampoco te importaría mucho que no estuviera aquí. ¿Verdad, Benjamin? De hecho, lo preferirías». Luego me levanté, le tiré un vaso de agua por encima (y no

sabes qué gusto me dio) y me subí al dormitorio.

Él me siguió y llamó a la puerta con los nudillos al poco rato. Y entonces fue cuando empezamos a pelearnos. Y fue una auténtica pelea. No es que nos agrediéramos físicamente, pero nos pusimos a gritar (lo suficiente como para que subiera alguien del personal del hotel a preguntarnos si pasaba algo). Le solté a Benjamin todo lo que quería soltarle desde hace años: que no me tenía ningún respeto, que no me hacía ningún caso... En un determinado momento hasta tuvo el valor de sacarte a ti a relucir, diciendo que le parecía que nos veíamos demasiado, y tuve que gritarle: «¿Y qué esperabas, cuando mi marido me ignora todos los días como si fuera invisible, cuando actúa como si ni siquiera estuviera delante?».

El caso es que acabé diciéndole que no quería volver a verlo. Recogió algunas cosas y creo que se quedó a pasar la noche en una habitación individual. Cuando me acosté, pensé que a lo mejor por la mañana me apetecía hablar con él para intentar buscar una manera de mejorar la situación. Pero en cuanto me desperté, me di cuenta de que no. Era verdad: no quería volver a verlo. De todos modos, no estaba abajo a la hora del desayuno, y después de desayunar la recepcionista me dijo que había pedido la cuenta y me había dejado recado de que se iba a París. Por mí, como si se opera... Por lo menos tuvo la decencia de dejarme el coche, así que puedo volver en él a casa.

A esa casa que de repente echo tanto de menos.

Me alegraré de verte cuando vuelva, querido Andrew. Al menos no tendré que contarte toda esta historia cara a cara.

Antes pensaba que habría sido distinto si hubiéramos tenido hijos, o si nos hubiésemos empeñado un poco más en adoptarlos, pero ahora ya no; ahora creo que les habría pillado en medio el fuego cruzado y los pobrecitos no habrían podido escapar.

Menudo asco. Dieciocho años... Dieciocho años de vida en común para acabar así...

Supongo que siempre es un asco. A lo mejor lo nuestro ni siquiera es tanto asco.

¿Me prometes que me vas a sacar a tomar una copa un día de estos para que me pille una cogorza como un piano, por favor?

Sellado con un beso.

Tu amiga,

Emily

xxx

El miércoles primero de agosto de 2001 era el aniversario número trece del divorcio de Claire y Philip. No solía ser una fecha que celebrasen, pero esa vez, como ya estaban en Londres de todas formas (en un hotel de Charlotte Street para pasar un par de días con Patrick), decidieron hacer una excepción. Ninguno de los dos sabía los nombres de los restaurantes que estaban de moda en esa época, así que eligieron el Rules de Covent Garden, al que mencionaban varias guías turísticas. A las ocho en punto se acomodaron en las pesadas butacas de terciopelo, examinaron el menú, y se prepararon para una velada de carne roja, verduras de invierno, espesas salsas oscuras y un clarete de color óxido. Fuera, en las calles de Londres, hacía una noche densa y bochornosa, y la luz del atardecer seguía calentando las losas de la *piazza* y las mesas de las terrazas de los cafés. Dentro del restaurante, con su luz velada y su ambiente de estudiada formalidad, podrían haberse encontrado tranquilamente en un club de caballeros una noche de otoño de los años treinta.

Patrick había preferido quedarse en el hotel viendo la tele. No estaban acostumbrados a hablar sin su presencia ni a permitirse el lujo de escoger un tema de conversación cualquiera; así que respondieron del modo en que muchas parejas casadas (y divorciadas, de hecho) responden ante esa situación.

—¿Crees que Patrick está bien? —preguntó Claire primero—. Quiero decir, no parece que se esté matando mucho. Pasa bastante de los exámenes.

—¡Eso es porque está de vacaciones! Y, además, aún le quedan muchos meses para prepararlos.

—Y está tan *delgado*...

—Pues le damos bien de comer. Hace mucho tiempo ya —añadió Philip más en serio—. No busques problemas donde no los hay, Claire. La vida ya es bastante complicada.

Claire meditó aquel consejo, dubitativa, antes de preguntar:

—¿Te habla alguna vez de Miriam?

Philip le estaba echando un vistazo a la carta de vinos.

—No habla mucho conmigo, la verdad.

—Pues yo creo que tiene fijación con ella.

—¿Cómo que una fijación? —preguntó Philip, levantando la vista.

—Bueno, el año pasado (la mañana de la manifestación de Longbridge) insistió en sacar todas sus cosas del desván de la casa de papá. Y después estuvimos hablando de su... desaparición. Pero una eternidad. Evidentemente no le conté con quién salía en aquella época... —Se interrumpió—. Lo siento, Philip. ¿Te estoy aburriendo?

Philip se había distraído. Estaba viendo cómo se alejaba la figura juvenil de un hombre moreno (con un elegante traje sastre) que acababa de atravesar el restaurante con mucha soltura para desaparecer escaleras arriba, en dirección a las habitaciones.

—Ese era Paul —dijo—. Paul Trotter. Estoy seguro.

Claire no parecía muy interesada en el tema.

—Seguramente este es el tipo de sitio al que viene siempre. ¿Quieres acercarte a saludarlo? *A mí* no me apetece nada hablar con él, desde luego.

—No —dijo Philip, volviéndose de nuevo hacia ella—. Lo siento... Sigue con lo que estabas diciendo.

—Estaba diciendo —prosiguió Claire, un poco enfadada que esa mañana hablamos de su desaparición y..., bueno, que me revolvió muchas cosas. Cosas en las que había intentado no pensar desde entonces..., por mi propia salud mental, entre otras razones; porque ya me metí por esos vericuetos hace mucho tiempo y para lo único que me sirvió fue para... Philip. ¿Me estás *escuchando* o no?

—Pues claro —respondió Philip, centrándose de nuevo.

—¿Qué problema tienes, entonces? Sigues mirando al infinito.

—Lo siento. Es que... —se quitó las gafas, y se frotó los ojos con gesto distraído — volver a ver ahora a Paul..., y que me hables de Miriam... No sé, se me ha encendido una lucecita. Es como si se me escapara algo, una conexión entre ellos dos. Se me viene y se me va, ¿sabes?, como un *dejà vu*.

—¿Qué clase de conexión? —preguntó Claire, con una voz de repente ansiosa.

—No sé —dijo Philip—. Ya te he dicho que se me viene y se me va. —Cogió de nuevo la carta de vinos—. No te preocupes. Ya me volverá.

—Casi he terminado el artículo —estaba diciendo Philip un par de horas más tarde—. Pero solo he rascado un poco la superficie. El problema con estas organizaciones neonazis es que... no puedes menospreciarlas como si fueran una pandilla de lunáticos; ya sabes, los que niegan el Holocausto y ese tipo de gente... Desequilibrados, fundamentalmente. Porque mira lo que ha pasado en el norte estos últimos meses. No solo los disturbios raciales, sino el número de concejales que ha obtenido el BNP^[12] gracias a todo ese malestar. Aunque la forma en que se está vendiendo el BNP en este momento es muy interesante. Han estado vigilando de cerca a los nuevos laboristas, supongo, y se están centrando en el voto femenino y en los votantes de clase media. Por lo visto, últimamente la mitad de sus candidatos son mujeres. Lo curioso es que solo tienes que quitar ese barniz de marketing y te topas con algo *realmente* desagradable, como ese CD. Pero son los votantes blancos de Burnley y Bradford los que están consiguiendo eso. Nos hemos acostumbrado todos a juzgar las cosas por las apariencias, ¿entiendes? Ya nadie se cuestiona nada, somos todos *consumidores* de política, nos tragamos lo que nos echen. Así que la cosa es cómo está yendo el país entero, cómo va toda la *cultura*. ¿Me explico? Por eso hay que escribir un libro. Esto me puede servir de punto de partida, pero habría que hablar de muchas más cosas.

—Parece fascinante. ¿Pero tienes tiempo para hacerlo?

—Tendré que sacarlo. Tengo que moverme, Claire. No me puedo pasar los próximos veinte años escribiendo «Una vuelta por la ciudad con Philip Chase». Todo el mundo tiene que moverse de donde está alguna vez.

—No tenemos ninguna paciencia, ¿no? —dijo Claire, casi enfadada, como si toda su generación acabara de empezar a fastidiarla en ese momento—. Nuestros padres se pasaban cuarenta años en el mismo trabajo. Pero ahora somos todos culos de mal asiento. Doug ha cambiado de trabajo. Yo he cambiado de trabajo y de país. Steve quiere conseguir un nuevo trabajo, o eso cuentas. —Se quedó pensativa un momento, y añadió—: ¿Sabes?, solo se me ocurre una persona que parece que nunca se mueve.

—Benjamin —dijo Philip, sin que hiciera falta que se lo preguntara.

—Benjamin —repitió ella en voz baja, y le dio un sorbo a su café.

—Bueno —dijo Philip—, por lo menos ha dejado su matrimonio atrás.

Eso provocó una risa seca.

—Pero tampoco es que lo haya dejado atrás, ¿no? Más bien lo han echado a patadas. Le pega un montón. Primero crea una situación imposible y luego se... *regodea* en ella hasta que alguien le hace el trabajo sucio de enderezar las cosas. —Se le pasó pronto la rabia (si se trataba de eso) y entonces preguntó en un tono más amable—: ¿Cómo está, por cierto?

—Ah, bien —dijo Philip. (Benjamin se había ido a vivir con él hacía tres días.)—. La mayor parte del tiempo está fuera, trabajando; lo cual es un alivio. Como era de esperar, se ha vuelto un poco majara, pero supongo que le durará poco. Sigue diciendo que quiere meterse monje.

—¿Monje? ¿Pero ha vuelto a darle por la religión?

—No, es más bien una cuestión de estilo de vida.

—Pobre Benjamin. ¿Cuánto tiempo se va a quedar contigo? ¿A Carol no le importa?

—Bueno, no es que esté encantada precisamente. Pero supongo que se puede quedar el tiempo que quiera.

—Me tiene preocupada —dijo Claire; que, por lo que Philip podía ver, se limitaba a verbalizar algo evidente—. ¿Tú crees que va a terminar *alguna vez* ese libro? —preguntó; y luego hizo otra pregunta aún más peligrosa—: ¿Tú crees que tan siquiera *existe*?

—Pregúntaselo a su hermano —dijo Philip, y se levantó para interceptar a Paul, que atravesaba el restaurante de nuevo, camino de la salida—. ¡Paul! —lo llamó alegremente, tendiéndole la mano—. Soy Philip Chase, del *Birmingham Post*, y también del King William en realidad. Hablamos por teléfono el año pasado, ¿te acuerdas?

Paul le estrechó la mano sin muchas ganas, visiblemente desconcertado ante aquel encuentro casual. En ese momento, iba flanqueado por otros dos hombres. Uno de ellos era alto, de pelo canoso, imponente; vestía como un ejecutivo, pero, curiosamente, sus rasgos marcados indicaban cierta predilección por la vida al aire

libre. Parecía familiarizado con los clubs de yates y las playas jamaicanas, aparte de veinte años (como mínimo) mayor que Paul. El otro hombre no solo parecía aún mayor (porque, para empezar, estaba completamente calvo), sino que además era muy corpulento, y tenía una panza digna de un rey y unos ojos rápidos y avispados, especialmente diminutos por culpa de la gordura carnosa y la papada de la cara en la que estaban hundidos. Philip no lo habría reconocido en un millón de años. Pero fue el que exclamó todo contento:

—¡Chase! ¡El mismísimo Philip Chase vivito y coleando! ¿Pero qué coño haces aquí? Philip tardó un poco en caer en la cuenta, y volvió a tender la mano, titubeando.

—¿Culpepper? —dijo vacilante—. *Eres* tú, ¿verdad?

—Pues claro. Pero, Dios mío, no he cambiado tanto, ¿no?

¿Podía ser la misma persona que en su día había competido tan ferozmente con Steve por el título de *Victor Ludorum*, el trofeo de atletismo más importante del colegio? La transformación era pasmosa.

—No tanto, solo que has...

—Ya sé, que he sacado un poco de estómago a lo largo de los años. ¿Y quién no? ¿Te importa que nos sentemos con vosotros un momento?

Les presentaron al otro hombre como Michael Osborne, pero antes de que nadie tuviese oportunidad de sentarse, Paul Trotter (que cada vez parecía más incómodo) le echó un vistazo impaciente a su reloj y anunció que tenía que irse. Culpepper, mientras tanto, sugirió que, en vez de pedir más copas en la mesa, debían ir a tomárselas al bar de su hotel, que solo quedaba a unos minutos andando. Claire y Philip aceptaron, movidos (como admitieron más tarde) casi totalmente por la curiosidad morbosa de averiguar qué había sido de aquella legendaria *bête noire* de sus días de colegio.

Paul se despidió de ellos en la calle, y le dedicó su frase final a Culpepper.

—Bueno, que disfrutes esa copa con tu amigo *periodista*, ¿vale? —dijo.

Si aquello era una indirecta, pareció que Culpepper la pillaba, y le estrechó la mano a Paul solemnemente.

Después, mientras subían por Charing Cross Road hacia Centrepoin, al principio no pudieron hablar de nada que no fuera el extraordinario cambio del aspecto de Culpepper.

—No me lo puedo *creer* —no paraba de decir Philip—. En el colegio era puro nervio, aparte de lo que pudieras pensar de él.

—¿Qué le habrá pasado? ¿Tú crees que le están pasando factura años de comidas de negocios de cuatro platos?

—Puede ser. Me parece que es consejero de una decena de empresas, así que supongo que eso significa diez veces más de comida. De todas maneras —dijo, en un tono ligeramente acusador—, se lo podrías haber preguntado tú misma si no te

hubieras pasado la hora entera charlando con ese magnate... ¿De qué hablabais, por cierto?

—Me ha parecido un tío agradable —dijo Claire—. Un poco zalamero de más, pero tampoco una cosa demasiado exagerada. Me ha estado contando un montón de cosas. Últimamente ha tenido muy mala suerte. En este momento ni siquiera tiene trabajo.

—Pero, Claire. ¿Sabes quién es Michael Osborne? ¿No lees nunca las páginas de economía?

—Pues claro que no leo las páginas de economía. ¿Es que las lee alguien? Mi gato se caga en ellas.

—Michael Osborne —dijo Philip, mientras esquivaban a tres adolescentes borrachos que le gritaban y le hacían muchos aspavientos al conductor de un taxi vacío que, claramente, no tenía intención de cogerlos— era el director general de Pantechnicon hasta principios de este año, el responsable de la mitad de la red ferroviaria del sureste. Era el segundo encargo que le hacían de llevar una de las compañías ferroviarias privatizadas; su especialidad es reducir puestos de trabajo, ahorrar en sistemas de seguridad y luego, normalmente, largarse pitando del consejo de administración antes de que todo empiece a salpicar mierda, lo que suele ocurrir pocos meses después. Llevó a la compañía a la ruina, y creo que le han pagado tres millones y medio de libras para deshacerse de él. Antes se dedicó a las telecomunicaciones e hizo exactamente lo mismo. Y antes le tocó a una destilería. Es un asesino de compañías en serie.

Claire no hizo ningún comentario. Se paró delante del escaparate de una tienda de electrodomésticos y se quedó mirando los relucientes estantes de equipos estéreo, ordenadores portátiles y reproductores de DVD. Aún seguía abierto a esas horas, y un jovencito en vaqueros (tenía pinta de adolescente) estaba cargando con las cajas de cartón mientras su amigo firmaba el recibo de una tarjeta de crédito. El boom consumista continuaba en pleno auge pues.

—¿Cómo hay tantas tiendas juntas donde se vende lo mismo? —se preguntó en voz alta—. No puede irles bien a todas.

Philip suspiró y preguntó:

—No te estaría tirando los tejos, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importa? —dijo ella—. ¿Ahora resulta que eres mi ángel de la guarda?

—Que sepas que ya se ha casado cuatro veces.

—Se ha casado dos —le corrigió ella—. Y me ha dicho que siempre le hacían falta buenos traductores técnicos, así que le he dado mi tarjeta. —Se le vino a la cabeza otra cosa—. Ah, y me ha pedido que subiera a su habitación. Pero le he contestado que no estaba de humor.

—Será cerdo... —farfulló Philip—. Por lo menos no te puede dar mucho el coñazo en Malvern.

—Curiosamente, tiene una casa cerca, en Ledbury —dijo Claire—. Me ha invitado a pasar allí el fin de semana que viene.

—No pensarás ir, ¿verdad?

Habían llegado al vestíbulo de su hotel. Claire se dirigió hacia el ascensor, apretó el botón de la tercera planta y se volvió resueltamente hacia Philip con una especie de hartazgo en la voz.

—Tengo cuarenta y un años, ¿sabes?, y puedo tomar mis propias decisiones. También estoy soltera y, si quieres que te diga la verdad, no es que tenga mucho éxito últimamente. A lo mejor se te ha olvidado qué se siente en estos casos. Así que, si un tío con buena pinta (que también parece una compañía agradable, y además resulta que tiene una casa cerca de la mía con *un par* de piscinas cubiertas) me quiere invitar, por la razón que sea, es problema mío si acepto o no. Y, para colmo, llevo sin echar un polvo desde..., bueno... —Se interrumpió mientras llegaba el ascensor. Los dos se metieron dentro, y Claire no remató la frase. Se limitó a decir—: Hay cosas que una no le cuenta ni siquiera a su ex marido.

Philip le sonrió cariñosamente, como disculpándose, y se dirigieron en silencio hacia sus habitaciones contiguas. La de Claire era una doble, que compartía con Patrick.

—De todos modos —dijo, buscando en el bolso la llave electrónica—, ha sido una noche muy agradable. Gracias.

—Yo también lo he pasado bien. Saluda a Patrick de mi parte. Lo veré en el desayuno.

—Lo haré. Si aún está despierto.

Era más tarde de lo que pensaban, casi la una y media.

—Mierda —dijo Philip—. Quería llamar a Carol esta noche, para saber qué tal andaba Benjamin. —Y entonces, al mencionar ese nombre, recordó una cosa—. Por cierto, cuando lo viste hace unas semanas. ¿Te dijo algo de una peluquera?

Claire se detuvo un momento, antes de abrir la puerta.

—Pues sí. ¿Por qué? ¿Te ha hablado de ella?

—Más o menos... Bueno, me contó que había ido a verla la semana pasada, para intentar hablar con ella, pero que le salió todo fatal. Por lo visto, no solo *no* consiguió hablar con ella, y no solo *no* se cortó el pelo, sino que el jefe le prohibió acercarse a menos de cien metros de allí.

—¿Que se lo *prohibió*? —dijo Claire, incrédula—. ¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Que se puso nervioso, supongo —respondió Philip—. Y ya sabes que, a veces, cuando te pones nervioso, te trabucas con las palabras.

—Pero lo único que tenía que hacer era pedirle que le cortara el pelo y se lo secara a mano.

—Lo de que se lo cortara le salió bien —le explicó Philip sin inmutarse—. Lo de que se la sacara con la mano ya le costó más... —Meneó la cabeza y abrió la puerta—. Supongo que estaba pensando en otra cosa.

Y, durante la media hora siguiente, los dos oyeron las risas del otro a través de la pared divisoria.

—Mensaje Original—

De: P_Chase

Para: Claire.

Enviado: Miércoles, 9 de agosto de 2001 10:27

Asunto: Déjà vu.

Encantado de haberte visto la semana pasada. Deberíamos celebrar la dolorosa y devastadora ruptura de nuestro vínculo matrimonial más a menudo. Y qué extraña sorpresa que nos tropezáramos con Culpepper esa noche. Parecía tan contento de vernos que, por un momento, lo rebajé a la categoría de un viejo coñazo inofensivo; hasta que me acordé de lo cabrón que había sido en el colegio, y de cómo le había hecho la vida imposible a Steve, por no hablar de otras cosas. Lo que demuestra lo peligrosa que puede ser la nostalgia, emborronando los nítidos contornos de la realidad y convirtiéndola en algo más digerible, más difuminado.

De todas formas, te escribo por una razón un poco rara, y es que precisamente esta mañana he recordado qué era lo que no conseguía recordar el otro día respecto a Paul Trotter y Miriam. Y ahora que me he acordado, me resulta un poco incómodo (y demasiado insustancial, en cierta forma, para que valga la pena comentártelo). Además, no creo que debiera animaros (ni a ti, ni a Patrick) a seguir obsesionados con el tema. Hay cosas que es mejor dejar en paz, poniéndoles el punto final y ya está.

En cualquier caso, ahí va. Un día en el colegio, Benjamin y yo habíamos salido con los del Paseo Optativo y nos perdimos completamente; como la mayoría de las veces, creo recordar. Tampoco es que nos esforzáramos mucho en volver con los otros; me parece que habíamos llevado algo de comer, y seguramente también algunas cervezas, y terminamos sentándonos en plan merienda. Entonces fue cuando apareció Paul en bicicleta. Supuestamente, aquel día no había ido al colegio porque estaba enfermo, pero eso no le impidió entrenarse para el Tour de Francia por las colinas de Lickey, por lo que yo vi.

Benjamin y yo estábamos teniendo una de esas conversaciones sobre mujeres entre colegas (aunque no creo que esa palabra se usara mucho en ese sentido en aquella época, de todas maneras). Los dos estábamos reconociendo, bastante apesadumbrados, que nunca habíamos visto una mujer desnuda más que en la tele. Y en ese momento (o, al menos, es como

lo recuerdo) fue cuando Paul metió baza y nos dejó mudos de asombro diciendo que él sí había visto una mujer desnuda; y mencionó a tu hermana.

La verdad es que no le daría ninguna importancia a la cosa, porque podría habérselo inventado, o referirse a alguna vez que la había entrevisto a escondidas en las duchas de las chicas (a esa edad era capaz de todo, creo yo), si no fuera por un curioso detalle. Piensa que estamos hablando de una conversación que tuvo lugar seguramente hace unos veinticinco años, así que no puedo guardar un recuerdo muy claro de ella; pero, por otro lado, no había vuelto a pensar en eso desde entonces (ni siquiera una vez), lo que significa que no he tenido ocasión de tergiversarlo y reinterpretarlo en mi cabeza. Y lo que recuerdo es que dijo que la había visto en un embalse; en un embalse que queda cerca de Cofton Park. Supongo que se tratará del de enfrente de Barnt Green Road.

Además, sería muy raro inventarse una cosa así, ¿no? Ben y yo pensamos que no decía más que gilipolleces, y no le hicimos ningún caso, la verdad; claro que, si no hubiera sido un chaval tan absolutamente cargante, supongo que por lo menos nos habríamos fijado en que era una historia muy rara. Lo que estoy tratando de resolver ahora en mi cabecita es qué día fue eso. Quiero decir, no hay forma humana de saber cuánto tiempo hacía que Paul había tenido aquella experiencia (y eso, si era una experiencia real), pero creo que puedo establecer, con cierta precisión, cuándo nos la contó. Cuando nos salió al paso con su bici, iba cantando «Anarchy in the UK», de eso me acuerdo con total claridad, así que no pudo ser antes del otoño de 1976. Dos años después de que Miriam desapareciera. Y quizás fuese incluso un par de meses más tarde, porque tengo la sensación de que Benjamin ya tenía aquel tira y afloja con Cicely, lo que sería después de que se publicase su famosa crítica de Otelo a comienzos del trimestre de primavera de 1977.

Puede que Benjamin recuerde más cosas sobre el tema. Le preguntaré cuando vuelva del trabajo esta noche. (Aunque te advierto que es difícil hablar con él de algo que no sea lo desgraciada que es su vida en este momento). Pero siempre te queda hablar con Paul directamente, y volver a la fuente original. Mejor tú que yo para eso.

Seguramente le estoy dando mucha importancia a algo que no la tiene. Hasta me siento culpable por mandarte este correo. Espero que no te ponga sobre una especie de pista falsa y reabra la herida que tanto te costó cerrar hace años. No te apures demasiado, ¿vale, Claire? Piensa bien dónde te metes. Deja que pasen unos días e intenta decidir si realmente quieres

volver a meterte en ese berenjenal.

Cuídate, de todos modos, y un abrazo muy fuerte
Phil XX

—Mensaje Original—

De: Claire

Para: P_Chase

Enviado: Miércoles, 9 de agosto de 2001 11:10

Asunto: Re: Déjà vu

Hola, Phil, gracias por el mensaje. ¿Me puedes pasar el número de Paul Trotter, por favor? Muchos besos, Claire x

—Diga.
—Hola. ¿Hablo con Claire Newman?
—Sí, soy yo.
—Soy Paul Trotter.
—Ah, hola.
—¿Es buen momento para llamarte? ¿Estás sola?
—Mmm..., sí, es buen momento. Y sí, estoy sola.
—He escuchado el mensaje que me has dejado en el contestador.
—Estupendo. Ya..., fue donde te lo dejé.
—Exactamente.
—Me alegré de volver a verte el otro día.
—¿Qué?
—En Londres, hace un par de semanas... En el restaurante. Que me alegré de volver a verte.
—Ah, es verdad. Yo también. Entonces... ya nos conocíamos de antes, ¿no?
—Sí, del colegio, claro.
—¡Ah! ¡Del colegio! Claro. Creía que eras...
—Creo que no nos veíamos desde entonces.
—Yo llevaba mucho tiempo fuera...
—El mensaje que me has dejado en el contestador es bastante raro.
—Mmm... Sí, lo siento. Habría sido buena idea... A lo mejor habría sido mejor idea explicártelo en persona.
—Me parece que no voy a poder ayudarte.
—Ya, bueno, lo entiendo.
—Tu marido, Philip...
—Mi ex marido. Es mi ex.
—Ah, tu ex marido. No me había dado cuenta. Me dio toda la impresión de que estabais celebrando vuestro aniversario.
—Pues sí..., en cierta forma, sí. Es largo de contar. Pero da igual.
—Tu marido es periodista, ¿no?
—No estoy casada.
—Quiero decir tu ex marido.
—Sí. Exacto, es periodista.
—¿Y es el que te ha dado mi teléfono?
—Sí, exactamente.
—¿Está ahí contigo?
—No, no hay nadie. Estoy sola. Ya no estoy casada. Philip vive en Birmingham, y yo en Malvern. Y tampoco hay otra persona.
—Perdona si suena un poco paranoico. No me llevo nada bien con los periodistas.

—Esto no tiene nada que ver con Philip. Simplemente estoy tratando de averiguar algo por mi propio... interés.

—Ya.

—¿Eso te lo pone más fácil?

—Puede. Seguramente. Pero ya te he dicho que me parece que no voy a serte de mucha ayuda.

—Supongo que te acuerdas de mi hermana, ¿no? ¿Te acuerdas de la historia de su desaparición?

—Claro.

—Pues es que Philip se acordó de eso que les habías dicho. Eso de que la habías visto...

—Sí, ya he oído tu mensaje. No recuerdo haber dicho eso. No lo recuerdo para nada.

—Ya, supongo que no. Hace mucho tiempo ya.

—Pero recuerdo... el hecho en sí.

—¿Ah, sí? Quiero decir. ¿El qué?

—Recuerdo ver a tu hermana... en el embalse.

—¿Puedes extenderte un poco más?

—Antes quiero aclarar una cosa, Claire. No tendrás intención de darle publicidad a nada de esto, ¿verdad?

—En absoluto.

—¿Me lo juras?

—Totalmente. Esto lo hago por mí, nada más.

—Vale. Es cierto, creo, que vi a tu hermana una tarde. Estaba haciéndose de noche y yo iba solo en bicicleta por Cofton Park. Era después del colegio, y me dirigía a casa.

—¿Estabas en el King William en ese momento?

—Creo que no. Creo que estaba todavía en primaria.

—¿Y ella cómo... estaba?

—Desnuda.

—¿Completamente?

—Que yo recuerde sí.

—¿Y eso cuándo fue? ¿En qué época del año?

—En invierno.

—¿Estaba sola?

—No. Había un hombre con ella.

—¿Un hombre?

—Sí. Se estaba haciendo de noche, como ya te he dicho, y no se veía muy bien. La palidez de su cuerpo fue lo que me llamó la atención a través de los arbustos. Me bajé de la bici y me acerqué un poco más. Mientras me acercaba, me di cuenta de que también había un hombre, y él se volvió y se quedó mirándome.

—¿Y por qué no se lo contaste a nadie?

—Me dio miedo.

—Pero mi hermana... ¿Estaba viva?

—No lo sé. En ese momento pensé que sí. Pensé que ella y el hombre estaban teniendo relaciones sexuales, que eso era lo que hacían en el embalse.

—¿Él también estaba desnudo?

—No, creo que no.

—¿Y por qué no le hablaste a nadie de eso después de que mi hermana desapareciera?

—Tardé en enterarme de la desaparición de tu hermana. Por lo menos dos o tres años, creo. No fue una cosa que se comentara en casa. En esa misma época, ya teníamos nuestra propia tragedia de la que ocuparnos.

—¿Recuerdas vernos a Miriam y a mí una mañana en un café de Rednal, en la terminal del 62? Tu hermano y tú salíais de misa.

—No, me parece que no.

—Estaba pensando si eso sería antes o después de que la vieras en el embalse.

—Nunca volví a hablar con ella después de verla en el embalse.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Entonces tuvo que ser antes.

—Sí, creo que sí.

—Vale, vale. Déjame pensar, tengo un montón de cosas en la cabeza...

—Ya te he dicho todo lo que sé.

—Sí. Gracias.

—No veo ninguna necesidad de continuar con esta conversación. ¿Y tú?

—No, no. Tienes razón. Gracias. Has sido muy...

—Todo esto es estrictamente confidencial, eso lo entiendes, ¿no?

—Sí, claro.

—Bien. Lo tendré presente. Hasta luego entonces.

—Hasta luego. Oye, ¿has...?

—Mensaje Original—

De: Doug Anderton

Para: Claire

Enviado: Lunes, 20 de agosto de 2001 20:53

Asunto: Papeles

Querida Claire

Bueno, esto sí que ha sido una sorpresa. Saber algo de ti, aunque fuera para pedirme una cosa tan rara.

Siento haber tardado varios días en contestarte. Curiosamente, he estado en casa de mi madre. Bueno, la verdad es que no tiene nada de curioso. Hace unos diez días tuvo un ataque cerebral bastante grave. Estábamos de vacaciones en Umbría en ese momento y tuve que venirme pitando en avión. Se le paralizó la mitad del cuerpo y no podía hablar ni moverse. Se quedó tirada en el suelo del cuarto de estar dieciocho horas. Afortunadamente, la vecina había quedado en pasarse a verla la tarde siguiente. Mi madre es muy fuerte (una luchadora nata) pero se asustó muchísimo, como ya te puedes imaginar.

Salió del hospital hace cuatro días (últimamente les falta tiempo para echarte) y me he quedado en casa con ella. He llegado de allí hace unas horas, y acabo de leer el correo electrónico. Mi madre no está en disposición de ver a nadie en este momento, la verdad. A lo mejor en un par de semanas puede recibir visitas. Mientras, tiene una voluntaria que va todas las tardes y yo me acercaré de vez en cuando.

Ya te avisaré cuando pueda ver otra vez a la gente. Pero también tengo que advertirte que nadie ha ordenado los papeles de los que me hablas desde la muerte de mi padre; están todos arriba, en lo que antes era mi dormitorio. (¿Subiste alguna vez? No, creo que no. Nunca conseguí atraerte hasta aquel antro de perversión. ¡Ay, cuántas ocasiones perdidas!). Y dudo mucho que haya algo sobre tu hermana allí arriba. No sabía que ella y mi padre habían estado juntos en un comité de beneficencia. Debe de haber bastantes papelotes sobre eso, supongo. No sé exactamente lo que andas buscando, pero a lo mejor tú tampoco. Supongo que cualquier cosa con la que te topes podría acabar siendo una pista, de la manera más inesperada.

De todos modos, reprime tu curiosidad un poco más y volveré a ponerme en

contacto contigo en cuanto no haya problema para que te pases por allí. Pero mientras, ¿bajas alguna vez a Londres? Me encantaría tomar una copa contigo. Ahora estoy felizmente casado, como ya sabrás, así que no pasaría nada raro a no ser que me lo pidieras expresamente.

Besos, Doug

—Mensaje Original—

De: Doug Anderton

Para: Claire

Enviado: Viernes, 7 de septiembre de 2001 22:09

Asunto: Visita a Rednal

Querida Claire

Acabo de llegar esta tarde de pasar unos días con mi madre. Sigue estando bastante mal, pero mucho mejor que la última vez que te escribí. Le he dicho que tenías interés en hacerle una visita y me ha contestado (por lo que he conseguido entenderle; es jodido entenderle una sola palabra de momento) que le gustaría verte. También le he dicho que querías revisar los papeles de papá, y dice que no te arrienda la ganancia, cosa que es cierta. Yo subí el otro día, y aquello es como una pesadilla. Hay unas cincuenta cajas de cartón llenas de cosas. Vete a echar un vistazo si te apetece, pero te va a llevar un trabajón; está todo desordenado. Llevo años pensando donárselo al Centro Moderno de Documentación de la Warwick University (ya tienen un archivo enorme con documentación de todos los sindicatos) y esto ha sido como un incentivo para pasar a la acción. Les he llamado y hay un tipo que va a ir a examinarlo todo a finales de la semana que viene.

Si quieres echarle un vistazo antes que él, ¿por qué no vas a comienzos de semana? A mamá iré a verla el médico el lunes, así que el martes sería un buen día. A cualquier hora de la tarde estaría bien.

Cuéntame luego cómo te ha ido. ¡Y cómo has encontrado a mi madre!

Un abrazo muy fuerte,

Doug xx

—Mensaje Original—

De: Claire

Para: Doug Anderton

Enviado: Martes, 11 de septiembre de 2001 23:18

Asunto:

Re: Visita a Rednal

Querido Doug

Tenías razón; creo que no voy a encontrar mucha cosa en esas cajas; por lo menos tal como están ahora. Es como buscar una aguja en un pajar. Solo he estado mirando como un cuarto de hora, y enseguida me he dado cuenta de que no tenía ningún sentido. Gracias por dejarme meter las narices, de todas formas. Tendré que esperar hasta que lo hayan ordenado y archivado todo, y luego volveré a echar un vistazo, si no hay inconveniente.

Aunque, la verdad, ahora mismo no me parece que tenga mucha importancia. De repente me parece que nada la tiene, ¿no crees? ¿Llevas toda la tarde pegado a la tele como yo?

Tu madre parecía bastante animada. Teniendo en cuenta lo que me habías dicho, creo que se está recuperando estupendamente. A veces parece un poquito confusa. Cuando he bajado de tu dormitorio, sobre las cuatro de la tarde, estaban llegando las primeras imágenes, y al principio ha pensado que era una de esas pelis malas de la tele que dan por las tardes. Veía a la gente tirándose por las ventanas y ponía gesto de horror, diciendo que no deberían emitir ese tipo de cosas en horario de tarde. Pero al cabo de un rato se ha dado cuenta de que era de verdad.

Nos hemos quedado un par de horas sentadas, viendo las noticias juntas. Tengo que decir que se lo ha tomado con mucha más calma que yo. No sé por qué, pero yo no paraba de deshacerme en lágrimas. Lo único que decía tu madre, en cambio, era que lo sentía por la gente que había muerto, y que ahora América se iba a tomar alguna revancha terrible por todo esto. Le he preguntado qué quería decir y no me ha contestado. Al final solamente ha dicho que se alegraba de no estar aquí para ver qué pasaba luego.

Le he dicho que no fuera tonta. ¿Qué le iba a decir, si no?

¡Menuda época la nuestra!

Un abrazo,

Claire

A lo mejor el secreto estaba en vivir el momento. O en tratar de encontrar una manera de hacerlo. Al fin y al cabo, ¿no había conseguido convencerse en su día de que «hay momentos en la vida por los que valdría la pena gastarse una fortuna»? ¿Y este no era uno de esos momentos, si lo mirabas desde cierto punto de vista? Brillaba el sol. Era una mañana clara y fresca de finales de octubre. La luz del sol chispeaba en el agua, lanzando dardos de luz que bailoteaban en el aire formando fantásticos dibujos mientras las olas rompían contra los guijarros. Solo eran las diez, así que tenía un día libre entero por delante. Y, para completar el cuadro, estaba sentado a aquella mesa de madera, contemplando la playa, con un capuchino entre las manos, en compañía de una joven guapa y estilosa de dieciocho años que, durante los últimos días, había estado pendiente de todas y cada una de sus palabras, e incluso ahora lo miraba con amor y sincera admiración. Sentía las miradas envidiosas de todos los demás hombres maduros que había en el café. Era una pena, en cierta forma, que fuese su sobrina en vez de su novia. Pero, bueno, uno no podía tenerlo todo; y la vida nunca era perfecta. Benjamin había aprendido hacía tiempo aquellas verdades elementales.

Corría el otoño de 2002, y hacía quince meses que se había separado de Emily.

—Solo le hicieron falta tres semanas —se quejaba Benjamin a Sophie—. Tres semanas, y ya estaba saliendo con el maldito sacristán. Lo siguiente que supe fue que él se había ido a vivir con ella. En *mi* casa.

Sophie le dio un sorbo al capuchino y no dijo nada; se limitó a sonreírle con sus cálidos ojos de color avellana de una forma que le hizo sentirse inmediata e inexplicablemente mejor.

—Ya sé que tiene derecho a ser feliz —dijo Benjamin, un poco para sí mismo, mirando al mar—. Dios sabe que no me da ninguna envidia. Yo, desde luego, no la hacía feliz. Por lo menos, al final.

—Además tú también eres feliz, ¿no? —le preguntó Sophie—. Te gusta estar solo. Es lo que siempre has querido.

—Sí —dijo Benjamin tristemente—. Sí, es cierto.

—Pues claro —insistió Sophie, reaccionando ante la falta de convicción de su voz—. Es lo que ha dicho siempre la gente de ti. Una de las cosas que siempre te han envidiado. Hasta cuando estabas en el colegio. ¿No te lo dijo Cicely una vez? ¿Algo sobre que no quería quedarse atrapada en un tren contigo, porque tú nunca hablabas mucho, pero estaba convencida de que eras un genio y que el mundo te reconocería algún día?

—Sí —contestó Benjamin, a quien nunca se le había olvidado aquella conversación—. Eso también es cierto.

A esas alturas había dejado de sorprenderle el que Sophie tuviera un

conocimiento exhaustivo, y se acordase aparentemente sin ningún esfuerzo, de prácticamente todo lo que le había sucedido a él en el colegio. Al principio le había resultado asombroso; ahora ya estaba acostumbrado, y lo veía como una de las facetas más extraordinarias de una personalidad que, cuanto mejor la conocía, más extraordinaria le parecía en todos los aspectos. Ella le había explicado ya hacía tiempo cómo se había familiarizado tanto con aquellas anécdotas infantiles. Se las había escuchado a su madre cuando solo tenía nueve o diez años. Lois había empezado a trabajar en la Universidad de York; su marido, Christopher, seguía ejerciendo la abogacía en Birmingham. Durante más de un año habían tenido casas separadas, y casi todos los viernes Lois y su hija bajaban en coche hasta Birmingham, regresando a York el domingo por la noche, para que Sophie pudiera ir al colegio a la mañana siguiente. Y era en esos trayectos de tres horas, tanto de ida como de vuelta, cuando Lois solía matar el tiempo contándole a su hija todos los recuerdos que tenía de Benjamin en su época escolar.

—¿Pero *Lois* cómo consiguió enterarse de tantas cosas? —había querido saber Benjamin—. Quiero decir, ni siquiera estaba presente. Se pasó siglos en el hospital.

—¡Exactamente! —le había respondido Sophie, con los ojos brillantes—. ¿No te acuerdas? Se lo contabas todo tú. Solías ir a verla todos los sábados y la sacabas de paseo, y le contabas todo lo que te había pasado en el colegio esa semana.

—¿Quieres decir que se enteraba de todo? ¿Que se quedaba con todo? Ni siquiera creía que me escuchara. Nunca me dijo ni una palabra en esos paseos.

—Se enteraba de todo. Y también se acordaba.

Benjamin había reflexionado mucho sobre aquello durante las largas noches de insomnio que se convirtieron en una de las muchas características deprimentes de su nueva vida de soltero. Le daba vergüenza haberse olvidado de que él y Lois habían tenido una relación tan estrecha en esa época. Era la más extraña de las paradojas: cuando su hermana estaba todavía en pleno shock postraumático, siempre callada, aparentemente insensible, era cuando el lazo que los unía se había estrechado más. Por muy distante, por muy inalcanzable que pareciera, en realidad nunca le había sido más fiel, nunca había dependido tanto de él. El Club de los Canallas, se llamaban a sí mismos: Bent Rotter y Lowest Rotter^[13]. Pero, en cuanto ella empezó a recuperarse, cada uno tiró por su lado; y, tan pronto conoció a Christopher, aún se alejaron más rápidamente, hasta que la relación se convirtió en algo tan formal y distante como... Bueno, nunca habían llegado a los extremos de su relación con Paul, la verdad. Pero, aun así, ya no sentía ninguna afinidad especial por su hermana; no había podido recuperar aquella sensación de cercanía por mucho que se lo hubiera propuesto. A lo mejor se había dado inadvertidamente algún fenómeno subrepticio de transferencia, y la afinidad que un día tuvo con Lois se había visto reemplazada poco a poco por el cariño cada vez mayor y más profundo que sentía por Sophie. A cierto nivel podía resultar gratificante tener algo de la simetría que se había pasado buscando en vano toda la vida: la sensación de un círculo que se cierra.

—Es increíble que te acuerdes de todas esas cosas —le dijo en ese momento—. Eres una enciclopedia con patas de mi pasado.

—Alguien tiene que encargarse de la documentación —dijo ella, sonriendo misteriosamente.

Se terminaron sus respectivos cafés y echaron a andar hacia el mar. Se encontraban en Hive Beach, en Dorset, a unos cuantos kilómetros al sur de Bridport. Benjamin se había fijado en aquella playa, y en aquel café, la tarde anterior, mientras la familia entera (incluidos Lois y sus padres) daba una vuelta en coche por la costa. «Un sitio estupendo para desayunar», había comentado, sin dirigirse a nadie en particular; pero fue Sophie la que lo despertó a las ocho en punto de la mañana siguiente diciendo: «Venga, vamos a desayunar a la playa»; así que se habían acercado los dos juntos hasta allí (como dos fugitivos o dos *compadres*) mientras dejaban a los demás peleándose, medio dormidos aún en la casa alquilada, con unas tostadoras que no conocían y una recalcitrante instalación de fontanería.

—¿Te metes alguna vez en *Reencuentra a tus amigos*? —le preguntó Sophie, mientras Benjamin (al que siempre le había encantado arrojar cantos rodados al agua) peinaba la playa buscando piedritas planas.

—De vez en cuando —respondió con indiferencia. En realidad consultaba la página por lo menos una vez a la semana (en ocasiones todos los días) para ver si Cicely se había registrado.

—Ah, es que me preguntaba si sabrías qué fue de toda esa gente. Como Dickie, el de la bolsa que todos os follabais por la mañana.

—Richard Campbell... —rememoró Benjamin en voz alta, mientras se aproximaba al borde del agua y conseguía que su primera piedra rebotara doce veces en la superficie—. Debe de llevar años entrando y saliendo de un psiquiátrico. —Se volvió hacia Sophie, que se había encorvado para hacerle frente al viento otoñal con un abrigo largo de color escarlata, y una bufanda de lana azul enrollada al cuello—. ¿Sabes una cosa? Creo que vas a acabar siendo la escritora de la familia. Nunca he conocido a nadie a quien le interesen tanto las historias. Tienes... —volvió a tirar una piedra—... un don especial para la narrativa.

Sophie se rio.

—Eso se lo dirás a todas.

—La verdad es que lo considero un piropo.

—Y viniendo de ti, Benjamin, seguro que lo es. —Le cogió una piedra de su mano extendida y la tiró intentando hacerla rebotar. Se hundió enseguida en el agua con un sonoro chasquido—. De todos modos, no es verdad. Simplemente me interesa la gente. ¿Y a quién no?

—No, es más que eso. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo te pasaste anoche leyendo esos libros? No podíamos apartarte de ellos.

Benjamin, Lois, sus padres y Sophie estaban pasando una semana en un castillo del siglo xv a unos cuantos kilómetros al este de Dorchester, afiliado al Landmark

Trust. Al llegar habían encontrado en un cajón, entre puzzles, barajas y guías turísticas viejas, cuatro libros de visitas, de varios cientos de páginas cada uno, encuadernados en pergamino verde, donde se recogían las experiencias de todos los visitantes del castillo en los últimos veinte años. Parecía que las personas que se habían alojado allí respondían en general a una tipología muy concreta: de moral conservadora, e intelectuales incluso a la hora de emplear su ocio.

Sophie había cogido los libros solo por pura curiosidad, pero enseguida los había encontrado fascinantes, al menos como documentos sociales.

—Si acabo siendo psicóloga —dijo—, voy a usarlos como material de investigación. Ahí tienes todo un testimonio de décadas de abuso sistemático. Niños impotentes sometidos a los caprichos de sus padres, que en toda una semana no les dejaban hacer nada más que... tejer tapices y cantar madrigales. ¿Te lo imaginas? O ese que dice que ha obligado a su hijo a vestirse con un traje Tudor y pasarse cuatro días intentando aprender a tocar *Greensleaves* con el trombón. ¿Cómo crees que será ese niño cuando crezca? ¿Qué pasó con las Gameboys y las Playstations? ¿La gente esta no hace nada normal, como ver la tele o ir al McDonald's?

—¿Y la pareja esa que me leíste anoche?

—¿La del fanático del bondage? ¿El que se quejaba de que no hubiera una auténtica mazmorra, y dejó la dirección de un sitio de Weymouth donde se vendían cotas de malla y hierros de marcar?

—Y su mujer parecía tan encantadora... Puso todas esas flores prensadas en el libro y escribió ese poemita, «Soneto al castillo». Ese que tiene veintitrés versos.

—Tiene que haber de todo, Benjamin. Está toda la vida humana en esos libros.

—¡Espero que no! Dios nos coja confesados...

Benjamin aguardó un momento de calma entre dos olas espumosas y entonces lanzó la última piedra al agua; después siguieron andando en dirección oeste, alejándose del café y del aparcamiento, hacia la pared deleznable y estriada del acantilado. Caminando en zigzag, abofeteados de vez en cuando por el viento, tropezando en el accidentado guijarral, a veces se caían el uno sobre el otro, y para Benjamin hubiera resultado natural en esos momentos sujetar a Sophie entre sus brazos y darle un buen apretón. ¿Sería un abrazo neutro, como entre dos hombres? ¿Podía confiar en que lo sentiría así? Debía seguir teniendo presente que su sobrina (que a él ya le parecía una mujer hecha y derecha y muy sofisticada) estaba aún en el último curso del colegio. Estas eran sus vacaciones de mediados de trimestre. Debía tener presentes todas esas cosas. Y también que Sophie y Lois regresarían en coche a York el viernes, dos días más tarde. Mientras tanto, debía limitarse a aprovechar el lujo (el lujo efímero) de su compañía. Eso era lo importante. Saborear el momento.

El castillo que habían alquilado por una semana lo dominaba un salón cavernoso, que nunca parecía tener la suficiente luz ni estar lo suficientemente caliente. Allí el

padre de Benjamin, Colin, se pasaba la mayor parte del día leyendo la prensa o jugando al Scrabble o al Monopoly con Lois, mientras Sheila se entretenía en la cocina lavando los platos, poniendo agua a hervir, haciendo té, preparando la comida y dejando pasar el tiempo, en general, tal como lo había dejado pasar durante los últimos cincuenta años. A veces salían a dar un paseo, pero, como cogían mucho frío, volvían enseguida; entonces atizaban el fuego, tomaban té, les entraba demasiado calor y salían a dar otro paseo. Benjamin tenía a menudo la impresión de que sus padres habían planificado su vida de modo que no les ocurriese nada más dramático que los cambios habituales de su temperatura corporal.

De los seis dormitorios, dos ya los había colonizado el propio Benjamin: uno para dormir, y otro para acomodar sus papeles y su equipo de grabación. Sus padres se habían quedado mirándolo, incrédulos, cuando había llegado el lunes por la mañana con un coche lleno hasta los topes con cajas de cartón y estuches de instrumentos. Traía con él un Apple iBook, una mesa digital de mezclas Yamaha de dieciséis pistas, dos micrófonos, guitarras acústicas y eléctricas y cuatro teclados Midi distintos con sus respectivos aparatos de control. «Creía que estabas escribiendo un libro», había dicho Colin. «¿Qué más necesitas, aparte de pluma y papel?». Benjamin le había contestado. «Es un poco más complicado, papá», pero no se molestó en dar más explicaciones. Ya había renunciado a intentar que le entendieran.

Más avanzada la tarde, tras su paseo por la playa, Sophie se acercó hasta su cuarto de trabajo, se sentó en la cama, y anunció:

—Voy por la mitad del segundo libro. De momento no puedo más. Esa gente me levanta dolor de cabeza.

—Espera un momento —dijo Benjamin. No paraba de darle al ratón, con los ojos fijos en el programa de grabación de su monitor—. Hay como un «pop» raro en este trozo de flauta. Estoy tratando de encontrarlo y quitarlo. —Volvió a repasar la pantalla con el puntero del ratón unas cuantas veces más, luego se recostó en el asiento con un suspiro—. Bueno, da igual. Puede esperar.

—Entonces —empezó Sophie—, ¿vas a decirme qué demonios haces aquí? Yo creía, como el abuelo, que estabas trabajando en un libro.

—Es un libro —dijo Benjamin—. Mira, si no me crees, ahí lo tienes.

Señaló una esquina de la habitación, con dos enormes cajas de cartón rebosantes de hojas escritas. Sophie se agachó junto a ellas y, pidiéndole permiso con la mirada, cogió un manojo de papeles y se puso a echarles un vistazo.

—Pero aquí debe de haber unos diez mil folios —dijo, extrañada.

—Bueno, eso es porque conservo todos los borradores —dijo Benjamin—. Aunque va a ser bastante largo. Además, también está ahí todo el material original: las cosas que escribía cuando era estudiante, los diarios de estos últimos años... Incluso algunas cosas que escribí en el colegio.

—Así que es sobre ti, ¿no?, el libro. Una especie de autobiografía.

—No exactamente. O, por lo menos, eso espero.

—Entonces... —se rio—, la verdad es que es una pregunta muy estúpida (debes de odiar que la gente te la haga), pero ¿de *qué va*?

Normalmente, Benjamin odiaba que la gente le hiciera esa pregunta. (Tampoco era que ahora se la hicieran muchas personas). Pero, por alguna razón, le hizo ilusión intentar explicárselo a Sophie.

—Bueno... —dijo— pues se titula *Inquietud*, y trata sobre algunos de los acontecimientos políticos de los últimos treinta años, más o menos, y de cómo se relacionan con... acontecimientos de mi propia vida, supongo.

Sophie asintió, no muy convencida.

—Me es más fácil hablar de la forma, en cierto modo. Quiero decir, de lo que intento conseguir formalmente... Ya sé que suena muy ambicioso, a auténtico disparate, la verdad..., pero es una manera nueva de combinar texto (texto escrito) con palabras habladas. Es una novela con música, ¿entiendes?

—¿Y eso va a funcionar? —preguntó Sophie.

—Bueno, además de esto —dijo Benjamin, dejando resbalar las hojas del manuscrito bajo su dedo gordo—, va a haber un CD-ROM. Y algunos trozos habrá que leerlos en la pantalla, en el ordenador. El texto pasará por el monitor a unos intervalos que he programado yo (a veces será un ritmo de lectura normal, otras solo habrá una o dos palabras en la pantalla) y ciertos párrafos pondrán en marcha ráfagas de música, que también se oirán en el ordenador.

—¿Que también has escrito tú?

—Exacto. —Desconcertado por su silencio, por la solemnidad con la que lo estaba mirado, añadió—: ya sé que parece una locura... Lo sé de sobra. Puede que lo sea. A lo mejor *estoy loco*.

—No, qué va... Me parece absolutamente fascinante. Solo que es difícil hacerse una idea sin... sin leer algo, supongo.

—Todavía no estoy preparado para enseñárselo a nadie —dijo Benjamin, extendiendo el brazo instintivamente, en un gesto de autodefensa, para que le devolviese la parte del manuscrito que tenía en las manos. Sophie se la dio.

—Te creo.

Pero parecía muy decepcionada; y Benjamin no soportaba decepcionarla. Hacía años que nadie mostraba tanto interés por él. Se sentía profundamente agradecido y en deuda con ella, y sabía que debía recompensarla de alguna forma.

—Puedes escuchar parte de la música, si te apetece —dijo para ver cómo reaccionaba.

—¿En serio? Me encantaría.

—Pues vale.

Con unos cuantos clics en el ratón había abierto una carpeta de archivos wav. Pasó el puntero por encima de los títulos, eligió uno y clicó dos veces. Subió el volumen de los altavoces del aparato y recostó la espalda en el asiento con los brazos cruzados, tenso. Recordaba la vez que le había hecho escuchar a Cicely una cinta con

música suya, y lo único en que ella se había fijado era en un gato que maullaba de fondo.

Pero Sophie era una oyente más atenta.

—Es precioso —dijo tras un par de minutos. La música era compleja y repetitiva, como la música electrónica, pero con más variaciones en los acordes. No había una línea melódica; de vez en cuando asomaban fragmentos de melodía, de guitarra o de instrumentos electrónicos de cuerda o de viento, antes de desaparecer de nuevo, absorbidos por la densa textura del contrapunto. Esas frases musicales sin desarrollar eran modales, como fragmentos de canciones folclóricas vagamente recordadas. Armónicamente, el énfasis estaba puesto en las séptimas y las novenas menores, lo que le daba a la pieza un trasfondo melancólico; pero, al mismo tiempo, una pauta subyacente de notas ascendentes sugería cierto optimismo, un ojo esperanzado puesto en un futuro distante.

Después de un rato, Sophie dijo:

—Suenan un poco como el disco aquel que le regalaste a mamá hace muchos años.

—¿El de Hartfield and the North, quieres decir? Sí, seguramente. Aunque no es el género musical más moderno que podía haber imitado, la verdad.

—No, pero funciona. Por lo menos en tu caso. Suenan un poco... triste y alegre al mismo tiempo. —Luego empezó a sonar una nueva idea melódica, y ella añadió—: eso lo reconozco. Ahí te has apropiado de una canción muy famosa, ¿no?

—Es Cole Porter, «I Get A Kick Out Of You». —Bajando el volumen le explicó—: está pensado para acompañar un párrafo sobre los atentados de Birmingham. No sé si tu madre te lo habrá contado alguna vez, pero... esta era la canción que estaba sonando. Cuando estalló la bomba.

—No —dijo Sophie, bajando la vista—. No, nunca me lo había dicho.

—Se pasó años sin poder escucharla. La ponía como loca. Seguramente ya lo ha superado. —Benjamin cogió el ratón y apagó la música—. Bueno, ya está bien para hacerte una idea.

Se arrodilló junto a las cajas del manuscrito y volvió a meter los papeles sueltos. Mientras estaba de espaldas, Sophie le dijo:

—Te va a quedar precioso, Ben. Estoy segura. La gente va a flipar. Lo único que me preocupa es que sea tan... largo. ¿Conseguirás acabarlo alguna vez?

—No lo sé. Creí que cuando tuviera un sitio para mí solo no tendría tantas distracciones. Pero parece que lo único que hago últimamente es perder el tiempo en Internet y ver la tele. Y este verano por fin he dejado mi trabajo, pero por lo visto tampoco ha ayudado mucho. Y ahora llevo una vida completamente desorganizada.

—¿Y puedes durar mucho tiempo así, sin ingresos de ningún tipo?

—Unos cuantos meses más.

—*Tienes que acabarlo. ¿Cuánto tiempo llevas ya con él? Tienes que hacerlo.*

—¿Y si nadie quiere publicarlo? —dijo Benjamin, dejándose caer de nuevo sobre la silla—. Además, ¿a quién se lo mando? ¿A un editor o una discográfica? ¿Tú crees

que le va a interesar a alguien? ¿A alguien le va a importar? Soy un tío maduro de clase media, blanco, educado en un colegio privado y una universidad tipo Oxford y Cambridge. ¿No crees que la gente ya está harta de saber cosas sobre nosotros? ¿No lo hemos dicho ya todo? ¿No es hora de que nos callemos, nos retiremos discretamente y les dejemos sitio a otros? ¿No me estoy engañando a mí mismo al decirme que estoy haciendo algo importante? ¿No estoy rastrillando las brasas de mi insignificante vida, a ver si la convierto en algo importante a base de soplar y de alimentarla con una buena dosis de política? ¿Y qué me dices del once de septiembre? ¿Cómo voy a encajar una cosa *así* ahí dentro? Me pasé meses sin escribir una sola palabra después de eso, o después de la invasión americana de Afganistán. De repente, todo lo que estaba haciendo me parecía aún más insignificante, menos importante. Y ahora parece que pronto atacaremos Irak. El caso es que... —se inclinó hacia delante, abriendo y cerrando las manos—... tengo que intentar *acordarme*. Tengo que intentar acordarme de cómo veía este libro cuando lo empecé. Recuperar parte de aquella energía. Estaba tan convencido entonces, tenía tanta confianza en mí mismo... Creía que estaba juntando palabras y música (literatura e historia, lo personal y lo político) de una manera que a nadie se le había ocurrido antes. Me sentía como un pionero.

—Es que es lo que eres —dijo Sophie, y él se dio cuenta de que lo decía de verdad—. Un pionero. Recuérдалo, Benjamin. Y tampoco tienes por qué presumir o por qué creértelo demasiado. Pero es cierto. Nadie ha hecho nada parecido.

—Sí, tienes razón —dijo, cuando asimiló sus palabras—. No voy a perder la fe en el proyecto. No me voy a dejar vencer. Solo voy más despacio y me está costando más porque cada vez es mejor. Sé más, y entiendo mejor las cosas. Hasta de lo que ha pasado entre Emily y yo puedo sacar alguna enseñanza. Todo... absolutamente todo lo que me pase va a alimentar este libro y hacerlo más sustancioso y más potente. Es bueno que me haya llevado tanto tiempo. Ahora estoy preparado para terminarlo. Ya tengo experiencia. Soy un hombre maduro. Estoy en lo mejor de la vida.

Habría seguido diciendo cosas de esas; pero precisamente en ese momento llamaron a la puerta con los nudillos. Era su madre, con un paño de cocina sobre el brazo y una expresión entre el reproche y la solicitud.

—Llevas mucho tiempo sin comer nada, ¿no? —le dijo a su hijo—. Ven abajo. Te he hecho un huevo pasado por agua y tostadas con Marmite.

Benjamin miró un momento a Sophie. Ella le sonrió; una sonrisa secreta. Y a él se le derritió el corazón.

Eran las dos de la mañana y estaba despierto. Afuera, el viento rugía, y los muros y las losas del castillo no hacían más que reflejar el frío, pero aun así Benjamin se sentía sudoroso y febril. Su vello púbico (sobre el que su mano vagaba inquieta) estaba húmedo. Tenía una erección que, aparentemente, no guardaba ninguna relación

con el deseo, y sí en cambio con un hábito de lo más triste y cansino. La perspectiva de masturbarse (aunque seguramente fuera su única oportunidad de quedarse dormido) le resultaba increíblemente deprimente. Tenía los ojos muy abiertos. Cogió el móvil de la mesilla, encendió la luz de atrás y vio que ya pasaban cuatro minutos de las dos. Soltó un gruñido y encendió la radio. Era el segundo movimiento de la cuarta sinfonía de Bruckner, el que menos le gustaba de la obra que le gustaba menos del compositor que menos le gustaba. Apagó la radio. Oyó que su padre tosía en el dormitorio de al lado. Su madre se levantó a buscarle un vaso de agua del baño. Se oían trozos de conversación. Lois dormía en la otra ala del castillo. Sophie, que él supiera, seguía en el cuarto de estar, en pijama y bata, recién bañada, leyendo el tercer volumen de los libros de visitas a la luz de una lámpara corriente, con el fuego reducido a un montoncito de cenizas parpadeantes. Benjamin la había dejado así, sintiéndose cansado y pensando, por una vez, que sería capaz de coger pronto el sueño, pero no... Era la misma historia de siempre. Seguía sin acostumbrarse a dormir solo.

Cerró los ojos, los apretó mucho, cerró con fuerza la mano, y trató de evocar alguna fantasía plausible para entrar en calor. Desesperado, se imaginó a la nueva reportera de las noticias de las seis de la BBC, y comenzó a prepararse para el trabajo que implicaba llegar al orgasmo, pero entonces se distrajo con la imagen de esos miles de tristes espermatozoides a punto de naufragar en las sábanas, expirando, boqueando, sin haber alcanzado su objetivo. ¿De dónde había sacado aquella imagen mental, Dios Santo? Además, ¿qué más daba? Millones de cabroncetes como aquellos habían empleado sus esfuerzos en encuentros inútiles con los óvulos de su mujer en los últimos veinte años, y al final no les había lucido nada el pelo... En ese sentido, no tenía ninguna esperanza. Había fracasado totalmente. Las sábanas eran el lugar más indicado para ellos. El único destino que se merecían.

De todos modos, cinco minutos de ejercicio mecánico no le llevaron a ninguna parte. Estaba a punto de dejarlo como una causa perdida y encender otra vez la radio cuando oyó pasos en la escalera de piedra del exterior de su dormitorio.

Y entonces se oyó una voz al otro lado de la puerta.

—¿Benjamin? —Era Sophie—. ¿Estás despierto?

—Sí —gritó, girándose sobre un costado—. Pasa.

Se movió la manija y apareció la figura de Sophie enmarcada en la puerta. Seguía llevando la bata y uno de aquellos libros bajo el brazo. Entró y se sentó en el borde de la cama, a su lado. Tenía la respiración agitada y profunda, ya fuera de emoción o del esfuerzo de subir las escaleras, o de ambos.

Benjamin encendió la lamparita de la mesilla.

—¿Qué pasa?

—Tu amigo Sean —dijo Sophie sin apenas resuello—, sean Harding. Usaba un seudónimo, ¿no?

—¿Qué? —dijo Benjamin, frotándose los ojos, tratando de asimilar aquel súbito

cambio de rumbo.

—¿No era Pusey-Hamilton? —preguntó Sophie—. ¿Sir Arthur Pusey-Hamilton?

—Sí, exactamente —respondió Benjamin—. Escribía unos artículos muy locos para *El Tablón*. Y firmaba así.

—Ya —dijo Sophie, radiante de satisfacción—. Pues mira. Échale un vistazo a *esto*.

Le tendió el libro, y señaló con el dedo una entrada que empezaba a mitad de una página. Así que Benjamin cogió sus gafas y se quedó con la boca abierta cuando vio aquella letra que en su día le había resultado tan familiar; y entonces se puso a leer.

Claire llevaba saliendo con Michael Usborne más de un año, aunque seguía sin entender muy bien la naturaleza de su relación. Pero al final decidió que daba igual; que incluso podía ser una de las cosas que le gustaban de ella. La verdad era que no se parecía nada a ninguna de las relaciones que había tenido antes. Era extremadamente esporádica, poco apasionada (aunque había habido una buena cantidad de sexo bastante aceptable) y, por lo visto, ninguna de las partes implicadas tenía la menor idea de adónde les llevaba, ni ningún interés en realidad en aclarar semejante cosa. Ella sabía que él se veía con otras mujeres (mujeres más jóvenes), sabía que tenía relaciones sexuales con ellas, y hasta sospechaba que pagaba por ese servicio de vez en cuando. ¿Y qué? Si hubiera estado enamorada de él, le habría molestado; pero no lo estaba, así que... También sabía que él no la consideraba una posible esposa (no era lo suficientemente joven, ni lo suficientemente guapa, ni lo suficientemente pija, ni lo suficientemente delgada); pero sí andaba buscando una, y cuando se materializara, se suponía que «el mandato» de Claire pasaría a la historia. Eso ya no le hacía tanta gracia. Le echaría de menos. Un poco. Al principio. Pero, la verdad, tampoco se podía decir que estuviera demasiado enganchada; aquello no era lo mismo que con Stefano, ni nada parecido. Le gustaba seguir viéndose con Michael, en aquellas (raras) ocasiones en que no estaba en el extranjero, ni en Londres, ni trabajando hasta tarde, ni liado durante el fin de semana. Le gustaba que la sacara de paseo, le gustaba usar su gimnasio y su piscina, compartir su cama. Disfrutaba tomándole el pelo y discutiendo con él sobre política ajustándose al estereotipo de la feminista izquierdista, lectora del *Guardian*, que era el papel que le había adjudicado. (Y que parecía hacerle creer que pasando algún tiempo con ella estaba haciendo algo muy atrevido, original y divertido). Resumiendo, que tenía muchas ventajas el hecho de ser la novia temporal de Michael Usborne (si se podía decir así), y lo mejor de todo era que él le permitía disfrutar de ellas sin sentirse mezquina, sin sentirse utilizada, sin sentir que estaba vendiendo su alma. Eso al menos, pensaba Claire, le honraba, y al menos por eso siempre le estaría agradecida.

¿Así que de dónde había surgido recientemente aquella nueva sensación de insatisfacción? Incluso ahora era consciente de ella, sentada en lo que sería un entorno muy agradable bajo cualquier punto de vista (la sala de embarque de primera clase del aeropuerto de Heathrow), viendo cómo Michael rebuscaba entre los papeles de su maletín (abierto en el asiento de al lado) mientras sostenía una conversación en el móvil que tenía encajado entre el hombro y la oreja. Hacía tan solo unas semanas, aquella escena le habría inspirado un cariño divertido, nada más: este Michael está loco, habría pensado, siempre en activo, siempre frenético, siempre incapaz de parar

quieto un momento mientras se pueda hacer dinero. Y, sin embargo, esa mañana su manera de actuar simplemente la molestaba. ¿Sería porque se suponía que era el principio de unas vacaciones (sus primeras vacaciones juntos), y hasta el momento no había demostrado el menor interés en relajarse? ¿Sería porque Patrick también estaba allí, y se acababan de conocer y Michael había sido incapaz de dirigirle más de tres palabras desde que los había presentado? ¿O sería algo más profundo (tal como sospechaba en el fondo)?

El problema fundamental era el siguiente. Ya hacía casi tres años que había plantado a Stefano en Lucca; casi tres años desde que había estado en los acantilados de Etretat y contemplado por encima de las grises aguas del Canal el país al que había decidido regresar de mala gana, bastante derrotada. Ese día se había convencido a sí misma de que era mejor estar sola que ser desgraciada en amores; pero ahora, tres años después, esa convicción empezaba a flaquear. Su relación con Michael le había hecho gracia una temporada. Como mínimo, era una novedad y una manera de habituarse sin mucho esfuerzo a la práctica (tan fácil de olvidar) de intimar con otra persona. Pero tenía cuarenta y dos años, y no podía permitirse el lujo de emplear mucho más tiempo en alguien que mostraba tan poco interés por ella. Quería otra cosa, algo que no fuera tan superficial ni tan ocasional; quería un compañero. Por banal que pareciera, quería que alguien fuese al supermercado con ella, que la ayudase a elegir el aliño de la ensalada, a decidir entre las diferentes marcas de detergente o de champú. (Qué envidiosas se habían vuelto sus miradas últimamente cuando veía a alguna pareja sostener una de aquellas conversaciones tan triviales en los pasillos del Tesco o el Safeway). Se preguntaba si Michael iría alguna vez al supermercado. ¿Habría puesto alguna vez los pies en uno en los últimos veinte años? Se había fijado, siempre que se acercaba hasta su casa cerca de Ledbury, en que su nevera (que tenía casi el tamaño de su dormitorio de invitados en Malvern) estaba siempre llena de verduras frescas, carne roja biológica, zumo de naranja recién exprimido, botellas de champán... ¿De dónde salían todas aquellas cosas? Tras su último divorcio (puede que incluso antes). Michael había contratado por lo menos a dos asistentes, y seguramente una de ellas se encargaba de que nunca se quedara sin provisiones. No se imaginaba compartiendo su vida con alguien que vivía de esa forma. Por muy real que le pareciera a él, Claire no podía evitar considerar aquella manera de ser como una especie de fantasía absurda. Aquellas vacaciones, por ejemplo: una semana en Grand Cayman, billetes de ida y vuelta en primera, y una casa en la playa (propiedad, por lo visto, de un socio americano) a su entera disposición toda esa semana, incluyendo jardinero, ama de llaves, chófer y cocinera. La gente no vivía así. Era irreal. Pero él se negaba a verlo. Le parecía totalmente natural, insistía en que no era nada especial. Había extendido la invitación a Patrick sin pensarlo siquiera. (Al fin y al cabo, el sitio tenía quince camas). Hasta había dicho que podía acompañarlo su novia, Rowena, una chica con la que llevaba saliendo mes y medio, que ahora estaba sentada leyendo el *Vanity Fair* y bebiendo vino blanco

helado en la sala de embarque, con pinta de no acabar de creérselo.

Claire suspiró, agobiada por el peso de todo aquello. La incompatibilidad entre ellos (sus estilos de vida y sus esquemas de valores absurdamente contrapuestos) le llamaban la atención esa mañana con una claridad pasmosa. ¿Cómo no se daba cuenta él también? ¿Era que no le preocupaba, o simplemente se limitaba a ignorarlo? A lo mejor tenían oportunidad de hablar de aquellas cosas en esas vacaciones. Pero las vacaciones ya habían empezado y, hasta el momento, los presagios no parecían muy buenos.

—¿Por qué no hacer hincapié en que es el área que está creciendo más rápido de nuestra empresa y la que ofrece unos márgenes más sostenibles? —le estaba diciendo Michael al móvil. Costaba decir si su voz reflejaba cierta impaciencia o irritación. Siempre hablaba en el mismo tono: amable, melifluido, persuasivo, ya estuviera pidiendo comida en un restaurante o (como en ese momento, al parecer) riñendo a un subordinado.

—Bueno, eso son tarifas excepcionales. Nadie está tratando de ocultar el hecho de que van a ser unas tarifas excepcionales...

Patrick se levantó para acercarse hasta una máquina de café. Claire lo siguió con los ojos.

—«Sinergia» es una buena palabra, sí. Por mí no hay problema. Mientras quede tan claro como el agua que no se trata de ahorrar en costes, sino de crecimiento. —Suspiró—. ¿Pero Martin se lo está currando? Porque me da la sensación de que lo estoy escribiendo yo solo.

Claire se unió a Patrick junto a la máquina de café y le dio un vaso vacío para que se lo llenara.

—No hace falta que te sirvas aquí, ya sabes, ¿no? —le comentó—. Aquella camarera de allí te habría vuelto a llenar la taza.

—Así es más rápido —dijo él, sin más.

Claire trató de disimular su nerviosismo cuando le preguntó:

—¿Qué impresión te ha hecho Michael, entonces?

Patrick se lo pensó un momento.

—Es exactamente como me lo imaginaba.

—¿Y eso qué significa?

A la vez que le pasaba el café, le respondió:

—¿Conoces bien a este tipo, mamá? Es la última persona con la que pensaría que perderías el tiempo.

Ella dio un sorbo. Quemaba.

—No lo has conocido en su mejor momento. Está muy preocupado. —Mientras regresaban a sus asientos, añadió—: tienes que aprender a ver más allá de las apariencias, Patrick. No se trata de lo que haga la gente, sino de sus cualidades humanas.

Patrick no respondió; pero incluso a sí misma le sonó como si estuviera tratando

de convencerse de algo que costaba creer.

Patrick se sentó junto a Rowena y le volvió a llenar el vaso de vino. Ella ya había terminado de leer el *Vanity Fair* y se había pasado al *Condé Nast Traveller*. Él se inclinó un poco y miró el reportaje que estaba leyendo, ilustrado con una fotografía a todo color de una idílica escena pastoral francesa, con lo que parecía un enorme castillo en el centro.

—Qué guay —dijo—. ¿Quién vive ahí?

—Es un monasterio —respondió ella—. De Normandía. Se puede pasar unos días en estos sitios, ¿sabes? Los monjes reciben a todo el mundo. Es parte de su filosofía, dar acogida a cualquiera que lo necesite.

—Vaya por Dios, así que ahora te venden el retiro espiritual como una opción vacacional para ejecutivos estresados, ¿no? Es que el capitalismo lo ha conquistado todo...

—No sé por qué tenemos que añadir una cifra —estaba diciendo Michael—. He visto distintas estimaciones y la cosa podría estar entre nueve y veinticuatro. Alan se inclina más por veinticuatro, y yo creo que también.

—Han avisado de nuestro vuelo —dijo Patrick, alzando la vista hacia el panel de salidas.

—No podemos contar con una reflatación de las condiciones del mercado. Eso lo sabe cualquiera. Échale la culpa a la «incertidumbre global». Es la expresión de moda.

—No me puedo creer que vayamos a viajar en primera —dijo Rowena, metiendo la revista en el bolso—. Estoy de los nervios...

—¿Nos vamos, entonces? —preguntó Patrick, levantándose. Empezó a coger algunos de los periódicos gratuitos que había en una mesa cercana, pillando el *Times*; el *Independent* y el *Guardian*. Claire se fijó en que una de las fotos de arriba de la cabecera del *Guardian* traía una cara conocida. El pie de foto decía: «*Paul Trotter - Mis serias dudas sobre la guerra de Irak*»

—No me parece que ninguno controle la situación —continuó Michael. Claire estaba tratando de captar su atención. Él la miró y levantó un dedo, como diciéndole que esperara un momento—. Estamos tratando de recuperar la rentabilidad, ¿es tan difícil hacérselo entender? —Ahora, por lo menos, se percibía cierto tono de enfado en su voz.

—Vete delante —le dijo Claire a su hijo—. Nos encontramos en la puerta. —Caminó con ellos hasta la puerta de la sala de embarque de primera clase, y antes de despedirse, le aseguró a Patrick—: no te preocupes. No se va a pasar las vacaciones en este plan.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó él.

—Porque yo se lo voy a impedir.

Patrick sonrió al oír eso, contento de ver que su madre volvía a sentirse guerrera. A veces pensaba que era lo mejor de ella: esa parte que no había salido mucho a

relucir en los últimos años, desde su regreso a Inglaterra.

—Y lo dice en serio —le dijo a Rowena, mientras recorrían juntos el pasillo—. Le va a soltar un buen rollo.

—¿A qué se dedica Michael, de todas maneras? —preguntó Rowena—. No he entendido una sola palabra de lo que decía por teléfono.

—No sé qué clase de compañía dirige en este momento. Se llama Meniscus. Tiene que ver con los plásticos, creo. —Patrick rebuscó en sus bolsillos, repentinamente ansioso, hasta que sus dedos se posaron sobre el pasaporte—. Parecía que estaban planeando una conferencia de prensa, ¿no? Le he oído decir algo sobre consolidación y racionalización. Así es como los altos cargos se refieren a cerrar fábricas y mandar a la gente al paro. Supongo que están buscando una manera suave de decírselo a los periódicos.

Mientras Michael proseguía con su última llamada telefónica, acompañada de búsquedas aún más impacientes de documentos en su maletín, y de vez en cuando hasta de cálculos tecleados rápidamente en su agenda electrónica, Claire tenía un ojo puesto en el panel de salidas (donde ponía que la última llamada para su vuelo ya se había producido hacía cinco minutos) a la vez que ensayaba lo que iba a decirle.

Esto es absurdo, empezaría. ¿Cómo vamos a llegar a conocernos nunca, cómo vamos a llegar incluso a *relacionarnos* de un modo significativo, si ni siquiera eres capaz de dejar de lado tu trabajo en vacaciones, si ni siquiera tienes un minuto para charlar un poco con mi hijo cuando os conocéis? Y trataría de que le proporcionara, como condición para seguirse viendo después de aquella semana, una especie de garantía: que no se pasaría las vacaciones al teléfono, que no se metería a solas en una especie de despacho los siete días siguientes para mandar faxes y entretenerse con balances, mientras los demás salían a bucear. Le daría un ultimátum, confiando en que esa era la clase de idioma que él entendía. Y confiando también (aunque no sabía muy bien de dónde le venía aquella confianza, a no ser de su intuición, que no solía equivocarse) en que no se enfadaría ni se asustaría con aquella propuesta. Había un fondo de auténtico cariño entre ellos que él valoraba, aunque fuera a un nivel que no estaba acostumbrado a reconocer. De eso no.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Patrick poco después, cuando ella se presentó en el mostrador de embarque.

Claire estaba sola.

—No he podido decirle nada —respondió ella—. Se ha vuelto a la oficina. Ha dicho que estos próximos días eran decisivos y que no podía fiarse de nadie para que se hiciera cargo. Se vendrá con nosotros el martes.

—Promesas y más promesas —dijo Patrick—. De todas maneras, Rowena y yo ya nos habremos vuelto. —(No iban a pasar la semana entera, solo los tres primeros días). Rodeó a Claire con un brazo y dijo—: no te preocupes, mamá.

Ella le devolvió el abrazo y esbozó una sonrisa poco convincente.

—*C'est la vie*. Vamos a divertirnos nosotros solitos, ¿vale? Vamos a pillar un poco de sol caribeño en la cara.

Tras decidir que lo que quería escribir no era un artículo, sino un libro entero sobre la extrema derecha británica y el auge de su popularidad durante el segundo mandato de Blair, Philip se pasó casi quince meses recogiendo material. Luego, una mañana de septiembre de 2002, se sentó para empezar a trabajar en el primer capítulo, y tres días más tarde (habiendo escrito 243 palabras y jugado 168 partidas de Freecell en el ordenador) se resignó a la triste realidad: no lo iba a hacer nunca. En veinte años no había producido nada más largo de 2000 palabras; nunca se había ocupado de un tema tan complicado que no pudiera mandarlo a la redacción en cuestión de segundos. Tal vez «Una vuelta por la ciudad con Philip Chase» fuera una vieja fórmula ya gastada de la que intentaba liberarse desesperadamente, pero, desgraciadamente, también lo único de que era capaz.

Tras abandonar el proyecto, no miró las notas que había acumulado para él en casi dos meses; hasta que recibió una carta de Benjamin, la segunda semana de noviembre. Fue eso lo que le llevó a encender el ordenador una mañana para reabrir la carpeta titulada *Libro BNP*.

Se topó con un auténtico caos. ¿Cómo había soñado alguna vez con darle una forma coherente a aquella selección arbitraria de recortes de prensa, fotografías y entrevistas grabadas?

Había tres subcarpetas tituladas *Neoliberalismo*, *Fundamentalismo* y *Nacionalismo*. Esas, creía recordar, habían sido las tres hebras que intentaba entretrejer en el curso de su ensayo. Esperaba poder demostrar que se remontaban todas a la misma fuente; que los partidarios de cada sistema se movían por el impulso esencialmente primitivo de vivir en un mundo autóctono, aislado de cualquiera cuyas creencias o estilo de vida les hiciera sentirse incómodos.

Los neoliberales [había escrito] buscan la pureza en la misma medida que los fundamentalistas o los neonazis. La única diferencia es que no se proponen crear un estado nacional basado en principios religiosos y genéticos. El estado que ellos están construyendo (y que se está alzando por todas partes, incluso mientras escribo) es supranacional, siendo la aldea global una de sus características distintivas. Su entorno geográfico son hoteles exclusivos, centros de vacaciones exclusivos, comunidades cerradas de casas espantosamente caras. Sus habitantes no viajan en transporte público, y solo utilizan hospitales privados. El impulso que mueve a esta gente es el miedo al contacto (y la contaminación resultante) con la gran masa de la humanidad. Quieren vivir entre ella (o más bien, no les queda más remedio) pero emplean su dinero en levantar la mayor cantidad posible de mamparas, la mayor cantidad posible de fronteras, para solo tener que establecer un contacto significativo con gente de su propio nivel económico y cultural. La forma en que el nuevo laborismo se ha aliado con esta gente (a nivel interno con cosas como

Iniciativas Financieras Privadas, y en política exterior con su apoyo a Bush y a los neoconservadores de América) demuestra que los apoya fundamentalmente en sus objetivos elitistas y separatistas. Las iniciativas sociales y democráticas a menor escala en los campos de la salud y la educación son una cortina de humo, una especie de tributo puramente formal a la izquierda a la antigua, para poder camuflar la verdadera naturaleza del proyecto neolaborista.

Había añadido una nota después para sí mismo: *Preguntarle a Claire por qué su novio estaba cenando con Paul Trotter.*

Philip suspiró mientras revisaba aquel material. Aquel último párrafo no tenía desperdicio, le parecía, pero estaba pensado para ser el cierre del libro, y nunca conseguía recordar cómo se suponía que debía llegar hasta allí. ¿Cuál era el camino que había pensado seguir, y que llevaba de aquellas terribles cartas que le habían mandado a Steve a la condena del actual sistema político dominante? Tenía que ver con el carácter del nuevo fascismo, con la forma en que se había escindido el movimiento nacionalista en Inglaterra, y que ahora se basaba no solo en un viejo odio racial pasado de moda, sino en un sistema de creencias mucho más complicado y resbaladizo. Los frentes de batalla que parecían tan nítidos y tan sencillos en los años setenta eran casi imposibles de definir con claridad en este momento. Por ejemplo, se había dado cuenta de que, entre los nuevos fascistas ingleses, había una serie de pensadores (empleando el término muy a la ligera) que ya no invocaban la violencia contra la población negra o asiática, y tampoco hablaban de repatriaciones obligatorias o un mayor control sobre la inmigración, sino que sostenían en cambio que los racistas blancos debían formarse en pequeñas comunidades rurales muy compactas, hacerse autosuficientes, desarrollar una relación casi mística con la naturaleza y «la tierra», y en general no relacionarse en absoluto con una decadente sociedad multicultural, moderna y urbanizada. Todo lo cual, ciertamente, tenía pocas probabilidades de atraer a los jóvenes cabezas rapadas que seguían formando gran parte del movimiento, cuyo hábitat natural eran los centros urbanos y cuya afición a la violencia y al gamberrismo era repugnantemente idealizada por esos teóricos como una versión moderna del espíritu «guerrero» inherente a la raza aria. Sin embargo, eso significaba que estaban empezando a darse ciertas afinidades curiosas y desagradables entre determinados elementos del pensamiento nazi y algunos aspectos del movimiento de los Verdes.

Del mismo modo, la brecha existente entre el fascismo inglés y el islamismo militante ya no resultaba tan ancha como Phil se hubiera esperado. El odio a los negros, los asiáticos y los árabes parecía cederle el puesto al antisemitismo; solo se hablaba de derrocar al gobierno de ocupación sionista, una conspiración de judíos poderosos acusada de regentar el mundo con el respaldo corporativo y militar americano (e inglés). Por lo tanto, no era ninguna sorpresa descubrir que los racistas blancos estaban dispuestos a hacer causa común con los grupos revolucionarios de otras culturas comprometidas con la misma idea, y que Osama bin Laden ya era un

héroe para esta gente desde mucho antes de los atentados del 11 de septiembre. Y así se sostenía en algunos círculos (sobre todo en Internet, en los foros de discusión nacionalista) que el auténtico nacionalsocialismo no tenía nada que ver con el racismo, sino que constituía sencillamente un sistema político que le permitía a todo el mundo retornar a sus (diversas) raíces culturales y vivir en armonía con Dios y la naturaleza; y lo único que lo impedía (el actual «orden establecido» basado en el capitalismo, la decadencia y el materialismo ateo) debía ser entonces derrocado por medios violentos o subversivos.

Philip se dio cuenta de que seguir la lógica de aquellas teorías conspirativas era muy peligroso y desorientador. No dejaba de encontrarse llegando a conclusiones con las que estaba de acuerdo (la sociedad occidental era decadente y carente de valores, por ejemplo) y luego tenía que volver sobre sus pasos y ceñirse a los hechos, a cosas concretas que suscitaban una reacción visceral de la que podía fiarse: el lenguaje infecto y racista empleado en las cartas anónimas de Steve, o las letras llenas de odio de aquel cedé titulado *El Carnaval de Auschwitz*. En la absoluta incompatibilidad entre aquellas cosas y los efluvios místicos y casi poéticos de los neonazis con la cabeza mejor amueblada y su discurso sobre la cultura folk, la Tierra y el Honor, Philip intentaba encontrar una postura moral personal. Su sensación predominante era que cada sistema de valores parecía estar siempre en un equilibrio inestable a punto de desmoronarse, y que de alguna forma el nuevo laborismo era un síntoma de eso, al emplear constantemente un lenguaje de grandes ideales pero comportarse de hecho con el mismo pragmatismo despiadado que todos los demás, tan esclavo de su propio dios (la economía del libre mercado) como cualquier fanático musulmán. No dejaba de venirle a la mente la imagen de Paul Trotter.

Pero resultaba todo demasiado complicado para ponerlo en palabras. A veces garabateaba un párrafo o dos, y lo releía solo para descubrir que él también empezaba a sonar como un simpatizante de la extrema derecha; y luego, media hora después, lo volvía a mirar y resultaba que le parecía escrito por un izquierdista radical. Por lo visto, ya no había diferencias entre esas dos posturas. En otras ocasiones, lo que había pretendido le parecía algo tan ambicioso y tan amplio que había empezado a sentirse igual que Benjamin, con aquella obra maestra en continua evolución que no terminaba nunca; una obra que, si la fusión de palabras y música tenía algún precedente, se remontaba a la noción wagneriana de *Gesamtkunstwerk*, un concepto que también había acabado encajando demasiado bien con la ideología nazi. ¡Más complicaciones! Philip no conseguía abarcar todo aquello. Estaría mucho mejor haciendo «Un paseo por la ciudad» de nuevo. Tenía en mente escribir algún artículo sobre la Gas Street Basin, sobre cómo su red de canales entrelazados daba testimonio de las amargas disputas entre las compañías que los controlaban a principios del siglo XIX. Al menos ese era el tipo de complicaciones que sabía manejar. Buscaría refugio en lo que entendía, en lo que se podía conocer.

Una noche, en la época en la que estaba más atascado en la investigación del libro, Carol había dicho algo interesante.

—¿Por qué te fascinan tanto estas cosas? —le preguntó.

Y Philip le explicó, y no por primera vez, el calor y el buen rollo que había observado entre Steve y su familia, y lo mal que se había puesto al ver las cosas que se habían escrito anónimamente sobre ellos.

—Ya, ¿pero qué sentido tiene recrearse en todo eso? La gente que hace eso es escoria, gente de baja estofa. Y escribiendo sobre ellos solo los haces más atractivos.

—Bueno, el racismo siempre ha sido un problema. Esas cartas lo demuestran. El caso de Errol McGowan también. Así que alguien debería escribir sobre eso.

—Pero, en cierta forma, lo que estás investigando no es el racismo. Quiero decir, el racismo está en todas partes, pero no *se da a conocer*. Si quieres encontrar racismo, échale un vistazo a Middle England y cuélate en una cena del Rotary Club o algo así. Hay mogollón de gente de la clase media inglesa a la que, en el fondo, no le *gustan* nada los negros (no les gusta *nadie* que sea distinto a ellos), pero es gente que se lo pasa bien y tiene controlada su propia vida, así que no necesitan hacer nada al respecto; a no ser leer el *Daily Mail*, comentarlo, en el bar del club de golf. *Eso es* racismo. Mientras que la gente de la que tú estás hablando, la gente que se organiza, que va a las manifestaciones y se mete en jaleos, los que hablan de ello abiertamente, eso es diferente. Es gente desequilibrada. El miedo y la sensación de impotencia que tienen son tan fuertes que no los pueden esconder. En realidad, por eso lo hacen: *Quieren que la gente vea el miedo que tienen*.

—¿Así que me estás diciendo... que Combat 18 es un grito de ayuda?

—Lo que estoy diciendo, Phil —le contestó Carol, poniéndole una mano en el hombro mientras él mordisqueaba un lápiz sentado a su mesa—, es que te conozco. Tú no puedes escribir sobre política, no puedes escribir sobre ideologías. Es demasiado abstracto para ti. A ti te interesa *la gente*. Y eso es sobre lo que debería tratar tu libro, si alguna vez lo escribes: ¿Qué lleva a la gente a esos extremos? Y creo que empieza a fascinarte seguramente porque piensas que, en medio de todo esto, vas a descubrir algo.

—¿Cómo que algo? ¿A qué te refieres?

—No lo sé. La solución de algún acertijo. La respuesta a algo que te ha desconcertado durante años. Por eso este libro ha empezado a superarte.

Él se había quedado mirándola frunciendo el ceño, sin saber muy bien qué quería decir; pero aquellas palabras se le habían quedado grabadas durante muchos meses, y las recordó de nuevo aquella mañana de noviembre cuando abrió la carta de Benjamin y vio lo que había descubierto en Dorset.

Querido Phil [*había escrito Benjamin*]

¡Harding está vivo y bien!

O por lo menos lo estaba hace nueve años.

La semana pasada bajé hasta Dorset con mamá y papá, Lois y su hija Sophie. Estuvimos en un castillo que tenía un montón de libros de visitas donde los anteriores visitantes habían escrito sus impresiones. Y Sophie estaba leyéndolos una noche, ¡y mira lo que encontró! ¿Qué te parece? Es él, ¿no?

Un abrazo,

Benjamin

La entrada del libro venía fotocopiada en cuatro hojas separadas. Y decía:

13-17 marzo 1995

Dicen que el hogar de un caballero inglés es su castillo, y mucho me complacería que eso fuera verdad. Desgraciadamente, mientras escribo esto mi hogar (al que deberé regresar, con el corazón abatido, en tan solo unas horas) es una caravana abandonada en el inhóspito nordeste de Inglaterra, permanentemente emplazada en un campo barrido por el viento, a tan solo veinte metros de un reactor nuclear, dotada de las instalaciones sanitarias más exigentes, tanto desde un punto de vista físico como psicológico, que creo haber encontrado en mis setenta y cinco años de infructuosa y miserable (considerada retrospectivamente) vida.

¡Que el último de los Pusey-Hamilton haya llegado a esto!

Me ha supuesto una alegría, por el contrario, habitar esta noble mansión durante estos tres últimos días. ¡Si al menos hubiera podido compartirlos con Gladys, mi última y muy llorada y adorada esposa! Mi última ex esposa, debería decir. Y no porque fuera aficionada a vestirse de «lát-ex» (aunque se dieran, debo admitirlo, dos o tres felices ocasiones en las que la persuadí a hacerlo, en el transcurso de mis idílicos y muy recordados días como secretario del grupo de Fetichistas del Bondage y del Látex de Sutton Colfield, un círculo de respetables ciudadanos y contribuyentes dedicados a actividades totalmente consensuadas, que sin embargo fue escandalosamente clausurado por la brigada antivicio de las West Midlands y a pesar de que su inspector jefe fuese, en ese momento, uno de nuestros miembros más entusiastas. ¡O témpora, o mores!). Pero... ¿Por dónde iba? Ah, sí, me refería a Gladys como mi última ex esposa no por esa razón, sino por otras dos: en primer lugar, porque ha fallecido (murió, lamento decir, a pocos días de su sexagésimo séptimo aniversario, tras ser golpeada en la cabeza por un palo de la fiesta de mayo, durante un rito pagano de fertilidad que se nos fue seriamente de las manos); y en segundo, porque (e incluso ahora me cuesta trasladar estas palabras al papel) también había decidido dejarme, abandonar a su fiel compañero de casi cuarenta años, poco antes de nuestras bodas de rubí.

Las circunstancias que rodearon este abandono fueron ampliamente difundidas por los periódicos de la época. Nuestra disputa conyugal se centró en un insignificante malentendido. Aquel verano, durante unas vacaciones por otra parte idílicamente atormentadoras en el norte de Cornualles, la había llevado a ver a un tipo solitario (en realidad, a un buen amigo mío, el mayor Harry Huntingdon Down, «Metralla», entonces empeñado en reunir un ejército privado en una remota granja del lugar), tras lo que nos dimos un paseo juntos por la playa. Allí la convencí para que se desprendiese de la mayor parte de su ropa (tampoco es que hiciera falta insistir mucho; para ser sinceros, siempre se había entregado a cualquiera por media jarra de Oíd Peculiar y un par de cebollitas en vinagre; ya no es que fuera ligera de

cascos, es que iba al galope...) y posase para una serie de fotografías artísticas de buen gusto que tomé empleando mi vieja Brownie de confianza (cuyo nombre no recuerdo en este momento).

Ahora bien, Gladys creía que esas fotografías se habían tomado exclusivamente para mi propio entretenimiento, y no se harían públicas de ninguna forma (a no ser, quizá, para enmarcar un par de ellas y ponerlas en la repisa de la chimenea de Hamilton Towers, y proporcionar así tema de conversación cuando los amigos vinieran a jugar una noche al bridge y la charla languidciera sobre los canapés montados de liebre). Sin embargo, habiendo comprobado los resultados, tomé una decisión diferente. Sería un poco exagerado, la verdad, definirla como una mujer atractiva a aquellas avanzadas alturas de su ardua y disipada vida, cuando los estragos del tiempo se habían cobrado una terrible venganza en un cuerpo que, incluso en la flor de su juventud, siempre había inspirado en mí sentimientos de temerosa curiosidad médica más que de excitación sexual. No obstante, se me ocurrió que habría algunos individuos tristes y retorcidos (reclusos con largas condenas en las instituciones penales de alta seguridad, por ejemplo, o monjes benedictinos ya mayores con serias deficiencias visuales) que, tras un par de copazos, podrían encontrar en la figura desnuda de Gladys algo con lo que revestir sus paladares hambrientos al término de un largo día. Por consiguiente, decidí publicar las fotografías y convertirlas, poco después, en el plato fuerte de la primera edición de mi nueva aventura editorial: una revista llamada Nenas Arias, que aspiraba a combinar el más selecto porno duro con las noticias, fotografías y comentarios neonazis de más rabiosa actualidad, y que por alguna razón (un auténtico misterio para mí a fecha de hoy) nunca consiguió cautivar la imaginación del público lector.

La revista cerró tras la publicación de tres números, y creo recordar que se produjeron algunos desagradables incidentes relacionados con redadas de la policía, que requisó nuestros ordenadores y nuestros disquetes. Y entonces, tras haber cumplido mis tres años de condena (y cuatro o cinco meses más por pequeños abusos sexuales cometidos durante mi encarcelamiento), salí de mi cautiverio solo para descubrir que Gladys me había abandonado. ¡Sí! Había dejado el nido y desvalijado la casa de todo su contenido. Hasta se había llevado mi posesión más preciada: la fotografía enmarcada de Gladys y un servidor estrechándole la mano a «Benny» Mussolini. (La gente me decía que nos habían timado, que no podíamos haberlo conocido en los Eastbourne Winter Gardens en 1972, pero eso no era más que envidia, pura envidia).

Afortunadamente, me complace consignar que hacia el final de su vida Gladys vio el error de su proceder y regresó para vivir conmigo. Nuestros años crepusculares fueron quizá los más felices de todos (siempre me pareció más guapa al atardecer, o puede que más todavía en plena noche). Pero eso solo hizo el subsiguiente duelo aún más insoportable, y soy el primero en admitir que he

atravesado un periodo desolador sin su presencia. Durante semanas después de su muerte, no terminé de habituarme a la sensación de frío y de ausencia de vida de su lado de la cama; y aún fue peor cuando se llevaron el cuerpo y la enterraron. Por supuesto, ahora nunca se me ocurre viajar sin mi tabla de ouija, y me comunico con ella por ese medio todas las noches. A veces jugamos una partida fantasma de Scrabble juntos, con las llamas de las velas de medianoche parpadeando cuando ella me transmite sus palabras desde la otra orilla de gran río Leteo. Yo trato de conservar el ánimo soltando algún chascarrillo («Una jugada mortal de necesidad» bromeo, o «Esta noche no me ganas ni muerta»), pero no es lo mismo ni de lejos...

Ay, Gladys. La vida es tan dura sin ti...

*He pasado el resto de mi tiempo aquí tan provechosamente como he podido, tomando apuntes para mi obra magna, *El ocaso de Occidente*, que pretendo editar por mi cuenta y riesgo en cuatro volúmenes, encuadernados en piel de topo. De hecho, esta semana he realizado grandes progresos con ese fin, porque este terreno está infestado de topos y, el miércoles por la noche, conseguí salir y romperles la crisma a más de treinta cabroncetes de esos con el atizador, tras una noche especialmente inquieta y desgraciada. Una vez terminada, donaré la obra a la magnífica biblioteca privada del castillo, junto con un breve bosquejo autobiográfico de mi infancia, una pequeña rememoración de los días que pasé de mozuelo en el África ecuatorial al cuidado de mi padre, un hombre bueno y honorable (estricto pero justo), tal como el título, *Azotado antes del desayuno*, pone de manifiesto. Finalmente añadiré un producto Literario de estos últimos años, un pequeño pero útil manual llamado *El onanista fortuito: Una guía ilustrada de 100 posturas sexuales solitarias para el divorciado, el viudo o el hombre francamente poco atractivo*. Todo lo cual espero sea de utilidad e interés para futuros visitantes.*

Ha sido un placer (si bien solitario) pasar cierto tiempo en este magnífico y viejo rincón de Inglaterra; un placer hacer ondear la bandera de San Jorge sobre estas vetustas almenas; un placer sentir, por unos escasos y efímeros días, que tal vez algún día vuelva a ser posible vivir en este país tal como hicieron nuestros ancestros, en una tierra que puede y debe ser libre, inmaculada, como todo hombre de bien y de honor desea.

Arthur Pusey-Hamilton

Miembro de la Orden del Imperio Británico



SELLADO con el antiguo
y noble sello de los
Pusey-Hamilton.

«ALBION RESURGENS!»

Philip leyó este pasaje con sentimientos encontrados. Le traía muchos recuerdos de sus días escolares, de los artículos cada vez más escandalosos que Harding solía remitir anónimamente a El Tablón. A veces las discusiones sobre si debían ser publicados habían sido largas y llenas de gritos; pero al final siempre sucumbían al humor de Harding, y a la convicción de que nadie podía interpretar el tono de aquellos artículos más que como una ironía intencionada. A menudo, aquella ironía era demasiado oscura para agradar; a menudo también, bajo el entorno sobre el que escribía (el solitario mundo de fantasía de los Pusey-Hamilton, con su hijo traumatizado y sus disparatadas convicciones políticas) parecía que corría una veta de auténtica tristeza nada fingida. Pero ni Philip ni ninguno de los demás había dudado jamás de una cosa: de que Harding lo hacía solo por diversión.

¿Lo había seguido haciendo por diversión, casi veinte años después?

Y en cuanto a la frase «Albion resurgens», bueno..., a Philip también le provocaba un escalofrío de disgusto. Suponía que era una frase que cualquier nacionalista inglés un poco letrado podría haber utilizado, así que resultaba bastante natural que saliese de la pluma de cualquiera que satirizase ese movimiento. Pero también era, se dio cuenta, el nombre del sello discográfico que había editado el CD de los Impenitentes.

¿Pura casualidad? Probablemente. Pero no iba a ser capaz de evitar asegurarse. Tras leer las palabras de Harding por segunda vez, entró directamente en su correo electrónico y envió un mensaje. Se lo mandó a los editores de la revista antifascista que ya le había ayudado mucho en su investigación. Philip les dijo que necesitaba acercarse a Londres y consultar de nuevo sus archivos fotográficos.

Por una vez se invirtieron los papeles, y fue Doug el que acudió a consolar a Benjamin. Estaba en Birmingham para ver a su madre, y un jueves fueron juntos en coche hasta el centro y entraron en un restaurante japonés de Brindley Place. Benjamin se quedó mirando, como hipnotizado, los cuencos de comida que daban vueltas lentamente ante sus ojos sobre una pequeña cinta transportadora, mientras los dos bebían Gewurtztraminer helado en unas copas finas y aflautadas, sentados en unos taburetes de cromo.

—¿Te imaginas cómo hubiera sido la vida en los setenta si hubiéramos tenido sitios como este? —dijo, mojando su langostino *tempura* en salsa de soja—. Seguramente habría acabado casándome con Jennifer Hawkins. No me extraña que me mandara a paseo. Recuerdo una vez que la llevé a un *fish and chips* y luego nos pasamos el resto de la noche sentados en el andén número once de la estación de New Street. No se me ocurría otro sitio adónde ir. Es que en aquella época *no había* otros sitios.

—Que yo recuerde —dijo Doug—, no te mandó a paseo. La mandaste *tú*. Para poder salir con Cicely. Interesante que ahora te lo cuentes así, de todos modos. No sé muy bien cómo interpretarlo. —Se fijó en que Benjamin dudaba si coger un plato de *maguro maki*.— Por cierto, esta noche pago yo, si es eso lo que te preocupa.

—Ah, vale, gracias. —Un poco avergonzado, Benjamin cogió el plato de la cinta transportadora y lo añadió a la colección que ya tenía delante—. Ya te invitaré yo otro día.

—No te apures.

Benjamin pasó un rato tratando de pillar su rollito de arroz con los palillos que venían con él. No dejaba de escapársele una y otra vez, y se le cayó tantas veces al plato que amenazaba con desintegrarse del todo. Muerto de hambre, utilizó los dedos y lo engulló de un solo bocado.

—Entonces, ¿qué pasa contigo y con Claire? —intentó decir, con la boca llena de comida.

—Bueno... —Doug se inclinó un poco hacia él. Había muchos taburetes seguidos alrededor de la mesa central, así que los otros clientes les podían oír perfectamente. Seguramente no era el lugar más indicado para una charla confidencial—. No es que nos hayamos peleado ni nada. Solo que anoche dijo una cosa que... me chocó, supongo. O quizá fue lo que no dijo precisamente.

Los ojos de Benjamin le seguían la pista a un cuenco de *tori nambazuku*. Se preguntaba si quedarían algunos cuando llegaran hasta ellos.

—Sigue —le dijo.

—Supongo que la cosa empezó hace un par de años. Mamá vino a Londres a pasar el fin de semana y nos acercamos hasta el Starbucks una tarde (cosa rara, ya

sé), y nos pusimos a hablar de muchas cosas. De tu hermano, entre otras.

Benjamin, que tenía un ala de pollo a medio comer, gruñó sorprendido.

—Era cuando salía con Malvina. Y yo estaba pensando en escribir algo sobre eso.

Los gruñidos se hicieron más expresivos, hasta culminar en una sonora deglución y las palabras:

—No me digas que habrías sido capaz...

—No, seguramente no. —Doug decidió no decir nada más sobre el tema. Ahora que parecía que Malvina había desaparecido del mapa, y ya no tenía nada que ver con sus vidas, no tenía mucho sentido. Siguió hablando, rápidamente—. Mi madre me aconsejó que no lo hiciera. Decía que nadie era perfecto y que a la gente no siempre había que juzgarla por lo que hacía en su vida privada.

Benjamin asintió. Venían hacia ellos unas bolas guisadas de verduras.

—Y entonces fue cuando me dijo (a modo de ilustración) que papá le había sido infiel.

—Cielo santo —dijo Benjamin, recogiendo con una cuchara un par de bolas y echándole de nuevo mano a la salsa de soja—. ¿Nunca se te había pasado por la cabeza?

—Para nada.

—¿Y te dijo... con quién?

—No. Daba la impresión de que había sido con más de una, la verdad. Pero no se lo pregunté. Nunca pensé que podría haber sido con alguien que yo conociera. El caso es que anoche hablé con Claire y me enteré.

—No me lo digas —dijo Benjamin, deteniéndose un momento antes de meter otro bocado—. Era la madre de Claire.

—No, señor.

—Ni tampoco la madre de *Phil*, seguro.

—No.

Benjamin se puso un poco pálido, y posó los palillos.

—¿La mía?

Doug meneó la cabeza, impaciente.

—Esto no es un jueguito de preguntas y respuestas, Benjamin... ¿Quieres escuchar el resto de la historia? El caso es que el año pasado (justo después de que mamá tuviera el ataque) Claire me mandó un correo. Me preguntaba si podía pasarse por la casa de mi madre y echarles un vistazo a los papeles de papá. Cosa que creo que hizo, aunque estaba todo tan desordenado que no consiguió encontrar nada.

—¿Pero qué buscaba?

—No lo sé exactamente, pero creo que había empezado a hacerse preguntas sobre Miriam otra vez.

Benjamin sintió escuchar aquello.

—Es de locos —dijo, meneando la cabeza—. Quiero decir, a saber cómo te sientes... al perder a una hermana y no saber nunca lo que le pasó..., pero de eso

hace ya... ¿Cuánto? Más de veinticinco años, ¿no? Ahora ya no va a averiguar nada. Debería olvidarse del tema.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, diría yo —reflexionó Doug en voz alta—. De todos modos... —inspiró hondo— ya te puedes imaginar lo que viene ahora, supongo.

Pero, por lo visto, Benjamin no podía.

—Pues que la razón por la que quería consultar los papeles de papá —dijo Doug, saboreando las palabras— era que se trataba de *ella*. Era Miriam con la que estaba liado.

—Jesús... —Benjamin dejó su vaso de vino y no dijo nada en un rato, totalmente impresionado—. ¿Cuándo te lo ha dicho?

—Anoche. —Doug removi6 un poco la comida en su plato, distraído. Apenas había comido nada—. Ahora ya no queda un solo papel de papá. Se los di a la Universidad de Warwick y los han archivado como es debido. La semana pasada les llamé y les pregunté sí se podía consultarlos todavía y me dijeron que sí; y entonces le mandé un correo a Claire, porque le había prometido decírselo en cuanto lo supiera. El caso es que no me contestó al mail, así que anoche la llamé por teléfono. Por lo visto había estado de vacaciones y acababa de volver. —Frunció el ceño—. ¿Sabes algo del nuevo novio ese que tiene? ¿Sabes quién es?

—No exactamente. Phil dijo que un hombre de negocios, no sé de qué tipo. Un pez gordo. Totalmente forrado, por lo visto.

—Bueno, eso cuadra, porque se la ha llevado de vacaciones a las islas Cayman, nada menos. Y no les debe de haber ido muy bien, porque Claire me dijo que se había vuelto sola antes de lo previsto. Acababa de entrar en su casa cuando yo la llamé, así que no había leído mi correo. De todas formas le dije que ya podía ir a Warwick a consultar la documentación si seguía interesándole, y claro que le interesa, porque me dijo directamente que iba a ir algún día de esta semana. —Se quedó callado, y esperó mientras Benjamin se llenaba el vaso de vino, que casi se bebió de golpe—. Parecía muy emocionada con el tema; así que le pregunté: «¿Pero de qué va la cosa, Claire? ¿Me lo vas a contar alguna vez?», y se quedó callada un momento al otro lado de la línea, y luego me dijo: «¿Tú qué crees, Doug?». Y supongo que en ese momento ya lo sabía. Así que le dije: «Tiene que ver con mi padre, ¿verdad? Se acostaba con tu hermana». Y ella me contestó: «Sí, exactamente...».

En la larga pausa que siguió, Benjamin se dio cuenta de lo ruidoso que era el restaurante: de lo fuerte que estaba la música que resonaba en el fondo (una agitada mezcla de golpes sordos y secos de batería electrónica y una estela de acordes de sintetizador) del jaleo que montaban todos los demás comensales, riéndose, gritándose cosas graciosas, viviendo el presente, viviendo para el futuro, no anclados en el pasado, como parecía estar él siempre, como parecían estar siempre sus amigos; el pasado que seguía dándoles alcance con sus delicados zarcillos cada vez que intentaban zafarse de él y seguir adelante. El cuento de nunca acabar...

—Pero eso no es todo —prosiguió Doug, despacio—. Me dijo que había llegado a una conclusión.

Benjamin se quedó esperando.

—¿Y?

—Dice que sabe que Miriam está muerta. Que ya no tiene ninguna duda. Que no espera encontrarla ni nada parecido. Que solo quiere saber la verdad.

Titubeando un momento, Benjamin le preguntó:

—¿Y eso qué tiene que ver con consultar los papeles de tu padre?

—Eso es lo que yo quería saber. Lo que le pregunté, de hecho.

—¿Y qué te dijo?

—Al principio, nada. Así que le dije: «Supongo que piensas que tu hermana no murió de causas naturales. Que piensas que... la asesinaron». Y ella solo me contestó «Sí», con una voz muy tranquila, muy distante. Me pregunté si..., bueno, ya te imaginas, si ya habría usado esa palabra antes. En ese contexto. Incluso cuando solo se lo figuraba.

—A lo mejor no —dijo Benjamin, sin saber qué otra cosa decir.

—Así que... —Doug bajó la vista hacia su copa de vino e hizo girar el líquido dorado lentamente, con aire ausente—. Así que tuve que preguntárselo, ¿no? Tuve que decirle: «Claire, no creerás que la mató mi padre, ¿verdad? No puedes pensar una cosa así. Es imposible». —Dejó la copa y apoyó la cara en las manos un momento. Cuando levantó la vista, Benjamin se fijó en lo cansados que parecían sus ojos—. ¿Y sabes lo que me contestó?

Benjamin negó con la cabeza; aunque, a esas alturas, ya se imaginaba la respuesta.

—Nada. —Doug sonrió, una sonrisa tensa, sumamente lúgubre—. No dijo ni... una puta palabra.

Justo detrás de él, un joven trajeado, con los pelos de punta, acababa de contar un chiste y sus dos compañeros le recompensaron con una explosión de carcajadas. Tenían pinta de representantes que estaban lejos de su ciudad, decididos a pasar una noche de juerga. Benjamin hizo una mueca de disgusto por el ruido, porque sintió que casi lo tiraba de espaldas.

—Qué putada —le dijo a Doug, comprensivamente, y le puso una mano en el brazo.

—Así que colgué —le dijo Doug—. Le dije: «Chao, Claire», y colgué el teléfono. —Miró a Benjamin y, aunque intentó volver a esbozar una sonrisa, le salió muy triste. Parecía que había vuelto la vista atrás, a los días escolares que seguían incordiándoles, a aquel pasado que nunca los abandonaría—. Siempre he sabido que Claire me odiaba —añadió—. Ahora ya sé por qué.

Decidieron que la mejor solución era emborracharse. Habían ido hasta Brindley

Place en el coche de Doug, pero ahora lo tenía a buen recaudo en el aparcamiento abierto veinticuatro horas, y podían volver juntos en taxi sin ningún problema. Doug imaginaba que podría reclamarlo luego como gasto de desplazamiento, de todas formas. Así que dejaron sus taburetes y la cinta sin fin de comida, se sentaron en unos cojines duros y cuadrados a ambos lados de una mesa, con las rodillas casi a la altura de la boca, y pidieron otra botella de vino para empezar.

Benjamin le contó a Doug el descubrimiento que había hecho en Dorset. Había leído la entrada del libro de visitas tantas veces que casi se la sabía de memoria. Doug se rio con muchas cosas, pero era una risa un poco incómoda. Le recordó a Benjamin que Harding había tomado una vez parte en una parodia de elecciones en el colegio, y se había presentado a sí mismo como candidato del Frente Nacional.

—Siempre pensó que resultaba muy gracioso mofarse de aquellos tipos —dijo—. Pero al final ya era un poco obsesivo. Ahora aún parece peor.

—Y eso que de esto ya hace siete años —le hizo notar Benjamin—. Seguimos sin saber qué hace ahora, o por dónde anda.

—Como ya he dicho cientos de veces, seguro que nos llevábamos una desilusión. Pero, oye —dijo, cogiendo a Benjamin del hombro, mientras empezaba a trabársele la lengua—, no dirás en serio eso de que empieza a gustarte tu sobrina, ¿no? Estamos preocupados contigo, chaval. Ya hace mucho que dejaste a Emily. Deberías encontrar a otra mujer. Pero a alguna de tu edad. Y, a poder ser, que no sea consanguínea.

—No me *gusta* Sophie. Por lo menos de esa manera. Nos llevamos muy bien, nada más. Ella me acepta como soy. Se esfuerza en entender lo que trato de hacer, y no le doy pena ni piensa que soy un poco raro. Además, yo no tengo la culpa si la gente más maja y más interesante que conozco es más joven que yo. Me gusta la gente joven... Me resulta más fácil relacionarme con ellos.

Doug se rio con sorna entre dientes.

—Ya, claro.

—Me pasaba lo mismo con Malvina. —Al escuchar ese nombre, Doug levantó los ojos al cielo—. Me da igual lo que pienses... Tenía muy buen rollo con esa mujer, un rollo increíble. No creo que haya tenido tanta química con nadie en mi vida. Una química tan de verdad y ya desde el principio. Por lo menos desde...

—Por favor... —Doug alzó la mano—. ¿Crees que podremos pasarnos el resto de la noche sin mencionar esa palabra que empieza por C?

Benjamin se quedó callado en ese momento, y Doug se remontó mentalmente a la noche de hacía dos años, cuando había salido con Malvina a tomar una copa en Chelsea, y se había dado cuenta de lo desgraciada que era. También era una infelicidad de verdad, profundamente asentada; harían falta años de terapia para descifrar una infelicidad como aquella. Le entró un escalofrío solo de pensarlo. Pero Benjamin dijo sorprendentemente:

—Seguimos en contacto.

Doug levantó la vista.

—¿Ah, sí?

—Bueno..., más o menos. No la he visto en persona. Pero de vez en cuando le mando un SMS.

—¿Y te contesta?

—A veces —respondió Benjamin, y no dijo más. Si había de ser sincero, no tenía ni idea de dónde estaba viviendo Malvina en ese momento, ni de lo que estaba haciendo. Lo único que sabía era que no había cambiado de número de móvil en dos años. Durante una temporada hasta había intentado hablar con ella, pero normalmente le salía el contestador, y en las dos o tres ocasiones en que habían llegado a hablar de verdad, Malvina le respondió con monosílabos y evasivas, y la conversación fue muy forzada. A partir de ese momento, había adquirido la costumbre de mandarle un SMS cada dos o tres semanas. Intentaba que los mensajes fueran concisos, divertidos, y contarle un poco de lo que le pasaba en la vida; le gustaba el reto de tratar de conseguirlo en solo ciento cuarenta y nueve caracteres. Era como escribir en una forma métrica muy económica y restrictiva. Ella le contestaba a veces, otras no. A veces las respuestas le llegaban a las horas más extrañas de la noche. Se había dado cuenta de que tenía más tendencia a contestar si él terminaba su mensaje con una pregunta, aunque fuese algo soso y banal. «¿Cómo te va la vida?» o «¿A qué te dedicas?», por ejemplo. A lo que ella solía facilitar una respuesta aún más genérica y poco esclarecedora. Pero por lo menos era algún tipo de contacto. Por lo menos así sabía que seguía viva. Y también era más de lo que su hermano recibía de ella. Cosa muy importante para Benjamin, porque era *él* quien la había descubierto; Malvina había sido *su* amiga, hasta que Paul se la quitó. Pero Paul lo había echado todo a perder. Paul no iba a volver a verla nunca. En aquella competición en concreto, Benjamin se había llevado el gato al agua. Una victoria insignificante tal vez para alguna gente, pero para él una victoria crucial.

—Creo que me voy a largar unos días —anunció en ese momento; y añadió (aunque en el fondo supiera que se trataba de una fantasía)—: estaba pensando en decirle que viniera conmigo.

—¿En serio? ¿Y adónde vas?

Y Benjamin le respondió que a la abadía de Saint Wandrille en Normandía; y también le contó que había estado allí con Emily, y cómo había sabido, desde el primer momento en que había puesto un pie en la capilla y oído a los monjes cantar *Compiles*, que era un sitio donde algún día se podría sentir totalmente en paz y como en casa.

Doug estaba desconcertado.

—Pero Malvina es mujer...

—También tienen una hospedería para mujeres —dijo Benjamin—. Está en el exterior, y a las huéspedes femeninas no las dejan pasar dentro y comer con los monjes ni nada de eso. Pero, bueno, sigue siendo un sitio precioso para estar.

Doug se quedó mirándolo un momento, mientras su cara se debatía entre un gesto

de asombro y otro de diversión.

—Benjamin —dijo por fin—, no sé cómo lo haces. Aunque piense que ya nada de lo que digas me puede sorprender, sigues consiguiendo sacar algo nuevo de la chistera.

—¿Qué quieres decir?

—Solo tú, Benjamin, solo tú podría invitar a una mujer a pasar un fin de semana pecaminoso en un puto monasterio.

Y soltó tal carcajada que se cayó del cojín y dio con la cabeza en la mesa de al lado, mientras Benjamin seguía allí sentado, sorbiendo su vino, con pinta de ofendido. A él no le parecía nada gracioso. Pero se alegraba de haber animado a su amigo.

Después de que a Claire le enseñaran su escritorio, se quedó allí sentada un rato, sin abrir aún el primer montón de archivadores que tenía delante. Había puesto dos lápices afilados al lado, y un cuaderno din A5 de tapas duras y sedosas, con hojas gruesas cortadas a mano, que había comprado en Venecia hacía algunos años, y que hasta el momento solo contenía una anotación muy larga: la carta que le había escrito a Miriam, contándole su regreso a Inglaterra en el invierno de 1999. En cuanto al archivador, ni lo tocó. Por el momento. No era que le faltaran ganas, sino más bien que estaba esperando a que se le aclarara la mente. Quería tener la cabeza despejada cuando leyese aquel material, no quería que se le pasase el más mínimo detalle por alto, y en ese momento se sentía de todo menos espabilada. El viaje en coche desde Malvern a Coventry había sido horrible; una hora y tres cuartos con una lluvia torrencial. El campus de Warwick tenía mucho más movimiento del que esperaba, y le había costado mucho encontrar una plaza incluso en el mayor de los aparcamientos de varios pisos. Había llegado al Centro Moderno de Documentación con cincuenta minutos de retraso sobre la hora que había acordado por teléfono con la bibliotecaria. Tampoco es que le importara mucho a nadie, al parecer; pero Claire estaba como aturullada, desorientada. De momento no estaba por la labor.

A lo mejor le ayudaba un poco de café.

Se encontraba a menos de un minuto andando del Centro Moderno de Documentación para las Artes, pero hasta en ese lapso de tiempo la lluvia consiguió empaparla. Pidió un café doble y cogió un chocolate caliente también; más que nada para poder calentarse las manos con el tazón. Se sentó en un rincón y se puso a contemplar cómo se desarrollaba ante ella la vida universitaria a última hora de la mañana de aquel jueves. Se fijó en que no había muchos estudiantes; era un sitio adónde iban a comer los profesores y el resto del personal sobre todo. El aire olía fuertemente a humedad, a ropa mojada y pelo chorreante. Jóvenes profesores de cara lechosa abrían bolsas de patatas fritas y las compartían con chicas postgraduadas en una especie de ceremonia de cortejo. Había también mujeres solitarias de cincuenta y tantos años sentadas, que consultaban sus agendas y sacaban las bolsitas de té de sus vasos de papel, sosteniéndolas dubitativas en alto un momento antes de depositarlas sobre sus servilletas de papel, donde dejaban manchas calientes y marrones de té.

Estaba de nuevo en Inglaterra, no cabía la menor duda. No era de extrañar que estuviera desorientada entonces, dado que cuarenta y ocho horas antes había estado sentada en una playa privada cerca de Bodden Town, bajo el sol tropical. Hacía dos días tenía una relación (por llamarla así); pero esta mañana estaba sola.

Y seguramente, mejor así, en general.

Aquellas vacaciones habían tenido un buen comienzo, aunque un tanto surrealista. Como nunca habían viajado antes en primera clase, Claire, Patrick y Rowena se pasaron bastante de la raya, bebiéndose más de una botella de champán cada uno, atiborrándose de Beluga y de trufas italianas, y viendo como siete u ocho horas de películas en sus pantallas de vídeo personales. A resultas de eso, llegaron borrachos, hinchados y agotados, mientras los demás pasajeros, más experimentados, que se habían pasado el vuelo dormidos, bajaron del avión en plena forma. George, el chófer del socio de Michael (cuyo nombre nunca descubrieron), fue a buscarlos al aeropuerto, y luego los llevó hasta su villa, Proserpina, a unos veinticinco kilómetros de distancia, en la parte sur de la isla.

Puede que fuera el alcohol, o quizá el cansancio, pero cuando pisaron la villa por primera vez, y el mayordomo ya se había llevado su equipaje y la doncella sus abrigos, los tres se echaron a reír a carcajadas. La opulencia a semejante escala resultaba cómica; no supieron reaccionar de otra forma.

El mero tamaño de las habitaciones era asombroso. El salón principal era tan grande como el vestíbulo de un hotel y tenía seis sofás, dos bares, innumerables altavoces ocultos conectados a un equipo estéreo central Bang and Olufsen, y ventanas que daban a quinientos metros de playa privada. Las habitaciones más pequeñas tenían una cama en la que fácilmente podrían haber dormido cinco personas, situada (como todas las demás camas de la casa) sobre un estrado y bajo un techo con molduras individuales de roble talladas a mano. Había televisores por todas partes, y también bares (incluso, paradójicamente, en el gimnasio). El estudio disponía de un escritorio tan ancho como una mesa de billar, que daba a un panel de veinticuatro monitores de televisión que se podían usar tanto para vigilar todas las habitaciones de la casa, desde cualquier ángulo imaginable, como para ver los canales de noticias y de negocios simultáneamente vía satélite. Y para aquellos que no soportaran el arduo paseo de veinte metros hasta la playa, había piscinas interiores y exteriores. El baño excavado en el cuarto de baño principal era, en sí mismo, una piscina a todos los efectos.

Claire se pasó la mayor parte del tiempo de los dos días siguientes en la playa, bañándose o leyendo sentada en una de las terrazas. No había libros en la casa, aparte de una vitrina con alarma y cerrada con llave que contenía primeras ediciones (Thornton Wilder, Scott Fitzgerald, Steinbeck...) y algunos volúmenes de los siglos XVII y XVIII, ninguno de los cuales tenía aspecto de estar destinado a la lectura; sin embargo, ella se había llevado muchos suyos. Vio poco a Patrick y a Rowena, que desaparecían para bucear con las gafas y el tubo durante horas y horas. Se juntaban solo a las horas de las comidas, que suponían muchos problemas de etiqueta. La primera noche, la cena la preparó la cocinera oficial. Ellos se sintieron tan incómodos, y el personal que servía la comida tan incómodo a su vez con los intentos

de sus huéspedes de ser simpáticos con ellos, de entablar conversación y tratarlos en general como seres humanos que vivían y respiraban más que como piezas del mobiliario de la casa, que Claire decidió que no podía pasar por aquello otra vez. Las dos noches siguientes cenaron en restaurantes de Bodden Town. Incluso así, George insistió en llevarlos en coche hasta su destino y esperar fuera hasta que quisieran regresar a casa. Claire hizo lo que pudo por sonsacarle algo a Rowena en esas ocasiones, pero la encontró fría y distante, casi rayando en la grosería. Parecía que Patrick y ella apenas tenían nada en común, que no había ninguna química entre ellos aparte de la evidente atracción física. Claire pensó que la relación no pasaría de Navidad como mucho.

Al final del tercer día, Michael seguía sin aparecer; y ya era hora de que Patrick y Rowena volvieran a casa. Los dos estaban en el curso intermedio entre el colegio y la universidad, y en dos días Rowena comenzaría a trabajar temporalmente en el estudio de arquitectura de su tío, en Edimburgo. Patrick se había ofrecido cortésmente a llevarla en coche hasta allí. Claire les dijo adiós con la mano mientras George los acercaba corriendo al aeropuerto, y luego se pasó treinta y seis horas aún más raras a solas en la casa, sin más compañía que media docena de sirvientes a los que parecía que les habían ordenado por escrito que no le dirigieran la palabra, a pesar de que la rondaban siempre por cualquier habitación donde se encontrara, listos para volver a llenarle la copa o llevarse su plato en cuanto acababa de comer.

La sensación de extrañeza empezó a ser realmente fuerte. No acababa de conciliar la sensación de encontrarse totalmente sola con la conciencia de que la vigilaban continuamente (ya fueran aquellos criados mudos tan atentos o las cámaras de seguridad que se encendían solas con un clic y un zumbido y se ponían a vigilar sus avances tan pronto entraba en un cuarto). No sabía qué estaba haciendo allí. Se sentía más una prisionera que una invitada. Comenzaba a quebrársele su sentido de la identidad. Había empezado a sentirse como Catherine Deneuve en un *remake* de gran presupuesto y a todo color de *Repulsión*.

La llegada tanto tiempo esperada de Michael marcó cierta diferencia, pero no tanta como ella había pensado. Salían a bucear juntos, nadaban juntos, cenaban juntos por la noche al borde de la piscina. Una noche la sacó de paseo en motora y fueron a cenar con un amigo que tenía un yate amarrado a unos cuantos kilómetros por la costa, hacia Long Coconut Point. Hicieron el amor en la playa, en el dormitorio e incluso (solo una vez, de una forma bastante precaria y bastante torpe) en la máquina de remar del gimnasio. Lo único que no hicieron, en realidad, fue charlar. Todos los planes de Claire de conseguir que Michael se enfrentara a su creciente desesperación sobre el futuro de su relación se vieron frustrados por su constante aire de preocupación, su imponente inaccesibilidad. Podía ser charlatán cuando quería; tuvieron sus discusiones políticas habituales, medio en serio, medio en broma; discutieron sobre los asuntos de actualidad, el estado de la economía, la inminente guerra con Irak (a la que él se oponía) y hasta, de vez en cuando, sobre cosas más

banales como la cocina caribeña o la educación de los hijos de Michael (que estaban todos en internados). Pero cualquier intento de llevar la conversación a un terreno sentimental se topaba con un muro de silencio.

Claire empezó a preguntarse a sí misma una vez más por qué había ido hasta allí. En el salón principal, contemplaba a Michael apretando un botón del mando a distancia para que una pantalla panorámica de plasma se elevase de debajo del suelo como parte del tablero de mandos de la nave Enterprise, lo observaba haciendo zapping entre Bloomberg y los demás canales de negocios vía satélite, y no paraba de preguntarse a sí misma una y otra vez: ¿Qué estoy haciendo aquí?

No era que él se pasase todo el tiempo trabajando. Parecía que se había resuelto con éxito la crisis que lo había retenido en Londres. Solo pasaba una o dos horas todos los días en el estudio. Cuando sonaba una llamada en el móvil, miraba antes el número, y solo contestaba una de cada cuatro. A veces, si Claire le preguntaba para qué lo habían llamado, hasta intentaba explicárselo. Ella no entendía mucho de negocios, y siempre tenía la impresión de que Michael se preocupaba bastante de seleccionar la información que compartía con ella, pero, aun así, le parecía que él hacía un esfuerzo considerable para ayudarla a entender lo que tenía en mente. No le daba la sensación de que la estuviera engañando ni de que la dejara de lado. Sabía que la compañía estaba tratando de darle salida a parte del terreno y las instalaciones que le sobraban; se repetían las alusiones a las plantas que tenían cerca de Solihull, a las afueras de Birmingham. Parecía que estaban a punto de lograr un acuerdo definitivo. Por lo visto la cosa iba bien, y eso era lo importante para Claire. Significaba que Michael se encontraba de buen humor.

Una mañana, a eso de las diez, salió de la ducha y vio que Michael estaba sentado en la terraza de su dormitorio, contemplando la playa. Ya le habían servido el desayuno y estaba hablando por el móvil mientras bebía café y picoteaba unos huevos encapotados con el tenedor. Aún en camisón, ella se sentó al otro lado de la mesa, enfrente de él, se sirvió un poco de café en una taza de porcelana china, y siguió leyendo la novela que había empezado la noche anterior. Michael la miró de soslayo, diciéndole con los ojos que no tardaría mucho en colgar el teléfono. Ella perdió el interés en la novela tras un par de frases, y se quedó allí sentada admirando el paisaje, borracha de sol e hipnotizada por los sutiles movimientos de las palmeras contra el cielo azul cuando la brisa matinal hacía susurrar sus hojas.

—Entonces es definitivo, ¿no? —estaba diciendo Michael—. ¿Ciento cuarenta y seis es la cifra definitiva? —Se oyeron unas palabras de confirmación al otro lado de la línea, y él asintió en señal de aprobación, muy contento por cómo se estaban desarrollando las cosas—. Estupendo. Vale. Bueno, creo que podemos dar la noticia dentro de unas semanas y que no se armará mucho jaleo. No, después de Navidad sin duda. Justo después.

Tras cruzar unas cuantas palabras más, cerró el teléfono con un clic, sonrió a Claire, y se inclinó sobre la mesa para darle un beso de buenos días.

—¿Buenas noticias? —preguntó ella, llenándole la taza de café.

—*Muy* buenas.

Claire esperaba que se extendiera sobre el tema, pero parecía que no tenía intención de hacerlo. Eso la molestó, no sabía muy bien por qué, pero consiguió mantener un tono frívolo cuando le preguntó:

—Así que... ciento cuarenta y seis, ¿eh? ¿Eso son millones?

Él levantó la vista del plato del desayuno.

—¿Qué?

—¿Es lo que vais a sacar... de vender las instalaciones de Solihull?

—Ah. —Se rio despectivamente—. No, qué va. Para nada.

—No me lo digas, es tu paga extra de Navidad de este año.

Él se echó a reír otra vez. Era una risa totalmente relajada. Fuera lo que fuera lo que había confirmado por teléfono, no era nada de lo que se avergonzara o que se sintiese obligado a ocultar.

—Pues no —dijo—. Siento no poder decirte algo más espectacular, pero son solo ciento cuarenta y seis tal cual, me temo. Vamos a cerrar completamente la sección de Desarrollo e Investigación. Ni cubre gastos. La vamos a cerrar y a vender la planta. Lo cual quiere decir que mandaremos a ciento cuarenta y seis empleados al paro.

—Ah —dijo Claire—. Entiendo. ¿Y cuáles son las buenas noticias?

—Pues que me temía que iban a tener que ser muchos más. Más de doscientos hubiera sido un desastre para nuestra imagen. Pero ciento cuarenta y seis no es casi nada, ¿no te parece? La gente ni se va a dar cuenta.

—No —dijo Claire, pensativa—. Supongo que no.

Poco después, Michael desapareció dentro para darse una ducha, dejando que Claire meditase aquellas palabras. Esa vez no intentó retomar la lectura de su novela. En cambio, sentía cómo la iba invadiendo una especie de parálisis. No era una sensación nueva; ahora se daba cuenta de que llevaba toda la semana creciendo en su interior. Y lo que acababa de oírle decir a Michael en cierto modo no establecía ninguna diferencia; no se trataba de un momento decisivo o una especie de revelación. Quizás esa parálisis estuviera al menos empezando a asumir una forma; o quizás se había hecho tan agobiante que ya no podía ignorarla por más tiempo. Por la razón que fuera, de repente se sintió profunda y opresivamente desgraciada sentada en aquella terraza bañada por el sol, con el brillo del mar extendiéndose ante sus ojos, a miles de kilómetros del mundo que conocía, el mundo que comprendía. Sintió una punzada casi insoportable de nostalgia por su pequeña casa adosada sobre la ladera de Great Malvern.

Al poco rato, se metió dentro, se puso el traje de baño y dejó la casa sin decirle nada a Michael, y fue andando hasta la playa.

No era que estuviera furiosa por lo que había escuchado; sabía cómo se ganaba Michael la vida. La gente perdía continuamente su trabajo; y eso significaba, inevitablemente, que alguien, en alguna parte, tenía que tomar las decisiones que

llevaban a esa pérdida. Pero daba la casualidad de que aquella decisión en concreto se había tomado esa mañana, al otro lado de la mesa donde ella estaba sentada, en una isla del Caribe, y la había tomado un hombre con el que ella había decidido intimar, en una terraza del dormitorio que compartía con él. ¿Y qué diferencia suponía eso? No debía suponer ninguna. Ciento cuarenta y seis no eran tantos. Constantemente se leían historias de miles de personas que perdían su trabajo.

Entonces, ¿por qué se le había revuelto el estómago?

A lo mejor el problema precisamente era ese. Cinco mil habría sido una cifra inimaginable. No habría querido decir nada. En cambio, la cifra ciento cuarenta y seis tenía algo de obscenamente específico y tangible. Mientras dejaba la toalla en la abrasadora arena blanca a la orilla del agua, y se internaba andando hasta el punto donde las olas rompían contra ella, Claire pensó en las ciento cuarenta y seis familias que recibirían aquella noticia poco después de Navidad. Sin duda, Michael tenía razón al hacer lo que había hecho. Y demostraba cierta consideración por su parte esperar a que pasasen las navidades antes de comunicárselo. No era mala persona, eso estaba claro, pero tampoco podía quererle. No podía querer a un hombre que tomaba decisiones de ese tipo y disfrutaba con ello. A lo mejor otra podría. Eso esperaba.

El agua cálida formaba espuma en torno a sus muslos, su cintura. Inspiró hondo y se tiró a una ola que rompía en ese momento. El impacto hizo que le escociera la cara, que le pitaran los oídos, y cuando salió a la superficie unos segundos después, el brillo del sol que la rodeaba le resultó casi insoportable. Se protegió los ojos de la reverberación con la mano, deslumbrada, y luego se volvió a sumergir, una y otra vez, arrojándose contra cada ola que la alcanzaba, y cada vez que lo hacía era como una bofetada en la cara, como la llamada para que te despiertes de un amigo implacable pero bienintencionado.

Al poco rato, regresó andando a la casa. Afortunadamente, no se veía a Michael por ninguna parte. Hizo la maleta y dejó una simple nota que decía: «Gracias por todo, pero casi mejor ciento cuarenta y siete». Y entonces le pidió a George, aquel chófer perpetuamente disponible, que la llevara al aeropuerto.

Claire se terminó el café, renunció al chocolate caliente y volvió corriendo al Centro Moderno de Documentación con la gabardina por encima de la cabeza. La lluvia empezaba a amainar, de todos modos. El café la había revivido. Sabía que ahora ya tenía la fortaleza suficiente como para consultar los archivos, y estaba preparada para cualquier cosa que pudiera descubrir. (Lo único que le daba miedo, en realidad, era pensar que no descubriría nada). Reflexionar sobre sus vacaciones le había hecho comprender, con más claridad que nunca, quién era y por qué había ido hasta allí. Aquella lluvia, aquel cielo inglés, aquella masa apurada y preocupada de humanidad amargada y mojada, esas eran las cosas que la definían. Si su vida de los últimos veinte años la había llevado hasta algún sitio significativo, era hasta allí, a

aquel campus y a aquella biblioteca. Todo lo demás, ahora lo sabía, carecía de importancia. Nunca sería capaz de avanzar hasta que se hubiera enfrentado a lo que fuera que aquel sitio estaba a punto de revelar.

Empezó a leer.

De los papeles de Bill Anderton se había esperado de todo, menos que fueran tan apasionantes. Había dado por sentado que serían fríos e impersonales, escritos únicamente para preservar la parte más escueta y oficial de la documentación. En cambio se encontró todo un mundo, y toda una época, evocados exclusivamente para ella.

En su calidad de jefe de la comisión interna del Comité de Trabajadores, Bill había sido algo más que el portavoz de sus obreros. Había sido paño de lágrimas, agitador político, mediador en conflictos y custodio de numerosos secretos. La gente le había escrito sobre todos los temas imaginables: desde un representante sindical compañero suyo del taller de forja, que se quejaba de que el salario de sus operarios había sido recortado en función del tiempo empleado en asearse en las duchas después de su turno (una queja que terminó en despido), a un padre angustiado que había redactado una carta de cinco páginas con letra apretada, afirmando que unas monjas estaban torturando y reteniendo a su hija a la fuerza en un convento de Gloucestershire. No estaba claro si Bill había contestado a todas aquellas cartas. Desde luego, había respondido a muchas, y eso debía de haberle llevado mucho tiempo. Claire nunca había pensado en los años setenta como en una época lejana, pero se dio cuenta de que el tono y el lenguaje de la correspondencia resultaban ahora conmovedoramente arcaicos. Le chocaba que Bill usase la palabra «hermano» sin pizca de ironía cuando se dirigía a otros miembros del sindicato, y que firmara todas las cartas con un «fraternalmente tuyo». También le chocaba cuántos documentos tenían que ver con el Frente Nacional, y con las distintas maneras en las que varios miembros de la extrema derecha habían intentado infiltrarse en la fábrica de Longbridge en aquella época. Había una carta donde se le negaba fríamente el permiso a un miembro del Frente Nacional a utilizar las instalaciones del sindicato para una de sus reuniones, una copia de un mensaje casi analfabeto donde se invitaba a los trabajadores (para gran asombro de Claire) a una fiesta en Birmingham para celebrar el nacimiento de Hitler el 20 de abril, y una declaración del comité de fábrica que condenaba

... las atrocidades que tuvieron lugar en Birmingham la noche del jueves 21 de noviembre de 1974. Instamos a nuestros miembros a la moderación, y a no permitir que los instigadores de esos actos creen divisiones entre los trabajadores. La forma más positiva de ayudar y expresar nuestro apoyo es contribuir a una

colecta masiva en esta fábrica, y no participar en manifestaciones anunciadas por organizaciones externas.

¿Pero qué pintaba Miriam en todo aquello? Claire no creía que fuera a encontrarse ninguna carta de amor. Seguro que no habría nada tan revelador: documentos personales que el archivero habría apartado, imaginaba, para devolvérselos discretamente a la familia Anderton. Si se hacía alguna referencia a su hermana, lo más probable es que fuese en la carpeta titulada «Comité de Beneficencia». Bill había sido el presidente de ese comité, y Miriam su secretaria. Para empezar, así era como se habían conocido, creía recordar. Pero aún no había abierto aquella carpeta. La había puesto con cuidado a un lado, con la intención de dejarla para el final. Había decidido revisar todo aquel material pacientemente, siguiendo un orden.

Pero aquella decisión no duró mucho. La carpeta del Comité de Beneficencia fue la segunda que abrió, a los veinte minutos de haber empezado.

En ella los papeles no estaban ordenados cronológicamente. Arriba de todo había un grueso fajo de documentos legales, relativos a un tal Victor Gibbs, que por lo visto había sido el tesorero del comité, y al que Bill había sorprendido falsificando cheques y malversando fondos. Lo habían despedido de la compañía, según las anotaciones de Bill, en febrero de 1975, aunque no se abrió ningún procedimiento penal contra él.

Claire recordaba aquel nombre; o eso le pareció. ¿Miriam no se refería en uno de sus diarios a alguien llamado «Victor el Vil»? Debía de ser la misma persona. Intentó recordar lo que había escrito sobre él, pero no le vino nada a la cabeza. ¿Por qué le había llamado «el Vil»? Sus falsificaciones y malversaciones no hacían pensar en una personalidad especialmente atractiva, claro, ¿pero había algo más? ¿Le habría hecho algo a Miriam (la habría tratado mal de alguna forma) como para llevarla a escribir sobre él con tanta repugnancia?

Seguían las actas del comité: un buen montón de ellas. Su principal interés para Claire radicaba en el hecho de que su hermana tenía que haberlas pasado a máquina. Por lo demás, no eran especialmente reveladoras. Se fijó en que no figuraba ningún otro nombre de mujer entre los miembros del comité. En aquella época las mujeres apenas empezaban a asomar la nariz en ese terreno. Claire intentó imaginarse el ambiente que debía de haber reinado en la sala del comité, en aquellas tardes laborables invernales. Imaginó humo de cigarrillos rizándose a la luz de bombillas de sesenta vatios sin pantalla alguna o de tubos fluorescentes. Un grupo de hombres sentados alrededor de la mesa, el sudor y la mugre de su turno de nueve horas en la fábrica todavía pegados al cuerpo. Miriam, sentada al lado de Bill, anotándolo todo en una caótica taquigrafía. Todos se habrían quedado mirándola. Era muy guapa. Nunca le había costado atraer a los hombres, y siempre había disfrutado del poder que ejercía sobre ellos. ¡Habría sido un auténtico foco de furtiva y embelesada atención! ¿Victor Gibbs habría formado parte de aquel círculo de admiradores

ofendidos, incapaces de apartar sus ojos de ella, y Miriam le habría dejado claro que no le interesaba? ¿Era esa la causa de la animadversión entre ellos?

El siguiente documento con que se topó Claire no respondía a aquella pregunta. Pero la impresionó tanto, tras echarle un primer vistazo, que apartó su sillón con un chirrido que rompió el silencio de la biblioteca, salió corriendo y se quedó de pie en los escalones un momento, tratando de respirar, sin notar siquiera que la lluvia empezaba a empaparle el pelo y a escurrirle por el cuello en diminutos regatos.

Era una carta de Victor Gibbs a Bill Anderton. Una carta sobre Miriam. Pero no fue su contenido lo que la impresionó más. No fue lo que decía, sino cómo estaba mecanografiada.

Claire pensó en fotocopiar la carta; pero no quería tener una fotocopia. Quería conservar la propia carta. Así que la robó. No tuvo el menor escrúpulo. Si le pertenecía por derecho a alguien, era a ella. La dobló, la metió en el bolso y la sacó de la biblioteca sin que nadie se diera cuenta. Sabía que era lo que debía hacer.

Esa tarde, cuando llegó a casa, puso la carta sobre la mesa de la cocina y la volvió a leer. Estas eran las palabras que Victor Gibbs le había escrito a máquina a Bill Anderton hacía casi tres décadas.

Querido compañero Anderton:

Te escribo para quejarme del trabajo de la señorita Newman en calidad de secretaria del Comité de Beneficencia.

La señorita Newman no es una buena secretaria. No cumple con sus deberes.

A la señorita Newman le falta concentración. En las reuniones del Comité de Beneficencia se la ve distraída. A veces pienso que tiene otras cosas en mente distintas a sus deberes como secretaria. Prefiero no decir qué cosas podrían ser esas.

He hecho muchos comentarios importantes así como muchas observaciones que no constan en las actas del Comité de Beneficencia debido a la señorita Newman. Lo mismo es aplicable a otros miembros del comité, pero especialmente a mí. Creo que está desempeñando su labor con una ineficacia total.

Te ruego que te encargues de este asunto lo antes posible, compañero Anderton, y personalmente te sugiero que destituyas a la señorita Newman de su puesto de secretaria del Comité de Beneficencia sin más dilación. Si debe continuar en la Asociación de Mecnógrafas de Diseño es, por supuesto, decisión de la empresa. Pero creo que tampoco es buena mecnógrafa.

Fraternalmente

Victor Gibbs

Tras leerla una vez más, Claire subió corriendo y abrió el escritorio del cuarto de invitados donde guardaba sus más preciados recuerdos de Miriam. Sacó el más

preciado de todos (la carta que sus padres habían recibido a principios de diciembre de 1974, dos semanas después de la desaparición de su hermana: lo último que habían sabido de ella) y bajó otra vez corriendo con ella. La puso encima de la mesa de la cocina, junto a la carta de Victor Gibbs. Decía:

Queridos papá y mamá:

Esta carta es para deciros que me he ido de casa y que no volveré. He encontrado a un hombre y me he ido a vivir con él y soy muy feliz. Estoy esperando un hijo suyo y seguramente lo tendré.

Por favor, no intentéis dar conmigo.

Vuestra hija que os quiere.

Estaba firmada por la propia Miriam; o eso había creído Claire siempre hasta ese día. ¿Pero Victor Gibbs no había demostrado ser un experto falsificador de firmas? De momento no eran más que especulaciones; pero sobre las propias cartas no cabía la menor duda. Las dos presentaban la misma irregularidad tipográfica: una «f» defectuosa que sobresalía un poco de la línea. Tenían que haber sido escritas con la misma máquina.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Que la última carta de Miriam era falsa? ¿O que seguía viva, dos semanas después de su desaparición, y se encontraba con Victor Gibbs cuando la escribió?

En cualquier caso, Claire iba a tener que encontrar a aquel hombre.

EL vecino de Benjamin, Munir, se oponía abiertamente a la guerra. La guerra aún no había empezado, pero todo el mundo hablaba de ella como si fuese inevitable. De hecho, todo el mundo parecía estar en contra, menos los americanos, Tony Blair, la mayor parte de su gabinete, la mayoría de sus diputados y los conservadores. Los demás pensaban que era una idea desastrosa, y no acababan de entender por qué de repente se hablaba de ella como si fuera inevitable.

La única persona que parecía no tener una opinión clara sobre la guerra, ni a favor ni en contra, era Paul Trotter. Resultaba irónico, porque varios periódicos nacionales le estaban pagando grandes sumas de dinero por que expresara su opinión al respecto. El primero de esos artículos, titulado «Mis serias dudas sobre la guerra de Irak», había aparecido en el *Guardian* en noviembre. Le siguieron artículos similares en el *Times*, el *Telegraph* y el *Independent*, donde todavía expresaba más dudas, igual de serias, sobre la justificación moral de la guerra, su legalidad y su oportunidad política. En esos artículos se podía ver a Paul debatiéndose con su propia conciencia en un lenguaje de lo más atormentado, pero arreglándoselas siempre para no acabar de decirles realmente a sus lectores lo único que querían saber, o sea, si creía que la guerra era una buena idea o no. Tenía mucho cuidado de no incluir ningún ataque al propio Tony Blair, o de presentarlo de otra forma que no fuera como un hombre de principios y un líder hipotéticamente ideal en caso de guerra. A muchos comentaristas (incluido Doug Anderton) tampoco les había pasado inadvertido que en dos ocasiones hasta la fecha, cuando hubo que votar sobre el tema en la Cámara de los Comunes, Paul se había atenido a la disciplina del partido y votado con el gobierno. Y, sin embargo, parecía que seguía teniendo serias dudas. Y al público lector no se le permitía olvidarlo.

—¿Has visto esto? —dijo Munir, cruzando el umbral del piso de Benjamin una noche de principios de diciembre. Sacudió un ejemplar del *Telegraph* de ese día, que había vuelto a reclamar a Paul para que repitiera la jugada—. Tu hermano sigue nadando entre dos aguas. No sé cómo lo consigue. Es como de coña.

—Estoy hablando por teléfono, Munir —dijo Benjamin, tapando la bocina del teléfono—. Me pillas en mal momento.

—No pasa nada —dijo Munir, al mismo tiempo que se sentaba en un sofá, el más barato y el más incómodo de toda la gama de Ikea—. Puedo esperar.

Benjamin suspiró y se metió en el dormitorio. Le caía bien su vecino y no quería enemistarse con él. Munir era un paquistaní maduro que trabajaba en la oficina de información del ayuntamiento; estaba soltero, igual que Benjamin, y había cogido la costumbre de subir casi todas las noches a su piso para tomarse un té y discutir sobre política, de la que era un fiel seguidor. A veces incluso se sentaban juntos a ver la tele; Munir no tenía televisor (porque afirmaba que la televisión inglesa era corrupta

y decadente), lo que suponía que normalmente tenía que subir a ver la de Benjamin durante varias horas seguidas. Las suyas eran las únicas viviendas de aquella pequeña casa adosada (donde Benjamin ya llevaba ocho meses) y los dos hombres apreciaban mutuamente su compañía.

—Lo siento, Susan —le susurró Benjamin al teléfono, cerrando la puerta del dormitorio tras él.

—Da igual... Es mejor que cuelgue —dijo Susan—. Todavía no he bañado a las niñas y ya son casi las ocho. Gracias por escucharme, de todas formas, Ben. Debes de estar harto de esta pesada, vieja y tristonra, que te llama todas las noches.

—Ni eres pesada, ni tristonra, ni vieja para nada —insistió Benjamin.

Susan se rio al otro extremo de la línea.

—Sí, ya lo sé... Solo es que tu hermano me hace sentirme así a veces.

—Es que está muy ocupado, Susan. Ya sé que te lo hemos dicho muchas veces (yo y todo el mundo, supongo), pero seguro que es eso.

Colgó y regresó al cuarto de estar.

—Hola, Munir. Iba a salir justo ahora.

—Ah, bueno, no pasa nada. Solo quería charlar un rato. ¿Te importa si me quedo viendo las noticias media hora?

—Como quieras —respondió Benjamin, cogiendo las llaves y embutiéndose en su abrigo—. Pero no andes cambiando de canal. Ya sé lo impresionable que eres.

Aquel consejo no consiguió arrancarle una sonrisa. A Munir no le gustaba que le tomaran el pelo. Miró alrededor, buscando el mando a distancia, y le preguntó:

—¿Era Susan la que te llamaba por teléfono otra vez?

—Sí —dijo Benjamin, mientras se abrochaba el abrigo.

—Qué mal —dijo Munir—. Tu hermano pasa de ella. Se va a enrollar con otro como no se ande con cuidado.

—La verdad es que no creo que tenga tiempo ni ganas —le contestó Benjamin—. Con dos niñas correteando por la casa... Lo único que quiere es un poco de conversación adulta de vez en cuando.

Munir meneó la cabeza en señal de desaprobación, y encendió la tele. Enseguida se concentró en los titulares que daban al cierre de las noticias del Channel 4, y hasta debió de olvidarse prácticamente de que Benjamin seguía allí. Benjamin sonrió y bajó la escalera para salir a las heladas calles de Moseley, a esperar al autobús 50A que lo llevaría al centro.

Philip llegó tarde, pero Steve Richards ya estaba esperando a Benjamin en El Vaso y la Botella, con una jarra de lager ante él. Era la tercera vez que se reunían todos desde que Steve y su familia habían vuelto a vivir en Birmingham. Lo de quedar los tres se había convertido rápidamente en una costumbre, y ahora se reunían el segundo jueves de cada mes. Y todos aguardaban ese momento con verdaderas

ganas.

—Hice una auténtica estupidez hace un par de semanas —dijo Steve al regresar de la barra con una Guinness para Benjamin—. Volví a ver a Valerie.

—¿A Valerie? —dijo Benjamin—. Guau... Eso sí que es retroceder en el tiempo, ¿no? ¿Cómo diste con ella?

—A través de *Reencuentra a tus amigos*, claro.

Entrechocaron los vasos, y Benjamin le pegó un buen sorbo a su bebida negra y cremosa.

—No sé... —comenzó Steve—. Fue una de esas cosas que sabes que no deberías hacer, pero no te puedes reprimir. Cada paso que das te parece bastante inocente en ese momento, pero vas metiéndote cada vez más en el ajo. Lo peor, ahora que lo pienso, ha sido la cantidad de veces que le he mentado a Kate. Y encima, sin tener motivos, la verdad. El caso es que una noche estaba arriba delante del ordenador, echando un vistazo a *Reencuentra a tus amigos*, y le dije que tenía mucho trabajo que hacer; esa fue la mentira número uno. Luego me llegó un correo de Val un par de días después, y lo estaba leyendo cuando entró Kate en la habitación, así que lo borré inmediatamente, diciéndole que era un *spam*; mentira número dos. Después le dije a Kate que salía a comer con unos compañeros nuevos del trabajo; mentira número tres. Luego, al volver a casa, me preguntó sobre el tema, y tuve que inventármelo todo: sus nombres, sus vidas, y las cosas de las que se suponía que habíamos hablado; mentiras del número cuatro al veintisiete. ¿Y todo para qué? Valerie y yo estuvimos sentados en un pub hora y media, contándonos lo felices que éramos casados y lo mucho que queríamos a nuestras parejas. ¿Y para eso he tenido que engañar a mi mujer? Es de locos. Eso sí que es perder el tiempo.

—¿No la vas a volver a ver?

—No creo.

Benjamin le dio un sorbo a su Guinness, y pensó en aquellos encuentros secretos con Malvina que habían empezado hacía tres años y señalado el principio del fin de su matrimonio. Pero sabía que la situación de Steve era diferente.

—Mira —le dijo—, yo no me torturaría con eso. Sé lo que Valerie significó para ti. Fue la primera, ¿no? Eso nunca se olvida, lo llevas contigo siempre. Así que, si tienes oportunidad (o si te la puedes *permitir*) de volver a visitar ese lugar, y echar un vistazo y darte cuenta de que ya no es tu sitio, nadie te va a echar la culpa de nada. Necesitas echar el cierre definitivo. Todo el mundo lo necesita. Yo creo que no se trata nada más que de eso.

—¿Y qué pasa contigo y Cicely? ¿Le has echado el cierre?

Benjamin se lo pensó muy mucho antes de responder.

—Digamos —dijo por fin— que ya no le doy vueltas.

—No es lo mismo.

Pero Benjamin no estaba dispuesto a dejarse arrastrar hacia aquel terreno. En lugar de eso, se puso a preguntarle a Steve sobre su regreso a Birmingham: qué tal se

estaba adaptando su familia a la nueva casa, si Kate empezaba a sentirse cómoda en una ciudad que no conocía, si a las niñas les gustaba el colegio nuevo. Le preguntó cómo era aquello de regresar a su ciudad natal, y Steve le respondió:

—¿Sabes una cosa, Ben? Estoy muy contento de haber vuelto a Birmingham. Es lo único que puedo decirte. No sé por qué, pero me parece... *cojonudo*.

Volvieron a brindar, y Steve se puso a contarle lo triste que había sido dejar al equipo de Telford, cuyos jefes le habían dado tanta libertad para proseguir sus investigaciones. Pero no se arrepentía de su decisión. Había que tirar hacia delante y apuntar alto. La empresa en la que había entrado ahora, Meniscus Plastics, tenía un Departamento de Investigación y Desarrollo amplio y pujante, con excelentes instalaciones para sus laboratorios, alojados en un local justo a las afueras de Solihull. Y también tenía un nuevo director general muy dinámico, nombrado el año anterior, que prometía llevar a la compañía a hacer cosas mejores y más importantes. En conjunto, el futuro nunca le había parecido tan prometedor.

Philip llegó justo después de las nueve, directamente del tren de Londres, con la cara colorada de la emoción. Había traído su maletín consigo, e insistió en sentarse con él apoyado en el regazo, como si su contenido fuera sumamente valioso y tuviera miedo de que alguien se lo robara si lo dejaba en el suelo.

—Hay una cosa que quería preguntarte, Steve —dijo, tras haber liquidado prácticamente su jarra de cerveza de un solo trago—. ¿Conservas aquella medalla de San Cristóbal? ¿La que te dio Valerie?

Benjamin y Steve intercambiaron miradas de sorpresa, más que de complicidad.

—Estábamos hablando de ella antes de que llegaras —explicó Benjamin—. Hemos retrocedido un poco en el tiempo esta noche.

—Sí, claro que la conservo —dijo Steve—. Escondida en el fondo de algún cajón. No es la típica cosa que le enseñas a tu mujer y a tus hijos. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque he estado pensando sobre lo que pasó en el colegio. Cuando todos creímos que te la había cogido Culpepper, para desconcentrarte el día de las pruebas deportivas.

—Seguramente me la cogió. Era un auténtico cretino, si mal no recuerdo.

Los tres bebieron en silencio un momento. Tanto Steve como Benjamin estaban esperando ver adonde llevaba todo aquello. Al final, Philip dijo:

—¿Recordáis lo que pasó al año siguiente?

—¿A qué año te refieres?

—A cuando nos examinamos de la reválida.

—Pues claro. El muy cabrón me drogó. Me hizo beber algo antes del examen de física.

—Exacto. Estábamos todos encerrados en la misma habitación. Tú, yo..., Doug... ¿Os acordáis de alguien más?

Steve negó con la cabeza.

—Hace siglos de eso, ¿no? Ya ni siquiera recuerdo la mitad de los nombres de los chavales. —Cogió su vaso, pero luego se detuvo a mitad de un sorbo—. Ah, sí... También estaba Sean, ahora que me acuerdo. Sean Harding.

—Exactamente. —Philip se inclinó hacia delante—. Y ahora piensa una cosa, Steve. Recuerda lo que pasó. Culpepper encontró tu medalla en la caja de objetos perdidos, y todos nos apiñamos alrededor para echar un vistazo. Y siempre dimos por supuesto que lo había hecho aposta para distraernos, para poder echarte algo en la bebida. ¿Tengo razón o no? Pero piensa en lo que pasó *después*.

Steve tenía una cara inexpresiva.

—No, no lo recuerdo.

—Sean hizo una de sus gracias. ¿Te acuerdas? Hizo que un chavalito tirara un papel por la ventana. Tú y Culpepper pensasteis que era el examen de esa tarde, y os peleasteis. Una auténtica pelea en el suelo. Y, evidentemente, no lo era. Sean lo había preparado todo, y mientras vosotros os tirabais de los pelos, él se quedó allí sentado, sonriendo como un loco. Tamborileando en su taza de té, con...

—¡Con aquel *anillo* suyo! El del sello. Sí, ahora me acuerdo. —Pero no sonrió al recordarlo. Se había hartado de las bromas de Harding mucho antes que los demás alumnos del King William. En realidad nunca le había perdonado que hiciera el papel de portavoz del Frente Nacional, ni siquiera en broma—. Pero ¿y qué?

—Bueno —dijo Philip—, imagínate que *esa* fuera la auténtica distracción. Imagina que Culpepper no tuviera nada que ver.

—¿Y que fuese Sean el que me drogó? ¿Y por qué iba a hacer eso?

—Vale. —Philip hizo saltar la cerradura de su maletín, y sacó un sobre de papel manila, tamaño A4. Lo puso en la mesa, delante de ellos—. Pues ahora os voy a enseñar algo. Tiene que ver con el CD que me diste.

Sacó del sobre dos fotografías en blanco y negro, y empujó la primera sobre la mesa para que Steve la examinara, sin descubrir la segunda, que seguía oculta bajo ella.

—Hay una revista en Londres que vigila las actividades de la extrema derecha. Cuando pensaba escribir ese libro, me sirvieron de mucha ayuda. Y se ofrecieron a dejarme copias de todas esas fotos. Nunca les tomé la palabra, pero luego Benjamin encontró eso en Dorset... ¿Te ha hablado de ello?

Steve negó con la cabeza.

—Bueno, ya te lo explicará luego... El caso es que me puse a pensar, y se me ocurrió echar otro vistazo. Y ahí es donde he estado hoy. Y ahora, ¿qué te parece esto?

En la foto se veía a cuatro cabezas rapadas de pie, alrededor de una mesa de una oficina anónima con pocos muebles, mirando a cámara con un aire cruel, como si la estuvieran desafiando. Tras la mesa estaba sentado un hombre un poco gordo, con una camiseta y una cazadora de piloto, esbozando una sonrisa ambigua y sosteniendo

una pluma.

—¿Quiénes son estos tipos? —preguntó Steve.

—Estos son esos cuatro músicos, con tanto talento: Los Impenitentes; la formación original, tristemente disuelta. Y este es Andy Watson, ex propietario del «exquisito» sello discográfico independiente Albion Resurgens, y que ahora mismo se ha presentado a las elecciones como concejal del BNP, en algún sitio del East End, me parece. La pregunta es: ¿Quién es el sexto hombre?

Steve examinó la foto con mayor atención.

—No hay nadie más.

—Fíjate bien.

Levantó la foto y la sostuvo a unos cinco centímetros de los ojos de Steve.

—Supongo que eso podría ser el brazo de alguien.

—Exacto. —Philip apartó la fotografía y se la enseñó a Benjamin—. ¿Lo ves? Justo ahí. Hay alguien más de pie en el margen de la foto. Está apoyado en la mesa.

Philip hizo una pausa teatral, recreándose en el suspense.

—¿Y quién es? —preguntó Steve por fin.

—No lo podría jurar —respondió Philip—. Pero he ampliado la foto todo lo que he podido. Y quizás esto nos dé una pequeña pista.

Descubrió la segunda fotografía, que mostraba solo un pequeño detalle de la primera (el brazo suelto de un hombre), ampliado como unas diez o doce veces respecto a su tamaño original. Steve y Benjamin se inclinaron hacia delante, miraron el brazo, la manga negra un poco andrajosa que parecía formar parte de un traje bastante usado, la carne pálida del dorso, los dedos finos y alargados; y en el dedo corazón, un anillo. Un anillo que los dos reconocieron inmediatamente. Era el anillo que Harding había comprado una vez en una feria de antigüedades de Birmingham, hacía muchísimos años: el sello que había estampado al pie de todos y cada uno de los difamatorios artículos y cartas que había escrito para *El Tablón*, el supuesto antiguo y noble sello de los Pusey-Hamilton.

RAPSODIA NORFOLK n.º1

Invierno

—Se llama «Rapsodia Norfolk número 1» —dijo el taxista—. De Ralph Vaughan Williams. Preciosa, ¿verdad? La escuché en Radio Clásica y salí a comprarme el cedé. ¿Quiere que suba un poco el volumen?

—No, gracias —dijo Paul; solo lo había preguntado porque, la semana anterior, una joven mordaz del *Independent* había ido a entrevistarle, y uno de sus comentarios en el retrato resultante era: «Da la impresión de vivir en una burbuja de egocentrismo absolutamente impermeable, que le impide interesarse de verdad por otras personas».

De todos modos, le había dado conversación al taxista, y ahora ya no iba a haber manera de pararlo, por lo visto.

—¿Conoce usted su música? Es una música preciosa, la verdad. La ponen mucho en Radio Clásica. Compuso esa obra que se llama «El ascenso de la alondra», que es absolutamente fantástica. De hecho está en este CD; es la que viene después de esta. Casi se puede *ver* cómo el pájaro asciende hacia el cielo cuando empieza a sonar el violín; vamos, que es como si lo vieras de verdad. Cuando la escucho, solo tengo que cerrar los ojos y vuelvo a los South Downs. A la antigua casa de mi madre. Que es de donde soy, ¿sabe? Aunque, claro, no es que cierre los ojos cuando voy conduciendo, porque me la pegaría, ¿no? Hablo metafóricamente. Pero necesito algo que me relaje cuando conduzco por Londres últimamente. Este puto tráfico es increíble. Necesito algo que me ayude a relajarme o me pongo tenso de cojones. Si estuviera en casa me tomaría un par de vasos de Shiraz australiano, ¿sabe?, de algo dulce y afrutado. Pero no me voy a emborrachar mientras conduzco, ¿verdad?

49

PAUL TROTTER, PARLAMENTARIO

Su carrera continúa imparable desde que volvió a las filas de los diputados sin cargo hace dos años. Sus frecuentes apariciones en radio y televisión le han convertido en una de las caras más conocidas del Nuevo Laborismo, y sus trajes parecen más elegantes cada vez que aparece en pantalla. Su Comisión para las Iniciativas Financieras y Sociales aún debe presentar su informe, pero es probable que sus conclusiones reafirmen su posición como líder del ala derecha del partido.

Paul Trotter lleva: traje de caballero especialmente confeccionado para él por Kilgour (desde 2300 libras), camisa blanca de fino algodón, de Alexander McQueen (170 libras).

(*Extraído del reportaje «Los 50 hombres más elegantes de Inglaterra», diciembre, 2002*)

Paul salió del taxi y vio que había dos filas de fotógrafos alineados a la entrada

del restaurante, y que iba a tener que recorrer el pasillo que formaban. No había ninguna alfombra roja, pero daba la sensación de que debería haberla habido. Mientras el taxi se alejaba, se enderezó la corbata y se atusó el pelo. Luego dio un paso adelante, en un ataque de timidez, tratando de moverse con la gracia felina de un modelo de pasarela pero convencido, de alguna manera, de que los brazos y las piernas habían comenzado a balanceársele en una extraña parodia, falta de coordinación, de su forma natural de andar. Sonrió a derecha e izquierda, no queriendo parecer poco acostumbrado a aquella clase de atención. Pero no debería haberse preocupado. Ni uno de los diez paparazzi (aproximadamente) que había allí se molestó en alzar la cámara a su paso, y el esperado aluvión de flashes nunca se materializó. Justo cuando estaba llegando a la puerta del restaurante, una limusina blanca se detuvo a su espalda, y de ella salió una pareja de veinteañeros: el chico llevaba una estudiada barba de varios días y unas gafas de sol que le tapaban completamente los ojos; la chica, un vestido prácticamente inexistente, que parecía consistir en tres diminutos pañuelos de muselina, sujetos entre sí por una serie de cordones. Paul no tenía ni idea de quiénes eran, pero se desató la histeria entre los fotógrafos, y casi lo tiran al suelo cuando salieron de estampida con una explosión de flashes. Se frotó el hombro donde se lo había dislocado uno de ellos, y le sonrió, incómodo, al alto portero desdeñoso que le abrió de golpe la puerta de cristal, invitándolo a entrar.

Paul ya había pisado antes aquel restaurante; estaba en la esquina de Kingsway con Aldwych, y solía encontrarse allí con periodistas para charlar *off the record* delante de un filete con salsa de ostras o una tarrina de gallina de Guinea. Esa noche, sin embargo, el restaurante estaba cambiado. Se habían retirado las mesas y las paredes estaban cubiertas de carteles adornados con el logo de la revista y mensajes de bienvenida a «los 50 hombres más elegantes de Inglaterra». Se habían atenuado las luces hasta el punto de que los invitados tenían que abrirse camino a tientas hasta la barra, en medio de una penumbra crepuscular. También habían subido a tope el volumen del equipo de altavoces, pero con el estruendo que hacían podría haber estado sonando cualquier cosa; lo único que Paul conseguía oír era el martilleo de un bombo y una retumbante base robótica que palpitaba con tal fuerza que le estremecía los huesos. Había esperado, sin mucha lógica por su parte, que no pasaría mucho tiempo antes de que se topara con algún conocido en aquella fiesta. Pero, en cuanto empezó a abrirse camino entre los grupos de gente gritando, se dio cuenta de que no solo era poco probable que alguien de su círculo social o político se encontrara allí, sino que incluso sería incapaz de distinguirlo en el mejor de los casos. Si no quería pasar la noche en un aislamiento humillante, tendría que apañárselas para introducirse en uno de aquellos grupitos exclusivos y cerrados que, por lo visto, se habían formado por todas partes a su alrededor. ¿Pero cómo se suponía que iba a conseguirlo? ¿Quiénes eran todas aquellas personas, de todos modos? La mayoría parecían diez años más jóvenes que él como mínimo. Los hombres eran más

desenvueltos que Paul, y más guapos, y las mujeres llevaban el pelo rubio y ajustados vestidos negros, y todas parecían aburridas y muy guapas. Seguramente, la mayor parte de aquella gente trabajaba para la revista de una forma u otra. ¿Sería alguno el director? El director había escrito a Paul personalmente, felicitándole por estar en la lista. Se trataba de una prestigiosa revista masculina en papel couché, con una creciente masa juvenil de lectores, y a Paul le habría gustado darle las gracias al director por la carta, y utilizarla como excusa para entrar en conversación con él. Pero no tenía ni idea de cómo era.

Paul llevaba preparado un plan de emergencia, que había esperado no tener que poner en práctica: siempre podría ponerse a hablar con Doug Anderton. Doug también estaba en la lista (bastante más arriba que Paul, en el puesto número veintitrés; algo realmente humillante). Pero, de momento, no lo veía por ningún lado. A lo mejor ni se había molestado en venir.

Se acercó hasta el bar y se hizo con una copa de champán. El champán lo ponía la casa, y alguien había tenido la brillante idea de servirlo en vasos anchos y con pajita. Sabía horrible de aquella forma. Paul tiró la pajita al suelo y empezó a mirar alrededor, rayando en la desesperación.

Al final distinguió a un hombre de mediana edad, con el pelo gris ondulado y gafas de concha, que estaba de pie en un rincón con una mujer que debía de ser su esposa. Ella llevaba una permanente muy marcada y un vestido que parecía salido de Marks and Spencer, y ambos daban la impresión de estar perdidos y bastante horrorizados con la situación en la que se encontraban. Desde luego, pensó Paul, ese no puede ser uno de los hombres más elegantes de Inglaterra. Más bien tenía pinta de empleado de la oficina de correos de un pueblo en su día libre, de visita con su mujer en la gran ciudad, tras haberse apartado del resto del grupo de turistas y haberse metido en aquella fiesta por equivocación, cuando deberían haber estado viendo *Cats*.

Paul decidió intentarlo, de todos modos.

—Paul Trotter —dijo, acercándose hasta el hombre de pelo canoso y tendiéndole la mano—. El número cuarenta y nueve.

—Ah. Encantado de conocerle. —El hombre le estrechó la mano calurosamente—. Yo soy el profesor John Copland, de la Universidad de Edimburgo. El número diecisiete.

¿Diecisiete? Paul se quedó pasmado.

—Gracias a Dios que se ha acercado a hablarnos —dijo la mujer del profesor Copland—. Nos sentimos como pulpos en un garaje.

Resultó que el profesor Copland era uno de los expertos en genética más importantes del país, y el autor de varios bestsellers sobre el tema. Paul, desgraciadamente, nunca había oído hablar de él y no sabía prácticamente nada de genética, así que la conversación (que consiguieron alargar casi media hora, con un considerable esfuerzo por las tres partes) se circunscribió a generalidades. Al profesor y su mujer les interesó escuchar la opinión de Paul sobre la inminente invasión de

Irak; parecían un tanto confusos, incluso tras haber leído varios de sus artículos en los periódicos, sobre si estaba a favor o en contra. Él tampoco fue capaz de iluminarlos demasiado. La verdad era que se trataba de la primera cuestión por la que su lealtad a la jefatura del partido había empezado a mermar, pero le resultaba imposible manifestarlo, ya fuera en público o en privado. Por un lado, se sentía totalmente en deuda con el partido gracias al que había resultado elegido en 1997; por otro, su instinto político (y moral) más básico le decía que era una aventura imprudente y peligrosa, que las razones aducidas para justificarla eran falsas, que bordeaba los límites del derecho internacional y que era probable que provocase un auge del terrorismo en vez de impedirlo. No acababa de entender por qué el primer ministro, de cuyo criterio se fiaba incondicionalmente en cualquier otro aspecto, estaba tan empeñado en aquella línea de acción. Le desconcertaba; y eso quizá era lo más inquietante de todo cuando se trataba de Paul. No le gustaba que le desconcertaran. Le gustaba moverse entre certezas.

—Bueno, pues un placer hablar con usted —dijo la mujer del profesor Copland, después de que un silencio más largo de lo habitual entre ellos hubiese señalado que todos los temas de conversación posibles ya habían sido explorados. Los ojos de su marido comenzaban a empañarse—. Será mejor que nos marchemos. La verdad es que aquí no pintamos nada.

—Encantado de conocerles —dijo Paul, despidiéndose con un gesto de la mano; y en cuanto se fueron y volvió a verse reducido a escuchar en los márgenes de los grupos hostiles de jóvenes, se sintió verdaderamente desolado.

Segundos más tarde lo rescató un saludo inesperado.

—Paul Trotter, ¿no?

Paul se volvió para ver a un hombre al que no reconoció; o por lo menos, solo lo reconoció vagamente. Conocía a cientos de personas en el curso de una semana de trabajo, y aquel hombre podría ser una de ellas. Tendría unos treinta y pocos años, y llevaba perilla y la cabeza rapada, tal vez para disimular una incipiente calvicie.

—Hola —dijo Paul, vacilante—. Lo siento, pero no sé muy bien...

El hombre se presentó a sí mismo, recordándole a Paul que se habían conocido tres años antes, cuando él todavía era uno de los productores de un concurso televisivo. Había sido la primera aparición de Paul en televisión; sin mucho éxito, por cierto. En cualquier caso, los dos habían recorrido un largo camino desde entonces. Por su parte, ahora dirigía una productora independiente y en ese momento tenía dos telecomedias en antena (una en Channel 4 y la otra en la BBC 2) y media docena más en preproducción. En base a esos logros, la revista había decidido que era el decimocuarto hombre más elegante de Inglaterra.

—Yo soy el número cuarenta y nueve —dijo Paul, desanimado. Empezaba a parecerle un puesto cada vez menos significativo. Habría mejorado la cosa conocer al número cincuenta, pero no se acordaba de quién era.

—¿No has venido con nadie? —le preguntó el productor.

—No —respondió Paul—. A Susan le habría encantado venir (a mi mujer), pero..., ya sabes, los críos...

El productor asintió. Aunque, al no tener hijos, no sabía mucho... Además, Paul mentía; no le había dicho a Susan que iba a acudir a esa fiesta. En cambio, había invitado a la joven periodista mordaz del *Independent* a acompañarle, pero ella no le había contestado a sus e-mails.

—Mucho ruido, ¿no? —dijo el productor—. A saber quién es toda esta gente...

—Horrible —asintió Paul—. Creo que voy a desaparecer enseguida. Tengo que comer algo. —Agarrándose a aquel clavo ardiendo (porque no podía soportar la perspectiva, ahora que la tenía delante, de ir a cenar solo a un restaurante o de regresar a su piso y pedir algo por teléfono) preguntó torpemente—: ¿Te apetecería acompañarme? Parece que somos los únicos dos tíos solteros de la fiesta. Podemos hacer frente común.

—Gracias de todos modos —dijo el productor—, pero he venido con alguien.

Y justo en ese momento, su acompañante volvió del servicio de señoras y se plantó a su lado.

Paul no habría creído que Malvina pudiese estar aún más delgada de como la recordaba. Y aún más pálida. Se había puesto mechas rojas en su pelo moreno, y tenía semicírculos oscuros de máscara bajo los ojos, con lo que parecía que estaba falta de sueño. Llevaba un vestido negro de chiffon que dejaba entrever la lechosa delgadez de debajo. En sus ojos, en la fracción de segundo en que lo vislumbró, vio un fogonazo de pánico que se apagó inmediatamente, porque Malvina carraspeó y adoptó una pose formal, sujetando su bolso contra la cintura con las dos manos.

—Hola —le dijo, sin el menor rastro de emoción en la voz; y luego se volvió hacia el productor, que los contemplaba a los dos con cierta curiosidad—. Paul y yo trabajamos juntos una temporada. ¿Te acuerdas?

—Ah, sí —dijo él—. Claro.

—Me apetece un poco más de champán, si no te importa —añadió Malvina, cortante.

El productor asintió, y tras preguntarle a Paul si él también quería un poco, se fue a la barra a por tres copas. Por lo visto estaba acostumbrado a recibir ese tipo de órdenes.

—Entonces... —dijo Malvina, cuando se quedaron solos en medio de aquella multitud cada vez más ruidosa y borracha—. ¿Cómo te ha ido? —Su voz seguía sin mostrar la más mínima emoción.

—Muy bien —dijo Paul—. Las cosas me han ido bien. —Y luego preguntó—: ¿Sabías que iba a venir esta noche?

Malvina negó con la cabeza.

—Estás en la lista, ¿no?

Paul asintió.

—Estupendo.

—Gracias.

Se produjo una pausa un poco más larga.

—Tienes otra hija, creo.

—Sí, es cierto. Cumple dos años en abril. El tiempo pasa volando.

—¿Estás con Susan?

—No, no ha venido. —Paul la miró atentamente, tratando de leer la expresión de sus ojos. Le fue imposible—. He pensado mucho en ti —dijo.

Ella le miró directamente a los ojos por primera vez.

—No me digas...

Él asintió con la cabeza.

—Pues nunca me has llamado ni nada —dijo ella, acusándolo tácitamente.

—Me dijiste que no lo hiciera. Te tomé la palabra. Dijiste —le recordó— que no podríamos volver a ser amigos hasta que... lo hubiésemos superado cada uno por nuestra cuenta.

Malvina apartó la vista.

—¿Tú crees que ya lo hemos hecho?

Ella meneó la cabeza.

—No, no creo.

Paul se quedó pensándolo un momento; no era lo que esperaba escuchar, y parecía que no les daba oportunidad de decirse muchas cosas más.

—De todos modos —masculló—, me he llevado una decepción con esta fiesta, la verdad. Me iba a ir ya.

Y entonces Malvina dijo algo aún más inesperado.

—Pues me voy contigo.

El ruido de la fiesta pareció desvanecerse, dejando a Paul y a Malvina a solas; como si de repente los hubieran devuelto al mismo aislamiento, a la misma quietud absoluta del último día que se habían visto, allí de pie en el centro del viejo círculo de piedras que formaban las Rollright Stones.

—¿Y qué pasa con...? —Paul miró hacia el productor. Estaba encajonado en la barra, coqueteando a tope con dos de las chicas que muy bien podrían trabajar para la revista.

—Da igual —dijo Malvina, y cogiendo a Paul del brazo, lo fue empujando hacia el guardarropa.

Mientras la ayudaba a ponerse su abrigo de invierno, se permitió acariciarle brevemente los hombros escuálidos, y cuando la rozó tan fugazmente, sintió que ella se inclinaba hacia él, como en un impulso. Entonces se dio cuenta de que el largo silencio entre ellos había sido una aberración, una tonta equivocación. Y supo con toda seguridad que aquella noche dormirían juntos.

La única persona que vio a Paul y a Malvina abandonar la fiesta juntos fue Doug Anderton. Estaba solo, apoyado contra una pared, redactando mentalmente las primeras líneas de un artículo para el dominical.

No se había molestado en buscar a Paul, aunque sabía que probablemente se encontraría en la sala. Tenía la mirada fija, en cambio, en una escena que se estaba desarrollando en un rincón del restaurante, cerca de la entrada, donde la pareja de jóvenes que había llegado justo después que Paul en la limusina blanca disfrutaba de las atenciones de un nutrido grupo de periodistas y fotógrafos. La pareja, a la que Paul no había reconocido, estaba formada por dos concursantes del *reality* con más audiencia del año anterior. Durante semanas habían tenido al público pendiente de si tendrían relaciones sexuales o no delante de la cámara. Los rotativos habían dedicado mucho espacio en sus columnas al tema. Ninguno de los dos tenía talento, ni inteligencia, ni cultura; ni siquiera mucha personalidad. Pero eran jóvenes y guapos, y vestían bien, y habían salido en la tele, y con eso bastaba. Así que los fotógrafos no paraban de sacar fotos, y los periodistas de intentar hacerles decir algo divertido o que valiese la pena citar (lo que resultaba difícil, porque tampoco tenían ingenio). Mientras tanto, Doug no pudo evitar fijarse en que justo al lado, esperando a que su mujer saliera del servicio, se encontraba el profesor John Copland, el experto en genética más importante de Inglaterra, uno de los escritores de libros de divulgación con mayor éxito de ventas, y al que se solía citar como ganador potencial del Premio Nobel. Pero nadie le sacaba fotos ni le pedía que dijera nada. Por lo que se refería a aquella gente, podría haberse tratado de un taxista que estuviera esperando a un invitado para llevarlo a casa. Para Doug, la situación resumía tan bien todo lo que quería decir sobre la Inglaterra del año 2002 (la obscena *inconsistencia* de su vida cultural, el triunfo grotesco del brillo sobre la sustancia, todos los clichés que eran clichés, precisamente, porque eran verdad) que se alegraba, perversamente, de ser testigo de ella.

Doug contemplaba al profesor allí de pie, aguardando pacientemente con dos abrigos en el brazo, y contemplaba a la pareja de famosos, regodeándose en su fama de pacotilla, y a su manera estaba tan fascinado como los periodistas de los rotativos que intentaban desesperadamente sonsacarles algún comentario interesante. Mientras intentaba grabar bien en su memoria cada detalle de aquella escena, vio por el rabillo del ojo que Paul Trotter abandonaba el restaurante rodeando con el brazo a Malvina, sus cabezas juntas en un halo de intimidad abstraída. Cosa que, pensándolo bien, también era la mar de interesante.

Munir era, por naturaleza, un hombre que se preocupaba por todo. La lista de cosas por las que podía preocuparse en un momento dado era interminable: el bienestar de sus hermanos, por ejemplo, o la insuficiencia de su plan de pensiones, o las amenazadoras reducciones de plantilla, o la mancha de humedad de encima de la ventana del baño, o el chirrido de las juntas siempre que se levantaba después de rezar, o el libro que debía devolver a la biblioteca hacía tiempo y que no encontraba, o el calentamiento global. Pero, en este caso concreto, en la tercera semana de diciembre de 2002, había dos cosas que aún le suponían un mayor motivo de preocupación: la inminencia de la guerra y el estado mental de Benjamin.

—Este país se está volviendo loco —le dijo a Benjamin una noche, durante los anuncios de la pausa de las noticias de la ITN—. Y tú también, por cierto. ¿Por qué has vendido todos tus aparatos? Eran tu orgullo y tu alegría.

—Porque me hace falta el dinero —respondió Benjamin.

Entró en la cocina para encender el hervidor de agua. Munir le siguió.

—Pero ahora nunca vas a acabar el libro.

—Sí que acabaré el *libro* —le corrigió Benjamin—. Solo he eliminado la música. Se estaba complicando todo demasiado.

—¡Pero creía que ahí estaba la gracia!

Benjamin se detuvo cuando iba a encender el hervidor, mirando al frente mientras buscaba las palabras exactas.

—He decidido apostar por una simplicidad radical —dijo.

Regresaron al cuarto de estar. Sobre la mesita de café, delante del sofá, había varias guías de viajes esparcidas, que abarcaban todas las zonas del globo, desde Tailandia a Alaska. Benjamin estaba planeando un viaje. El problema era que no sabía a qué sitio ir primero, y había demasiados donde elegir.

—¿Te das cuenta —dijo— de que solo con vender el equipo de *reverb* ya he sacado suficiente dinero como para pagarme un billete en el transiberiano? Y encima, ¡en primera!

Munir dio un bufido.

—¿Y qué vas a hacer en el transiberiano?

—Mirar por la ventanilla.

—¿El qué?

—No sé... Transiberia, supongo. O también me puedo ir a Bali. O a Sudamérica. O a Cabo Verde. Hasta podría atiborrarme de ostras...

Munir no estaba muy convencido.

—Bueno, solo he comido ostras una vez en mi vida, y me puse fatal. Perdona que te lo diga, Benjamin, pero estás tratando de huir de ti mismo. Y eso no funciona.

—No estoy tratando de huir de mí mismo. Trato de huir de... ¡Esto! —Abarcó

con un gesto todo el piso, su escaso mobiliario, el papel viejo de las paredes y la pintura mugrienta—. Huyo de Birmingham. Del aburrimiento. Del fracaso. ¿Pasa algo? Ya era hora, ¿no te parece?

Munir se sentó y volvió a subir el volumen del televisor.

—Poquito a poco, Benjamin, es lo único que te digo. El que mucho abarca poco aprieta.

Vieron el reportaje especial sobre las armas de destrucción masiva de Irak y luego bajaron el volumen cuando empezaron las noticias de deportes. A ninguno de los dos le interesaba lo más mínimo el fútbol.

—¡Ja! —exclamó Munir despectivamente—. Así que ahora los americanos tienen un documento de doce mil páginas a su disposición, y *todavía* admiten que no pueden encontrar una sola prueba de que esas ridículas armas existen... ¿Es que no hay nadie en el mundo que se dé cuenta de que esto no es más que una aventura imperialista, de que están decididos a establecer una base de poder en Oriente Medio y esas armas no son más que una excusa infundada para conseguirlo?

Benjamin asintió, pero dijo:

—¿Pero qué podemos hacer? En cuanto esa gente haya votado a favor, pueden hacer lo que les dé la gana. Vamos todos en el mismo barco.

Eso pareció enfurecer a Munir aún más.

—¡Últimamente escucho eso por todas partes! Derrotismo. Apatía. Pues eso sí que no sirve de nada, te lo digo yo. ¿Y si nos movilizamos, organizamos manifestaciones, escribimos cartas al Parlamento, firmamos peticiones?

—¿Tú crees?

—Bueno, funcionó con lo de Longbridge, ¿no? Estuviste en Cannon Hill Park ese día. Y yo también. ¿No nos animó? ¿No cambió el curso de los acontecimientos?

Benjamin se encogió de hombros.

—Quién sabe si el gobierno nos hizo mucho caso realmente. A lo mejor hubiera sucedido exactamente lo mismo sin aquella manifestación.

Volvió a coger el mando a distancia y cambió de canal. Durante un rato Munir y él estuvieron viendo una telecomedia americana. Era sobre cuatro solteras ricas que vivían en Manhattan, y se reunían a menudo para comer y discutir los detalles más íntimos de su vida sexual. A Benjamin le gustaba ese programa. Nunca había conocido mujeres así, y sospechaba que no eran más que la fantasía de algún guionista, pero envidiaba el tipo de vida que llevaban y agradecía aquellas intromisiones en su entorno privilegiado y decadente. Además, le gustaban dos de las actrices.

Sin embargo, Munir se puso enseguida a protestar por lo mal que hablaban y por la franqueza descaradamente provocativa de los diálogos. Tuvo que levantarse y ponerse a pasear por la habitación, incapaz de seguir escuchando.

—Quítala —dijo—. Es una serie penosa.

—Venga —dijo Benjamin—. Solo se trata de entretenerse un rato.

—No, es totalmente inverosímil —insistió Munir—. Esas mujeres ahí sentadas en un sitio público, hablando de las distintas maneras de darles placer oral a sus hombres, como si estuvieran hablando de puntos de calceta o de libros de cocina... ¡Una (esa de ahí) hasta ha admitido abiertamente tener relaciones sexuales con cinco tíos diferentes en una semana! ¿Me quieres decir qué *respeto* sienten esas mujeres por sí mismas, por sus propios cuerpos...? ¿Qué está pasando con esta sociedad cuando se permite que esta clase de cosas salga en pantalla? ¿Qué tiene en la cabeza la gente que las hace? Tú mira, Benjamin. —Se acercó a la pantalla y señaló, mientras una de las chicas hacía una demostración práctica de su técnica empleando el cuello de una botella—. Esa es la América de hoy en día. ¡Un país de degenerados! Y encima les parecerá raro que el resto del mundo haya empezado a despreciarlos... ¿Qué clase de *integridad* podemos esperar de una nación que se comporta así? Es un país que predica una cosa y hace la contraria, ¡pero a la vista de todo el mundo! Predica la religión y la moralidad, pero sus mujeres se portan como putas. Obliga a otros países a desarmarse, pero se gasta todo su dinero en construir el arsenal más temible de armas nucleares y convencionales del planeta. Le escupe a la cara al mundo musulmán y entra a saco en Oriente Medio en su ansia de petróleo con el que llenar los insaciables depósitos de sus coches, y luego se sorprende de que un hombre como Osama bin Laden exista y crea en lo que cree. Y de *ellos...*, de ellos precisamente es de los que nuestro primer ministro nos dice que somos aliados. ¡De una nación de vaqueros y putas a domicilio! —Se dejó caer en el sofá, agotado por su propia retórica, y se pasó distraídamente una mano por el pelo antes de concluir—: no soy un hombre al que le guste decir tacos, Benjamin, ya lo sabes, pero este país está jodido. El mundo entero está muy jodido, por lo que se ve.

Benjamin se esforzó en decir algo. Por alguna extraña razón, la frase «Es un punto de vista» le vino a los labios. Pero al final se limitó a farfullar, más para sí que para Munir:

—Tengo que largarme de aquí, ¿sabes? Tengo que largarme ya.

Decidió seguir el consejo de su amigo, y planear su huida en pequeños pasos manejables. Una buena manera de empezar, pensó, sería pasar unos días en Londres. Esta vez no quería quedarse en casa de Doug y Frankie, sin embargo. Quería alejarse de todo aquello, de cualquier cosa relacionada con su pasado. Quería estar solo.

Mark, el hermano de Susan, tenía un piso en el Barbican Centre, que quedaba vacío en las numerosas ocasiones en que se ausentaba de Inglaterra. Su trabajo para Reuters suponía que se pasase la mayor parte del año en el extranjero; en ese momento estaba en Bali, informando sobre los intentos de las autoridades por capturar a los terroristas responsables del reciente atentado en un night-club. Susan y sus hijas usaban a veces el piso cuando iban a Londres, y ella le había insistido a Benjamin en que también se aprovechara de la situación. Le parecía que ahora era

una buena ocasión para aceptar su oferta. Podía pasar allí las navidades, para empezar. Cualquier cosa sería mejor que pasarlas solo con sus padres.

Fue a hacerle una visita a Susan la tarde siguiente. Pensó que sería mejor pedírselo en persona; además, le gustaba estar con sus sobrinas. Se presentó en su casa al anochecer, y se encontró con que las dos niñas se disponían a ayudar a su madre a decorar el árbol de Navidad. Pesaba tanto que Susan apenas podía con él, y había que serrarle la base antes de poder encajarlo en su soporte. Hasta Benjamin, que era negado para los trabajos manuales, creyó que podría ayudarlas. Acostó el árbol en el suelo de aquel cuarto de estar con un techo alto y abovedado, y se puso a trabajar con una sierra, mientras las dos niñas lo contemplaban. Sintió que le llenaban de orgullo sus miradas de admiración.

—Hay una cosa... que quería preguntarte —le dijo a Susan, sorprendido de estar ya jadeando tras medio minuto de trabajo—. ¿Sabes si... el piso de Mark está libre... en este momento?

—Que yo sepa, sí —respondió ella—. ¿Por qué? ¿Querías usarlo?

—Creo que necesito... un descanso —jadeó Benjamin—. Y he pensado en acercarme a Londres... estas navidades.

Sintió algo frío y mojado en la frente. Antonia, que era una niña muy amable, había salido corriendo hasta la cocina y regresado con un paño húmedo, que ahora estaba usando para empapar las gotas de sudor de su cara colorada.

—No creo que haya problema. Quiero decir, nunca se sabe dónde va a estar de un día para otro. Me ha dicho que, si estalla la guerra, puede que le hagan volver para marcharse con el ejército inglés a Irak. Pero ahora mismo el piso está vacío, de todos modos. El único problema es que yo no tengo la llave. La tiene Paul.

—¿Paul?

—Sí... Mark le dio una llave, por si había alguna emergencia o algo. No creo que vaya nunca allí. ¿Quieres que le llame y le pregunte?

—Estaría muy bien..., pero cuando... tengas tiempo.

—Ahora lo llamo.

Susan fue hasta la cocina, y tras unos cuantos golpes más con la sierra, Benjamin decidió dejar la herramienta y seguirla. Necesitaba un respiro, aunque solo había serrado la mitad del tronco. Las niñas se quedaron allí, poniendo los adornos con mucho cuidado sobre la alfombra, listos para el gran momento en el que podrían empezar a colgarlos en el árbol.

—No me contesta —dijo Susan, dejando el auricular del teléfono con un suspiro—. La verdad es que no sé cómo he pensado que igual sí. Solo consigo ponerme en contacto con él una de cada diez veces.

(Paul oyó el sonido del móvil, de hecho, pero no lo cogió. Precisamente se encontraba en el piso de Mark en ese instante, con los dedos ocupados en desabrochar pulcramente la blusa de Malvina.)

Susan se quedó mirando a Benjamin, y de repente puso cara de sufrimiento.

—Me he convertido en una madre soltera, Ben. Y no sé cómo ha pasado...

—No es para tanto, ¿no? ¿Es esa la sensación que tienes?

(Paul se echó en la cama de Mark y Malvina se acuclilló sobre él. Se desabrochó ella misma los últimos botones y dejó resbalar la blusa por los hombros.)

—En cierta forma, es peor aún. Por lo menos si fuera una madre soltera, podría buscar a otra persona, por mucho miedo que me diera. Pero en este momento estoy como en tierra de nadie.

—A lo mejor deberías dejarle —se atrevió a decir Benjamin; consciente, mientras lo decía, de que no le correspondía dar semejante consejo.

—Es que *no quiero* dejarle —dijo Susan—. No quiero andar por ahí perdida. No quiero que las niñas se queden sin padre tan pequeñas. Y al fin y al cabo, fui yo la que decidió casarse con tu hermano. Porque le quería... por alguna estúpida e incomprensible razón. De hecho, todavía le quiero.

Se sorbió los mocos y luego se sonó, dándose la vuelta para que Benjamin no pudiera ver sus ojos llorosos; mientras Paul, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, levantaba los brazos para tocar los breves pechos desnudos de Malvina y acariciar sus pezones hasta que se pusieron duros y erectos.

—Pero no ha vuelto a salir con otra, ¿no? —preguntó Benjamin.

—Y yo qué sé. No creo. Últimamente ha estado muy atento conmigo, para lo que es él. Por un lado... me da miedo que pase, y por otro casi lo preferiría. Forzaría la cosa, supongo. En cierto modo, me liberaría. —Volvió a sonarse—. Pero no sé muy bien si quiero que me liberen. ¿Qué iba a hacer después?

Antonia apareció en el umbral de la cocina.

—A ver, vosotros dos... —dijo—. Ya podemos empezar con la decoración.

Cogió a Benjamin de la mano con aire suplicante, y lo llevó de nuevo hasta el árbol de Navidad, mientras Malvina le quitaba la camisa a Paul y empezaba a desabrocharle el cinturón de los pantalones.

A Benjamin le resultó más fácil serrar el resto del tronco, y al poco rato el árbol ya estaba plantado en su sitio. Lo siguiente fue el complicado proceso de entrelazar el cable de las lucecitas con las ramas. Ruth había pisado una sin querer y había roto la bombilla.

Malvina ayudó a Paul a quitarse los pantalones y los tiró a un lado, luego le bajó los calzoncillos con un gesto ansioso de deseo. Casi desnuda, sin nada más que los pantis, se inclinó hacia él y dejó que el tejido entrara en contacto con su pene tieso e impaciente, haciendo rotar las caderas, pegándose mucho a su cuerpo.

—¿Qué ponemos primero, cariño? —le preguntó Susan a Antonia, revolviéndole el pelo—. ¿A Santa Claus?

—No, primero los adornos. —Cogió uno plateado y otro dorado, y los colgó de dos de las ramas, frunciendo el ceño de pura concentración, con la lengua asomándole entre los labios. Mientras lo hacía, su padre gimió de placer cuando la boca de Malvina entró en contacto con su pene, y le recorrió con la lengua húmeda

toda el asta.

—¿Y a ti qué te parece, Ruthie? ¿No vas a poner nada? —Ruth no lo tenía muy claro, así que Benjamin le pasó un angelito, con las alas relucientes un poco torcidas, y ella hizo lo que pudo para sujetarlo a una de las ramas. Dio un salto hacia atrás, asustada, cuando se pinchó un dedo con una aguja de pino.

—¡Cuidado, cielo! —le dijo Susan—. Recuerda que pinchan.

Ruth se quedó mirando muy seria su dedo índice y se lo chupó hasta que se le pasó el dolor. No dejaba de echarle a su madre miradas muy solemnes, como si le reprochara no haberle advertido antes que el mundo era un lugar tan peligroso. Le temblaba la boca, y estaba a punto de llorar, pero parpadeó para evitarlo. Benjamin la cogió en brazos y la achuchó, besándola en lo alto de la cabeza y aspirando el cálido olor almendrado de su pelo.

Paul apartó los labios de la vagina de Malvina y metió la lengua. Paladeó aquel sabor caliente y salado mientras sus fluidos se filtraban en su boca. Cogió el clítoris hinchado entre los dientes y lo mordisqueó un poco, jugando. Ella arqueó la espalda y soltó un gemido de placer atormentado.

Sonó el teléfono.

Susan fue hasta la cocina a cogerlo.

—De una en una, niñas —les gritó—. Y cuidadito con esas agujas, ¡que pinchan!

Estuvo un rato en la cocina. Mientras tanto, Benjamin y las niñas consiguieron colgar unos cuantos adornos más, y entonces Antonia y Ruth perdieron interés y se pusieron a envolverse mutuamente en espumillón. Luego envolvieron a Benjamin y se echaron a reír cuando vieron lo gracioso que estaba; y Malvina yacía con las piernas abiertas en la cama, como una estrella de mar, cuando Paul se echó entre ellas y la penetró, y Susan volvió a aparecer en el umbral de la cocina y dijo:

—Ben, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro —respondió él, y se acercó pavoneándose hasta ella, esperando que se riera al verlo con la cabeza envuelta en espumillón, con un reno de plástico encaramado arriba de todo, tal como se lo había puesto Ruth. Pero Susan estaba muy seria, casi asustada.

—¿Todo bien? —le preguntó él.

—Sí, todo bien. —Se volvió, como indicándole que entrara en la cocina.

—¿Quién era?

—Era Emily.

—¿Emily? ¿Qué quería?

—Bueno, en realidad es una buena noticia. Al menos, espero que te lo parezca.

Benjamin esperó, en un silencio expectante, hasta que Susan le dijo:

—Está embarazada.

No sabía qué decir. Se fijó en que en la radio de la cocina de Susan sonaba el tercer motete de Navidad de Poulenc. Lentamente, se quitó el reno de la cabeza y empezó a desenrollar las tiras de espumillón.

Benjamin desapareció poco antes de Navidad. No le dio ninguna explicación a su amigo y vecino Munir, cosa que llevó a pensar a este último si le habría ofendido aquella noche, lanzándose a aquella diatriba sobre los valores de Occidente. Pero no se acababa de creer que esa fuera la auténtica razón de que Benjamin se hubiera marchado, puesto que habían tenido muchas conversaciones de ese estilo antes. Debía de haber sucedido alguna otra cosa. Pero era un auténtico misterio.

Había ocurrido todo muy deprisa. La misma mañana que visitó a su cuñada, Benjamin pidió un coche prestado y se pasó más de una hora llenando el maletero, el asiento trasero y el del copiloto de cajas de cartón atiborradas de papeles. Se fue en el coche a las nueve en punto de la mañana y no regresó hasta muy tarde, ya de noche. Volvió a pie, por cierto; debía de haberle devuelto el coche a su propietario. Pasadas las doce, llamó a la puerta de Munir y le dejó las llaves de su piso.

—Voy a coger un avión muy temprano —le dijo—. No sé cuándo volveré. Cuídame el piso.

—¿Adónde vas? —le preguntó Munir.

Benjamin titubeó antes de responderle:

—El billete es a París. Pero no me voy a quedar allí mucho tiempo. Y después, no sé.

Y no dijo más. Cuando Munir regresó del trabajo a casa esa noche, subió al piso de Benjamin y vio que no estaba nada vacío. Benjamin se había dejado la mayoría de su ropa, de sus libros y de sus cedés. Y allí seguía también su ordenador, aunque hubiesen desaparecido todos sus papeles. Parecía que tenía intención de volver, pero era imposible saber cuándo.

Pero Benjamin no había llegado a ningún acuerdo con el casero para continuar pagándole el alquiler. Un sábado por la mañana de principios de enero de 2003, Munir oyó ruidos en la entrada y vio que se había plantado allí el casero con dos de sus compinches, y que se estaban dedicando a cambiar las cerraduras del piso de Benjamin y a retirar todas sus posesiones. Munir se puso a protestar, pero no sirvió de nada; el contrato había terminado a finales de diciembre, nadie había contestado a sus cartas, y había que vaciar el piso para alquilarlo de nuevo inmediatamente. Munir consiguió rescatar algunos libros, la mayoría de los CDs, el ordenador, la televisión, y parte de la ropa de Benjamin. Todo lo demás, incluidos los muebles, se lo llevaron.

Pero no se volvió a alquilar el piso. Ni siquiera lo renovaron como había prometido el casero. Permaneció vacío, y se convirtió en escenario de extraños encuentros, de misteriosas idas y venidas. Fue el principio de una época incómoda y desagradable para Munir. ¿Dónde se había ido Benjamin? Si se había llevado el móvil con él, parecía que nunca lo encendía. Sus padres llamaron para saber algo, y Munir fue incapaz de decirles nada. Mientras tanto, en el piso de arriba, se oían pasos

a altas horas de la noche, voces de madrugada, coches y motos que aparcaban fuera, delante de la verja, después de que todas las personas decentes se hubieran acostado. Una vez oyó los ruidos típicos de una pelea, y otra (a las tres de la mañana) se despertó de un sueño profundo con lo que habría jurado que eran los gritos de una mujer. Ahora se quedaba despierto muchas veces, echado en su cama, escuchando aquellos ruidos, con el corazón palpitándole muy fuerte en la oscuridad. Cuando se cansaba de estar allí acostado totalmente espabilado, mientras se le pasaban por la cabeza todo tipo de hipótesis sobre lo que le habría ocurrido a su amigo y sobre qué negocios turbios estaría llevando su casero en el inmueble, encendía la radio y escuchaba las noticias. Pero lo que escuchaba aún lo llenaba más de angustia. Las noticias eran cada vez peores. Parecía que el gobierno inglés no hacía otra cosa que expresar su apoyo incondicional al presidente Bush y su retórica beligerante. Cada vez se enviaban más tropas al Golfo, listas para la invasión. Además de su asistencia semanal al *salat al-jama'ah*, Munir se levantaba ahora a menudo a rezar en mitad de la noche, en el dormitorio de invitados donde había colocado una estera expresamente para ese propósito. En su *du'a* le pedía a Alá que se apiadara del mundo y no lo sumiese en una guerra horrible. Decía esas oraciones en voz alta, sintiéndose más solo y desamparado que nunca mientras le salían las palabras de la boca y se escabullían sin ser escuchadas en la oscuridad de la noche de Birmingham.

Munir sabía que no era la única persona que se oponía a la guerra. Sabía, de hecho, que la mayoría de los ingleses estaban de su lado. Le consolaron un poco las grandes manifestaciones que se celebraron en todas las ciudades importantes el 15 de febrero. Desfiló codo con codo con sus conciudadanos y escuchó los discursos enardecedores y aplaudió y gritó, y cuando regresó de noche a casa vio las noticias en el televisor de Benjamin, y que una multitud aún mayor, una gran multitud, se había congregado en Hyde Park en Londres. Pero en el fondo sabía que el primer ministro haría caso omiso de todas esas protestas. Había dado comienzo un proceso imparable. La historia (cuyo fin habían anunciado prematuramente algunos escritores hacía más de una década, con la derrota del comunismo) estaba cogiendo una velocidad tremenda, creciendo como un río implacable y arrollador que pronto desbordaría sus orillas; y esa corriente, se temía Munir, se llevaría por delante a millones de personas hacia un destino desconocido que no controlaban.

De noche, continuaron llegando extraños a la casa; seguían oyéndose ruidos sordos, pisadas de gente que subía y bajaba la escalera. Munir pensó en llamar a la policía, pero sabía que en realidad no tenía nada que contarles, y creía que no le iban a tomar en serio. En vez de eso, colocó una silla cerca de la ventana de su bajo, y se pasó muchas noches allí sentado, con un ojo puesto en el televisor y otro en la calle. Era una situación lamentable. Se había convertido en alguien que espiaba entre las cortinas, y eso le hacía sentirse muy mayor.

Una noche, unos días después de las manifestaciones pacíficas de febrero, una niebla muy espesa invadió la ciudad. Munir, sentado junto a la ventana y escrutando el exterior de cuando en cuando por la rendija de las cortinas, ni tan siquiera podía distinguir la verja del jardín, que solo quedaba a cinco o seis metros de la entrada. Sí pudo oír, en cambio, unos pasos en la calle. Alguien llevaba merodeando por allí cinco minutos por lo menos. Quienquiera que fuese tenía una manera de andar peculiar, vacilante e irregular. Incluso era posible que hubiera oído los pasos de más de una persona, aunque esa vez no escuchó voces. Al poco rato, decidió investigar. Cogió su paraguas cerrado del paragüero (era bastante pesado, y probablemente un arma bastante útil) y salió afuera en plena oscuridad tenebrosa e invernal.

La niebla se enroscaba en las farolas color ámbar en espirales fluctuantes. Munir vivía en una calle tranquila; de noche no había ruido de tráfico, y en cuanto abrió y cerró la puerta de la entrada, oyó cómo la persona que había estado merodeando por allí se daba la vuelta y se alejaba. Se acercó corriendo hasta la verja y aguzó el oído. Los pasos que se alejaban no eran muy rápidos; más bien parecían fatigosos y, de nuevo, irregulares. Tras unos segundos se desvanecieron en la nada, y el desconocido invisible desapareció.

Munir no se sentía a gusto. Decidió quedarse un rato junto a la verja del jardín. Salió a la calle y se sentó en el murete que delimitaba su pedacito de jardín delantero. Los ladrillos estaban helados; un frío punzante atravesó rápidamente la fina sarga de sus pantalones y se extendió por sus nalgas. Así es como le salen a uno hemorroides, pensó; pero al poco rato el dolor había desaparecido, y Munir permaneció allí sentado, temblando un poco pero a la vez disfrutando de la cruda frescura de aquel aire neblinoso. Solía poner demasiado alta la calefacción en su cuarto de estar, así que ahora se dio cuenta de que en realidad era un ambiente un poco asfixiante.

Al poco rato, volvió a oír las pisadas.

Supo que se trataba de la misma persona. Los pasos eran pesados, lentos y cuidadosos; la clase de pasos que uno asociaría con un anciano. Quienquiera que fuese, por lo visto se había asustado con la presencia de Munir, pero después había cambiado de opinión y decidido regresar a la casa. Munir se enderezó, se puso de pie, y trató de distinguir algo entre la niebla, a la vez que sujetaba bien el paraguas. Pocos segundos más tarde, vislumbró una figura, aún semioculta por la niebla cambiante; al principio poco más que un borrón más denso en la oscuridad, de contornos vagos y mal definidos. Luego, cuando el bulto se acercó más, se dio cuenta de que no era un hombre.

Era una mujer, que caminaba despacio pero con una determinación inexorable, apoyándose pesadamente en un bastón y mirando hacia delante con unos ojos fijos en el horizonte con bulbosa intensidad (como los de alguna criatura nocturna asustada), pero que no parecían ver nada. Vestía un abrigo marrón oscuro de piel de imitación

que le llegaba por debajo de las rodillas, dejando entrever sus gruesas pantorrillas y sus tobillos enfundados en unas medias de lana color carne. Llevaba la cabeza envuelta en una pañoleta, atada bajo la barbilla. Tenía la cara pálida, cubierta por una gruesa capa de maquillaje, y los labios hinchados le brillaban gracias a una generosa ración de carmín.

La cara también parecía hinchada y enfermiza, y era una mujer corpulenta, pero al mismo tiempo había algo en ella imperioso y magnífico. La pesadez de su cuerpo indicaba un carácter dominante; lo mismo que la implacable fijeza con la que miraba hacia delante. Mientras se incorporaba lentamente y observaba cómo surgía aquella voluminosa aparición entre los retazos de niebla, a Munir le entró cierta aprensión, intimidado.

La mujer se detuvo a pocos metros de él y apoyó todo su peso en el bastón, jadeando. Sus protuberantes ojos de pez se posaron en Munir, y cogió aliento para hablar.

—¿Vive aquí? —le preguntó.

—Sí —respondió Munir.

—¿Y Benjamin también vive aquí?

Como la respuesta a esa pregunta era complicada, y como pensó que ella quizás quisiera descansar, y como quería averiguar más cosas, Munir contestó:

—Parece un poco cansada. ¿Quiere pasar un momento?

La mujer negó con la cabeza. Repitió su pregunta, y Munir le explicó que Benjamin había vivido allí hasta hacía poco, pero había desaparecido un par de meses atrás, y nadie sabía adonde había ido. Se disculpó por no poder darle más datos.

Algo pareció marchitarse en el interior de la mujer al oír aquello. Su cuerpo se replegó sobre sí mismo. Fue como si menguara de estatura ante los ojos de Munir.

—Gracias —dijo.

—No paro de intentar ponerme en contacto con Benjamin —añadió él—. Si al final lo consigo, ¿quiere que le dé algún recado?

—Dígale solamente —dijo la mujer, volviéndose para marcharse— que Cicely ha preguntado por él.

Munir no reconoció el nombre. No le decía nada. En un silencio atónito observó cómo se alejaba trabajosamente aquel cuerpo voluminoso, hasta que las cortinas de niebla se arremolinaron en torno y lo apartaron de su vista, igual que un telón que se cierra tras el último acto de un drama interminable.

Para Paul y Malvina el piso de Mark enseguida se convirtió en algo más que su picadero. Empezaron a considerarlo su casa; su piso compartido. Lo que no quiere decir que salieran por ahí a elegir papeles pintados y a comprar tostadoras y cafeteras. Pero era donde se encontraban todos los días, y donde pasaban varias horas cada vez, no solo para hacer el amor sino para charlar, comer juntos, beber vino y ver la tele. Fue el lugar donde comenzaron a verse a sí mismos como una pareja.

Para empezar, Paul nunca había tenido intención de ir allí. Aquella noche de principios de diciembre habían dejado la fiesta de los «hombres más elegantes de Inglaterra» para ir a comer algo juntos en Joe Allen's, un restaurante a pocas calles de distancia, frecuentado sobre todo por actores y famosillos de todo tipo. Antes de que hubieran pedido nada, sonó el móvil de Paul avisando de la llegada de un mensaje. Era de Doug Anderton.

Cuesta dejar las viejas costumbres, ¿eh, Paul? Creía que eras más elegante... Cuídate, Doug.

—Mierda —dijo Paul, tras leer el mensaje.

—¿Qué pasa? —preguntó Malvina.

—Alguien nos ha visto salir juntos.

Cerró los ojos y los apretó mucho, intentando convencerse de que aquello no estaba ocurriendo. ¿Iban a tener que pasar por todo eso otra vez? Se quedó mirando a Malvina, que a su vez le miraba preocupada pero confiada, y él se sintió impotente, víctima del deseo que lo atenazaba, consciente de todo el tiempo que habían perdido, el tiempo que debían recuperar. Y entonces su mano se topó con las llaves que llevaba en el bolsillo (las llaves del piso de Mark en el Barbican), e inmediatamente supo que esa era la solución. Estaba a kilómetros de distancia de Kennington; la prensa no sabía nada de él, y nunca le encontrarían allí. Estaba bien situado, era seguro, y además estaba vacío.

Habían cogido un taxi una hora más tarde, y se quedaron toda la noche.

El esquema que no tardaron en adoptar (pasar las noches de los lunes, los martes y los miércoles en el piso, y encontrarse allí a veces a la hora de la comida cuando la agenda de Paul lo permitía) se vio desbaratado enseguida por las navidades y el Año Nuevo. Malvina se quedó en el Barbican la mayor parte del tiempo, pero Paul se vio forzado, para salvar las apariencias, a pasar dos o tres días en las Midlands con su mujer y sus hijas. Hasta tuvo que soportar una noche en Rubery con su hermana y sus padres, que acabó convirtiéndose en una reunión extraordinaria sobre la desaparición de Benjamin. Paul no sabía muy bien a qué venía tanto jaleo. Su hermano era un adulto de cuarenta y dos años. Podía cuidar de sí mismo. No terminaba de

convencerle la idea de que estuviera atravesando una especie de depresión por el hecho de que su mujer (de la que llevaba separado más de un año) estuviese embarazada de su nuevo novio. A Lois le parecía significativo que se hubiera acercado en coche hasta York, poco antes de abandonar el país, para dejar sus papeles en manos de su hija Sophie, cuyo dormitorio era demasiado pequeño para que cupiesen todos. Pero una vez más Paul no veía qué tenía aquello de especialmente siniestro. Para él siempre había estado muy claro que Benjamin perdía el tiempo escribiendo aquella novela interminable. Así que por fin se había dado cuenta. ¿No había que celebrarlo? Pero, al parecer, nadie opinaba lo mismo. El resto de la familia le dijo que aquello era inhumano por su parte; pero en realidad no lo era. Simplemente se moría de impaciencia porque echaba mucho de menos el cuerpo desnudo de Malvina.

Enero fue un mes idílico. Hubo pocos asuntos parlamentarios que lo distrajeran, y pudieron pasar días y noches enteras juntos. Al mismo tiempo, Paul estaba ayudando a redactar las últimas páginas del informe de la Comisión para Asuntos e Iniciativas Sociales, que (estaba convencido) sería bien recibido por la dirección del partido y recibiría considerable atención por parte de la prensa. El informe iba precedido de una cita de Gordon Brown, tomada del *Financial Times* del 28 de marzo de 2002: «El Partido Laborista nunca ha estado más a favor del libre mercado, de la creación de riqueza y de la competencia entre distintas empresas». Recomendaba encarecidamente que se ampliase aún más el papel del sector privado en las empresas públicas, haciendo especial hincapié en la salud y la educación. Aconsejaba, por ejemplo, que se debería animar a los ambulatorios a ceder sus servicios de gestión y de asistencia al sector privado. Asimismo, las administraciones de las escuelas estatales deberían empezar a contratar privadamente equipos directivos. «El ingrediente esencial del que el sector público sigue careciendo, y que el sector privado es perfectamente capaz de aportar», había escrito Ronald Culpepper, «se puede resumir en una palabra: Gestión». La objeción de que esas iniciativas habían fracasado en un pasado reciente (en el caso de la privatización del sistema ferroviario, por ejemplo) era rotundamente rechazada como «derrotista».

La conclusión del informe se celebró en una reunión extraordinaria de El Círculo Cerrado en la primera semana de febrero de 2003. La única ausencia, en esa ocasión, fue la de Michael Osborne, que se encontraba en pleno gabinete de crisis con la junta directiva de Meniscus Plastics. Desde su nombramiento como director general, a pesar de su programa radical de racionalización y despidos forzados, que había supuesto el cierre del departamento entero de Investigación y Desarrollo de la fábrica de Solihull, las acciones de la compañía habían comenzado a caer y parecía que los costes operativos se estaban disparando. Era muy probable que tuviera que dimitir otra vez, y andaba ocupado en renegociar los aspectos más delicados de su indemnización. Paul le había llamado para preguntarle por eso esa misma tarde, y por lo visto estaba de buen humor. Igual que Paul, cuando dejó el Rules Restaurante poco

antes de las once. Le mandó un mensaje a Malvina desde el taxi, preguntándole si podría aparecer por el piso del Barbican sobre las doce.

Pero cuando llegó allí, sobre las once y media, se llevó una desagradable sorpresa. Giró la llave en la cerradura solo para descubrir que las luces ya estaban encendidas, y su cuñado Mark estaba sentado en el sofá, viendo la televisión.

—¿Paul? —dijo, poniéndose de pie—. ¿Qué haces aquí?

Paul farfulló una excusa sobre que volvía a casa, después de una cena en la City, y había decidido pasarse por el piso para echar un vistazo, porque hacía mucho tiempo que no le daba por ahí. Luego le preguntó si podía usar el baño, y una vez dentro miró alrededor buscando huellas de Malvina y trató de recordar, desesperado, si había dejado algo de ella en el dormitorio. Sabía que había unos condones en el cajón de la mesilla. Debía intentar quitarlos de allí enseguida. Mientras tanto, le envió un breve mensaje diciéndole que no apareciera por allí y se fuese a su casa inmediatamente.

—Entonces ¿por qué has vuelto? —le preguntó a Mark, al regresar al cuarto de estar—. ¿Para pasar unos días de vacaciones?

—No, Reuter ha decidido que ya no necesita a dos personas en Indonesia. Uno de los terroristas de Bali ya ha confesado, y aparte de eso no hay mucho que hacer allí. Están repatriándonos a la mayoría por si tienen que mandarnos a Oriente Medio.

—Ya —dijo Paul—. Así que te vas a quedar una temporada...

—Todo depende del presidente Bush, en realidad. Y de tu queridísimo primer ministro, claro.

—Entonces, ¿cuánto tiempo... —Paul intentó que pareciera una pregunta casual— te vas a quedar, más o menos?

Mark lo miró con curiosidad y se echó a reír.

—Creía que serías tú precisamente el que me lo pudiese decir a mí, Paul. ¿No se supone que tenéis que votar muy pronto sobre eso?

Las semanas siguientes, dio la sensación de que todo el mundo quería saber qué iba a votar Paul con respecto a la guerra. El debate en el Parlamento tendría lugar el 26 de febrero. Se había presentado una moción más blanda, confirmando la aprobación de la resolución 1441 del Consejo de Seguridad de la ONU, y expresando el apoyo a «los continuos esfuerzos del gobierno en Naciones Unidas para desarmar a Irak de sus armas de destrucción masiva»; pero era mucho más interesante la enmienda moderada del bipartito, presentada por el laborista Chris Smith y el conservador Douglas Hogg, que insistía en que el Parlamento «considera que aún no se han presentado las pruebas necesarias para una intervención militar en Irak». Nadie esperaba que el gobierno fuera a salir derrotado, pero la gente hablaba de una importante rebelión de los diputados sin cargo alguno, que debilitaría considerablemente la autoridad de Tony Blair e incluso le haría recapacitar sobre su

apoyo aparentemente incondicional al presidente Bush. Por supuesto, se sabía perfectamente quiénes eran los defensores a ultranza del «no a la guerra»; pero también había decenas de diputados laboristas que aún tenían que manifestar una opinión clara sobre si estaban a favor o en contra de la invasión de Irak liderada por Estados Unidos; y Paul era uno de los más señalados entre ellos. Los periodistas lo asaltaban cada vez que se acercaba al Palacio de Westminster, ansiosos por saber si ya había tomado una decisión; los disciplinarios del gobierno le acosaban por los pasillos del Palacio, soltando indirectas poco sutiles sobre que un voto a favor de la enmienda sería malo para su carrera parlamentaria; mientras que, de vuelta en las Midlands, los miembros de su distrito electoral (que formaban un grupo compacto en contra de la guerra) le presionaban para que votara conforme a sus intereses y le amenazaban con excluirlo si no lo hacía.

Sin embargo, en lo que se refería a Paul, la voz más persuasiva en la campaña contra la guerra procedía de mucho más cerca. Era la de Malvina.

El hecho de ya no poder ir al piso de Mark había sido un golpe muy duro. Malvina ya no tenía un sitio propio en Londres; la relación de su madre con su novio de Cerdeña había terminado mal (como todas las relaciones de su madre), así que le había pedido a Malvina que abandonara el apartamento de Pimlico. Pero a ella no le fastidiaba especialmente. Ahora que volvía a salir con Paul, parecía que nada era capaz de echar a perder su felicidad. Le habían aceptado un par de poemas en una revista literaria de poca tirada pero bastante prestigio, y eso no hacía más que contribuir a su euforia. En lo negativo, su madre también había regresado a Londres, pero por lo visto Malvina se lo tomaba en buen plan.

—A lo mejor deberías irte a vivir una temporada con ella —le había sugerido Paul.

—Estarás de broma... Ni siquiera sé dónde vive.

—¿Qué? —dijo él, incrédulo—. ¿No la ves nunca?

—No si puedo evitarlo. Si quiere verme, me puede llamar al móvil, y podemos salir a tomar un café. Eso es lo máximo que estoy dispuesta a hacer.

—¿Le has hablado de nuestra relación?

—Para nada. A lo mejor cuando las cosas sean un poco menos... complicadas entre nosotros. Pero no hay prisa. Ya me da igual lo que piense de mí.

Entretanto, Malvina se había mudado a una casa en Mile End, que compartía con otras tres ex estudiantes. No había ninguna posibilidad de que Paul fuera a visitarla en aquel sitio, y a la vista de los constantes correos y mensajes enigmáticos de Doug Anderton, seguía estando bastante paranoico con la idea de volver a llevarla al piso de Kennington. En cambio, encontraron un hotel a desmano cerca de Regent's Park que no era caro, ni tampoco demasiado deprimente, y empezaron a verse allí. Malvina hacía la reserva y pagaba con su tarjeta de crédito, y Paul se la reembolsaba en metálico. Estaba bien como recurso provisional, pero enseguida necesitarían algo más estable. A ninguno de los dos se le ocurría nada. Y, tras quince días así, Paul

empezaba a desesperarse.

El hotel tenía poca clase, y todo el aspecto de necesitar una reforma desde hacía al menos treinta años, pero una de sus ventajas era que todas las habitaciones con baño disponían de una enorme bañera, y era en una de ellas donde estaban metidos la noche del 25 de febrero de 2003. Malvina estaba en el extremo de los grifos. Estaban bebiendo Prosecco, y mientras Malvina descansaba con los pies apoyados contra Paul (uno en cada hombro), él la acariciaba suavemente entre las piernas, formando con los dedos jabonosos una película de espuma en medio de su vello púbico. No lo hacía de una manera sexual, para llevarla al orgasmo; su gesto tenía algo de amistoso y desenvuelto, aunque a juzgar por cómo se revolvía Malvina de cuando en cuando, y cómo se apoyaba en uno u otro lado soltando numerosos suspiros y gemidos, parecía que el resultado era bastante placentero.

—No acabo de entender —estaba diciendo— qué te lo impide. Sabes en lo que crees. Así que mañana solo puedes votar de una determinada manera, ¿no?

—Es muy fuerte eso de votar en contra del propio partido. No se puede hacer a la ligera.

—Pero «no se han presentado las pruebas necesarias para una intervención militar en Irak». No es más que una pura evidencia, ¿no?

Paul se quedó callado.

—¿Te has dado cuenta de cómo nos ha mirado el tipo de recepción esta noche? —dijo después de un rato—. Me pregunto qué pensará de nosotros.

—Pues está bastante claro, diría yo —le contestó Malvina, con una risita ahogada de satisfacción.

—Estás muy *relajada* con este tema —dijo Paul, en un tono casi lastimero.

—¿Qué tema?

—Toda esta... farsa. Meternos en un hotel, firmar con diferentes nombres, toda la parafernalia esta de tener un rollo. Parece que no te descoloca nada.

—¿Y por qué iba a descolocarme?

—Estaba pensando... en aquel día en Oxfordshire ya hace tanto tiempo... Me dijiste que nunca te enrollarías conmigo.

—Las cosas cambian —dijo Malvina. Se incorporó y le dio un sorbo a su Prosecco—. Y la gente también. Además, la otra alternativa es aún peor.

—¿Qué alternativa?

—No verte.

—Esa no es la única —dijo Paul. Se detuvo un momento, escogiendo sus palabras cuidadosamente—. Creo que he tomado una decisión, ¿sabes?

Malvina sonrió, se echó hacia delante y le besó tiernamente con la boca entreabierta.

—Suena bien. ¿Pero me va a gustar?

—Creo que sí. Voy a dejar a Susan.

Ella se echó hacia atrás otra vez, sorprendida.

—¿Qué?

—Que la voy a dejar. Quiero estar contigo todo el tiempo. Y es la única manera.
¿No te alegras?

Malvina no sabía qué decir.

—Bueno... Sí, pero... No tienes por qué hacerlo, Paul. Me conformo con lo que tenemos ahora.

—¿Pero cómo puedes estar contenta?

—No sé, pero lo estoy. Funciona. Y nunca te he pedido que dejes a Susan, ¿no?
—Se rio incómoda, y para salvar el silencio herido que sus palabras habían provocado en Paul, añadió—: creía que estábamos hablando de la guerra.

Paul siguió sin decir nada; se limitó a beberse su Prosecco a sorbos cargados de rencor.

—¿Cuándo pensabas decírselo? —le preguntó Malvina.

Él meneó la cabeza.

—No sé.

Después de eso, a ella solo se le ocurrió una forma de ponerle de buen humor. Levantó las caderas de Paul hasta que quedaron fuera del agua, se inclinó hacia delante, se metió la punta de su pene flácido en la boca, y luego practicó un minuto de vigoroso ejercicio con la cabeza y el cuello. Pareció que funcionaba.

Horas más tarde, Malvina se despertó sobresaltada y vio que Paul yacía insomne a su lado, con los ojos completamente abiertos y la mirada perdida en la penumbra de la habitación del hotel.

—Eh —dijo, acariciándole el pelo—. ¿Qué pasa?

—El debate empieza dentro de unas horas —respondió Paul—. ¿Qué voy a hacer?

—Haz lo que te dicte el corazón —dijo Malvina, y se acurrucó contra él mientras los ruidos de la ciudad empezaban a llegar hasta su ventana.

Al día siguiente, Paul permaneció sentado durante todo el debate. Se alargó seis horas. Los bancos traseros y las tribunas laterales de los parlamentarios estaban a rebosar. Y las gradas del público, igual.

Paul no tomó la palabra. Escuchó mientras Kenneth Clarke decía:

Si hoy nos preguntamos si se han presentado las pruebas necesarias para emprender una guerra, creo que esta cámara debería responder no; en cambio, sigue habiendo argumentos para darles más tiempo a otras alternativas pacíficas con las que reforzar nuestros objetivos... Pero tengo la sensación de que ya se ha fijado una fecha antes de que en Irak haga demasiado calor.

Paul estaba de acuerdo con eso. Cualquier persona razonable lo estaría, pensó. Escuchó mientras Chris Smith decía:

Puede que todavía haya ocasión de una intervención militar pero de momento

parece que el calendario lo fija el presidente de los Estados Unidos.

Paul se unió a los gritos de «¡Eso, eso!», y luego miró alrededor, tras dejarse llevar por el entusiasmo, a ver si alguno de los disciplinarios del partido se había fijado en él.

Escuchó mientras Tony Blair decía:

Creo que las pruebas que hemos presentado contra Irak son válidas. Y espero que la gente, una vez las escuche y las estudie en detalle, acepte que tenemos la obligación de actuar y emprender una guerra, y no porque queramos, sino porque Saddam Hussein ha violado las resoluciones de las Naciones Unidas.

A Paul no le convencía mucho aquel argumento. Nunca lo había hecho. Y seguía desconcertándole cómo aquel hombre, aquel hombre que se suponía que tenía unos principios, se agarraba a aquellas verdades a medias y no se dejaba apartar (ni por la opinión pública, ni por las palabras de sus colegas) del camino que había elegido: aquel camino estrecho y sin curvas de ningún tipo. No tenía lógica. *¿Por qué hacíamos eso? ¿Por qué nos empeñábamos en ver una amenaza en un país pequeño y empobrecido a miles de kilómetros de distancia, sin vínculos probados con el terrorismo y un arsenal de armas viejas que había sido desmantelado hacía años bajo el escrutinio de los inspectores de Naciones Unidas?*

Seis horas eran demasiadas para permanecer en el mismo sitio escuchando los discursos. A pesar de que el debate era cada vez más acalorado, Paul empezó a distraerse. Se puso a pensar en Malvina y en las ventajas de dejar a Susan, y también en aquel hotel cutre de Regent's Park, y en la mirada insolente del joven que estaba en recepción. Y entonces le vino otro pensamiento a la cabeza. De hecho, llevaba días allí agazapado, aguardando en la sombra, pero esa noche se adelantó valientemente hasta primera fila y ocupó el centro del escenario. Era un pensamiento escandaloso, pero no podía reprimirlo por más tiempo.

Pensó: Si emprendemos una guerra contra Irak, a Mark también lo mandarán allí y podremos volver a usar su piso.

Y eso era lo que más deseaba en el mundo.

Ciento veintiún parlamentarios laboristas desafiaron al gobierno aquella noche, y votaron a favor de la enmienda de los rebeldes. Pero Paul no fue uno de ellos. Al final del debate, se pasó al bando del No, y luego huyó de Westminster tan pronto como pudo, esquivando a los periodistas y sus compañeros parlamentarios.

Había hecho lo que le había dictado el corazón, que ahora, en consecuencia, le latía sin tregua mientras regresaba a casa por las calles vacías.

Primavera

A Claire le llevó casi tres meses dar con Victor Gibbs. No le fue nada fácil. Treinta años antes, en aquellos tiempos ya inimaginables sin ordenadores ni Internet, habría sido imposible.

Incluso ahora, había necesitado recurrir a la ayuda ajena, aun sabiendo que era un error. Pero no hubo alternativa. Su primera búsqueda en el ordenador había arrojado un resultado de miles de personas apellidadas Gibbs, y escribir a las que además tenían la inicial V no produjo más respuesta que cartas devueltas o breves y corteses declaraciones que confirmaban que se había equivocado de individuo. Pero al final, tras unas cuantas semanas de decepciones de ese tipo, recordó que Colin Trotter había trabajado como jefe de personal en Longbridge, y aun siendo reacia a hacerlo, decidió confiar en él.

Se había puesto nerviosa ante la idea de hablar con el padre de Benjamin por teléfono, pero lo encontró mucho más simpático de lo que esperaba. Ahora que el propio Benjamin había desaparecido, le explicó Colin, le daba la sensación de que entendía un poco mejor lo que debían de haber pasado Claire y su familia. Ella le aseguró que se trataba de dos casos muy diferentes: que Benjamin era un adulto (o, al menos, un hombre de mediana edad), que sabía lo que hacía, que podía cuidar de sí mismo, que se había marchado por decisión propia y demás.

Le preguntó si no habían vuelto a saber nada de él en los dos últimos meses. Colin le contestó que no, y pareció que no tenía nada más que añadir sobre el tema. Pero aceptó regresar a su oficina de Longbridge en los días siguientes, y mirar en los archivos a ver si constaba en alguna parte que Gibbs había trabajado allí. Era un hombre de palabra. A los pocos días, llamó a Claire por teléfono y le dijo que Gibbs seguía en la lista del antiguo fichero, y que en 1972 había dado una dirección de Sheffield para sus parientes. Claire comprobó si la dirección ya venía en las listas previas de su ordenador y descubrió que un miembro de la familia continuaba viviendo allí. Resultó ser el hermano de Victor. Le escribió, fingiendo ser una administrativa de Longbridge e inventándose una historia sobre que la empresa había decidido pagarles una pensión extra a los antiguos empleados. Pasaron un par de semanas antes de que se viera recompensada con una respuesta en la que le proporcionaban la dirección de Victor Gibbs en aquel momento; vivía en la costa del Mar del Norte, en el condado de Norfolk.

El último día de febrero de 2003, fue en coche hasta allí para verlo.

El tiempo aún era peor que el día que había visitado la biblioteca de la Universidad de Warwick, y el viaje le llevó mucho más tiempo. Se puso en marcha hacia Malvern a las nueve de la mañana y llegó cinco horas después. Agotada y

rendida, dejó el coche en un aparcamiento de pago y fue andando hasta el paseo marítimo. La lluvia, avivada por aquel viento azotador, le daba en la cara y se le metía en los ojos. Las olas batían grises y mates contra el guijarral, y había entrado una niebla vaporosa que lo humedecía todo. Enseguida sintió escalofríos.

Era un viernes por la tarde, y la ciudad estaba muerta. Había un par de salones recreativos abiertos, que llenaban la calle de una neurótica mezcla de ruidos electrónicos (en parte por el sonido intermitente de las propias máquinas de juego, y en parte por el estruendo de música *dance* que salía de aquellos altavoces implacables), pero había pocos clientes dentro, y las tiendas y los cafés estaban bastante vacíos. Claire se envolvió todo lo que pudo en su gabardina forrada, y se dio cuenta de que tiritaba de un modo incontrolable; pero no solo por el frío, sino por el temor que le producía la perspectiva del encuentro con el que estaba a punto de castigarse. Había pensado que tal vez durante el largo trayecto se le ocurriría alguna estrategia para aquel encuentro; o por lo menos algo que decir, aunque solo fuera la primera frase. Pero seguía teniendo la mente en blanco. Y estaba aterrorizada. No tenía ni idea de cómo sería aquel hombre, ni de cómo reaccionaría ante su inesperada aparición, así que debería improvisar. Lo que más miedo le daba era que se pusiera agresivo. Pero debía estar preparada incluso para eso.

Se había aprendido la dirección de memoria, y a los pocos minutos se encontró delante de una estrecha casa adosada de tres pisos, a unas cuantas calles del paseo marítimo. Los telefonillos parecían indicar que había sido dividida en tres pisos; supuestamente, Victor Gibbs vivía en el piso B, aunque no ponía ningún nombre bajo aquel timbre en concreto. Apretó el botón, oyó un timbrazo lejano y esperó. No ocurrió nada.

Claire apretó el botón unas cuantas veces más. Notó que se movía una cortina de encaje en el bajo, y pronto surgió una sombra tras el cristal esmerilado de la entrada. Una mujer abrió la puerta y dijo:

—¿Busca al señor del piso de arriba?

—Sí —dijo Claire—. Me llamo...

A la mujer le daba igual.

—Debe de estar en el pub. En el Wellington, probablemente. No tiene pérdida; solo tiene que doblar la esquina, está a medio camino en esa calle.

—¿Y cómo lo voy a reconocer? —preguntó Claire.

—Es moreno (creo que se tiñe), cazadora de cuero, y siempre se sienta en la misma esquina, al lado de los dardos. Lee el *Express*. Lo reconocerá enseguida.

Claire masculló unas palabras de agradecimiento. La mujer asintió con la cabeza y cerró la puerta.

El pub (como, por lo visto, el resto de la ciudad) estaba medio vacío. Una máquina de discos tocaba una canción horrible de Simply Red, y no había nadie

detrás de la barra. Claire distinguió a Victor Gibbs casi inmediatamente, y sintió de golpe un escalofrío de aprensión, aunque parecía un tipo corriente, tal como lo había descrito su vecina, quien ni siquiera se había equivocado en lo del periódico. Al final consiguió que la atendieran. Pidió un vaso de agua con gas, y se lo llevó hasta una mesa de la esquina, donde se sentó cerca de Victor Gibbs. Bebió en silencio a su lado unos minutos, echándole un vistazo de vez en cuando, sin preocuparse de pasar inadvertida, sino más bien todo lo contrario. Empezó a tranquilizarse un poco. Calculaba que tendría unos cincuenta y muchos años. Tampoco era que tuviera muy mala pinta, al menos no tan mala como su hermana había dejado entrever llamándolo «Victor el Vil». Estaba leyendo las páginas de deportes, y la siguiente vez que levantó la vista, le sonrió. Él le sostuvo la mirada un momento, receloso, ligeramente incrédulo. No parecía un hombre que estuviera acostumbrado a que las mujeres le sonrieran en los pubs. Seguramente pensó que era una buscona, y esa no era la impresión que quería darle. Tal vez debía acercarse a la barra y comprar una cajetilla para poder pedirle fuego; pero no fumaba desde la noche del concierto de Benjamin, en diciembre de 1999. Con solo dar una calada, probablemente le entraría un ataque de tos.

Gibbs estaba viendo los resultados de las carreras y contrastándolos al lado con un bolígrafo azul, y eso fue lo que le dio una idea a Claire. Sacó del bolso su agenda, la abrió, y luego hizo que hurgaba en el bolso, como si se hubiese olvidado algo. Después suspiró aposta y se inclinó un poco hacia Gibbs.

—Perdone —dijo, señalando su boli con la vista—. ¿Me lo podría dejar un momentito?

Él volvió a dedicarle la misma mirada recelosa e incrédula, y le pasó el bolígrafo sin decir palabra. Ella garrapateó una tontería en la agenda, y luego se recostó en su asiento un momento, como pensando en algo, mientras apoyaba el boli en la boca, abstraída.

—Ah, perdone —dijo, como volviendo en sí, y le tendió el bolígrafo para devolvérselo.

Gibbs sonrió.

—Da igual. Quédeselo. Será por falta de bolis...

Claire le devolvió la sonrisa.

—Gracias.

—Parece cansada —dijo él, apartando el periódico.

—Es que llevo horas conduciendo.

—¿Ah, sí? —Dobló el periódico cuidadosamente, alisando las dobleces con decididos gestos de su mano—. ¿De dónde viene?

—Birmingham —le respondió Claire, mintiendo.

—Ah, del viejo Brum... —dijo él—. Lo conozco bien. Viví allí varios años.

—¿En serio?

—Pero ya hace mucho, la verdad.

—¿En qué parte? Yo soy de Harborne.

—Ah, yo no vivía lejos. En Bournville. Trabajaba en la fábrica de Longbridge.

—Qué pequeño es el mundo —dijo Claire, dándole un sorbo a su agua.

—¿Qué la trae por Cromer?

Ni siquiera había pensado una respuesta para esa pregunta; pero se le ocurrió una muy obvia rápidamente.

—He venido a ver a mi hermana.

—Ya. La está esperando, ¿no?

Claire negó con la cabeza.

—Es médico. Se suponía que iba a tener el día libre, pero... ha tenido una urgencia. —Se le había agotado el ingenio, pero pareció que él no lo notaba—. Ha tenido que acercarse al ambulatorio y no saldrá hasta la noche. —Se quedó mirando a Gibbs y vio que casi había mordido el anzuelo—. Entonces —concluyó—, ¿qué demonios se puede hacer en Cromer una lluviosa tarde de viernes?

Gibbs se puso de pie.

—Bueno —dijo—, puede empezar por tomarse una copa.

Claire se dio cuenta de que en realidad nunca había hecho una cosa así: abordar a un hombre, coquetear con él; y estaba asombrada de lo fácil que era. Lo único que tenía que hacer, en gran parte, era escuchar. Al principio Gibbs no estaba nada hablador, pero después de otra jarra de cerveza y un whisky o dos se volvió muy charlatán. A Claire casi la conmovió lo ansioso que se puso; ansioso de impresionarla, de hacer un buen papel. Habló un montón de las carreras y del sistema que había inventado para vencer a los corredores de apuestas, y de cómo gracias a eso, se sacaba una media de veinte libras a la semana. Parecía que, últimamente, las apuestas eran su pasión. También jugaba a las quinielas y gastaba más de cincuenta libras en billetes de lotería todos los miércoles y sábados; y cuando ya habían bebido bastante, sacó a Claire de allí para demostrarle su experiencia en los salones recreativos. Practicaron ese juego en el que montones de monedas de diez peniques se tambalean al borde de un estante que se mueve hacia atrás y hacia delante, dando la impresión de que, con solo dejar caer otra moneda de diez en el momento justo, una catarata de dinero suelto saldrá en cascada de la máquina, yendo a parar a tus manos. Gibbs le explicó que estaba todo amañado y que más de la mitad de las monedas estaban pegadas al estante, pero que a veces se podía obtener algún beneficio si ganabas unas cuantas monedas en la primera docena de intentos y luego te pasabas directamente a otro estante o a otra máquina. Le enseñó a Claire cómo se hacía, y ella se quedó allí al lado, viéndolo jugar con ojos de admiración, e inclinándose de vez en cuando hacia él para añadir algún comentario estúpidamente halagador. Le dejó echar las monedas un par de veces a ella misma. La segunda vez que lo intentó ganó una libra con ochenta centavos, y Gibbs se rio y aplaudió

divertido, y le puso la mano en el hombro.

Cuando se fueron de allí y se dirigieron andando hacia el café más cercano, ella pensó si cogerle del brazo pero decidió que era pasarse un poco.

Se sentaron el uno frente al otro en una mesa con la superficie de formica y pidieron dos capuchinos.

—Con espuma —dijo Gibbs. Iban a dar las cuatro, y la luz del exterior empezaba a menguar. La lluvia se arrojaba furiosa contra las ventanas.

Claire había elegido con cuidado la mesa. Estaba en un pequeño rincón del café, y Gibbs estaba sentado de espaldas a la pared. Para salir, tendría que intentar escurrirse por su lado. Si empujaba la mesa hacia él, quedaría completamente encajonado. De hecho, estaba atrapado. Lo que significaba que se iba aproximando el momento oportuno, y ya no había forma de prolongar por mucho más tiempo el enfrentamiento.

Veía que el propio Gibbs también estaba ansioso por que las cosas fueran más lejos. Miró el reloj y dijo:

—Después de tomarnos esto, deberías acompañarme hasta mi casa. Podríamos ver la tele o algo. Tengo una baraja.

Claire asintió, sin demasiado empeño.

—¿A qué hora tienes pensado ir a ver a tu hermana?

—Bueno, la verdad... —Le miró directamente a los ojos, y esbozó una sonrisa como avergonzada—. El caso es que... no te he dicho la verdad, Victor.

Él le devolvió la mirada, sin comprender nada.

—¿Tu hermana no vive aquí?

—No tengo una hermana —dijo Claire con voz tranquila— se murió.

—Ah. —Era evidente que no sabía qué responder a eso—. Lo siento mucho, Claire.

—Por lo menos... estoy prácticamente segura de que está muerta. Desapareció hace mucho tiempo. Casi treinta años, nunca volví a saber nada de ella.

Gibbs la observaba atentamente, empezando a pensar quizás que estaba trastornada.

—Vaya —dijo—, entonces... ¿Qué haces en Cromer? Has dicho que habías venido a verla.

—¿Te importa si hablamos de ella un momento?

—No, no. Claro que no. Lo que tú quieras. —Cambió de postura sobre su asiento, notando de repente, a cierto nivel inconsciente, que estaba atrapado por la mesa. Empezaba a cambiar totalmente de actitud.

—En realidad, Victor —dijo ella—, tengo la sensación de que tú seguramente la conociste.

—¿Que la conocí? —Se echó a reír—. ¿Pero de qué vas? Si tú y yo acabamos de conocernos hace un par de horas.

—Tengo una carta aquí —dijo Claire, y sacó un papel doblado del bolso. Era una fotocopia en color de la original, la mejor que se podía conseguir en la biblioteca

local—. Es la última carta que mi hermana les escribió a mis padres. ¿Te importaría echarle un vistazo?

Gibbs le cogió la carta y la extendió sobre la mesa. Se quedó mirándola con los codos separados, descansando la barbilla en las manos. Permaneció así un buen rato. No se movió, no levantó la vista. Claire esperaba que dijera algo. Era consciente de los murmullos de la mesa de atrás, y del ruidoso chisporroteo de la máquina de hacer capuchinos.

Gibbs levantó por fin la vista, y deslizó la carta hacia ella por encima de la mesa. Su expresión no decía nada, pero la cara estaba un poco más exangüe y le temblaba ligeramente la mano.

—¿Qué te parece? —le preguntó Claire, cuando el silencio se instaló aún más entre los dos.

Gibbs se encogió de hombros.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? No me preocupan mucho los problemas de los demás.

—Pero es que es tu problema —dijo Claire, y añadió—: creo que fuiste tú quien escribió esa carta.

Tras un par de segundos, Gibbs intentó levantarse.

—Debes de estar chalada —le soltó. Pero tenía las piernas atrapadas contra el borde de la mesa—. ¿Me dejas salir, por favor?

—Siéntate, Victor. Tenemos que hablar de esto.

—¡No hay nada de que hablar! —dijo alzando la voz—. No te conozco ni a ti ni a tu maldita hermana, y creo que debes de estar loca o algo parecido. Seguro que te has escapado de un manicomio.

—Tengo otra carta —le explicó Claire—. Una carta que le escribiste a Bill Anderton.

Por un momento, aquello le pilló a contrapié y se volvió a sentar; el tiempo necesario para que ella le dijera:

—Ese nombre sí lo recuerdas, ¿no? Y puedo demostrar que son de la misma persona. Están escritas con la misma máquina.

Gibbs intentó levantarse otra vez, empujando con más fuerza que nunca el borde de la mesa.

—En mi vida he oído hablar de él —siseó—. Te has equivocado de persona.

—Siéntate, cabronazo mentiroso de mierda —se oyó decir Claire a sí misma. Y, de repente, era a ella a la que le temblaba todo el cuerpo, la que había perdido el control de la voz, la que sentía que empezaba a escapársele la situación de las manos. Estaba aterrorizada por el grado de odio que había en la cara de Gibbs—. Siéntate, por favor. *Siéntate*. No voy a ir a la policía ni nada parecido. No he venido hasta aquí persiguiéndote.

—Entonces ¿Para qué cojones has venido?

Estaba empujando tanto la mesa contra ella que le dolía. Sentía el borde afilado

clavándose en su vientre.

—¡Para ya! —le gritó—. ¡Para! —Furiosa consigo misma, se dio cuenta de que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Solo quiero *saber*, Victor. Solo quiero saber lo que le pasó a mi hermana. Yo no era más que una niña. Pero ella tenía veintiún años. Y solo quiero *saber*.

Él la miró furioso por última vez, con una malevolencia concentrada, inflexible.

—Pues a *mí* no me lo vas a sacar —dijo, y con esa última palabra le pegó tal empujón a la mesa que Claire salió disparada hacia atrás, cayéndose de la silla, chocando primero con la mujer que estaba sentada detrás para acabar luego esparrada en el suelo. Gibbs se abrió camino desde el rincón y pasó por encima de ella. Al hacerlo tiró un tazón al suelo y el café tibio le cayó a Claire en la cara, por encima de la pechera de la gabardina, y sobre las manos. Gibbs salió corriendo, y en un segundo estaba fuera del café. Los demás clientes se quedaron mirándolos. Alguien se acercó y ayudó a Claire a levantarse. Sollozaba.

—¿Te ha hecho daño ese cabrón? —le decía un hombre.

La chica de la barra sentó a Claire en una silla y se puso a limpiarle la gabardina con un paño de cocina.

—No llores —repetía una y otra vez—. No llores. Un hijo de puta como ese no se lo merece.

La ciudad estaba envuelta en un manto de oscuridad. Claire estaba sentada, encorvada, en el paseo marítimo, con las extremidades doloridas por el frío, y el cuerpo entumecido por llevar sentada más de una hora en el mismo banco de cemento. Detrás de ella, en la calle principal, pasaba de vez en cuando algún coche silbando por la humedad. Delante, a pocos metros del banco, el mar batía como lo hacía siempre: el susurro regular y monótono de las olas contra el guijarral. Claire tenía un moratón en la mejilla, justo debajo del ojo izquierdo, donde se había dado contra una silla al caer al suelo. Se lo tocó, examinándolo con los dedos, y guiñó el ojo al percibir la magulladura. Sopló una ráfaga de viento más fuerte de lo normal desde el mar y empezó a tiritar otra vez; necesitaría tomarse algo caliente antes de regresar al coche. La esperaban otras cinco horas de trayecto, y esta vez de noche. Y estaba muy cansada. Tal vez debería buscar un hotel donde alojarse, pero le parecía una perspectiva demasiado deprimente. Sabía cómo sería la cosa: bolsitas de té y sobrecitos de café instantáneo en una bandeja junto a la cama, un viejo televisor portátil hecho polvo, y los fantasmas de miles de huéspedes previos. Tenía que volver a casa. Le sentaría bien aquel viaje tan largo, le serviría para distraerse.

Pero no se movió. Algo la retenía en aquel banco, a pesar del frío, a pesar de la aversión a aquella ciudad que había ido creciendo en su interior. Continuó allí sentada, sin llorar más, sin pensar en nada, sin tan siquiera oír el invariable ruido de fondo de las olas y los coches. Muy a lo lejos en el mar, en lo más profundo de

aquella nebrura turbia, parpadeaban luces misteriosas. Y, mientras tanto, Claire se había quedado paralizada. Completamente helada y empapada hasta los huesos, no acababa de imaginarse qué sería capaz de arrancarla de allí.

Al poco rato (no habría podido decir exactamente cuándo; el paso del tiempo se había convertido en algo inconmensurable privado de significado) oyó unos pasos que se acercaban, y luego la voz de un hombre que se dirigía a ella.

—Te vas a morir como sigas ahí sentada.

Claire levantó la vista. Era Victor Gibbs. La niebla y la lluvia le hacían parecer esquelético y desaliñado. Ella bajó los ojos de nuevo.

A pesar de que no le había invitado a hacerlo, él se sentó a su lado. Se inclinó hacia delante, y al principio no dijo nada.

—Te pareces un poco a ella —dijo Gibbs por fin—. Tendría que haberme dado cuenta en cuanto te vi.

Sin moverse, con una voz casi inexpresiva, Claire preguntó:

—¿Te acuerdas de cómo era mi hermana?

—Claro. La recuerdo muy bien.

Claire cambió de postura, apartándose unos centímetros de él. Se abrigó la garganta con el cuello de la gabardina.

—No sé mucho —dijo Gibbs con voz ronca, tras una larga pausa—. Pero te diré lo que sé.

Exteriormente, Claire ni se inmutó. Pero se había puesto tensa. Tenía el cuerpo rígido de pura expectación.

—Había un tipo en la fábrica —empezó Gibbs—, una especie de amigo mío. Se llamaba Roy Slater. No trabajamos juntos ni nada. Yo estaba en administración, y él en el taller. Pero acabamos conociéndonos, aunque no recuerdo cómo. Supongo que sería en un mitin o algo así. Teníamos algunas cosas de esas en común. Políticamente, opinábamos lo mismo.

—Leí algo sobre él en los archivos de Bill Anderton —dijo Claire, distante, sin entonación alguna—. Era un facha, ¿no?

Eran otros tiempos —dijo Gibbs—. Se tenía más libertad para decir lo que uno pensaba. De todas formas no voy a negarte que Slater era un hijoputa. Como yo en esa época. Robé dinero del Comité de Beneficencia (falsifiqué algunas firmas; era bastante bueno en eso, lo sigo siendo, por cierto), y al final me despidieron. A los pocos años me pillaron haciendo lo mismo en otra empresa y ya me metieron un tiempo en chirona. Eso me hizo aprender la lección, y no volví a meterme en líos.

Sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo y le ofreció uno a Claire. Ella negó con la cabeza.

—No creo que Slater tuviera nada en contra de tu hermana. No sé si sabría siquiera quién era. Pero ella tuvo la mala suerte de encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. Se entrometió sin querer.

»Esto fue lo que pasó. Te acuerdas de los atentados de Birmingham, ¿verdad?

Cuando el IRA hizo saltar por los aires aquellos dos pubs del centro de la ciudad y murieron un montón de personas. Pues después de eso había muy mal ambiente. En toda la ciudad, pero en la fábrica sobre todo. Mucho sentimiento antiirlandés. Muchísimo. Y no era solo lo que se decía, sino... lo que se hacía. Apalearon a irlandeses por todas partes. Ya había un sentimiento antiirlandés en la fábrica antes, pero esto era completamente distinto. Y Slater siempre estaba dispuesto a provocarlo más que nadie. Odiaba a los irlandeses. Los odiaba a muerte. Supongo que solo era cuestión de tiempo que pasara a la acción.

»El caso es que no haría más de una semana desde los atentados cuando se fijaron en uno. Había un edificio donde los tíos se duchaban después de su turno, y cogieron allí a este tipo (era un tío joven, de unos veintitantos o así) y tres o cuatro de ellos lo sacaron a rastras del edificio, con Slater a remolque, y le dieron un buen repaso. Pero los tipos esos no querían darle solo una paliza; el plan no era ese. Querían cargárselo. Y se lo cargaron. Le reventaron la cabeza con un martillo o algo y liquidaron al pobre hombre. Fue un trabajito de profesionales. Hicieron que pareciera un accidente. Así fue como salió en los periódicos a los pocos días.

—Jim Corrigan —dijo Claire de repente, cuando el nombre surgió de nuevo en su conciencia tras una ausencia de más de veinticinco años.

—¿Qué?

—Lo leí. Se llamaba así. Salió en la revista del colegio. —Ahora recordaba perfectamente aquel día. Se encontraba en la vieja Ikon Gallery de John Bright Street, hojeando ejemplares atrasados de *El Tablón*, cuando se había topado con aquel artículo. Mientras lo leía, había espiado a la madre de Phil, que se estaba viendo a escondidas con Miles Plumb, el profesor de historia del arte—. Recuerdo que en aquel momento me pareció horrible. Tenía una mujer y un niño. Dijeron que le había caído una máquina encima.

—Sí, seguramente ese era el tipo.

Gibbs se quedó callado. Se oyó en la distancia el repentino bramido de la sirena antiniebla de un barco.

—Pero no me entero —dijo Claire por fin—. ¿Qué pinta Miriam en toda esta historia?

—Ya te lo he dicho —continuó Gibbs—, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Estaba *allí* cuando lo hicieron, ¿entiendes? En el edificio de las duchas. Lo vio todo. —Le dio una calada a su cigarrillo, y sacudió la ceniza sobre el suelo—. A saber qué hacía allí. Eso nunca lo entenderé.

Claire lo sabía.

—Había ido a encontrarse con Bill —dijo—. Era uno de los sitios donde solían verse. —Se echó hacia atrás y cerró los ojos, tratando de recordar todos los detalles, cualquier cosa que pudiera ser una pista. ¿La relación de su hermana con Bill estaba en crisis en ese momento? Creía que sí—. ¿Y qué pasó después?

—Eso no lo sé —dijo Gibbs—. Supongo que Slater hablaría con ella y le diría

que tuviera la boca cerrada. Pero no le bastaba con eso. La chica era testigo de lo que habían hecho, así que alguien tendría que deshacerse de ella. Slater me contó más tarde que fue él mismo. Siempre fue un fanfarrón de mierda, pero creo que decía la verdad. Me imagino que ella trataría de irse directamente a casa, pero él la seguiría y..., bueno, no sé lo que haría exactamente. Me dijo que la había dejado junto a un embalse. Esa misma noche volvió allí, le ató unos pesos y la tiró al agua.

—¿Y luego —dijo Claire con voz trémula— te pidió que escribieras esa carta? ¿Y tú lo *hiciste*?

Gibbs apagó el pitillo y se quedó allí sentado lo que pareció una eternidad, mirando al mar, impassible.

—Le deseaba lo peor a tu hermana. No me preguntes por qué. Era así.

No tenía nada más que decir. Y Claire tampoco tenía nada más que preguntarle. Al poco rato, él se puso de pie, entumecido.

—Bueno, ya te lo he contado. Vete a la policía si quieres. Ya me da igual.

Se dio la vuelta y se fue. Claire oyó cómo se alejaban sus pasos. No lo vio marchar.

Veinte minutos después, cuando había asimilado lentamente todo lo que Victor Gibbs le había contado, Claire se dio cuenta de que había otra pregunta que quería hacerle: ¿Qué había pasado con Roy Slater? ¿Seguía vivo? Se acercó rápidamente hasta el piso de Gibbs, corriendo a trechos, pero ya con la premonición de que iba a ser demasiado tarde. Cuando llegó, se encontró la puerta de la entrada abierta y a su vecina del bajo en medio del umbral.

—No sé qué le habrá dicho usted —dijo la mujer—. Pero se ha marchado. Ha salido en el coche hace nada, con dos maletas. Se lo ha llevado todo. —Se puso a seleccionar un montón de periódicos gratuitos de la mesa de la entrada, tirando la mayoría a un cubo de basura negro—. Tampoco es una gran pérdida —añadió secamente—. Llevaba meses sin pagar el alquiler.

Una tarde, muchos años después, cuando Philip les estaba haciendo una visita a Claire y a Stefano en Lucca, ella les contó lo que había pasado ese día, y les dijo:

—Y luego, mientras volvía a casa en el coche, me puse a pensar en los atentados del pub y en cómo le habían destrozado la vida a Lois, claro, por lo que le pasó cuando estaba en La Taberna de la Ciudad con Malcolm esa noche; pero no solo a ella, sino también a Miriam indirectamente, por lo que vio pasar en Longbridge y lo que le hicieron; y en que eso significaba que también habían destrozado la mía, porque durante años fui incapaz de pensar como es debido o de enrollarme bien con algo, por andar siempre preguntándome lo que le habría pasado a Miriam; y en que, de alguna manera, habían arruinado además la de Patrick, porque también acabó obsesionándose con Miriam, como una forma de compensación, supongo, del daño que le hicimos al separarnos cuando era tan pequeño. Y me puse a pensar en todas las demás familias, en todas las demás personas a las que les había cambiado la vida ese acontecimiento, y en cómo podías volverte loca tratando de remontarte al origen del asunto, tratando de señalar a alguien con un dedo acusador, ya os imagináis, retrocediendo hasta los comienzos del problema irlandés hasta que acabaras diciendo algo así como: «¿Tendrá Oliver Cromwell la culpa de que Lois haya tenido que pasar tantos años en un hospital? ¿O de que mataran a Miriam?». Y eso que, en cierta forma, aunque suene fatal, los atentados de Birmingham fueron una pequeña atrocidad, si los miras desde un punto de vista estadístico, comparados con Lockerbie, o comparados con los atentados de Bali, o los del once de septiembre, o con el número de civiles que murieron durante el 2003 en la guerra de Irak. Así que ¿Qué pasaría si intentarás explicar todas esas muertes, todas esas vidas destrozadas, si trataras de rastrear todos esos acontecimientos hasta sus orígenes? ¿Te volverías loca? Quiero decir, ¿es una locura intentar hacerlo o es lo único realmente sensato que se podría hacer: enfrentarse al hecho de que, por motivos más o menos graves, gente totalmente normal, gente totalmente inocente vea cómo le destrozan la vida fuerzas que escapan a su control, ya sean acontecimientos históricos o tener la mala suerte de salir de casa el día que un conductor borracho pasa por allí a ciento y pico kilómetros por hora? Pero ni siquiera así se puede echarle la culpa a la cultura, la cultura que le dijo que es cojonudo conducir a esa velocidad o la que le convirtió en un alcohólico; y como ya os he dicho, a lo mejor esa es la única cosa sensata que se podría hacer, dejar de encogerse de hombros y de limitarnos a decir: «La vida es puro azar» o «Estas cosas pasan», porque cuando vas hasta el fondo todo tiene una causa. Todo lo que un ser humano le hace a otro es el resultado de una decisión que se tomó en algún momento del pasado, ya fuera esa misma persona u otra distinta, hace veinte o treinta años, o doscientos o dos mil, o puede que el miércoles anterior.

Y Philip dijo:

—¿Estás borracha o qué, Claire? Nunca te había oído decir tantas tonterías.

A lo que Claire respondió:

—Me he bebido como las dos terceras partes de esta excelente botella de Bardolino en media hora, es cierto.

Philip dijo:

—En resumidas cuentas, si una persona a la que quieres ha sido víctima del terrorismo (la han matado en un ataque terrorista, por ejemplo), da igual que el terrorista lo hiciera porque fuera un psicótico o porque piense que le han hecho daño a su país o a su religión o lo que sea. El caso es que la persona a la que quieres está muerta, y la persona que lo mató fue la que puso la bomba o pilotó el avión o lo que fuera. No te importan los motivos. *No debería haberlo hecho*. Roy Slater mató a tu hermana porque era un hijo de puta. Siento ser tan tajante, pero es que es así.

Claire dijo:

—Sí, ¿pero *habría ocurrido* si no hubiese sido por los atentados?

Philip dijo:

—Puede que no a esa persona en ese momento. Pero habría encontrado motivos para cargarse a otra. ¿Y qué fue de él, por cierto?

Claire dijo:

—Es curioso, después de eso no sentí ninguna curiosidad por Slater. Fue como si me hubiera vaciado de todos esos sentimientos. Patrick investigó un poco un par de años después. Y averiguó que había muerto hacía tiempo. En la cárcel. De un enfisema.

Philip dijo:

—Tiene gracia. Patrick nunca me lo ha contado.

Claire dijo:

—Lo único que intento decir es que aquel día en Norfolk me hizo darme cuenta de que hay pautas. Hay que molestarse en buscarlas, pero cuando las descubres puedes abrirte camino entre todo ese caos, ese azar y esa casualidad, y seguir el camino que te lleva a los orígenes del asunto y decir: «Ah, *ahí* empezó todo».

Philip dijo:

—Serías bien tonta. Lo que hay son individuos. *Individuos malvados*, así de simple, y esa es la gente con la que hay que tener cuidado; y aunque haya alguna razón para que se comporten de esa forma, nueve de cada diez veces no tiene nada que ver ni con la historia ni con su cultura. Tiene que ver con su psicología y con las relaciones humanas. Otras personas los han hecho como son. Los padres, la mayoría de las veces.

Claire dijo:

—Entonces habrá que preguntarse qué ha hecho a los padres así.

Philip dijo:

—¡Pero eso es imposible! No harías más que remontarte cada vez más atrás y no acabarías nunca.

Claire dijo:

—No, no es imposible. Difícil sí. Muy difícil. Pero es lo que deberíamos hacer.

Stefano salió también a la terraza; traía una botella de vino tinto con la que les volvió a llenar las copas.

Claire dijo:

—Huele estupendamente. ¿Cuánto va a tardar aún?

Stefano dijo:

—Otra media hora, más o menos. No se puede apurar un *risotto*.

Volvió a meterse en la casa. Claire y Philip les dieron un sorbo a sus respectivos vinos mientras la lúgubre luz de aquel atardecer de septiembre arrojaba largas sombras y bruñía las antiguas piedras de la *piazza* que tenían debajo.

Philip dijo:

—La gente debe asumir la responsabilidad de sus propios actos, nada más. Mira a Harding. Puede que lo echaran a perder sus padres, no sé. Pero eso les pasa a muchas personas y acaban llevando vidas relativamente inofensivas. Él eligió convertirse en la persona en que se ha convertido.

Claire dijo:

—Nunca me has contado lo que pasó cuando fuiste a verlo.

Philip dijo:

—Pues te lo cuento ahora.

—Harding también estaba en Norfolk. Aunque no en la zona donde estabas tú, sino en la otra punta del condado, en la parte occidental. La dirección que me habían dado era una granja aislada, a unos cuantos kilómetros al sur de King's Lynn. Al principio de los pantanos.

»No recuerdo la fecha exactamente, pero debió de ser a finales de marzo, porque iba escuchando la radio por el camino y los americanos ya llevaban un par de días bombardeando Irak. “Asustar e intimidar” era la expresión. No podías escuchar la radio cinco minutos seguidos sin que algún estratega militar soltara algo sobre lo de “asustar e intimidar”. Se me hacía raro conducir por aquel paisaje vacío, después de dejar la carretera principal (enseguida todo se vuelve muy silencioso en Norfolk, puedes dejar la civilización atrás rápidamente), y lo único que escuchaba en la radio eran descripciones de matanzas y destrucción, y a todos aquellos tipos americanos hablando orgullosos de lo muy *intimidados* que debíamos de sentirnos todos los demás. Supongo que no es muy difícil intimidar a alguien si eres el país más rico del mundo, y te gastas la mitad de esa riqueza en máquinas diseñadas para dejar a la gente hecha mierda. De todos modos, se puede intimidar de muchas maneras, ¿no? A veces es un paisaje el que te produce esa sensación. Y aquel es tan bonito, tan tranquilo... Kilómetros y más kilómetros de extensiones de agua. Solo tú y los pájaros. ¡Y esos cielos de Norfolk! En verano son asombrosos. Aquella tarde estaba

gris, gris plateado. Pero lo que resultaba realmente impresionante era... el *silencio*; sobre todo, acabando de salir de una ciudad. Apagué la radio, y antes de ponerme a buscar la casa, paré el coche, apagué el motor, y me bajé solo para escuchar un rato aquel silencio.

»Estaba claro por qué había elegido irse a vivir allí.

»La casa se veía desde kilómetros de distancia. No tenía bosques alrededor, y el terreno era completamente llano. Lo único que se podía ver eran matas de juncos, y esos canales navegables tan curiosos que construyeron hace siglos, pero que siguen estando perfectamente derechos y dándote toda la impresión de estar hechos por el hombre. Un paisaje la mar de curioso. Distinto de todos los que conozco. Muy abierto, en cierta forma, pero a la vez tan remoto que no acababas de imaginarte a nadie yendo a buscarlo allí. Me pregunté si ese sería su objetivo; si se escondía de algo, o de alguien. Creo que la policía lo ha estado buscando más de una vez en estos últimos años, por las cosas que ha dicho y que ha colgado en Internet, y por los CDs también, claro. Pensé que quería desaparecer una temporada, para dejar pasar el asunto en el que anduviera metido.

»Veía venir humo desde donde estaba la casa, pero cuando llegué allí, me di cuenta de que no provenía del edificio principal, sino de la chimenea de una caravana vieja que tenía aparcada en el patio. Había un par de mujeres viviendo en ella (o chicas, más bien), no sé cómo las habrías llamado tú, tendrían unos veintipocos años. Él las llamaba Scylla y Caribdis, y no conseguí averiguar qué hacían allí, aparte de ayudarle con parte del trabajo de la granja. Eran muy guapas las dos. No sé de dónde las habría sacado ni cómo las habría convencido para que se fuesen allí.

»El caso es que aparqué el coche al lado de la caravana y me quedé allí sentado un rato, mientras intentaba aclarar las ideas. No sabía qué iba a decirle, ni tampoco por qué había ido hasta allí, en realidad. Supongo que por curiosidad, sobre todo. Quería saber cómo la persona que habíamos conocido en el colegio (o, más bien, a la que habíamos creído conocer) podía haber cambiado tanto. Imagino que descubrir en qué se había convertido Harding había hecho que se tambalara todo mi pasado (nuestro pasado en común), y esperaba volver a ponerlo derecho de alguna forma, que pareciera que todo aquello tenía alguna lógica. Mantener el caos a raya una vez más. Pero también había otra razón. Quería preguntarle por Steve. Por lo que le había hecho en el colegio. Quería saber cómo podía justificar aquello, aunque solo fuera cara a sí mismo.

»Me quedé allí sentado como cinco minutos, y luego me acerqué hasta la entrada y llamé tan fuerte como pude.

»No lo habría reconocido en la vida. De hecho, durante un par de segundos tuve claro que me había confundido de casa. Llevaba una visera (después me di cuenta de que era porque se había quedado casi completamente calvo), unas gafitas de montura de acero y una barba muy espesa que le llegaba prácticamente hasta el pecho. Iba vestido con un traje entero de tweed, un chaleco color mostaza y un pañuelo al

cuello; vamos, toda la parafernalia habitual; se había reinventado a sí mismo como el típico caballero granjero inglés, aunque a juzgar por el estado de los campos por los que acababa de pasar, todavía no le había pillado el punto a lo de granjero. Tampoco es que pareciera muy fuerte físicamente (se le notaba un poco de chepa al andar, y estaba bastante escuálido), pero lo que realmente me llamó la atención fueron sus ojos. Estaban cargados de agresividad. ¿Recuerdas si ya era así en el colegio? Quiero decir, se dio cuenta de quién era yo, se acordaba de mí, y esperaba verme, pero en sus ojos había una hostilidad y una *susplicacia* tremendas. Como si estuviera esperando a que yo dijera una sola palabra mal dicha para explotar. Y eso ya desde el primer momento. Ni una pizca de confianza. Desde luego no se fiaba de mí; ni de nadie, ya puestos. No se fiaba del mundo.

»Evidentemente, el primer problema que tuve fue que no sabía cómo llamarlo. Había averiguado que ya no le gustaba que lo llamaran Sean. Ahora prefería el John inglés, John Harding. Supongo que le sonaba a inglés de verdad. Me acordaba de que su padre era irlandés, pero cuando lo mencioné más tarde no me hizo ni caso. En un determinado momento me dijo que su padre solo era irlandés por una generación. Le dio mucha importancia al tema. Pero, en general, apenas habló de su padre. Me dijo que su madre era mucho más importante para él, y había fotos de ella por todas partes; en los estantes, en la repisa de la chimenea, sobre el piano... Era una señora que daba un poco de miedo, la verdad. Parecía una persona de los años treinta, no de los setenta. Como la típica ama de llaves que te provocaría pesadillas. En un par de fotos hasta llevaba monóculo.

»Tengo que decir que la casa estaba bastante ordenada y bastante limpia. Me dio la sensación de que Scylla y Charybdis se debían de encargar de eso. Tampoco es que hubiera mucho que ordenar ni que limpiar, la verdad. No creo que tuviera muchas cosas. Apenas había muebles, solo una mesa para comer y otra para trabajar; había convertido una de las habitaciones en su estudio, y tenía un ordenador en ella. Lo que sí había era libros por todas partes; no solo en el estudio, sino por toda la casa: en la cocina, en el pasillo, en el baño... Unos montones enormes. Libros de todas las materias. Mogollón de ellos sobre la historia y la topografía de la región, pero también cosas raras sobre ocultismo, brujería, paganismo... Y cantidad de clásicos. Novelas, cientos de novelas... No cosas contemporáneas, sino de autores del dieciocho y del diecinueve. Algo de política también, y de historia. *Mein Kampf*, por supuesto. Y un montón de libros sobre religiones orientales. Muchos sobre el islam. Todo muy ecléctico, he de decir. Bastante impresionante. No recuerdo que en el colegio leyera tanto.

»Lo más estúpido del caso es que no teníamos nada que decirnos. Por lo menos, estaba claro que a él no le apetecía nada entablar conversación, y parecía que lo que yo decía no le interesaba demasiado. Ya te imaginas; las típicas preguntas de “¿Qué tal estás?” y “¿A qué te has dedicado?” no nos llevaban a ninguna parte. Intenté contarle qué había sido de la gente del colegio, pero no quería saberlo. Ni siquiera

pretendió ser educado. “No recuerdo a nadie de toda esa gente”, me dijo. Ni se acordaba de Doug, ni de ti tampoco. Solo comentó: “Teníais todos los pies en la Tierra. No volabais muy alto”. No sé muy bien qué quería decir con eso. Por lo visto, la única excepción era Benjamin. Los ojos le brillaron un momento cuando mencioné a Benjamin. Me preguntó si había publicado ya su libro y le dije que no, que no había conseguido acabarlo. Le parecía una pena. Dijo que Benjamin tenía talento o algo así.

»Le conté que precisamente había sido Benjamin el que lo había redescubierto, el que se topó con la entrada que él había escrito en el libro de visitas de Dorset, y le pregunté si recordaba haberla escrito. Y me contestó que claro que sí, que era suya, pero que ya no escribía esas cosas. Dijo que Arthur Pusey-Hamilton estaba muerto y enterrado. Le pregunté hasta qué punto se había sentido identificado con el personaje, y me contestó que mucho; tenía la teoría de que para satirizar algo, o para parodiarlo como es debido, tenía que encantarte de alguna manera. Me contó que había desarrollado esa teoría en un libro bastante gordo en el que había estado trabajando, una historia del humor inglés, desde Chaucer hasta P. G. Woodhouse. Me habló mucho de todos los libros que había escrito. No se había publicado ninguno. Pero luego me dijo que había “renunciado” al humor, igual que alguien te diría que ha dejado el tabaco o se ha pasado a otra religión. Por lo visto, se había pasado una temporada en un monasterio (mira, otra cosa en común con Benjamin) y me habló de un santo llamado san Benito y de cómo sus monjes intentaban vivir siguiendo sus normas, y una de ellas era no gastar bromas, y otra no reírse demasiado. Decía que la risa no era santa, que no era digna. Parecía que ese tipo de términos (santidad, dignidad) se habían vuelto importantes para él. Los usaba mucho.

»Así que aproveché la oportunidad, y le dije que no acababa de ver nada santo en drogar a Steve Richards para asegurarse de que no pasara el examen de física, y que tampoco me parecía muy digno machacar a un profesor (tuvimos un profe de matemáticas una temporada, un tal señor Silverman) solo porque era judío. Y que, en cuanto a trabajar para un hatajo de matones nazis llamado Combat 18, o invertir dinero en bandas que escribían canciones celebrando el Holocausto, pues no acababa de ver cómo se podía justificar con ese tipo de palabras que usaba. Pero no pareció que la cosa le preocupara mucho. Dijo que había cometido errores en el pasado, que no iba a negarlo. Pero que admiraba de verdad a los *skinheads* y la gente que se tomaba en serio la “guerra racial” (esa fue la expresión que usó, “guerra racial”), la gente que la llevaba a la calle. Dijo que él no los llamaba “matones”, que los llamaba guerreros, y que el espíritu guerrero formaba parte de nuestro legado, de nuestro folclore. Así que le pregunté: “¿Y qué me dices de las revueltas de Bradford y Burnley y Oldham de hace un par de años, cuando no había quien controlara a todos esos grupos y andaban por ahí apaleando a la gente: señores mayores de Pakistán y de Bangladesh, de sesenta o setenta y tantos años, ¡abuelos!? ¿Qué tenía eso de grandioso?”. Y me contestó que la violencia era horrible, pero que si era la única manera de conseguir tu objetivo estaba justificada. Decía que aprobaba esas revueltas

y que las consideraba un paso positivo, y entonces fue cuando empecé a pensar que estaba un poco en las nubes, porque se puso a decir que él había ayudado a provocarlas, que algunas de las cosas que había escrito en Internet habían influido en que se produjeran.

»Y yo le dije: “Bueno, ¿y cuál es el objetivo en definitiva? Es que no lo entiendo. ¿Qué intentáis conseguir?”. Y me contestó que lo único que habían pretendido siempre los arios era vivir como querían, en paz y armonía con la naturaleza. Así que le pregunté: “¿Y qué os lo impide?”. Y me dijo que no podría ser mientras la tierra sufriera. Y que nuestra tierra sufría porque estaba siendo violada y contaminada por las grandes corporaciones, que estaban llenas de extranjeros, de gente que no sentía ningún respeto por nuestra tierra y no tenía ningún derecho a estar aquí, pero que las grandes corporaciones y el sistema político habían unido sus esfuerzos para que las cosas siguieran así, porque en eso se basaba su poder. Las tonterías habituales sobre la teoría de la conspiración. Decía que era una manera de perpetuar una cultura malvada y materialista que se basaba totalmente en la usura; y naturalmente creía que los judíos estaban detrás de todo.

»Y, por lo visto, por eso se había interesado tanto por el islam y se había convencido a sí mismo de que la *yihad* era una nueva vía. No es que pareciera que estuviera aprendiendo a pilotar un avión o que fuera a participar en algún ataque suicida o eso. Pero me aseguró que había conocido a Osama bin Laden, al que llamó “Usama” por alguna extraña razón. Supongo que para demostrar que lo conocía mejor que todos nosotros. Ahí fue cuando ya decidí que se había vuelto completamente loco. Decía que al-Qaeda y los guerreros arios estaban del mismo lado en lo fundamental, porque el verdadero enemigo era América y los sionistas que regían el mundo, aunque a partir de ese momento dejé de prestarle atención. Pero estaba a favor de la guerra de Irak, porque le parecía que provocaría más ataques terroristas en Occidente y eso era bueno.

»Hice una última intentona y le dije: “Pero ¿y qué pasa con todos los civiles iraquíes que van a morir en la guerra?”, y se limitó a repetirme que era muy triste, pero que la guerra era una trágica necesidad, y que aún se derramaría mucha sangre antes de que las cosas volviesen a su cauce. Y me aconsejó que leyera un ensayo que había escrito, titulado *Violencia y melancolía*. Estaba en Internet con todas sus cosas, me dijo, en una página que le habían creado sus amigos. A esas alturas, casi me alegré de escuchar que tenía amigos.

»Luego ya no hablamos mucho más. Salió un momento para hacerme un té y me puse a mirar su colección de discos. También resultaba bastante impresionante. Varios miles de álbumes, todos por orden alfabético, solo vinilos. Creo que abarcaban la mayor parte de la música clásica de Occidente. Cuando volvió se lo comenté y le dije: “No tienes mucha música de la que les gusta a los *skinheads* por aquí, ¿eh?”. Puso en marcha el disco que ya estaba sobre el plato giratorio (era Vaughan Williams, la “Rapsodia Norfolk número 1”) y lo escuchó en silencio mientras nos tomábamos el

té; y mientras lo escuchaba le cambió completamente la cara, ya no parecía agresivo ni paranoico, y hasta le salió a relucir una especie de belleza; durante un rato estuvo más a punto de sonreír que en toda la tarde. Pero cuando terminó parecía muy triste, y me dijo que debía de haber escuchado aquella música miles de veces, decenas de miles, pero que nunca se cansaba de ella. Era una de las piezas favoritas de su madre, decía. Así que le recordé que Vaughan Williams era socialista y le habría odiado a él y a todas las cosas en las que creía. Pero él me contestó que ese tipo de convicciones políticas eran superficiales, y que estaba claro que las auténticas creencias del compositor se reflejaban en su música. Y ante eso qué le ibas a responder...

»Justo antes de irme le conté lo que le había pasado a Steve Richards, cómo había pillado aquel trabajo tan bueno y se había mudado con su familia a Birmingham, pero a los pocos meses habían cerrado el departamento entero. (Por cierto, por culpa de un ex novio tuyo, ¿no, Claire?). Y Harding dijo que lo sentía pero que el verdadero problema era que Steve no era realmente inglés, que sería más feliz si regresaba a donde estaba su gente. Su “pueblo”, como le gustaba llamarla. Ahí ya perdí los nervios y le dije que era un auténtico gilipollas. Y me acordé de una cosa que Doug había dicho una vez de Harding, que sería deprimente reencontrarse con él porque seguramente se habría convertido en una especie de aparejador; pero nada podría haber sido más deprimente que aquello, pensar en toda aquella inteligencia, todo aquel sentido del humor, toda aquella malicia, y ver adónde le habían llevado al final. Qué triste. Le pregunté si se había casado, y me dijo que sí pero que ella se había muerto. Y volví a echarle un vistazo a la casa y me estremecí al pensar qué vida más mísera y más amarga y más solitaria se había buscado, ¿sabes?, pero tampoco me dio ninguna pena. No se podía *llegar* hasta él, ese era el problema, así que ¿Cómo iba a darte pena? Estaba más allá de eso. No le di la mano, solo me despedí y, mientras salía, le dije: “Dale recuerdos a Usama, por favor. Pregúntale si va a concederle una entrevista al *Birmingham Post* un día de estos”. Y él me contestó algo en árabe. Le pregunté qué significaba y me lo tradujo y dijo que era una cita del Corán. Quería decir: “Enséñanos el Camino Recto, el de aquellos a quienes les has otorgado Tu gracia, que no están tocados por la ira y no extravían la senda”.

»Luego cogí el coche y me fui. No me dijo adiós con la mano ni nada, pero se quedó en la puerta, viendo cómo me alejaba. Y ya no lo he vuelto a ver.

El cálido atardecer iba transcurriendo. Encendieron velas en la terraza, y después de cenar se quedaron allí sentados, Claire, Patrick y Stefano, hasta que se puso el sol y empezaron a cerrar los bares y la ciudad de Lucca se quedó casi en silencio. Solo se oían unas cuantas voces en la distancia y un rumor de pasos en las calles adoquinadas. Parecía que los acontecimientos de la primavera de 2003 habían tenido lugar hacía siglos.

Ya era de madrugada cuando Claire dijo:

—No sé qué se puede sacar de la historia de Sean. No creo que contradiga lo que os estaba diciendo. Si hay una excepción a todo eso es Benjamin y no Sean. *Eso* sí estoy dispuesta a admitirlo. No se le puede echar la culpa a nadie de lo que le ha pasado. Ahí sí que no hay una cadena de causa-efecto. Nadie le obligó a enamorarse de Cicely y pasarse veinte años de su vida obsesionado con ella. El único responsable es él.

Philip dijo:

—Pero lo cierto es... que ahora es feliz. Ha recuperado a Cicely, ¿no? Y eso es lo único que ha querido siempre.

—No creo que sea realmente feliz.

—¿Los has visto juntos?

—Me acerqué hasta allí una vez. No lo pude soportar. Ella estaba allí plantada en la silla de ruedas, dándole órdenes como si fuera un puto perro.

—Eso es por la enfermedad. Es una de las cosas que provoca la esclerosis múltiple.

—Da igual, no lo podía soportar.

—¿Pero no ves que es *feliz*, Claire? Ha vuelto a escribir, ¿lo sabías? Y a tocar. A mí me parece genial. Quiero decir, si lo hubieras visto hace unos años... O piensa en cuando desapareció y se fue a Alemania, y nadie supo nada de él en varios meses.

—Ya.

—Pues ahí está la cosa. Todos hemos acabado como queríamos, pero de diferente forma. Tú, yo, Doug, Emily. Piénsalo bien. Todos estamos encantados de la vida.

EL TREN DE MÚNICH

En las faldas de la montaña
la nieve raya los campos negros.
El crepúsculo se desliza en los balcones vacíos,
entre los postigos de las casas solemnes
de puro misteriosas, donde los niños
(debo suponer) crecen y los padres se aman
en una intimidad terrible.

Augsburg Ulm.

En mi cabeza,
tan solo esos nombres ya arrojan sombras azul marino,
tristes como las tardes de los domingos.

En paralelo a la vía,
corre ahora un canal líquido. Capas de hielo
flotan sobre ese verdigris, y junto a él la hierba
es beige como la alfombra de un piso reformado
que alguien se ha empeñado
en vender a toda costa.

Köln. Mannheim. Stuttgart.

En cualquiera de esos sitios
podría encontrar o construir
una casa. Pero igualmente
una luz pálida, indirecta, brilla aún
tras los Alpes distantes, y ese sol
pronto rozará con sus labios los suaves hombros
de ciudades que ni tan siquiera imagino:

No hay elección posible
cuando las posibilidades son infinitas.

Benjamin se quedó en un rincón de la Drogerie y cogió las dos cajas de preservativos, una en cada mano, tratando de descifrar las instrucciones en alemán. Estaba claro que había una diferencia importante entre ellas, pero no acababa de entender cuál. ¿El tamaño? ¿La textura? ¿El sabor? No tenía ni idea.

No había utilizado un preservativo en su vida. Increíble, si se paraba a pensarlo, pero cierto. Cicely y él no habían usado protección de ningún tipo (menudo par de inconscientes, ahora que lo pensaba), mientras que Emily para empezar tomaba la píldora y además..., bueno, al final no había habido necesidad. Así que sería una

nueva experiencia para él. Más importante aún, entonces, que eligiera bien.

Seguía dudando. Recordaba un episodio bastante vergonzoso de los años ochenta, después de que su grupo, Tontos en el Mar, actuase con mucho éxito en un centro artístico cerca de Cheltenham. En la furgoneta de regreso a Birmingham, los cinco habían jugado a un juego llamado «Privaciones». El reto del juego consistía en enumerar actividades supuestamente muy comunes que nunca hubieras realizado (aunque fuera para mal). Por cada miembro del grupo que sí las hubiese realizado, se te concedía un punto; lo que significaba que, cuantos más puntos obtuvieras, más raro les parecerías probablemente al resto de los jugadores. Benjamin había ganado la primera ronda, con un máximo de cuatro puntos, admitiendo (ante aullidos de incredulidad) que nunca había tenido relaciones sexuales con preservativo. Además, también ganó las diez siguientes, cada una con el máximo de puntos, confesando que nunca había probado la cocaína, ni fumado porros o tan siquiera un pitillo; tampoco había tenido relaciones sexuales al aire libre, ni conducido un coche a más de ciento treinta kilómetros por hora, ni se había echado un polvo sin más, ni había apostado a las cartas, ni hecho novillos, ni bebido más de tres jarras de cerveza en una noche, ni se había olvidado nunca del cumpleaños de su madre. Para más inri, ninguno de los otros jugadores fue capaz en ningún momento de sumar el máximo de cuatro puntos, porque daba igual lo que admitieran no haber hecho jamás: Benjamin tampoco lo había hecho. Solo hubo un momento en el que pareció que se iba a producir una excepción a esa regla, cuando Ralph, el batería, confesó todo pesaroso que no había mantenido relaciones sexuales con dos mujeres. «¡Ah!», había exclamado Benjamin triunfante. «Pues yo sí...». Pero entonces Ralph tuvo que explicarle que se refería a tenerlas *con dos mujeres a la vez*. Así que solo obtuvo tres puntos.

Benjamin volvió a mirar las dos cajas, y se dio cuenta, con gran dolor de su corazón, de que seguramente no importaba cuál comprara. Ya llevaba tres semanas en Múnich, y no había conocido prácticamente a nadie con quien hablar; ya no digamos a una mujer que quisiera acostarse con él. Intentó de nuevo descifrar el significado de aquellas palabras desconocidas, y acabó metiendo las dos cajas en la cesta. Al fin y al cabo, tenía un diccionario de alemán en el piso.

EL JARDÍN INGLÉS EN INVIERNO

El Jardín Inglés en invierno
está casi vacío. Bajo mis pies,
una mezcla casi derretida de hielo y barro.

Aquí el río es alpino,
y hasta en julio hace un frío de montaña.
Un pájaro solitario pasa rozando la superficie, receloso.
¿Qué clase de pájaro? No estoy muy seguro.

Cuesta imaginar entre estos grises,
estos árboles sin hojas (cuyos nombres
se me escapan), cómo en verano podrán brotar las flores
y tenderse las mujeres en esta orilla,
desnudas (eso me han dicho),
mientras ejecutivos trajeados apuran su almuerzo
de miradas furtivas con ojos hambrientos.

¿Qué flores serán esas, entonces?
¿Las que planean florecer entre los pinchos
de este arbusto achaparrado que no logro identificar?
Temblando, me pregunto dónde está la lluvia
que amenazaba este cielo de Múnich hace ya rato,
y siento el peso de mi ignorancia.

Debo alejarme de esta desventurada ciudad,
lastrada por nubes que podría describir
en detalle si conociera la terminología adecuada.
La belleza de esas chicas borrachas de sol
es lo suficientemente real en mis ensoñaciones.
Pero el invierno en el Jardín Inglés
me deja hoy helado con dos certezas castañas:

No estaré aquí
cuando vengan a desvelarla,
y nunca llegaré a ser un poeta bucólico.

Benjamin no había escrito poesía desde los tiempos del colegio. Sabía que le faltaba práctica, como en muchas otras cosas. Pero tras el fracaso continuado de *Inquietud* durante veinte años (el montón de papelotes que había generado, los cientos de horas perdidas peleándose con las interfaces Midi y el software de mezclas) ya no le apetecía nada más avanzado, tecnológicamente hablando, que un

boli y un cuaderno de ejercicios, ni ninguna forma literaria más compleja que un soneto. Todos los días, tras levantarse a duras penas de la cama sobre las diez o las once, se iba a uno de los bares o cafeterías que quedaban cerca de la universidad, y se ponía a escribir. La mayoría de los días no escribía nada. Normalmente tenía resaca de la noche anterior. Por las tardes buscaba un cine donde pusieran películas habladas en inglés y después regresaba a su piso y se bebía casi entera una botella de vino e intentaba escribir otra vez. Cuando no le salía ningún poema, trataba de escribir otra cosa (a menudo recuerdos en prosa de su vida pasada), pero nunca conservaba ninguno de aquellos desahogos. A veces ni se molestaba en releerlos por la mañana. La pobreza de sus propias experiencias había empezado a desagradarle. No tenía nada sobre lo que escribir. Y siempre que tomaba clara conciencia de ello, ya de madrugada, se bebía más de una botella de vino. Desarrolló cierto gusto por los licores, especialmente por el whisky de malta, aunque costaba encontrarlo en Múnich, y valía una fortuna. Una noche memorable (o, mejor dicho, una noche de la que luego no consiguió recordar nada) se bebió las tres cuartas partes de una botella de Talisker y vomitó sobre sus propios zapatos; cosa que no descubrió hasta que intentó ponérselos a la mañana siguiente. Sabía que debía parar. Pero no lo hizo.

Su alemán no acababa de mejorar ni su vida social de materializarse. Empezó a quedarse sin dinero, y a sentir cierta nostalgia por Morley Jackson Gray, por las bromas de la oficina y las agradables rutinas de la jornada laboral. Se había llevado el móvil con él. No tenía batería desde hacía meses, pero podría haberla cargado sin ningún problema. Podría haber llamado a Adrián, o a Tim, o a Juliet a la oficina; podría haber llamado a sus padres o a su hermana o a su sobrina; podría haber llamado a Philip o a Doug; podría haber llamado a Munir. Pero la batería siguió descargada. Benjamin estaba decidido a reinventarse a sí mismo antes de que toda aquella gente volviera a verlo. Regresaría triunfante, de un modo u otro.

SEXYLANDIA

Clavo la vista en sus pechos
porque me da menos vergüenza
que mirarla a los ojos.

Son azul cobalto (sus ojos, sí)
y tienen una pátina de tristeza, rabia, aburrimiento
—algo que, en todo caso, la hace humana.
Que no es lo que queremos—
ni yo, ni ninguno de los hombres (todos jóvenes, por cierto)
que la observan en la penumbra
mientras beben a sorbos el infecto vino tinto
que cuesta treinta euros. (La copa.)
Siguiendo estrictamente, quizás, las normas de la CEE,
ella es democrática, escrupulosa y justa.
Ya despojada, abandona el escenario
y nos va ofreciendo una generosa visión
de sus abundantes encantos a cada uno.

Soy el séptimo de la fila.
Después de que la música haya martillado
dieciséis compases más, aterriza
en mi regazo, o en sus intermediaciones.
Su pelvis se balancea, no exactamente en contacto con la mía,
tampoco de un modo mecánico, aunque sin duda
tiene el pensamiento en otra parte.
(Sonámbula. Sí, esa es la palabra.)
Y en mi cara, un pezón,
que el bardo que llevo dentro se siente honrado de cantar.

Sin embargo, no hay mucho que decir sobre eso
con lo que llena mi campo visual.
Es redondo y rosa, la pareja perfecta de otro,
a no ser que me equivoque de medio a medio,
y (apostarí la cabeza) lo ha succionado
fervientemente hace unas horas,
con los ojos cerrados y unos labios líquidos y voraces,
el recién nacido cuya cara arrugada
ya estará deseando besar otra vez.

La visita al local de *lapdance* le hizo tomar conciencia de que estaba tocando

fondo.

Ahora ya había muchos días en los que le costaba salir de la cama. Calculaba que debía de haber engordado unos seis kilos. Había dejado de afeitarse, solo para demostrarse a sí mismo que todavía tenía peor pinta con barba que sin ella. Desarrolló cierta adicción a la pornografía por Internet y empezó a embarcarse en extrañas prácticas masturbatorias en las que empleaba perchas de plástico, helado de Ben & Jerry, el cinturón de cuero de sus pantalones y una espátula. Notaba que las estudiantes que frecuentaban los cafés de la Schellingstrasse, ya fuera solas o en grupo, habían empezado a reconocerle y nunca se sentaban en la mesa de al lado si podían evitarlo. Se podía dar con un canto en los dientes cuando le salían más de seis versos en una semana.

Estaba asombrado de lo mucho que echaba de menos a Emily. Era lo último que se habría esperado. Cada vez fantaseaba más, no con románticos encuentros con bañistas adolescentes que practicaban *topless* en el Jardín Inglés, sino con pasar noches en casa con Emily, los dos juntos en el sofá, leyendo o viendo la tele. Descubrió que la cosa de la que tanto había necesitado escapar era ahora la que deseaba más ardientemente. Se dio cuenta de repente de ello una mañana antes del amanecer, mientras yacía en la cama completamente despierto, enredado entre las sábanas que llevaba meses sin lavar; de golpe y sin previo aviso, se puso a gemir de pura soledad en medio de la noche, sollozando como no recordaba haber hecho desde que era un crío. Lloró tanto que creyó que nunca iba a poder parar; lloró hasta que empezó a salir el sol, hasta que le dolió el pecho a fuerza de tantas convulsiones.

Benjamin dejó el piso esa mañana, y reservó habitación en un hotel por una sola noche, mientras decidía qué iba a hacer después. Durante el desayuno del día siguiente, leyó los periódicos ingleses (hacía siglos que no leía un periódico) y se enteró no solo de que los Estados Unidos e Inglaterra habían invadido Irak sin el visto bueno de una resolución de las Naciones Unidas, sino de que Bagdad estaba a punto de rendirse a las tropas aliadas. La indiferencia que le produjeron aquellas noticias lo alarmó. Quería sentir algo. Se dio cuenta de que se encontraba en un punto decisivo de su vida; ¿era el momento de volver a enlazar con el resto de la humanidad o de aislarse aún más? Lo que a su vez traía otra pregunta aparejada, una que había intentado evitar por todos los medios: ¿Por qué, en tres meses de viajes sin ningún disfrute, se había abstenido hasta el momento de hacer la cosa más obvia: visitar la abadía de St Wandrille? La respuesta era sencilla, si tenía suficiente valor como para plantarle cara. No podía soportar la idea de ir hasta allí porque le haría acordarse de Emily, de la vez que la habían visitado juntos y habían paseado por la orilla del río al atardecer, para luego asistir a *Complies* a la caída de la noche. Todo subrayaría horriblemente su ausencia. Pero allí era adonde tenía que ir.

AL DEJAR LA HABITACIÓN

Cuando dejé la habitación del Hotel Olympic,
le dije a la recepcionista con mi alemán imperioso:
«Querría pagar la cuenta, por favor»,
pero, cansado como estaba, me olvidé en ese preciso momento
de que debía devolver la llave
que llevaba en un bolsillo de los pantalones.

Pues Groucho Marx, Stan Laurel y Buster Keaton,
juntos los tres en un número y en plenitud de facultades,
una sola velada,
no habrían surtido el mismo efecto.
Se rio y se rio.
Se rio y se rio y se rio y se rio.
Se rio y se rio y se rio.

Al preguntarme si había usado el minibar,
apenas podía hablar por la risa.
Yo ya le había entregado la llave, pero daba igual.
Mientras contaba los billetes de banco,
le costaba usar la caja registradora
riéndose tanto de aquel inglés tan gracioso
que se olvidaba la llave en el bolsillo al dejar la habitación.
Se pasaría semanas cenando fuera a cuenta de aquella historia,
e incluso ahora se reía mientras me daba el cambio,
y mientras me cogía la maleta para guardarla
detrás del mostrador, se reía y se reía,
y se reía y se reía y se reía.

Y luego dicen que los alemanes no tienen sentido del humor.

El tren llegó a la estación de Yvetot antes del anochecer. A Benjamin no le costó encontrar un taxi, y sujetó con fuerza la maleta mientras lo llevaban por el valle, a través de un paisaje que había esperado reconocer, pero que le parecía, en aquella noche neblinosa de abril, espectral y desconocido.

El taxista lo dejó a las puertas del monasterio. El pueblo entero parecía desierto, y aunque la puerta de la *hôtellerie* estaba abierta, no le sorprendió que no hubiera nadie para recibirlo en el mostrador de recepción. Benjamin aguardó ansioso un rato, sin parar de preguntarse si les habrían dado su recado telefónico. Al final, recorrió unos cien metros hasta la parte de atrás, donde la tienda bien surtida en la que se vendían recuerdos del monasterio ya estaba cerrando, y le preguntó al *frère* de detrás del mostrador si podía ayudarle. El francés de Benjamin estaba un poco oxidado, pero tras un momento de confusión aquel monje tan servicial le señaló una gran verja de metal del muro del monasterio, pintada de verde claro, y apretó un timbre debajo de su mostrador que hizo que la verja se abriera misteriosa y suavemente. Después de que Benjamin la hubiera cruzado, volvió a deslizarse automáticamente y se cerró con un golpe seco. El ruido sonó definitivo, siniestro.

Benjamin se encontró ante una amplia extensión de césped bien cuidado, que ascendía en pendiente hasta un sendero que llevaba hasta un puente sobre un arroyo que corría silencioso. Más allá había un huerto y lo que parecía ser un jardín *potager* rodeado de un muro. A la derecha de ese terreno, la antigua mole de la propia abadía se alzaba severa, indiferente, en la penumbra del crepúsculo cada vez más oscuro. Benjamin caminó nervioso hacia ella, atraído y en cierta forma reconfortado por los cálidos recuadros de luz que resplandecían en algunas ventanas. Siguió un sendero de guijarros que lo condujo hasta dos macizas puertas de roble; ambas estaban abiertas, y ambas daban al mismo pasillo mal iluminado.

Mientras sus pasos resonaban en las losas, Benjamin se fijó atentamente en una puerta a su derecha y vio que tenía una placa donde ponía «*Salle des hôtes*». Al menos eso parecía una buena señal. Llamó a la puerta con los nudillos, y al no recibir respuesta, la abrió con cierto esfuerzo.

Se encontró en una sala de techos altos, vivamente iluminada por una araña eléctrica, pero seguía sin aparecer nadie a recibirlo. Había hojas y folletos religiosos esparcidos sobre la gran mesa que casi ocupaba todo el espacio, y un reloj hacía un sonoro tictac en la pared, mirando fija e irresponsablemente al crucifijo que tenía colgado enfrente; su imagen de dolor, sufrimiento y esclavitud provocó, como de costumbre, que Benjamin se estremeciera, en vez de sentirse movido a pensamientos religiosos.

Sin saber qué hacer, dejó la maleta en el suelo, se sentó en una silla de respaldo muy alto (tapizada con una tela totalmente descolorida) y esperó, escuchando el tictac

del reloj, el repique aparentemente fortuito de campanas cercanas y lejanas, y el murmullo ocasional de pasos y voces en algún rincón distante del edificio. Y así fue pasando el tiempo lentamente.

Luego, tras un cuarto de hora más o menos, en el que su desasosiego empezó a convertirse en algo similar al pánico, unos pasos rápidos y decididos del otro lado de la puerta anunciaron una llegada. Un joven alto, cetrino, con un hábito de monje, el pelo muy rapado, y unos ojos sonrientes y afables tras sus gafas de montura metálica, irrumpió en la sala, se paró en seco delante de la silla de Benjamin y extendió la mano en señal de disculpa.

—*Monsieur Trotter? Benjamin? Je suis désolé...*

Era el padre Antoine, el *Père hôtelier*. Y sin decir nada más, cogió la maleta de Benjamin y lo acompañó fuera de la sala a través del patio, hasta una entrada que daba a una celda del primer piso de una torre baja de bonitas proporciones, en la que aún se podía aspirar la dulce fragancia del césped recién cortado.

Resultó que había otros tres huéspedes en el monasterio en ese momento, ninguno de los cuales hablaba inglés. Benjamin solo los veía a las horas de las comidas, en las que estaba prohibida la conversación, así que la posibilidad de entablar alguna amistad parecía bastante remota. Los propios monjes eran corteses y hospitalarios, pero nada locuaces. De todas formas, el alivio que le suponía verse rodeado de personas otra vez era indescriptible.

Benjamin pronto descubrió que la vida en la abadía estaba muy estructurada, y tras el espantoso desorden de sus días en Múnich, agradecía tener una rutina establecida de antemano. El primer oficio del día, *Vigiles*, se celebraba a las cinco y veinticinco de la mañana. No solía acudir. Si había dormido bien la noche anterior, se sentía capaz de presentarse para *Laudes*, a las siete y media. Después venía el desayuno: unas rebanadas de pan con mermelada, un tazón de chocolate hecho con agua hirviendo, Nesquik y leche en polvo, que se tomaba en una pequeña salita de bóveda baja, debajo de la propia *hôtellerie*. El desayuno lo tomaba en compañía de los otros huéspedes, y normalmente en silencio; aunque el silencio en esa comida no era obligatorio, como en las demás. Benjamin intentó entablar conversación un par de veces, pero sus esfuerzos se toparon con educados monosílabos a modo de respuesta (ya fuera en francés o inglés), que interpretó como reproches.

Messe era el gran acontecimiento de la mañana, y empezaba a las diez menos cuarto. Asistía un gran número de personas del pueblo, y se celebraba, como los otros oficios, en la misma capilla majestuosamente austera (construida a partir de un viejo granero del diezmo, y con un techo que formaba una deslumbrante trama de vigas y arcos de madera) donde él y Emily se habían sentado hacía casi dos largos años, para escuchar los mismos cánticos (sin saber que sería la última noche que pasarían juntos). Luego venía la *Sexte*, a la una menos cuarto, y poco después la comida.

Benjamin y los demás huéspedes entraban en fila en el amplio refectorio fuertemente iluminado por el sol, observados por una hilera de monjes a cada lado, de edades comprendidas, al parecer, entre los veinticinco y los noventa años. Imposible deducir sus pensamientos a partir de sus rostros, por muy expresivos que resultaran los de los más viejos. Se entonaba una oración de gracias tranquila y meliflua, y luego los huéspedes tomaban asiento y eran atendidos por dos o tres monjes, que los servían con una prontitud y una eficiencia alegre que habrían sido la envidia de los comensales de muchos restaurantes parisinos de cinco estrellas en la guía Michelin. A una ensalada especiada le seguía una carne con verduras del propio huerto del monasterio, y después un postre que podía consistir tan solo en una *crème anglaise* templada, recubierta de compota de frambuesas o grosellas negras. Como la conversación estaba prohibida en el refectorio, en vez de tener que hacerle frente a una cháchara inútil, los huéspedes se limitaban a escuchar mientras un monje con cara de ángel les leía (o más bien les canturreaba) las páginas de algo que sonaba, al menos durante la estancia de Benjamin, a libro de historia francesa del siglo XVII. Meditando sobre la exquisita monotonía de la interpretación del novicio, Benjamin vio que debía de haberse tropezado por fin con la clave para conseguir el objetivo artístico de toda su vida: encontrar nuevas maneras de combinar la música con la palabra escrita. ¿No habían resuelto aquellos monjes ese mismo problema, y encima (tal y como parecía fastidiosamente típico de ellos) de la manera más sencilla y obvia posible?

Las tardes se extendían largas y lánguidas ante él, puntuadas únicamente por la *None* (justo después de comer) y las *Vêpres*, que tenían lugar a la caída de la tarde. A veces tomaba parte en aquellos oficios, otras no. Al parecer a nadie le importaba lo uno ni lo otro; nunca sabía muy bien si alguien se fijaba en lo que hacía o si controlaban sus movimientos. En cualquier caso, los monjes eran tan tolerantes que costaba imaginar alguna actividad que pudiera desagradarles. (A veces pensaba que aburrirles, no conseguir despertar su interés, sería la peor ofensa posible). Y luego, tras la cena, venía el último oficio del día y el favorito de Benjamin: *Complies*. Se celebraba a las nueve menos veinticinco, ya de noche. El antiguo establo estaba iluminado tan solo por dos luces eléctricas de escasos vatios, montadas sobre dos vigas verticales a ambos lados del altar, que hacían bien poco por disipar la densa oscuridad de aquellas frías noches de abril. Los monjes se alineaban en los oscuros huecos del coro, y sus figuras encapuchadas aún parecían más góticas, menos terrenales, mientras los versos de sus melancólicos cánticos fluían como una catarata, agonizante y etérea, en aquel silencio oscuro, y las pausas intercaladas en ellos eran aún más largas, más serenas y más profundas que nunca.

A medida que su estancia se fue alargando, Benjamin empezó a reconocer las distintas personalidades de sus anfitriones. Al principio le había costado incluso distinguirlos físicamente; con su aspecto estándar de cabezas muy rapadas, gafas de montura metálica y hábitos aparentemente idénticos, le habían parecido todos iguales.

Pero con el tiempo, traspasando un poco la pantalla de rituales diarios y presunta conformidad, empezó a vislumbrar peculiaridades y diferentes rasgos de personalidad.

Vio que había monjes charlatanes, monjes juguetones y monjes arrogantes; cotillas, pensadores, soñadores e inadaptados; monjes que hacían *jogging*, que se dedicaban al huerto, o que andaban en bicicleta. En el Père Antoine, para su sorpresa, descubrió a un colega escritor; que le sacaba cierta ventaja, de hecho, porque las obras de Antoine de «sociología religiosa» sobre la política familiar se habían publicado. «*Quand votre recueil de poèmes sera publié*», le dijo Antoine amablemente un día, «*vous devrez nous en envoyer un exemplaire*». Benjamin, incómodo ante la idea de que su obra pudiera ser leída por unos lectores tan puros de corazón, le había respondido: «*Ah, je ne sais pas: ils sont un peu trop profanes pour votre bibliothèque, je crois*». Pero el monje se había reído divertido: «*Trop profanes! Ah —vous vous faites des illusions sur notre compte!*».

Un día, al acabar de comer, cuando se pasaba un cesto de fruta entre los comensales allí congregados, Benjamin se encontró ante una fila de monjes satisfechos, algunos muy jóvenes, otros casi seniles, todos chupando o masticando con aire abstraído un plátano a medio pelar. Tenían la mirada perdida, como en una aceptación demasiado fugaz de los placeres de la vida terrena, y por un momento se sintió vinculado intensa e incongruentemente a ellos. Le entraron ganas de reírse, pero de pura alegría, sin una pizca de burla. Por lo visto, te podías reír mucho en la abadía, a pesar de las advertencias en contra que figuraban en el libro de la regla de san Benito (había un ejemplar en su celda). «*54: Ne pas dire de paroles vaines ou qui ne portent qu'à rire. 55: Ne pas aimer le rire trop fréquent ou trop bruyant*». A veces, hasta se encontraba grupos de monjes reunidos en uno de los puentes del Fontenelle que corría silenciosamente por aquellos terrenos, echándoles migas de pan a los patos que se apiñaban allí, con una expresión tal de regocijo infantil transfigurando sus caras de estudiosos que, por un momento, parecía posible (una vieja sensación que en tiempos le había resultado familiar) que la vida entera se compusiese algún día de aquellos fragmentos de bendita sencillez, y le embargaba una sensación de alegría fugaz, igual que le había ocurrido tiempo atrás en un par de ocasiones impagables de su época escolar.

Era la rutina, se dio cuenta Benjamin a los pocos días, lo que más le estaba ayudando a recuperarse. Lo que en un principio le había parecido una serie mortal de repeticiones acabó resultando perversamente liberador, y se fue acomodando poco a poco a sus propias pautas, asistiendo a cuatro de los siete servicios diarios, y rellenando los huecos con la lectura, los paseos y la contemplación. (Aunque soñar despierto, pensaba algunas veces, habría sido una manera mejor de describirlo). Se volvió reacio a cambiar aquel patrón, hasta el punto de sentarse siempre en el mismo banco a la misma hora del día. Incluso cuando de aquel cielo plomizo comenzaba a caer una fina lluvia sobre St Wandrille, se le podía encontrar todas las tardes a las tres

en punto descansando en el huerto, sin que despertara aparentemente la curiosidad de los monjes, siguiendo el curso de sus estrafalarias reflexiones. Ahora estaba satisfecho hasta cierto punto. Se alegraba de haber escapado de la miserable soledad de Alemania. Pero sabía que, bajo la superficie, seguía reinando el caos en su mente. No tenía ningún sentimiento religioso; no había recuperado la fe en absoluto, por muchas *Laudes* y *Vêpres* a las que asistiera. Había alimentado ciertas esperanzas de que, acudiendo allí, tal vez podría empezar a sentirse «santo», significara lo que significara aquello. En cambio, cuanto más descansado se sentía su cuerpo, cuanto más claro y profundo se volvía su sueño, más se embalaba su cerebro rebelde, dispuesto a sumirse en la anarquía. Pensaba en el pasado, en el fracaso de su matrimonio; en Emily, en Malvina, en Cicely, en todas las personas que surgían por casualidad en su conciencia. Pensaba en la fe perdida, en los años malgastados. Intentaba decidir si los había malgastado realmente. Intentaba decidir toda clase de cosas, grandes y pequeñas. Pero siempre fracasaba.

Durante el octavo día del retiro de Benjamin, llegó un nuevo huésped procedente de Inglaterra a St Wandrille, y ocupó la celda de al lado. Desde un principio, se distinguió un poco de los demás. Pero no por su aspecto precisamente; era un hombre de mediana edad, de pelo canoso, quizá con un aspecto un poco más atlético que la mayoría de la gente a la que suele atraer la vida monástica. La auténtica diferencia radicaba en su actitud. Parecía profundamente a disgusto entre los muros del convento. Por lo visto, no hablaba francés y miraba continuamente a Benjamin para que le sirviera de guía en materia de protocolo: cuándo levantarse, cuándo arrodillarse, cuándo dirigirse al abad, y así sucesivamente. A las horas de las comidas, mientras los demás huéspedes parecían reservados y absortos, los ojos de aquel hombre inspeccionaban la sala ansiosamente, como si estuviera intentando asegurarse de que su manera de comportarse no lo traicionaba de ningún modo. Asistía raramente a los oficios y, cuando lo hacía, aún parecía más incómodo. Benjamin estaba convencido de que tenía algún secreto que ocultar.

Al principio, la presencia de aquel hombre le disgustó. Había disfrutado del hecho de ser el único huésped inglés en St Wandrille. Evidentemente, permanecer allí (eso ya lo sabía) no iba a resolver ninguno de sus problemas, pero por lo menos le daría la fuerza necesaria para ponerse a resolverlos en cuanto regresase a casa. Mientras tanto, había empezado a sentirse como si lo hubieran admitido en un club más selecto de lo habitual, cosa que siempre le había gustado a Benjamin, incluso desde que había formado parte del Carlton Club del colegio. Aunque quizás eso fuera menospreciar ligeramente la experiencia que le había reportado St Wandrille. Tal vez fuese menos un club que un maravilloso jardín secreto, desconocido en el mundo exterior, del que le habían ofrecido mágicamente la llave. Ahora se imaginaba regresando a Birmingham, pero sacando fuerzas de la idea de que aquel lugar siempre

lo estaría esperando: sentado junto a alguien en un autobús, o haciendo cola para comprar un bocadillo, pero obteniendo un inmenso consuelo al pensar que toda aquella gente no sabía nada de aquel pequeño paraíso en la tierra, del que *tan solo él* conocía la existencia, y al que *tan solo él* sabía cómo llegar. Tenía la sensación de que podría conseguir cualquier cosa, de que podría recuperar fuerzas hasta extremos insospechados, si se mantenía profundamente apegado a aquel secreto.

Mientras les daba vueltas a esas cosas una mañana poco antes de comer, sentado en un banco de la ladera en lo alto del valle, contemplando el resplandor lechoso de la abadía allí abajo, Benjamin vio que se le acercaba el huésped misterioso.

—¿Le importa que me una a usted? —le preguntó el hombre, resollando un poco por el esfuerzo de haber subido la colina.

—De ningún modo. Me llamo Benjamin, por cierto.

—Encantado de conocerle, Benjamin —dijo el hombre, estrechándole la mano mientras se sentaba a su lado—. ¿Y le importa si le pregunto algo que llevo queriendo preguntarle desde que llegué?

—Como quiera.

—¿Qué *demonios* le ha traído hasta este sitio dejado de la mano de Dios?

Eso no era lo que Benjamin esperaba escuchar; y, por un momento, no se le ocurrió ninguna respuesta.

—Qué frase... más rara —consiguió decir entrecortadamente al final— para referirse a un monasterio.

—Bueno, esto es muy bonito —dijo el hombre—. Eso lo admito. —Aunque fuera a destiempo, le tendió la mano de nuevo a Benjamin—. Yo me llamo Michael, Michael Usborne. Encantado de conocerle. ¿Descubrió también este sitio por el *Condé Nast Traveller*?

Había llegado el momento de regresar a casa. Benjamin lo tenía claro. No solo por el nuevo huésped, aunque esa ya era una razón de sobra. Por lo visto Usborne había decidido plantarse en St Wandrille porque la prensa lo perseguía para descubrir la indemnización que había conseguido negociar tras llevar otra empresa, en tiempos floreciente, prácticamente a la quiebra. Benjamin no había oído hablar en su vida de Michael Usborne, y tampoco estaba interesado en los detalles, pero parecía que había convertido aquello en una manera de ganarse estupendamente la vida. De todas formas, la última indemnización que le habían pagado resultaba tan escandalosa que la noticia había saltado de las páginas de economía a las portadas de tres de los diarios nacionales el día que fue anunciada.

—Desde entonces tengo a los malditos periodistas acampados a la puerta de mi casa —decía—. ¿Cómo averigua esa gente dónde vives? De todos modos, no creo que acaben localizándome aquí. Mi faceta espiritual ha sido un secreto bien guardado hasta ahora, y puede que lo siga siendo mucho tiempo. ¡Gracias a Dios que existen los monjes! ¿Qué haríamos sin ellos, eh?

Sin embargo, incluso antes de aquel episodio, Benjamin había comenzado a sentir

que poco a poco iban aumentando su seguridad en sí mismo, su capacidad de decisión, y cierta impaciencia por reencontrarse con el mundo exterior. Al principio los síntomas no eran exagerados. Había empezado a acercarse todos los días hasta el pueblo para comprar el periódico y leer más sobre el desarrollo de la guerra. También había ido a la tienda del fondo de los terrenos del monasterio y ojeado la amplia selección de CDs; y en vez de comprar solamente alguna grabación de los propios monjes (como era su intención), se había comprado también media docena de CDs de música clásica. Le apetecía escuchar música otra vez.

Uno de los discos que compró fue una nueva grabación de *Judith* y el oratorio de Honegger. Benjamin aún recordaba que lo había escuchado en el coche mientras se alejaba de la casa de Claire en Malvern, en el verano de 2001, tras haber encendido la radio justo antes de que sonara el «Cantique des Vierges», y que se había emocionado mucho por los recuerdos que le traía. Claire se portó tan bien con él aquella tarde, le dio tan buenos consejos... Siempre se había portado bien con él, ahora que lo pensaba, y él nunca la había recompensado lo suficiente. ¡Qué ciego había estado, y cuántos años, en lo que se refería a Claire! Siempre le había dado un poco de miedo, ahora se daba cuenta. Ella era muy parecida a él (incluso igual, en muchos aspectos), y él nunca había sido lo suficientemente valiente, quizás, para afrontar una relación con una mujer así. Emily y él se habían parapetado tras la pantalla de su religión, y si ella nunca hacía muchos comentarios sobre lo que él escribía o componía, en muchos sentidos hasta le venía bien. No le gustaba que lo criticaran. En cambio, Claire lo haría a cada paso del camino. Si llegaba a escribir algo que no fuese bueno, se lo diría. Pero estaba claro que eso era precisamente lo que necesitaba, que eso era lo que una verdadera amiga (una amiga que le quisiera) haría por él. ¿Pero era lo bastante adulto como para aceptarlo?

Iría a ver a Claire en cuanto estuviese de vuelta en las Midlands. Le haría una visita amistosa, y a ver qué salía de ahí, adónde les llevaba aquello. Escuchando la música que había acabado asociando con ella, y que había encontrado en la tienda del monasterio por una agradable coincidencia, supo qué era exactamente lo que debía hacer.

Pero además... Además estaba Malvina.

Benjamin suspiró, y se dio la vuelta en la cama. La luz de la luna se filtraba por los bordes de las cortinas raídas. ¿Cómo podía comparar a Claire con Malvina? Bueno, es que no podía. Y era absurdo, contrario a toda lógica, suponer que Malvina haría buena pareja con él. Para empezar, era veinte años más joven. Y llevaba casi tres años sin verla; a pesar de haber recibido un SMS suyo el octubre anterior. Se imaginaba el desprecio de sus amigos y de su familia si alguna vez se hacían amantes; cómo menearían tristemente la cabeza ante el bobo de Benjamin y su depresión y su crisis de los cuarenta. (El mismo desprecio que él había sentido por su hermano, de hecho, durante aquella especie de pesadilla, afortunadamente superada, en la que Paul y Malvina habían estado a punto de mantener una relación). Y en

realidad ni siquiera era capaz de explicarse a *sí mismo* (nunca lo había sido) por qué se había sentido siempre tan próximo a Malvina, desde que la conoció. No tenía mucho que ver con el deseo, aunque también contaba. Simplemente se sentía inevitable, irresistiblemente atraído por ella, como por una fuerza de la naturaleza. No se podía, ni se debía, ignorar sentimientos de ese tipo. Y nunca había sentido nada parecido por Claire. Nunca.

Pensar en mensajes de texto puso a Benjamin en acción. Salió de la cama y, por primera vez en tres meses, enchufó su móvil a la corriente y cargó la batería. Tan pronto se encendió y el icono de recarga empezó a parpadear, Benjamin esperó a que sonara el aviso de mensajes. Pero, en contra de lo previsto, permaneció en silencio. Si le habían enviado mensajes desde que había desaparecido, el servidor debía de haberlos borrado hacía tiempo.

Volvió a meterse en la cama, y tiró de las gruesas mantas hasta la barbilla. Claire y Malvina... Malvina y Claire... Los dos nombres, las dos caras, dieron vueltas en su cabeza mientras caía en un sueño profundo.

Al día siguiente, mientras Benjamin se despedía del Père Antoine, hablaron bastante de libros, poesía y música. Benjamin le habló del cedé que se había comprado el día anterior.

—Arthur Honegger —dijo aquel monje joven, dinámico, amigable y con pinta de estudioso— fue un hombre interesante. Antes de venir aquí, escuchaba música suya muy a menudo. No tanto los grandes oratorios como las sinfonías. Las cinco sinfonías. ¿Las conoce? Hay un espíritu muy... *religioso* detrás del ciclo de las sinfonías. La número tres, la Liturgique, nunca dejaba de conmoverme. Me llegaba al fondo del alma, la verdad. Y, ¿sabe?, aunque sus padres eran suizos, él nació muy cerca de aquí.

—No me diga... —A Benjamin le encantaban las coincidencias de ese tipo. Le hacían sentir que iba por el buen camino, que empezaba a descubrir ciertas pautas detrás de las cosas.

—Sí, nació en Le Havre. Seguramente todavía se puede visitar la casa. Imagino que habrá una placa o algo. ¿Va a pasar por ahí a la vuelta?

—Pensaba ir hasta París —dijo Benjamin— y coger el Eurostar.

—Coja el ferry —le aconsejó el Père Antoine—. Puede embarcar esta misma tarde sin necesidad de pasar aquí la noche. Y, de paso, se puede parar un rato a presentarle sus respetos a un gran compositor. —Rodeó a Benjamin con un brazo y le agarró cariñosamente al despedirse—. Buena suerte pues, señor Trotter. Y recuerde, cuando se publiquen sus poemas, ¡no se olvide de St Wandrille!

—No me olvidaré —dijo Benjamin. Y lo decía de verdad.

Benjamin se encontraba en los acantilados de Etretat. En lo alto del acantilado. Era un atardecer claro, y el mar estaba tranquilo y somnoliento; un atardecer sin viento en el que parecía posible creer que el mundo entero estaba en paz. No podía saber que, a miles de kilómetros, en Bagdad, multitudes enfervorizadas derribaban estatuas de Saddam Hussein mientras los americanos proclamaban el éxito de la invasión, o que también a miles de kilómetros, pero en la dirección contraria, en otro acantilado del Mar de Irlanda, en la península de Llŷn del norte de Gales, Paul y Malvina hacían planes para escaparse juntos mientras Susan Trotter, en la cocina de un establo reformado en las afueras de Birmingham, lloraba por culpa del fracaso de su matrimonio. Al fin y al cabo, no es posible saberlo todo.

Eran las seis y media en Francia (las cinco y media al otro lado del Canal) y, aparte de una pareja mayor que había pasado a su lado hacía poco, cogidos del brazo, Benjamin no había visto a nadie más por el sendero del acantilado. Estaba solo, y podía ponerse a pensar en lo que le diera la gana; como durante las últimas semanas y los últimos meses, en realidad. Pero, a esas alturas, estaba harto de su libertad; o, mejor dicho, aburrido de las responsabilidades que implicaba. La libertad, empezaba a creer (o al menos la libertad absoluta), estaba sobrevalorada.

Pensó una vez más en Claire, en Malvina. A Benjamin le costaba conservar un recuerdo claro de la apariencia de la gente, incluso de las mujeres que le atraían. Cuando pensaba en Malvina, pensaba en sus largos encuentros confidenciales en el café de la Waterstone; en una época en la que tenía un trabajo, estaba casado y (ahora se daba cuenta) era feliz. Cuando pensaba en Claire, pensaba en un anochecer en el que, mientras se alejaba en coche de su casa, había escuchado el «Cantique des Vierges» de Honegger en la radio, y visto el reflejo de una luna llena amarilla en el espejo retrovisor. Para Benjamin, aquella era una imagen primaria, un arquetipo; solo si no la perdía de vista, sentía que podría navegar con éxito, a partir de entonces, por las procelosas aguas de su vida. Y, sin embargo, de alguna manera, tenía que elegir entre aquellas dos opciones tan diferentes e irreconciliables. Claire y Malvina. Malvina y Claire. ¿Pero era posible?

Se atendría a la decisión que había tomado previamente ese día, en el autobús de Yvetot a Etretat.

Sacó su móvil, y escribió rápidamente un mensaje.

Pensarás que estoy loco, pero me acabo de dar cuenta de una cosa: ¡Estamos hechos el uno para el otro! ¿Por qué seguir resistiéndonos? Vuelvo para verte YA. Ben xxx

Luego mandó el mensaje y regresó por el sendero calizo hasta Etretat, justo para coger un autobús a Le Havre, con la esperanza de que le sobrara un poco de tiempo

antes de que saliera el ferry, para poder quedarse un rato delante de la casa donde había vivido Honegger y rendirle *homenaje*.

8 de abril de 2003

Querido primer ministro:

Con sumo pesar, me veo obligado a presentar mi dimisión como miembro del Parlamento.

Lo hago por motivos estrictamente personales, que nada tienen que ver con la política. Hace casi tres años, como usted recordará, aparecieron ciertos rumores en la prensa sobre mi vida privada. Intervine rápidamente para acallarlos, y lamento profundamente las molestias que hayan podido ocasionarle al partido. Pero siento decir que, últimamente, mi vida privada se ha complicado de nuevo; y esta vez, antes de que los periódicos se den cuenta, he decidido tomar medidas preventivas. (Un concepto que le resultará familiar, estoy seguro).

Resumiendo: he decidido dejar a mi esposa, Susan, y a mis dos hijas. Un paso semejante, como ya se puede imaginar (siendo usted también marido y padre), no se puede dar a la ligera. Y no tengo la menor duda de que, cuando la prensa se entere, me vilipendiará. Así son las cosas: esta es la cultura de los medios en la que hemos elegido vivir. Pero no estoy dispuesto a que el partido sufra las consecuencias.

Ni que decir tiene que ha sido un honor servir al Partido Laborista, y a usted personalmente, durante los últimos siete años. Pienso sinceramente que el suyo ha sido, y seguirá siendo, un gran gobierno radical y reformista. La historia contemplará sus logros en sanidad, servicios públicos y educación con una admiración sin reservas. Si he de añadir un juicio más personal en relación a los cinco primeros años de mandato del Nuevo Laborismo, diría que nuestra mayor gloria ha sido liberar al partido de la pinza mortal de los sindicatos, y empezar a ganarnos la confianza y el respeto de la comunidad empresarial. Fue algo sumamente inteligente por su parte reconocer que se debía emprender esa difícil tarea, y su coraje nos ha animado a todos a apartarnos del camino trillado.

Como usted ya sabe, siempre le he sido leal al partido a la hora de emitir mi voto parlamentario. Hace seis semanas voté en contra de la enmienda rebelde contra la guerra de Irak. En el momento que escribo esta carta, la invasión liderada por los americanos parece estar a punto de alcanzar su objetivo de derrocar a Saddam Hussein del poder. Si eso llega a suceder, en las próximas horas o en los próximos días, me gustaría felicitarle una vez más por atenerse férreamente a sus principios. Por lo visto la campaña militar ha sido rápida, eficaz y responsable.

No obstante, esta guerra representa para mí un motivo mayor de inquietud que cualquier otra cosa a la que haya inducido al partido en su periodo de gobierno. ¿El objetivo principal era realmente derrocar a Saddam Hussein? No fue así como se lo planteamos al pueblo británico. Y, una vez derrocado, ¿qué va a suceder? Al parecer se da por sentado que los iraquíes, después de que los hayamos destrozado con

nuestros bombardeos, pasarán página y nos recibirán como héroes y salvadores en cuanto Saddam haya desaparecido. ¿Soy el único que piensa que esa es una perspectiva poco probable? Mi gran temor es que ni siquiera hayamos empezado a imaginar las posibles consecuencias de nuestra aventura en Oriente Medio.

Creo que, desde que tomé la decisión de dimitir, he adquirido cierta claridad de pensamiento que, en cierta forma, era difícil conseguir mientras estaba empeñado en forjarme una carrera en el ambiente cerrado de Westminster. Y, de momento, la consecuencia principal de esa lucidez ha sido una sensación cada vez mayor de que nuestra guerra con Irak no tiene justificación posible. El Irak de Saddam no suponía ninguna amenaza directa o inminente para el pueblo británico; no se habían demostrado sus vínculos con el terrorismo internacional o con los ataques del 11 de septiembre; hemos violado las leyes internacionales; hemos debilitado la autoridad de las Naciones Unidas; nos hemos distanciado de la mayoría de nuestros socios europeos; y, lo peor de todo, hemos confirmado los peores prejuicios del mundo musulmán sobre el desprecio y la indiferencia que ellos creen que sentimos por sus creencias y su modo de vida. Más ataques terroristas en Occidente (y en Inglaterra en particular), que antes de esta guerra eran solo probables, son ahora inevitables.

Votar en contra de la enmienda rebelde, y a favor de la invasión de Irak, es el único acto político de mi carrera del que me arrepiento. Fue un error de apreciación tan grande, de hecho, que me obligó a examinar a fondo los motivos que me llevaron a cometerlo; y cuando lo hice, me di cuenta de que había tenido lugar una auténtica revolución en la relación entre mis prioridades políticas y personales. Ha sido ese descubrimiento el que me ha llevado directamente a tomar la decisión de dejar a mi esposa, y por tanto, e inexcusablemente, a la de dimitir.

Perdóneme, por favor, primer ministro, por cualquier dificultad, apuro o daño político que mis actos pudieran causar. Me imagino que leerá esta carta con creciente incredulidad y rabia. Pero, tras haber reflexionado largamente sobre estos asuntos, estoy plenamente convencido de que he hecho lo más correcto y razonable.

Con mi continuada amistad y admiración, sinceramente suyo,

Paul Trotter

De: Paul Trotter
Para: Susan
Enviado: Martes, 8 de abril de 2003 23:07
Asunto: Ninguno

Querida Susan

No hay una manera delicada de decírtelo, así que seré directo. Sigo enamorado de Malvina y he decidido marcharme de casa y vivir con ella. Le he enviado una carta con mi dimisión a Tony. Ella y yo nos vamos del país una temporada y luego volveré a ponerme en contacto contigo. Mientras tanto, evidentemente puedes seguir usando nuestra cuenta bancaria conjunta y nuestras tarjetas de crédito.

Diles a las niñas que su padre las quiere y que pronto irá a verlas+.

Lo siento mucho.

Paul

Malvina llamó al telefonillo del piso de Paul en Kennington a las doce menos cuarto de aquella noche.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó desde el umbral, cuando ella llegaba al descansillo—. Te dije que te recogería por la mañana. Se suponía que no debías acercarte a esta zona. —Entonces se dio cuenta de que estaba llorando, y rodeó con los brazos su espalda temblorosa—. ¿Qué ha pasado? ¿Algún problema?

—Mi madre —sollozó Malvina—. La estúpida y mentirosa de mi madre, la muy hija de puta...

—¿Qué pasa con ella? ¿Qué ha hecho ahora?

Aturdida, Malvina fue hasta el cuarto de estar y dijo:

—¿Ya le has mandado la carta a Tony?

—Sí. Esta tarde.

—Mierda —farfulló ella—. ¿Y a Susan le has mandado algo también?

—Te prometí —respondió Paul— que se lo iba a decir esta tarde. Le he mandado un correo hará como una media hora.

—Mierda —repitió Malvina, pero esta vez con más fuerza—. *Mierda.*

Se dejó caer en el sofá y metió la cara entre las manos, con todo el cuerpo estremecido por el llanto.

—Cariño —dijo Paul, sentándose a su lado y acariciándole el pelo—, ¿pero qué pasa? Cuéntamelo.

—No podemos seguir juntos —dijo Malvina—. Se acabó. No puedo volver a verte.

—¿Pero qué dices? ¿Por qué no?

A Malvina le llevó un rato recomponerse, secarse los ojos y sonar los mocos acuosos que chorreaban de su nariz enrojecida, y llegar así a un punto en el que se sintiese capaz de contar lo que pasaba. Apoyó la cabeza en el hombro de Paul un rato y luego se puso derecha y se volvió hacia él, cogiéndole las dos manos y mirándole directamente a los ojos.

—Le he contado lo nuestro a mi madre —dijo—. Era la primera vez que le hablaba de nosotros. Se ha puesto como loca. Ha alucinado.

Paul suspiró.

—Pero ya sabías que iba a pasar eso. Siempre has dicho que reaccionaría de esa manera.

—Ya lo sé, pero no es lo mismo. No ha sido solo... el que estuviéramos enrollados. Ha sido peor, porque le he dicho quién eras.

—¿Qué quieres decir?

—Que le he dicho tu nombre.

Paul no dijo nada, incapaz de imaginar en ese momento lo que Malvina estaba intentando explicarle.

—Paul —dijo ella por fin—, me ha mentado. La muy zorra de mi madre me ha estado mintiendo toda la vida.

Él le devolvió la mirada.

—¿En qué?

—Sobre mí —dijo Malvina—. Sobre quién soy.

Susan recogió a Ruth en la guardería y, media hora más tarde, a Antonia en el colegio. De vuelta en casa, las plantó delante del televisor y se puso a prepararles la cena. Metió tres salchichas en el horno con unas cuantas patatas fritas en forma de «smiley», y dejó unos guisantes congelados en un cuenco con un poco de agua, listos para meterlos en el microondas. Cuando le pareció que las salchichas ya se estaban haciendo, mientras las niñas veían sin protestar un documental de la naturaleza presentado por una joven un tanto delirante y con los pelos de punta, se dio cuenta de que le quedaban unos minutos libres y se metió en el estudio para ver el correo electrónico.

Solo había un mensaje. Era de Paul. Lo leyó una vez, rápidamente, y luego apagó el ordenador.

Antonia oyó un ruido de cristales rotos y entró corriendo en el estudio.

—¿Qué pasa, mami, qué pasa?

—Nada, cielo —dijo Susan, con las manos y la voz temblando. Un gran jarrón Stuart Cristal estaba hecho pedazos en el suelo, junto a la pared del fondo (adonde Susan lo había arrojado con todas sus fuerzas), y los lirios que había contenido estaban esparcidos entre los fragmentos, en un charco de agua cada vez más grande—. Se me ha caído del estante sin querer, no pasa nada.

—¿Te puedo ayudar a limpiarlo?

—¡Y yo también! —dijo Ruth, uniéndose a su hermana mayor en la puerta.

—No, no hace falta. —Susan se arrodilló a su lado y las abrazó muy fuerte—. Seguid viendo la tele. Ya lo recojo yo. Es culpa mía. No quiero que os cortéis con los cristales.

Las niñas desaparecieron y Susan se quedó inmóvil en medio del estudio un rato, esperando que se le pasara el temblor. No intentó recoger los trozos de cristal, ni secar con la fregona el agua que empapaba la alfombra.

Diez minutos después, el olor a salchicha quemada le hizo salir corriendo hasta la cocina. Estaba llena de humo y se había disparado la alarma, que pitaba con una insistencia tan obscena que hizo que las niñas se taparan los oídos y se pusieran a gritar:

—¡Qué alta está! ¡Qué alta está!

Susan apagó el horno y sacó la parrilla que contenía las salchichas achicharradas. No sabía cómo parar la alarma, así que se subió a una de las encimeras, la arrancó del techo y le sacó las pilas.

—Mami, ¿estás bien? —le preguntó Antonia, cuando Susan bajó de nuevo al suelo con la alarma antiincendios neutralizada en la mano.

—Muy bien, cielo, muy bien. —Le pasó un brazo por el hombro a su hija mayor y la llevó de vuelta al cuarto de estar—. Es que hoy tengo muchas cosas en la cabeza, pero nada más. No te preocupes. Haré unos palitos de pescado en vez de las salchichas. —Le echó un vistazo a la pantalla del televisor; Ruth estaba sentada delante, hipnotizada por un noticiario para niños que emitía imágenes de cómo una multitud enfervorizada derribaba una estatua—. ¿Pero qué pasa ahí?

—Es que hay una guerra muy grande —dijo Antonia, con aires de sabionda—. En Irak. Pero ya se ha acabado, y todo va a ir mejor.

Susan no estaba nada segura de eso, a juzgar por las caras de la muchedumbre. Así que así era como iba a acabar. O tal vez empezar. A ella los iraquíes le parecían exultantes, pero también atónitos. Y había una especie de locura en sus ojos. Una especie de furia: la furia de una gente a la que se le ha garantizado la libertad, por así decirlo, pero no en sus propios términos; una gente cuya liberación se ha producido con demasiada brusquedad, demasiada rapidez; una gente que nunca se sentiría agradecida hacia aquellos que los habían liberado, que nunca confiaría en sus motivaciones. Una gente que no sabía qué hacer con su libertad, sin embargo, y que enseguida transformaría esa energía en odio hacia aquellos que se la habían otorgado, sin que nadie se lo hubiera pedido ni les hubiera invitado a hacerlo.

Contemplando la borrosa pantalla del televisor con sus ojos llorosos, Susan supo en ese preciso momento cómo se sentían exactamente.

—No, nada —dijo Paul—. Más de treinta mensajes sobre mi dimisión, pero ninguno de ella.

Apagó su portátil, desconectó el móvil del puerto USB y cerró el coche con llave. Parecía que había que ir hasta allí (hasta el extremo norte de la península) para tener algo de cobertura. Había estado consultando su correo electrónico cada media hora, esperando a ver si recibía un mensaje de Susan. Pero, hasta el momento, ella no había hecho el menor intento de ponerse en contacto con él.

—A lo mejor no lo ha recibido —sugirió Malvina.

—Volveré a mirar dentro de un rato —dijo Paul—. Venga, también podemos aprovechar para dar un paseo ya que estamos aquí.

Eran las cinco y media de la tarde del miércoles 9 de abril de 2003; una tarde de una quietud increíble, donde el zumbido de un mosquito entre el brezo podía constituir todo un acontecimiento. Paul y Malvina caminaban por el promontorio de encima de Rhiw, en la punta más occidental de la península de Llŷn al norte de Gales. Era el sitio más alejado que se le había ocurrido, y probablemente nadie lo reconocería por allí. Además, inesperadamente se había sentido presa de un deseo

apremiante de volver a visitar los lugares que había visto por última vez de niño, durante las vacaciones en *roulotte* que había disfrutado (o más bien soportado) con su familia en los años setenta. Aquellos sitios formaban parte de su historia. Y parte de la de Malvina, ahora que lo pensaba. Habían llegado en coche desde Londres la noche anterior, partiendo de Kennington a las dos de la mañana, y justo a tiempo para desayunar en un café de Pwllheli. Luego habían continuado el viaje y, pocas horas más tarde, reservado habitación en un *bed and breakfast* completamente desierto, en la diminuta e inaccesible aldea costera de Aberdaron.

Ahora fueron escalando la escarpada ladera del Creigiau Gwineu, hasta que alcanzaron la cima y se vieron recompensados con una vista de Porth Neigwl (La Boca del Infierno), la bahía que se extendía a más de ocho kilómetros de distancia, delimitada por dos grandes promontorios de tierra firme que sobresalían de la costa como los dientes de un vampiro. Benjamin había contemplado aquel mismo panorama una vez, hacía casi veinticinco años. De hecho, mientras bajaban tropezando hacia el borde de los acantilados, Paul y Malvina fueron siguiendo sin saberlo el mismo sendero que en su día habían tomado Benjamin y Cicely una tarde igualmente tranquila y silenciosa de finales de verano de 1978. Lo mismo que su hermano antes que él, Paul cogió a su compañera de la mano y la llevó por un camino de cabras, a través de los tojos espinosos. Antes de llegar al borde de los acantilados, se toparon con un sendero ancho y muy trillado que corría a ras del promontorio. Allí torcieron a la izquierda y caminaron en dirección a Port Neigwl. Justo donde el sendero empezaba a curvarse tierra adentro, una roca amplia y lisa sobresalía entre el brezo. Era el sitio ideal para sentarse. Cabían exactamente dos personas, siempre que se sentaran lo más cerca posible.

Paul extendió su abrigo sobre la fría superficie de la roca, y Malvina se acurrucó a su lado.

Se quedaron un rato en silencio. No tenía mucho sentido hablar ante un paisaje de una belleza casi indescriptible.

—Qué sitio más increíble, ¿verdad? —dijo Paul al final, consciente de la inutilidad de sus palabras—. En realidad no me fijé en él cuando era pequeño. Lo daba por hecho, supongo. Siempre andaba con las narices metidas en algún libro. Solía quedarme en mi tienda leyendo tratados de economía.

—Me encanta este sitio —dijo Malvina en voz baja—. Me siento como en casa. —Luego suspiró—. ¿Cuánto tiempo crees que podremos quedarnos? ¿Unos días más?

—Sería mejor que nos fuéramos mañana o pasado. Supongo que si podemos llegar a Holyhead deberíamos cruzar hasta Dublín y coger un vuelo a Alemania desde allí.

Su destino final era Binz, en la isla de Rügen, donde Rolf Baumann tenía una casa de veraneo. Paul lo había telefoneado poco antes de emprender el viaje, y Rolf le había asegurado (con voz somnolienta) que la casa estaba a su entera disposición. Le

preguntó cuánto tiempo se quedarían, pero pareció que le daba igual cuando Paul reconoció que no lo sabía. Y era cierto: Malvina y él no tenían planes concretos en ese momento, ni una idea clara de cuánto tiempo deberían seguirse escondiendo. Solo sabían que lo que le había dicho su madre a Malvina el día anterior no suponía ninguna diferencia en lo que sentían el uno por el otro. Tenían que estar juntos, de eso no había duda; era su única certeza.

Malvina cerró los ojos y respiró hondo varias veces seguidas. Estaba un poco mareada por la falta de sueño.

—Esto es una locura —dijo—. Tanto que ni siquiera me creo que nos esté pasando.

—Tenemos que escaparnos —insistió Paul—. No nos queda otro remedio.

—No me refiero tanto a eso como a lo que estás haciendo. Lo has dejado todo. Lo has perdido todo.

—Yo no lo siento así —dijo Paul—. Más bien me parece exactamente lo contrario.

Malvina le besó. Al principio fue un beso de agradecimiento; pero, como todos los besos, se convirtió rápidamente en otra cosa. Antes de perder el control, se separó y dijo:

—Pues deberíamos sentirnos mal, muy mal, por lo que estamos haciendo. Pero no.

Se acurrucaron aún más el uno contra el otro, y cuando empezó a hacer frío, Paul quitó el abrigo de debajo de ellos y lo puso por encima de los hombros de los dos; y volvió a hacerse el silencio, exceptuando los lúgubres chillidos de las gaviotas mientras daban vueltas sobre el acantilado. Paul y Malvina sentían una gran paz, y una gran seguridad, que hacían que todos los riesgos que estaban corriendo les parecieran pequeños e insignificantes. El sol, hundiéndose en una calima cobriza tras Ynys Enlly, Bardsey Island, arrojaba sus rayos moribundos sobre ellos, llenándolos a la vez de tristeza y esperanza. La luminosa inmensidad del cielo del atardecer hizo que Paul se acordara de Skagen, y se dio cuenta en ese momento de que los dos sitios, Skagen y Llŷn, estaban vinculados de alguna forma. Aquellos eran los lugares hacia los que había apuntado su destino: piedras miliare del mismo viaje largo e inevitable.

El repentino pitido electrónico del móvil de Malvina sonó increíblemente alto e invasor.

—Un SMS —dijo, y abrió rápidamente la bandeja de entrada. Parpadeó de pura sorpresa cuando vio de quién era; y aún se sorprendió más cuando leyó el texto.

Pensarás que estoy loco, pero me acabo de dar cuenta de una cosa: ¡Estamos hechos el uno para el otro! ¿Por qué seguir resistiéndonos? Vuelvo para verte YA. Ben xxx

—Ah —se limitó a decir, y cerró el móvil con un golpe seco. Se quedó mirando el mar unos segundos, tratando de calibrar las implicaciones de lo que acababa de leer.

—¿De quién era? —le preguntó Paul.

Malvina se volvió y le contestó:

—Bueno, no te lo vas a creer, pero era de Benjamin precisamente. —Paul parecía perplejo—. Tu hermano —añadió, como si hubiera que explicarlo—. Mi padre.

Invierno

La tarde del viernes 21 de noviembre de 2003 era fría, cruda y clara. Incluso en esa época del año, Berlín hervía de turistas, y a las tres el vestíbulo del Hotel Adlon en Unter den Linden estaba tan atiborrado como siempre. Grupos de turistas y de huéspedes del hotel andaban por allí repantigados en diversos grados de cansancio, mientras los camareros se escabullían entre los sofás lujosamente tapizados, sosteniendo bandejas de plata cargadas de teteras, tazas de finísima porcelana y gigantescas rebanadas de calce. Patrick contempló con cierta aprensión la tarta de queso y fresas cubierta de nata que acababan de ponerle delante, y Phil picoteó dubitativo con la cucharilla el borde de la suya (glaseada y cubierta de moras, guindas y arándanos), incapaz de encontrar un ángulo de corte adecuado para apartar su primer bocado. Una fuente en el centro del vestíbulo vertía constantemente agua, y su líquido susurrar se mezclaba ininterrumpidamente con la música que brotaba de unos altavoces situados en la galería de arriba, donde un pianista iba desgranando discretamente todo un repertorio de clásicos contemporáneos: «Night and Day», «Some Other Time», «All the Things You Are». Todo formaba parte de un serio esfuerzo, organizado sin reparar en gastos, de evocar un ambiente de elegancia centroeuropea; y casi funcionaba. Pero el hotel había sido destruido durante la época comunista, y reconstruido luego en los años noventa, y a Philip le parecía demasiado limpio y demasiado nuevo. Uno no se podía sacar de la manga el encanto del viejo mundo en cuestión de años.

—Me acabo de acordar —dijo, arriesgándose por fin y cortando un buen trozo de tarta— de que una vez compré un disco de Henry Cow que me había recomendado Benjamin, claro. Y venía una canción titulada «Upon Entering the Hotel Adlon». Empieza con un redoble de tambor y un grito de entrada, y los tres minutos siguientes todo el mundo aporrea su respectivo instrumento como loco. Era el tipo de cosa que nos gustaba escuchar en esa época.

—Ajá —dijo Patrick, bostezando.

—Ahora que lo pienso —continuó Philip, pensando en voz alta— aquel disco se titulaba *Inquietud*. Seguramente lo sacó de ahí, el título de su maravillosa obra inacabada.

Había sido idea de Carol que Philip y su hijo se fuesen unos días de vacaciones juntos. Patrick llevaba dos meses haciendo un curso de biología en el University College de Londres. No se le daba bien contestar correos electrónicos ni llamadas telefónicas, y no sabían muy bien cómo le estaba yendo. Raramente mencionaba el nombre de alguna amistad nueva, ya fuera chico o chica. (Su relación con Rowena —tal como Claire había pronosticado— no había durado más que unos meses, tras su visita a Grand Cayman el año anterior). Así que Philip eligió Berlín (adonde siempre había querido ir), se metió un par de horas en Internet, y encontró un vuelo tan barato

que le dejaba dinero suficiente para realizar una fantasía largamente acariciada y pasar dos noches en el hotel más caro y más famoso de la ciudad. Habían cogido el avión en Stansted el día anterior. Lo que significaba que Patrick se perdería un par de clases, pero nada más. Ahora, tras una extenuante visita al Kulturforum, no tenían más programa para esa tarde que acabar sus respectivas tartas y tal vez pasar un par de horas quemando las calorías acumuladas en el *spa* del hotel.

—Ah, «The Night has a Thousand Eyes» —dijo Philip al reconocer la última melodía del pianista—. Stéphane Grappelli tenía una versión muy bonita. Seguramente ni habrás oído hablar de él.

—Pues sí, papá. No soy tan ignorante, ¿sabes?

Philip vio que su hijo sacaba el folleto de un museo de una bolsa de plástico y se ponía a hojearlo. El nerviosismo, la inseguridad que en su día había detectado Claire, empezaba a desaparecer. Y en cambio comenzaba a reflejarse en su cara algo de la fortaleza de carácter de su madre. Philip había tenido la vaga esperanza de que, durante el viaje, tuvieran oportunidad de hablar de alguna de las cosas que habían sucedido el último año (el descubrimiento de lo que le había pasado de verdad a Miriam, para empezar; y luego, la reaparición de Stefano en la vida de Claire, y su decisión de regresar a Italia), pero se dio cuenta de que ya no hacía falta. No intentaría forzar una conversación sobre aquellos temas. A simple vista, parecía que Patrick estaba contento en Londres y que contemplaba su futuro con optimismo. Se quedó mirando su cara una vez más, luego cogió la historia de Berlín de la biblioteca central de Birmingham que había llevado con él, y durante un rato padre e hijo leyeron juntos en silencio.

Al poco rato, se produjo un revuelo al otro lado del vestíbulo. Philip se había fijado en que había una pareja de inglesas allí sentada: una joven atractiva, más o menos de la edad de Patrick, y otra mujer que debía de ser su madre. La madre estaba sentada de espaldas a ellos, así que no le había visto la cara. De repente, parecía algo alterada. Se oyó un estrépito de vajilla cuando se puso torpemente en pie, chocando con el borde de su bandeja al hacerlo; y entonces, cuando la hija también se levantó a su lado, la madre se desvaneció y se desplomó en sus brazos. Más que desvanecerse exactamente, pareció que le daba un pequeño ataque de algún tipo.

—Tranquila, mamá, tranquila —le decía la hija.

Pero, mientras la llevaba hasta la puerta giratoria de la entrada del hotel, diciéndole al personal que se había arremolinado en torno a ellas, preocupado: «No pasa nada, se pondrá bien enseguida, solo necesita un poco de aire», Philip vislumbró un rostro mortalmente pálido y unos ojos bañados en lágrimas, y aquella expresión le reavivó un recuerdo muy lejano.

—¿Qué les pasa a esas dos? —preguntó Patrick, alzando la vista sin demasiado interés.

—No sé... —Philip se quedó mirándolas, intentando recordar dónde había visto a la madre antes. Entonces se fijó en otra cosa: en la música de piano que descendía

hasta ellos desde la galería de arriba—. Espera un momento. Esa canción... ¿Sabes cuál es?

Patrick suspiró.

—No nos vamos a pasar el viaje jugando a adivinar canciones, ¿verdad?

—Es Cole Porter. «I Get A Kick Out Of You». —Se levantó de un salto—. Ya sé quién es esa mujer. Es Lois Trotter.

Philip corrió hacia la puerta, con Patrick pisándole los talones.

—¿Cómo lo sabes, papá? —le preguntó.

—Porque Benjamin me contó una vez que no soportaba esa canción, que siempre se ponía fatal.

Se abrieron paso hasta la puerta giratoria y sintieron una bofetada de aire frío cuando salieron al amplio bulevar de Unter den Linden. Lois y su hija Sophie estaban de pie junto a la pared del hotel. Lois estaba apoyada, respirando profundamente, y Sophie intentaba ahuyentar los miedos del portero de librea, que le hablaba en términos de gran preocupación y, al parecer, trataba de convencerla de llamar a una ambulancia.

—Está bien, de verdad —le decía Sophie—. Ya le ha pasado más veces. Pero le dura poco.

Philip se adelantó. La madre y la hija se quedaron mirándolo con la misma suspicacia.

—Eres Lois, ¿verdad?, Lois Trotter. —Se volvió hacia Sophie—. No nos conocemos, pero soy amigo de tu tío Benjamin. Philip Chase. Este es mi hijo Patrick.

—Ah, hola. —Sophie les estrechó la mano, dubitativa. Parecía muy desconcertada ante aquel giro inesperado de los acontecimientos, y Philip tuvo que admitir que no había sido muy oportuno.

—¿Tu madre está bien? —le preguntó.

—Creo que deberíamos coger un taxi —respondió Sophie— y volver al hotel. Solo vinimos al Adlon a tomar el té. Necesita descansar un rato.

—Hola, Philip —dijo Lois en ese momento, para su sorpresa. Ya no se apoyaba en la pared, y su cara empezaba a recuperar poco a poco el color—. Esa maldita canción... Me mata cada vez que la oigo... —Se inclinó hacia delante y le besó en la mejilla—. Me alegro de verte. Hacía siglos, ¿no?

—Venga, mamá. —Sophie le tiró de la manga—. Tenemos un taxi esperando.

—¿Qué hacéis en Berlín? —preguntó Lois.

—Estamos de vacaciones —contestó Philip—. A lo mejor podemos quedar después.

—Sería estupendo.

—Lo siento —dijo Sophie, echándoles una mirada a Philip y a Patrick, mientras se llevaba a su madre—. Tiene que descansar. Es muy importante.

—Claro, lo entiendo. —Philip vio que Sophie acomodaba a su madre con delicadeza en la parte de atrás del taxi, pero tuvo la sangre fría suficiente como para

preguntarle antes de que cerrara la puerta—: ¿En qué hotel estáis?

—¡En el Dietrich! —le gritó Sophie, y se fueron.

Dos horas más tarde, Philip llamó al hotel y habló con Sophie. Lois se encontraba mucho mejor, por lo visto, y estaban a punto de salir a hacer unas compras de última hora. Philip le dijo que había reservado una mesa para dos esa noche, en el restaurante giratorio de lo alto de la Fernsehturm, la antigua torre de la televisión que daba a la Alexanderplatz, en el antiguo Berlín Este. ¿Les apetecería acompañarles? Sophie no estaba muy segura de que su madre fuera a sentirse a gusto allí. Mejor lo hablaban más tarde. Las tiendas a las que pensaban ir estaban en Kurfürstendamm, cerca de su hotel. Solo les llevaría una hora más o menos. Entonces, ¿les gustaría tomar una copa con ellos en el Adlon después? Quedaron en eso: se encontrarían en el bar del vestíbulo del hotel a las siete.

A Lois no le apetecía lo de la Fernsehturm. Demasiado alto. No le gustaban los ascensores. Ni tampoco los restaurantes giratorios. Sophie, en cambio, sentía cierta curiosidad. Igual que Patrick. Philip les dijo que se suponía que la comida no era muy buena, así que sugirió cancelar la reserva e ir a otro sitio. Pero Sophie y Patrick parecieron desilusionados. Lois, que ya llevaba unos cuantos cócteles encima y se iba haciendo poco a poco al espíritu de celebración del grupo, se disculpó por ser tan aguafiestas. Los demás le dijeron que no fuera tonta. Así que pidieron otra ronda de cócteles. Lois llevaba tres días metida en un congreso internacional de bibliotecarios de universidad. Había terminado a la hora de comer, y estaba encantada con su recién recuperada libertad. Pero seguía sin querer subir en ascensor a un restaurante giratorio.

Al final decidieron que Sophie y Patrick debían aprovechar la reserva en la Fernsehturm, mientras Philip y Lois buscaban otro sitio donde cenar. Se volverían a encontrar todos en el Adlon para tomar una última copa al acabar la noche. Fue una solución que pareció complacer a todo el mundo.

A la Fernsehturm se llegaba a través de un recinto feo de cemento, que recordaba poderosamente lo desastrosa que había sido la arquitectura de los años sesenta, ya fuera en la Europa del este o la del oeste. Incluso a las ocho y media de aquella noche fría e invernal, los turistas no dejaban de entrar. Patrick y Sophie tuvieron que hacer cola para coger el ascensor, entre una multitud formada fundamentalmente por colegiales y mochileros. Se sentían un poco impropios tan bien vestidos. El ascensor era mucho más pequeño de lo que se habían imaginado; se metieron dentro con otra decena de turistas y un ascensorista que recitaba monótonas estadísticas sobre la torre mientras la cabina salía disparada hacia el cielo a una velocidad que les produjo un cambio de presión en los oídos.

Como ya llegaban tarde, no se entretuvieron en el mirador, y se dirigieron directamente a la escalera de caracol que llevaba hasta el restaurante. Una camarera con una sonrisa radiante un tanto intimidatoria, como si tuviera la absoluta certeza de que estaban a punto de pasar una de las mejores noches de su vida, les condujo hasta una mesa vacía y encendió la lamparita. Les explicó que, si querían contemplar la vista, era mejor que apagaran la lámpara, pero que igual les parecía que se quedaban demasiado a oscuras. Los dos balbucearon un tímido «*Danke schön*», y se refugiaron inmediatamente en sus respectivas cartas, que parecían diseñadas para saciar apetitos voraces más que de *gourmet*. Sophie pidió pechuga de pato con brócoli, almendras y patatas cocidas, y Patrick se decidió por un filete de cerdo con *spätzle*. Les dieron unos sorbos a sus copas de Riesling seco mientras veían aparecer en el horizonte la enorme extravagancia de cristal y cemento del nuevo Reichstag, fuertemente iluminada.

—No creía que la plataforma girara tan deprisa —dijo Patrick, viendo como el paisaje urbano se deslizaba de una forma surrealista tras el reflejo de la cara de Sophie en el ventanal sesgado.

—Pues por lo visto le lleva media hora dar una vuelta completa —dijo Sophie—. Mira, ahí está la luna. Cada vez que la veamos sabremos que ha pasado media hora.

Una luna llena estaba suspendida sobre el Reichstag y el Tiergarten, iluminando aún más los contornos de aquella ciudad parpadeante y electrificada. Patrick se acordó de su madre, y del par de noches que sabía que había pasado sola, hacía unos años, en el piso veintitrés del Hyatt Regency de Birmingham, contemplando seguramente una vista muy semejante. De repente la echó de menos terriblemente, con una pena que los años no habían conseguido menguar.

La situación a la que se habían visto abocados Sophie y Patrick esa noche era bastante extraña. Parecía que entre sus padres había surgido una intimidación espontánea, a pesar de no haberse visto en tanto tiempo. Se habían dejado llevar por su reencuentro con una especie de alivio alegre, como si aquel encuentro casual en un salón de té de Berlín pudiera borrar de alguna manera las décadas pasadas, paliar el dolor de su transcurso. Pero habían abandonado a Sophie y a Patrick a una intimidación diferente, bastante más incómoda. Ellos no tenían nada en común, ahora que lo pensaban, aparte de la historia de sus padres.

—¿Adónde crees que habrán ido? —preguntó Sophie.

—De marcha, seguramente. A echarles un vistazo a los sitios tecno.

—Estás de broma.

—Pues claro. Mi padre no ha pisado un club en su vida. El último disco que se compró era de Barclay James Harvest.

—¡Qué!

—Te lo juro.

Sophie le preguntó a Patrick si su padre hablaba mucho de su época colegial. Patrick le contestó que hacía poco que había empezado a hablar más. A principios de

año había ido a Norfolk a visitar a un viejo amigo llamado Sean Harding. Daba la impresión de que aquella visita le había afectado profundamente, pero Patrick no sabía muy bien por qué. En realidad no sabía ni quién era Sean Harding.

—Pues te lo cuento yo —dijo Sophie—. Te puedo contar toda la historia si quieres. A mí me lo ha contado todo mi madre. Se acuerda perfectamente de esa época.

—¿Y eso?

—Bueno...

Y entonces Sophie se puso a explicarle. Resultaba difícil saber por dónde empezar. La época de la que hablaban parecía formar parte de la noche de los tiempos.

—¿Alguna vez intentaste imaginarte cómo sería la cosa antes de que tú nacieras? —le dijo a Patrick.

Así que Sophie y Patrick se pasaron la noche contándose historias mutuamente. Sophie le contó la historia de Harding y sus anárquicas bromas del colegio; la rivalidad entre Richards y Culpepper; el romance adolescente entre Benjamin y Cicely. Y Patrick le contó la historia de cómo Malvina, la hija de Benjamin y Cicely, concebida la mañana del 2 de mayo de 1979 (la única vez que habían hecho el amor), había encontrado a su padre sin saberlo veinte años después, solo para enamorarse, en cambio, de su hermano menor, Paul. Y también le contó la historia de su madre, Claire, y de cómo había descubierto por fin la verdad sobre la desaparición de su hermana el invierno de 1974.

Mientras se contaban esas historias, la plataforma del restaurante no dejó de girar, y vieron cómo pasaba la luna seis veces por delante de ellos, hasta que fueron casi las doce y los sonrientes camareros se situaron junto a las puertas que daban al mirador, esperando que se marcharan. Y cuando la luna llena estuvo de nuevo sobre el Reichstag y el Tiergarten, se dieron cuenta de que era hora de irse y de que el círculo se había cerrado por última vez.

Era una noche clara, azul marino pero estrellada, del año 2003 en la ciudad de Berlín. Patrick y Sophie caminaron juntos por las calles ahora silenciosas, recorriendo la Kart-Liebkecht-Strasse y el Unter den Linden hasta que casi llegaron a la Pariser Platz y el Hotel Adlon. Mientras cruzaban el amplio bulevar, un taxi salió bruscamente de una calle lateral detrás de ellos, y tuvieron que echar a correr para alcanzar el otro lado. Patrick cogió a Sophie de la mano para tirar de ella, y cuando se pusieron a salvo en la acera, no se la soltó.

Cuando pasaron por delante del hotel, vieron que solo había dos personas sentadas junto al ventanal del restaurante Quarré de la planta baja: Philip y Lois.

Patrick y Sophie los saludaron con la mano y les hicieron una seña en dirección a la Puerta de Brandenburgo, para decirles que aún no habían terminado su paseo.

Philip y Lois no habían ido muy lejos aquella noche. Solo se habían desplazado unos metros, de hecho, desde el bar del vestíbulo hasta el restaurante Quarré, donde les adjudicaron una mesa junto a la ventana aun sin reserva previa, porque el maître se dio cuenta de que Lois era la mujer que se había desmayado unas horas antes.

No pudieron evitar hablar de los hermanos de Lois durante la mayor parte de la cena. Hacía semanas que Philip no tenía noticias de Benjamin. Pero sabía que estaba en Londres y que se había reencontrado con Cicely. Lois le contó además que había conseguido un nuevo trabajo en una gran empresa de contabilidad de la City.

—Lo que nunca me ha explicado nadie, para empezar —dijo ella—, es cómo pudo Cicely dar con él después de tantos años.

—Ah, muy fácil —le dijo Philip—. Gracias a Doug. Cuando ella por fin volvió a Londres (después de pasar varios años en Cerdeña, creo) una de las primeras cosas que hizo fue mandarle un correo a Doug al periódico. Él pone su dirección al pie de todos sus artículos, ¿entiendes? Así que fue el que le dijo dónde vivía Benjamin en Birmingham. Y luego, claro, cuando Benjamin volvió de sus viajes, no se lo podía creer cuando Doug le contó que ella estaba tratando de localizarlo. Seguramente saldría a buscarla esa misma tarde.

A lo que, curiosamente, Lois respondió:

—Pobre Malvina. Eso debía de ser lo último que deseaba en el mundo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque siempre ha intentado mantenerlos separados. Es lo que más quería en el mundo. Por el bien de Benjamin. —Philip parecía confuso, así que ella le preguntó—: ¿Coincidiste alguna vez con Malvina?

—Solo una vez, un ratito, hace unos años, en la manifestación por Longbridge.

—Yo me pasé un día entero con ella —dijo Lois serena y reflexivamente—. Y me alegro. Ahora entiendo mejor las cosas. Y ya no estoy enfadada con ella.

—¿Y eso cuándo fue? —preguntó Philip.

—Hace un par de meses. En Alemania. Solo a unos cientos de kilómetros de aquí, por cierto, en la costa. Era donde se habían escondido Paul y ella. Me acerqué a verlos a los dos, aunque en realidad quería ver a Paul, para preguntarle qué demonios se creía que estaba haciendo; pero, milagrosamente, desapareció ese mismo día. Así que no llegué a verlo. Solo hablé con Malvina.

Entonces se puso a contarle detenidamente a Philip las cosas de las que se había enterado ese día.

—Supongo que hace cuatro años Malvina debió de empezar a desesperarse. Quiero decir, imagínate la situación. Resulta que ha nacido en una ciudad dejada de la mano de Dios en medio de América, de una madre de veinte años que está

atravesando una fase lésbica. Cuando eso se acaba, la pobre niña va de hombre en hombre, de figura paterna en figura paterna... Y en cuanto a su *verdadero* padre, Cicely piensa tan poco en él que ni siquiera le dice a su hija quién es. En vez de eso, se inventa la historia de un escenógrafo genial que se supone que murió de sida a principios de los ochenta. Así que Malvina tiene que afrontar esa... *ausencia* tremenda toda su vida, por no hablar de la propia Cicely. ¡Durante veinte años! Veinte años con Cicely, que tiene una crisis nerviosa cada vez que uno de esos tíos la deja y no hace más que llorar sobre el hombro de su hija y contarle lo mala persona que es. ¿Te imaginas cómo debes de acabar después de una temporada? Y entonces la última relación empieza a tambalearse, y por primera vez en su vida Cicely empieza a ponerse enferma (quiero decir realmente enferma, no en plan histérico), y de repente Malvina se da cuenta de que ya no puede más. Por lo menos sola. Pero tampoco es capaz de abandonar a su madre.

»Y entonces descubre una cosa, una cosa que le da una idea. Encuentra una antigua cinta que alguien grabó para Cicely cuando estaba todavía en el colegio. Contiene una pequeña pieza para piano y guitarra, llamada *Marina N.º 4*. La interpretación no es muy buena y la calidad de la grabación es horrible (a mitad de la cinta hasta se oye a un gato maullar de fondo), pero hasta eso le da cierto encanto, y además da igual para lo que realmente importa, la cosa de la que ella se da cuenta nada más la escucha: que la persona que compuso esa música debía de querer de verdad a su madre. Acaba obsesionándose con la cinta y no para de escucharla. Y empieza a hacerle preguntas a su madre sobre la persona que compuso la música, pero lo único que le contesta Cicely es que fue un chico al que conoció en el colegio, que se llamaba Benjamin. No hay mucho donde agarrarse, pero a Malvina tampoco le hace falta más. Unas cuantas horas en Internet y averigua que el nombre completo debe de ser Benjamin Trotter y que actualmente trabaja para una empresa de contabilidad en Birmingham. Así que se planta en Birmingham en algún momento del invierno de 1999.

»Consigue hablar con la recepcionista de la oficina de Benjamin, y no tarda mucho en saber a quién debe buscar. Le sigue hasta una librería, y hasta la cafetería de la librería, y espera el momento oportuno, que enseguida se le presenta. Pero, evidentemente, no tiene ningún plan preparado. Aunque en el fondo piensa que ahí hay alguien que quizá pueda acudir un día en su rescate, y quitarle a Cicely de encima. Pero solo tiene que hablar con él un rato para darse cuenta de que eso no va a ser así, que no puede seguir con aquello. No porque él se haya olvidado de ella, qué va. Más bien al contrario, precisamente. Le habla de Cicely en cuanto se conocen, porque le habla de esa novela épica con música que está escribiendo, y reconoce que una de las cosas que le están volviendo loco (la principal, en cierto modo) es pensar que sigue escribiéndola para ella, para demostrarle algo, que es una especie de regalo que un día le gustaría poner a sus pies. No sabe cómo podría suceder eso exactamente, parece que no ha pensado mucho sobre el tema, pero también parece

que no tiene la menor duda de que un día se publicará o se editará, y una vez esté *ahí fuera*, Cicely se enterará de alguna manera y quizás... ¿Volverá corriendo con él? Solo Dios lo sabe. —Lois bajó la vista, haciendo una mueca de dolor, el ceño fruncido en un gesto de pena—. Bueno, el caso es que a Malvina le queda claro que él sigue obsesionado con ella, de todos modos. Pero eso es precisamente lo que, al poco rato, le hace caer en la cuenta de que no puede seguir adelante con su plan. Tiene un problema muy gordo, ¿entiendes?, algo que no había previsto. Le gusta Benjamin. Le gusta mucho, en realidad. Y le da mucha pena también por lo aislado que está con esa obsesión y por cómo al final esa obsesión lo ha echado todo a perder: su trabajo, su matrimonio, su vida entera. Sabe que volver a ver a Cicely es lo que más desea en este mundo; pero también sabe que es lo peor que podría pasarle. En nada de tiempo ha aprendido a hacer lo que todos los amigos de Benjamin aprenden a hacer tarde o temprano. No hay que pronunciar la palabra que empieza por c.

»Está claro que lo sensato habría sido cogerse directamente un tren a Londres y no volver nunca. Pero le atrae Benjamin, por alguna razón que no puede explicar. Se siente increíblemente cercana a él. Y él también lo percibe, y siente lo mismo, pero como no sabe lo que está pasando, se hace un lío y empieza a preguntarse si de verdad le gusta a ella, si está naciendo algo entre los dos. Evidentemente, como se trata de Benjamin, no hace nada al respecto, no mete la pata echándose encima de ella ni intentando enrollarse, sino que cuando se vuelven a ver, y la vez siguiente, y la otra y la de más allá, comete el error de no decírselo a Emily, y al poco tiempo, para él empieza a *ser* como tener una aventura, aunque no esté pasando nada realmente. Así que se hace un auténtico lío. Y mientras tanto, lo único que Malvina piensa todo el rato es lo a gusto que se siente con esa persona, la compañía que le hace, lo *bueno* que es con ella. Porque Benjamin es muy bueno, eso nadie lo negaría. Y Malvina se da cuenta de que él escucha lo que ella le dice (y como casi nadie la escucha, al principio eso le choca) y que le interesa el hecho de que ella quiera escribir, y lo que hace en la Universidad de Londres. Y ahí es donde su bondad le lleva a cometer un gran error.

»Malvina está estudiando Ciencias de la Información, y ese año está preparando una tesina sobre la política en los medios, con un énfasis especial en el Nuevo Laborismo. Así que ¿qué le sugiere Benjamin con ese gran corazón que tiene? “Ah, deberías hablar un poco con mi hermano”. Y, por supuesto, a Malvina le encanta la idea. Al principio Paul no está muy dispuesto, pero entonces Benjamin le cuenta lo guapa que es, y parece que eso funciona y..., bueno, el resto ya lo sabes. —Miró por el ventanal, recapitulando lo que acababa de decir, intentando encontrarle un sentido—. Todo empezó —se dio cuenta— con aquella pieza de música. Grabada en casa de mis padres. Hace un montón de años. Ahí empezó todo.

Levantó la vista, repentinamente consciente de que un camarero estaba inclinado sobre ella. Ya era muy tarde, y se había acercado a ofrecerles un café.

Cuando se fue, Philip le preguntó:

—¿Y todas estas cosas las saben tus padres?

Lois negó con la cabeza.

—No, casi nada. Bueno, saben que Paul y Malvina ahora están juntos, claro...

—¿Pero no saben... quién es?

—No se lo podemos decir —dijo Lois—. No podrían soportarlo. Solo espero una cosa: que no dure demasiado. Malvina viene a Londres cada vez más. Y ve a Cicely. Benjamin no quiere verla. Por lo menos mientras viva con Paul. Me pregunto si en algún momento se dará cuenta del tremendo error que está cometiendo; yo creo que sí. —Levantó la vista y sonrió; una sonrisa crispada y triste—. Está empezando a publicar sus cosas. ¿Has leído alguna vez algo de ella?

—No, no he leído nada.

—Bueno, creo que yo tampoco lo habría hecho a no ser porque la semana pasada estaba guardando las revistas nuevas en la estantería, y vi que venía una cosa suya en una. Un poema.

—¿Lo leíste? Lois asintió.

—¿De qué iba?

—De padres. Padres e hijas. Qué ironía, ¿no?, que la hija de Benjamin precisamente haya publicado antes que él... A saber qué sentirá si algún día se entera. —Le dio un sorbo a su café—. De todas maneras, por eso intento no echarle demasiado la culpa a Malvina. Sus intenciones eran buenas; algunas, por lo menos. El que tiene la culpa es Paul. A él sí que nunca lo voy a perdonar. Ni ninguno de nosotros. Maldito... *gilipollas*. —Le salió aquella palabra con una fuerza inusitada, cargada de veneno. Philip ni se habría imaginado que Lois podía hablar así—. Dejar a Susan y a las niñas... Dejarlo todo, absolutamente *todo*. Quiero decir, ¿qué se cree que va a hacer? ¿Qué va a hacer cuando todo se vaya al traste?

—Yo creo que te vas a llevar una sorpresa —dijo Philip cansinamente—. Paul volverá. Y antes de lo que te imaginas.

—Pues no sé cómo. Su carrera política está acabada.

—Pero tiene un montón de contactos en el mundillo empresarial. Un montón de buenos amigos. Ya le encontrarán algo. El caso es que la gente como Paul siempre se recupera. Siempre. Mira a Michael Osborne. Después de hundir a la última compañía en la miseria y largarse con un par de millones, todo el mundo dijo que estaba acabado. Pero ahí lo tienes, llevando una maldita compañía eléctrica. Esa gente no es como los demás. Son invencibles.

Lois no sabía quién era Michael Osborne. Philip le explicó lo mejor que pudo la historia de su relación con Paul; y la otra aún más increíble de su breve y fracasada relación con Claire, que había terminado hacía un año en esa misma época, durante sus vacaciones en las islas Cayman.

—¿Y Claire está bien? —quiso saber Lois—. ¿Cómo le va últimamente?

—Claire —respondió Philip, sin disimular su alegría— no podría ser más feliz.

Ha vuelto a Italia y está con el hombre al que quiere y la última vez que la vi parecía diez años más joven.

—Benjamin me contó algo de eso —dijo Lois, recordando una conversación que habían tenido en Dorset el año anterior—. Él estaba casado, ¿no?

—Con una mujer que le engañaba. Claire estaba convencida de que nunca tendría el valor de dejarla. Pero al final lo tuvo. Y cogió un vuelo a Inglaterra para decírselo. Y además se metió en un pleito por la custodia de su hija. Y lo ganó.

—Me alegro mucho —dijo Lois—. Muchísimo. Si alguien se merece ser feliz, esa es Claire.

Philip revolvió despacio su café, pensativo, y dijo:

—Y tú también, claro.

—¿Yo?

—Sí, tú. La chica silenciosa de la que nadie habla nunca. Tú también te mereces ser feliz, Lois. ¿Lo eres?

Hubo una pizca de coraje en la voz de Lois cuando miró a Philip y le respondió:

—Pues claro que sí. Tengo un trabajo que me gusta. Un marido que me quiere. Una hija maravillosa. ¿Qué más podría pedir?

Philip le devolvió la mirada, y sonrió brevemente. Luego apartó la vista, y dijo algo que ella jamás podría haberse imaginado.

—¿Cómo se llaman tus peces?

Lois frunció el ceño.

—¿Qué?

—Que cómo se llaman tus peces. Eso fue lo último que te dije. ¿Ya no te acuerdas?

—No. ¿De cuándo me estás hablando?

—De hace veintinueve años. Me acerqué hasta casa de tus padres. Habían invitado a cenar a los míos. Llevabas un vestido con mucho escote. No podía apartar los ojos de él.

—No me acuerdo de *nada* —dijo Lois—. De todas maneras, nunca tuve peces.

—Ya lo sé. Le estabas hablando a mi padre de *Colditz*, el programa de la tele. Yo entendí mal lo que estabas diciendo. Entonces te pregunté eso y toda la mesa se quedó callada^[14]. En serio, Lois, te deseaba tanto esa noche que ni siquiera conseguía articular mi inglés.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo Lois—. Eras bastante guapo en esa época. Y la historia habría sido muy diferente.

—No habría pasado nada. Ya estabas prometida.

—Ah, sí, claro. Es verdad. —Se quedó mirando la mesa, recordando ahora esa noche; y acordándose también de Malcolm, su primer novio, en el que nunca dejaba de pensar más de unas cuantas horas seguidas. Se produjo un largo silencio. Philip se preguntó si habría metido la pata al recordar una ocasión que, aunque fuera indirectamente, se relacionaba con aquel episodio tan cruel y tan exageradamente

triste. Cuando Lois se decidió por fin a hablar de nuevo, su voz sonó lejana, débil—. No se te olvida nunca —le explicó—. Justo cuando crees que te has olvidado, algo te lo recuerda. Como por ejemplo esa canción, la de Cole Porter. Te crees que ya pasó y que lo has superado, pero no lo superas nunca. Está siempre ahí. Esas imágenes... — Suspiró, cerró los ojos, y se encerró en sí misma un momento—. Pero tienes que seguir. ¿Qué otra cosa vas a hacer? No tienes elección. No te queda más remedio. Tienes que seguir, y tratas de olvidarte, pero no puedes, porque si no es una canción siempre será otra cosa, siempre habrá algo que te lo recuerde. Dios mío, si solo hay que encender la tele... Lockerbie. El once de septiembre. Bali. Lo he visto todo. No puedo dejar de mirar, y es horrible. Y lo peor es que no se para nunca. No se para nunca y cada vez es peor. Mombasa, el año pasado por esta época. Dieciséis muertos. Riyahd. Cuarenta y seis. Casablanca. Treinta y tres. Yakarta. Catorce. Y ahora Estambul. ¿Has escuchado las noticias desde que estás aquí? Pues ayer un terrorista suicida se cargó a treinta personas en el consulado británico. ¿Y has visto lo que están haciendo aquí con la embajada británica, ahí a la vuelta de la esquina? Enormes bloques de cemento en medio de la calle, para evitar que nadie lance un camión lleno de explosivos contra ella. Y eso no es nada, Philip, *nada*, comparado con la gente que los americanos han matado en Irak este año. Cada una de esas personas era importante para alguien. Cada una de ellas era como Malcolm para mí. Padres muertos, madres muertas, hijos muertos. ¡La *rabia* que se está acumulando en el mundo, Philip, por todo eso! ¡La rabia!

Apartó la vista, mirando por el ventanal, con las mejillas encendidas.

—No sabía lo de Estambul —dijo Philip—. Qué mal. Es horrible.

—Y va a haber más —dijo Lois—. Estoy segura. Solo es cuestión de tiempo que suceda algo peor. Algo *tremendo*...

Se interrumpió de golpe, y poco después entrevió a Sophie y a Patrick caminando juntos hacia Pariser Platz. La joven pareja les saludó con la mano, y ellos les devolvieron el saludo.

—Bueno, parece que se lo han pasado bien —dijo Philip, mientras servía un poco más de café en las dos tazas.

—Me imaginaba que podía ocurrir algo así —musitó ella—. Al final va a resultar que nuestras dinastías se van a juntar.

—Puede —dijo Philip—. Aunque es un poco pronto para decirlo.

—Sí —asintió Lois—. Tienes razón. Es un poco pronto.

Y observaron en silencio cómo Patrick y Sophie pasaban cogidos de la mano por debajo del gran arco de la Puerta de Brandenburgo, sin pedirle nada más a la vida en ese momento que la oportunidad de repetir los mismos errores de sus padres, en un mundo que seguía intentando decidir si permitirles tan siquiera ese lujo.

Sinopsis de «El Club de los Canallas»

Birmingham, Inglaterra, 1973. LOIS TROTTER (de diecisiete años) responde a un anuncio de contactos y empieza a salir con MALCOLM, un chico de veintipocos, conocido también como El Chaval Melenudo. Mientras tanto, su hermano menor BENJAMÍN TROTTER (de trece) va al colegio King William y se convierte al cristianismo tras una curiosa experiencia casi religiosa: un día, tras haberse olvidado de llevar el bañador al colegio, y aterrorizado ante la idea de que el profesor de Educación Física le haga nadar desnudo delante de sus compañeros, Benjamin reza para salvarse de semejante humillación, y su plegaria es atendida cuando descubre inmediatamente un bañador de sobra en una taquilla vacía.

Los mejores amigos de Benjamin en el colegio son SEAN HARDING (un bromista anárquico), el tranquilo y eficiente PHILIP CHASE, y DOUG ANDERTON. El padre de Doug, BILL ANDERTON, es un sindicalista destacado de la fábrica de la British Leyland en Longbridge. Y tiene una aventura con MIRIAM NEWMAN, una secretaria joven y atractiva. Pero la relación no hace nada feliz a Miriam, que amenaza con ponerle punto final.

El 21 de noviembre de 1974, Malcolm lleva a Lois a un pub en el centro de Birmingham llamado la Taberna de la Ciudad, con la intención de pedirle que se case con él. Una bomba del IRA estalla en el pub y Malcolm muere. Una ola de sentimiento antiirlandés se extiende por Birmingham las semanas y los días siguientes, y poco después Miriam Newman desaparece sin dejar rastro. Nadie sabe si se ha escapado con otro hombre, o le ha ocurrido algo más siniestro.

Dos años más tarde, en el verano de 1976, la familia Trotter se va de vacaciones a Skagen, en Dinamarca, con la familia de Gunther Baumann, amigo y socio del padre de Benjamin. Lois se queda en Inglaterra; aún no se ha recuperado del shock de ver morir a Malcolm, y continúa internada. En esas vacaciones, ROLF BAUMANN, el hijo de catorce años de Gunther, se enemista con los dos chicos daneses de la casa de al lado, que intentan ahogarlo en el traicionero punto de encuentro de los mares Kattegat y Skaggerak.

De vuelta en Inglaterra, Benjamin entra en el consejo editorial de la revista del colegio *El Tablón*. Sus colegas son Doug, Philip, EMILY SANDYS y la hermana pequeña de Miriam, CLAIRE NEWMAN. Uno de los artículos que publican trata sobre la tremenda rivalidad, tanto deportiva como personal, entre RONALD CULPEPPER y STEVE RICHARDS, el único chico negro del colegio, popularmente conocido como «Rastus». Culpepper le cae mal prácticamente a todo el mundo en el King William, a excepción de Paul Trotter, que empieza a mostrar un precoz interés por la política, y convence a Culpepper para que le permita unirse a un grupo secreto de debate llamado El Círculo Cerrado.

Benjamin escribe una reseña sobre el montaje colegial de *Otelo*, atacando ferozmente la interpretación de CICELY BOYD, a pesar de que está perdidamente

enamorado de ella. Sin embargo, Cicely le agradece esa crítica y se hace amiga suya. La rivalidad entre Culpepper y Richards se intensifica, Lois empieza a recuperarse lentamente, y el humor de Harding se vuelve cada vez más provocativo y desagradable; en una parodia de elecciones complementarias que tiene lugar en el Club de Debate del colegio, se presenta como candidato del Frente Nacional, haciendo que Steve Richards se retire disgustado.

Steve Richards le arrebató el trofeo deportivo del colegio a Culpepper, que le jura odio eterno. Al cabo de un tiempo, cuando Richards se presenta a los exámenes finales, alguien lo droga previamente con un sedante y suspende un examen crucial de Física. Así que se ve obligado a repetir curso antes de volver a presentarse.

Mientras tanto, Benjamin deja unas vacaciones familiares estivales (pero pasadas por agua) en la península de Llŷn, al norte de Gales, y se encamina en cambio hacia la casa donde Cicely se está recuperando de una enfermedad con sus tíos. Cicely y él se declaran mutuamente su amor, pero no se acuestan juntos hasta muchos meses después.

Hasta mayo de 1979, exactamente. Benjamin trabaja entonces para un banco del centro de Birmingham, antes de irse a estudiar a la universidad de Oxford en otoño. Cicely ha estado viviendo con su madre en Nueva York. Una mañana tras su regreso a Inglaterra, Benjamin y ella hacen el amor por primera y última vez en el dormitorio de Paul. En pleno éxtasis de felicidad, a la hora de la comida Benjamin la lleva a tomar algo a un pub llamado La Parra. Allí se encuentra con el padre de Philip, SAM CHASE, quien hace dos predicciones: que Benjamin y Cicely van a ser muy felices juntos, y que Margaret Thatcher nunca se convertirá en primera ministra. Cicely abandona el pub después de que le digan que acaba de llegar una carta para ella, de su amiga Helen de Nueva York. Ese mismo día, la señora Thatcher consigue su primera victoria electoral.



JONATHAN COE (Birmingham, 1961) estudió en las universidades de Cambridge y Warwick, y ha sido profesor en esta última, músico semiprofesional y colaborador en *London Review of Books* y *The Times Literary Supplement*. Después de tres novelas y de dos monografías sobre Humphrey Bogart y James Stewart, su novela *¡Menudo reparto!*, supuso su consagración nacional e Internacional y fue galardonada con el Premio The Mail on Sunday/John Lewellyn Rhys y, en Francia, con el Prix du Meilleur Livre Étranger: «El horror y el humor van de la mano en esta novela, a la que habrá que recurrir en el futuro cuando uno quiera saber qué sucedió en la Inglaterra de los años ochenta». (Ramón de España).

Su novela posterior, *La casa del sueño*, obtuvo el Writer's Guild Best Fiction y, en Francia, el Prix Médicis Étranger. La siguiente, *El Club de los Canallas*, obtuvo el Premio Arcebispo San Clemente, otorgado en Santiago: «Un auténtico fresco sociológico que ha heredado la impagable jovialidad de las novelas de Nick Hornby y la conciencia de notario de la "realidad nacional" de Martin Amis, un divertido y ambicioso retrato de época». (Iñaki Ezkerra); «Consigue algo que parecía imposible: la más colorida de las novelas sobre los años más grises». (Rodrigo Fresán, *El País*).

Jonathan Coe retoma a los protagonistas de esta novela veinte años después, en la Inglaterra de Blair, en *El Círculo Cerrado*.

Notas

[1] *High on the Chalk*, «En lo alto del acantilado (de creta, o de tiza)», también significa en argot «ciego de crack o de anfetas». (N. del T.) <<

[2] *Saps at Sea*, 1940. (N. del T.) <<

[3] En italiano en el original. (*N. del T.*) <<

[4] Perejil. (*N. del T.*) <<

[5] La viuda amargada de *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens. (N. del T.) <<

[6] Trabajadores traicionados de las Midlands (*N. del T.*) <<

[7] En italiano en el original. (*N. del T.*) <<

[8] Mezcla de jazz y de música tradicional, que se tocaba generalmente con instrumentos improvisados, de moda en los años cincuenta. (*N. del T.*) <<

[9] Un beso cariñoso. (*N. del T.*) <<

[10] MiF: Master in Finance. EMBA: Executive Master of Business Administration.
(*N. del T.*) <<

[11] CBE: Commander of the Order of the British Empire. (*N. del T.*) <<

[12] *British National Party*: Partido Nacional Inglés. (N. del T.) <<

[13] “Canalla corrupto” y «El más vil de los canallas» en lugar de Ben Trocter y Lois Trotter. (N. del T.) <<

[14] En inglés *goldfish*, «peces de colores», suena parecido a *Colditz*. (N. del T.) <<